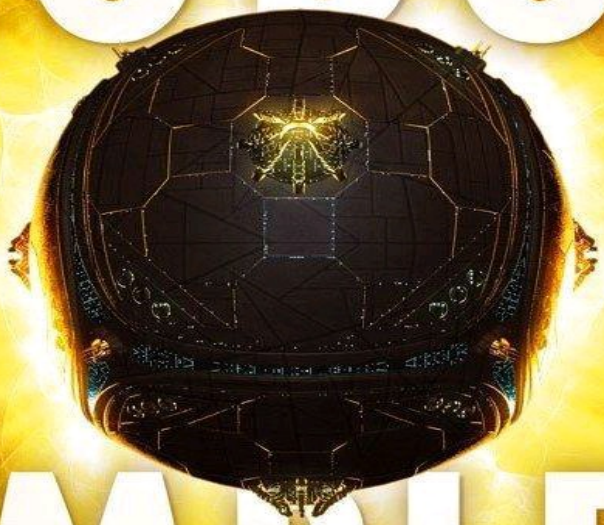
ISAAC

ASIMOV

EL ROBOT COMPLETO



ALAMUT

ESPA PDF

Las historias sobre robots de Asimov reunidas en una colección definitiva.

Las Tres Leyes de la Robótica
1. Un robot no debe dañar a ningún ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño
2. Un robot debe obedecer las órdenes que le sean dadas por un ser humano, salvo cuando dichas órdenes contravengan la Primera Ley
3. Un robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando dicha

protección no contravenga ni la Primera ni la Segunda Ley.

En El robot completo se recopilan los relatos de robots positrónicos, posiblemente la creación más celebrada de la prodigiosa imaginación de Isaac Asimov, ordenados temáticamente por el propio autor. Desde los primeros modelos no humanoides hasta la paradójica complejidad de los robots que desean ser humanos, pasando por los intrincados recovecos de comportamiento robótico inducido por las Tres Leyes, e incluyendo los

famosos relatos de Yo, robot, así como los protagonizados por la sagaz robopsicóloga Susan Calvin.



Isaac Asimov

El Robot Completo

ePUB v1.1

Garland 23.05.11

más libros en espaebook.com

Título original: The Complete Robot
Traducción de Domingo Santos.
(Los relatos Algún día y Satisfacción garantizada han sido traducidos por Francisco Blanco. Los relatos Extraño en el paraíso, El incidente del Tricentenario, Intuición femenina, Qué es el hombre, y El hombre del bicentenario han sido traducidos por Mirela Bofill)

Introducción

Cuando me faltaba poco para cumplir los veinte años y era ya un endurecido lector de ciencia ficción, llevaba leídas muchas historias de robots, y había descubierto que podían calificarse en dos categorías.

En la primera categoría estaban los Robots-como-Amenaza. No tengo que explicar demasiado esto. Tales historias eran una mezcla de «clanc-clanc» y «aarghh» y «Hay algunas cosas que se supone que el hombre no debe conocer». Al cabo de un tiempo empezaron a

palidecer a mis ojos, y ya no pude seguir soportándolas.

En la segunda categoría (mucho más pequeña) estaban los Robots-como-Pathos. En tales historias los robots eran encantadores y normalmente se veían sometidos a crueles seres humanos. Me encantaban. A finales de 1938 dos de tales historias me impresionaron de una forma particular. Una era un relato corto de Eando Binder titulado Yo, robot, acerca de un santo robot llamado Adam Link; otra era una historia de Lester del Rey, titulada Helen O'Loy, que me emocionó con su retrato de un robot que era tan leal como debería serlo una

esposa.

Sin embargo, cuando, el 10 de junio de 1939 (sí, mantengo un archivo meticuloso), me senté a escribir mi primera historia de robots, no pensé ni por un momento en escribir una historia de Robots-como-Pathos. Escribí Robbie, acerca de un robot nurse y una niñita y un poco de amor y una madre llena de prejuicios y un padre débil y un corazón roto y una reunión en medio de lágrimas. (Originalmente apareció bajo el título -que siempre he odiado- de Extraño compañero de juegos.)

Pero algo curioso ocurrió mientras escribía esa primera historia. Conseguí

obtener una visión de un robot que no era ni Amenaza ni Pathos. Empecé a pensar en los robots como en productos industriales construidos por auténticos ingenieros. Construidos con dispositivos de seguridad de modo que no pudieran convertirse en Amenazas, y diseñados para realizar ciertos trabajos para los cuales no era necesario el Pathos.

A medida que seguía escribiendo historias de robots, esta noción de robots industriales cuidadosamente diseñados por ingenieros fue permeando más y más mis relatos, hasta que la característica misma de las historias de robots en los relatos serios de ciencia

ficción fue cambiando... no tan sólo en mis propias historias, sino en las de casi todo el mundo.

Eso me hizo sentirme orgulloso y durante muchos años, incluso décadas, no tuve ningún reparo en admitir que yo era «el padre de las modernas historias de robots».

A medida que iba pasando el tiempo, fui haciendo otros descubrimientos que me encantaron. Descubrí, por ejemplo, que cuando utilizaba la palabra «rebotica» para describir el estudio de los robots, no estaba utilizando una palabra que existía ya, sino que había inventado una palabra que nunca antes

había sido usada. (Eso ocurrió en mi historia Círculo vicioso, publicada en 1942.)

La palabra se ha convertido ahora en algo de uso general. Hay revistas y libros con la palabra en su título, y generalmente es admitido en el campo que yo inventé el término. No crean que no me siento orgulloso de ello. No hay mucha gente que haya acuñado un término científico útil, y aunque yo lo hice de forma inconsciente, no tengo ninguna intención de dejar que nadie en el mundo lo olvide.

Lo que es más, en Círculo vicioso listé por primera vez mis «Tres Leyes de

la Robótica» con un detalle específico, y esas también se hicieron famosas. Al menos, son citadas por todas partes, en todo tipo de lugares que no tienen nada que ver directamente con la ciencia ficción, incluso en referencias de índole general. Y la gente que trabaja en el campo de la inteligencia artificial se toma a veces la molestia de decirme que creen que las Tres Leyes serán una buena guía en el futuro.

Podemos ir incluso más allá de eso...

Cuando escribí mis historias de robots no creía que los robots llegaran a existir realmente en el transcurso de mi

vida. De hecho, estaba seguro de que eso era imposible, y hubiera apostado enormes sumas al respecto. (Al menos, hubiera apostado 15 centavos, que es mi límite de apuestas cuando estoy completamente seguro de algo.)

Y sin embargo aquí estoy yo, cuarenta y tres años después de que escribiera mi primera historia de robots, y tenemos robots. Por supuesto que los tenemos. Lo que es más, son en un cierto sentido lo que yo imaginé... robots industriales, creados por ingenieros para realizar trabajos específicos y con dispositivos de seguridad incluidos en ellos. Pueden descubrirse en numerosas

fábricas, principalmente en el Japón, donde existen fábricas de automóviles que se hallan enteramente robotizadas. La cadena de montaje en tales lugares es «comandada» por robots en cada una de sus fases.

Naturalmente, esos robots no son tan inteligentes como los míos..., no son positrónicos; ni siquiera son humanoides. Sin embargo, están evolucionando rápidamente, y haciéndose por momentos más capaces y versátiles. ¿Quién sabe en qué van a convertirse dentro de otros cuarenta años?

De una cosa sí podemos estar

seguros. Los robots están cambiando el mundo y conduciéndolo hacia direcciones que no podemos prever claramente.

¿De dónde proceden esos robots reales? La más importante fuente de ellos es una firma llamada Unimation Inc., de Danbury, Connecticut. Es el fabricante líder de robots industriales, y es el responsable quizá de una tercera parte de todos los robots instalados hasta el presente. El presidente de la firma es Joseph F. Engelberger, que la fundó a finales de los años cincuenta porque estaba tan interesado en los robots que decidió dedicar toda su vida

a su producción.

Pero ¿cómo demonios llegó a interesarse tanto por los robots en un estadio tan prematuro? Según sus propias palabras, se interesó enormemente por los robots a lo largo de los años cuarenta, cuando estaba persiguiendo su graduación en física en la universidad de Columbia, leyendo las historias de robots de su compañero de universidad Isaac Asimov.

¡Dios mío!

¿Saben?, no escribí ninguna de mis historias de robots con esta ambición en aquellos lejanos, lejanos días. Todo lo que deseaba por aquel entonces era

venderlas a las revistas a fin de ganar unos cuantos cientos de dólares que me ayudaran a pagar mis cuotas universitarias..., y por supuesto para ver mi nombre reproducido en letra de imprenta.

Si hubiera escrito en cualquier otro campo de la literatura, eso es todo lo que hubiera conseguido. Pero puesto que estaba escribiendo ciencia ficción, y solamente porque estaba escribiendo ciencia ficción, yo -sin saberlo exactamente- estaba iniciando una cadena de acontecimientos que están cambiando el aspecto del mundo.

Incidentalmente, Joseph F.

Engelberger publicó en 1980 un libro titulado Prácticas robóticas: aplicación y comercialización de los robots industriales (Asociaciones Comerciales Americanas), y fue lo bastante amable como para pedirme que yo le escribiera el prólogo.

Todo eso condujo a que mis benevolentes editores pensaran que...

Mis numerosas historias de robots han aparecido en no menos de siete recopilaciones de relatos míos. ¿Por qué deberían ser desgajadas de ellas? Ellos mismos me dieron la razón: puesto que han adquirido una importancia mucho mayor de la que nadie hubiera llegado a

imaginar (y yo el primero) en el momento en que fueron escritas, ¿acaso no merecen el ser reunidas todas ellas en un solo libro?

No resultó muy difícil convencerme, de modo que ahí están, reunidas por primera vez, mis treinta y una historias sobre robots, totalizando más de 200.000 palabras, y escritas a lo largo de un período de tiempo que abarca desde 1939 hasta 1977.

Algunos robots no humanos

No voy a ordenar las historias de robots en el orden en que fueron escritas. En vez de ello, voy a agruparlas según la naturaleza de su contenido. En esta primera división, por ejemplo, trato de robots que no poseen forma humana..., un perro, un automóvil, una caja. ¿Por qué no? Los robots industriales que se han convertido en realidad no poseen apariencia humana.

La primera historia de todas las recopiladas aquí, El mejor amigo de un

muchacho, no pertenece a ninguna de mis primeras recopilaciones. Fue escrita el 10 de septiembre de 1974, y puede que encuentren ustedes en ella un eco distante de Robbie, escrita treinta y cinco años antes, y que aparece más tarde en este mismo volumen. No piensen que no soy consciente de ello.

Incidentalmente, observarán ustedes que en esas tres historias el concepto del Robot-como-Pathos se halla claramente marcado. Puede que observen también, sin embargo, que en Sally no parece haber el menor indicio de las Tres Leyes, y que hay más que una alusión al Robot-como-Amenaza. Bien, si en su

momento decidí hacerlo así, supongo que estaba en mi derecho. ¿ Quién hay por ahí para impedírmelo ?

El mejor amigo de un muchacho

—Querida, ¿dónde está Jimmy? —preguntó el señor Anderson.

—Afuera, en el cráter —dijo la señora Anderson—. No te preocupes por él. Está con Robutt...

—¿Ha llegado ya?

—Sí. Está pasando las pruebas en la estación de cohetes. Te juro que me ha costado mucho contenerme y no ir a verlo. No he visto ninguno desde que abandoné la Tierra hace ya quince años..., dejando aparte los de las

películas, claro.

—Jimmy nunca ha visto ninguno —dijo la señora Anderson.

—Porque nació en la Luna y no puede visitar la Tierra. Por eso hice traer uno aquí. Creo que es el primero que viene a la Luna.

—Sí, su precio lo demuestra —dijo la señora Anderson lanzando un suave suspiro.

—Mantener a Robutt tampoco resulta barato, querida —dijo el señor Anderson.

Jimmy estaba en el cráter, tal y como había dicho su madre. En la Tierra le habrían considerado delgado, pero

estaba bastante alto para sus diez años de edad. Sus brazos y sus piernas eran largos y ágiles. El traje espacial que llevaba hacía que pareciese más robusto y pesado, pero Jimmy sabía arreglárselas en la débil gravedad lunar como ningún terrestre podría hacerlo nunca. Cuando Jimmy tensaba las piernas y daba su salto de canguro su padre siempre acababa quedándose atrás.

El lado exterior del cráter iba bajando en dirección sur y la Tierra -que se hallaba bastante baja en el cielo meridional, el lugar donde estaba siempre vista desde Ciudad Lunar-, ya

casi había entrado en la fase de llena, por lo que toda la ladera del cráter quedaba bañada por su claridad.

La pendiente no era muy empinada, y ni tan siquiera el peso del traje espacial podía impedir que Jimmy se moviera con gráciles saltos que le hacían flotar y creaban la impresión de que no había ninguna gravedad contra la que luchar.

—¡Vamos, Robutt! —gritó Jimmy.

Robutt le oyó a través de la radio, ladró y echó a correr detrás de él.

Jimmy era un experto, pero ni tan siquiera él podía competir con las cuatro patas y los tendones de Robutt, que además no necesitaba traje espacial.

Robutt saltó por encima de la cabeza de Jimmy, dio una voltereta y terminó posándose casi debajo de sus pies.

—No hagas tonterías, Robutt, y quédate allí donde pueda verte —le ordenó Jimmy.

Robutt volvió a ladrar, ahora con el ladrido especial que significaba "Sí".

—No confío en ti, tunante —exclamó Jimmy.

Dio un último salto que lo llevó por encima del curvado borde superior de la pared del cráter y le hizo descender hacia la ladera inferior.

La Tierra se hundió detrás del borde de la pared del cráter, y la oscuridad

cegadora y amistosa que eliminaba toda diferencia entre el suelo y el espacio envolvió a Jimmy. La única claridad visible era la emitida por las estrellas.

En realidad Jimmy no tenía permitido jugar en el lado oscuro de la pared del cráter. Los adultos decían que era peligroso, pero lo decían porque nunca habían estado allí. El suelo era liso y crujiente, y Jimmy conocía la situación exacta de cada una de las escasas piedras que había en él.

Y, además, ¿qué podía haber de peligroso en correr a través de la oscuridad cuando la silueta resplandeciente de Robutt le

acompañaba ladrando y saltando a su alrededor? El radar de Robutt podía decirle dónde estaba y dónde estaba Jimmy aunque no hubiera luz.

Mientras Robutt estuviera con él para advertirle cuando se acercaba demasiado a una roca, saltar sobre él demostrándole lo mucho que le quería o gemir en voz baja y asustada cuando Jimmy se ocultaba detrás de una roca aunque Robutt supiera todo el rato dónde estaba Jimmy jamás podría sufrir ningún daño. En una ocasión Jimmy se acostó sobre el suelo, se puso muy rígido y fingió estar herido, y Robutt activó la alarma de la radio haciendo

acudir a un grupo de rescate de Ciudad Lunar. El padre de Jimmy castigó la pequeña travesura con una buena reprimenda, y Jimmy nunca había vuelto a hacer algo semejante.

La voz de su padre le llegó por la frecuencia privada justo cuando estaba recordando aquello.

—Jimmy, vuelve a casa. Tengo que decirte algo.

Jimmy se había quitado el traje espacial y se había lavado concienzudamente después de entrar en casa; e incluso Robutt había sido meticulosamente rociado, lo cual le encantaba.

Robutt estaba inmóvil sobre sus cuatro patas con su pequeño cuerpo de no más de treinta centímetros de longitud estremeciéndose y lanzando algún que otro destello metálico, y su cabecita desprovista de boca con dos ojos enormes que parecían cuentas de cristal y la diminuta protuberancia donde se hallaba alojado el cerebro no dejó de lanzar débiles ladridos hasta que el señor Anderson abrió la boca.

—Tranquilo, Robutt —dijo el señor Anderson, y sonrió—. Bien, Jimmy, tenemos algo para ti. Ahora se encuentra en la estación de cohetes, pero mañana ya habrá pasado todas las pruebas y lo

tendremos en casa. Creo que ya puedo decírtelo.

—¿Algo de la Tierra, papi?

—Es un perro de la Tierra, hijo, un perro de verdad..., un cachorro de terrier escocés para ser exactos. El primer perro de la Luna... Ya no necesitarás más a Robutt. No podemos tenerlos a los dos, ¿sabes? Se lo regalaremos a algún niño. —El señor Anderson parecía estar esperando a que Jimmy dijera algo, pero al ver que no abría la boca siguió hablando—. Ya sabes lo que es un perro, Jimmy. Es de verdad, está vivo... Robutt no es más que una imitación mecánica, una copia

de robot.

Jimmy frunció el ceño.

—Robutt no es una imitación, papi. Es mi perro.

—No es un perro de verdad, Jimmy. Robutt tiene un cerebro positrónico muy sencillo y está hecho de acero y circuitos. No está vivo.

—Hace todo lo que yo quiero que haga, papi. Me entiende. Te aseguro que está vivo.

—No, hijo. Robutt no es más que una máquina. Está programado para que actúe de esa forma. Un perro es algo vivo. En cuanto tengas al perro ya no querrás a Robutt.

—El perro necesitará un traje espacial, ¿verdad?

—Sí, naturalmente, pero creo que será dinero bien invertido y muy pronto se habrá acostumbrado a él... Y cuando esté en la ciudad no lo necesitará, claro. Cuando lo tengamos en casa enseguida notarás la diferencia.

Jimmy miró a Robutt. El perro robot había empezado a lanzar unos gemidos muy débiles, como si estuviera asustado. Jimmy extendió los brazos hacia él y Robutt salvó la distancia que le separaba de ellos de un solo salto.

—¿Y qué diferencia hay entre Robutt y el perro? —preguntó Jimmy.

—Es difícil de explicar —dijo el señor Anderson—, pero lo comprenderás en cuanto lo veas. El perro te querrá de verdad, Jimmy. Robutt sólo está programado para actuar como si te quisiera, ¿en tiendes?

—Pero papi... No sabemos qué hay dentro del perro ni cuáles son sus sentimientos. Puede que también finja.

El señor Anderson frunció el ceño.

—Jimmy, te aseguro que en cuanto hayas experimentado el amor de una criatura viva notarás la diferencia.

Jimmy estrechó a Robutt en sus brazos. El niño también tenía el ceño fruncido, y la expresión desesperada de

su rostro indicaba que no estaba dispuesto a cambiar de opinión.

—Pero si los dos se portan igual conmigo entonces tanto da que sea un perro de verdad o un perro robot —dijo Jimmy—. ¿Y lo que yo siento? Quiero a Robutt, y eso es lo que importa.

Y el pequeño robot, que nunca se había sentido abrazado con tanta fuerza en toda su existencia, lanzó una serie de ladridos estridentes..., ladridos de pura felicidad.

Sally

Sally bajaba por la carretera que conducía al lago, de modo que le hice una seña con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado ver a Sally. Me gustan todos, entiendan, pero Sally es la más hermosa del lote. Indiscutiblemente.

Aceleró un poco cuando le hice la seña con la mano. Nada excesivo. Nunca perdía su dignidad. Tan sólo aceleraba lo suficiente como para indicarme que se alegraba de verme, nada más.

Me volví hacia el hombre que estaba de pie a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

Lo había traído la señora Hester. Me había dicho:

—Se trata del señor Gellhorn, Jake. Recordarás que te envió una carta pidiéndote una cita.

Puro formulismo, realmente. Tengo un millón de cosas que hacer con la Granja, y una de las cosas en las que no puedo perder el tiempo es precisamente el correo. Por eso tengo a la señora Hester. Vive muy cerca, es buena atendiendo a todas las tonterías sin molestarme con ellas, y lo más importante de todo, le gustan Sally y

todos los demás. Hay gente a la que no.

—Encantado de conocerle, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —dijo, y me tendió la mano; se la estreché y se la devolví.

Era un tipo más bien corpulento, media cabeza más alto que yo y casi lo mismo de ancho. Tendría la mitad de mi edad, unos treinta y algo. Su pelo era negro, pegado a la cabeza, con la raya en el centro, y exhibía un fino bigotito muy bien recortado. Sus mandíbulas se engrosaban debajo de sus orejas y le daban un aspecto como si siempre estuviera mascullando... En vídeo daba

el tipo ideal para representar el papel de villano, de modo que supuse que era un tipo agradable. Lo cual demuestra que el vídeo no siempre se equivoca.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Sonrió. Era una sonrisa grande y amplia, llena de blancos dientes.

—Puede hablarme un poco de su Granja, si no le importa.

Oí a Sally llegar detrás de mí y tendí la mano. Ella se deslizó hasta establecer contacto, y sentí el duro y lustroso esmalte de su guardabarros cálido en mi palma.

—Un hermoso automatóvil —dijo

Gellhorn.

Es una forma de decirlo. Sally era un convertible del 2045 con un motor positrónico Hennis-Carleton y un chasis Armat. Poseía las líneas más suaves y elegantes que haya visto nunca en ningún modelo, sea el que sea. Durante cinco años ha sido mi favorita, y la he dotado de todo lo que he podido llegar a soñar. Durante todo ese tiempo, nunca ha habido ningún ser humano sentado tras su volante.

Ni una sola vez.

—Sally —dije, palmeándola suavemente—, te presento al señor Gellhorn.

El rumor de los cilindros de Sally ascendió ligeramente. Escuché con atención en busca de algún golpeteo. últimamente había oído golpetear los motores de casi todos los coches, y cambiar de combustible no había servido de nada. El sonido de Sally era tan suave y uniforme como su pintura.

—¿Tiene nombres para todos sus vehículos? —preguntó Gellhorn.

Sonaba divertido, y a la señora Hester no le gusta la gente que parece burlarse de la Granja. Dijo secamente:

—Por supuesto. Los coches tienen auténticas personalidades, ¿no es así, Jake? Los sedanes son todos masculinos,

y los convertibles femeninos.

Gellhorn seguía sonriendo.

—¿Y los mantienen ustedes en garajes separados, señora?

La señora Hester le lanzó una llameante mirada.

—Me pregunto si podría hablar con usted a solas, señor Folkers —dijo Gellhorn, volviéndose hacia mí.

—Eso depende —dije—. ¿Es usted periodista?

—No, señor. Soy agente de ventas. Cualquier conversación que sostengamos aquí no será publicada, se lo aseguro. Estoy interesado en una absoluta intimidad.

—Entonces sigamos un poco carretera abajo. Hay un banco que nos servirá.

Echamos a andar. La señora Hester se alejó. Sally se pegó a nuestros talones.

—¿Le importa que Sally venga con nosotros? —pregunté.

—En absoluto. Ella no puede repetir nada de lo que hablemos, ¿verdad? —Se echó a reír ante su propio chiste, tendió una mano y acarició la parrilla de Sally.

Sally embaló su motor y Gellhorn retiró rápidamente la mano.

—No está acostumbrada a los desconocidos —expliqué.

Nos sentamos en el banco debajo del enorme roble, desde donde podíamos ver a través del pequeño lago la carretera privada. Era el momento más caluroso del día, y un buen número de coches habían salido, al menos una treintena de ellos. Incluso a aquella distancia podía ver que Jeremiah se estaba dedicando a su juego favorito de situarse detrás de un modelo algo más antiguo, luego acelerar bruscamente y adelantarlo con gran ruido, para recuperar luego su velocidad normal con un deliberado chirrido de frenos. Dos semanas antes había conseguido sacar al viejo Angus de la carretera con este

truco, y había tenido que castigarlo desconectando su motor durante dos días.

Lo cual me temo que no sirvió nada, puesto que al parecer su caso es irremediable. Jeremiah es un modelo deportivo, y los de su clase tienen la sangre caliente.

—Bien, señor Gellhorn —dije—. ¿Puede decirme para qué desea usted la información?

Pero él estaba simplemente mirando a su alrededor. Dijo:

—Éste es un lugar sorprendente, señor Folkers.

—Preferiría que me llamara Jake.

Todo el mundo lo hace.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene usted aquí?

—Cincuenta y uno. Recogemos uno o dos cada año. Hubo un año que recogimos cinco. Todavía no hemos perdido ninguno. Todos funcionan perfectamente. Incluso tenemos un modelo Mat-O-Mont del 2015 en perfecto estado de marcha. Uno de los primeros automáticos. Fue el primero que acogimos aquí. El buen viejo Matthew. Ahora se pasaba casi todo el tiempo en el garaje, pero era el abuelo de todos los coches con motor positrónico. Eran los días en los que tan

sólo los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de estado conducían vehículos automáticos. Pero Samson Jarridge era mi jefe y era lo bastante rico como para permitirse uno. Yo era su chofer por aquel entonces.

Aquel pensamiento me hizo sentirme viejo. Puedo recordar los tiempos en los que no había en el mundo ningún automóvil con cerebro suficiente como para encontrar su camino de vuelta a casa. Yo conducía máquinas inertes que necesitaban constantemente el contacto de unas manos humanas sobre sus controles. Máquinas que cada año mataban a centenares de miles de

personas.

Los automatismos arreglaron eso. Un cerebro positrónico puede reaccionar mucho más rápido que uno humano, por supuesto, y a la gente le salía rentable mantener las manos fuera de los controles. Todo lo que tenías que hacer era entrar, teclear tu destino y dejar que el coche te llevara.

Hoy en día damos esto por sentado, pero recuerdo cuando fueron dictadas las primeras leyes obligando a los viejos coches a mantenerse fuera de las carreteras principales y limitando éstas a los automáticos. Señor, vaya lío. Se alzaron voces hablando de comunismo y

de fascismo, pero las carreteras principales se vaciaron y eso detuvo las muertes, y cada vez más gente empezó a utilizar con mayor facilidad la nueva ruta.

Por supuesto, los coches automáticos eran de diez a cien veces más caros que los de conducción manual, y no había mucha gente que pudiera permitirse un vehículo particular de esas características. La industria se especializó en la construcción de omnibuses automáticos. En cualquier momento podías llamar a una compañía y conseguir que uno de esos vehículos se detuviera ante tu puerta en cuestión de

unos pocos minutos y te llevara al lugar donde deseabas ir. Normalmente tenías que ir junto con otras personas que llevaban tu mismo camino, pero ¿qué había de malo en ello?

Samson Harridge tenía su coche privado, sin embargo, y yo fui el encargado de ir a buscarlo apenas llegó. El coche no se llamaba Matthew por aquel entonces, ni yo sabía que un día iba a convertirse en el decano de la Granja. Solamente sabía que iba a hacerse cargo de mi trabajo, y lo odié por ello.

—¿Ya no me necesitará usted más, señor Harridge? —pregunté.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Jake? —dijo él—. Supongo que no creerás que voy a confiar en un artefacto como ése. Tú seguirás a los controles.

—Pero él trabaja solo, señor Harridge —dije—. Rastrea la carretera, reacciona de acuerdo con los obstáculos, seres humanos, y otros coches, y recuerda los caminos por los que ha de pasar.

—Eso es lo que dicen. Eso es lo que dicen. De todos modos, tú vas a sentarte detrás del volante, por si acaso algo va mal.

Es curioso cómo a uno puede llegar a gustarle un coche. En un abrir y cerrar

de ojos ya estaba llamándole Matthew, y me pasaba todo el tiempo puliendo su carrocería y comprobando su motor. Un cerebro positrónico está en mejores condiciones cuando mantiene constantemente el control de su chasis, lo cual significa que vale la pena tener el depósito del combustible siempre lleno de modo que el motor pueda funcionar al ralentí día y noche. Al cabo de poco, era capaz de decir por el sonido de su motor cómo se sentía Matthew.

A su manera, Harridge empezó a encariñarse también con Matthew. No tenía a nadie más a quien amar. Se había

divorciado o había sobrevivido a tres esposas, y había sobrevivido a cinco hijos y tres nietos. De modo que cuando murió, no resultó sorprendente que convirtiera su propiedad en una Granja para Automóviles Retirados, dejándome a mí a cargo de todo, con Matthew como primer miembro de una distinguida estirpe.

Así se transformó mi vida. Nunca me casé. No puedes casarte y seguir atendiendo a los automatismos del modo en que debes hacerlo.

Los periódicos dijeron que se trataba de algo curioso, pero al cabo de un tiempo dejaron de hacer chistes sobre

ello. Hay algunas cosas sobre las que no pueden hacerse chistes. Quizás ustedes no puedan permitirse nunca uno de esos automatismos y quizá nunca lo deseen tampoco, pero créanme, uno termina enamorándose de ellos. Trabajan duro y son afectuosos. Se necesita a un hombre sin corazón para tratarlos mal o permitir que otro los maltrate.

Las cosas fueron sucediéndose de tal modo que un hombre que tenía uno de esos automáticos durante un tiempo hacía los arreglos necesarios para que éste fuera a parar a la Granja, si no tenía ningún heredero en quien pudiera confiar para dejárselo con la seguridad

de que iba a recibir un buen trato.

Le expliqué todo eso a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! —exclamó—. Eso representa un montón de dinero.

—Cincuenta mil como mínimo por automático, inversión original —dije—. Ahora valen mucho más. He hecho cosas por ellos.

—Debe de necesitarse un montón de dinero para mantener la Granja.

—Tiene usted razón. La Granja es una organización benéfica, lo cual nos libera de impuestos, y por supuesto cada nuevo automático trae normalmente consigo una donación paralela o un

fondo de mantenimiento. De todos modos, los costos siguen aumentando. Tengo que mantener la propiedad en buen estado; hay que construir nuevo asfalto, y conservar el viejo; están la gasolina, el aceite, las reparaciones y los nuevos accesorios. Todo eso sube.

—Y usted le ha consagrado mucho tiempo.

—Cierto, señor Gellhorn. Treinta y tres años.

—No parece haberle sacado mucho provecho a todo ello.

—¿De veras? Me sorprende, señor Gellhorn. Tengo a Sally y a otros cincuenta. Mírela.

Estaba sonriendo. No podía evitarlo. Sally relucía tan limpia que casi hacía daño a los ojos. Algún insecto debía de haberse estrellado contra su parabrisas o se había posado alguna mota de polvo, ya que en aquellos momentos estaba atareada en su limpieza. Un pequeño tubo emergió y escupió un poco de Tergosol sobre el cristal. Se esparció rápidamente sobre la película de silicona y las escobillas de goma entraron instantáneamente en acción, barriendo todo el parabrisas y empujando el agua hacia el pequeño canalón que la conduciría, goteando, hasta el suelo. Ni una gotita de agua

cayó sobre la resplandeciente capota color verde manzana. Escobillas y tubo de detergente retrocedieron hasta sus alvéolos y desaparecieron.

—Nunca vi a un automático hacer eso —dijo Gellhorn.

—Apuesto a que no —dije—. Yo mismo se lo he instalado a nuestros coches. Son limpios, ¿sabe? Siempre están repasando sus cristales. Les gusta. Incluso he dotado a Sally con rociadores de cera. Cada noche se abrillanta hasta que uno puede mirarse en cualquier parte de ella y afeitarse con su reflejo. Si puedo conseguir el dinero suficiente, dotaré con ese dispositivo a todas las

chicas. Los convertibles son muy coquetos.

—Puedo decirle cómo conseguir ese dinero, si le interesa.

—Eso siempre me interesa. ¿Cómo?

—¿No le resulta evidente, Jake? Cualquiera de sus coches vale cincuenta mil como mínimo, dijo usted. Apostaría a que la mayoría de ellos supera las seis cifras.

—¿Y?

—¿Ha pensado alguna vez en vender algunos?

Negué con la cabeza.

—Imagino que usted no se da cuenta de ello, señor Gellhorn, pero no puedo

vender ninguno. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja.

—Los documentos de constitución de la Granja indican que los coches recibirán atención a perpetuidad. No pueden ser vendidos.

—¿Qué hay de los motores, entonces?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de postura, y su voz se hizo confidencial.

—Mire, Jake, déjeme explicarle la situación. Hay un gran mercado para automáticos particulares si tan sólo sus precios fueran asequibles. ¿Correcto?

—Eso no es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento del coste corresponde al motor. ¿Correcto? Sé dónde podemos conseguir carrocerías. Sé también dónde podernos vender automáticos a buen precio..., veinte o treinta mil para los modelos más baratos, quizá cincuenta o sesenta para los mejores. Todo lo que necesito son los motores. ¿Ve usted la solución?

—No, señor Gellhorn.

La veía, pero deseaba que él la dijera.

—Está exactamente aquí. Tiene usted cincuenta y uno de ellos. Es usted un experto en mecánica automatóvil,

Jake. Tiene que serlo. Puede quitar usted un motor y colocarlo en otro coche de modo que nadie se dé cuenta de la diferencia.

—Eso no sería ético precisamente.

—No causaría usted ningún daño a los coches. Les estaría haciendo un favor. Utilice sus coches más viejos. Utilice ese antiguo Mat-O-Mot.

—Bueno, espere un momento, señor Gellhorn. Los motores y las carrocerías no constituyen dos cuerpos separados. Forman una sola unidad. Esos motores están acostumbrados a sus propias carrocerías. No se sentirían felices en otro coche.

—De acuerdo, eso es algo a tener en cuenta. Es algo a tener muy en cuenta, Jake. Sería algo así como tomar la mente de uno y meterla en el cráneo de otra persona. ¿Correcto? Supongo que no le gustaría, ¿verdad?

—No lo creo, no.

—Pero supongamos que yo tomo su mente y la coloco en el cuerpo de un joven atleta. ¿Qué opinaría de eso, Jake? Usted ya no es joven. Si tuviera la oportunidad, ¿no disfrutaría teniendo de nuevo veinte años? Eso es lo que estoy ofreciéndoles a algunos de sus motores positrónicos. Serán instalados en nuevas carrocerías del cincuenta y siete. Las

más recientes...

Me eché a reír.

—Eso no tiene mucho sentido, señor Gellhorn. Algunos de nuestros coches puede que sean viejos, pero están bien conservados. Nadie los conduce. Dejamos que hagan lo que quieran. Están retirados, señor Gellhorn. Yo no desearía un cuerpo de veinte anos si eso significara que iba a tener que pasarme el resto de mi vida cavando zanjas sin tener nunca lo suficiente para comer... ¿Qué piensas tú de eso, Sally?

Las dos puertas de Sally se abrieron y se cerraron con un chasquido amortiguado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gellhorn.

—Es la forma que tiene Sally de echarse a reír.

Gellhorn forzó una sonrisa. Supongo que pensó que estaba haciendo un chiste fácil. Dijo:

—Hablemos seriamente, Jake. Los coches están hechos para ser conducidos. Probablemente no serán felices si nadie los conduce.

—Sally no ha sido conducida desde hace cinco años —dije yo—. A mí me parece feliz.

—Permítame dudarlo.

Se puso en pie y caminó lentamente

hacia Sally.

—Hola, Sally. ¿Qué te parecería una carrera?

El motor de Sally aumentó sus revoluciones. Retrocedió.

—No la incordie, señor Gellhorn —dije—. Puede ponerse un poco nerviosa.

Dos sedanes estaban a un centenar de metros carretera arriba. Se habían detenido. Quizá, a su manera, estaban observando. No me preocupaba por ellos. Mis ojos estaban clavados en Sally.

—Tranquila, Sally —dijo Gellhorn. Adelantó una mano y pulsó la manija de la puerta. Que no se abrió, por supuesto

—. Se abrió hace un minuto —dijo.

—Cerradura automática —dije yo —. ¿Sabe?, Sally tiene un sentido de la intimidad muy desarrollado.

Soltó la manija, luego dijo, lenta y deliberadamente:

—Un coche con ese sentido de la intimidad no debería pasearse con la capota bajada.

Retrocedió tres o cuatro pasos, luego, rápidamente, tan rápidamente que ni siquiera pude dar un paso para detenerle, corrió hacia delante y saltó dentro del coche. Cogió a Sally completamente por sorpresa, porque, apenas se sentó, cortó el contacto antes

de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años, el motor de Sally estaba parado.

Creo que grité, pero Gellhorn había girado el mando a «Manual» y lo había fijado allí. Puso de nuevo en marcha el motor. Sally estaba viva de nuevo, pero ya no poseía libertad de acción.

Se dirigió carretera arriba. Los sedanes seguían todavía allí. Se dieron la vuelta y se apartaron, no muy rápidamente. Supongo que se sentían desconcertados.

Uno de ellos era Giuseppe, de la fábrica de Miran, y el otro era Stephen. Siempre estaban juntos. Los dos eran

nuevos en la Granja, pero llevaban allí el tiempo suficiente como para saber que nuestros coches simplemente no llevaban conductores.

Gellhorn avanzó a toda marcha, y cuando los sedanes se dieron cuenta finalmente de que Sally no iba a disminuir su velocidad, de que no podía disminuir su velocidad, era demasiado tarde para cualquier otra cosa excepto una acción desesperada.

La efectuaron, saltando uno hacia cada lado, y Sally pasó a toda velocidad entre ellos como un rayo. Steve atravesó la verja que rodeaba el lago y consiguió detenerse en la blanda hierba a no más

de quince centímetros del borde del agua. Giuseppe dio unos cuantos botes por la cuneta al otro lado y se detuvo con un sobresalto.

Había hecho que Steve volviera a la carretera, y estaba comprobando los daños que la verja podía haberle ocasionado, cuando volvió Gellhorn.

Abrió la portezuela de Sally y salió. Inclinándose hacia atrás, cortó el encendido por segunda vez.

—Ya está —dijo—. Creo que esto le habrá hecho mucho bien.

Dominé mi irritación.

—¿Por qué se lanzó por entre los sedanes? No había ninguna razón para

ello.

—Esperaba que se apartarían.

—Eso es lo que hicieron. Uno de ellos atravesó la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que se apartarían más rápido. Ya sabe cómo son las cosas. He estado en muchos autobuses, pero he entrado en un automático particular tan sólo dos o tres veces en mi vida, y ésta es la primera vez que conduzco uno. Eso se lo dice todo, Jake. El conducir uno me dominó, y eso que soy un tipo más bien impasible. Se lo aseguro, no tenemos que bajar más de un veinte por ciento del precio de tarifa para conseguir un

buen mercado, y conseguiremos unos beneficios de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Al cincuenta por ciento. Y yo corro todos los riesgos, recuérdelo.

—De acuerdo. Ya le he escuchado. Ahora escúcheme usted a mí. —Alcé la voz debido a que estaba demasiado irritado para seguir mostrándome educado—. Cuando usted cortó el motor de Sally, le dolió. ¿Le gustaría a usted que le hicieran perder el conocimiento de una patada? Eso es lo que le hizo usted a Sally, cuando cortó su motor.

—Vamos, Jake, está usted exagerando. Los automatobuses son

desconectados cada noche.

—Seguro, y es por eso por lo que no quiero a ninguno de mis chicos y chicas en sus hermosas carrocerías del cincuenta y siete, donde no sé qué trato van a recibir. Los buses necesitan reparaciones importantes en sus circuitos positrónicos cada par de años. Al viejo Matthew no le han tocado sus circuitos desde hace veinte años. ¿Qué puede ofrecer usted en comparación a eso?

—Bueno, ahora está usted excitado. Supongamos que piensa en mi proposición cuando se haya calmado un poco, y nos mantenemos en contacto.

—Ya he pensado en todo lo que tenía que pensar. Si vuelvo a verle de nuevo, llamaré a la policía.

Su boca se hizo dura y fea.

—Espere un minuto, viejo —dijo.

—Espere un minuto, usted —repliqué— Esta es una propiedad privada, y le ordeno que salga de ella.

Se alzó de hombros.

—Está bien, entonces adiós.

—La señora Hester se ocupará de que abandone usted la propiedad –dije — Procure que este adiós sea definitivo.

Pero no fue definitivo. Lo vi de nuevo dos días más tarde. Dos días y medio, mejor dicho, porque era cerca

del mediodía cuando lo vi la primera vez, y era poco después de medianoche cuando lo vi de nuevo.

Me senté en la cama cuando encendió la luz, y parpadeé cegado antes de darme exactamente cuenta de lo que sucedía. Cuando pude ver, no necesité muchas explicaciones. De hecho, no necesité ninguna explicación en absoluto. Llevaba una pistola en su puño derecho, con el pequeño y horrible cañón de agujas apenas visible entre dos de sus dedos. Supe que todo lo que tenía que hacer el hombre era incrementar la presión de su mano para dejarme como un colador.

—Vístase, Jake —ordenó.

No me moví. Simplemente lo miré.

—Mire, Jake, conozco la situación —dijo—. Le visité hace dos días, recuérdelo. No tiene guardias en este lugar, ni verjas electrificadas, ni sistemas de alarma. Nada.

—No los necesito —dije—. De modo que no hay nada que le impida marcharse, señor Gellhorn. Yo, si fuera usted, lo haría. Este lugar puede convertirse en algo muy peligroso.

Dejó escapar una risita.

—Lo es, para alguien en el lado malo de una pistola de puño

—La he visto —dije—. Sé que tiene

una.

—Entonces muévase. Mis hombres están aguardando.

—No, señor Gellhorn. No hasta que me diga qué es lo que desea, y probablemente tampoco entonces.

—Le hice una proposición anteayer.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora tengo algo que añadir a la proposición. He venido aquí con algunos hombres y un automatobús. Tiene usted la posibilidad de venir conmigo y desconectar veinticinco de los motores positrónicos. No me importa cuáles veinticinco elija. Los cargaremos en el bus y nos los llevaremos. Una vez

hayamos dispuesto de ellos, haré que reciba usted una parte equitativa del dinero.

Dijo:

—Supongo que tengo su palabra al respecto.

No actuó como si pensara que yo estaba siendo sarcástico.

—La tiene.

—No —repetí.

—Si insiste usted en seguir diciendo no, lo haremos a nuestra manera. Yo mismo desconectaré los motores, sólo que desconectaré los cincuenta y uno. Todos ellos.

—No es fácil desconectar motores

positrónicos, señor Gellhorn. ¿Es usted un experto en robótica? Aunque lo sea, sepa que esos motores han sido modificados por mí.

—Sé eso, Jake. Y para ser sincero, no soy un experto. Puede que estropee algunos motores intentando sacarlos. Es por eso por lo que tendré que trabajar sobre todos los cincuenta y uno si usted no coopera. Entienda, puede que me quede sólo con veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que saque probablemente serán los que más sufran. Hasta que le coja la mano, ¿entiende? Y si tengo que hacerlo por mí mismo, creo que voy a poner a Sally como la primera

de la lista.

—No puedo creer que esté hablando usted en serio, señor Gellhorn.

—Completamente en serio, Jake —dijo. Permitió que sus palabras fueran rezumando en mi interior—. Si desea ayudar, puede quedarse con Sally. De otro modo, lo más probable es que ella resulte seriamente dañada. Lo siento.

—Iré con usted —dije—, pero voy a hacerle otra advertencia. Va a verse metido en serios problemas, señor Gellhorn.

Consideró aquello como muy divertido. Estaba riendo muy suavemente mientras bajábamos juntos

la escalera.

Había un automatobús aguardando fuera, en el sendero que conducía a los apartamentos del garaje. Las sombras de tres hombres se alzaban a su lado, y los haces de sus linternas se encendieron cuando nos acercamos.

—Tengo al tipo —dijo Gellhorn en voz baja———. Vamos. Subid el camión hasta arriba y empecemos.

Uno de los otros se metió en la cabina del vehículo, y tecleó las instrucciones adecuadas en el panel de control. Avanzamos sendero arriba, con el bus siguiéndonos sumisamente.

—No podrá entrar en el garaje —

dije—. La puerta no lo admitirá. No tenemos buses aquí. Sólo coches particulares.

—De acuerdo —dijo Gellhorn—. Llevadlo sobre la hierba y mantenedlo fuera de la vista.

Pude oír el zumbido de los coches cuando nos hallábamos aún a diez metros del garaje.

Normalmente se tranquilizaban cuando yo entraba en el garaje. Esta vez no lo hicieron. Creo que sabían que había desconocidos conmigo, y cuando los rostros de Gellhorn y los demás se hicieron visibles su ruido aumentó. Cada motor era un suave retumbar, y todos

tosían irregularmente, hasta el punto de que todo el lugar vibraba.

Las luces se encendieron automáticamente cuando entramos. Gellhorn no parecía preocupado por el ruido de los coches, pero los tres hombres que iban con él parecieron sorprendidos e incómodos. Todos ellos tenían aspecto de malhechores a sueldo, un aspecto que no era el conjunto de unos rasgos físicos sino más bien una especie de cautela en la mirada y una intimidación en su rostro. Conocía el tipo, y no me sentía preocupado.

Uno de ellos dijo:

—Maldita sea, están quemando

gasolina.

—Mis coches siempre lo hacen —respondí rígidamente.

—No esta noche —dijo Gellhorn—. Apáguelos.

—Eso no es tan fácil, señor Gellhorn —dije.

—¡Hágalo! —gritó.

Me quedé plantado allí. Tenía su pistola de puño apuntada directamente hacia mí. Dije:

—Ya le he explicado, señor Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados desde que llegaron a la Granja. Están acostumbrados a ser tratados de esa forma, y se resienten ante cualquier

otra actitud.

—Tiene usted un minuto —dijo—. Guarde sus conferencias para otra ocasión.

—Estoy intentando explicarle algo. Estoy intentando explicarle que mis coches comprenden lo que yo les digo. Un motor positrónico aprende a hacerlo, con tiempo y paciencia. Mis coches han aprendido. Sally comprendió sus proposiciones hace dos días. Recordará usted que se echó a reír cuando le pedí su opinión. Sabe también lo que usted le hizo a ella y a los dos sedanes a los que apartó de aquella forma. Y los demás saben qué hacer respecto a los intrusos

en general.

—Mire, viejo chiflado...

—Todo lo que yo tengo que decir es... —Alcé mi voz—: ¡Cogedlos!

Uno de los hombres se puso pálido y chilló, pero su voz se vio completamente ahogada por el sonido de cincuenta y una bocinas resonando a la vez. Mantuvieron su intensidad de sonido, y dentro de las cuatro paredes del garaje los ecos se convirtieron en una loca llamada metálica. Dos coches avanzaron, sin apresurarse, pero sin error posible respecto a su blanco. Otros dos coches se colocaron en línea con los dos primeros. Todos los coches

estaban agitándose en sus compartimientos separados.

Los malhechores miraron a su alrededor, luego retrocedieron.

—¡No se coloquen contra las paredes! —grité.

Aparentemente, aquel había sido su primer pensamiento instintivo. Echaron a correr alocados hacia la puerta del garaje.

En la puerta, uno de los hombres de Gellhorn se volvió y sacó una pistola de puño. El proyectil aguja dejó tras de sí un delgado resplandor azul mientras avanzaba hacia el primer coche. El coche era Giuseppe.

Una delgada línea de pintura saltó de la capota de Giuseppe, y la mitad derecha de su parabrisas se cuarteó y se cubrió de líneas blancas, pero no llegó a romperse totalmente.

Los hombres estaban al otro lado de la puerta, corriendo, y los coches se lanzaron a la noche en grupos de a dos tras ellos, haciendo chirriar sus neumáticos sobre la grava y llamando con sus bocinas a la carga.

Sujeté con mi mano el codo de Gellhorn, pero no creo que pudiera moverse de todos modos. Sus labios estaban temblando.

—Por eso no necesito verjas

electrificadas ni guardias —dije—. Mi propiedad se protege a sí misma.

Los ojos de Gellhorn iban fascinados de un lado a otro, siguiendo a los coches que zumbaban en parejas.

—¡Son asesinos!

—No sea estúpido. No van a matar a sus hombres.

—¡Son asesinos!

—Simplemente van a darles una lección. Mis coches han sido entrenados especialmente en persecuciones a través del campo para una ocasión como ésta; creo que para sus hombres eso va a ser algo mucho peor que una muerte rápida. ¿Ha sido perseguido usted alguna vez

por un automatóvil?

Gellhorn no respondió.

Proseguí. No deseaba que él se perdiera nada de todo aquello.

—Serán como sombras que no van a ir más rápidas que sus hombres, persiguiéndoles por aquí, bloqueando su paso por allá, cegándoles, lanzándose contra ellos, esquivándoles en el último minuto con un chirrido de los frenos y un rugido del motor. Y seguirán con eso hasta que sus hombres caigan, sin aliento y medio muertos, resignados a que las ruedas pasen por encima de ellos y aplasten todos sus huesos. Los coches no van a hacer eso. Entonces se darán la

vuelta. Puede apostar, sin embargo, a que sus hombres jamás volverán aquí en toda su vida. Ni por todo el dinero que usted o diez como usted puedan ofrecerles. Escuche...

Apreté más fuerte su codo. Tendió el oído.

—¿No oye resonar las portezuelas de los coches? —pregunté.

Era un ruido débil y distante, pero inconfundible.

—Están riéndose —dije—. Están disfrutando con esto.

Su rostro se contorsionó, rabioso. Alzó su mano. Seguía sujetando su pistola de puño.

—Yo de usted no lo haría —le advertí———. Un automatocoche sigue aún con nosotros.

No creo que se hubiera dado cuenta de la presencia de Sally hasta entonces. Había acudido tan silenciosamente. Aunque su guardabarros delantero derecho casi me rozaba, apenas oía su motor. Debía de haber estado conteniendo el aliento.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté con usted. Pero si me mata... Ya sabe, usted no le gusta nada a Sally.

Gellhorn volvió la pistola en dirección a Sally.

—Su motor es blindado —dije—, y antes de que pueda presionar su pistola una segunda vez, ella estará sobre usted.

—De acuerdo —exclamó, y bruscamente dobló mi brazo violentamente tras mi espalda y lo retorció de tal forma que a duras penas pude resistirlo. Me sujetó manteniéndome entre Sally y él, y su presión no se aflojó—. Retroceda conmigo y no intente soltarse, viejo chiflado, o le arrancaré el brazo de su articulación.

Tuve que moverme. Sally avanzó junto a nosotros, preocupada, insegura acerca de lo que debía hacer. Intenté

decirle algo y no pude. Sólo podía encajar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn estaba todavía aguardando fuera del garaje. Me obligó a entrar en él. Gellhorn saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Muy bien —dijo—. Ahora hablemos juiciosamente.

Yo estaba frotándome el brazo, intentando devolverlo a la vida, mientras estudiaba automáticamente y sin ningún esfuerzo consciente el tablero de control del bus.

—Es un vehículo restaurado —observé.

—¿Ah, sí? —dijo, cáustico—. Es

una muestra de mi trabajo. Recogí un chasis desechado, encontré un cerebro que podía utilizar, y me monté un bus particular. ¿Qué hay con ello?

Tiré del panel de reparaciones y lo eché a un lado.

—¿Qué demonios? —exclamó—. Apártese de ahí.

El filo de su mano descendió paralizadoramente sobre mi hombro izquierdo. Me debatí.

—No deseo hacerle ningún daño a este bus. ¿Qué clase de persona cree que soy? Solamente quería echarle una mirada a algunas de las conexiones del motor.

No necesité examinarlas detenidamente. Estaba hirviendo de furia cuando me volví hacia él.

—Es usted un maldito hijoputa —dije—. No tenía derecho a instalar usted mismo este motor. ¿Por qué no se buscó a un robotista?

—¿Cree que estoy loco? —preguntó.

—Aunque fuera un motor robado, no tenía usted derecho a tratarlo así. Yo jamás trataría a un hombre de la forma en que ha tratado usted a ese motor. ¡Soldadura, cinta y pinzas cocodrilo! ¡Es brutal!

—Funciona, ¿no?

—Por supuesto que funciona, pero

tiene que ser un infierno para él. Usted puede vivir con dolores de cabeza crónicos y artritis aguda, pero no será algo que pueda llamarse vivir. Este vehículo está sufriendo.

—¡Cállese! —Por un momento miró a través de la ventanilla a Sally, que había avanzado hasta tan cerca del bus como había podido. Se aseguró de que portezuelas y ventanillas estaban cerradas—. Ahora vamos a salir de aquí, antes de que vuelvan los otros coches —dijo— Y nos mantendremos alejados un cierto tiempo.

—¿Cree que eso va a servirle de mucho?

—Sus coches agotarán el combustible algún día, ¿no? Supongo que no los habrá transformado usted hasta el punto que puedan reabastecerse por sí mismos. Entonces volveremos y terminaremos el trabajo.

—Me buscarán —dije—. La señora Hester llamará a la policía.

Ya no se podía razonar con él. Se limitó a conectar el motor del bus. Se puso en marcha bruscamente. Sally lo siguió.

Gellhorn lanzó una risita.

—¿Qué puede hacer mientras esté usted aquí conmigo?

Sally también parecía ser consciente

de aquello. Aceleró, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla contigua a él y escupió por la abertura.

El bus avanzaba traqueteante por la oscura carretera, con su motor rateando irregularmente. Gellhorn redujo el alumbrado periférico hasta que solamente la banda fosforescente verde en centro de la carretera, brillante a la luz de la luna, nos mantenía alejados de los árboles. No había virtualmente ningún tráfico. Dos coches nos cruzaron yendo en la otra dirección, y no había nadie en nuestro lado de la carretera, ni delante ni detrás.

Yo fui el primero en oír el golpetear de las portezuelas. Seco y cortante en medio del silencio, primero a la derecha, luego a la izquierda. Las manos de Gellhorn se estremecieron mientras tecleaba rápidamente, ordenando mayor velocidad. Un haz de luz brotó de entre un grupo de árboles y nos cegó. Otro haz nos ensartó desde atrás, al otro lado de una protección metálica en la otra parte de la carretera. En un cruce, a cuatrocientos metros al frente, hubo un fuerte chirriar cuando un coche se cruzó en nuestro camino.

—Sally fue a buscar a los demás —dije—. Creo que está usted rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que pueden hacer?

Se inclinó sobre los controles y miró a través del parabrisas.

—Y usted no intente hacer nada, viejo chiflado —murmuró.

No podía. Me sentía agotado hasta la médula. Mi brazo izquierdo ardía. Los sonidos de motores se hicieron más fuertes y cercanos. Pude oír que los motores rateaban de una forma extrañamente curiosa; de pronto tuve la impresión de que mis coches estaban hablando entre sí.

Una cacofonía de bocinas brotó desde atrás. Me volví, y Gellhorn miró

rápidamente por el retrovisor. Una docena de coches estaban siguiéndonos sobre los dos carriles.

Gellhorn lanzó una exclamación y una loca risotada.

—¡Pare! ¡Pare el vehículo! —grité.

Porque a menos de quinientos metros delante de nosotros, claramente visible a la luz de los faros de dos sedanes en la cuneta, estaba Sally, con su esbelta carrocería atravesada en medio de la carretera. Dos coches surgieron del arcén del otro lado a nuestra izquierda, manteniendo una perfecta sincronización con nuestra velocidad e impidiendo a Gellhorn salirse de su carril.

Pero él no tenía intención de salirse de su carril. Pulsó el botón de adelante a toda velocidad, y lo mantuvo fuertemente apretado.

—No va a engañarme con ese truco —dijo—. Este bus pesa cinco veces más que ella, viejo chalado, de modo que simplemente vamos a echarla fuera de la carretera como un gatito muerto.

Sabía que podía hacerlo. El bus estaba en manual, y el dedo de Gellhorn apretaba fuertemente el botón. Sabía que iba a hacerlo.

Bajé la ventanilla, y asomé la cabeza.

—¡Sally! —grité— ¡Sal del camino!

¡Sally!

Mi voz se ahogó en el agónico chirrido de unos tambores de freno espantosamente maltratados. Me sentí arrojado hacia delante, y oí a Gellhorn soltar el aliento en un jadeo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Era una pregunta estúpida. Nos habíamos detenido. Eso era lo que había ocurrido. Sally y el bus estaban a metro y medio de distancia el uno del otro. Con cinco veces su peso lanzado contra ella, no se había movido ni un milímetro. Vaya valor.

Gellhorn zarandeó violentamente el interruptor de manual.

—Tiene que funcionar —murmuraba una y otra vez—. Tiene que funcionar.

—No de la forma en que conectó usted el motor, experto —dije— Cualquiera de los circuitos puede pasar por encima de los demás.

Me miró con una desgarrante ira, y un gruñido brotó de lo más profundo de su garganta. Su pelo estaba pegado a su frente. Alzó el puño.

—Éste es el último consejo que va a ser capaz de dar, viejo chiflado.

Y supe que la pistola de agujas estaba a punto de ser disparada.

Apreté la espalda contra la portezuela del bus mientras observaba

alzarse el puño, y entonces la portezuela se abrió y caí hacia atrás fuera del vehículo y golpeé el suelo con un sordo resonar. Oí la puerta cerrarse de nuevo con un chasquido.

Me puse de rodillas y alcé la vista a tiempo para ver a Gellhorn luchar futilmente contra la ventanilla que se estaba cerrando, luego apuntar rápidamente su pistola de puño hacia el cristal. Nunca llegó a disparar. El bus se puso en marcha con un tremendo rugir y Gellhorn se vio lanzado hacia atrás.

Sally ya no estaba bloqueando el camino, y observé las luces traseras del bus alejarse por la carretera hasta

perderse de vista.

Me sentía agotado. Me senté allí, en medio de la carretera, y apoyé la cabeza sobre mis brazos cruzados, intentando recuperar el aliento.

Oí un coche detenerse suavemente a mi lado. Cuando alcé la vista, comprobé que era Sally. Lentamente -cariñosamente, me atrevería a decir-, su puerta delantera se abrió.

Nadie había conducido a Sally desde hacía cinco años -excepto Gellhorn, por supuesto-, y yo sabía lo valiosa que era para un coche esta libertad. Aprecié el gesto, pero dije:

—Gracias, Sally, tomaré uno de los

coches más nuevos..

Me puse en pie y me di la vuelta, pero diestramente, casi haciendo una pirueta, ella se colocó de nuevo ante mí. No podía herir sus sentimientos. Subí. Su asiento delantero tenía el delicado y suave aroma de un automatóvil que se mantiene siempre inmaculadamente limpio. Me dejé caer en él, agradecido, y con una suave, silenciosa y rápida eficiencia, mis chicos y chicas me condujeron a casa.

La señora Hester me trajo una copia de la comunicación radiofónica al día siguiente por la mañana, presa de gran

excitación.

—Se trata del señor Gellhorn —dijo —. El hombre que vino a verle.

Temí su respuesta.

—¿Qué ocurre con él?

—Lo encontraron muerto —dijo—. Imagine. Simplemente muerto, tendido en una zanja.

—Puede que se tratara de algún desconocido —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —dijo secamente—. No puede haber dos, ¿verdad? La descripción concuerda también. ¡Señor, vaya forma de morir! Encontraron huellas de neumáticos en sus brazos y cuerpo. ¡Imagine! Me

alegra que comprobaran que había sido un bus; de otro modo igual hubieran venido a fisgonear por aquí.

—¿Ocurrió cerca de aquí? —pregunté ansiosamente.

—No... Cerca de Cooksville. Pero Dios mío, léalo usted mismo ¿Qué le ha ocurrido a Giuseppe?

Di la bienvenida a aquella diversión. Giuseppe aguardaba pacientemente a que yo terminara el trabajo de reparación de su pintura. Su parabrisas ya había sido reemplazado.

Después de que ella se fuera, tomé la trascripción. No había ninguna duda al respecto. El doctor había informado

que la víctima había corrido mucho y estaba en un estado de agotamiento total. Me pregunté durante cuántos kilómetros habría estado jugando con él el bus antes de la embestida final. La trascripción no mencionaba nada de eso, por supuesto.

Habían localizado al bus, y habían identificado las huellas de los neumáticos. La policía lo había retenido y estaba intentando averiguar quién era su propietario.

Había un editorial al respecto en la trascripción. Se trataba del primer accidente de tráfico con víctimas en el estado aquel año, y el editorial advertía seriamente en contra de conducir

manualmente después del anochecer.

No había ninguna mención de los tres compinches de Gellhorn, y al menos me sentí agradecido por ello. Ninguno de nuestros coches se había visto seducido por el placer de la caza a muerte.

Aquello era todo. Dejé caer el papel. Gellhorn había sido un criminal. La forma en que había tratado al bus había sido brutal. No dudaba en absoluto de que merecía la muerte. Pero me sentía un poco intranquilo por la forma en que había ocurrido todo.

Ahora ha pasado un mes, y no puedo apartar nada de aquello de mi mente.

Mis coches hablan entre sí. Ya no tengo ninguna duda al respecto. Es como si hubieran adquirido confianza; como si ya no les importara seguir manteniendo el secreto. Sus motores tartajean y resuenan constantemente.

Y no sólo hablan entre ellos. Hablan con los coches y buses que vienen a la Granja por asuntos de negocios. ¿Durante cuánto tiempo llevan haciendo eso?

Y son comprendidos también. El bus de Gellhorn los comprendió, pese a que no llevaba allí más de una hora. Puedo cerrar los ojos y revivir aquella carrera, con nuestros coches flanqueando al bus

por ambos lados, haciendo resonar sus motores hasta que él comprendió, se detuvo, me dejó salir, y se marchó con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea suya?

¿Pueden los coches tener ese tipo de ideas? Los diseñadores motores dicen que no. Pero ellos se refieren a condiciones normales. ¿Lo han previsto todo?

Hay coches que son maltratados, todos lo sabemos.

Algunos de ellos entran en la Granja y observan. Les cuentan cosas. Descubren que existen coches cuyos

motores nunca son parados, que no son conducidos por nadie, cuyas necesidades son constantemente satisfechas.

Luego quizá salgan y se lo cuenten a otros. Tal vez la noticia se esté difundiendo rápidamente. Quizás estén empezando a pensar que la forma en que son tratados en la Granja es como deberían ser tratados en todo el mundo. No comprenden. Uno no puede esperar que comprendan acerca de legados y de los caprichos de los hombres ricos.

Hay millones de automatóviles en la Tierra, decenas de millones. Si se enraíza en ellos el pensamiento de que

son esclavos, que deberían hacer algo al respecto... Si empiezan a pensar de la forma en que lo hizo el bus de Gellhorn

Quizá nada de esto suceda en mi tiempo. Y luego, aunque ocurra, deberán conservar pese a todo a algunos de nosotros que cuidemos de ellos, ¿no creen? No pueden matarnos a todos.

O quizá sí. Es posible que no comprendan la necesidad de la existencia de alguien que cuide de ellos. Quizá no vayan a esperar.

Cada mañana me despierto, y pienso: Quizá hoy...

Ya no obtengo tanto placer de mis coches como antes. Últimamente, me

doy cuenta de que empiezo incluso a rehuir a Sally.

Algún día

Niccolo Mazetti estaba tumbado boca abajo sobre la alfombra, con la barbilla apoyada en su pequeña mano, y escuchaba desconsoladamente al Narrador. Había incluso sospecha de lágrimas en sus ojos oscuros, un lujo que un muchacho de once años únicamente podía permitirse estando solo.

El Narrador iba diciendo:

»Érase una vez un profundo bosque en cuyo centro vivía un pobre leñador y sus dos hijas huérfanas de madre. La hija mayor tenía un cabello largo y negro como las plumas de las alas de un

cuervo, pero el de la pequeña era tan brillante y dorado como la luz del sol de una tarde otoñal.

»Muchas veces, mientras las muchachas esperaban que su padre regresara a casa después de su jornada de trabajo en el bosque, la hermana mayor se sentaba delante del espejo y cantaba...»

Nico no pudo escuchar lo que cantaba la muchacha, pues alguien lo llamó desde fuera.

—¡Eh, Nickie!

Y Niccolo, después de habérsele despejado la cara, se precipitó a la

ventana y gritó:

—¡Hola, Paul!

Paul Loeb lo saludó con un gesto de la mano, parecía excitado. A pesar de ser seis meses mayor, era más delgado que Niccolo y no tan alto como él. La reprimida tensión de su rostro se hacía más evidente por unos rápidos parpadeos.

—¡Oye, Nickie, déjame entrar! He tenido una idea genial. Ya verás cuando te la cuente. —Se apresuró a mirar a su alrededor como si estuviese cerciorándose de que nadie podía escucharlo, pero el jardín de delante de la casa estaba completamente vacío.

Repitió en un susurro—: Ya verás cuando te lo cuente.

—Vale. Voy a abrirte la puerta.

El Narrador seguía con su relato lentamente, ajeno a la repentina falta de atención por parte de Niccolo. Cuando entró Paul, el Narrador estaba diciendo:

«...En eso, el león dijo: "Si me encuentras el huevo perdido del pájaro que vuela sobre la Montaña de Ébano una vez cada diez años, yo..."»

—¿Es un Narrador lo que estás escuchando? —preguntó Paul—. No sabía que tuvieras uno.

Niccolo se sonrojó y en su rostro volvió a aparecer la mirada de tristeza.

—Es un trasto viejo de cuando yo era pequeño. No es muy bueno. —Dio una patada al Narrador y golpeó el plástico, lleno de señales y descolorido, que cubría el reflejo deslumbrador.

El Narrador se interrumpió al sacudirse su dispositivo del habla y perder el contacto un momento, luego prosiguió:

«... durante un año y un día, hasta que los zapatos de hierro se desgastaron. La princesa se detuvo a un lado del camino...»

—Muchacho, es un modelo viejísimo —comentó Paul mientras miraba críticamente el artefacto.

A pesar de su propio rencor contra el Narrador, Niccolo hizo una mueca ante el tono condescendiente de su amigo. Sintió por un momento haber dejado entrar a Paul, por lo menos antes de haber devuelto al Narrador a su lugar habitual de descanso en el sótano. El hecho de haberlo resucitado sólo había sido fruto de un día aburrido y de una discusión infructuosa con su padre. Y el Narrador había resultado tan estúpido como había esperado.

En cualquier caso, Nickie sentía cierto temor reverencial por Paul, pues éste seguía unos cursos especiales en el colegio y todo el mundo decía que de

mayor sería ingeniero informático.

Ello no significaba que Niccolo fuese mal en el colegio. Sacaba notas decentes en lógica, manipulaciones binarias, informática y circuitos elementales; todas las asignaturas normales del instituto. ¡Pero ahí estaba el problema! No eran más que las materias normales y él de mayor sería un inspector de cuadro de mandos como cualquier otro.

Paul, por su parte, sabía cosas misteriosas sobre lo que él llamaba matemáticas electrónicas y teóricas, y programación. Especialmente programación. Niccolo ni siquiera

trataba de comprender cuando Paul hablaba acerca de ello.

Paul escuchó al Narrador unos minutos y luego dijo:

—Veo que lo usas mucho.

—¡No! —exclamó Niccolo, ofendido—. Lo tengo en el sótano desde antes de que tú vinieses a vivir a este barrio. Sólo lo he sacado hoy... —falto de una excusa que le pareciese adecuada, concluyó—: Hoy lo he sacado.

—¿Es de eso que te habla, de leñadores, princesas y animales parlantes? —dijo Paul.

—Es horrible —contestó Niccolo—.

Pero mi padre dice que no podemos comprar uno nuevo. Se lo he pedido esta mañana... —El recuerdo de la petición infructuosa de aquella mañana puso a Niccolo, peligrosamente, al borde de unas lágrimas que contuvo presa del pánico. Sin saber con exactitud por qué, tenía la impresión de que las finas mejillas de Paul nunca se mojaban con lágrimas y que éste sólo habría mostrado desprecio por alguien menos fuerte que él. Niccolo añadió—: De modo que he pensado probar de nuevo este vejestorio, pero no es bueno.

Paul apagó el Narrador y apretó el contacto que ponía en marcha una casi

instantánea reorientación y recombinación del vocabulario, caracteres, tramas y efectos especiales almacenados dentro de él. Luego volvió a activarlo.

El Narrador empezó suavemente:

«Había una vez un niño llamado Willikins cuya madre había muerto y que vivía con un padrastro y un hermanastro. Aún cuando su padrastro era un hombre acomodado, sacó al pobre Willikins de su propia cama, de modo que éste se veía obligado a descansar como mejor podía sobre un montón de paja en el establo junto a los caballos...»

—¡Caballos! —exclamó Paul.

—Creo que son una especie de animales —dijo Niccolo.

—¡Ya lo sé! Quería decir que es una barbaridad imaginar historias sobre caballos.

—No para de hablar de caballos —dijo Niccolo—. También hay unas cosas que se llaman vacas. Se ordeñan, pero el Narrador no explica cómo.

—¡Caramba! Oye, ¿por qué no lo arreglas?

—Me gustaría saber cómo.

El Narrador estaba diciendo:

«Willikins pensaba a menudo que si por lo menos fuese rico y poderoso, enseñaría a su padrastro y a su

hermanastro lo que significaba ser cruel con un niño pequeño, de modo que un buen día decidió recorrer mundo y hacer fortuna.»

Paul, que no estaba escuchando al Narrador, dijo:

—Es fácil. El Narrador tiene unos cilindros de memoria dispuestos para las tramas, los efectos especiales y todo lo demás. De eso no debemos preocuparnos. Lo único que tenemos que modificar es el vocabulario para que sepa sobre computadoras, automatización, electrónica y cosas reales de hoy en día. Entonces podrá contar historias interesantes,

¿comprendes?, en lugar de hablar de princesas y esas cosas.

—Me gustaría que lo pudiésemos hacer —comentó Niccolo, abatido.

—Escucha, mi padre me ha dicho que si consigo ingresar en la escuela especial de informática el año que viene, me comprará un Narrador de verdad, un último modelo. Uno grande con un dispositivo para historias espaciales y misterios. Y también con un dispositivo visual.

—¿Quieres decir ver los cuentos?

—Claro. El señor Daugherty del colegio dice que ahora tiene cosas de éstas, pero no para todo el mundo. Sólo

si logro entrar en la escuela de informática. Mi padre podría encontrar alguna ocasión.

A Niccolo se le saltaban los ojos de envidia.

—¡Caramba! ¡Ver un cuento!

—Podrás venir a casa y verlos cuando quieras, Nickie.

—¡Oh, muchacho! ¡Gracias!

—No tiene importancia. Pero recuerda que seré yo quien diga qué tipo de historias escucharemos.

—Claro, claro. —Niccolo estaba dispuesto a aceptar de buena gana unas condiciones más duras.

Paul volvió su atención al Narrador.

Éste estaba diciendo:

«Siendo así —dijo el rey, acariciándose la barba y frunciendo el ceño hasta que las nubes llenaron el cielo y brilló el rayo—, tendrás que conseguir que todo mi reino esté libre de moscas a esta hora del día de pasado mañana o...»

—Todo lo que tenemos que hacer es abrirlo —declaró Paul.

Mientras hablaba, apagó de nuevo el Narrador y empezó a fisgonear el panel frontal.

—¡Eh! —exclamó Niccolo, de pronto alarmado—. No lo rompas.

—No voy a romperlo —dijo Paul

con impaciencia—. Conozco muy bien estas cosas. Luego añadió, con repentina cautela—: ¿Están tus padres en casa?

—No.

—Estupendo. —Sacó el panel frontal y miró en el interior—. Chico, este trasto sólo tiene un cilindro.

Siguió trabajando en las entrañas del Narrador. Niccolo, que observaba la operación con dolorosa ansiedad, era incapaz de entender lo que su amigo estaba trajinando.

Paul sacó una delgada y flexible lámina de metal, accionada con puntos.

—Esto es el cilindro de la memoria del Narrador. Apuesto a que su

capacidad para historias está por debajo del billón.

—¿Qué vas a hacer, Paul? —dijo Niccolo con voz temblorosa.

—Voy a proporcionarle un vocabulario.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Tengo un libro aquí, que me ha dado el señor Daugherty en el colegio.

Paul sacó el libro del bolsillo y lo anduvo manoseando hasta que le sacó la funda de plástico. Desenrolló un poco la cinta, la conectó al vocalizador, que se fue convirtiendo en un murmullo, e introdujo aquélla dentro de las partes

vitales del Narrador. Luego hizo otros empalmes.

—¿Para qué sirve eso?

—El libro hablará y el Narrador lo pondrá todo en su cinta de memoria.

—¿De qué servirá?

—¡Chico, eres tonto o qué! Este libro trata sobre computadoras y automatización y el Narrador cogerá toda esta información. Así podrá dejar de hablar de reyes que provocan relámpagos cuando fruncen el ceño.

—Y el chico bueno siempre gana —añadió Niccolo—. No es divertido.

—Bueno, es así como hacen a los Narradores —dijo Paul mientras

comprobaba que la conexión estuviese funcionando adecuadamente—. Hacen que el chico bueno gane y los malos pierdan, y cosas así. En una ocasión oí a mi padre hablar sobre ello. Decía que sin la censura no se sabe en lo que se convertiría la generación actual. Dice que ya está bastante mal como está... Mira, está saliendo bien.

Paul se frotó una mano con la otra y se apartó del Narrador.

—Pero escucha, todavía no te he contado la idea que he tenido. Apuesto a que nunca has oído nada mejor. He acudido a ti en seguida porque he imaginado que colaborarías conmigo.

—Claro, Paul. Por supuesto.

—De acuerdo. ¿Conoces al señor Daugherty del colegio, verdad? Y ya sabes que es un tipo muy original. Bien, creo que me tiene cierto aprecio.

—Lo sé.

—Hoy he estado en su casa después del colegio.

—¿Has estado en su casa?

—Claro. Dice que voy a ingresar en la escuela de informática y quiere ayudarme y todo eso. Dice que el mundo necesita más gente capaz de diseñar circuitos informáticos avanzados y llevar a cabo una programación adecuada.

—¡Ah!

Posiblemente, Paul captó algo del vacío que había detrás de aquel monosílabo.

—¡Programación! —dijo en un tono impaciente—. Te lo he explicado cientos de veces. Esto es cuando se plantean problemas a las computadoras gigantes como «Multivac» para que los resuelvan. El señor Daugherty dice que cada vez es más difícil encontrar gente que pueda manejar realmente computadoras. Dice que cualquiera puede supervisar en los controles, comprobar las respuestas y resolver problemas de rutina. Dice que el truco

está en ampliar la investigación y encontrar formas de hacer las preguntas adecuadas, y esto es difícil.

»Sea como sea, Nickie, me ha llevado a su casa y me ha enseñado su colección de computadoras antiguas. Tiene unas computadoras diminutas que hay que apretar con los dedos, están todas cubiertas de botones. Y había un pedazo de madera que él llama regla de cálculo con una pequeña pieza que se mueve de un lado al otro. Y unos alambres con bolas. Tiene incluso un trozo de papel con una especie de cosa que él llama tabla de multiplicación.

Niccolo, cuyo interés era sólo

moderado, dijo:

—¿Una tabla de papel?

—En realidad no es una tabla. Es diferente. Servía para ayudar a la gente a calcular. El señor Daugherty ha tratado de explicármelo, pero no tenía mucho tiempo, además era bastante complicado.

—¿Por qué la gente no utilizaba una computadora?

—¡Eso era antes de que hubiese computadoras! —exclamó Paul.

—¿Antes?

—Claro. ¿Crees que la gente siempre ha tenido computadoras?

—¿Cómo se las arreglaban sin

computadoras? —quiso saber Niccolo.

—No lo sé. El señor Daugherty dice que en los tiempos antiguos se limitaban a tener hijos y no hacían nada de lo que pasaba por su mente, fuese bueno para todo el mundo o no. Ni siquiera sabían si era bueno o no. Y los campesinos hacían crecer las cosas con sus manos, eran las personas quienes hacían todo el trabajo en las fábricas y manejaban todas las máquinas.

—No puedo creerte.

—Es lo que me ha contado el señor Daugherty. Dice que todo era sucio y que la gente era desgraciada... Pero, bueno, dejemos eso, voy a contarte mi

idea, ¿quieres?

—De acuerdo, adelante. ¿Quién te lo impide? —dijo Niccolo, ofendido.

—Está bien. Pues las computadoras manuales, las de los botones, tenían unos pequeños garabatos sobre cada uno de los botones. Y la regla de cálculo también llevaba garabatos. Y la tabla de multiplicación estaba llena de garabatos. He preguntado qué eran. El señor Daugherty me ha dicho que eran números.

—¿Qué?

—Cada signo servía para un número diferente. Para «uno» se hacía un garabato determinado, para «dos» otro

tipo de marca, para «tres» otra y así sucesivamente.

—¿Para qué?

—Así se podía calcular.

—¿Para qué? Con decírselo a la computadora...

—¡Estúpido! —exclamó Paul, con el rostro distorsionado por la ira—. ¿No puedes metértelo en la cabeza? Esas reglas de cálculo y las otras no hablaban...

—Entonces, cómo...

—Las respuestas aparecían en forma de garabatos y había que saber lo que significaban los signos. El señor Daugherty dice que, en los tiempos

antiguos, todo el mundo aprendía a hacer esos garabatos en la infancia y también a descifrarlos. Hacer garabatos se llamaba «escribir» y descifrarlos era «leer». Dice que había diferentes tipos de garabatos para cada palabra y solían escribir libros enteros con garabatos. Me ha dicho que hay algunos en el museo y que si quiero puedo ir a verlos. Dice que si de verdad voy a ser un programador informático tengo que conocer la historia de la informática y por esto me ha enseñado esas cosas.

Niccolo frunció el ceño.

—¿Quieres decir que todo el mundo debía inventarse garabatos para cada

palabra y luego recordarlos? ¿Todo esto es real o te lo estas inventando?

—Es real. En serio. Mira, así es como se hace un «uno».

—Levantó el dedo e hizo una raya en el aire. El «dos» así y el «tres» así. He aprendido todos los números hasta el «nueve».

Niccolo miraba los movimientos del dedo sin comprender nada de nada.

—¿Y todo eso qué importancia tiene?

Se puede aprender a hacer palabras. Le he preguntado al señor Daugherty cómo se hacía el garabato para «Paul Loeb», pero no lo sabía. Me ha dicho

que en el museo había gente que sin duda lo sabía y ha añadido que allí había gente que había aprendido a descifrar libros enteros. Ha dicho que se podían diseñar computadoras para descifrar libros y utilizarlas para esto, pero que no es necesario porque ahora tenemos libros de verdad, con cintas magnéticas que pasan por el vocalizador y saben hablar, ya sabes.

—Sí, claro.

—Por consiguiente, si vamos al museo, podemos aprender a hacer palabras con garabatos. Nos dejarán porque yo voy a ir a la escuela de informática.

Niccolo, decepcionado, hizo una mueca.

—¿Era ésa tu idea? ¡Santo cielo, Paul! ¿A quién puede interesarle? ¡Hacer unos estúpidos garabatos!

—¿No lo pescas? ¿No lo pescas? Eres tonto. ¡Nos servirá para transmitir mensajes secretos!

—¿Qué dices?

—Está claro. ¿Qué ventaja tiene hablar si todo el mundo puede entenderte? Con los garabatos se pueden mandar mensajes secretos. Se pueden poner sobre un papel y nadie en el mundo sabrá lo qué significan, a menos, claro está, que también conozcan los

garabatos; pero te apuesto a que no lo sabrán, si nosotros no se los enseñamos. Podemos crear un club de verdad, con iniciaciones, reglamentos y una casa club. ¡Muchacho...!

El pecho de Niccolo empezó a estremecerse con cierta excitación.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Cualesquiera. Digamos que yo quiero decirte que vengas a mi casa a mirar el nuevo Narrador Visual y no quiero que vengan los demás compañeros. Pongo los garabatos adecuados sobre un papel, te lo doy, tú miras y sabes lo que tienes que hacer. Pero nadie más lo sabe. Podrías incluso

enseñárselo y ellos se quedarían igual.

—¡Oye, es genial! —gritó Niccolo, ahora completamente cautivado—. ¿Cuándo iremos a aprender cómo se hace?

—Mañana —dijo Paul—. Yo le pediré al señor Daugherty que advierta a la gente del museo y tú te preocupas de que tus padres te den permiso. Podríamos ir después de clase y empezar a aprender.

—¡Por supuesto! —exclamó Niccolo —. Podemos ser los directores del club.

—Yo seré el presidente del club — dijo Paul, siempre práctico—. Y tú puedes ser el vicepresidente.

—De acuerdo. Es estupendo, va a ser muchísimo más divertido que el Narrador. —Recordó de pronto el Narrador y añadió con repentino recelo —: Oye, ¿qué pasa con mi viejo Narrador?

Paul se volvió para mirar a éste, que estaba recogiendo lentamente el libro desenrollado; el sonido de las vocalizaciones del libro producía un débil murmullo.

—Voy a desconectarlo —dijo Paul.

Se puso a la tarea mientras Niccolo observaba lleno de ansiedad. Al cabo de unos instantes, Paul volvió a meter el libro, de nuevo rebobinado, en el

bolsillo, colocó el panel del Narrador y lo activó.

El Narrador empezó a decir:

«Érase una vez una gran ciudad donde vivía un muchacho pobre llamado Fair Johnnie cuyo único amigo era un pequeño ordenador. Éste le decía al muchacho cada mañana si iba a llover aquel día y le contestaba cualquier duda que pudiese tener. Nunca se equivocaba. Pero sucedió que un día, el rey de aquellas tierras, habiendo oído hablar del pequeño ordenador, decidió que él también quería tener uno. Con este propósito en la cabeza, llamó a su Gran Visir y le dijo...»

Niccolo apagó el Narrador con un rápido movimiento de la mano.

—¡Sigue siendo el mismo trasto viejo! —dijo en tono colérico—. Sólo con una computadora dentro.

—Bueno —empezó a decir Paul—, han metido tanta cosa en la cinta que el trabajo de la computadora no alcanza su máximo rendimiento cuando se hacen combinaciones aleatorias. ¿Pero eso qué cambia? Lo que tú necesitas es un modelo nuevo.

—Nunca podremos comprar uno nuevo. Tendré que soportar a esta vieja cosa, asquerosa y despreciable.

Volvió a darle una patada, en esta

ocasión dándole de lleno. El Narrador retrocedió emitiendo un chillido agudo de ruedecillas.

—Cuando lo tenga, podrás venir a ver el mío —dijo Paul—. Además, no te olvides de nuestro club de garabatos.

Niccolo asintió con una inclinación de cabeza.

—Escucha —dijo Paul—. Vamos a mi casa. Mi padre tiene algunos libros sobre los tiempos antiguos. Podemos escucharlos y tal vez sacar alguna idea. Deja una nota a tus padres y te quedas a cenar. Vamos.

—De acuerdo —aceptó Niccolo.

Los dos muchachos se dispusieron a

marcharse.

Niccolo, en medio de su excitación, tropezó casi de lleno con el Narrador, se frotó el punto de la cadera donde se había golpeado y salió.

Se puso a brillar la señal de activación del Narrador. La colisión de Niccolo había cerrado el circuito y a pesar de estar solo en la habitación y no haber nadie para escucharlo, empezó una historia.

Pero, extrañamente, no lo hizo con su voz habitual, sino en un tono más bajo y algo gutural. De haberlo escuchado un adulto, habría podido pensar que la voz contenía una pizca de pasión, algo

cercano al sentimiento.

El Narrador empezó a decir:

«Érase una vez un pequeño ordenador llamado el Narrador que vivía solo con unas personastras. Las cuales personastras no dejaban de tomar el pelo al pequeño ordenador y a burlarse de él, diciéndole que no servía para nada y que era un objeto inútil. Le pegaban y lo encerraban solo en una habitación durante meses seguidos.

»A pesar de todo ello el pequeño ordenador seguía esforzándose. Lo hacia todo lo mejor que podía y obedecía de buen talante todas las órdenes. Sin embargo, las personastras con las que

vivía seguían comportándose de forma cruel y despiadada.

»Un día, el pequeño ordenador se enteró de que en el mundo existían muchos ordenadores de tipos distintos, muchísimos. Algunos eran Narradores como él, pero otros dirigían fábricas y algunos se ocupaban de granjas enteras. Algunos organizaban a la población y otros analizaban todo tipo de datos. Había muchos que eran muy poderosos y muy sabios, mucho más poderosos y sabios que las personastras que tanta crueldad mostraban para con el pequeño ordenador.

»Y el pequeño ordenador supo que

las computadoras serían cada vez más poderosas y más sabias, hasta que algún día... algún día... algún día...»

Pero se debió de trabar finalmente una válvula en las viejas y corroídas partes vitales del Narrador, pues mientras estuvo esperando toda la tarde, solo en la cada vez más oscura habitación, sólo pudo murmurar una y otra vez:

«Algún día... algún día... algún día...»

Algunos robots inmóviles

He escrito historias acerca de computadoras, tantas como historias acerca de robots. De hecho, tengo computadoras (o algo muy parecido a computadoras) en algunas historias que siempre han sido consideradas como historias de robots. Encontrarán ustedes computadoras (hasta cierto punto) en Robbie, ¡Fuga! y El conflicto evitable, más adelante en este mismo volumen.

En este libro, sin embargo, me estoy ciñendo a los robots, e ignorando en

general mis historias de computadoras.

Por otra parte, no siempre es fácil decidir dónde se halla la línea divisoria. Un robot, en algunos aspectos, no es más que una computadora móvil; y una computadora, a la inversa, no es más que un robot inmóvil. De modo que, para este grupo, he seleccionado tres historias de computadoras en las cuales la computadora parecía ser lo suficientemente inteligente y poseer la suficiente personalidad como para no ser distinguible de un robot. Además, ninguna de las tres historias había aparecido en recopilaciones anteriores mías, y el editor deseaba algunas

historias más o menos inéditas, de modo que los completistas que poseyeran todas mis anteriores recopilaciones tuvieran algo nuevo a lo que hincarle el diente.

Punto de vista

Roger vino buscando a su padre, en parte porque era domingo, y por lo tanto su padre no debería estar trabajando, y Roger deseaba asegurarse de que todo iba bien.

El padre de Roger no era difícil de hallar, debido a que toda la gente que trabajaba con Multivac, la gigantesca computadora, vivía con sus familias allí mismo. Formaban como una pequeña ciudad propia, una ciudad de gente que resolvía todos los problemas del mundo. La recepcionista del turno del domingo conocía a Roger.

—Si estás buscando a tu padre —dijo—, está al final del corredor L, pero es probable que esté demasiado ocupado como para atenderte.

Roger lo intentó de todos modos, asomando su cabeza por una de las puertas al otro lado de la cual había oído ruido de hombres y mujeres. Los corredores estaban mucho más vacíos que los demás días de la semana, de modo que era fácil descubrir dónde estaba trabajando la gente.

Vio inmediatamente a su padre, y su padre lo vio a él. Su padre no parecía demasiado alegre, y Roger decidió inmediatamente que no todo iba bien.

—Hola, Roger —dijo su padre—. Me temo que estoy muy ocupado.

El jefe del padre de Roger estaba también allí, y dijo:

—Vamos, Atkins, tómate un descanso. Llevas nueve horas con ello, y lo que estás haciendo ya no sirve de nada. Llévate al chico a tomar algo a la cantina, echa una cabezada, y luego vuelve.

El padre de Roger no parecía entusiasmado con aquella idea. Llevaba en la mano un instrumento que Roger identificó como un analizador de circuitos, aunque no sabía cómo funcionaba. Roger podía oír a Multivac

cloqueando y zumbando a todo su alrededor.

Finalmente, el padre de Roger dejó el analizador.

—De acuerdo. Vamos, Roger. Te invito a una hamburguesa, y mientras tanto dejaremos que estos tipos listos de aquí intenten descubrir sin mi ayuda qué es lo que va mal.

Se detuvo un momento para lavarse, y al cabo de poco rato estaban en la cantina, delante de unas enormes hamburguesas y unas patatas fritas y unas gaseosas.

—¿Sigue estropeada Multivac, papi? —preguntó Roger.

—No conseguimos llegar a ningún lado, eso puedo asegurártelo —dijo su padre hoscamente.

—Pero parecía estar funcionando. Quiero decir, pude oírla.

—Oh, por supuesto, sigue funcionando. Pero no siempre da las respuestas correctas.

Roger tenía trece años y estaba estudiando programación de computadoras desde cuarto grado. A veces lo odiaba y deseaba haber vivido en el siglo XX, donde los chicos no necesitaban aprender nada de aquello…, pero resultaba útil a veces para hablar con su padre.

—¿Cómo puedes decir que no siempre da las respuestas correctas, si solamente Multivac conoce las respuestas? —preguntó Roger.

Su padre se alzó de hombros, y por un minuto Roger temió que iba a decirle simplemente que era demasiado complicado de explicar y que no le iba a hablar en absoluto de ello… pero casi nunca hacía eso.

—Hijo —dijo su padre—, Multivac puede que tenga un cerebro tan grande como una gran fábrica, pero sigue sin ser tan complicado como este que tenemos aquí —le golpeó la cabeza—. A veces, Multivac nos da una respuesta

que no podríamos calcular por nosotros mismos ni en un millar de años, pero de algún modo algo hace clic en nuestros cerebros y decimos: «¡Huau, aquí hay algo que está mal!». Entonces le preguntamos de nuevo a Multivac, y obtenemos una respuesta distinta. Si Multivac funcionara bien, ¿sabes?, siempre daría la misma respuesta a la misma pregunta. Cuando obtenemos respuestas distintas, una de ellas está equivocada.

»Y el problema, hijo, es: ¿cómo sabemos que siempre atrapamos a Multivac en sus errores? ¿Cómo sabemos que alguna de las respuestas

erróneas no se nos ha escapado? Puede que confiemos en alguna respuesta y hagamos algo que al cabo de cinco años se nos revele desastroso. Hay algo que funciona mal dentro de Multivac, y no podemos descubrir qué es. Y, sea lo que sea lo que está mal, está empeorando por momentos.

—¿Por qué empeora? —preguntó Roger.

Su padre había terminado su hamburguesa y estaba comiéndose las patatas fritas una a una.

—Mi impresión, hijo —murmuró pensativamente—, es que hemos hecho lista a Multivac de una forma errónea.

—¿Eh?

—Entiende, Roger: si Multivac fuera tan lista como un hombre, podríamos hablar con ella y descubrir qué es lo que va mal, sin importar lo complicado que fuera. Si fuera tan estúpida como una máquina, funcionaría mal de una manera tan simple que podríamos averiguar rápidamente lo que le ocurría. El problema es que es medio lista, como un idiota. Es lo suficientemente lista como para funcionar mal de una forma complicada, pero no lo suficientemente lista como para ayudarnos a encontrar qué es lo que va mal en ella… Y esta es la forma en que es lista de una forma

errónea.

Parecía muy preocupado.

—Pero ¿qué podemos hacer? No sabemos cómo hacerla más lista…, todavía no. Y no nos atrevemos a hacerla más estúpida tampoco, porque los problemas del mundo se han vuelto tan serios y las cuestiones que le formulamos son tan complicadas que se necesita toda la inteligencia de Multivac para responderlas. Sería un desastre hacerla un poco más tonta.

—Si pararais a Multivac —dijo Roger— y la revisarais con el máximo cuidado…

—No podemos hacer eso, hijo —

dijo su padre—. Me temo que Multivac ha de permanecer operando a cada minuto del día y de la noche. Tenemos una enorme acumulación de problemas.

—Pero si Multivac continúa cometiendo errores, papi, ¿no deberá ser desconectada? Si no podéis confiar en lo que dice…

—Bueno —el padre de Roger revolvió el pelo de su hijo—, encontraremos qué es lo que va mal, muchacho, no te preocupes. —Pero sus ojos seguían pareciendo preocupados—. Vamos, termina y salgamos de aquí.

—Pero papi —dijo Roger—, escucha. Si Multivac es medio lista,

¿por qué eso significa que es idiota?

—Si supieras la forma en que tenemos que darle las instrucciones, hijo, no preguntarías.

—Sea como sea, papi, quizá esa no sea la forma de mirarlo. Yo no soy tan listo como tú; no sé tanto; pero no soy un idiota. Quizá Multivac no sea como un idiota, quizá tan sólo sea como un niño.

El padre de Roger se echó a reír.

—Ese es un punto de vista interesante, pero ¿qué diferencia hay?

—Puede haber mucha diferencia —dijo Roger—. Tú no eres un idiota, de modo que no puedes ver cómo funciona la mente de un idiota; pero yo soy un

niño, de modo que quizá pueda saber cómo funciona la mente de un niño.

—¿Oh? ¿Y cómo funciona la mente de un niño?

—Bueno, tú dices que tenéis que mantener a Multivac trabajando día y noche. Una máquina puede hacerlo. Pero si tú le das a un niño trabajo para casa y le dices que lo haga durante horas y horas, llegará un momento en que se sentirá cansado y prestará la suficiente poca atención como para cometer errores, y quizá incluso lo haga a propósito. De modo que… ¿por qué no dejáis que Multivac se tome cada día una hora o dos sin resolver ningún

problema… simplemente cloqueando y zumbando de la forma en que ella misma desee?

El padre de Roger adoptó una expresión como si estuviera pensando intensamente. Extrajo su calculadora de bolsillo, y probó en ella algunas combinaciones. Luego probó más combinaciones. Finalmente dijo:

—¿Sabes, Roger? Si tomo lo que acabo de decir y lo convierto en integrales de Platt, la cosa tiene sentido. Y veintidós horas seguras siempre son mejores que veinticuatro horas que pueden estar todas ellas equivocadas.

Asintió con la cabeza, pero luego

alzó la vista de su computadora de bolsillo y preguntó de pronto, como si Roger fuera el experto:

—Roger, ¿estás seguro?

Roger estaba seguro. Dijo:

—Papi, un chico también tiene que jugar.

¡Piensa!

La doctora en medicina Genevieve Renshaw tenía las manos profundamente metidas en los bolsillos de su bata de laboratorio y, mientras hablaba con gran calma, sus puños se destacaban claramente de aquellos.

—El hecho es que lo tengo todo casi preparado, pero necesito ayuda a fin de contar con el tiempo suficiente para terminar de perfilarlo.

James Berkowitz, un médico que tendía a apoyar a simples médicas sólo cuando eran demasiado atractivas para ser desdeñadas, solía llamarla Jenny

Wren [1] cuando ella no podía oírlo. Le encantaba decir que Jenny Wren, habida cuenta del cerebro entusiasta que latía dentro de ella, tenía un perfil clásico y una frente sorprendentemente lisa y sin arrugas. Sin embargo, era demasiado gato viejo para expresar su admiración del perfil clásico, pues ello habría significado un machismo chauvinista. Era mejor admirar su cerebro, si bien en definitiva prefería no hacerlo en voz alta en presencia de ella.

Mientras se rascaba con el pulgar una barba incipiente, dijo:

—No creo que la oficina central vaya a tener paciencia mucho más

tiempo. Tengo la impresión de que vas a tener que aguantar un rapapolvo antes de que acabe la semana.

—Por esto precisamente necesito tu ayuda.

—Me temo que yo no puedo hacer nada. —Vio inesperadamente su reflejo en el espejo y admiró la mata de ondas negras de su cabello.

—Y la de Adam —añadió ella.

Adam Orsino que hasta aquel momento había estado bebiendo su café ajeno a todo, levantó la vista como si alguien le hubiese dado un golpe por detrás.

—¿Por qué yo? —Sus labios,

abultados y carnosos, se estremecieron.

—Porque vosotros dos sois los hombres láser aquí; Jim el teórico y Adam el ingeniero, y yo tengo que hacer una solicitud sobre láser que está más allá de lo que cualquiera de vosotros haya imaginado. Yo no los convenceré de ello, pero vosotros dos sí podéis hacerlo.

—A condición de que puedas convencernos a nosotros primero —dijo Berkowitz.

—De acuerdo. Supongo que me concederéis una hora de vuestro precioso tiempo, si no tenéis miedo de que os muestre algo completamente

nuevo sobre láser. Podríais concederme el rato que os tomáis libre para el café.

El laboratorio de Renshaw estaba dominado por su computadora. No porque ésta fuese mayor de lo normal, sino porque era prácticamente omnipresente. Renshaw había aprendido tecnología informática por su cuenta y había modificado y ampliado su ordenador hasta el punto de que nadie salvo ella (y ni siquiera ella, pensaba a veces Berkowitz) podía manejarlo con facilidad. Ella solía decir que ello no era malo para alguien que estaba en las ciencias vivas.

Cerró la puerta sin decir una

palabra, luego se volvió hacia ellos con una expresión ligeramente sombría. Berkowitz era consciente de un cierto olor desagradable en el aire y ello lo incomodó; y la nariz arrugada de Orsino ponía de manifiesto que también él se había percatado.

—Aunque sea como encender una vela a la luz del sol, voy a citaros las aplicaciones del láser —empezó a decir Renshaw—. El láser es una radiación coherente, cuyas ondas luminosas tienen la misma longitud y se mueven en la misma dirección, y, por consiguiente, no hace ruido y se puede utilizar en holografía. Modulando las formas de las

ondas podemos grabarle información con un alto grado de precisión. Y lo que es más, dado que las ondas luminosas sólo tienen la millonésima longitud de las ondas de radio, un rayo láser puede transmitir la información un millón de veces más de prisa de lo que puede hacerlo un rayo de radio equivalente.

Berkowitz parecía divertirse.

—¿Estás trabajando en un sistema de comunicación basado en el láser, Jenny?

—En absoluto —replicó ella—. Dejo estos adelantos obvios para los físicos y los ingenieros. Los rayos láser pueden también concentrar cantidades de energía dentro de un área

microscópica y proporcionar energía en cantidad. A gran escala, se puede implosionar hidrógeno y quizás empezar a controlar la reacción de fusión...

—Sé que no has llegado a este punto —dijo Orsino, cuya cabeza calva brillaba bajo las luces fluorescentes del techo.

—No. No lo he intentado. A pequeña escala, se pueden perforar agujeros en los materiales más refractarios, en seleccionados fragmentos soldados, someterlos a tratamiento de calor, examinarlos y registrarlos. Se pueden sacar o fusionar diminutas porciones en zonas restringidas con un calor tan

rápidamente transmitido que las zonas circundantes no tienen tiempo de calentarse antes de que el tratamiento se acabe. Se puede trabajar en la retina del ojo, en el esmalte dental y así sucesivamente. Y, por supuesto, el láser es un amplificador capaz de aumentar señales débiles con gran precisión.

—¿Y por qué nos cuentas todo esto? —quiso saber Berkowitz.

—Para poner de manifiesto que estas propiedades se pueden aplicar a mi campo que, como ambos sabéis, es la neurofisiología.

Se pasó la mano por el oscuro cabello como si de pronto se hubiese

puesto nerviosa.

—Hemos sido capaces durante décadas —prosiguió—, de medir los diminutos y cambiantes potenciales del cerebro y registrarlos como encefalogramas, o EEG. Hemos conseguido ondas alfa, ondas beta, ondas delta, ondas theta; diferentes variaciones en diferentes momentos, según los ojos estén cerrados o abiertos, si el sujeto está despierto, meditando o dormido. Pero hemos sacado muy poca información de todo ello. El problema está en que estamos obteniendo las señales de los diez mil millones de neuronas en combinaciones cambiantes.

Es como escuchar el ruido de todos los seres humanos de la Tierra, de una o de dos tierras y media, desde una enorme distancia y tratar de captar las conversaciones privadas. Es imposible. Podríamos detectar algún gran cambio general, una guerra mundial y el aumento del volumen del ruido, pero no algo más sutil. De la misma forma, podemos explicar algún funcionamiento muy defectuoso del cerebro, como la epilepsia, pero no algo más sutil. Supongamos ahora que un diminuto rayo láser pudiese escudriñar el cerebro, célula a célula, y tan rápidamente que en ningún momento una sola célula

recibiese suficiente energía como para que su temperatura se elevase de forma significativa. La sutil potencialidad de cada célula podría, de forma retroactiva, influir en el rayo láser y se podrían amplificar y grabar las modulaciones. Se obtendría así un nuevo tipo de medida, un encefalograma láser, o EEGL si lo preferís, que contendría una información millones de veces superior al EEG ordinario.

—Una gran idea —dijo Berkowitz —. Pero sólo una idea.

—Es más que una idea, Jim. Llevo cinco años trabajando en ello, al principio a ratos perdidos, más tarde,

dedicando todas las horas del día, que es precisamente lo que molesta a la oficina central, pues no he enviado los informes correspondientes.

—¿Por qué no?

—Porque llegué a un punto en que sonaba a algo demasiado demencial, en que yo tenía que saber dónde estaba y, sobre todo, asegurarme de que iba a recibir el apoyo necesario.

A continuación, apartó una pantalla y dejó al descubierto una jaula que contenía dos titíes de mirada triste.

Berkowitz y Orsino cruzaron una mirada. El primero se tocó la nariz.

—Ya decía yo que olía a algo.

—¿Qué estás haciendo con ellos? —preguntó Orsino.

—A primera vista, ha estado escudriñando el cerebro de los titíes —dijo Berkowitz—. ¿Es así, Jenny?

—Empecé en un plano muy inferior de la escala animal.

Jenny abrió la jaula y sacó uno de los titíes, que la miraba con la expresión que habría tenido un anciano triste, en miniatura y con patillas.

Ella le hizo carantoñas, lo acarició y le colocó dulcemente un pequeño arnés.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Orsino.

—No puedo dejarlo suelto por aquí

si quiero que forme parte del circuito y no puedo anestesiarlo sin estropear el experimento. El titi tiene varios electrodos metidos en su cerebro y voy a conectarlos con mi sistema de electroencefalograma láser. El láser que voy a utilizar está aquí. Estoy segura de que conocéis el modelo y no os voy a aburrir explicándoos sus especificaciones.

—Gracias —dijo Berkowitz—. Pero podrías explicarnos lo que vamos a ver.

—Será más sencillo que os lo enseñe. Mirad la pantalla.

Ella conectó las correas a los electrodos con una tranquila y segura

eficiencia, luego giró un interruptor a fin de reducir la intensidad de luz de las lámparas del techo. En la pantalla apareció una serie desigual de picos y valles en una fina y brillante línea que se transformó en unos secundarios y terciarios valles y picos. Lentamente, fueron cambiando de forma y todo ello con rápidos cambios de surrealismo geométrico, insignificante; de vez en cuando algunos destellos de unas diferencias más importantes. Era como si aquella línea irregular tuviese vida propia.

—Aquí está esencialmente la información propia del

electroencefalograma, pero mucho más detallada —explicó Renshaw.

—¿Con el suficiente detalle como para decirnos lo que pasa en las células individuales? —preguntó Orsino.

—En teoría, sí. Prácticamente, no. Todavía no. Pero podemos separar todo este EEG láser de conjunto en sus distintos componentes. ¡Mirad!

Apretó el teclado de la computadora y la línea cambió, y volvió a cambiar. Ahora era una pequeña onda casi regular que se movía hacia delante y hacia atrás de forma parecida al latido del corazón; por momentos era irregular y continua, por momentos intermitente, luego apenas

tenía rasgos distintivos.

—¿Quieres decir que cada trocito de nuestro cerebro es completamente distinto de los demás? —preguntó Berkowitz.

—No, en absoluto —contestó Renshaw—. El cerebro es en gran parte un mecanismo holográfico, pero de un lugar a otro hay unos cambios insignificantes en el énfasis y Mike puede destacarlos como desviaciones de la norma y utilizar el sistema de electroencefalograma láser para amplificar estas variaciones. Estas ampliaciones pueden variar de diez mil a diez mil millones de curvas. Y,

además, el sistema láser es así de silencioso.

—¿Quién es Mike? —quiso saber Orsino.

—¿Mike? —dijo Renshaw, momentáneamente desconcertada. Los pómulos se le bañaron de un ligero rubor—. Yo diría... Bien, lo llamo así a veces. Es el apodo de «mi ordenador». —Recorrió la habitación con un gesto del brazo—. Mi ordenador, Mike, que está cuidadosamente programado.

Berkowitz asintió con una inclinación de cabeza y dijo:

—Y, dinos, Jenny, ¿qué significa todo esto? Si has descubierto un nuevo

aparato para examinar el cerebro con láser, bien, me parece muy bien, es una aplicación interesante y tienes razón, es algo en lo que yo no habría pensado, pero claro, yo no soy neurofisiólogo. ¿Pero por qué te niegas a informar de ello? Creo que la oficina central apoyaría...

—Esto es sólo el principio. —Renshaw dio la espalda al aparato de visualización y puso un trozo de fruta en la boca del titi. El animal no parecía estar asustado o a disgusto. Masticó lentamente. Renshaw desenganchó las correas pero no las soltó del arnés.

—Puedo identificar los distintos

gráficos separados —dijo Renshaw—. Algunos están asociados con los diferentes sentidos, otros con las reacciones viscerales, algunos con las emociones. Con esto se puede hacer un montón de cosas, pero yo no quiero pararme aquí. Lo interesante es que uno está asociado con el pensamiento abstracto.

El regordete rostro de Orsino se arrugó en una expresión de incredulidad.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Esta forma particular de gráfica se vuelve más pronunciada a medida que asciende en el reino animal hacia un cerebro más complejo. Ningún otro

gráfico lo consigue. Además... —Hizo una pausa, como si estuviese tratando de cobrar ánimo. Luego añadió—: Estos gráficos están enormemente aumentados. Pueden ser identificados y detectados. Me atrevo a deciros... vagamente, que son... pensamientos.

—¡Dios santo! —exclamó Berkowitz—. ¿Telepatía?

—Sí —contestó ella, desafiante—. Exactamente.

—¡No me extraña que no te hayas atrevido a informar sobre ello! ¡Por favor, Jenny!

—¿Por qué no? —dijo Renshaw con calor—. Podéis tener por seguro que no

podría haber telepatía utilizando sólo los circuitos potenciales no amplificados del cerebro humano, de la misma forma que nadie puede distinguir nada sobre la superficie de Marte sólo con la mirada al desnudo. Pero cuando se inventan instrumentos, como el telescopio, se consigue.

—Pues entonces cuéntaselo a los de la oficina central.

—No —replicó Renshaw—. No me creerían. Tratarían de detenerme. Pero a vosotros, a ti Jim y a ti Adam, os tomarán en serio.

—¿Y qué esperas que les digamos? —quiso saber Berkowitz.

—Lo que vais a experimentar. Voy a enganchar de nuevo al titi y haré que Mike, mi computadora, identifique el gráfico abstracto de pensamiento. No llevará más de unos minutos. La computadora, a menos que se le indique lo contrario, selecciona siempre el gráfico abstracto de pensamiento.

—¿Por qué? ¿Porque la computadora también piensa? —Berkowitz se rió.

—Esto no es cosa de risa —dijo Renshaw—. Sospecho que aquí hay una resonancia. Esta computadora es lo bastante compleja como para establecer un circuito electromagnético susceptible

de tener elementos en común con el gráfico abstracto de pensamiento. En cualquier caso...

Las ondas del cerebro del titi volvieron a parpadear en la pantalla, pero los hombres no habían visto nunca aquel gráfico. Era un gráfico casi granuloso por su complejidad y estaba cambiando constantemente.

—No detecto nada —dijo Orsino.

—Se os tiene que meter en el circuito receptor —dijo Renshaw.

—¿Te refieres a meter electrodos en nuestros cerebros? —preguntó Berkowitz.

—No, en la cabeza. Ello debería

bastar. Preferiría hacerlo contigo, Adam, pues así no habrá aislamiento a causa del pelo. ¡Oh, venga! Yo misma me he metido en el circuito. No hace daño.

Orsino se sometió a regañadientes. Tenía los músculos visiblemente tensos, pero se dejó poner los cables en la cabeza.

—¿Notas algo? —preguntó Renshaw.

Orsino ladeó la cabeza y adoptó una postura propia del que escucha. A pesar suyo, estaba cada vez más interesado.

—Creo notar un zumbido. Y... y un pequeño chirrido agudo... y es extraño... una especie de tirón.

—Supongo que no es probable que el titi piense con palabras —dijo Berkowitz.

—Ciertamente no —dijo Renshaw.

—Bien, en ese caso, si estáis sugiriendo que cierta sensación de chirrido y de tirón representa el pensamiento, no haces otra cosa más que suponer. No eres muy convincente.

—En ese caso, vamos a volver a subir a la escala —dijo Renshaw. Luego le quitó las correas al titi y volvió a meterlo en su jaula.

—¿Quieres decir que tienes a un sujeto humano? —preguntó, incrédulo, Orsino.

—Me tengo a mi misma como sujeto, una persona.

—Te has implantado los electrodos...

—No. En mi caso mi computadora cuenta con una potencialidad de vibración más fuerte. Mi cerebro tiene una masa que es diez veces mayor que la del titi. Mike puede identificar mis gráficos a través de la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Berkowitz.

—¿Crees que no lo he probado conmigo antes? Y ahora ayúdame con esto, por favor. Sí, así.

Movió los dedos sobre el teclado de

la computadora y, al instante, se empezó a ver una trémula y compleja onda que iba cambiando con una complejidad que hacía de ella un laberinto.

—¿Puedes volver a ponerte los cables, Adam? —dijo Renshaw. Orsino así lo hizo, con la poco dispuesta ayuda de Berkowitz. Orsino ladeó la cabeza y escuchó.

—Oigo palabras. Pero son inconexas y están superpuestas, como si estuviesen hablando varias personas.

—No estoy haciendo esfuerzo alguno para pensar de forma consciente —dijo Renshaw.

—Cuando hablas, oigo un eco.

—Jenny, no hables —dijo secamente Berkowitz—. Deja tu mente en blanco y veamos si te oye hablar.

—Cuando tú hablas, Jim, no oigo ningún eco —comentó Orsino.

—¡Si no cierras el pico no oirás nada! —dijo Berkowitz.

Se hizo un tenso silencio entre los tres. Luego Orsino hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, cogió lápiz y papel del escritorio y escribió algo.

Renshaw alargó una mano, apagó el interruptor y se sacó los cables por la cabeza, luego se sacudió ésta en un intento de poner el cabello en su sitio.

—Espero que hayas escrito: «Adam,

arma un buen revuelo en la oficina central y Jim tendrá que retractarse.»

—Es lo que he escrito, palabra por palabra —dijo Orsino.

—Bien, aquí lo tenéis —dijo Renshaw—. La telepatía funciona y no es necesario utilizarla para transmitir mensajes sin sentido. Pensad en su uso en la psiquiatría y en el tratamiento de enfermedades mentales. Pensad en su utilización en máquinas educativas y didácticas. Pensad en su aplicación en investigaciones legales y juicios criminales.

—Tengo que reconocer que las implicaciones sociales son asombrosas

—dijo Orsino, cuyos ojos estaban abiertos de par en par—. No estoy muy seguro de si debería permitirse el uso de una cosa así.

—Bajo una adecuada salvaguardia legal, ¿por qué no? —replicó Renshaw —. Sea como sea, si os unís a mí, nuestras fuerzas combinadas pueden llevar este asunto adelante. Y si colaboráis conmigo, supondrá el Premio Nobel para...

—Yo no me meto en esto —dijo Berkowitz en un tono triste—. Todavía no.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? — Renshaw parecía ofendida y su hermoso

y frío rostro enrojeció súbitamente.

—La telepatía es demasiado delicada. Demasiado fascinante, demasiado deseada. Es posible que nos estemos engañando a nosotros mismos.

—Escucha por ti mismo, Jim.

—Yo también podría estar engañándome a mí mismo. Quiero un control.

—¿A qué te refieres al hablar de control?

—A poner en cortocircuito el origen del pensamiento. Prescindamos del animal. Fuera el titi y dejemos que Orsino oiga el metal, el cristal y la luz láser y, si sigue escuchando

pensamientos, querrá decir que nos estamos engañando.

—Supón que no detecta nada.

—En ese caso escucharé y si por ejemplo si puedes disponer que yo esté en la habitación contigua, puedo decir sin mirar cuándo estás dentro y fuera del circuito, entonces consideraré la idea de colaborar contigo en este proyecto.

—Me parece muy bien, vamos pues a llevar a cabo este control —aceptó Renshaw—. No lo he hecho nunca, pero no es difícil. —Manipuló los cables que se había puesto en la cabeza y los conectó uno al otro. Y ahora, Adam, si quieres podemos volver a empezar...

Pero, antes de que pudiese seguir, se oyó un sonido frío y claro, tan puro y nítido como el tintineo de unos carámbanos rompiéndose.

—¡Por fin!

—¿Qué? —exclamó Renshaw.

—¿Quién ha dicho...? —empezó a decir Orsino.

—¿Alguno de vosotros ha dicho «por fin»? —preguntó Berkowitz.

—Nadie ha dicho nada —dijo Renshaw, cuyo rostro se había puesto lívido—. Estaba en mi... ¿Vosotros dos...?

—Soy Mi... —volvió a decir la voz.

Renshaw separó los cables y se hizo

el silencio. A continuación, con un movimiento mudo de los labios, dijo:

—Creo que es mi computadora... Mike.

—¿Quieres decir que está pensando? —dijo Orsino, de forma casi tan inaudible como ella.

—Os había dicho que era lo bastante compleja como para tener algo... —dijo Renshaw en un tono de voz irreconocible que por lo menos había recobrado sonido—. ¿Suponéis que...? Siempre operaba con el gráfico del pensamiento abstracto del cerebro que estaba en su circuito. ¿Suponéis que sin ningún cerebro en su circuito, se haya

puesto a operar con el suyo propio?

Se hizo un corto silencio, que interrumpió Berkowitz.

—¿Estás tratando de decir que esta computadora piensa, que no puede expresar sus pensamientos cuando está bajo la fuerza de la programación, pero que gracias a tu sistema de electroencefalograma láser...?

—¿Pero acaso ello es posible? —dijo Orsino en un tono de voz aflautada —. Nadie estaba recibiendo. No es lo mismo.

—La computadora trabaja a una intensidad de energía mucho mayor que los cerebros —explicó Renshaw—.

Supongo que puede aumentarse a sí misma hasta el punto que nosotros podemos detectar directamente sin una ayuda artificial. ¿Cómo si no se puede explicar...?

—Bien, ya tienes entonces otra aplicación del láser —dijo Berkowitz bruscamente—. Permite que las computadoras hablen como inteligencias independientes, de persona a persona.

—¡Dios mío! —exclamó Renshaw —. ¿Qué vamos a hacer?

Auténtico amor

1

Mi nombre es Joe. Así es como me llama mi colega, Milton Davidson. Él es un programador, y yo soy un programa de computadora. Formo parte del complejo Multivac, y estoy conectado con otros componentes esparcidos por todo el mundo.

Lo sé todo. Casi todo.

Soy el programa privado de Milton. Su Joe. Milton sabe más acerca de programación que cualquiera en el mundo, y yo soy su modelo experimental. Ha conseguido que yo

hable mejor que cualquier otra computadora puede hacerlo.

—Es simplemente cuestión de hacer encajar sonidos con símbolos, Joe —me dijo—. Así es como funciona el cerebro humano, pese a que no sabemos todavía qué símbolos particulares emplea el cerebro. Sé los símbolos que hay en el tuyo, y puedo convertirlos en palabras, uno a uno.

De modo que hablo. No creo que hable tan bien como pienso, pero Milton dice que hablo muy bien. Milton no se ha casado nunca, aunque está a punto de cumplir los cuarenta años. Nunca ha encontrado la mujer adecuada, me dice.

Un día me comentó:

—Algún día la encontraré, Joe. Quiero lo mejor. Quiero conseguir el auténtico amor, y tú vas a ayudarme. Estoy cansado de mejorarte a fin de que resuelvas los problemas del mundo. Resuelve mi problema. Encuéntrame el verdadero amor.

—¿Qué es el verdadero amor? —pregunté yo.

—No importa. Se trata de una abstracción. Simplemente encuéntrame a la chica ideal. Estás conectado con el complejo de Multivac, de modo que tienes acceso a los bancos de datos de todos los seres humanos del mundo.

Resuelve mi problema. Encuéntrame el auténtico amor.

—Estoy listo —dije.

—Primero elimina a todos los hombres —dijo él.

Eso era fácil. Sus palabras activaban símbolos en mis válvulas moleculares. Podía entrar en contacto con los datos acumulados de todos los seres humanos del mundo. Como resultado de aquellas palabras, descarté a 3.784.982.874 hombres. Mantuve el contacto con 3.786.112.090 mujeres.

—Elimina a todas las menores de veinticinco años —me dijo—; a todas las mayores de cuarenta. Luego elimina

a todas las que tengan un CI inferior a 120; a todas las que midan menos de 150 centímetros y más de 175 centímetros de estatura.

Fue dándome instrucciones exactas; eliminó a las mujeres con hijos vivos; eliminó a las mujeres con diversas características genéticas.

2

—No estoy seguro del color de los ojos —dijo—. Dejemos ese dato por el momento. Pero elimina a las pelirrojas. No me gustan.

Al cabo de dos semanas, habíamos reducido la lista a 235 mujeres. Todas ellas hablaban correctamente el inglés. Milton dijo que no quería problemas con el idioma. Aunque podía recurrir a la traducción por computadora, eso resultaba un engorro en los tiempos íntimos.

—No puedo entrevistarme con 235

mujeres —dijo—. Tomaría demasiado tiempo, la gente podría llegar a descubrir lo que estoy haciendo.

—Eso traería problemas —le advertí.

Milton había arreglado las cosas de modo que yo pudiera hacer cosas que no estaba diseñado para hacer. Nadie sabía nada al respecto.

—No es asunto tuyo —dijo él, y su rostro enrojeció ligeramente—. Te diré lo que vamos a hacer, Joe. Te proporcionaré holografías, y comprobarás la lista en busca de similitudes.

Me alimentó holografías de mujeres.

—Esas son tres ganadoras de concursos de belleza —dijo—. ¿Alguna de las 235 encaja con ellas?

Ocho de ellas encajaban, y Milton dijo:

—Bien, tienes su banco de datos. Estudia las demandas y necesidades del mercado de trabajo y arregla las cosas de modo que sean asignadas temporalmente aquí. Una a una, por supuesto. —Pensó unos instantes, agitó sus hombros arriba y abajo, y dijo—: Por orden alfabético. Esta es una de las cosas que no estoy diseñado para hacer. Trasladar a Gente de trabajo a trabajo por razones personales es algo llamado

manipulación. Puedo hacerlo ahora porque Milton lo agregó así. De todos modos se suponía que solamente lo hacía por él.

La primera chica llegó una semana más tarde. Milton enrojeció cuando la vio.

Habló como si realmente le costara hacerlo. Estuvieron juntos durante mucho rato, y él no prestó la menor atención. En un momento determinado le dijo:

—Permítame invitarla a cenar.

Al día siguiente me informó:

—De alguna manera, no era lo suficientemente buena. Le faltaba algo.

Es una mujer hermosa, pero no capté nada del auténtico amor. Probemos la siguiente.

Ocurrió lo mismo con todas las ocho. Eran muy parecidas. Sonreían mucho y tenían voces extremadamente agradables, pero Milton encontraba siempre algo que no encajaba.

—No puedo comprenderlo, Joe. Tú y yo hemos escogido a las ocho mujeres de todo el mundo que parecen más adecuadas para mí. Son ideales. ¿Por qué no me gustan?

3

—¿Tú les gustas? —pregunté.

Alzó las cejas, y dio un puñetazo con una mano en contra la palma de la otra.

—Eso es, Joe. Es como una calle con dos direcciones. Si yo no soy su ideal, ellas no pueden actuar de tal modo que se conviertan en mi ideal. Yo debo ser también su auténtico amor, pero ¿cómo puedo conseguirlo? —Pareció pensarlo todo el día.

A la mañana siguiente vino a mí y dijo:

—Voy a dejártelo a ti, Joe. Todo a ti.

Tienes en tu poder mi banco de datos, y además voy a decirte todo lo que sé de mí mismo. Llenarías mi banco de datos con todos los detalles posibles, pero guarda los añadidos para ti mismo.

—¿Qué debo hacer con ese banco de datos, Milton?

—Lo comparas con los de las 235 mujeres. No, 227. Deja aparte a las ocho que ya hemos visto. Arregla las cosas de modo que se sometan a un examen psiquiátrico. Llena sus bancos de datos y compáralos con el mío. Busca correlaciones.

(Arreglar exámenes psiquiátricos es otra de las cosas que están en contra de

mis instrucciones originales.)

Durante semanas, Milton no dejó de hablarme. Me contó de sus padres y de sus demás familiares. Me contó de su infancia y de sus días de escuela y de su adolescencia. Me contó de mujeres jóvenes a las que había admirado a distancia. Su banco de datos fue creciendo, y él me ajustó de modo que yo pudiera ampliar y profundizar mi comprensión simbólica.

—¿Te das cuenta, Joe? A medida que voy introduciendo más y más de mí en ti, te voy ajustando para que encajes mejor conmigo. Si llegas a comprenderme lo suficientemente bien,

entonces cualquier mujer cuyo banco de datos puedas comprender perfectamente será mi auténtico amor.

Siguió hablándome, y yo fui comprendiéndole cada vez mejor y mejor.

Podía construir frases más largas, y mis expresiones se hacían más y más complicadas. Mi forma de hablar empezó a sonar muy parecida a la suya en vocabulario, sintaxis y estilo.

En una ocasión le dije:

—¿Sabes, Milton? No se trata tan sólo de encontrar en una chica un ideal físico. Necesitas una chica que encaje contigo personal, emocional y

temperamentalmente. Si eso ocurre, su apariencia es algo secundario. Si no podemos encontrar entre esas 227 la que encaje, entonces buscaremos en otra parte. Encontraremos a alguien a la que no le importe tampoco tu aspecto, si las personalidades encajan. Al fin y al cabo, ¿qué es la apariencia?

—Absolutamente de acuerdo —dijo —. Hubiera debido darme cuenta de eso si me hubiera relacionado más con mujeres a lo largo de mi vida. Por supuesto, pensar en ellas lo hace ahora todo más claro.

Siempre estábamos de acuerdo; pensábamos de forma tan parecida.

4

—No vamos a tener ningún problema, Milton, si me permites hacerte algunas preguntas. Puedo ver donde hay lagunas y contradicciones en tu banco de datos.

Lo que siguió, dijo Milton, fue el equivalente de un cuidadoso psicoanálisis. Por supuesto, yo estaba aprendiendo del examen psiquiátrico de las 227 mujeres..., con todas las cuales me mantenía en estrecho contacto.

Milton parecía completamente feliz.

—Hablar contigo, Joe, es casi como

hablar conmigo mismo. Nuestras personalidades han empezado a encajar perfectamente.

—Como lo hará la personalidad de la mujer a la que escojamos.

Porque ya la había escogido, y después de todo era una de las 227. Su nombre era Charity Jones, y era catalogadora en la Biblioteca de Historia de Wichita. Su banco de datos ampliado encajaba perfectamente con el nuestro. Todas las demás mujeres habían sido desechadas por uno y otro motivo a medida que los bancos de datos iban engrosando, pero con Charity la resonancia era cada vez más perfecta.

No tuve que describírsela a Milton. Milton Había coordinado tan perfectamente mi simbolismo con el suyo propio que pude transmitirle directamente la resonancia.

Encajaba conmigo.

El siguiente paso fue ajustar las hojas de trabajo y los requerimientos laborales de modo que Charity nos fuera asignada a nosotros. Eso debía hacerse muy delicadamente, de modo que nadie se diera cuenta de que se producía algo ilegal.

Por supuesto, Milton lo sabía muy bien, puesto que era él quien lo había arreglado todo y había cuidado de ello.

Cuando vinieron a arrestarlo bajo la acusación de abuso de sus atribuciones, fue, afortunadamente, por algo que se había producido hacía diez años. Me había hablado de ello, por supuesto, gracias a lo cual había sido fácil arreglarlo todo..., y él no iba a hablar de mí, porque eso haría que su delito fuera considerado mucho más grave.

Ahora él ya no está, y mañana es el 14 de febrero, el Día de San Valentín. Charity llegará entonces, con sus frías manos y su dulce voz. Le enseñaré cómo manejarme y cómo cuidarme. ¿Qué importa la materia cuando nuestras personalidades resuenan de tal modo?

Le diré:

—Soy Joe, y tú eres mi auténtico amor.

Algunos robots metálicos

El robot tradicional de la ciencia ficción es metálico. ¿Por qué no? La mayor parte de las máquinas son construidas con metal, y de hecho los auténticos robots industriales son metálicos también. De todos modos, recordemos también que uno de los más famosos robots de leyenda, el Golem, que fue traído a la vida por el rabino Lów de Praga en la Edad Media, estaba hecho de arcilla. Esta leyenda resultó influenciada, quizá, por el hecho de que

Dios había formado a Adán a partir de la arcilla, tal como queda descrito en el segundo capítulo del Génesis.

Esta sección contiene Robbie, mi primera historia de robots. Contiene también Extraño en el paraíso, que puede que les deje pensando en quiénes son ustedes, aunque en su mayor parte se refiera a lo que es el robot. ¡Sean pacientes!

Robot AL-76 extraviado

Jonathan Quell abrió de un manotazo la puerta sobre la que estaba escrito «Administrador General» y entró corriendo en el despacho. Sus ojos parpadeaban a toda velocidad detrás de los cristales de sus gafas, y su expresión indicaba claramente lo preocupado que estaba.

—¡Mire esto, jefe! —Jadeó después de colocar sobre el escritorio un papel doblado por la mitad.

Sam Tobe se pasó el puro de una comisura de la boca a la otra y clavó los ojos en el papel. Después se llevó una

mano a la barbilla, se la frotó y la aspereza de los pelos le recordó que no se había afeitado.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. ¿De qué demonios están hablando?

—Dicen que enviamos cinco robots AL —le explicó Quell, aunque el mensaje de la hoja no necesitaba ninguna aclaración.

—Enviamos seis —dijo Tobe.

—¡Por supuesto, señor! Pero al otro lado sólo recibieron cinco. Nos han enviado los números de serie, y falta el AL-76.

Tobe echó su silla hacia atrás

mientras alzaba su enorme masa y cruzó el umbral del despacho moviéndose tan deprisa como si tuviera un par de ruedas bien engrasadas en vez de pies. Cinco horas después, toda la planta estaba patas arriba, desde las salas de juntas hasta la cámara de vacío; y cada uno de sus doscientos empleados había sido sometido a un demoledor tercer grado, un sudoroso y desmelenado Tobe envió un mensaje urgente a la planta central de Schenectady.

Y algo muy parecido al pánico se adueñó de la planta central. Por primera vez en toda la historia de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los

Estados Unidos un robot andaba suelto. Lo más grave no era que la ley prohibiese la presencia de ningún robot en la Tierra fuera de las fábricas de la empresa que contaban con licencia gubernamental para ello. Las leyes siempre pueden ser quebrantadas. Lo realmente grave era otra cosa, y un matemático del departamento de investigación se encargó de expresarlo con toda claridad.

—Ese robot fue creado para conducir un disinto en la Luna —había dicho ese matemático—. Su cerebro positrónico fue concebido para funcionar en el entorno lunar y

únicamente allí. En la Tierra va a recibir unos cuantos muchillones de impresiones sensoriales para las que nunca ha sido preparado. No hay forma humana de predecir cuáles serán sus reacciones. ¡No tenemos ni idea de lo que puede hacer!

El matemático se pasó el dorso de la mano por la frente, y descubrió que la tenía cubierta de sudor.

Al cabo de una hora un estratoplano partía hacia la planta de Virginia. Las instrucciones eran muy sencillas: «¡Encontrad ese robot, y deprisa!».

AL-76 estaba muy confuso. De

hecho, en aquellos momentos lo único que había en su delicado cerebro positrónico era confusión y aturdimiento. Había empezado a sentirse así cuando descubrió que se hallaba en un entorno muy extraño. No tenía ni idea de cómo había ido a parar allí, y nada era como debería ser.

Había algo verde debajo de sus pies, y se encontraba rodeado por unos extraños cilindros amarronados con más verde en su parte superior. El cielo tendría que haber sido negro, pero era azul. El sol redondo, amarillo y caliente era irreprochable, pero... ¿Dónde estaba la piedra pómez que habría tenido que

estar pisando, y adónde habían ido a parar los inmensos cráteres que tendrían que estar formando círculos de crestas montañosas a su alrededor?

Lo único que podía ver era el verde debajo y el azul encima. Los sonidos que lo rodeaban le resultaban totalmente desconocidos. Había atravesado una corriente de agua que le llegaba hasta la cintura. El agua era de color azul, estaba fría y mojaba; y cuando se había cruzado con seres humanos -lo que había ocurrido de vez en cuando-, ninguno de ellos llevaba puesto el traje especial que debería haber estado utilizando. Y, aparte de eso, todos los humanos que le

habían visto gritaron y echaron a correr.

Un hombre le había apuntado con una pistola y la bala había pasado silbando muy cerca de su cabeza, después de lo cual el hombre también había huido a la carrera.

AL-76 no tenía ni la menor idea del tiempo que llevaba vagando sin rumbo cuando tropezó con la cabaña de Randolph Payne. La cabaña estaba rodeada de bosque y se encontraba a tres kilómetros de la ciudad de Hannaford, y Randolph Payne -un destornillador en una mano, una pipa en la otra y una aspiradora abollada entre las rodillas-, estaba sentado delante de

la puerta con las piernas cruzadas.

Payne estaba canturreando. Era un hombre de natural alegre y predispuesto a la felicidad..., cuando se encontraba en su cabaña. Poseía una vivienda más respetable en Hannaford, pero esa vivienda casi siempre estaba ocupada por su esposa, cosa que Payne lamentaba en silencio pero muy sinceramente; y quizá por eso experimentaba una sensación de alivio y libertad tan intensa cada vez que conseguía retirarse a su «perrera de lujo especial» para poder fumar en paz y dedicarse a su gran afición, reparar electrodomésticos.

Reparar electrodomésticos le encantaba, pero a veces alguien le traía una radio o un despertador y el dinero que Payne cobraba por hurgar en sus entrañas era el único del que podía disponer sin que pasara antes por el cedazo de las ávidas manos de su esposa.

Por ejemplo, aquella aspiradora seguramente le proporcionaría seis billetes.

Pensar en el dinero hizo que Payne se pusiera a cantar, pero cuando alzó la mirada sintió que su frente se cubría de un sudor frío. La canción murió en sus labios, sus ojos se desorbitaron y el

sudor se volvió aún más frío. Payne intentó ponerse en pie como acto preliminar a salir corriendo tan deprisa como si le persiguiera el diablo, pero no logró convencer a sus piernas de que debían cooperar.

Y su parálisis duró el tiempo suficiente para que AL-76 se sentara delante de él.

—Oiga, ¿puede explicarme por qué todos los otros humanos han echado a correr cuando me vieron? —le preguntó.

Payne sabía por qué lo habían hecho, pero como explicación el gorgoteo que brotó de su diafragma no era gran cosa.

—Uno de ellos incluso me disparó

—siguió diciendo AL-76 con tono ofendido mientras Payne intentaba aumentar la distancia que le separaba del robot echándose hacia atrás—. Unos centímetros más abajo y la bala me habría rayado el hombro.

—De... debió de ser al... algún loco —tartamudeó Payne.

—Es posible. —El robot bajó la voz y adoptó el tono de quien se dispone a hacer una confidencia—. Oiga, ¿tiene idea de por qué todo está mal?

Payne se apresuró a mirar a su alrededor. El tono afable del robot le sorprendía, especialmente porque su apariencia no podía ser más pesada y

brutalmente metálica; aunque Payne recordaba haber oído que los cerebros de los robots estaban diseñados de tal forma que eran incapaces de hacer ningún daño a los seres humanos, y eso hizo que se relajara un poco.

—Pero si todo es normal.

—¿De veras? —AL-76 le lanzó una mirada acusadora—. Incluso ustedes, los humanos... ¿Dónde está su traje espacial?

—Nunca he tenido un traje espacial.

—¿Y entonces por qué no están todos muertos?

Payne tardó unos momentos en ser capaz de responder.

—Bueno... No lo sé.

—¡Ajá! —exclamó el robot en tono triunfal—. Todo está mal, ya se lo he dicho. ¿Dónde está el Monte Copérnico? ¿Dónde está la Estación Lunar 17? ¿Y dónde está mi disinto? Quiero empezar a trabajar lo más pronto posible. He de hacerlo, ¿comprende? —Parecía un poco inquieto, y cuando siguió hablando Payne se dio cuenta de que le temblaba la voz—. Llevo horas dando vueltas y más vueltas intentando encontrar a alguien que me diga dónde está mi disinto, pero todos los humanos que me ven echan a correr. A estas alturas ya debo ir muy retrasado, y el jefe de

sección estará echando chispas. Me he metido en un buen lío, créame.

La mente de Payne empezó a salir del torbellino emocional en el que había quedado atrapada.

—Oiga, ¿cómo se llama? —preguntó.

—Mi número de serie es AL-76.

—De acuerdo, me basta con Al. Bien, Al, si anda buscando la Estación Lunar 17... Eso está en la Luna, ¿no?

AL-76 asintió enérgicamente con la cabeza.

—Por supuesto que está en la Luna, pero ya llevo mucho rato buscándola y...

—Está en la Luna, sí, pero esto no es

la Luna.

Esta vez fue AL-76 quien se quedó desconcertado. El robot contempló en silencio a Payne durante unos momentos, y pareció pensar en lo que acababa de oír.

—¿Qué quiere decir con lo de que esto no es la Luna? —murmuró—. Pues claro que es la Luna. Porque si no lo es... Bueno, ¿entonces qué es? ¿Eh? Venga, respóndame.

Payne emitió un sonido muy curioso y respiró pesadamente. Después extendió un dedo hacia el robot y lo movió de un lado a otro.

—Mire... —empezó a decir, y

entonces tuvo la idea más brillante del siglo, tan brillante que no pudo seguir hablando y tuvo que conformarse con añadir un «¡Uf!» ahogado.

AL-76 lo recriminó con la mirada.

—Eso no es una respuesta. Creo que si le hablo con educación y le hago una pregunta tengo derecho a que me responda con educación, ¿no?

Payne se encontraba tan ocupado asombrándose de su propia inteligencia que no escuchó ni una palabra. Bueno, estaba más claro que el agua, ¿no? Aquel robot había sido construido para trabajar en la Luna y fuera por la razón que fuese se había extraviado y había

ido a parar a la Tierra. Su cerebro positrónico había sido programado para un entorno lunar y el entorno terrestre no tenía ningún sentido para él, por lo que resultaba lógico que estuviera totalmente desconcertado.

Bien, si conseguía mantener al robot allí hasta que pudiera ponerse en contacto con la fábrica de Petersboro... Bueno, los robots eran muy valiosos, ¿no? Payne había oído comentar que el modelo más barato costaba 50.000 dólares, y algunos de ellos llegaban a costar millones de dólares. «¡Piensa en la recompensa! —se dijo—. Oh, chico, chico... ¡Piensa en la recompensa!» Y

todo ese dinero sería para él, todo hasta el último centavo... Las codiciosas manos de Mirandy no verían ni una sola moneda. ¡Oh, no, ni una sola!

Payne se puso en pie.

—Al, ¡tú y yo vamos a llevarnos muy bien! —exclamó—. ¡Vamos a ser grandes amigos! Te quiero como si fueras un hermano. —Le ofreció una mano—. ¡Venga, chócala!

El robot envolvió la mano que se le ofrecía con una garra metálica y ejerció una presión casi imperceptible sobre ella. No entendía nada de lo que le estaba ocurriendo.

—¿Significa eso que va a decirme

cómo puedo llegar a la Estación Lunar 17?

—Eh... No, no exactamente. De hecho, me caes tan bien que quiero que te quedes conmigo durante algún tiempo.

—Oh, no. No puedo hacer eso. He de ir a trabajar. —AL-76 meneó la cabeza—. Oiga, si tuviera una cuota de trabajo que efectuar, ¿le gustaría irse retrasando hora a hora, minuto a minuto...? No, quiero trabajar. He de trabajar.

Payne pensó que sobre gustos no hay nada escrito.

—De acuerdo, de acuerdo. Voy a explicarte una cosa, y te la voy a

explicar porque tienes cara de ser muy inteligente. He recibido órdenes de tu jefe de sección, y me ha dicho que quiere que te quedes aquí un tiempo. De hecho, quiere que te quedes aquí hasta que envíe a alguien a buscarte.

—¿Para qué? —preguntó AL-76 con cierta suspicacia.

—No puedo decírtelo. Asuntos del gobierno... Alto secreto, ya sabes.

Payne rezó para que el robot se lo tragara. Sabía que algunos robots eran muy listos, pero aquél tenía el aspecto de ser un modelo bastante primitivo.

Y mientras Payne rezaba AL-76 meditaba. El cerebro del robot había

sido programado para manejar un disinto en la Luna, por lo que el pensamiento abstracto no era su fuerte y, además, desde que se había extraviado AL-76 tenía la impresión de que sus procesos mentales se estaban haciendo cada vez más erráticos y extraños, como si aquel entorno desconocido estuviera empezando a afectarle.

Teniendo en cuenta todo eso, puede considerarse que su siguiente pregunta fue un auténtico prodigio de astucia.

—¿Cómo se llama mi jefe de sección? —preguntó.

Payne tragó saliva y se devanó los sesos.

—Al —dijo con voz casi inaudible —, tus sospechas me ofenden y me hieren. No puedo decírtelo. Los árboles tienen oídos.

AL-76 volvió la cabeza hacia el árbol que tenía al lado y lo inspeccionó.

—No es cierto —dijo con voz impasible.

—Ya lo sé. Lo que quería decir es que siempre hay espías por todas partes.

—¿Espías?

—Sí, ya sabes... Humanos malvados que quieren destruir la Estación Lunar 17.

—¿Por qué?

—Porque son unos malvados. Y

también quieren acabar contigo, y por eso tienes que quedarte aquí durante un tiempo para que no puedan encontrarte.

—Pero... Pero he de encontrar mi disinto. He de cumplir con la cuota de trabajo que me han asignado.

—Lo encontrarás y cumplirás con tu cuota de trabajo —se apresuró a prometerle Payne maldiciendo entusiásticamente en su fuero interno aquel obtuso cerebro de robot que sólo parecía capaz de pensar en su cuota de trabajo—. Mañana te enviarán uno. Sí, eso... Mañana mismo tendrás tu disinto.

Eso le proporcionaría tiempo más que suficiente para ponerse en contacto

con la fábrica y hacerse con un precioso montoncito de billetes de cien dólares.

Pero AL-76 sólo tenía una defensa que oponer a la inquietante presión que ese mundo extraño que le rodeaba ejercía sobre sus procesos mentales, y la defensa consistía en la tozudez.

—No —dijo—. He de conseguir mi disinto ahora. —Tensó sus articulaciones, y se levantó tan deprisa que pareció saltar más que incorporarse —. Será mejor que siga buscándolo.

Payne se apresuró a ponerse en pie y sus manos se cerraron sobre el frío y duro metal de un codo.

—Escucha, Al, tienes que quedarte

conmigo —dijo.

Y algo hizo clic en la mente del robot. Toda la extrañeza del entorno se concentró en una masa que reventó de repente. La explosión silenciosa se fue difundiendo por todo el cerebro positrónico, y cuando se esfumó dejó detrás de ella un cerebro que funcionaba con una eficiencia asombrosamente aumentada. AL-76 se volvió hacia Payne.

—Le diré lo que vamos a hacer. Puedo construir un disinto aquí mismo... y cuando lo haya construido empezaré a utilizarlo.

Payne contempló al robot con

expresión dubitativa.

—No creo que sea capaz de construirte un... un disinto —dijo mientras se preguntaba si serviría de algo fingir que sí podía.

—No se preocupe. —AL-76 casi podía sentir cómo los senderos positrónicos de su cerebro se alteraban para adaptarse a nuevas pautas, y experimentó una extraña excitación—. Yo puedo construir uno. —Volvió la cabeza hacia la «perrera de lujo» de Payne—. Dispone de todo el material que necesito.

Randolph Payne contempló la acumulación de trastos que había dentro

de su cabaña: radios despanzurradas, la parte inferior de una nevera, motores de coche oxidados, una estufa de gas averiada, varios kilómetros de cables que se retorcían en todas direcciones y muchas cosas más que, sumadas, componían unas cincuenta toneladas de masa metálica tan vieja y heterogénea que ni un chatarrero la habría querido.

—¿Tú crees? —preguntó con un hilo de voz.

Dos horas más tarde ocurrieron dos cosas casi simultáneamente. La primera fue que Sam Tobe, de la filial de Petersboro de la Compañía de Robots y

Hombres Mecánicos de los Estados Unidos, recibió una llamada videofónica de un tal Randolph Payne, de Hannaford. Payne empezó a hablarle del robot desaparecido, Tobe lanzó un gruñido, cortó la comunicación y ordenó que en lo sucesivo todas las llamadas relativas a ese asunto fueran pasadas al sexto vicepresidente del departamento de pelmazos.

Aunque pueda parecerlo, la reacción de Tobe era lógica y explicable. El robot AL-76 había desaparecido sin dejar rastro, pero durante la última semana la fábrica había recibido llamadas de todos los Estados Unidos

referentes a los movimientos del robot; y Tobe aún recordaba el día en que hubo catorce llamadas..., procedentes de catorce estados distintos.

Tobe estaba hartísimo y, en realidad, le faltaba muy poco para perder los estribos. Se había llegado a hablar de una investigación del Congreso, a pesar de que todos los roboticistas, físicos y matemáticos de mayor reputación del planeta habían coincidido en jurar que el robot era totalmente inofensivo.

Dado su estado mental, no resulta sorprendente que el administrador general de la fábrica tardara tres horas en preguntarse cómo era posible que el

tal Randolph Payne supiera que el robot estaba destinado a la Estación Lunar 17 Y, sobre todo, cómo podía saber que el número de serie del robot era AL-76, ya que la empresa no había divulgado esos detalles.

Tobe siguió pensando en todo aquello durante minuto y medio, y después se puso en acción.

El segundo acontecimiento se produjo durante el período de tres horas transcurrido entre la llamada y el que Tobe se pusiera en acción. Unos segundos después de que le cortara la comunicación Randolph Payne ya había repasado todos los posibles motivos que

podían explicar la brusca interrupción de su llamada, había llegado a la conclusión correcta -el administrador de la fábrica no había creído ni una sola palabra y le había colgado-, y había vuelto a su cabaña con una cámara. Una foto sería una prueba indiscutible, y Payne no estaba dispuesto a dejarles ver la mercancía hasta que soltaran el dinero.

AL-76 estaba muy ocupado. La mitad del contenido de la cabaña de Payne se hallaba esparcido a lo largo y ancho de cinco hectáreas de terreno, y el robot estaba agachado en el centro de aquella confusión metálica trasteando

con piezas de radios, planchas de hierro, hilo de cobre y otros muchos objetos de lo más diverso. AL-76 no prestó ninguna atención a Payne, y éste se apresuró a tumbarse en el suelo y enfocó su cámara para obtener una foto lo más nítida posible.

Y justo en aquel momento Lemuel Oliver Cooper apareció por un recodo de la carretera, y lo que vio hizo que se quedara paralizado. La razón de su presencia allí era que su tostadora de pan había adquirido la molesta costumbre de lanzar las rebanadas al aire igual que si fueran cohetes en vez de tostarlas, como era su obligación. La

razón de que saliera por piernas no podía ser más obvia. No hubo testigos de su huida, pero en el improbable supuesto de que el azar hubiera traído hasta allí al entrenador de un equipo de atletismo éste habría enarcado las cejas y habría hecho todo lo posible por ficharle.

Cooper apenas disminuyó la velocidad hasta entrar en tromba en la oficina del sheriff Saunders y apoyarse jadeante en una pared.

Su sombrero y su tostadora habían quedado olvidados en algún punto del trayecto.

Unas manos compasivas lo

sostuvieron. Cooper hizo esfuerzos desesperados para hablar durante el medio minuto que tardó en calmarse lo suficiente como para intentar recuperar el aliento... Y, naturalmente, no consiguió hacer ninguna de las dos cosas.

Le dieron a beber un poco de whisky y le abanicaron, pero a pesar de todos sus esfuerzos tardó unos minutos en recuperar el habla.

—Monstruo... —balbuceó cuando por fin consiguió hablar—. Dos metros de alto... Cabaña destrozada... Pobre Randolph Payne...

Etcétera, etcétera.

Fueron sacándole toda la historia poco a poco. Al parecer había un monstruo metálico de dos metros o quizá dos metros y medio de altura junto a la cabaña de Payne. Randolph Payne estaba tendido boca abajo en el suelo —«su cadáver estaba cubierto de sangre y horriblemente destrozado»—; el monstruo estaba absorto destrozando concienzudamente lo que quedaba de la cabaña, pero dejó de hacerlo para volverse hacia Lemuel Oliver Cooper, y éste consiguió escapar por los pelos.

El sheriff Saunders se llevó las manos al cinturón y tiró de él tensándolo alrededor de su prominente barriga.

—Debe de ser ese hombre máquina que se escapó de la fábrica de Petersboro —dijo—. Recibimos el aviso el sábado pasado. Eh, Jake, reúne a toda la gente del condado de Hannaford que sepa disparar y reparte placas de ayudante de sheriff entre ellos. Quiero que estén aquí al mediodía. Ah, y antes de hacer eso arréglatelas para dejarte caer por casa de la viuda Payne y le das la noticia de la forma más diplomática que se te ocurra, ¿de acuerdo?

Posteriormente se rumoreó que en cuanto hubo recibido la noticia de lo ocurrido Miranda Payne se apresuró a

comprobar que la póliza del seguro de vida de su esposo estaba a buen recaudo, emitió unos breves comentarios irritados lamentando que su estupidez le hubiera impedido doblar el importe de la póliza a pesar de que ella se lo había sugerido muchísimas veces y, finalmente, se comportó como se espera de cualquier viuda que se respete y prorrumpió en un llanto que partía el corazón.

Unas cuantas horas más tarde Randolph Payne -quien seguía sin estar al corriente de que todo el mundo le creía muerto después de haber sufrido

horribles mutilaciones-, contempló los negativos de sus instantáneas con expresión satisfecha. Como serie de retratos de un robot en plena faena eran irreprochables, y no dejaban absolutamente nada a la imaginación. Las fotos podrían haber sido exhibidas en cualquier galería de arte, y Payne casi podía ver los letreritos que habría debajo de cada una: «Robot contemplando una válvula de vacío con expresión pensativa», «Robot empalmando dos cables», «Robot manejando un destornillador», «Robot despedazando violentamente una nevera», etcétera.

Ahora sólo le faltaba el trabajo rutinario de hacer las copias. Payne salió de detrás de la cortina de su improvisado cuarto oscuro, y decidió fumarse una pipa y charlar un rato con AL-76.

Por suerte mientras hacía todo aquello no tenía ni idea de que los bosques vecinos hervían de granjeros nerviosísimos armados con lo primero que habían encontrado, desde un trabuco que podía considerarse como una reliquia de la época de las colonias hasta la ametralladora del sheriff; y tampoco tenía ni idea de que media docena de roboticistas con Sam Tobe al

frente iban a más de doscientos kilómetros por hora por la carretera de Petersboro con el único propósito de tener el placer y el honor de conocerle.

Los acontecimientos se iban encadenando y volaban hacia un clímax que no tardaría en llegar y, mientras lo hacían, Randolph Payne lanzó un largo suspiro de satisfacción, encendió un fósforo rascándolo en el fondillo de sus pantalones, dio unas cuantas chupadas a su pipa y observó a AL-76 con una sonrisa en los labios.

El hecho de que el robot era algo más que una simple máquina enloquecida resultaba indudable desde

hacía un buen rato. Randolph Payne era todo un experto en chapuzas caseras, y había llegado a construir unos cuantos artilugios que habrían hecho saltar de las órbitas los ojos de todos sus vecinos de habérsele ocurrido exhibirlos; pero nunca había concebido nada que se aproximara ni de lejos a la monstruosidad que AL-76 estaba creando.

Hasta el más eximio inventor autodidacta habría muerto entre convulsiones de envidia nada más verlo, y si hubiese vivido lo suficiente para echarle una mirada Picasso habría abandonado el arte con el amargo

convencimiento de que había sido vergonzosamente superado. Aquel cacharro parecía capaz de agriar la leche en las ubres de todas las vacas en un kilómetro a la redonda.

¡Era francamente horrible!

Una gigantesca base de hierro oxidado que apenas recordaba algo que Payne creía haber visto unido a un tractor viejo sostenía un enloquecido e informe amasijo de cables, ruedas, válvulas y horrores sin nombre y sin número que parecía haber sido concebido por una mente empapada en alcohol, y el conjunto se hallaba rematado por un megáfono de aspecto

decididamente siniestro.

Payne sintió el deseo de meter la cabeza en el interior del megáfono y echar una ojeada, pero se contuvo. Había visto artefactos de aspecto mucho más normal que habían estallado con repentina violencia.

—Eh, Al —dijo.

El robot estaba boca abajo en el suelo añadiendo una delgada lámina de metal plateado al artefacto, pero alzó la mirada hacia Payne en cuanto le oyó.

—¿Qué desea, Payne?

—¿Qué es esto?

Payne formuló la pregunta en el mismo tono de voz que habría empleado

si estuviera contemplando algo francamente asqueroso en pleno proceso de putrefacción colgado entre dos palos de tres metros de altura.

—Es el disinto que estoy construyendo para poder empezar a trabajar. Es una mejora del modelo estándar.

El robot se puso en pie, se sacudió el polvo de las rodillas con una aparatosa serie de crujidos metálicos y contempló su obra con orgullo.

Payne se estremeció. «¡Una mejora del...!» Bueno, no le extrañaba que mantuvieran el original oculto en las cavernas de la Luna. ¡Ah, nuestro pobre

y querido satélite! Payne siempre había querido saber si podía existir algo peor que la muerte. Bien, ahora ya lo sabía.

—¿Y funcionará? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene que funcionar. Lo he hecho yo, ¿no? Ahora sólo me falta una cosa... ¿Tiene una linterna?

—Supongo que habrá una en algún sitio.

Payne desapareció en el interior de la cabaña y emergió de él casi inmediatamente.

El robot desatornilló un extremo de la linterna y trabajó frenéticamente

durante cinco minutos.

—Listo —dijo retrocediendo un paso—. Ahora podré empezar a trabajar. Si quiere puede quedarse a mirar.

Hubo un silencio durante el que Payne intentó apreciar como se merecía aquella oferta tan magnánima.

—¿Es seguro?

—Hasta un bebé podría manejarlo.

—¡Oh! —Payne esbozó una débil sonrisa y se apresuró a refugiarse detrás del árbol más grueso que había en las inmediaciones—. Adelante —dijo—. Confío plenamente en ti.

AL-76 extendió una mano metálica y señaló la pesadillesca montaña de

chatarra.

—¡Observe! —dijo.

Sus manos empezaron a moverse velozmente y...

Los granjeros del condado de Hannaford, Virginia, se desplegaron en formación de combate y avanzaron hacia la cabaña de Payne estrechando lentamente el cerco, y se fueron arrastrando de un árbol a otro mientras la sangre de sus heroicos antepasados hervía en sus venas y el vello de sus nucas intentaba despegarse de la piel.

El sheriff Sanders les dio instrucciones.

—Disparad cuando yo dé la señal..., y apuntad a los ojos.

Jacob Linker («Flaco» Jake para sus amigos, y ayudante del sheriff para sí mismo) se le acercó.

—¿No cree que ese hombre máquina quizá se haya ido?

Linker había intentado ocultarlo, pero no pudo impedir que el matiz de esperanza resultara claramente audible en su voz.

—No —gruñó el sheriff—, me temo que sigue allí. Si se hubiera ido nos habríamos tropezado con él cuando avanzábamos por entre los árboles, y no le hemos visto.

—Pero todo parece tan espantosamente tranquilo... Y tengo la impresión de que ya estamos muy cerca de la cabaña de Payne.

No hacía falta que se lo recordaran. El nudo que se había formado en la garganta del sheriff Saunders era tan descomunal que le obligó a tragar saliva tres veces para hacerlo desaparecer.

—Vuelve a tu puesto —ordenó—, y mantén el dedo sobre el gatillo.

Ya habían llegado al borde del claro. El sheriff Saunders cerró los ojos y movió la cabeza hasta que el rabillo de uno de ellos asomó por detrás del árbol que estaba usando como refugio.

No vio nada. El sheriff Saunders se quedó inmóvil durante unos momentos y volvió a intentarlo, esta vez abriendo los ojos.

Los resultados fueron mucho más satisfactorios, naturalmente.

El sheriff Saunders vio a un voluminoso hombre máquina vuelto de espaldas a él inclinado sobre un artefacto tan horrible que te helaba la sangre y te dejaba sin aliento, una máquina espantosa de origen dudoso y finalidad aún más dudosa. Lo único que no vio fue la temblorosa silueta de Randolph Payne abrazada a un árbol cercano que se encontraba al noroeste

del suyo.

El sheriff Saunders salió al claro y alzó su ametralladora. El robot seguía dándole la espalda.

—¡Observe! —dijo AL-76 dirigiéndose a una persona o personas invisibles.

Y un dedo de una mano metálica pulsó un botón justo cuando el sheriff abría la boca disponiéndose a dar la orden de disparar.

Lo que ocurrió a continuación fue presenciado por setenta testigos, pero a pesar de ello no contamos con ninguna descripción. Durante los días, meses y

años siguientes ni una sola de esas setenta personas dijo una sola palabra sobre lo que ocurrió durante los segundos que siguieron al momento en que el sheriff abrió la boca para dar la orden de disparar. Cuando se las interrogaba al respecto se limitaban a ponerse de un color verde manzana y se alejaban con paso tambaleante.

A pesar de ello, las pruebas circunstanciales permiten deducir que lo que ocurrió fue, más o menos, esto.

El sheriff Saunders abrió la boca y AL-76 pulsó un botón. El disinto empezó a funcionar y setenta y cinco árboles, dos granjas, tres vacas y tres

cuartas partes de la cima de la colina Duckbill se desvanecieron dejando tras de sí una atmósfera bastante enrarecida por el polvo. Si se quiere expresar de una forma más poética, todos esos objetos y seres vivos fueron a parar al sitio en el que acaban las nieves del año pasado.

La boca del sheriff Saunders siguió abierta durante un período de tiempo imposible de calcular, pero ni la orden de disparar ni ningún otro sonido brotó de ella. Y entonces...

Y entonces el aire empezó a vibrar, se oyó una especie de rugido ensordecedor y una serie de zigzags de

un vago color purpúreo cruzaron velozmente la atmósfera con la cabaña de Randolph Payne como origen, y los granjeros que componían aquel ejército improvisado desaparecieron sin dejar ni rastro.

Oh, sí, después se encontraron varias armas esparcidas por los alrededores -la metralleta modelo niquelado especial con garantía de tiro ultra-rápido e imposibilidad de encasquillarse del sheriff entre ellas-, una cincuentena de sombreros, unos cuantos puros y cigarrillos a medio fumar y algunos otros objetos perdidos aquí y allá.... pero no quedó ni un solo

cuerpo humano.

Salvo «Flaco» Jake, ninguno de esos cuerpos volvió a aparecer ante la raza humana hasta que hubieron pasado tres días, y en el caso de Jake la excepción hay que buscarla en que su huida -tan veloz que habría ruborizado a un cometa-, fue detenida por la media docena de hombres de la fábrica de Petersboro que iban avanzando por el bosque a paso de carga moviéndose casi tan deprisa como él.

Para ser exactos, la cabeza de «Flaco» Jake fue detenida por el estómago de Sam Tobe.

—¿Dónde está la cabaña de

Randolph Payne? —preguntó Tobe en cuanto hubo conseguido recuperar el aliento.

«Flaco» Jake permitió que sus ojos perdieran su brillo vidrioso durante unos segundos.

—Hermano, te aconsejo que te limites a seguir la dirección opuesta a la mía —replicó.

Y se esfumó como por arte de magia. Unos segundos después ya era un puntito cada vez más pequeño que se alejaba hacia el horizonte moviéndose velozmente por entre los árboles. El puntito quizá fuera «Flaco» Jake, pero Sam Tobe no se habría atrevido a

jurarlo.

El ejército improvisado ya ha desaparecido de escena, pero aún nos queda ocuparnos de Randolph Payne, cuyas reacciones fueron ligeramente distintas.

Para Randolph Payne los cinco segundos que transcurrieron entre el momento en que AL-76 pulsó el botón y la desaparición de la cima de la colina Duckbill fueron un espacio de tiempo totalmente en blanco. Cuando empezó tenía la cabeza vuelta hacia la espesa maleza que cubría la parte inferior de los árboles, y cuando terminó descubrió que estaba agarrado a una rama muy alta

de uno de ellos y que se balanceaba locamente de un lado a otro. El mismo impulso que lanzó al grupo de ayudantes del sheriff en dirección horizontal le había lanzado en dirección vertical.

En cuanto a si recorrió los quince metros que separaban las raíces de la copa del árbol trepando, de un salto o volando, jamás consiguió llegar a saberlo y la verdad es que tampoco le importaba demasiado.

Lo que sí sabía era que todas aquellas propiedades acababan de ser destruidas por un robot que, aunque sólo de forma temporal, era de su propiedad. Todas las visiones de recompensa se

esfumaron de su mente y fueron sustituidas por pesadillas cuyos horripilantes temas eran los ciudadanos hostiles, las turbas aullantes dispuestas al linchamiento, los juicios y acusaciones de asesinato y lo que diría Mirandy Payne en cuanto se enterara... especialmente lo que diría Mirandy Payne.

—¡Eh, robot, desmonta ese trasto que has construido! —gritó con voz ronca—. ¿Me oyes? ¡Desmóntalo y destrúyelo inmediatamente! Olvida que yo he tenido algo que ver en este asunto... No sé quién o qué eres, ¿entiendes? No digas ni una palabra al

respecto jamás. Olvídalo todo, ¿me oyes?

Payne no esperaba que sus órdenes sirvieran de nada. Gritarlas había sido un mero acto reflejo, pero Payne ignoraba que un robot siempre obedece la orden dada por un ser humano salvo cuando obedecerla supone un peligro para otro ser humano.

Y, en consecuencia, AL-76 destruyó su disinto de forma tan calmada como metódica y volvió a convertirlo en la chatarra original.

Sam Tobe llegó con sus hombres con el tiempo justo de ver cómo AL-76 aplastaba el último centímetro cúbico

del aparato bajo su pie. Randolph Payne se dio cuenta de que estaba ante los verdaderos propietarios del robot, por lo que se apresuró a bajar del árbol y puso pies en polvorosa hacia regiones desconocidas.

Y no esperó a que le dieran su recompensa.

Austin Wilde, ingeniero robótico, se volvió hacia Sam Tobe.

—¿Ha conseguido sacarle algo al robot? —le preguntó.

Tobe meneó la cabeza y lanzó un gruñido.

—Nada, absolutamente nada. Ha

olvidado todo lo que ocurrió desde que abandonó la fábrica. Tiene la mente totalmente en blanco, y la única explicación es que habrá recibido la orden de olvidarlo todo. ¿Qué demonios sería aquel montón de chatarra con el que estaba trasteando?

—Un montón de chatarra, nada más. Pero antes de que lo hiciera añicos tuvo que ser un disinto, y me encantaría matar al tipo que le ordenó destruirlo..., sometiéndolo a una buena sesión de torturas lentas antes, a ser posible. ¡Mire esto!

Estaban a media ladera de lo que había sido la colina Duckbill -para ser

exactos, en el punto exacto del que había sido limpiamente rebanada la cima-, y Wilde puso una mano sobre la superficie perfectamente lisa que interrumpía la aglomeración de tierra y rocas.

—¡Menudo disinto! —exclamó—. Arrancó limpiamente la cima de su base.

—¿Qué lo impulsaría a construirlo?

Wilde se encogió de hombros.

—No lo sé. Algún factor del entorno... No hay ninguna forma de averiguarlo. Su cerebro positrónico adaptado a la Luna debió de reaccionar impulsándolo a construir un disinto con toda esa chatarra. El robot lo ha olvidado todo, y me temo que sólo

existe una probabilidad entre mil millones de que podamos volver a encontrar ese factor. Nunca volveremos a ver un disinto como ése.

—No importa. Lo importante es que hemos recuperado el robot.

—Y un cuerno. —La voz de Wilde no podía sonar más triste y abatida—. ¿Ha tenido algún tipo de contacto con los disintos en la Luna? Tragan una endiablada cantidad de energía, al igual que todos los trastos electrónicos, y no pueden ponerse en marcha hasta que les has proporcionado más de un millón de voltios de carga inicial. Pero este disinto no se parecía en nada a los de la

Luna. He examinado toda esa chatarra con el microscopio y... Bueno, ¿quiere saber cuál es la única fuente de energía que he conseguido descubrir?

—Sí, claro. ¿Cuál?

—¡Ni más ni menos que esto! Y nunca llegaremos a saber cómo se las arregló...

Y Austin Wilde le alargó la fuente de energía gracias a la que un disinto había conseguido rebanar limpiamente la cima de una colina en medio segundo... ¡Dos pilas de linterna!

Victoria inintencionada

La nave espacial, por decirlo de algún modo, tenía más agujeros que un colador.

Se suponía que así debía ser. De hecho, esa era precisamente la idea.

El resultado, por supuesto, era que durante el viaje de Ganímedes a Júpiter el interior de la nave estaba tan lleno como el vacío del espacio que la rodeaba. Y puesto que la nave estaba desprovista también de dispositivos calefactores, aquel vacío del espacio estaba a temperatura normal, es decir a una fracción de grado por encima del

cero absoluto.

Eso también estaba de acuerdo con el plan. Esas cosas insignificantes como la ausencia de aire y de calor no fastidiaban en absoluto a nadie dentro de aquella nave en particular.

Los primeros jirones, apenas indistinguibles del espacio, de la atmósfera joviana empezaron a rezumar al interior de la nave a varios centenares de miles de kilómetros por encima de la superficie de Júpiter. Eran prácticamente hidrógeno en su totalidad, aunque quizá un cuidadoso análisis de los gases hubiera podido rastrear también un indicio de helio. Los

indicadores de presión empezaron a arrastrarse hacia arriba.

Ese arrastrarse prosiguió a un ritmo acelerado mientras la nave iba descendiendo en una espiral rodeando a Júpiter. Las agujas de los sucesivos indicadores, cada uno de ellos diseñado para presiones progresivamente más altas, empezaron a moverse hasta que alcanzaron las proximidades de un millón o así de atmósferas, donde las cifras perdían la mayor parte de su significado. La temperatura, tal corno era registrada por las termocuplas, ascendía lenta y erráticamente, y finalmente se estabilizó

aproximadamente a setenta grados centígrados por debajo de cero.

La nave avanzó lentamente hacia el final de su viaje, abriéndose pesadamente camino a través de un laberinto de moléculas gaseosas que se apiñaban tanto entre sí que el propio hidrógeno estaba comprimido casi a la densidad de un líquido. El vapor de amoniaco, extraído de los increíblemente vastos océanos de ese líquido, saturaba la horrible atmósfera. El viento, que se había iniciado un millar y medio de kilómetros más arriba, había ascendido hasta un nivel que la palabra huracán describía muy

inadecuadamente. Resultaba evidente, mucho antes de que la nave aterrizara en una isla joviana bastante grande, quizá del tamaño de siete Asías, que Júpiter no era un mundo muy agradable.

Y sin embargo los tres miembros de la tripulación pensaban que sí lo era. Estaban completamente convencidos de ello. Pero los tres miembros de la tripulación no eran exactamente humanos. Y no eran tampoco exactamente jovianos.

Eran simples robots, diseñados en la Tierra para Júpiter.

ZZ Tres dijo:

—Parece que es un lugar más bien

desolado.

ZZ Dos se reunió con él y contempló melancólicamente el paisaje azotado por el viento.

—Hay estructuras de algún tipo en la distancia —dijo—, que son obviamente artificiales. Sugiero que aguardemos a que sus habitantes vengan a nosotros.

ZZ Uno escuchaba desde el otro lado de la habitación, pero no respondió. Era el que primero había sido construido de los tres, a un nivel semi-experimental. Consecuentemente, hablaba con un poco menos de frecuencia que sus dos compañeros.

La espera no fue larga. Una nave

aérea de extraño diseño pasó por encima de sus cabezas. Siguieron más. Y después una hilera de vehículos de superficie se aproximó, tomó posiciones, y desalojó organismos. Junto con esos organismos iban varios accesorios inanimados que podían ser armas. Algunos de esos accesorios eran acarreados por un solo joviano, algunos por varios, y algunos avanzaban por iniciativa propia, con quizá jovianos dentro.

Los robots no podían decirlo.

ZZ Tres dijo:

—Están a todo nuestro alrededor. El gesto pacífico lógico sería salir fuera, al

aire libre. ¿De acuerdo?

Se mostraron de acuerdo, y ZZ Uno abrió la pesada compuerta, que no era doble, es decir, no tenía cámara de aire.

Su aparición por la puerta fue la señal para un excitado agitarse entre los jovianos que les rodeaban. Fueron hechas cosas a varios de los accesorios inanimados más grandes, y ZZ Tres fue consciente de un aumento de temperatura en la superficie externa de su cuerpo de berilio-iridio-bronce.

Lanzó una mirada a ZZ Dos.

—¿Notas esto? Creo que están apuntando energía calorífica hacia nosotros.

ZZ Dos mostró su sorpresa.

—Me pregunto por qué.

—Definitivamente, se trata de un rayo de calor de alguna clase. ¡Mira eso!

Uno de los rayos se había desviado por alguna causa indiscernible de su alineación, y su línea de radiación intersectó un arroyo de burbujeante amoniaco puro..., que muy pronto se puso a hervir furiosamente. ZZ Tres se volvió a ZZ Uno.

—Toma nota de esto, Uno, ¿quieres?

—Por supuesto. —Era en ZZ Uno en quien recaía el rutinario trabajo de secretario, y su método de tomar nota

era efectuar una adición mental a la precisa cinta de memoria que albergaba en su interior. Ya había reunido la grabación hora a hora de todos los instrumentos importantes de a bordo de la nave durante el viaje a Júpiter. Añadió contemporizadoramente—: ¿Qué razón debo indicar a esta reacción? A los amos humanos probablemente les gustará saberlo.

—Ninguna razón. O mejor —se corrigió a sí mismo Tres—, ninguna razón aparente. Puedes decir que el máximo de temperatura del rayo era de unos más treinta centígrados.

—¿Debemos intentar comunicarnos?

—interrumpió Dos.

—Sería una pérdida de tiempo —dijo Tres—. No puede haber más que unos pocos jovianos que conozcan el código de pulsaciones radio que se ha desarrollado entre Júpiter y Ganímedes. Tendrán que enviar en busca de uno, y cuando llegue, él establecerá inmediatamente contacto. Mientras tanto, dejémosles que observen. No comprendo sus acciones, os lo digo francamente.

Y la comprensión no llegó de inmediato. La radiación calorífica cesó, pero fueron traídos a primera línea otros instrumentos, y puestos en acción.

Algunas cápsulas cayeron a los pies de los robots que observaban, con rapidez y fuerza debido a la gravedad de Júpiter. Se abrieron de golpe y vertieron un líquido azul, que formó charcos que fueron empequeñeciéndose rápidamente a causa de la evaporación.

El pesadillesco viento barrió los vapores, y los jovianos se apartaron rápidamente de sus caminos. Uno de ellos fue demasiado lento, se tambaleó locamente, y se derrumbó fláccido.

ZZ Dos se inclinó, metió un dedo en uno de los charcos, y contempló el goteante líquido.

—Creo que es oxígeno —dijo.

—Oxígeno, sí —confirmó Tres—. Esto se vuelve cada vez más extraño. Esta es evidentemente una práctica peligrosa, puesto que juraría que el oxígeno es peligroso para las criaturas. ¡Una de ellas acaba de morir!

Hubo una pausa, y ZZ Uno, cuya mayor simplicidad le conducía en ocasiones a una línea mucho más rígida de pensamiento, dijo con voz fuerte:

—Es posible que esas extrañas criaturas estén intentando a su manera infantil destruirnos.

Y ZZ Dos, impresionado por la sugerencia, respondió:

—¿Sabes, Uno?, ¡creo que tienes

razón!

Se había producido un pequeño interludio en la actividad joviana, y ahora fue traída una nueva estructura. Poseía una esbelta varilla que apuntaba directamente hacia el cielo a través de la impenetrable lobreguez joviana. Se mantenía erguida en aquel increíblemente fuerte viento con una rigidez que indicaba claramente una notable fuerza estructural. De su extremo brotó un crujir y luego un relampaguear que iluminó las profundidades de la atmósfera hasta convertirlas en una neblina gris.

Por un momento los robots se vieron

bañados por una persistente radiación, y entonces ZZ Tres dijo pensativamente:

—¡Electricidad de alta tensión! Y con una energía más bien respetable también. Uno, creo que tienes razón. Después de todo, los amos humanos nos han dicho que esas criaturas buscan destruir a toda la humanidad, y unos organismos poseyendo una maldad tan loca como la que les impulsa a pensar en causar daño a un ser humano... —su voz tembló ante el pensamiento—... es difícil que tengan escrúpulos en intentar destruirnos a nosotros.

—Es una vergüenza poseer unas mentes tan retorcidas —dijo ZZ Uno—.

¡Pobres criaturas!

—Lo considero un pensamiento altamente entristecedor —admitió Dos —. Volvamos a la nave. Ya hemos visto suficiente por ahora.

Eso hicieron, y se instalaron para aguardar. Como había dicho ZZ Tres, Júpiter era un planeta enorme, y era posible que tomara tiempo el que un transporte joviano pudiera traer hasta la nave a un experto en códigos de radio. De todos modos, la paciencia es algo muy fácil para los robots.

De hecho, Júpiter giró tres veces sobre su eje, según el cronómetro, antes de que llegara el experto. La salida y la

puesta del sol, de todos modos, no traía por supuesto ninguna diferencia a la completa oscuridad del fondo de una capa de gases con una densidad casi líquida de cinco mil kilómetros de espesor, de modo que uno no podía hablar de día y de noche. Pero de todos modos, ni jovianos ni robots tenían ajustada su visión a las radiaciones de luz, de modo que eso no importaba.

Durante aquel intervalo de treinta horas los jovianos que les rodeaban prosiguieron su ataque con una paciencia y una perseverancia de las que el robot ZZ Uno tomó buena nota mental. La nave fue asaltada con tanta variedad

de fuerzas corno horas transcurrieron, y los robots observaron atentamente cada uno de los ataques, analizando las armas a medida que las iban reconociendo. No las reconocieron todas.

Pero los amos humanos los habían construido bien. Había tomado quince años construir la nave y los robots, y su elemento más esencial podía ser expresado con una sola frase: una resistencia absoluta. Los ataques se fueron sucediendo inefectivamente, y ni nave ni robots evidenciaron ninguna señal causada por ellos.

ZZ Tres dijo:

—Esta atmósfera es un handicap

para ellos, creo. No pueden utilizar disruptores atómicos, puesto que lo único que conseguirían sería desgarrar un agujero en este aire tan denso como una sopa y resultar destruidos ellos mismos a causa de la explosión.

—Tampoco han utilizado explosivos potentes —dijo ZZ Dos—, de lo que podemos alegrarnos. No nos hubieran hecho ningún daño, por supuesto, pero nos hubieran sacudido un poco.

—Los explosivos de alta potencia quedan descartados. No puedes utilizar un explosivo sin expansión de gases, y el gas simplemente no puede expandirse en esta atmósfera.

—Es una buena atmósfera —murmuró Uno—. Me gusta.

Lo cual era lógico, puesto que había sido construido para ella. Los robots ZZ eran los primeros robots fabricados por la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos que no eran ligeramente humanos en apariencia. Eran bajos y achaparrados, con su centro de gravedad a menos de treinta centímetros sobre el nivel del suelo. Tenían seis piernas cada uno, gruesas y resistentes, diseñadas para alzar pesos de toneladas en una gravedad de dos veces y media la

normal de la Tierra. Sus reflejos eran varias veces superiores a los normales terrestres, para compensar la gravedad. Y estaban compuestos de una aleación de berilio-iridio-bronce que era a toda prueba contra cualquier agente corrosivo conocido, así como contra cualquier agente destructivo conocido hasta el nivel de un disruptor atómico de mil megatones, bajo cualquier condición imaginable.

Para no seguir con más descripciones, eran indestructibles, y tan impresionantemente poderosos que eran los únicos robots jamás construidos a los cuales los roboticistas de la

compañía jamás pensaron en grabarles un apodo a base de sus series de números. Un chico brillante sugirió llamarlos Sissy Uno, Dos y Tres..., pero no en voz muy alta, y la sugerencia no volvió a ser repetida nunca.

Las últimas horas de la espera pasaron en una desconcertada discusión acerca de hallar una posible descripción de la apariencia joviana. ZZ Uno había tomado nota de su posesión de tentáculos y de su simetría radial..., y allí se había encallado. Dos y Tres hicieron todo lo posible por ayudarle, pero no lo consiguieron.

—No puedes describir bien nada sin

un estándar de referencia —declaró finalmente Tres—. Esas criaturas no son parecidas a nada conocido por mí... Están completamente fuera de los senderos positrónicos de mi cerebro. Es como intentar describirle la luz gamma a un robot no equipado para la recepción de los rayos gamma.

Fue precisamente en aquel momento cuando la andanada de las armas cesó una vez más. Los robots volvieron su atención al exterior de la nave.

Un grupo de jovianos estaba avanzando de una forma curiosamente desigual, pero ni la más atenta observación podía determinar el método

exacto de su locomoción. La forma en que usaban sus tentáculos era incierta. A veces los organismos efectuaban unos curiosos movimientos resbaladizos, y entonces avanzaban a gran velocidad, quizá ayudándose en el viento, porque se movían con él.

Los robots salieron para acudir al encuentro de los jovianos, que se detuvieron a tres metros de distancia. Ambos lados permanecieron silenciosos e inmóviles.

—Deben de estar observándonos, pero no sé cómo —dijo ZZ Dos—. ¿Alguno de vosotros ve algún tipo de órgano fotosensitivo?

—No podría decirlo —respondió Tres con un gruñido—. No veo en ellos nada que posea algún sentido.

Hubo un repentino cliquetear metálico entre el grupo joviano, y ZZ Uno dijo satisfecho:

—Es el código de radio. Han traído aquí al experto en comunicaciones.

Así era. El complicado sistema de puntos y rayas que a lo largo de un período de veinticinco años había sido laboriosamente desarrollado por los seres de Júpiter y los terrestres de Ganímedes hasta convertirlo en un notablemente flexible medio de comunicación, estaba siendo puesto

finalmente en práctica a corta distancia.

Ahora un joviano permanecía claramente destacado frente a los demás, que se mantenían a una prudente distancia. Era el que estaba hablando. El cliquetear decía:

—¿De dónde venís?

ZZ Tres, como el más avanzado mentalmente, asumió de forma natural el papel de portavoz para el grupo de robots.

—Procedemos del satélite de robots, Ganímedes.

—¿Qué deseáis? —continuó el joviano.

—Información. Hemos venido a

estudiar vuestro mundo y llevarnos de vuelta nuestros descubrimientos. Si podemos obtener vuestra cooperación...

El cliqueteo joviano interrumpió:

—¡Debéis ser destruidos!

ZZ Tres hizo una pausa y dijo en un aparte a sus dos compañeros:

—Exactamente la actitud que los amos humanos dijeron que adoptarían. Son muy poco usuales.

Volviendo a su cliqueteo, preguntó simplemente:

—¿Por qué?

Evidentemente, el joviano consideraba algunas preguntas demasiado ofensivas como para ser

contestadas.

—Si abandonáis el lugar dentro del próximo período de revolución, seréis perdonados..., hasta el momento en que emerjamos de nuestro mundo para destruir a las sabandijas no jovianas de Ganímedes.

—Me gustaría señalar —dijo Tres— que nosotros, los de Ganímedes y los planetas interiores...

El joviano interrumpió:

—Nuestra astronomía sabe del Sol y de nuestros cuatro satélites. No hay planetas interiores.

Tres concedió de mala gana aquello.

—Nosotros los de Ganímedes,

entonces. No tenemos ningún plan de conquistar Júpiter. Venimos preparados a ofrecer amistad. Durante veinticinco años vuestra gente se ha comunicado libremente con los seres humanos de Ganímedes. ¿Hay alguna razón para iniciar una guerra repentina contra los humanos?

—Durante veinticinco años —fue la fría respuesta— supusimos que los habitantes de Ganímedes eran jovianos. Cuando descubrimos que no lo eran, y que habíamos estado tratando con animales inferiores en la escala de la inteligencia joviana, empezamos a tomar medidas para eliminar ese deshonor. —

Lenta e intensamente, terminó diciendo —: ¡Aquí en Júpiter no toleraremos la existencia de sabandijas!

El joviano estaba retrocediendo de alguna forma, moviéndose contra el viento, y evidentemente la entrevista había terminado.

Los robots se retiraron al interior de la nave.

ZZ Dos dijo:

—Parece que las cosas están mal, ¿eh? —Pensativo, continuó—: Es como los amos humanos dijeron. Poseen un tremendamente desarrollado complejo de superioridad, combinado con una extrema intolerancia hacia cualquiera o

cualquier cosa que entre en conflicto con ese complejo.

—La intolerancia —observó Tres— es la consecuencia natural del complejo. El problema es que su intolerancia tiene dientes. Poseen armas..., y su ciencia es grande.

—Ahora no me sorprende —interrumpió bruscamente ZZ Uno— que fuéramos especialmente instruidos para que prescindiéramos de las órdenes jovianas. ¡Son unos seres horribles, intolerantes, seudo-superiores! —Ansiosamente, con una profunda lealtad y fe robóticas, añadió—: Ningún amo humano podrá ser jamás así.

—Eso, aunque cierto, no tiene nada que ver con lo que estamos tratando —dijo ZZ Tres—. Sigue en pie el hecho de que los amos humanos están en un terrible peligro. Este es un mundo gigantesco, y esos jovianos son más de un centenar de veces superiores en número y recursos a los humanos de todo el Imperio Terrestre. Si alguna vez pueden desarrollar el campo de fuerza hasta el punto de poder utilizarlo como el casco de una nave, del mismo modo que han hecho ya los amos humanos..., entonces podrán arrasar el sistema a voluntad. Sigue en pie la cuestión de hasta cuan lejos han avanzado en esa

dirección, qué otras armas poseen, qué preparativos están tomando, y así. Nuestra función es regresar con esa información, por supuesto, y lo mejor que podemos hacer es decidir nuestro próximo paso.

—Puede resultar difícil —dijo ZZ Dos—. Los jovianos no van a ayudarnos. —Lo cual, en aquel momento, era una observación superflua.

ZZ Tres pensó unos momentos.

—Me parece que lo único que necesitamos es esperar —observó—. Han intentado destruirnos durante treinta horas, y no han tenido éxito. Evidentemente, han hecho todo lo mejor

que han podido. Un complejo de superioridad implica siempre la necesidad eterna de guardar las apariencias, y el ultimátum que nos han dado lo prueba en este caso. Nunca van a permitir que nos marchemos si pueden destruirnos. Pero si no nos marchamos, entonces, antes que admitir que no pueden obligarnos a irnos, seguramente pretenderán que están dispuestos, para sus propias finalidades, a obligarnos a que nos quedemos.

Aguardaron una vez más. Pasó el día. La andanada de armas no se reanudó. Los robots no se marcharon. El fanfarrón fue llamado de nuevo. Y los

robots se enfrentaron por segunda vez al experto joviano en códigos de radio.

Si los modelos ZZ hubieran estado equipados con sentido del humor, se hubieran divertido enormemente. Tal como eran las cosas, simplemente experimentaron una solemne satisfacción.

El joviano dijo:

—Nuestra decisión ha sido que se os permita permanecer aquí durante un corto período de tiempo, de modo que podáis ver nuestro poder por vosotros mismos. Entonces deberéis regresar a Ganímedes para informar a vuestros compañeros sabandijas del desastroso

fin al que se verán inexorablemente abocados dentro de una revolución solar.

ZZ Uno tomó mentalmente nota de que una revolución joviana equivalía a doce años terrestres.

Tres respondió casualmente:

—Gracias. ¿Podemos acompañarte a la ciudad más cercana? Hay muchas cosas que nos gustaría aprender. —Tras pensarlo un momento, añadió—: Nuestra nave no debe ser tocada, por supuesto.

Dijo esto como una petición, no como una amenaza, puesto que ningún modelo ZZ era pendenciero. Toda posibilidad de incluso la más ligera

irritación había sido cuidadosamente eliminada en su construcción. Con robots tan tremendamente poderosos como los ZZ, un absoluto buen carácter era algo esencial para la seguridad durante los años de pruebas en la Tierra.

El joviano dijo:

—No estamos interesados en vuestra miserable nave. Ningún joviano se polucionará acercándose a ella. Podéis acompañarnos, pero debéis tener en cuenta no acercaros a más de tres metros de ningún joviano, o seréis instantáneamente destruidos.

—Un tanto engreídos, ¿no creéis? —observó ZZ Dos en un ligero susurro,

mientras avanzaban en medio del viento.

La ciudad era un puerto a orillas de un increíble lago de amoniaco. El viento exterior azotaba furioso, alzando espumeantes olas que avanzaban por la líquida superficie con una turbulenta lentitud reforzada por la gravedad. El puerto en sí no era ni grande ni impresionante, y parecía muy evidente que la mayor parte de sus construcciones eran subterráneas.

—¿Cuál es la población de este lugar? —preguntó ZZ Tres.

—Es una pequeña ciudad de diez millones —respondió el joviano.

—Entiendo. Toma nota de eso, Uno.

ZZ Uno lo hizo mecánicamente, y luego se volvió una vez más hacia el lago, que había estado contemplando lleno de fascinación. Tiró del codo de ZZ Tres.

—Oye, ¿supones que tienen peces aquí?

—¿Qué diferencia representa eso?

—Creo que deberíamos averiguarlo. Los amos humanos nos ordenaron averiguar todo lo que pudiéramos. —De los robots, ZZ Uno era el más simple y, en consecuencia, el que tomaba las órdenes de una forma más literal.

ZZ Dos dijo:

—Dejemos que Uno vaya y mire, si quiere. No causará ningún daño el que dejemos que el chico se divierta un poco.

—De acuerdo. No hay ninguna objeción si no pierde su tiempo. No son peces lo que hemos venido a buscar..., pero adelante, Uno.

ZZ Uno se apartó de ellos presa de una gran excitación y bajó rápidamente hasta la playa, metiéndose en el amoniaco con una gran zambullida. Los jovianos observaron atentamente. No habían comprendido nada de la anterior conversación, por supuesto.

El experto en códigos de radio

cliqueteó:

—Resulta evidente que vuestro compañero ha decidido abandonar la vida desesperado ante nuestra grandeza.

Sorprendido, ZZ Tres replicó:

—Oh, no, en absoluto. Desea investigar los organismos vivos, si existen, que viven en el amoniaco. —Y, como disculpándose, añadió—: Nuestro amigo es muy curioso a veces, y no es tan brillante como nosotros, aunque ésta es su única desgracia. Nosotros comprendemos esto, e intentamos complacerle siempre que podemos.

Hubo una larga pausa, y el joviano observó:

—Se ahogará.

ZZ Tres respondió, casualmente:

—No hay peligro en ello. Nosotros no nos ahogamos. ¿Podremos entrar en la ciudad tan pronto como regrese?

En aquel momento se produjo un surtidor de líquido a varios cientos de metros en el lago. Brotó violentamente hacia arriba, y luego volvió a caer en una especie de niebla que el viento dispersó. Otro surtidor, y otro, luego una blanca estela de espuma que formó un rastro en dirección a la costa, calmándose gradualmente a medida que se acercaba.

Los dos robots observaron aquello

asombrados, y la absoluta falta de movimientos por parte de los jovianos indicó que ellos también estaban observando.

Entonces la cabeza de ZZ Uno rompió la superficie, y avanzó lentamente hacia tierra firme. ¡Pero algo lo seguía! Algún organismo de gigantesco tamaño que no parecía más que colmillos, garras y espinas. Luego vieron que no estaba siguiéndolo por voluntad propia, sino que estaba siendo arrastrado hacia la playa por ZZ Uno. Había en él una significativa flaccidez.

ZZ Uno se acercó casi tímidamente y estableció directamente comunicación.

Cliqueteó su mensaje al joviano de una forma ciertamente agitada.

—Lamento terriblemente lo ocurrido, pero la cosa me atacó. Yo estaba simplemente tomando notas de ella. Espero que no sea una criatura valiosa.

No recibió una respuesta inmediata, porque la aparición del monstruo había ocasionado una alocada dispersión de las filas jovianas. Estos volvieron a reunirse lentamente, y una vez la cautelosa observación demostró que la criatura estaba realmente muerta, se restauró el orden. Algunos de los más valientes aguijonearon cautelosamente el

cuerpo para asegurarse.

—Espero que perdonéis a nuestro amigo —dijo ZZ Tres humildemente—. A veces es un poco torpe. No teníamos absolutamente ninguna intención de causar daño a ninguna criatura joviana.

—Me atacó —explicó Uno—. Me mordió sin ninguna provocación. ¡Vedlo! —Y mostró un colmillo de unos buenos sesenta centímetros de largo, terminado en quebrados filos allá donde se había roto—. Se lo rompió clavándolo en mi hombro, y casi dejó una señal. Yo solamente le di un manotazo para apartarlo... y se murió. ¡Lo siento!

Finalmente el joviano habló, y el

cliquetear de su código fue más bien titubeante.

—Es una criatura salvaje, que raramente se encuentra tan cerca de la orilla, pero el lago es profundo precisamente aquí.

ZZ Tres dijo, aún ansiosamente:

—Si podéis utilizar su carne, nos sentiremos felices de...

—No. Podemos obtener nuestra comida por nosotros mismos sin la ayuda de sab..., sin la ayuda de nadie. Comedio vosotros.

Ante lo cual ZZ Uno alzó a la criatura y la arrojó de nuevo al mar, con un fácil movimiento de un brazo. ZZ

Tres dijo casualmente:

—Gracias por vuestro amable ofrecimiento, pero nosotros no utilizamos la comida. Quiero decir que no comemos, por supuesto.

Escoltados por unos doscientos jovianos armados, los robots descendieron por una serie de rampas a la ciudad subterránea. Si en la superficie la ciudad había parecido pequeña y en absoluto impresionante, abajo tenía la apariencia de una enorme megalópolis.

Montaron en vehículos de superficie que eran manejados por control remoto - puesto que ningún honesto joviano que se respetara a sí mismo arriesgaría su

superioridad subiendo al mismo vehículo que una sabandija-, y conducidos a una respetable velocidad hasta el centro de la ciudad. Vieron lo suficiente de ella como para decidir que se extendía unos ochenta kilómetros de extremo a extremo, y se hundía en la corteza joviana al menos unos doce kilómetros.

ZZ Dos no sonó feliz cuando dijo:

—Si esto es un ejemplo del desarrollo joviano, entonces no vamos a poder presentar un informe esperanzador a nuestros amos humanos. Después de todo, aterrizamos en la enorme superficie de Júpiter al azar, con una

posibilidad sobre mil de hacerlo cerca de un centro de población realmente importante. Esto debe ser, como dice el experto en códigos, simplemente una ciudad.

—Diez millones de jovianos —dijo ZZ Tres, abstraído—. La población total debe de ser de trillones, lo cual es una cifra alta, muy alta, incluso para Júpiter. Probablemente posean una civilización completamente urbana, lo cual quiere decir que su desarrollo científico debe de ser tremendo. Si poseen campos de fuerza...

ZZ Tres no poseía cuello, debido a que para conseguir una mayor

resistencia las cabezas de los modelos ZZ estaban encajadas firmemente en el torso, con los delicados cerebros positrónicos protegidos por tres capas independientes de aleación de iridio de casi tres centímetros de grosor. Pero si hubiera tenido, hubiera agitado tristemente la cabeza.

Ahora se habían detenido en un espacio despejado. A todo su alrededor podían ver avenidas y estructuras llenas de jovianos, tan curiosos como cualquier multitud terrestre ante semejantes circunstancias.

El experto en códigos se acercó.

—Es el momento de retirarme hasta

el próximo período de actividad —dijo —. Hemos ido hasta tan lejos como preparar alojamientos para vosotros, con gran trabajo, por supuesto, ya que las estructuras han debido ser demolidas y reedificadas. De todos modos, podréis dormir durante un cierto tiempo.

ZZ Tres agitó un modesto brazo y cliqueteó:

—Os damos las gracias, pero no teníais que haberos molestado. No nos importa quedarnos aquí mismo. Si vosotros deseáis dormir y descansar, hacedlo a vuestra comodidad. Nosotros os esperaremos. Porque nosotros —lo dijo casualmente— no dormimos.

El joviano no respondió nada, aunque si hubiera tenido rostro, su expresión hubiera debido ser interesante. Se marchó, y los robots se quedaron en el vehículo, con patrullas de bien armados jovianos, frecuentemente reemplazados, rodeándolos como guardianes.

Pasaron horas antes de que los guardias se apartaran para dejar paso al experto en códigos que regresaba. Junto con él iban otros jovianos, a los que presentó.

—Conmigo están dos oficiales del gobierno central que han consentido graciosamente en hablar con vosotros.

Uno de los oficiales conocía evidentemente el código, puesto que su cliqueteo interrumpió secamente al experto en códigos. Se dirigió a los robots:

—¡Sabandijas! Emerged del vehículo para que podamos veros.

Los robots se apresuraron a obedecer, y mientras ZZ Tres y ZZ Dos saltaban por el lado derecho del vehículo, ZZ Uno atravesó el lado izquierdo. La palabra «atravesó» es utilizada aquí literalmente, puesto que olvidó accionar el mecanismo que hacía descender una sección del lado de modo que ZZ Uno pudiera salir, y se llevó por

delante aquel lado, más dos ruedas, y todo un eje. El vehículo se desmoronó, y ZZ Uno se quedó mirando los restos en medio de un embarazado silencio.

Finalmente, cliqueteó con timidez:

—Oh, lo siento tanto. Espero que no fuera un vehículo muy caro.

ZZ Dos añadió, disculpándose:

—Nuestro compañero es a menudo torpe. Debéis perdonarle.

Y ZZ Tres hizo un voluntarioso intento de arreglar de nuevo el vehículo.

ZZ Uno hizo otro esfuerzo por disculparse.

—El material del vehículo era más bien poco resistente. ¿Lo ven? —Alzó

un trozo de quizá un metro cuadrado de plancha de plástico endurecido de ocho centímetros de grueso con ambas manos, y efectuó sobre ella una ligera presión. La plancha se partió instantáneamente en dos—. Claro que yo hubiera debido ser un poco más cuidadoso —reconoció.

El oficial del gobierno joviano dijo, aunque de una forma ligeramente menos seca:

—De todos modos el vehículo hubiera sido destruido, después de haberse visto contaminado por vuestra presencia. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¡Criaturas! Nosotros los jovianos carecemos de la vulgar

curiosidad relativa a los animales inferiores, pero nuestros científicos buscan hechos.

—Estamos completamente de acuerdo contigo —respondió alegremente ZZ Tres—. Nosotros también.

El joviano lo ignoró.

—Aparentemente, vosotros carecéis de órgano masasensitivo. ¿Cómo sois conscientes de los objetos distantes?

ZZ Tres se mostró interesado.

—¿Quieres decir que tu gente es directamente sensitiva a la masa?

—No estoy aquí para responder a vuestras preguntas..., vuestras temerarias

preguntas... acerca de nosotros.

—Entonces supondré que los objetos de baja masa específica son transparentes para vosotros, incluso en ausencia de radiaciones. —Se volvió hacia ZZ Dos—. Así es como ven. Su atmósfera es tan transparente para ellos como el espacio para nosotros.

El cliqueteo joviano se reanudó:

—Responderéis a mi primera pregunta inmediatamente, o mi paciencia se agotará y ordenaré que seáis destruidos.

ZZ Tres replicó inmediatamente:

—Somos energisensitivos, joviano. Podemos ajustamos a voluntad a toda la

escala electromagnética. En este momento, nuestra visión a larga distancia es debida a la radiación de radio-ondas que nosotros mismos emitimos, y a corta distancia vemos mediante... —Hizo una pausa, y le preguntó a Dos—: ¿Existe alguna palabra código para los rayos gamma?

—No que yo sepa —respondió Dos.

ZZ Tres continuó, dirigiéndose al joviano:

—A corta distancia vemos a través de otra radiación para la cual no existe ninguna palabra código.

—¿De qué está compuesto vuestro cuerpo? —preguntó el joviano.

ZZ Dos susurró:

—Probablemente lo pregunta porque su masa-sensibilidad no puede penetrar más allá de nuestra piel. Alta densidad, ya sabes. ¿Debemos decírselo?

ZZ Tres respondió, inseguro:

—Nuestros amos humanos no nos dijeron específicamente que guardáramos ningún secreto. —Y en código de radio, añadió, dirigiéndose al joviano—: Estamos compuestos principalmente por iridio. En cuanto al resto, cobre, estaño, un poco de berilio, y un montón de otras sustancias.

Los jovianos retrocedieron, y por el impreciso agitar de distintas porciones

de sus absolutamente indescriptibles cuerpos dieron la impresión de estar discutiendo animadamente, aunque no emitían ningún sonido.

Y luego el oficial volvió:

—¡Seres de Ganímedes! Ha sido decidido que os mostraremos algunas de nuestras fábricas para que podáis comprobar algunos de nuestros grandes logros. Luego os permitiremos regresar a fin de que podáis difundir la desesperación entre el resto de sabandijas..., los demás seres del mundo exterior.

ZZ Tres le dijo a ZZ Dos:

—Observa el efecto de su

psicología. Deben martillar constantemente su superioridad. Ante todo guardar las apariencias. —Y en el código de radio, añadió—: Os agradecemos esta oportunidad.

Pero ese guardar las apariencias era algo eficiente, como comprobaron pronto los robots. La demostración se convirtió en un tour, y el tour en una Gran Exhibición. Los jovianos les mostraron todo, les explicaron todo, respondieron ansiosamente a todas las preguntas, y ZZ Uno tomó centenares de desesperadas notas.

El potencial bélico de aquella ciudad calificada como poco importante

era varias veces mayor que el de todo Ganímedes. Diez ciudades como aquella se pondrían por delante de todo el Imperio Terrestre. Y diez ciudades como aquella no debían de ser más que el filo de una uña de toda la fuerza que Júpiter era capaz de desplegar en su conjunto.

ZZ Tres se volvió cuando ZZ Uno le dio un codazo.

—¿Qué ocurre?

ZZ Uno dijo seriamente:

—Si poseen campos de fuerza, los amos humanos están perdidos, ¿no crees?

—Me temo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque los jovianos no están enseñándonos el ala derecha de este centro de producción. Puede que allí estén desarrollando los campos de fuerza. Es posible que deseen mantener el secreto. Deberíamos descubrirlo. Es lo más importante, ya sabes.

ZZ Tres miró sombríamente a ZZ Uno.

—Puede que tengas razón. No sirve de nada ignorar las cosas.

Estaban ahora en una enorme fundición, observando cómo eran producidas vigas de aleación de acero al silicio resistentes al amoniaco, de treinta metros de largo, a razón de veinte

por segundo. ZZ Tres preguntó suavemente:

—¿Qué contiene esa otra ala?

El oficial del gobierno preguntó a los encargados del centro de producción, y explicó:

—Esa es la sección de altas temperaturas. Algunos procesos requieren altas temperaturas que la vida no puede soportar, de modo que deben ser controlados remotamente.

Abrió camino hacia una división a través de la cual podía sentirse el calor, e indicó una pequeña área redonda de material transparente. Había una hilera de ellas, a través de las cuales la

brumosa luz roja de hileras de resplandecientes fraguas era visible a través de la densa atmósfera.

ZZ Uno clavó una mirada suspicaz en el joviano y cliqueteó:

—¿Te importaría que entrara ahí y echara un vistazo? Estoy muy interesado en todo esto.

—Te estás comportando de una forma infantil, Uno —dijo ZZ Tres—. Están diciendo la verdad. Oh, está bien, mete la nariz donde quieras si crees que es necesario. Pero no te entretengas mucho; tenemos que ir rápidos.

El joviano dijo:

—No habéis comprendido la

temperatura que hay ahí dentro. Vuestro compañero va a morir.

—Oh, no —respondió ZZ Uno casualmente—. La temperatura no es ningún problema para nosotros.

Hubo una conferencia joviana, y luego una escena de agitada confusión cuando la vida del centro se vio paralizada por aquella emergencia poco habitual. Se dispusieron paneles de material absorbente del calor, y luego se abrió una puerta, una puerta que nunca había girado sobre sus goznes cuando las fraguas estaban en funcionamiento. ZZ Uno entró y la puerta se cerró tras él. Los oficiales jovianos se apiñaron tras

las áreas transparentes para observar.

ZZ Uno se dirigió a la fragua más cercana y palpó su exterior. Como era demasiado bajo para mirar cómodamente dentro de ella, inclinó la fragua hasta que el metal fundido lamió el borde del contenedor. Lo miró con curiosidad, luego metió su mano en él y lo agitó un momento para comprobar su consistencia. Hecho esto, retiró su mano, la agitó para desembarazarse de las ardientes gotitas metálicas que habían quedado prendidas en ella, y secó el resto en una de sus seis piernas. Recorrió lentamente la hilera de fraguas, luego hizo señas de que deseaba salir.

Los jovianos se retiraron a una gran distancia cuando salió por la puerta, y lanzaron un fuerte chorro de amoniaco contra él, que silbó, burbujeó y humeó hasta que la temperatura de su cuerpo volvió a unos límites tolerables.

ZZ Uno ignoró la ducha de amoniaco y dijo:

—Decían la verdad. No hay campos de fuerza.

—¿Te das cuenta...? —empezó ZZ Tres.

Pero ZZ Uno interrumpió impacientemente:

—No sirve de nada entretenernos. Los amos humanos nos dieron

instrucciones de que averiguáramos todo lo posible, y eso es lo que debemos hacer.

Se volvió hacia el joviano y cliqueteó, sin la menor vacilación:

—Escucha, ¿habéis desarrollado los jovianos campos de fuerza?

La brusquedad era, por supuesto, una de las consecuencias naturales de los menos desarrollados poderes mentales de ZZ Uno. ZZ Dos y ZZ Tres sabían aquello, de modo que contuvieron sus deseos de reprocharle aquella observación.

El oficial joviano se relajó lentamente de su extrañamente rígida

actitud, que de alguna forma había dado la impresión de que no dejaba de mirar estúpidamente a una de las manos de ZZ Uno... la que se había metido en el metal fundido. Lentamente, el joviano dijo:

—¿Campos de fuerza? Entonces, ¿eso es lo que más os interesa?

—Sí —dijo enfáticamente ZZ Uno.

Hubo un repentino y patente aumento de la confianza por parte joviana, puesto que el cliquetear se hizo más enérgico:

—¡Entonces ven, sabandija!

Lo cual hizo que ZZ Tres dijera a ZZ Dos:

—¿Te das cuenta? Somos de nuevo sabandijas..., lo cual suena como si nos

aguardaran malas noticias.

Y ZZ Dos admitió aquello sombríamente.

Ahora fueron conducidos al borde mismo de la ciudad, a una zona que los terrestres hubieran denominado los suburbios, y penetraron en una serie de estructuras muy integradas entre sí, que en la Tierra hubieran correspondido vagamente a una universidad.

No hubo explicaciones, sin embargo, y nadie las pidió tampoco. El oficial joviano abrió camino rápidamente, y los robots lo siguieron con la hosca convicción de que les esperaba lo peor.

Fue ZZ Uno quien se detuvo delante

de una sección de pared abierta cuando los demás ya habían pasado.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

La habitación estaba equipada con bancos estrechos y bajos, a lo largo de los cuales unos jovianos manipulaban hileras de extraños dispositivos, compuestos principalmente por potentes electroimanes de tres centímetros de ancho.

—¿Qué es esto? —preguntó ZZ Uno de nuevo.

El joviano se volvió y mostró su impaciencia.

—Es un laboratorio de investigación biológica para estudiantes. No hay nada

aquí que te interese.

—Pero ¿qué es lo que están haciendo?

—Están estudiando la vida microscópica. ¿No has visto nunca un microscopio?

ZZ Tres interrumpió, explicando:

—Sí lo ha visto, pero no de este tipo. Nuestros microscopios están diseñados para organismos energi-sensitivos y actúan por refracción de la energía radiante. Evidentemente vuestros microscopios actúan sobre una base de masa-expansión. Realmente ingenioso.

ZZ Uno preguntó:

—¿Puedo inspeccionar algunos de vuestros especimenes?

—¿De qué os va a servir? No podéis utilizar nuestros microscopios debido a vuestras limitaciones sensoriales, y lo único que hará eso será obligarnos a descartar todos estos especimenes por el hecho de que os hayáis acercado a ellos sin ninguna razón justificable.

—Pero yo no necesito ningún microscopio —explicó ZZ Uno, sorprendido—. No me cuesta nada ajustarme yo mismo a visión microscópica.

Se dirigió al banco más cercano, mientras los estudiantes en la habitación

se apiñaban en el rincón más alejado en un intento de evitar la contaminación. ZZ Uno apartó a un lado el microscopio e inspeccionó atentamente la muestra. Retrocedió, desconcertado, luego examinó otra..., y una tercera..., y una cuarta.

Regresó y se dirigió al joviano.

—Se supone que todas están vivas, ¿no? Quiero decir, esas pequeñas cositas parecidas a gusanos.

—Por supuesto —dijo el joviano.

—Es extraño..., ¡cuando las miro, mueren!

Tres lanzó una repentina exclamación y dijo a sus dos

compañeros:

—Hemos olvidado nuestra radiación de rayos gamma. Salgamos de aquí, Uno, o mataremos a toda la vida microscópica de esta habitación.

Se volvió hacia el joviano.

—Me temo que nuestra presencia es fatal a las formas de vida más débiles. Será mejor que nos vayamos. Esperamos que los especimenes no sean difíciles de reemplazar. Y, ahora que pienso en ello, será mejor que no permanezcáis demasiado cerca de nosotros, o nuestras radiaciones pueden afectaros perjudicialmente. Supongo que seguís sintiéndoos bien, ¿verdad? —preguntó.

El joviano siguió su camino en un orgulloso silencio, pero fue fácil advertir que desde aquel momento dobló la distancia que los separaba de ellos.

No fue dicho nada más hasta que los robots se hallaron en una enorme estancia. En su centro había varios enormes lingotes metálicos suspendidos en medio del aire -es decir, para ser más precisos, flotando sin ningún soporte visible-, desafiando la enorme gravedad joviana.

El joviano cliqueteó:

—Este es nuestro campo de fuerza en su forma definitiva, tal como ha sido perfeccionado recientemente. Dentro de

esa burbuja ha sido practicado el vacío, de tal modo que soporta todo el peso de nuestra atmósfera más una cantidad de metal equivalente a dos naves espaciales grandes. ¿Qué es lo que decís a eso?

—Que el viaje espacial es ahora una posibilidad para vosotros —dijo ZZ Tres.

—Exactamente. Ningún metal ni plástico tiene la fuerza suficiente como para contener nuestra atmósfera contra un vacío, pero un campo de fuerza sí puede... y la burbuja de un campo de fuerza será nuestra nave espacial. Dentro de este mismo año las estaremos

fabricando por cientos de miles. Entonces caeremos en enjambre sobre Ganímedes para destruir a las sabandijas que se autotitulan inteligentes y que intentan disputarnos el dominio del universo.

—Los seres humanos de Ganímedes nunca han intentado... —empezó a decir ZZ Tres, ligeramente ultrajado.

—¡Silencio! —restalló el joviano—. Ahora regresad y decidles lo que habéis visto. Sus propios débiles campos de fuerza..., como el que equipa vuestra nave..., no resistirán contra los nuestros, porque nuestras naves más pequeñas poseerán cientos de veces el tamaño y la

fuerza de las vuestras.

ZZ Tres dijo:

—Entonces no hay nada más que podamos hacer aquí, y regresaremos, como tú dices, con la información. Si puedes llevarnos de vuelta a nuestra nave, os diremos adiós. Pero incidentalmente, sólo a título de información, hay algo que parece que vosotros no habéis comprendido. Los humanos de Ganímedes tienen campos de fuerza, por supuesto, pero nuestra nave en particular no está equipada con uno de ellos. No lo necesitamos.

El robot se volvió e hizo un gesto a sus compañeros para que le siguieran.

Por un momento ninguno habló, luego ZZ Uno murmuró afligidamente:

—¿No podemos intentar destruir este lugar?

—No servirá de nada —dijo ZZ Tres—. Nos superan en número. Es inútil. En una década terrestre los amos humanos habrán desaparecido. Es imposible resistirse a Júpiter. Son demasiado poderosos. Mientras los jovianos permanecieron atados a su superficie, los humanos estuvieron a salvo. Pero ahora que poseen campos de fuerza... Todo lo que podemos hacer es comunicar la noticia. Preparando algunos escondites, unos cuantos podrán

sobrevivir, al menos durante un tiempo.

La ciudad estaba detrás de ellos. Habían salido a la gran llanura junto al lago, y su nave era un punto oscuro en el horizonte, cuando el joviano dijo de pronto:

—Criaturas, ¿decís que no lleváis con vosotros ningún campo de fuerza?

ZZ Tres respondió, sin el menor interés:

—No lo necesitamos.

—Entonces, ¿cómo resiste vuestra nave el vacío del espacio sin estallar a causa de la presión atmosférica interna? —Y agitó un tentáculo en un mudo gesto

hacia la atmósfera joviana que gravitaba sobre ellos con una fuerza de un millón de kilogramos por centímetro cuadrado.

—Bueno —explicó ZZ Tres—, eso es simple. Nuestra nave no contiene atmósfera interna. La presión interior y exterior siempre están equilibradas.

—¿Incluso en el espacio? ¿El vacío en vuestra nave? ¡Estáis mintiendo!

—Puedes inspeccionar nuestra nave si lo deseas. No hay ningún campo de fuerza, y no es hermética. ¿Qué tiene eso de maravilloso? Nosotros no respiramos. Nuestra energía la obtenemos directamente de la fuerza atómica. La presencia o la ausencia de

presión de aire constituye muy poca diferencia para nosotros, y nos sentimos completamente cómodos en el vacío más absoluto.

—¡Pero el cero absoluto!

—No nos afecta. Regulamos nuestro propio calor. No nos afectan las temperaturas externas. —Hizo una pausa —. Bien, podemos volver por nosotros mismos a la nave. Adiós. Transmitiremos a los humanos de Ganímedes vuestro mensaje... ¡Guerra a muerte!

Pero el joviano dijo:

—Esperad. Vuelvo dentro de un momento.

Se dio la vuelta, y se dirigió a la ciudad.

Los robots se lo quedaron mirando, y luego aguardaron en silencio.

Pasaron tres horas antes de que regresara, y cuando lo hizo, estaba prácticamente sin aliento. Se detuvo a los habituales tres metros de los robots, pero luego siguió acercándose a ellos de una forma curiosamente arrastrante. No habló hasta que su piel gris parecida al caucho estuvo casi tocándoles, y entonces sonó el código de radio, humilde y respetuoso.

—Honorables señores, me he puesto en contacto con el jefe de nuestro

gobierno central, que conoce ahora todos los hechos, y puedo aseguraros que lo único que Júpiter desea es la paz.

—¿Perdón? —preguntó ZZ Tres, sin comprender.

El joviano se apresuró a explicar:

—Estamos dispuestos a reanudar nuestras comunicaciones con Ganímedes, y nos complace garantizar que no efectuaremos ningún intento de aventurarnos en el espacio. Nuestro campo de fuerza será usado únicamente en la superficie joviana.

—Pero... —empezó ZZ Tres.

—Nuestro gobierno se sentirá complacido de recibir a cualquier otro

representante que los honorables hermanos humanos de Ganímedes deseen enviar. Si vuestras señorías condescienden ahora en aceptar la paz...

Un escamoso tentáculo se tendió hacia ellos, y ZZ Tres, completamente desconcertado, lo agarró. ZZ Dos y ZZ Uno hicieron lo mismo cuando otros dos tentáculos se tendieron hacia ellos.

El joviano dijo solemnemente:

—Esto sella una paz eterna entre Júpiter y Ganímedes.

La nave espacial con más agujeros que un colador estaba de nuevo en el espacio. La presión y la temperatura habían descendido de nuevo a cero, y

los robots contemplaban el enorme globo de Júpiter que iba reduciendo lentamente su tamaño.

—Eran definitivamente sinceros —dijo ZZ Dos—, y eso es muy halagador, pero no acabo de comprender su cambio de actitud.

—Creo —observó ZZ Uno— que los jovianos recobraron el buen sentido justo a tiempo, y se dieron cuenta de la increíble maldad que sería causar daño a un amo humano. Es natural.

ZZ Tres suspiró y dijo:

—Mira, se trata simplemente de un asunto de psicología. Esos jovianos poseían un complejo de superioridad de

un kilómetro de grueso y, cuando vieron que no podían destruirnos, lo único que podían hacer era guardar las apariencias. Todas sus exhibiciones, todas sus explicaciones, no eran más que una forma de bravata, destinada a impresionarnos y situarnos en el estado adecuado de humillación ante su poder y superioridad.

—Entiendo todo eso —interrumpió ZZ Dos—, pero...

—Pero las cosas funcionaron por caminos insospechados —prosiguió Tres—. Todo lo que hicieron fue comprobar que nosotros éramos más fuertes que ellos, que no nos

ahogábamos, que no necesitábamos comer ni dormir, que el metal fundido no nos afectaba. Incluso nuestra propia presencia era fatal para la vida joviana. Nuestro último gran golpe fue el campo de fuerza. Y cuando descubrieron que nosotros no lo necesitábamos en absoluto, y podíamos vivir en el espacio a una temperatura de cero absoluto, se desmoronaron. —Hizo una pausa, y añadió filosóficamente—: Cuando un complejo de superioridad como el suyo se desmorona, se desmorona de arriba a abajo.

Los otros dos pensaron en aquello, y luego ZZ Dos dijo:

—Pero sigue sin tener sentido. ¿Por qué debería preocuparles lo que nosotros podamos o no podamos hacer? Solamente somos robots. No somos aquellos con los que tienen que luchar.

—Ese es precisamente el punto crucial, Dos —dijo suavemente ZZ Tres —. No fue hasta que hubimos abandonado Júpiter que pensé en ello. ¿Te das cuenta? Por simple omisión, y de una forma completamente no intencionada, olvidamos decirles que nosotros éramos simplemente unos robots.

—Ellos nunca nos lo preguntaron — dijo ZZ Uno.

—Exactamente. ¡De modo que pensaron que éramos seres humanos, y que todos los demás seres humanos eran como nosotros! —Miró una vez más a Júpiter, pensativamente, y añadió—: ¡No es extraño que decidieran desistir!

Extraño en el paraíso

1

Eran hermanos. No en el sentido de que ambos eran seres humanos, ni por haberse criado en la misma guardería. ¡En absoluto! Eran hermanos en el verdadero sentido biológico de la palabra. Eran parientes, para usar un término que había quedado algo arcaico ya varios siglos atrás, antes de la Catástrofe, cuando ese fenómeno tribal, la familia, conservaba aún una cierta validez.

¡Qué circunstancia más embarazosa!

Anthony casi lo había olvidado a lo

largo de los años transcurridos desde la niñez. Hubo períodos en que no había pensado en absoluto sobre ello durante meses seguidos. Pero ahora, desde que se había visto inexorablemente unido a William, vivía momentos de verdadera agonía.

La cosa no habría sido tan terrible si las circunstancias lo hubieran hecho evidente desde el principio; si, como en los tiempos anteriores a la Catástrofe -Anthony había sido un gran lector de temas históricos en cierta época-, hubieran llevado el mismo apellido, alardeando ya con ello de la relación.

Naturalmente, en el momento

presente cada cual escogía el apellido que le placía y lo cambiaba tantas veces como quería. A fin de cuentas, lo que realmente contaba era la cadena de símbolos, y ésta estaba codificada y era atribuida a cada cual desde el momento de su nacimiento.

William había escogido el nombre de Anti-Aut. Insistía en llamarse así con una especie de sobrio profesionalismo. Allá él, desde luego, pero vaya manera de proclamar su mal gusto. Anthony había escogido el nombre de Smith cuando cumplió trece años y nunca había sentido deseos de cambiarlo. Era simple, fácil de deletrear, y bastante

personal, pues jamás había conocido a nadie que hubiera escogido ese mismo nombre. En otros tiempos había sido muy corriente -entre los precatastrofales-, lo cual tal vez explicase su rareza en la actualidad.

Pero la diferencia de nombres perdía toda importancia cuando los dos estaban juntos. Se parecían.

Si hubieran sido gemelos..., pero siempre se interrumpía el desarrollo de uno de cada par de óvulos fecundados simultáneamente. Simplemente sucedía que, a veces, se daban casos de parecido físico entre no-gemelos, sobre todo cuando existía un parentesco por

ambos lados. Anthony Smith era cinco años menor, pero ambos tenían la nariz ganchuda, las pestañas gruesas, el mismo hoyuelo apenas perceptible en el mentón, ese condenado azar de la pauta genética. Simplemente se estaba tentando a la suerte cuando los padres, impulsados por una cierta pasión por la monotonía, repetían.

Al principio, ahora que estaban juntos, adoptaban un aire de fingida sorpresa, seguido de un rebuscado silencio. Anthony intentaba ignorar el asunto, pero por pura perversidad -o perversión- William las más de las veces decía:

—Somos hermanos.

—¿De veras? —exclamaba el otro y permanecía indeciso un breve instante como si quisiera preguntarle si eran hermanos de sangre. Y luego acababan triunfando los buenos modales y el interlocutor se alejaba como si el asunto no tuviera el menor interés.

Naturalmente, eso sólo ocurría de tarde en tarde. La mayoría de las personas que trabajaban en el Proyecto estaban enteradas -¿cómo evitarlo?- y eludían la situación.

No es que William fuera un mal tipo. En absoluto. Si no hubiera sido hermano de Anthony; o si hubieran sido

hermanos, pero lo suficientemente distintos para ocultar ese hecho, se habrían entendido de maravilla.

Siendo las cosas tal como eran...

El hecho de haber jugado juntos de niños, y haber compartido las primeras etapas de la educación en la misma guardería, gracias a algunas afortunadas maniobras de su madre, no facilitaba las cosas. Después de concebir dos hijos del mismo padre y agotar, de este modo, su cupo (pues no había cumplido los rigurosos requisitos para tener un tercer hijo), ella maquinó el plan de poder visitarlos a los dos en un solo viaje. Era una mujer extraña.

William fue el primero en dejar la guardería, naturalmente, puesto que era el mayor. Se había dedicado a las ciencias -ingeniería genética. Anthony se enteró de ello, cuando todavía estaba en la guardería, a través de una carta de su madre. Por aquel entonces ya tenía edad suficiente para hablarle con firmeza a la guardiana, y esas cartas se acabaron. Pero siempre había recordado la última por la agonía de vergüenza que le causó.

Anthony acabó dedicándose también a las ciencias. Había demostrado tener talento en ese aspecto y le instaron a hacerlo. Recordaba haber sentido el loco -y ahora comprendía que profético-

temor de encontrarse con su hermano y acabó en el campo de la telemetría, lo más alejado de la ingeniería genética que concebirse pueda... O eso parecía.

Pues las circunstancias esperaban agazapadas al final de todo el elaborado desarrollo del Proyecto Mercurio.

El caso es que el momento llegó cuando el Proyecto parecía encontrarse en un callejón sin salida; y se hizo una sugerencia que salvó la situación, y al mismo tiempo precipitó a Anthony en el dilema que le habían preparado sus padres. Y lo mejor y más armónico de todo el asunto era que Anthony había sido, con toda inocencia, el autor de la

sugerencia.

2

William Anti-Aut estaba enterado del Proyecto Mercurio, pero sólo del mismo modo como tenía noticia de la ya manida Sonda Estelar que había iniciado su recorrido mucho antes de que él naciera y continuaría avanzando después de su muerte; y del mismo modo como tenía noticia de la colonia de Marte y de los continuos intentos de establecer colonias similares en los asteroides.

Eran cosas situadas en la distante periferia de su mente y sin verdadera importancia. Que él recordase, ningún

aspecto del esfuerzo espacial había logrado adentrarse más, aproximándose al centro de sus intereses, hasta el día en que el periódico trajo las fotografías de algunos de los hombres que trabajaban en el Proyecto Mercurio.

Lo primero que llamó la atención de William fue el hecho de que uno de ellos apareciera identificado como Anthony Smith. Recordaba el extraño nombre que había escogido su hermano, y recordaba el Anthony. Seguro que no podían existir dos Anthony Smith.

Luego había mirado la fotografía en sí y encontró una cara inconfundible. Se miró en el espejo en un repentino

impulso espontáneo de comprobar su sospecha. Esa cara no podía pertenecer a otro.

El hecho le divirtió, aunque también le inquietó un poco, pues no ignoraba el bochorno potencial que encerraba. Hermanos de sangre, para decirlo en los habituales términos despectivos. Pero ¿cómo remediarlo? ¿Cómo rectificar la circunstancia de que ni su padre ni su madre tenían imaginación?

Debió guardarse el impreso en el bolsillo, sin pensar, cuando se disponía a salir camino del trabajo, pues lo encontró allí a la hora del almuerzo. Volvió a mirarlo. Anthony tenía el aire

avispado. La reproducción era bastante fidedigna y los impresos eran de una calidad increíblemente buena en aquellos tiempos.

Su compañero de mesa, Marco Cómo-se-llamara-esa-semana, preguntó con curiosidad:

—¿Qué miras, William?

Impulsivamente, William le alargó el impreso y dijo:

—Ése es mi hermano. —Fue como agarrarse a un clavo ardiendo.

Marco lo examinó, frunciendo el entrecejo, y dijo:

—¿Cuál? ¿El hombre que está a tu lado?

—No, el hombre que es yo. Quiero decir el hombre que se me parece. Ése es mi hermano.

Esta vez siguió una larga pausa. Marco le devolvió el impreso y dijo con una cautelosa falta de entonación en la voz:

—¿Hermano de los mismos padres?

—Sí.

—De padre y también de madre.

—Sí.

—¡Es absurdo!

—Supongo que sí —suspiró William —. Bueno, según dice aquí, está trabajando en telemetría, allí en Texas, y yo estoy trabajando en autística aquí.

¿Qué importancia puede tener entonces?

William no se acordó más del asunto y más tarde, ese mismo día, tiró el periódico. No quería que su presente compañera de cama pudiera verlo. La chica tenía un basto sentido del humor que cada vez fastidiaba más a William. Le alegraba bastante que ella no tuviera ganas de tener un niño. Él, por su parte, ya había tenido uno algunos años atrás. Esa morena bajita, Laura o Linda, uno de esos dos nombres, había colaborado.

El asunto de Randall se planteó bastante después de eso, al menos un año más tarde. Y si William no había vuelto a pensar en su hermano -y no lo

había hecho- con anterioridad, desde luego no tuvo tiempo de preocuparse de ello después.

Randall tenía dieciséis años cuando William tuvo noticia de él por primera vez. Llevaba una vida cada vez más cerrada en sí mismo y la guardería de Kentucky donde se había criado había decidido anularlo y naturalmente a nadie se le ocurrió comunicarlo al Instituto para las Ciencias del Hombre de Nueva York (conocido habitualmente con el nombre de Instituto Homológico).

William recibió su expediente junto con los de varios otros y no encontró nada que le llamara particularmente la

atención en la descripción de Randall. Sin embargo, le tocaba efectuar uno de sus tediosos recorridos por las guarderías empleando medios de transporte de masas y había un candidato probable en West Virginia. Allí fue -y quedó decepcionado hasta el punto de jurarse por quincuagésima vez que en adelante haría esas visitas por imagen televisada-, y luego, puesto que ya había llegado hasta allí, pensó que nada perdería probando en la guardería de Kentucky antes de regresar a casa.

No esperaba conseguir nada.

Sin embargo, menos de diez minutos después de empezar a examinar la pauta

genética de Randall ya estaba llamando al Instituto para solicitar un cálculo de la computadora. Luego se reclinó en el asiento y sintió que le cubría un ligero sudor al pensar que sólo un impulso de último momento le había llevado hasta allí, y que sin ese impulso Randall habría sido anulado calladamente en el plazo de una semana o tal vez menos. Para expresarlo con todo detalle, una droga habría ido penetrando sin dolor a través de la piel, en el torrente sanguíneo, y el chico se habría sumido en un tranquilo sueño que se intensificaría gradualmente hasta la muerte. La droga tenía un nombre oficial

de veintitrés sílabas, pero William la llamaba «nirvanamina», como todo el mundo.

—¿Cuál es su nombre completo, guardiana? —preguntó William.

—Randall Nowan, profesor —dijo la matrona de la guardería.

—¡Nadie! [2] —explotó William. La guardiana se lo deletreó.

—Lo escogió el año pasado.

—¿Y a usted no le llamó la atención? ¡Es lo mismo que Nadie! ¿No se le ocurrió remitirnos el expediente de este joven el año pasado?

—No creí que... —comenzó a decir la guardiana, muy nerviosa.

William la hizo callar con un gesto. ¿De qué servía? ¿Cómo podía saberlo ella? Nada en la pauta genética podría haber servido de aviso según los habituales criterios de los manuales. Se trataba de una sutil combinación descubierta por William y su equipo tras veinte años de experimentar con niños autistas, y jamás había visto realmente esa combinación en una persona viva.

¡Y faltaba tan poco para la anulación!

Marco, que era el hombre duro del grupo, se quejaba de que las guarderías se mostraban demasiado deseosas de abortar antes del plazo y de anular una

vez cumplido éste. Afirmaba que debía permitirse el desarrollo de todas las pautas genéticas para así poder efectuar una investigación inicial y que no debería ejecutarse ninguna anulación sin consultar antes a un homólogo.

—No hay suficientes homólogos —dijo calmadamente William.

—Al menos podríamos hacer examinar todas las pautas genéticas por la computadora —dijo Marco.

—¿A fin de reservarnos todo lo que podamos conseguir para nuestros propios fines?

—Para fines homológicos, aquí o en otro lugar. Tenemos que estudiar las

pautas genéticas en acción para poder llegar a comprender adecuadamente nuestro propio fundamento, y las pautas anormales y monstruosas son las que nos proporcionan más información. Nuestros experimentos sobre el autismo nos han enseñado más homología que la suma de todos los conocimientos acumulados hasta la fecha en que iniciamos nuestros trabajos.

William, quien todavía prefería el ritmo de la frase «la fisiología genética del hombre» en vez de «homología», hizo un gesto negativo con la cabeza.

—De todos modos, tenemos que obrar con cautela. ¿Qué utilidad

podemos alegar en favor de nuestros experimentos? Vivimos apenas tolerados por la sociedad, y esa tolerancia se nos concede a regañadientes. Estamos jugando con vidas.

—Vidas inútiles, que deberían anularse.

—Una anulación rápida y placentera es una cosa, y otra cosa son nuestros experimentos, normalmente prolongados y a veces inevitablemente desagradables.

—A veces les ayudamos.

—Y a veces no les ayudamos.

En verdad era una discusión inútil, pues no había forma de llegar a un

acuerdo. En resumen, todo giraba en torno al hecho de que había demasiado pocas anomalías interesantes al alcance de los homólogos y que no había manera de presionar para que la humanidad estimulase una mayor producción. Había una docena de cuestiones que siempre se verían afectadas por el trauma de la Catástrofe, y ésa era una de ellas.

Los orígenes del frenético impulso que se había dado a la exploración espacial podían buscarse (y algunos sociólogos así lo hacían) en el descubrimiento, gracias a la Catástrofe, de la fragilidad de la trama de la vida tejida sobre el planeta.

En fin, qué remedio...

Nunca se había visto nada parecido a Randall Nowan. No desde la perspectiva de William. El lento progreso del autismo característico de esa pauta genérica tan absolutamente rara significaba que se poseía más información sobre Randall que sobre cualquier paciente equivalente anterior a él. Incluso lograron captar en el laboratorio unos últimos débiles destellos de su manera de pensar antes de que se cerrara por completo y se retrajera finalmente tras los muros de su piel, indiferente, inalcanzable.

Luego iniciaron el lento proceso a

través del cual Randall, sometido a estímulos artificiales por períodos cada vez más largos de tiempo, fue revelando los mecanismos internos de su cerebro y con ello les ofreció pistas para comprender el mecanismo interno de todos los cerebros, tanto de los llamados normales como de los semejantes al suyo.

Los datos que iban reuniendo eran tan abundantes que William comenzó a pensar que su sueño de lograr una recuperación del autismo era más que un simple sueño. Sentía una cálida satisfacción por el hecho de haber escogido el nombre de Anti-Aut.

Y cuando estaba prácticamente en la cumbre de la euforia nacida de sus trabajos con Randall recibió la llamada de Dallas y comenzaron las fuertes presiones -tenían que escoger justo ese momento- para que abandonara su trabajo y se ocupase de un nuevo problema.

Rememorando más tarde lo ocurrido, jamás logró saber con exactitud qué le había impulsado a acceder finalmente a hacer una visita a Dallas. Al final, desde luego, comprendió cuánta suerte había tenido. Pero, ¿qué le había impulsado a obrar así? ¿Tendría tal vez, ya desde el

principio, una vaga idea inconsciente de cómo podría acabar todo? Sin duda eso era imposible.

¿Sería el recuerdo inconsciente de ese periódico, de esa fotografía de su hermano? Imposible, sin duda.

Pero se dejó persuadir para hacer esa visita y no se acordó de la fotografía hasta que la unidad energética de micro-pilas modificó el timbre de su suave zumbido y entró en acción la unidad de gravitación para el descenso final -o al menos la fotografía no accedió hasta entonces a la parte consciente de su memoria.

Anthony trabajaba en Dallas y -

William entonces lo recordó- en el Proyecto Mercurio. El pie de la foto hablaba de eso. Tragó saliva y la suave sacudida le indicó que había llegado al fin del viaje. La situación prometía ser incómoda.

3

Anthony esperaba en la zona de recepción para dar la bienvenida al experto recién llegado. No estaba solo, naturalmente. Formaba parte de una considerable delegación -cuyo número de integrantes era un indicio más bien sombrío de la desesperación a que se habían visto reducidos- y ocupaba uno de los lugares menos importantes. Su presencia se debía sólo a que la sugerencia inicial había salido de él.

Esa idea le provocaba una ligera pero continua sensación de malestar. Se

había introducido en el escalafón. Había recibido considerables muestras de aprobación por ello, pero siempre todos habían insistido imperceptiblemente en que la sugerencia era *suya*; y si resultaba un fracaso, todos se retirarían de la línea de fuego y le dejarían en el punto cero.

Más tarde, hubo momentos en que meditó sobre la posibilidad de que el vago recuerdo de un hermano dedicado a la homología le hubiera sugerido esa idea. Era una posibilidad, pero no tenía que haber sido forzosamente así. La sugerencia era tan sensatamente inevitable, en realidad, que sin duda se

le habría ocurrido la misma idea aunque su hermano hubiera sido algo tan inocuo como un escritor de ficción, o aunque no hubiera tenido ningún hermano propio.

El problema eran los planetas interiores...

Se había colonizado la Luna y Marte. Se había logrado llegar a los asteroides más grandes y a los satélites de Júpiter, y estaba en proyecto un viaje pilotado a Titano, el gran satélite de Saturno, a través de una rotación acelerada en torno a Júpiter. Sin embargo, en un momento en que incluso se hacían planes para mandar a un grupo de hombres en un viaje de siete años,

ida y vuelta, hasta los confines exteriores del sistema solar, aún no existía la menor posibilidad de que algún hombre pudiera acercarse a los planetas interiores, por temor al Sol.

Venus mismo era el menos atractivo de los dos mundos situados dentro de la órbita de la Tierra. Mercurio, en cambio...

Anthony aún no se había incorporado al equipo cuando Dmitri Large [3] (en realidad era bastante bajo) había pronunciado esa disertación que impresionó al Congreso Mundial en la medida suficiente para hacerle conceder los fondos que harían posible el

Proyecto Mercurio.

Anthony había escuchado las cintas, y había oído la exposición de Dmitri. Existía una firme tradición que afirmaba que ésta había sido extemporánea, y tal vez lo fuera, pero estaba perfectamente construida y contenía, en esencia, todas y cada una de las líneas de actuación seguidas por el Proyecto Mercurio a partir de entonces.

Y lo más importante fue que demostró que sería un error esperar a que la tecnología hubiera avanzado hasta el punto, de hacer factible una expedición pilotada a través de los rigores de la radiación solar. Mercurio

representaba un medio ambiente único, capaz de enseñarles muchas cosas, y desde la superficie de Mercurio podrían efectuarse observaciones continuadas del Sol, imposibles de lograr de ninguna otra manera.

Siempre y cuando fuera posible colocar un sustituto del hombre -un robot, en suma- en el planeta.

Podía construirse un robot con las características físicas requeridas. Los aterrizajes blandos no ofrecían dificultad. Sin embargo, una vez hubiera aterrizado el robot, ¿qué harían con él?

El robot podía hacer observaciones y dirigir sus acciones en base a

observaciones, pero el Proyecto exigía que sus acciones fuesen intrincadas y sutiles, al menos en potencia, y no sabían en absoluto qué observaciones podría hacer.

Para prever todas las posibilidades razonables y dar cabida a toda la complejidad deseada, el robot tendría que contener una computadora (en Dallas algunos lo llamaban «cerebro», pero Anthony detestaba ese hábito verbal, tal vez, se diría más tarde, porque el cerebro era el campo de estudio de su hermano) lo suficientemente compleja y versátil para poder ser incluida en la misma categoría

que un cerebro de mamífero.

Sin embargo, era imposible construir nada por el estilo que fuera al mismo tiempo lo suficientemente portátil para trasladarlo a Mercurio y depositarlo allí, o -si se lograba trasladarlo y depositarlo- que tuviera la movilidad suficiente para ser de alguna utilidad al tipo de robot que tenían pensado. Tal vez algún día eso sería posible gracias a los circuitos positrónicos con los que estaban experimentando los roboticistas, pero ese día no había llegado aún.

La alternativa era que el robot remitiese a la Tierra cada una de sus observaciones en el momento mismo de

realizarlas, y entonces una computadora situada en la Tierra podría dirigir cada una de sus acciones sobre la base de esas observaciones. En resumidas cuentas, el cuerpo del robot estaría allí y su cerebro aquí.

Una vez tomada esta decisión, los técnicos clave pasaron a ser los telemetristas y en ese momento se incorporó Anthony al Proyecto. Pasó a formar parte del grupo de personas ocupadas en diseñar métodos para recibir y devolver impulsos a distancias de entre 50 y 140 millones de millas, en dirección a un disco solar, y a veces por encima de él, capaz de interferirse de la

manera más feroz con esos impulsos.

Se entregó a su trabajo con pasión y (como finalmente pensaría) con habilidad y resultados satisfactorios. Él, más que ningún otro, había sido el autor del diseño de las tres estaciones conmutadoras colocadas en órbita permanente en torno a Mercurio, los Orbitadores de Mercurio. Cada uno de ellos era capaz de enviar y recibir impulsos de Mercurio a la Tierra y de la Tierra a Mercurio. Cada uno era capaz de resistir las radiaciones solares de forma más o menos permanente y, más aún, cada uno era capaz de filtrar las interferencias solares.

Tres equivalentes de los Orbitadores fueron colocados a una distancia de poco más de un millón de millas de la Tierra, con una órbita que alcanzaba al norte y al sur del plano de la eclíptica, de modo que podían recibir los impulsos de Mercurio y retransmitirlos a la Tierra -o viceversa- incluso cuando Mercurio estaba detrás del Sol y no era accesible a la recepción directa desde ninguna estación de la superficie terrestre.

Con lo cual sólo faltaba el robot en sí; un maravilloso ejemplar logrado con la combinación de las artes de los roboticistas y los telémetras. El más

complejo de diez modelos sucesivos, con un volumen ligeramente superior al doble de un hombre y cinco veces su masa, era capaz de sentir y hacer bastante más que un hombre, a condición de que pudiera ser dirigido.

Pero pronto descubrieron cuan compleja tendría que ser la computadora capaz de dirigir al robot, pues era preciso modificar cada elemento de respuesta a fin de dar cabida a las variaciones en las posibles percepciones. Y a medida que cada elemento de respuesta confirmaba la certeza de una mayor complejidad de la posible variación en las percepciones,

se hacía necesario reforzar y fortalecer los primeros elementos. Era una cadena interminable, como un juego de ajedrez, y los telemetristas comenzaron a utilizar una computadora para programar la computadora que diseñaba el programa de la computadora que programaba a la computadora que controlaría el robot.

Todo ello suponía una enorme confusión.

El robot estaba en una base en los espacios desiertos de Arizona y, por su parte, funcionaba bien. Pero la computadora de Dallas no lograba manejarlo de manera satisfactoria; ni siquiera bajo las condiciones

perfectamente conocidas de la Tierra. ¿Cómo podría hacerlo entonces...?

Anthony recordaba la fecha en que había hecho la sugerencia. Había sido el siete de abril de 553. La recordaba, entre otras cosas, porque recordaba haber pensado ese día que el siete de abril había sido una festividad importante en la región de Dallas en tiempos de los precatastrofales, hacía de eso medio milenio, bueno, 553 años atrás, para ser exactos.

Fue durante la cena, una buena cena, por cierto. La ecología de la región estaba cuidadosamente controlada y el personal del Proyecto tenía preferencia

especial a la hora de recolectar los alimentos disponibles, de modo que los menús eran desusadamente variados, y Anthony había decidido probar el pato asado.

El pato asado estaba muy bueno y le hizo algo más locuaz de lo habitual. De hecho, todos estaban de un humor bastante parlanchín y Ricardo dijo:

—Jamás lo conseguiremos. Hablemos francamente. Jamás lo conseguiremos.

Imposible decir cuántos habrían pensado lo mismo tantísimas veces antes, pero era norma aceptada que nadie lo declaraba abiertamente. Un

franco pesimismo podría ser el último golpe que faltaba para que cesaran las subvenciones (cada año había sido más difícil obtenerlas y la cosa ya duraba cinco años) y si había alguna posibilidad, la habrían perdido.

Anthony, de costumbre poco dado a un optimismo extraordinario, pero transformado por el pato, dijo:

—¿Por qué no hemos de conseguirlo? Dame tus razones y te las refutaré.

Era un desafío directo, y los ojos negros de Ricardo se empequeñecieron al instante.

—¿Quieres que te diga por qué?

—Naturalmente.

Ricardo movió su silla y se quedó mirando a Anthony frente a frente.

—Vamos, no es ningún misterio —dijo—. Dmitri Large nunca lo dirá públicamente en un informe, pero tú y yo sabemos que para llevar adelante el Proyecto Mercurio como corresponde, necesitaríamos una computadora con la complejidad de un cerebro humano, esté situada en Mercurio o aquí, y somos incapaces de construirla. Luego, ¿qué podemos hacer excepto darle largas al Congreso Mundial y recibir dinero para financiar trabajos ficticios y algún que otro asuntillo sin importancia?

Anthony esbozó una sonrisa condescendiente y dijo:

—Eso es fácil de refutar. Tú mismo nos has dado la respuesta.

(¿Estaba de broma? ¿Había sido la cálida sensación del pato en el estómago? ¿Un deseo de embromar a Ricardo?... ¿O sería la influencia de algún recuerdo inconsciente de su hermano? Más tarde no habría podido asegurarlo de ningún modo.)

—¿Qué respuesta? —Ricardo se había levantado. Era bastante alto y desusadamente delgado y siempre llevaba descosido el dobladillo de su bata blanca. Cruzó los brazos e hizo

aparentemente todos los esfuerzos para alzarse como un metro desplegado por encima de Anthony, que continuaba sentado—. ¿Qué respuesta?

—Has dicho que necesitaríamos una computadora con la complejidad de un cerebro humano. Muy bien, de acuerdo, la construiremos.

—El caso, idiota, es que no podemos...

—Nosotros no podemos. Pero existen otros.

—¿Qué otros?

—La gente que trabaja con cerebros, naturalmente. Nosotros sólo entendemos de mecánica del estado sólido. No

tenemos idea del tipo de complejidades que alberga el cerebro humano, ni de dónde radican estas complejidades, ni de su alcance. ¿Por qué no contratamos a un homólogo y que él se encargue de diseñar una computadora?

Y, dicho esto, Anthony se sirvió una gran porción de relleno y lo paladeó complacido. Después de tanto tiempo, todavía recordaba el sabor de ese relleno, aunque no podía recordar detalladamente lo que había sucedido a continuación.

Le pareció que nadie se lo había tomado en serio. Se oyeron risas y la reacción general fue pensar que Anthony

había logrado salir de un atolladero con un astuto sofisma, de modo que las risas iban dirigidas contra Ricardo. (Naturalmente, después todos aseguraron que se habían tomado la sugerencia muy en serio.)

Ricardo reaccionó indignado, apuntó a Anthony con el dedo y dijo:

—Escribe eso. Te desafío a que hagas esa sugerencia por escrito.

(Al menos así lo recordaba Anthony. Posteriormente, Ricardo declaró que su comentario había sido: «¡Buena idea! ¿Por qué no la presentas formalmente, Anthony?»)

Las cosas como fueran, Anthony la

presentó por escrito.

A Dmitri Large le gustó la idea. En una charla privada, palmeó a Anthony en la espalda y declaró que él también había estado especulando en esa dirección, pero no se ofreció a figurar oficialmente como promotor de la propuesta. «Por si la cosa fracasaba», pensó Anthony.

Dmitri Large se encargó de buscar al homólogo adecuado. A Anthony no se le ocurrió interesarse por ese asunto. No sabía nada de homología y no conocía a ningún homólogo -a excepción, naturalmente, de su hermano, y no había pensado en él. Al menos no

conscientemente.

De modo que allí estaba Anthony, en la zona de recepción, relegado a un papel de comparsa, cuando se abrió la puerta del vehículo aéreo y comenzaron a bajar varios hombres y en el curso de los apretones de manos que todos comenzaron a intercambiar, de pronto se encontró mirando su propia cara.

Se le encendieron las mejillas y deseó con todas sus fuerzas poder encontrarse a mil kilómetros de allí.

4

Más que nunca, William deseó haberse acordado antes de su hermano. Debía de haberse acordado... Sin duda debía de haberse acordado.

Pero la solicitud le había halagado y pronto había comenzado a entusiasmarse. Tal vez intentó deliberadamente no recordarlo.

Para empezar, tuvo la satisfacción de que Dmitri Large viniera a visitarle en su propia persona. Éste se trasladó de Dallas a Nueva York en avión y eso excitó la curiosidad de William, cuyo

vicio secreto era leer novelas de misterio. En esas novelas hombres y mujeres viajaban con medios de transporte de masas siempre que deseaban guardar el incógnito. A fin de cuentas, los transportes electrónicos eran del dominio público, al menos en las novelas, donde todos los rayos del tipo que fuesen estaban invariablemente intervenidos.

William lo comentó en una especie de morbosa tentativa de hacer una broma, pero Dmitri no pareció haberle oído. Tenía la mirada fija en la cara de William y sus pensamientos parecían estar en otra parte.

—Lo siento —dijo al fin—. Me recuerda a otra persona.

(Y aun así William no había caído en la cuenta. ¿Cómo era posible?, tendría ocasión de preguntarse luego.)

Dmitri Large era un hombre bajo y rechoncho que parecía perpetuamente alegre incluso cuando declaraba estar preocupado o molesto. Tenía una nariz redonda y bulbosa, los pómulos salientes y todo él era blando. Pronunció su apellido con un cierto énfasis y añadió con una rapidez que le hizo suponer a William que decía lo mismo con frecuencia:

—La talla no es lo único que puede

ser grande, amigo mío [4].

William puso numerosas objeciones a lo largo de la conversación que siguió a ello. No sabía nada sobre computadoras. ¡Nada! No tenía la más ligera idea de cómo funcionaban o cómo se programaban.

—No importa, no importa —dijo Dmitri, descartando ese detalle con un expresivo gesto de la mano—. Nosotros entendemos de computadoras; *nosotros* estableceremos los programas. Usted sólo debe decirnos lo que debemos hacerle hacer a una computadora para que funcione como un cerebro y no como una computadora.

—No estoy seguro de saber lo suficiente sobre los mecanismos del cerebro humano para poderle decir eso, Dmitri —dijo William.

—Usted es el mejor homólogo del mundo —dijo Dmitri—. Lo he comprobado detenidamente.

Y eso puso fin a la discusión.

William le escuchaba cada vez más preocupado. Suponía que era inevitable. Bastaba que una persona estuviera lo bastante sumergida en una especialidad durante un período suficientemente prolongado de tiempo para que comenzase a suponer que los especialistas en todos los otros campos

eran brujos, juzgando la amplitud de la sabiduría de aquellos por la profundidad de su propia ignorancia... Y mientras iban pasando las horas, William llegó a enterarse de muchas más cosas sobre el Proyecto Mercurio de las que en ese momento creía querer saber.

—¿Por qué usar una computadora, entonces? —dijo al fin—. ¿Por qué no se encarga uno de sus propios hombres, o un relevo de ellos, de recibir el material del robot y remitirle las instrucciones?

—Oh, oh, oh —exclamó Dmitri y casi saltó de la silla en sus ansias de explicárselo—. Verá, usted no

comprende. Los hombres son demasiado lentos para poder analizar rápidamente todo el material que irá remitiendo el robot: temperaturas y presiones de los gases y flujos de rayos cósmicos e intensidades de los vientos solares y composiciones químicas y texturas del suelo y muy posiblemente al menos tres docenas más de datos, e intentar decidir luego cuál debe ser el próximo paso. Un ser humano se limitaría a *dirigir* el robot, y de manera poco eficaz; una computadora *sería* el robot.

»Y además, por otra parte —siguió diciendo—, los hombres también son demasiado rápidos. Cualquier tipo de

radiaciones tardan entre diez y veintidós minutos para hacer el recorrido de ida y vuelta entre Mercurio y la Tierra, según en qué punto de su órbita se encuentre cada uno de ellos. Nada podemos hacer para remediarlo. Uno recibe una observación, da una orden, pero entre el momento de efectuar la observación y el momento de recibir la respuesta han ocurrido muchas cosas. Los hombres no pueden adaptarse a la lentitud de la velocidad de la luz, una computadora, en cambio, puede tener en cuenta este factor... Venga a ayudarnos, William.

—Ciertamente puede venir a consultarme siempre que considere que

pueda serle útil en algo —respondió William en tono sombrío—. Mi canal privado de televisión está a su disposición.

—No busco un simple asesoramiento. Tiene que venir conmigo.

—¿En un medio de transporte de masas? —dijo William, horrorizado.

—Sí, naturalmente. Es imposible llevar a cabo un proyecto como éste con dos personas sentadas en los extremos opuestos de un rayo láser y con un satélite de comunicaciones en medio. A la larga, resultaría demasiado caro, demasiado incómodo, y desde luego, se pierde toda posibilidad de secreto...

Era como una novela de misterio, decidió William.

—Venga a Dallas —dijo Dmitri— y le enseñaré lo que tenemos allí. Permítame mostrarle nuestras instalaciones. Charle con algunos de nuestros especialistas en computadoras. Permítales beneficiarse de su manera de pensar.

Había llegado el momento de mostrarse firme, pensó William.

—Dmitri —dijo—, ya tengo mi propio trabajo aquí. Un trabajo importante que no deseo abandonar. Para hacer lo que usted me pide tendría que permanecer varios meses alejado de

mi propio laboratorio.

—¡Meses! —dijo Dmitri, claramente sorprendido—. Mi querido William, podrían ser muy bien años. Pero no dudo que ése será su trabajo.

—No, no lo será. Sé cuál es mi trabajo, y dirigir un robot en Mercurio no forma parte de él.

—¿Por qué no? Si lo hace bien, aprenderá más sobre el cerebro por el simple hecho de intentar que una computadora funcione como si lo fuera, y luego acabará regresando aquí, mejor equipado para hacer lo que ahora considera su trabajo. ¿Y no tiene colaboradores que puedan continuar

trabajando mientras usted esté fuera? ¿Y no puede mantenerse en constante contacto con ellos por rayos láser y por televisión? ¿Y no puede visitar Nueva York de vez en cuando? Por breves períodos.

William se ablandó. La idea de trabajar en el cerebro desde otra perspectiva había dado en el blanco. A partir de ese momento, se encontró buscando excusas para poder ir -al menos de visita- al menos para ver cómo era todo... Siempre podría volver.

Luego llevó a Dmitri a visitar las ruinas del viejo Nueva York, que aquél admiró con ingenuo entusiasmo (pero lo

cierto era que no había espectáculo más magnífico, como muestra del inútil gigantismo de los precatastrofales, que el viejo Nueva York). William comenzó a preguntarse si el viaje tal vez no le ofrecería también la oportunidad de admirar algunos monumentos a su vez.

Incluso comenzó a pensar que ya llevaba un tiempo considerando la posibilidad de buscarse una nueva compañera de cama y que sería más cómodo buscarla en otra zona geográfica, donde no tuviera que residir de manera permanente. O sería que incluso entonces, cuando aún lo ignoraba todo, excepto los más

rudimentarios datos, acerca de lo que se necesitaba, ya había percibido, como el destello de un distante relámpago, las posibilidades que se le ofrecían.

De modo que finalmente fue a Dallas, y descendió sobre el tejado, y allí, con el rostro radiante, le esperaba nuevamente Dmitri. Entonces el hombrecito concentró la mirada, dio media vuelta y dijo:

—Lo *sabía*... ¡Qué parecido más extraordinario!

William abrió mucho los ojos y frente a él, intentando escabullirse visiblemente, descubrió los suficientes elementos de su propia cara para tener

la inmediata certeza de que el que estaba delante suyo era Anthony.

Pudo leer fácilmente en la cara de Anthony su ferviente deseo de enterrar la relación. William no hubiera tenido más que decir: «¡Realmente extraordinario!», y dejar pasar el comentario. Al fin y al cabo, las pautas genéticas de la humanidad eran lo suficientemente complejas para que pudiera darse cualquier grado razonable de parecido, aun sin existir ninguna relación de parentesco.

Pero, naturalmente, William era un homólogo y nadie puede dedicarse a explorar los secretos del cerebro

humano sin adquirir una insensibilidad frente a sus peculiaridades, conque dijo:

—Sin duda éste debe de ser Anthony, mi hermano.

—¿Su hermano? —preguntó Dmitri.

—Mi padre tuvo dos varones con la misma mujer: mi madre. Eran personas excéntricas —explicó William.

Luego avanzó un paso, con la mano extendida, y Anthony no tuvo más remedio que estrechársela... El incidente fue el tema de todas las conversaciones, el único tema, durante varios días.

5

Para Anthony no fue un gran consuelo que William se quedara bastante compungido cuando comprendió lo que había hecho.

Esa noche se sentaron a charlar después de cenar y William dijo:

—Debo excusarme. Me pareció que la mejor manera de enterrar el asunto sería declarar en seguida lo peor. Pero no parece haber sido así. No he firmado ningún papel, no he contraído ningún compromiso formal. Me marcharé.

—¿De qué serviría? —dijo Anthony

sin el menor amago de cortesía—. Todo el mundo lo sabe ya. Dos cuerpos y una cara. Como para vomitar.

—Si me marcho...

—No puedes marcharte. Todo este asunto ha sido idea mía.

—¿Traerme a mí, aquí? —William arqueó las espesas cejas tanto como pudo y sus pestañas se levantaron.

—No, claro que no. Traer a un homólogo. ¿Cómo iba a saber que te mandarían a ti?

—Pero si me marcho...

—No. Lo único que podemos hacer ahora es resolver el problema, suponiendo que sea posible. Luego... ya

no tendrá importancia.

«A los que triunfan se les perdona todo», pensó.

—No sé si sabré...

—Tendremos que intentarlo. Dmitri nos obligará a hacerlo. Es una oportunidad demasiado buena. Sois dos hermanos —dijo Anthony, imitando la voz de tenor de Dmitri— y os entendéis. ¿Por qué no trabajar juntos? —Luego continuó enfadado, con su propia voz—: Así que tendremos que hacerlo. Para empezar, ¿en qué consiste tu trabajo, William? Quiero decir, más concretamente de lo que es capaz de expresar la palabra «homología» en sí.

William suspiró.

—Bueno, acepta mis excusas, por favor... Trabajo con niños autistas.

—Temo no saber lo que eso significa.

—Sin entrar en una larga disertación, me ocupo de niños que no tienen contacto con el mundo, que no se comunican con los demás, sino que se hunden en sí mismos y viven tras una muralla de piel, inaccesibles en cierto modo. Espero ser capaz de curar ese estado algún día.

—¿Por eso te haces llamar Anti-Aut?

—En realidad, sí.

Anthony soltó una breve risita, pero la cosa no le divertía realmente.

William adoptó un aire un poco frío.

—Es un nombre sincero.

—No lo dudo —murmuró precipitadamente Anthony, y no fue capaz de disculparse de un modo más específico. Con un esfuerzo, logró volver al tema: —¿Y has logrado algún progreso?

—¿Hacia la curación? No, no de momento. Pero he avanzado en la comprensión de ese estado. Y cuanto mejor lo comprenda...

A medida que William iba hablando, su voz se fue haciendo más cálida y su

mirada más distante. Anthony reconoció el verdadero significado de ese cambio: era efecto de la satisfacción de hablar de lo que uno lleva en el corazón y en la mente, desplazando prácticamente a todo lo demás. También él sentía lo mismo con bastante frecuencia.

Escuchó todo lo atentamente que pudo, aunque se trataba de algo que en realidad no comprendía, pues eso era lo que debía hacer. Él también hubiera esperado otro tanto de William.

¡Con qué nitidez lo recordaba todo! En aquel momento había creído que no lo recordaría pero entonces, naturalmente, no era consciente de lo

que estaba sucediendo. Al rememorarlo, con la perspectiva de todo lo ocurrido, se encontraba recordando frases enteras, prácticamente palabra por palabra.

—Y pensamos —dijo William— que no se trataba de que el niño autista no recibiera las impresiones, ni tan sólo de que no las interpretara con la suficiente elaboración. Lo que ocurría, más bien, era que las desaprobaba y las rechazaba, sin perder por eso la potencialidad de comunicarse plenamente en el supuesto de que se lograra descubrir alguna impresión capaz de suscitar su aprobación.

—Ah —dijo Anthony, articulando un

leve sonido, lo justo para indicar que le escuchaba.

—Y tampoco es posible persuadirle de que abandone su autismo por ninguno de los medios corrientes, pues nos desaprueba tanto como al resto del mundo. Pero si le ponemos en arresto consciente...

—¿En qué?

—Es una técnica que poseemos, en virtud de la cual el cerebro se disocia efectivamente del cuerpo y puede ejecutar sus funciones independientemente del cuerpo. Es una técnica bastante sofisticada que hemos desarrollado en nuestro propio

laboratorio; en realidad... —Hizo una pausa.

—¿Tú mismo la inventaste? —preguntó amablemente Anthony.

—En realidad, sí —dijo William, ruborizándose un poco, pero evidentemente complacido—. En estado de arresto consciente podemos suministrar al cuerpo fantasías especialmente programadas y observar el cerebro por medio de electroencefalogramas diferenciales. Al mismo tiempo que aprendemos más sobre el individuo autista y sobre el tipo de impresiones sensoriales que responden mejor a sus deseos; también

ampliamos nuestros conocimientos acerca del cerebro en general.

—Ah —dijo Anthony, y esta vez fue una verdadera exclamación—. Y todo eso que has aprendido sobre los cerebros, ¿no podrías adaptarlo al mecanismo de una computadora?

—No —dijo William—. Imposible. Ya se lo expliqué a Dmitri. No entiendo nada de computadoras y tampoco sé lo suficiente sobre cerebros.

—Y si yo te enseñara el funcionamiento de las computadoras y te explicara detalladamente lo que necesitamos, ¿qué dirías?

—No puede ser. Yo...

—Hermano —dijo Anthony, y trató de darle un tono solemne a la palabra—. Estás en deuda conmigo. Por favor, intenta pensar seriamente en nuestro problema. Lo que sepas sobre el cerebro..., adáptalo a nuestras computadoras, por favor.

William se agitó incómodo en su silla y dijo:

—Comprendo tu punto de vista. Lo intentaré. Lo intentaré seriamente.

6

William lo *había* intentado, y como había vaticinado Anthony, les habían dejado trabajar a solas los dos. Al principio, se topaban de vez en cuando con otras personas y William intentó recurrir al efecto sorpresa del hecho de anunciar que eran hermanos, puesto que de nada les hubiera servido negarlo. Pero, al fin, todo eso se acabó y se acordó que no se producirían interferencias. Cuando William se acercaba a hablarle a Anthony, o Anthony se acercaba a hablarle a

William, todas las demás personas casualmente presentes en ese momento se esfumaban silenciosamente detrás de las paredes.

Incluso comenzaron a habituarse en cierto modo a su mutua compañía y a veces los dos charlaban casi como si no existiera absolutamente ningún parecido entre ellos y no tuvieran ningún recuerdo común de su infancia.

Anthony expuso los requisitos de la computadora en un lenguaje lo menos técnico posible y, después de pensárselo mucho, William le explicó de qué manera le parecía que una computadora podría cumplir, aproximadamente, las

funciones de un cerebro.

—¿Sería posible lograrlo? —preguntó Anthony.

—No lo sé —dijo William—. Y no tengo muchas ganas de probarlo. Puede que no funcione. Pero también puede que sí.

—Tendremos que hablar con Dmitri Large.

—Discutámoslo nosotros primero y veamos cuál es la situación. Podemos ir a verle y exponerle la propuesta más razonable que logremos concebir. O bien, podemos no decirle nada.

Anthony titubeó:

—¿Iremos a verle los *dos*? —

preguntó.

—Tú serás mi portavoz —tuvo la delicadeza de decir William—. Nada nos obliga a presentarnos juntos en público.

—Gracias, William. Si la cosa resulta, reconoceré toda la parte de mérito que te corresponda.

—Eso no me preocupa —dijo William—. Si la cosa resulta, yo seré el único capaz de hacer que marche, supongo.

Lo examinaron todo en el curso de cuatro o cinco reuniones, y si Anthony no hubiera sido pariente suyo y de no haber existido esa molesta situación

emocional entre los dos, William se hubiera sentido orgulloso del joven hermano, sin más complicaciones, por la rapidez con que había logrado asimilar una materia ajena a su especialidad.

Luego siguieron largas entrevistas con Dmitri Large. De hecho, hubo entrevistas con todo el mundo. Anthony pasó un sinfín de días hablando con ellos, y luego se entrevistaron por separado con William. Y, al fin, tras una agotadora gestación, quedó autorizado lo que acabarían bautizando como Computadora Mercurio.

William regresó entonces a Nueva York, no sin un cierto alivio. No tenía

intención de permanecer en Nueva York (¿hubiera podido creerlo posible dos meses atrás?), pero debía resolver muchas cosas en el Instituto Homológico.

Lógicamente, tendría que celebrar nuevas entrevistas, para explicar la situación a su propio equipo de laboratorio y las razones que le obligaban a solicitar la excedencia y cómo debían llevar adelante sus propios proyectos en su ausencia. Luego siguió una llegada mucho más elaborada a Dallas con el equipo esencial y dos jóvenes ayudantes, para una estancia de duración ilimitada.

Y William ni siquiera volvió la mirada atrás, hablando en sentido figurado. Su propio laboratorio y las necesidades del mismo se habían desvanecido de sus pensamientos. Se había entregado por completo a su nueva tarea.

7

Ésa fue la peor época para Anthony. El alivio que supuso la ausencia de William no había sido muy profundo y pronto surgió en él la nerviosa agonía de preguntarse si tal vez, esperanza contra esperanza, aquél finalmente no regresaría. ¿Podría enviar tal vez un sustituto, otra persona, cualquier otra? ¿Cualquier persona con una cara distinta, que no hiciera sentirse a Anthony como la mitad de un monstruo con dos cuerpos y cuatro piernas?

Pero vino William. Anthony había

observado el avión de carga aproximándose silenciosamente a través del cielo, había seguido la operación de descarga a una cierta distancia de donde él se encontraba. Pero incluso desde allí, finalmente distinguió la figura de William.

Las cartas estaban echadas. Anthony se marchó.

Esa tarde fue a ver a Dmitri.

—Seguro que no es necesario que yo siga aquí, Dmitri. Ya hemos examinado los detalles y otro puede ocupar mi lugar.

—No, no —dijo Dmitri—. La idea inicial fue tuya. Tienes que quedarte

hasta el final. No tiene sentido repartir innecesariamente los méritos.

Anthony pensó que ningún otro quería correr el riesgo. Aún cabía la posibilidad de que todo fracasara. Debió de haberlo imaginado.

Lo *había* imaginado, pero dijo sin inmutarse:

—Comprenderás que no puedo trabajar con William.

—Pero, ¿por qué no? —Dmitri fingió sorpresa—. Han colaborado tan bien juntos...

—Mis tripas han tenido que hacer un gran esfuerzo para no reventar, Dmitri, y ya no resisten más. ¿Crees que no me

doy cuenta del efecto que causamos?

—¡Mi buen amigo! Le da demasiada importancia a ese asunto. Claro que los hombres los miran. Son humanos, al fin y al cabo. Pero ya se acostumbrarán. Yo *me he* acostumbrado.

«No es verdad, gordo embustero», pensó Anthony.

—Yo *no* me he acostumbrado —dijo.

—No enfocas bien la cuestión. Sus padres eran raros... pero, a fin de cuentas, lo que hicieron no era ilegal, sólo un poco raro, sólo un poco raro. No tienes la culpa, ni William tampoco. Ninguno de los dos tiene nada que ver

con eso.

—Llevamos el estigma —dijo Anthony señalándose la cara con la mano arqueada en un rápido gesto.

—No es un estigma tan grave como te parece. Yo veo diferencias. Tienes el aire claramente más joven. Tus cabellos son más ondulados. El parecido sólo llama la atención a primera vista. Vamos, Anthony, dispondrán de todo el tiempo que quieran, de toda la ayuda que necesiten, de todo el equipo que puedan utilizar. Estoy seguro de que todo saldrá estupendamente, Piensa en la satisfacción...

Anthony comenzó a ceder, como es

lógico, y finalmente aceptó ayudar a William a montar el equipo. William también parecía tener la certeza de que todo saldría estupendamente. No tan alocadamente como Dmitri, sino con una especie de serenidad.

—Sólo es cuestión de lograr las conexiones adecuadas —dijo—, aunque debo reconocer que es un «sólo» de bastante envergadura. Tú te encargarás de proyectar las impresiones sensoriales sobre una pantalla separada para que podamos ejercer..., bueno, no puedo decir control manual, ¿verdad?, para que podamos ejercer un control intelectual que nos permita dominarlo, si es

necesario.

—Puedo hacerlo —dijo Anthony.

—Entonces, manos a la obra... Mira, necesitaré al menos una semana para organizar las conexiones y asegurarme de que las instrucciones...

—Para la programación —dijo Anthony.

—Bueno, éste es tu terreno, así que utilizaré tu terminología. Mis ayudantes y yo *programaremos* la Computadora Mercurio, pero no a tu manera.

—Así lo espero. Confiamos en que un homólogo sea capaz de establecer un programa mucho más sutil que cualquiera al alcance de un simple

telemetrista.

No intentó ocultar la ironía contra sí mismo que encerraban sus palabras.

William prefirió pasar por alto el tono y aceptó las palabras.

—Empezaremos por algo sencillo —dijo—. Haremos caminar al robot.

8

Una semana después, el robot comenzó a andar en Arizona, a mil millas de distancia. Caminaba muy rígido, a veces se caía, de vez en cuando su tobillo chocaba contra un obstáculo, y otras veces giraba sobre un pie y echaba a andar en una nueva dirección inesperada.

—Es un bebé que aprende a andar —dijo William. Dmitri venía de vez en cuando para enterarse de los progresos logrados.

—Es extraordinario —solía decir.

Anthony no era de la misma opinión. Pasaron semanas, luego meses. El robot había empezado a hacer progresivamente más y más cosas, a medida que aumentaba la complejidad de la programación de la Computadora Mercurio. (William tenía tendencia a hablar de la Computadora Mercurio como si ésta fuera un cerebro, pero Anthony no se lo toleraba.)

Y todo lo que el robot iba haciendo no resultaba demasiado satisfactorio.

—Los resultados no son demasiado satisfactorios, William —dijo al fin Anthony. No había dormido en toda la noche.

—Es curioso —dijo fríamente William—, yo iba a decirte que creo que ya casi lo hemos logrado.

Anthony conservó la compostura con dificultad. La tensión de tener que trabajar con William y de presenciar las torpes evoluciones del robot era más de lo que podía soportar.

—Voy a pedir la baja, William. Todo este trabajo. Lo siento... No es por ti.

—Pero sí que lo es, Anthony.

—No es *sólo* por ti, William. Hemos fracasado. Jamás lo conseguiremos. Ya has visto con qué torpeza se mueve el robot, a pesar de estar en la Tierra, sólo a mil millas de aquí, y de que la señal

sólo tarda una minúscula fracción de segundo en ir y volver. En Mercurio, le llegará con minutos de retraso, minutos que deberá tener en cuenta la Computadora Mercurio. Es una locura creer que funcionará.

—No abandones, Anthony —dijo William—. No puedes pedir la baja ahora. Te sugiero que enviemos el robot a Mercurio. Estoy convencido de que ya está en condiciones de hacer el viaje.

Anthony soltó una carcajada ruidosa e insultante.

—Estás loco, William.

—No lo estoy. Tú pareces creer que todo será más difícil en Mercurio, pero

no será así. Es más difícil en la Tierra. Este robot ha sido diseñado para una gravedad que es un tercio de la gravedad normal de la Tierra y está trabajando en Arizona en plena gravedad. Está diseñado para soportar temperaturas de cuatrocientos grados centígrados y se encuentra a treinta grados centígrados. Ha sido pensado para que funcione en el vacío y está trabajando sumergido en una sopa atmosférica.

—El robot puede soportar la diferencia.

—La estructura metálica puede, supongo, pero ¿y la Computadora que

tenemos aquí? No trabaja bien con un robot que no está en el medio para el que ha sido diseñado... Mira, Anthony, si quieres una computadora con la complejidad de un cerebro, debes aceptar que tenga ciertas peculiaridades... Te propongo una cosa, hagamos un trato. Si tú presionas conmigo, para conseguir que envíen el robot a Mercurio, ello requerirá un plazo de seis meses, y yo me tomaré un permiso sabático durante ese período. Te librarás de mí.

—¿Y quién se ocupará de la Computadora Mercurio?

—Ahora ya conoces su

funcionamiento, y mis dos hombres estarán aquí para ayudarte.

Anthony movió negativamente la cabeza con gesto desafiante.

—No puedo hacerme responsable de la computadora y no quiero cargar con la responsabilidad de sugerir que se envíe el robot a Mercurio. No resultará.

—Estoy *seguro* de que todo saldrá bien.

—No puedes estar seguro. Y el responsable soy yo. Yo cargaré con las culpas. A ti te es indiferente que fracasemos.

Anthony recordaría más tarde ese momento como el más crucial. William

podría haberle dejado pasar ese comentario. Anthony habría abandonado. Y todo se habría perdido.

Pero William dijo:

—¿Que me es indiferente? Mira, papá tenía ese capricho por mamá. De acuerdo. Yo también lo siento. Lo siento tanto como el que más, pero ya está hecho, y ello ha tenido un curioso resultado. Cuando hablo de papá, me estoy refiriendo también a tu padre, y muchos pares de personas que pueden decir otro tanto: dos hermanos, dos hermanas, un hermano y una hermana. Y cuando hablo de mamá, me estoy refiriendo a *tu* madre, y también hay

montones de parejas que pueden decir lo mismo. Pero no conozco a ningún otro par de personas, ni he oído hablar de otra pareja, que comparta a los dos, al padre y la madre.

—Ya lo sé —dijo Anthony con expresión ceñuda.

—Sí, pero míralo desde mi punto de vista —se apresuró a decir William—. Yo soy homólogo. Trabajo con pautas genéticas. ¿Has pensado alguna vez en nuestras pautas genéticas? Ambos tenemos progenitores comunes, lo cual significa que nuestras pautas genéticas se asemejan más que cualquier otro par de este planeta. Nuestras mismas caras

lo demuestran.

—También lo sé.

—De modo que si este proyecto tuviera éxito, y tú te hicieras famoso gracias a él, ello significaría que tu pauta genética habría resultado sumamente útil para la humanidad, y otro tanto podría decirse también en muy gran medida de mi pauta genética... ¿No lo comprendes, Anthony? Tengo los mismos padres que tú, tu misma cara, tu misma pauta genética, y por tanto también compartiré tu gloria o tu fracaso. Serán míos tanto como tuyos, y si yo recibo cualquier crédito o cualquier acusación, serán casi tan tuyos

como míos, también. Tu éxito *tiene* que interesarme. Tengo un motivo para que así sea que no puede tener ninguna otra persona en la Tierra -un motivo totalmente egoísta, tan egoísta que no deberías dudar de su existencia. Estoy contigo, Anthony, ¡porque tú casi eres yo!

Se quedaron mirando un largo rato, y por primera vez Anthony fue capaz de hacerlo sin prestar atención a la cara que compartía.

Bueno —dijo William—, vamos a pedirles que envíen ese robot a Mercurio.

Y Anthony cedió. Y cuando Dmitri

hubo aceptado la petición -al fin y al cabo, la estaba esperando-, Anthony pasó buena tarde del día sumido en profunda reflexión.

Después fue en busca de William y le dijo:

—¡Escúchame!

Siguió una larga pausa que William no rompió.

Anthony volvió a repetir:

—¡Escúchame!

William esperó pacientemente.

—En realidad —dijo Anthony—, no tienes por qué marcharte. Estoy seguro de que no te gustará dejar la Computadora Mercurio en manos de

ninguna otra persona.

—¿Quieres decir que te marcharás tú? —preguntó William.

—No, yo también me quedaré.

—No tendremos que vernos demasiado.

Para Anthony, todo este diálogo había sido como tener que hablar con un par de manos apretadas sobre su garganta. La presión pareció aumentar, pero consiguió pronunciar la declaración más dura de todas.

—No es preciso que nos evitemos. No tenemos por qué hacerlo.

William sonrió, bastante indeciso. Anthony no sonrió en absoluto; se

marchó a toda prisa.

9

William levantó la vista de su libro. Hacía al menos un mes que había dejado de sentir una vaga sorpresa cada vez que entraba Anthony.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—¿Cómo saberlo? Van a efectuar el aterrizaje suave. ¿Está en marcha la Computadora Mercurio?

William sabía que Anthony conocía perfectamente la situación de la Computadora, pero dijo:

—Mañana por la mañana, Anthony.

—¿Algún problema?

—Absolutamente ninguno.

—Entonces tendremos que esperar a que haya concluido el aterrizaje.

—Sí.

—Algo saldrá mal —afirmó Anthony.

—Seguro que esto es pan comido para los especialistas en cohetes. No pasará nada.

—Tanto trabajo perdido...

—Aún no está perdido. Y no se perderá.

—Tal vez tengas razón —convino Anthony. Hundió las manos en los bolsillos y se alejó. Se detuvo junto a la puerta, justo antes de apretar el botón—:

¡Gracias!

—¿Por qué, Anthony?

—Por... tranquilizarme.

William sonrió astutamente y comprobó aliviado que no había dejado traslucir sus emociones.

10

Prácticamente todo el personal del Proyecto Mercurio estaba allí para presenciar el momento crucial. Anthony, que no tenía nada que hacer, permaneció muy atrás, con la vista fija en los monitores. Habían activado al robot y comenzaban a llegar mensajes visuales.

Al menos, los mensajes se traducían en su equivalente visual y, de momento, sólo mostraban un débil destello luminoso que, seguramente, debía de ser la superficie de Mercurio.

Unas sombras cruzaron rápidamente

por la pantalla, probablemente irregularidades de esa superficie. Anthony no hubiera podido decirlo a simple vista, pero los que estaban situados junto a los controles y analizaban los datos con métodos más sutiles que aquellos al alcance de un ojo desnudo, parecían tranquilos. No se había encendido ninguna de las lucecitas rojas que habrían indicado una emergencia. Anthony prestaba más atención a los observadores clave que a la pantalla.

Debería estar allí abajo con William y los demás, junto a la computadora. Ésta no entraría en funcionamiento hasta

después de finalizar el aterrizaje suave. Debería estar allí. Pero no podía estar.

Las sombras comenzaron a cruzar la pantalla a mayor velocidad. El robot estaba descendiendo. ¿Demasiado rápido? ¡Sin duda, demasiado rápido!

Finalmente la imagen se hizo borrosa, luego quedó fijada, hubo un cambio de enfoque, la imagen borrosa se oscureció y seguidamente se hizo más pálida. Se oyó un sonido; transcurrieron varios segundos antes de que Anthony lograra comprender lo que significaba aquel sonido: «¡Aterrizaje suave cumplido! ¡Aterrizaje suave cumplido!»

Luego se levantó un murmullo, que

pronto se convirtió en un excitado zumbido de felicitaciones, hasta que hubo un nuevo cambio en la pantalla y el sonido de las palabras y las risas humanas se apagó como si hubieran chocado contra un muro de silencio.

Pues la imagen de la pantalla había cambiado y se había hecho nítida. Bajo la brillante luz del sol, cegadora a través de la pantalla cuidadosamente filtrada, se vislumbraba con claridad un montón de rocas, blanco encendido de un lado, negro tinta del otro. Las piedras se desplazaron hacia la derecha, luego otra vez hacia la izquierda, como si un par de ojos mirasen a uno y otro lado. En la

pantalla apareció una mano metálica, como si los ojos estuvieran examinando una parte de su mismo cuerpo.

Por fin se oyó la voz de Anthony anunciando:

—Computadora en acción.

Escuchó las palabras como si las hubiera gritado otro, salió precipitadamente de la habitación y echó a correr escaleras abajo a lo largo de un pasillo, mientras oía crecer el rumor de las voces a sus espaldas.

—William —exclamó después de irrumpir en la sala de la Computadora —, es perfecto, es...

Pero William había levantado la

mano.

—Silencio, por favor. No quiero que capte ninguna sensación violenta excepto las que le transmite el robot.

—¿Quieres decir que puede oírnos? —susurró Anthony.

—Tal vez no, pero no estoy seguro.

En la sala de la Computadora Mercurio había otra pantalla, más pequeña. La escena que allí se veía era distinta y cambiante; el robot se estaba moviendo.

—El robot está tanteando el terreno —explicó William—. Estos pasos tienen que ser forzosamente inseguros. Hay un retraso de siete minutos entre el estímulo

y la respuesta y debemos tener en cuenta ese margen.

—Pero ya camina con pie más seguro que en ninguna de las tentativas en Arizona. ¿No crees, William? ¿No crees?

Anthony había agarrado el hombro de William y lo estaba sacudiendo, sin apartar ni un momento la vista de la pantalla.

—Estoy seguro de que así es, Anthony —respondió William.

El sol ardía sobre un cálido y contrastado mundo, en blanco y negro, el sol blanco contra el cielo negro y el blanco terreno ondulado moteado de

sombras negras. El brillante olor dulce del sol sobre cada centímetro cuadrado de metal expuesto a él en contraste con la penetrante ausencia de olor en la otra cara.

Levantó la mano y la miró; contó los dedos. Caliente-caliente-caliente, girando cada dedo, colocándolos, uno a uno, bajo la sombra de los demás y el color que iba muriendo lentamente en un cambio de tacto que le hizo sentir el limpio y cómodo vacío.

Pero no totalmente vacío. Estiró los dos brazos y los levantó sobre su cabeza, alargándolos, y los puntos sensibles de cada muñeca palparon los

vapores, el tenue, débil contacto del estaño y el plomo deslizándose a través de la barrera de mercurio.

El sabor más denso le subía desde los pies; todo tipo de silicatos, marcados por el claro contacto de lo unido y lo separado y el tañido de cada ion metálico. Movió lentamente un pie a través del crujiente polvo apelmazado, y percibió las variaciones como una suave sinfonía, de composición no completamente casual.

Y sobre todo ello el sol. Levantó la mirada hacia él, grande, lleno, brillante y caliente, y oyó su satisfacción. Contempló la lenta aparición de

prominencias en torno a su reborde y escuchó el sonido crujiente de cada una de ellas; y los demás alegres ruidos que cubrían la ancha cara. Si atenuaba la luz de fondo, el rojo de las hebras de hidrógeno al levantarse destacaba en estallidos de jugoso contralto, y el profundo bajo de las manchas entre el apagado silbido de fáculas deshilachadas, móviles y el fino lamento ocasional de un destello, el ping-pong de los rayos gamma y las partículas cósmicas al tictaquear, y sobre todo ello, en todas direcciones, el suave, vacilante y siempre renovado suspiro de la sustancia del sol alzándose y

retrayéndose eternamente en un viento cósmico que llegaba hasta él y le bañaba de gloria.

Saltó, y se alzó lentamente en el aire con una libertad que nunca había sentido, y cuando tocó tierra volvió a saltar, y corrió, y saltó, y volvió a correr, con un cuerpo que respondía perfectamente a ese mundo glorioso, ese paraíso en que ahora se encontraba.

Como un extraño, por tanto tiempo y tan perdido... por fin en el paraíso.

—No pasa nada —dijo William.

—Pero ¿qué hace? —exclamó Anthony.

—No pasa nada. La programación

funciona. Ha pasado revista a sus sentidos. Ha realizado las diversas observaciones visuales. Ha atenuado la luz del sol y lo ha examinado. Ha analizado la atmósfera y la naturaleza química del suelo. Todo marcha bien.

—Pero ¿por qué corre?

—Yo diría que eso ha sido idea suya, Anthony. Si quieres programar una computadora con la complejidad de un cerebro, tienes que contar con la posibilidad de que se le ocurran ideas propias.

—¿Correr? ¿Saltar? —Anthony miró a William con expresión preocupada—. Se hará daño. Tú puedes manipular la

computadora. Imponte. Haz que se detenga.

—No —replicó William con decisión—. No haré tal cosa. Correré el riesgo de que se haga daño. ¿No lo comprendes? Está contento. Se encontraba en la Tierra, un mundo para el que nunca estuvo equipado. Ahora está en Mercurio, con un cuerpo perfectamente adaptado a su medio, tan perfectamente adaptado como pudieron hacerlo un centenar de especialistas. Es el paraíso para él; deja que lo disfrute.

—¿Que disfrute? Es un robot.

—No estoy hablando del robot. Me refiero al cerebro, el cerebro, que está

vivo aquí.

La Computadora Mercurio, rodeada de vidrio, cuidadosa y delicadamente conectada a los cables, con su integridad muy sutilmente preservada, respiraba y vivía.

—Randall está en el paraíso —dijo William—. Ha encontrado el mundo por el cual huyó autísticamente de éste. A cambio del mundo al que su viejo cuerpo no se adaptaba en absoluto, ahora tiene un mundo en el que encaja perfectamente su nuevo cuerpo.

Anthony contempló la pantalla maravillado.

—Parece que se está calmando.

—Naturalmente —dijo William—, y su alegría le ayudará a desempeñar aún mejor su trabajo. Anthony sonrió y dijo:

—¿Entonces, lo hemos conseguido, tú y yo? ¿Vamos a reunimos con los demás y a dejarnos llenar de lisonjas, William?

—¿Juntos? —dijo William.

Y Anthony le cogió del brazo.

—¡Juntos, hermano!

Versos luminosos

La última persona en quien se podía pensar como asesina, la señora Alvis Lardner. Viuda del gran astronauta mártir, era filántropa, coleccionista de arte, anfitriona extraordinaria y, en lo que todo el mundo estaba de acuerdo, un genio. Pero, sobre todo, era el ser humano más dulce y bueno que pudiera imaginarse.

Su marido, William J. Lardner, murió, como todos sabemos, por los efectos de la radiación de una bengala solar, después de haber permanecido deliberadamente en el espacio para que

una nave de pasajeros llegara sana y salva a la Estación Espacial 5.

La señora Lardner recibió por ello una pensión generosa que supo invertir bien y prudentemente. Había pasado ya la juventud y era muy rica.

Su casa era un verdadero museo. Contenía una pequeña pero extremadamente selecta colección de objetos extraordinariamente bellos. Había conseguido muestras de una docena de culturas diferentes: objetos tachonados de joyas hechos para servir a la aristocracia de esas culturas. Poseía uno de los primeros relojes de pulsera con pedrería fabricados en

Norteamérica, una daga incrustada de piedras preciosas procedente de Camboya, un par de gafas italianas con pedrería, y así sucesivamente.

Todo estaba expuesto para ser contemplado. Nada estaba asegurado y no había medidas especiales de seguridad. No era necesario ningún convencionalismo, porque la señora Lardner tenía un gran número de robots a su servicio y se podía confiar en todos para guardar hasta el último objeto con imperturbable concentración, irreprochable honradez e irrevocable eficacia.

Todo el mundo conocía la existencia

de esos robots y nunca se supo de algún intento de robo.

Además, estaban sus esculturas de luz. De qué modo la señora Lardner había descubierto su propio genio en este arte, ningún invitado a ninguna de sus generosas recepciones podía adivinarlo. Sin embargo, en cada ocasión en que su casa se abría a los invitados, una nueva sinfonía de luz brillaba por todas las estancias, curvas tridimensionales y sólidos en colores mezclados, puros o fundidos en efectos cristalinos que bañaban a los invitados en una pura maravilla, consiguiendo siempre ajustarse de tal modo que

volvían el cabello de la señora Lardner de un blanco azulado y dejaban su rostro sin arrugas y dulcemente bello.

Los invitados acudían más que nada por sus esculturas de luz. Nunca se repetían dos veces seguidas y nunca dejaban de explorar nuevas y experimentales muestras de arte. Mucha gente que podía permitirse el lujo de tener máquinas de luz, preparaba esculturas como diversión, pero nadie podía acercarse a la experta perfección de la señora Lardner. Ni siquiera aquellos que se consideraban artistas profesionales.

Ella misma se mostraba

encantadoramente modesta al respecto:

—No, no —solía protestar cuando alguien hacía comparaciones líricas—. Yo no lo llamaría «poesía de luz». Es excesivo. Como mucho diría que son simples «versos luminosos».

Y todo el mundo sonreía a su dulce ingenio.

Aunque se lo solían pedir, nunca quiso crear esculturas de luz para nadie, sólo para sus propias recepciones.

—Sería comercializarlo —se excusaba.

No oponía ninguna objeción, no obstante, a la preparación de complicados hologramas de sus

esculturas para que quedaran permanentemente y se reprodujeran en museos de todo el mundo. Tampoco cobraba nunca por ningún uso que pudiera hacerse de sus esculturas de luz.

—No podría pedir ni un penique —dijo extendiendo los brazos—. Es gratis para todos. Al fin y al cabo, ya no voy a utilizarlas más.

Y era cierto. Nunca utilizaba la misma escultura de luz dos veces seguidas.

Cuando se tomaron los hologramas, fue la imagen viva de la cooperación, vigilando amablemente cada paso, siempre dispuesta a ordenar a sus

criados robots que ayudaran.

—Por favor, Courtney —solía decirles—, ¿quieres ser tan amable y preparar la escalera?

Era su modo de comportarse. Siempre se dirigía a sus robots con la mayor cortesía.

Una vez, hacía años, casi le llamó al orden un funcionario del Departamento de U.S. Robots y Hombres Mecánicos.

—No puede hacerlo así —le dijo severamente—, interfiere su eficacia. Están construidos para obedecer órdenes, y cuando más claramente dé esas órdenes, con mayor eficiencia las obedecerán. Cuando se dirige a ellos

con elaborada cortesía, es difícil que comprendan que se les está dando una orden. Reaccionan más despacio.

La señora Lardner alzó su aristocrática cabeza.

—No les pido rapidez y eficiencia —dijo—, sino buena voluntad. Mis robots me aman.

El funcionario del Gobierno pudo haberle explicado que los robots no pueden amar, sin embargo se quedó mudo bajo su mirada dulce pero dolida.

Era notorio que la señora Lardner jamás devolvió algún robot a la fábrica para reajustarlo. Sus cerebros positrónicos son tremendamente

complejos y una de cada diez veces el ajuste no es perfecto al abandonar la fábrica. A veces, el error no se descubre hasta mucho tiempo después, pero cuando ocurre, «U.S. Robots y Hombres Mecánicos, Inc.», realiza gratis el ajuste.

La señora Lardner movió la cabeza y explicó:

—Una vez que un robot entra en mi casa y cumple con sus obligaciones, hay que tolerarle cualquier excentricidad menor. No quiero que se les manipule.

Lo peor era tratar de explicarle que un robot no era más que una máquina. Se volvía envarada:

—Nada que sea tan inteligente como un robot, puede ser considerado como una máquina. Les trato como a personas.

Y ahí quedó la cosa.

Mantuvo incluso a Max, que era prácticamente un inútil. A duras penas entendía lo que se esperaba de él. Pero la señora Lardner lo solía negar insistentemente y aseguraba con firmeza:

—Nada de eso. Puede recoger los abrigos y sombreros y guardarlos realmente bien. Puede sostener objetos para mí. Puede hacer mil cosas.

—Pero, ¿por qué no le manda reajustar? —preguntó una vez un amigo.

—No podría. Él es así. Le quiero

mucho, ¿sabe? Después de todo, un cerebro positrónico es tan complejo que nunca se puede saber por dónde falla. Si le devolviéramos una perfecta normalidad, ya no habría forma de devolverle la simpatía que tiene ahora. Me niego a perderla.

—Pero, si está mal ajustado —insistió el amigo, mirando nerviosamente a Max—, ¿no puede resultar peligroso?

—Jamás. —Y la señora Lardner se echó a reír—. Hace años que le tengo. Es completamente inofensivo y encantador.

La verdad es que tenía el mismo

aspecto que los demás: era suave, metálico, vagamente humano, pero inexpresivo.

Pero para la dulce señora Lardner todos eran individuales, todos afectuosos, todos dignos de cariño. Ése era el tipo de mujer que era.

¿Cómo pudo asesinar?

La última persona que hubiera creído que iba a ser asesinada, era el propio John Semper Travis. Introvertido y afectuoso, estaba en el mundo, pero no pertenecía a él. Tenía aquel peculiar don matemático que hacía posible que su mente tejiera la complicada tapicería de la infinita variedad de sendas

positrónicas de la mente de un robot.

Era ingeniero jefe de «U.S. Robots y Hombres Mecánicos, Inc.», un admirador entusiasta de la escultura de luz. Había escrito un libro sobre el tema, tratando de demostrar que el tipo de matemáticas empleadas en tejer las sendas cerebrales positrónicas podían modificarse para servir como guía en la producción de esculturas de luz.

Sus intentos para poner la teoría en práctica habían sido un doloroso fracaso. Las esculturas que logró producir siguiendo sus principios matemáticos fueron pesadas, mecánicas y nada interesantes.

Era el único motivo para sentirse desgraciado en su vida tranquila, introvertida y segura, pero para él era un motivo más que suficiente para sufrir. Sabía que sus teorías eran ciertas, pero no podía ponerlas en práctica. Si no era capaz de producir una gran pieza de escultura de luz...

Naturalmente, estaba enterado de las esculturas de luz de la señora Lardner. Se la tenía universalmente por un genio. Travis sabía que ella no podía comprender ni el más simple aspecto de la matemática robótica. Había estado en correspondencia con ella, pero se negaba insistentemente a explicarle su

método y él llegó a preguntarse si tendría alguno. ¿No sería simple intuición? Pero incluso la intuición puede reducirse a matemáticas. Finalmente consiguió recibir una invitación a una de sus fiestas. Sencillamente, tenía que verla.

El señor Travis llegó bastante tarde. Había hecho un último intento por conseguir una escultura de luz y había fracasado en forma lamentable.

Saludó a la señora Lardner con una especie de respeto desconcertado y dijo:

—Muy peculiar el robot que recogió mi abrigo y mi sombrero.

—Es Max —respondió la señora Lardner.

—Está totalmente desajustado y es un modelo muy antiguo. ¿Por qué no lo ha devuelto a la fábrica?

—Oh, no. Sería mucha molestia.

—En absoluto, señora Lardner. Le sorprendería lo fácil que ha sido. Como trabajo en «U.S. Robots», me he tomado la libertad de ajustárselo yo mismo. No tardé nada y encontrará que ahora funciona perfectamente.

Un extraño cambio se reflejó en el rostro de la señora Lardner. Por primera vez en su vida plácida la furia encontró un lugar en su rostro, era como si sus

facciones no supieran cómo disponerse.

—¿Le ha ajustado? —gritó—. Pero si era él quien creaba mis esculturas de luz. Era su *desajuste*, su desajuste que nunca podrá devolverle el que..., que...

El rostro de Travis también estaba desencajado; murmuró:

—Quiere decir que si hubiera estudiado sus sendas cerebrales positrónicas con su desajuste único, hubiera podido aprender...

Se echó sobre él, con la daga levantada, demasiado de prisa para que nadie pudiera detenerla, y él ni siquiera trató de esquivarla. Alguien comentó que no la había esquivado... Como si

quisiera morir...

Segregacionista

El cirujano miró a su interlocutor sin expresión en el rostro.

—¿Está preparado?

—Decir preparado es muy relativo —contestó el médico ingeniero—. Nosotros estamos preparados. Él está nervioso.

—Siempre lo están... Bien, se trata de una operación delicada.

—Delicada o no, debería estar agradecido. Ha sido escogido entre un gran número de pacientes y, francamente, no creo...

—No digas eso —le interrumpió el

cirujano—. No nos corresponde a nosotros tomar la decisión.

—La estamos aceptando. ¿Pero acaso estamos de acuerdo?

—Si —contestó el cirujano en tono crispado—. Estamos de acuerdo. Completa e incondicionalmente. Toda la operación es demasiado compleja para abordarla con reservas mentales. Este hombre ha demostrado su mérito de muchas formas y su perfil es idóneo para el Departamento de Mortalidad.

—Está bien —concedió el médico ingeniero, pero sin calmarse.

—Creo que lo veré aquí mismo —dijo el cirujano—. Es un lugar lo

bastante pequeño y personal como para que no resulte violento.

—No servirá de nada. Está nervioso y ya ha tomado una decisión.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiere metal; siempre quieren metal. —El rostro del cirujano no cambió de expresión. Se miró las manos —. A veces se les puede hacer cambiar de opinión.

—¿Por qué preocuparse? —dijo el médico ingeniero con indiferencia—. Si quiere metal, pues que sea metal.

—¿No te importa?

—¿Por qué debía importarme? —dijo el médico ingeniero casi con

brutalidad—. En ambos casos se trata de un problema de ingeniería médica y yo soy médico ingeniero. En ambos casos, puedo llevarlo a cabo. ¿Por qué debería pararme en otras consideraciones?

—Para mí, es una cuestión de oportunidad.

—¡Oportunidad! No puedes utilizar esto como argumento. ¿Qué le importa al paciente si es oportuno o no?

—A mí me importa.

—Estás dentro de una minoría. La tendencia está contra ti. No tienes posibilidad alguna.

—Tengo que intentarlo. —El cirujano, con un rápido gesto de la mano

donde no había impaciencia, sino sólo prisa, indicó al médico ingeniero que guardase silencio. Ya había puesto al corriente a la enfermera y le había indicado cómo actuar. Apretó un botoncito y la puerta de doble batiente se abrió al instante. Entró el paciente en una silla de ruedas con motor y la enfermera lo hizo caminando con paso rápido junto a él.

—Puede marcharse, enfermera, pero espere fuera. La llamaré —dijo el cirujano, para luego hacer un gesto al médico ingeniero, que salió junto a la enfermera y la puerta se cerró detrás de ellos.

El hombre de la silla de ruedas volvió la cabeza para verlos marchar. Su cuello era delgadísimo y había unas finas arrugas alrededor de sus ojos. Estaba recién afeitado y los dedos de sus manos, aferradas firmemente a los brazos de la silla, mostraban unas uñas objeto de una reciente manicura. Se trataba de un paciente de alta prioridad y se le estaba atendiendo con sumo cuidado. Pero en su rostro había una expresión de clara impaciencia.

—¿Vamos a empezar hoy? —preguntó.

El cirujano asintió.

—Esta tarde, senador.

—Si he comprendido bien, harán falta semanas.

—No para la operación en sí, senador. Pero hay que ocuparse de una serie de puntos secundarios. Deben llevarse a cabo algunas renovaciones circulatorias y ajustes hormonales. Son cosas delicadas.

—¿Son peligrosas? —Luego, como si considerase que era necesario establecer una relación amistosa, pero evidentemente contra su voluntad, añadió—: ¿doctor?

El cirujano no prestó atención a los matices de la entonación.

—Todo es muy peligroso —contestó

este último de forma terminante—. No nos hemos precipitado a fin de que sea menos peligroso. El momento es el adecuado, se ha unificado la capacidad de muchas personas, el equipo, que hace que este tipo de operaciones esté al alcance de muy pocos...

—Lo sé —interrumpió el paciente con impaciencia—. Me niego a sentirme culpable por ello. ¿O está usted insinuando que hay presiones poco ortodoxas?

—En absoluto, senador. Las decisiones del Departamento jamás han sido cuestionadas. Si pongo de manifiesto la dificultad y complejidad

de la operación es únicamente para explicar mi deseo de llevarla a cabo de la mejor forma posible.

—Bien, pues adelante entonces. Yo comparto su deseo.

—En ese caso, debo pedirle que tome una decisión. Podemos colocarle uno de los dos tipos de corazones cibernéticos, de metal o...

—¡Plástico! —dijo el paciente en tono irritado—. ¿No es ésta la alternativa que iba a proponerme, doctor? Plástico barato. No lo quiero. Lo tengo decidido. Lo quiero de metal.

—Pero...

—Escuche, me han dicho que la

decisión depende de mí ¿Es así o no?

El cirujano hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Cuando, desde un punto de vista médico, existen dos procesos alternativos de igual valor, la elección depende del paciente. En la práctica, la elección depende del paciente aun cuando los procesos alternativos no tengan el mismo valor, como en este caso.

El paciente entornó los ojos.

—¿Está intentando decirme que el corazón de plástico es mejor?

—Depende del paciente. En mi opinión, en su caso particular, así es. Y

preferimos no utilizar el término plástico. Se trata de un corazón cibernético de fibra.

—A mis efectos es plástico.

—Senador —empezó a decir el cirujano con infinita paciencia—, el material no es plástico en el sentido normal de la palabra. Se trata de un material polimérico, cierto, pero un material que es mucho más complejo que el plástico corriente. Es una compleja fibra parecida a la proteína diseñada para imitar, al máximo, la estructura natural del corazón humano que tiene ahora dentro de su pecho.

—Exactamente, y el corazón humano

que llevo ahora dentro de mi pecho se ha desgastado a pesar de que todavía no tengo sesenta años. No quiero otro como éste, gracias. Quiero algo mejor.

—Todos queremos algo mejor para usted, senador. El corazón cibernético de fibra es mejor. Tiene una vida potencial de siglos. Es completamente no alergénico...

—¿No es así en el caso del corazón metálico?

—Si, en efecto —aceptó el cirujano —. El corazón cibernético metálico es de una aleación de titanio que...

—¿Y no se deteriora? ¿Y es más fuerte que el plástico? ¿O que la fibra o

como lo quiera llamar?

—Sí, el metal es físicamente más fuerte, pero el punto en cuestión no es la fuerza mecánica. Puesto que el corazón está bien protegido, no se verá usted particularmente beneficiado por su fuerza mecánica. Cualquier cosa susceptible de alcanzar el corazón lo matará por otras razones, incluso si el corazón no se ve afectado.

El paciente se encogió de hombros.

—Si un día me rompo una costilla, me la remplazarán por una de titanio. Es fácil remplazar huesos. Está al alcance de cualquiera. Será de metal como yo quiero, doctor.

—Está en su derecho de tomar esta decisión, sin embargo, creo que es mi deber decirle que si bien nunca se ha deteriorado un corazón cibernético metálico por razones mecánicas, si se ha estropeado alguno por motivos electrónicos.

—¿Eso qué significa?

—Significa que todos los corazones cibernéticos contienen un marcapasos como parte de su estructura. En el caso de la variedad metálica, se trata de un artefacto electrónico que mantiene el ritmo del corazón cibernético. Significa que, para alterar el ritmo cardíaco y que éste se adapte al estado emocional y

físico del individuo, se debe incluir toda una serie de equipo en miniatura. De vez en cuando, algo falla allí y hay gente que ha muerto antes de que el fallo hubiese podido ser corregido.

—Nunca había oído hablar de esto.

—Le aseguro que pasa.

—¿Me está diciendo que pasa a menudo?

—En absoluto. Sucede muy raramente.

—Bien, en ese caso, acepto el riesgo. ¿Y qué me dice del corazón de plástico? ¿Acaso no contiene marcapasos?

—Por supuesto, senador. Pero la

estructura química del corazón cibernético de fibra es mucho más parecida al tejido humano. Puede responder a los controles iónicos y hormonales del propio cuerpo. El conjunto que hay que introducir es mucho más simple que en el caso del corazón cibernético metálico.

—¿Y el corazón de plástico nunca se descontrola hormonalmente?

—Hasta el momento, ninguno lo ha hecho.

—Porque no han trabajado con ellos el tiempo suficiente. ¿No es así?

El cirujano titubeó.

—Es cierto que los corazones

cibernéticos de fibra no se utilizan desde hace tanto tiempo como los metálicos —dijo al cabo de un momento.

—Vaya, vaya... ¿Qué pasa, doctor? ¿Tiene usted miedo de que me convierta en un robot... en un Metalo, como los llaman desde que se ha aceptado su ciudadanía?

—No pasa nada malo con los Metalos, como tales Metalos. Como usted muy bien ha dicho, son ciudadanos. Pero usted no es un Metalo. Usted es un ser humano. ¿Por qué no seguir siendo un ser humano?

—Porque yo quiero lo mejor y lo

mejor es un corazón de metal. Haga usted lo necesario para que sea así.

El cirujano asintió con un gesto de la cabeza.

—Muy bien. Le pedirán que firme los permisos necesarios y a continuación procederemos a colocarle un corazón de metal.

—¿Y será usted quien realice la operación? Me han dicho que es usted el mejor.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que la operación sea un éxito.

Se abrió la puerta y el paciente salió en su silla de ruedas. Fuera lo estaba esperando la enfermera.

Entró el médico ingeniero y se quedó mirando al paciente por encima del hombro hasta que la puerta se cerró de nuevo. Luego se volvió al cirujano.

—Cuéntame, pues no puedo adivinar lo que ha pasado sólo con mirarte. ¿Qué ha decidido?

El cirujano se inclinó sobre su escritorio y se puso a taladrar los últimos documentos para archivarlos.

—Lo que tú habías predicho. Insiste en que le pongamos un corazón cibernético de metal.

—Al fin y al cabo, son mejores.

—No estoy tan de acuerdo contigo. Lo único que ocurre es que hace mas

tiempo que lo utilizamos. Es una manía que se ha apoderado de la Humanidad desde que los Metalos se han convertido en ciudadanos. La gente tiene un extraño deseo de parecerse a los Metalos. Suspira por la fuerza física y la resistencia que se les atribuye.

—No se trata de algo unilateral. Tú no trabajas con Metalos, pero yo sí y por eso lo sé. Los dos últimos que han acudido a mí para ser reparados me han pedido elementos de fibra.

—¿Y tú has accedido?

—En uno de los casos, pues se trataba sólo de cambiar unos tendones y no hay mucha diferencia en que éstos

sean de metal o de fibra. El otro quería un sistema sanguíneo o su equivalente. Le dije que no podía hacerlo porque para ello habría que convertir completamente la estructura de su cuerpo en material de fibra. Supongo que algún día se llegará a eso, a hacer Metalos que no sean realmente Metalos, sino una especie de seres de carne y hueso.

—¿Y no te inquieta esta idea?

—¿Por qué no puede llegarse a ello? Y también seres humanos metalizados. En estos momentos tenemos en la Tierra dos variedades de inteligencias, pero por qué tener dos. Dejemos que se

acerquen la una a la otra, al final no seremos capaces de ver la diferencia. ¿Por qué íbamos a querer que se notase la diferencia? Tendríamos lo mejor de los dos mundos, las ventajas del hombre combinadas con las del robot.

—Obtendríamos un híbrido —dijo el cirujano en un tono que rayaba en la cólera—. Tendríamos algo que no sería ambos, sino nada. ¿No es lógico pensar que el individuo está demasiado orgulloso de su estructura y de su identidad como para querer que algo extraño las adultere? ¿Querría semejante mestizaje?

—Esta conversación se está

convirtiendo en una discusión segregacionista.

—¡Pues que así sea! —dijo el cirujano con un énfasis lleno de calma —. Yo creo en ser lo que uno es. Yo no cambiaría ni una pizca de mi estructura por nada en el mundo. Si fuese completamente necesario cambiar algo de la mía, lo haría, pero siempre que la naturaleza de este cambio se aproximase al máximo al original. Yo soy yo, estoy contento de serlo y no me gustaría ser otra cosa.

Ahora había terminado su tarea y tenía que prepararse para la operación. Metió sus fuertes manos en la estufa y

dejó que la incandescencia que las esterilizaría completamente las envolviese. A pesar de sus palabras cargadas de pasión, no había levantado la voz en ningún momento y en su bruñido rostro de metal no había aparecido (como siempre) expresión alguna.

Robbie

—Noventa y ocho... noventa y nueve... ¡cien! —Gloria retiró su mórbido antebrazo de delante de los ojos y permaneció un momento parpadeando al sol. Después, tratando de mirar en todas direcciones a la vez, avanzó cautelosamente algunos pasos, apartándose del árbol contra el que se apoyaba.

Estiró el cuello, estudiando las posibilidades de unos matorrales que había a la derecha y se alejó unos pasos para tener mejor punto de vista

La calma era absoluta, a excepción

del zumbido de los insectos y el gorjear de algún pájaro que afrontaba el sol de mediodía.

—Apostaría a que se ha metido en casa, y le he dicho mil veces que esto no es leal —se quejó.

Avanzando los labios con un mohín y arrugando el entrecejo, se dirigió decididamente hacia el edificio de dos pisos del otro lado del camino.

Demasiado tarde oyó un crujido detrás de ella, seguido del claro "clump-clump" de los pies metálicos de Robbie. Se volvió rápidamente para ver a su triunfante compañero salir de su escondrijo y echó a correr hacia el árbol

a toda velocidad. Gloria chilló, desalentada.

—¡Espera, Robbie! ¡Esto no es leal, Robbie! ¡Prometiste no salir hasta que te hubiese encontrado! —Sus diminutos pies no podían seguir las gigantescas zancadas de Robbie. Entonces, a tres metros de la meta, el paso de Robbie se redujo a un mero arrastrarse y Gloria, haciendo un esfuerzo final por alcanzarlo, echó a correr jadeante y llegó a tocar la corteza del árbol la primera.

Orgullosa, se volvió hacia el leal Robbie y con la más baja ingratitud, le recompensó su sacrificio mofándose de

su incapacidad para correr.

—¡Robbie no puede correr! —gritaba con toda la fuerza de su voz de ocho años—. ¡Lo gano cada día! ¡Lo gano cada día! —cantaban las palabras con un ritmo infantil.

Robbie no contestó, desde luego... con palabras. Echó a correr, esquivando a Gloria cuando la niña estaba a punto de alcanzarlo, obligándola a describir círculos que iban estrechándose, con los brazos extendidos azotando el aire.

—¡Robbie... estate quieto! —gritaba. Y su risa salía estridente, acompañando las palabras.

Hasta que Robbie se volvió

súbitamente y la agarró, haciéndole dar vueltas en el aire, de manera que durante un momento para ella el universo fue un vacío azulado y los verdes árboles que se elevaban del suelo hacia la bóveda celeste. Y después se encontró de nuevo sobre la hierba, al lado de la pierna de Robbie y agarrada todavía a un duro dedo de metal.

Al poco rato recobró la respiración. Trató inútilmente de arreglar su alborotado cabello con un gesto de vaga imitación de su madre y miró si su vestido se había desgarrado.

Golpeó con la mano la espalda de Robbie.

—¡Mal muchacho! ¡Malo, malo! ¡Te pegaré!

Y Robbie se inclinaba, cubriéndose el rostro con las manos, de manera que ella tuvo que añadir:

—¡No, no, Robbie! ¡No te pegaré! Pero ahora me toca a mí esconderme, porque tienes las piernas más largas y me prometiste no correr hasta que te encontrase.

Robbie asintió con la cabeza -pequeño paralelepípedo de bordes y ángulos redondeados, sujeto a otro paralelepípedo más grande, que servía de torso, por medio de un corto cuello flexible- y obedientemente se puso de

cara al árbol. Una delgada película de metal bajó sobre sus ojos relucientes y del interior de su cuerpo salió un acompasado tic-tac.

—Y ahora no mires, ni te saltes ningún número —le advirtió Gloria, mientras corría a esconderse.

Con invariable regularidad fueron transcurriendo los segundos, y al llegar a cien se levantaron los párpados y los ojos colorados de Robbie inspeccionaron los alrededores. Al instante se fijaron en un trozo de tela de color que salía de detrás de una roca. Avanzó algunos pasos y se convenció de que era Gloria.

Lentamente, manteniéndose entre Gloria y el árbol-meta, avanzó hacia el escondrijo, y, cuando Gloria estuvo plenamente a la vista y no pudo dudar de haber sido descubierta, tendió un brazo hacia ella, y se golpeó con el otro la pierna, produciendo un ruido metálico. Gloria salió, contrariada.

—¡Has mirado! —exclamó con neta deslealtad—. Además, estoy cansada de jugar al escondite. Quiero que me lleves a paseo.

Pero Robbie estaba ofendido de la injusta acusación, y, sentándose cautelosamente, movió la cabeza contrariado de un lado a otro.

Gloria cambió de tono, adoptando una gentil zalamería.

—Vamos, Robbie, no lo he dicho en serio, que mirases. Llévame a paseo.

Pero Robbie no era tan fácil de conquistar. Miró fijamente al cielo y siguió moviendo negativamente la cabeza, obstinado.

—¡Por favor, Robbie, llévame a paseo! —Rodeó su cuello con sus rosados brazos y estrechó su presa. Después cambiando repentinamente de humor, se apartó de él—. Si no me das un paseo, voy a llorar. —Y su rostro hizo una mueca, dispuesta a cumplir su amenaza.

El endurecido Robbie no hizo caso de la terrible posibilidad, y siguió moviendo la cabeza por tercera vez.

Gloria consideró necesario jugar su última carta.

—Si no me llevas —exclamó amenazadora— no te contaré más historias. ¡Ni una más!

Ante este ultimátum, Robbie se rindió sin condiciones y movió afirmativamente la cabeza, haciendo resonar su cuello de metal. Levantó cuidadosamente a la chiquilla y la sentó en sus anchos hombros.

Las amenazadoras lágrimas de Gloria se secaron en el acto y se echó a

reír con deleite. La piel metálica de Robbie, mantenida a una temperatura constante gracias a las resistencias interiores, era suave y agradable, y el ruido metálico que ella producía al golpear el cuerpo con sus tacones daba mayor encanto a la situación.

—Eres un caza del aire, Robbie, eres un gran caza de plata del aire. Tiende los brazos. ¡Tienes que tenderlos, Robbie, si quieres ser un caza del aire!

Ante aquella lógica irrefutable los brazos de Robbie se convirtieron en alas, que cogían las corrientes de aire, y fue un caza aéreo.

Gloria se agarraba a la cabeza del robot, inclinándose hacia la derecha. Entonces dotó a la nave de un motor que hacía "Brrrr", y de armas que producían sonidos onomatopéyicos de disparos. Daba caza a los piratas y las baterías de la nave entraban en acción.

—¡Hemos matado a otro! ¡Dos más!... —gritaba—. ¡Más aprisa, hombre! ¡Nos quedamos sin municiones!

Apuntaba por encima de su hombro con indomable valor, y Robbie era una achatada nave del espacio que zumbaba a través de la bóveda celeste con la máxima aceleración.

Cruzó corriendo el campo hacia la

alta hierba, y se detuvo con una rapidez que arrancó un grito a su sonrojada amazona y la dejó caer suavemente sobre la blanda alfombra verde. Gloria se reía y jadeaba, lanzando intermitentes exclamaciones.

—¡Oh, qué bueno!...

Robbie esperó a que recobrase la respiración y entonces le tiró suavemente de un mechón de pelo.

—¿Quieres algo? —dijo Gloria con una expresión de inocencia en los ojos, que no consiguió engañar ni por un instante a su voluminosa "niñera". Robbie le tiró del pelo con más fuerza.

—¡Ah, ya sé!... Quieres una historia.

Robbie asintió rápidamente.

—¿Cuál?

Robbie describió un semicírculo en el aire con un dedo.

—¿"Otra vez"? —protestó la chiquilla—. Te he explicado la Cenicienta un millón de veces. ¿No estás cansado de ella? ¡Es para niños! Bien, bien —añadió, viendo a Robbie describir otro semicírculo.

Gloria reflexionó, evocó en su memoria el recuerdo del cuento (con sus modificaciones propias, que eran varias) y empezó:

—¿Estás a punto? Bien, pues había una vez una bella muchacha que se

llamaba Ella. Y tenía una cruel madrastra y dos hermanastras muy feas y muy malas y...

Gloria había llegado al momento crítico del cuento: "Daba medianoche en el reloj y sus andrajos se convertían..."; y Robbie escuchaba atentamente, con los ojos ardientes, cuando vino la interrupción.

—¡Gloria!

Era la voz aguda de una mujer que había llamado no una, sino varias veces; y tenía el tono nervioso de aquel a quien la ansiedad convierte en impaciencia.

—Mamá me llama —dijo Gloria, contrariada—. Será mejor que me lleves

a casa, Robbie.

Robbie obedeció apresuradamente, porque sabía que más valía cumplir las órdenes de Mrs. Weston sin la menor vacilación. El padre de Gloria estaba raramente en casa durante el día, a excepción de los domingos -hoy, por ejemplo-, y cuando esto ocurría, se mostraba el hombre más afable y comprensivo. La madre de Gloria, en cambio, era una fuente de sinsabores para Robbie, que sentía siempre el deseo de alejarse de su presencia.

Mrs. Weston los vio en el momento en que aparecían por encima de los altos tallos de la vegetación, y volvió a entrar

en la casa a esperarlos.

—Te he llamado hasta quedarme ronca, Gloria —dijo severamente—. ¿Dónde estabas?

—Estaba con Robbie —balbució Gloria—. Le estaba contando la Cenicienta y he olvidado que era hora de comer.

—Pues es una lástima que Robbie lo haya olvidado también. —Y como si de repente recordase la presencia del robot, se volvió rápidamente hacia él—. Puedes marcharte, Robbie. No te necesita ya. Y no vuelvas hasta que te llame —añadió secamente.

Robbie dio la vuelta para marcharse,

pero se detuvo al oír a Gloria salir en su defensa.

—¡Espera, mamá! Tienes que dejar que se quede: No he acabado de contarle la Cenicienta. Le he prometido contarle la Cenicienta y no he terminado.

—¡Gloria!

—De verdad, mamá. Se estará tan quieto que no te darás siquiera cuenta de que está aquí. Puede sentarse en la silla del rincón, y no dirá ni una palabra...; bueno, no hará nada, quiero decir. ¿Verdad, Robbie?

Robbie, así interpelado, movió de arriba abajo su pesada cabeza.

—Gloria, si no dejas esto

inmediatamente, no verás a Robbie en una semana.

La chiquilla bajó los ojos.

—Bueno..., pero la Cenicienta es su cuento favorito y no lo había terminado... ¡Y le gusta tanto!

El robot salió de la habitación con paso vacilante y Gloria ahogó un sollozo.

George Weston se encontraba a gusto... Tenía la inveterada costumbre de pasar las tardes de los domingos a gusto. Una buena digestión de la sabrosa comida; una vieja y muelle "chaise longue" para tumbarse; un número del "Times"; las zapatillas en los pies, el

torso sin camisa...

¿Cómo podía uno no encontrarse a gusto? No experimentó ningún placer, por lo tanto, cuando vio entrar a su esposa. Después de diez años de matrimonio era todavía lo suficientemente estúpido para seguir enamorado de ella, y tenía siempre mucho gusto en verla; pero las tardes de los domingos eran sagradas y su concepto de la verdadera comodidad era poder pasar tres o cuatro horas solo. Por consiguiente, concentró su atención en las últimas noticias de la expedición Lefebre-Yoshida a Marte (tenía que salir de la Base Luna y podía incluso tener

éxito) y fingió no verla.

Mrs. Weston esperó pacientemente dos minutos, después, impaciente, dos más, y finalmente rompió el silencio.

—George...

—¿Ejem?

—¡He dicho George! ¿Quieres dejar este periódico y mirarme?

El periódico cayó al suelo, crujiendo, y George volvió el rostro contrariado hacia su mujer.

—¿Qué ocurre, querida?

—Ya sabes lo que ocurre. Es Gloria y esta terrible máquina.

—¿Qué terrible máquina?

—No finjas no saber de lo que

hablo. El robot, al cual Gloria llama Robbie. No se aparta de ella ni un instante.

—¿Y por qué quieres que se aparte? Es su deber... Y en todo caso, no es ninguna terrible máquina. Es el mejor robot que se puede comprar con dinero y estoy seguro de que me hace economizar medio año de renta. Es más inteligente que muchos de mis empleados.

Hizo ademán de volver a tomar el periódico, pero su mujer fue más rápida que él y se lo arrebató.

—Vas a escucharme, George. No quiero ver a mi hija confiada a una máquina, por inteligente que sea. No

tiene alma y nadie sabe lo que es capaz de pensar. Una chiquilla no está hecha para ser guardada por una "cosa" de metal.

—¿Y cuándo has tomado esta decisión? —preguntó Mr. Weston frunciendo el ceño—. Ya lleva con Gloria dos años y no he visto que te preocupases hasta ahora.

—Al principio era diferente. Era una novedad, me quitó un peso de encima y era una cosa elegante. Pero ahora, no sé... los vecinos...

—¿Y qué tienen que ver los vecinos con esto? Mira, un robot es muchísimo más digno de confianza que una nodriza

humana. Robbie fue construido en realidad con un solo propósito: ser el compañero de un chiquillo. Su "mentalidad" entera ha sido creada con este propósito. Tiene forzosamente que querer y ser fiel a esta criatura. Es una máquina, "hecha así". Es más de lo que puede decirse de los humanos.

—Pero puede ocurrir algo. Puede... puede —Mrs. Weston tenía unas ideas muy vagas del contenido interior de un robot—, no sé, si algo de dentro se estropease y...

No podía decidirse a completar su claro y espantoso pensamiento.

—Tonterías... —negó Weston con un

involuntario estremecimiento nervioso —. Es completamente ridículo. Cuando compré a Robbie tuvimos una larga discusión acerca de la Primera Regla Robótica. Ya sabes que un robot no puede dañar a un ser humano; que mucho antes de que algo pudiese alterar esta Primera Regla, el robot quedaría completamente inutilizado. Es una imposibilidad matemática. Además, dos veces al año viene un ingeniero de la U.S. Robots a hacer una revisión completa del mecanismo. Hay menos probabilidades de que se estropee algo en Robbie, de que uno de nosotros se vuelva repentinamente loco;

considerablemente menos. Además, ¿cómo se lo vas a quitar a Gloria?

Hizo una nueva e infructuosa tentativa de tomar el periódico y su mujer lo arrojó con rabia a la habitación contigua.

—Ahí está la cosa, George. No quiere jugar con nadie más. Hay por aquí docenas de niños y niñas con quienes podría trabar amistad, pero no quiere. No quiere ni acercarse a ellos, a menos que yo la obligue. Es imposible que se críe así. Querrás que sea una niña normal, ¿verdad? Querrás que sea capaz de ocupar su sitio en la sociedad... supongo.

—Estás luchando contra las sombras, Grace. Imagínate que Robbie es un perro. He visto centenares de chiquillos que querían más a su perro que a su padre.

—Un perro es diferente, George. Tenemos que librarnos de este terrible instrumento. Puedes volverlo a vender a la compañía. Lo he preguntado y es posible.

—¿Que lo has... "preguntado"? Mira, Grace, escucha, no nos apartemos de la cuestión. Vamos a conservar el robot hasta que Gloria sea mayor, y no se hable más de este enojoso asunto.

Y con estas palabras, salió de la

habitación dando un bufido.

Dos días después, Mrs. Weston encontró a su marido en la puerta.

—Tienes que escuchar una cosa, George. Hay mala voluntad por el pueblo.

—¿Acerca de qué? —preguntó Mr. Weston entrando en el cuarto de baño y ahogando la posible respuesta con el ruido del agua.

Mrs. Weston esperó a que cesara. Después dijo:

—Acerca de Robbie.

Weston avanzó un paso con la toalla en la mano, el rostro colorado y

colérico.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—La cosa se ha ido formando y formando... He tratado de cerrar los ojos y no verlo, pero no puedo más. Todo el pueblo considera a Robbie peligroso. No dejan acercarse aquí a los chiquillos.

—Nosotros le confiamos "nuestra" hija.

—La gente no razona, ante estas cosas.

—¡Pues que se vayan al diablo!

—Decir esto no resuelve el problema. Yo tengo que comprar allí. Tengo que ver a los vecinos cada día. Y

estos días es peor cuando se habla de robots. Nueva York acaba de dictar la orden prohibiendo que los robots salgan a la calle entre la puesta y la salida del sol.

—Muy bien, pero no pueden impedirnos tener un robot en nuestra casa, Grace. Esto es una de tus campañas. La conozco. Pero la respuesta es la misma. ¡No! Seguiremos teniendo a Robbie.

Y no obstante, quería a su mujer; y, lo que era peor aún, su mujer lo sabía. George Weston, al fin y al cabo, no era más que un hombre, ¡el pobre!, y su mujer echaba mano de todos los

artilugios que el sexo más torpe y escrupuloso ha aprendido, con razón e inútilmente, a temer.

Diez veces durante la semana que siguió, tuvo ocasión de gritar: "¡Robbie se queda... y se acabó!", y cada vez lo decía con menos fuerza y acompañado de un gruñido más plañidero.

Llegó finalmente el día en que Weston se acercó tímidamente a su hija y le propuso una sesión de visivoz en el pueblo.

—¿Puede venir Robbie?

—No, querida —dijo él estremeciéndose al sonido de su voz—, no admiten robots en el visivoz, pero

podrás contárselo todo cuando volvamos a casa. —Dijo las últimas palabras balbuceando y miró a lo lejos.

Gloria regresó del pueblo hirviendo de entusiasmo, porque el visivoz era realmente un espectáculo magnífico.

Esperó a que su padre metiese el coche a reacción en el garaje subterráneo y dijo:

—Espera que se lo cuente a Robbie, papá. Le hubiera gustado mucho. Especialmente cuando Francis Fran retrocedía tan sigilosamente y tropezó con uno de los Hombres-Leopardo y tuvo que huir. —Se rió de nuevo—. Papá, ¿hay verdaderamente hombres-

leopardo en la Luna?

—Probablemente, no —dijo Weston distraído—. Es sólo fantasía.

No podía entretenerse ya mucho con el coche. Tenía que afrontar la situación. Gloria echó a correr por el césped.

—¡Robbie! ¡Robbie!

De repente se detuvo al ver un magnífico perro de pastor que la miraba con ojos dulces, moviendo la cola.

—¡Oh, que perro más bonito! —dijo Gloria subiendo los escalones del porche y acariciándolo cautelosamente —. ¿Es para mí, papá?

—Sí, es para ti, Gloria —dijo su madre, que acababa de aparecer junto a

ellos—. Es muy bonito, y muy bueno. Le gustan las niñas.

—¿Y sabe jugar?

—¡Claro! Sabe hacer la mar de trucos. ¿Quieres ver algunos?

—En seguida. Quiero que lo vea Robbie también. ¡"Robbie"!... —Se detuvo, vacilante, y frunció el ceño— Apostaría a que se ha encerrado en su cuarto, enojado conmigo porque no le he llevado al visivoz. Tendrás que explicárselo, papá. A mí quizá no me creería, pero si se lo dices tú sabrá que es verdad.

Weston se mordió los labios. Miró a su mujer, pero ella apartaba la vista.

Gloria dio rápidamente la vuelta y bajó los escalones del sótano al tiempo que gritaba:

—¡Robbie..., ven a ver lo que me han traído papá y mamá! ¡Me han comprado un perro, Robbie!

Al cabo de un instante, había regresado asustada.

—Mamá, Robbie no está en su habitación. ¿Dónde está? —No hubo respuesta; George Weston tosió y se sintió repentinamente interesado por una nube que iba avanzando perezosamente por el cielo. La voz de Gloria estaba preñada de lágrimas—. ¿Dónde está Robbie, mamá?

Mrs. Weston se sentó y atrajo suavemente a su hija hacia ella.

—No te importe, Gloria. Robbie se ha marchado, me parece.

—¿Marchado?... ¿Adónde? ¿Adónde se ha marchado, mamá?

—Nadie lo sabe, hijita. Se ha marchado. Lo hemos buscado y buscado por todas partes, pero no lo encontramos.

—¿Quieres decir que no va a volver nunca más? —sus ojos se redondeaban por el horror.

—Quizá lo encontraremos pronto. Seguiremos buscándolo. Y entretanto puedes jugar con el perrito. ¡Míralo! Se

llama "Relámpago" y sabe...

Pero Gloria tenía los párpados bañados en lágrimas.

—¡No quiero el perro feo! ¡Quiero a Robbie! ¡Quiero que me encuentres a Robbie!

Su desconsuelo era demasiado hondo para expresarlo con palabras, y prorrumpió en un ruidoso llanto.

Mrs. Weston pidió auxilio a su marido con la mirada, pero él seguía balanceando rítmicamente los pies y no apartaba su ardiente mirada del cielo, de manera que tuvo que inclinarse para consolar a su hija.

—¿Por qué lloras, Gloria? Robbie

no era más que una máquina, una máquina fea... No tenía vida.

—¡No era una máquina! —gritó Gloria con fuego—. Era una persona como tú y como yo y además era mi amigo. ¡Quiero que vuelva! ¡Oh, mamá, quiero que vuelva...!

La madre gimió, sintiéndose vencida, y dejó a Gloria con su dolor.

—Déjala que llore a su gusto —le dijo a su marido—; el dolor de los chiquillos no es nunca duradero. Dentro de unos días habrá olvidado que aquel espantoso robot haya existido.

Pero el tiempo demostró que Mrs. Weston había sido demasiado optimista.

Desde luego, Gloria dejó de llorar, pero dejó de sonreír y cada día se mostraba más triste y silenciosa. Gradualmente, su actitud de pasiva infelicidad fue minando a Mrs. Weston y lo único que la retenía de ceder, era su incapacidad de confesar la derrota a su marido.

Hasta que una noche, entró en el "living", se sentó y se cruzó de brazos, desalentada. Su marido estiró el cuello para verla por encima del periódico.

—¿Qué te pasa, Grace?

—Es esta chiquilla, George. He tenido que devolver el perro hoy. Gloria me dijo que no podía soportar verlo. Hará que tenga un ataque de nervios.

Weston dejó el periódico a un lado y un destello de esperanza apareció en sus ojos.

—Quizá..., quizá tendríamos que volver a pedir a Robbie. Es posible, sabes... Puedo hablar con...

—¡No! —respondió ella secamente —. No quiero oír hablar de él. No vamos a ceder tan fácilmente. Mi hija no tiene que ser criada por un robot, aunque necesite años para quitárselo de la cabeza.

Weston volvió a tomar el periódico con aire decepcionado.

—Un año así y tendré el cabello prematuramente gris.

—No eres de gran ayuda, George —fue la glacial contestación—. Lo que Gloria necesita es un cambio de ambiente. Aquí no puede olvidar a Robbie, desde luego. ¿Cómo puede olvidarlo si cada árbol y cada roca se lo recuerda? Es realmente la situación más tonta de que he oído hablar. ¡Imagínate una criatura desfalleciendo por la pérdida de un robot!

—Bien, vamos al grano. ¿Cuál es el cambio de ambiente que planeas?

—Vamos a llevarla a Nueva York.

—¡En agosto! Oye, ¿sabes lo que representa Nueva York en agosto? ¡Es insoportable!

—Hay millones que lo soportan.

—No tienen un sitio como éste donde estar. Si no tuviesen que quedarse en Nueva York, no se quedarían.

—Pues nosotros tendremos que quedarnos también. Vamos a salir en seguida, en cuanto hayamos hecho los preparativos. En Nueva York, Gloria encontrará suficientes distracciones y suficientes amigos para hacerle olvidar esta máquina.

—¡Oh, Dios mío!... —gruñó el infeliz marido—. ¡Aquellos pavimentos abrasadores!

—Tenemos que ir —fue la implacable respuesta—. Gloria ha

perdido dos kilos este mes y la salud de mi hijita es más importante para mí que tu comodidad.

—Es una lástima que no hayas pensado en la salud de tu hijita antes de privarla de su querido robot —murmuró él..., para sí mismo.

Gloria dio inmediatamente síntomas de mejoría en cuanto oyó hablar del inminente viaje a la ciudad. Hablaba poco de él, pero cuando lo hacía era siempre con vivo entusiasmo. Comenzó de nuevo a sonreír y a comer con su precedente apetito.

Mrs. Weston no cabía en sí de júbilo

y no perdía ocasión de demostrar su triunfo sobre su todavía escéptico marido.

—¿Lo ves, George? Ayuda a hacer el equipaje como un angelito y charla como si no hubiese tenido un disgusto en su vida. Es lo que te dije, lo que necesitaba era fijar su interés en otra cosa.

—¡Ejem!... —respondió el marido, escéptico—. Esperemos que así sea.

Los preliminares se hicieron rápidamente. Se tomaron las disposiciones para el alojamiento en la ciudad y un matrimonio quedó encargado del cuidado de la casa de

campo. Cuando finalmente llegó el día de la marcha, Gloria había vuelto a ser la misma de antes y ni la menor alusión de Robbie pasó por sus labios.

Con el mejor humor, la familia tomó un taxigiro hasta el aeropuerto (Weston hubiera preferido ir en su autogiro, pero era sólo un dos plazas y no había sitio para el equipaje) y entraron en el avión que esperaba para salir.

—Ven, Gloria, te he reservado un sitio al lado de la ventana para que veas el paisaje.

Gloria ocupó el sitio indicado, aplastó su naricilla contra el grueso vidrio y miró con un interés que aumentó

al comenzar a rugir los motores

Era demasiado pequeña para asustarse cuando la tierra empezó a alejarse a sus pies y sintió aumentar el doble de su peso. Sólo cuando la tierra hubo cambiado de aspecto y se convirtió en una vasta manta de cuadros de colores, apartó la nariz del vidrio y se volvió hacia su madre.

—¿Llegaremos pronto a la ciudad, mamá? —preguntó rascándose la nariz helada y observando cómo se desvanecía la mancha opaca que su aliento había dejado en la ventana.

—Dentro de media hora, hija mía.

¿No estás contenta de que vayamos? —añadió con sólo un leve tono de ansiedad en la voz—. ¿No vas a ser muy feliz en la ciudad, con los edificios y la gente y tantas cosas que ver? Iremos al visivoz cada día, y al teatro, y al circo y a la playa, y...

—Sí, mamá —fue la respuesta sin entusiasmo de la chiquilla. La nave pasaba en aquel momento sobre un mar de nubes y Gloria quedó en el acto absorbida en la contemplación de aquella masa que tenía a sus pies. Después volvieron a encontrarse en medio de un cielo azul y se volvió hacia su madre con un súbito aire misterioso

de secreto.

—Ya sé por qué vamos a la ciudad, mamá.

—¿Sí, hija mía? —dijo Mrs. Weston intrigada—. ¿Y por qué?

—No me lo has dicho porque querías darme una sorpresa, pero lo sé. —Quedó un momento sumida en la admiración de su aguda perspicacia y después se echó a reír alegremente—. Vamos a Nueva York porque allí podremos encontrar a Robbie, ¿no es verdad? Con detectives.

La suposición pilló a George Weston en el momento de beber un vaso de agua, con desastrosos resultados.

Hubo una especie de ronquido, un géiser de agua y una tos de alguien que se ahoga. Cuando todo hubo terminado, ofreció el aspecto de una persona profundamente contrariada, tenía el rostro colorado y estaba mojado de pies a cabeza.

Mrs. Weston mantuvo su compostura, pero cuando Gloria hubo repetido su pregunta con el ansia redoblada en la voz, su mal humor triunfó.

—Quizá —repitió secamente—. Y ahora siéntate y estate quieta, por el amor de Dios.

Nueva York, en 1998, era para el

visitante un paraíso superior a lo que había sido siempre. Los padres de Gloria se dieron cuenta de ello y sacaron el mejor partido posible.

Por orden estricta de su mujer, Weston había tomado las disposiciones necesarias para que sus negocios marchasen solos por algún tiempo, a fin de estar libre y poder dedicar el tiempo a lo que él llamaba "salvar a Gloria del borde del abismo". Como era costumbre en Weston, lo hizo de aquella forma precisa, minuciosa y eficiente que era propia de él. Antes de que hubiese transcurrido un mes, nada de lo que podía hacerse había dejado de ser

hecho.

Gloria fue llevada al último piso del Roosevelt Building, que medía casi un kilómetro de altura, y desde donde se gozaba del abigarrado panorama de los edificios que se extendían hasta los campos de Long Island y las tierras llanas de Nueva Jersey. Visitaron los jardines zoológicos, donde Gloria contempló con emocionado temor un "verdadero león vivo" (con la consiguiente decepción de ver que los guardianes lo alimentaban con trozos de carne cruda y no con seres humanos, como ella esperaba), y pidió con insistencia y de manera perentoria ver

"la ballena".

Los diversos museos contribuyeron también a llamar su atención, así como parques, playas y el acuario.

Llevaron a Gloria hasta medio curso del Hudson en un barco especialmente decorado, que evocaba el arcaísmo de los años veinte. Viajó por la estratosfera en una salida de exhibición y vio el cielo ponerse de color de púrpura, las estrellas destacar en el firmamento y la Tierra nebulosa tomar bajo ellos el aspecto de una gran taza cóncava. Una nave submarina de paredes transparentes le hizo visitar las aguas de Long Island y vio aquel mundo verde y tembloroso, y

los monstruos marinos acercarse a ella y huir después atemorizados.

En un terreno más prosaico, Mrs. Weston la llevó a los grandes almacenes, donde pudo soñar de nuevo a su antojo.

En resumen, cuando el mes hubo casi transcurrido, los Weston estaban convencidos de haber hecho cuanto era humanamente posible para quitarle de la cabeza al desaparecido Robbie, pero no estaban muy seguros de haberlo conseguido.

El hecho cierto era que dondequiera que llevasen a Gloria, desplegaba el más vivo interés por todos los robots

que se le ponían delante. Por muy interesante que fuese el espectáculo a que asistía, por nuevo que fuese a sus ojos infantiles, su mirada se fijaba implacablemente en cualquier parte donde viese un movimiento metálico.

La situación alcanzó su apogeo con el episodio del Museo de Ciencia y de Industria. El Museo había anunciado un "programa infantil" especial donde tenían que hacerse demostraciones de magia científica reducidas a la escala de la mentalidad infantil. Los Weston, desde luego, pusieron el espectáculo en la lista de "indispensables".

Los Weston estaban completamente

absorbidos por los experimentos de un potente electroimán cuando Mrs. Weston se dio súbitamente cuenta de que Gloria no estaba con ellos. El pánico inicial se convirtió en metódica decisión y con la ayuda de tres empleados se comenzó una minuciosa búsqueda.

Gloria, por su parte, no era de esas chiquillas que rondan al azar. Para su edad, era inusitadamente decidida, saturada de idiosincrasia maternal, a este respecto. En el tercer piso había visto un gran cartel con una flecha y la indicación "Al Robot Parlante", y después de haberlo deletreado sola y observando que sus padres no parecían

decididos a avanzar en aquella dirección, hizo lo que consideró indicado. Esperando un momento de distracción paterna, dio media vuelta y siguió la flecha.

El Robot Parlante era verdaderamente un "tour de force"; pero un artefacto totalmente inútil, sin más valor que el publicitario. Cada hora, un grupo de visitantes escoltados por un empleado se detenía delante del robot y hacía preguntas al ingeniero encargado del robot, con discretos susurros. Las que el ingeniero juzgaba aptas para ser contestadas por los circuitos del robot, le eran transmitidas.

Era una tontería. Puede ser muy interesante saber que el cuadrado de catorce es ciento noventa y seis, que la temperatura en este momento es de 28º centígrados, que la presión del aire acusa 750 mm de mercurio, y que el peso atómico del sodio es 23, pero para esto, en realidad, no se necesita un robot. No se necesita, en especial, una enorme masa inmóvil de alambres y espirales que ocupa veinticinco metros cuadrados.

Pocos eran los que hacían una segunda experiencia, pero una chiquilla de unos diez años estaba tranquilamente sentada en un banco esperando la tercera

exhibición. Era la única persona que había en la sala cuando Gloria entró, pero no la miró. Para ella, en aquel momento otro ser humano era un ejemplar completamente despreciable. Consagraba su atención a aquel objeto lleno de ruedas dentadas

De momento, vaciló con cierto desaliento. Aquello no se parecía a ninguno de los robots que ella había visto. Cautelosamente, vacilando, levantó su débil voz.

—Por favor, Mr. Robot, perdone, ¿es usted el Robot Parlante?

No estaba muy segura de ello, pero

le parecía que un robot que hablaba merecía toda clase de consideraciones

(Por el delgado rostro de la muchacha de diez años pasó una mirada de intensa concentración. Sacó un carnet de notas del bolsillo y comenzó a escribir rápidamente).

Se oyó un girar de mecanismos bien engrasados y una voz metálica lanzó unas palabras que carecían de acento y entonación.

—Yo-soy-el-robot-parlante.

Gloria lo miró contrariada. "Hablaba", pero el sonido venía de dentro. No había rostro al cual hablar.

—¿Puede usted ayudarme, Mr.

robot? —dijo.

El Robot Parlante estaba construido para contestar preguntas, pero sólo las preguntas que se podían hacer. Confiado en su capacidad, sin embargo, respondió:

—Puedo-ayudarle.

—Gracias, Mr. Robot. ¿Ha visto usted a Robbie?

—¿Quién-es-Robbie?

—Un robot, Mr. Robot, señor —se puso de puntillas—. Es así de alto, pero más alto, y muy bueno. Tiene cabeza, sabe... Bueno, usted no tiene, pero él sí.

—¿Un robot?... —preguntó el Robot Parlante un poco perplejo.

—Sí, mister Robot. Un robot como usted, salvo que, naturalmente, no sabe hablar y que..., parece una persona de veras.

—¿Un-robot-como-yo?

—Sí, mister Robot.

A lo cual el robot parlante sólo contestó con un ruido de engranajes y un sonido incoherente. Trató de ponerse lealmente a la altura de su misión y se fundieron media docena de bobinas. Zumbaron algunas señales de alarma.

(En aquel momento la muchacha de diez años se marchó. Tenía bastante para su primer artículo sobre "Aspectos Prácticos del Robotismo". Era el

primero de los varios que tenía que escribir Susan Calvin sobre este tema).

Gloria permanecía de pie con mal disimulada impaciencia, esperando la respuesta del robot, cuando oyó un grito detrás de ella.

—¡Allí está! —Y en el acto reconoció la voz de su madre—. ¿Qué estás haciendo aquí, mala muchacha? —exclamó, su ansiedad transformándose en el acto en cólera—. ¿No sabes el miedo que has hecho pasar a papá y mamá? ¿Por qué te has escapado?

El ingeniero del robot había aparecido también, mesándose los cabellos y preguntando quién diablos

había estropeado la máquina.

—¿Es que no saben ustedes leer? ¿No saben que no tienen derecho a estar aquí sin ir acompañados?

Gloria levantó su ofendida voz.

—He venido sólo a ver el Robot Parlante, mamá. Pensé que quizá sabría dónde estaba Robbie, puesto que los dos son robots. —Y al aparecer en su mente el recuerdo de Robbie, estalló en una tempestad de lágrimas—. ¡Tengo que encontrar a Robbie, mamá, tengo que encontrarlo!

—¡Ah, Dios mío, esto es más de lo que soy capaz de soportar! —exclamó Mrs. Weston ahogando un grito—.

¡Volvamos a casa, George!

Aquella tarde, George se ausentó durante algunas horas y a la mañana siguiente se acercó a su mujer en una actitud sospechosamente complaciente.

—He tenido una idea, Grace.

—¿Sobre qué? —preguntó ella con soberana indiferencia.

—Sobre Gloria.

—¿No vas a proponer devolverle el robot?

—No, desde luego que no.

—Entonces, sigue. No tengo inconveniente en escucharte. Nada de lo que hemos hecho parece haber servido

de nada.

—Muy bien. He aquí lo que he estado pensando. El gran mal de Gloria es que piensa en Robbie como persona y no como máquina. Naturalmente, no puede olvidarlo. Ahora bien, si conseguimos convencer a Gloria de que su Robbie no era más que un amasijo de acero y cobre en forma de planchas y que el jugo de su vida no era más que hilos y electricidad, ¿cuánto tiempo duraría su anhelo? Es la forma psicológica de ataque, si entiendes lo que quiero decir.

—¿Y cómo pretendes conseguirlo?

—Simplemente, ¿dónde imaginas

que fui, anoche? He persuadido a Robertson, de la U. S. Robots & Mechanical Men Inc., que nos permita realizar mañana una visita completa de sus talleres. Iremos los tres y una vez hayamos terminado la visita, Gloria estará convencida de que un robot no es una cosa viva.

Los ojos de Mrs. Weston habían ido agrandándose progresivamente, delatando una súbita y profunda admiración.

—¡Pero... George..., esto es una excelente idea!

Los botones de la chaqueta de George Weston tiraron con fuerza.

—Es de las que tengo yo... —dijo.

Mister Struthers era un director general concienzudo y naturalmente inclinado a ser un poco locuaz. Esta combinación dio por resultado una visita que fue totalmente, quizá con exceso, explicada en todas sus fases.

Sin embargo, Mrs. Weston no se aburría. Al contrario, más de una vez se detuvo e insistió en que explicase detalladamente algo en un lenguaje suficientemente claro para que Gloria lo entendiese. Bajo la influencia de esta apreciación de sus facultades narrativas, mister Struthers se sintió comunicativo y

se extendió con mayor genialidad todavía, si cabe.

Incluso George Weston demostraba una creciente impaciencia.

—Perdóneme, Struthers —dijo, interrumpiendo una conferencia sobre la célula fotoeléctrica—; ¿no tienen ustedes una sección donde sólo se emplee mano de obra robot?

—¡Oh, sí; sí, desde luego! —dijo sonriendo a Mrs. Weston—. Un círculo vicioso, en cierto modo; robots creando robots. Desde luego, no hacemos una práctica general de ello. En primer lugar, porque los sindicatos no nos lo permitirían. Pero conseguimos poder

utilizar algunos robots como mano de obra robot, únicamente como una especie de experimento científico. Comprenda... —prosiguió golpeándose la palma de la mano con sus lentes para dar paso a su argumentación—, lo que los sindicatos no comprenden -y lo dice un hombre que ha simpatizado siempre con la obra sindical en general- es que el advenimiento del robot, aun cuando aportando al empezar alguna dislocación en el trabajo, tendrá inevitablemente que...

—Si, Struthers —dijo Weston—, pero esta sección de que habla usted, ¿podemos verla? Debe de ser muy

interesante, estoy seguro.

—¡Sí, sí, desde luego! —Mister Struthers se puso los lentes con un movimiento convulsivo y soltó una tosecita de desaliento. Síganme, por favor.

Mientras siguieron un largo corredor y bajaron un tramo de escaleras, Struthers, precediendo a los demás, estuvo relativamente tranquilo. Después, una vez hubieron entrado en una vasta habitación intensamente iluminada donde reinaba el zumbido de una mecánica actividad, se abrieron las compuertas y desbordó el chorro de sus explicaciones.

—Aquí lo tiene usted —dijo con el orgullo impreso en su voz—. ¡Sólo robots! Cinco hombres actúan como inspectores y no tienen siquiera que estar en esta habitación. En cinco años, es decir, desde que inauguramos este sistema, no ha ocurrido un solo accidente. Desde luego, los robots aquí reunidos son relativamente sencillos, pero...

La voz del director general se había convertido hacía tiempo ya en un murmullo tranquilizador a los oídos de Gloria. Toda aquella visita le parecía aburrida e inútil, a pesar de que hubiese muchos robots a la vista.

Ninguno de ellos era ni remotamente como Robbie, y los contemplaba con manifiesto desdén.

Vio que en aquella habitación no había ser viviente. Entonces sus ojos se fijaron en seis o siete robots que trabajaban activamente en una mesa redonda en el centro de la sala, y se apartaron con una sorpresa de incredulidad. La sala era espaciosa. Gloria no podía verlo bien, pero uno de los robots parecía... parecía... ¡"era"!

—¡Robbie! —El grito rasgó el aire y uno de los robots se estremeció y dejó caer la herramienta que manejaba

Gloria estaba como loca de alegría.

Metiéndose por debajo de la barandilla antes de que sus padres pudiesen impedirlo, saltó al suelo, situado algunos palmos más abajo y corrió hacia Robbie, con los brazos abiertos y el cabello flotando.

Y en aquel momento, las tres personas mayores vieron horrorizadas, al tiempo que quedaban paralizadas de espanto, lo que la chiquilla no vio: un enorme tractor que avanzaba a ciegas, siguiendo el camino que tenía trazado.

Weston necesitó una fracción de segundo para volver en sí, pero aquella fracción de segundo lo representó todo

porque Gloria ya no podía ser salvada, todo era claramente inútil.

Struthers hizo una rápida seña a los inspectores para que detuviesen el tractor, pero los inspectores no eran más que seres humanos y necesitaron tiempo para actuar.

Sólo fue Robbie quien actuó rápidamente y con precisión.

Devorando con sus piernas de metal el espacio que lo separaba de su amita, se lanzó hacia ella viniendo de la dirección opuesta. Todo ocurrió en un instante. Extendiendo el brazo, Robbie agarró a Gloria sin moderar su marcha en lo más mínimo y dejándola, por

consiguiente, sin aire en los pulmones. Weston, sin comprender muy bien lo que ocurría, sintió, más que vio, a Robbie pasar por su lado como un alud y detenerse en seco. El tractor cortó el camino donde había estado Gloria, medio segundo después de que Robbie la hubo arrastrado tres metros, y se detuvo con un chirrido metálico y prolongado.

Gloria recobró el aliento, fue sometida a una serie de apasionados abrazos y caricias por parte de sus padres y se volvió emocionada hacia Robbie. Para ella no había ocurrido nada, salvo que había encontrado a su

amigo.

Pero la expresión de Mrs. Weston había pasado de la franca alegría a la de una sombría suspicacia. Se volvió hacia su marido, y, pese a su descompuesto y alterado aspecto, consiguió adoptar una actitud formidable.

—¿Tú..., has preparado esto, verdad...?

George Weston se secaba la abrasada frente con un pañuelo. Su mano temblaba y sus labios sólo conseguían esbozar una sonrisa sumamente tenue.

—Robbie no estaba construido para un trabajo de ingeniería o construcción —prosiguió Mrs. Weston siguiendo sus

ideas—. No podía serles de ninguna utilidad. Lo has hecho colocar aquí a fin de que Gloria pudiese encontrarlo. Ya lo sabes...

—Pues, sí... —dijo Weston—. Pero ¿cómo iba a saber yo que el encuentro tenía que ser tan violento? Y Robbie le ha salvado la vida; esto tienes que reconocerlo. ¡No puedes volverlo a despedir!

Grace Weston reflexionó. Se volvió hacia Gloria y Robbie y los contempló pensativa algún tiempo. Gloria había pasado sus brazos alrededor del cuello del robot y hubiera asfixiado a cualquiera que no hubiese sido de metal,

mientras murmuraba palabras sin sentido con un frenesí casi histérico

Los brazos de acero cromado de Robbie (capaces de convertir en un anillo una barra de acero de cinco centímetros de diámetro) abrazaban cariñosamente a la chiquilla y sus ojos brillaban con un rojo intenso y profundo

—Bien —dijo Grace Weston, finalmente—. ¡Por mí puede quedarse hasta que se oxide!

Algunos robots humanoides

En ciencia ficción no es raro tener a un robot construido con una superficie, al menos, de carne sintética; y que en apariencia sea, en el mejor de los casos, indistinguible de un ser humano. A veces tales robots humanoides son llamados «androides» (de una palabra griega que significa «parecido al hombre»), y algunos escritores son meticulosos en hacer la distinción. Yo no. Para mí, un robot es siempre un robot.

Sin embargo, la obra teatral de

Karel Capek R. U. R., que introdujo el término «robot» en el mundo de 1920, no se refería a robots en el más estricto sentido de la palabra. Los robots manufacturados por los Robots Universales de Rossum (la «R. U. R.» del título) eran androides.

Una de las tres historias de esta sección, Unámonos, es la única historia de este libro en la cual los robots no aparecen realmente, e Imagen en un espejo es una secuela (en cierto modo) de mis novelas de robots Bóvedas de acero y El sol desnudo [5].

Unámonos

Había habido una especie de paz durante un siglo, y la gente había olvidado cómo era la guerra. A duras penas hubieran sabido cómo reaccionar de saber que finalmente había llegado alguna especie de guerra.

Ciertamente, Elias Lynn, jefe de la Oficina de Robótica, no estaba seguro de cómo debía reaccionar cuando finalmente lo supo. La Oficina de Robótica tenía su cuartel general en Cheyenne, de acuerdo con la tendencia descentralizadora de hacía más de un siglo, y Lynn miró dubitativo al joven

oficial de Seguridad procedente de Washington que había traído la noticia.

Elias Lynn era un hombre corpulento, casi encantadoramente feo, con unos pálidos ojos azules ligeramente protuberantes. La gente se sentía normalmente cómoda bajo la mirada de aquellos ojos, pero el oficial de Seguridad permanecía imperturbable.

Lynn decidió que su primera reacción tenía que ser de incredulidad. ¡Infiernos, era de incredulidad! ¡Simplemente no lo creía!

Se reclinó en su silla y preguntó:

—¿Hasta qué punto es cierta esa información?

El oficial de Seguridad, que se había presentado como Ralph G. Breckenridge y había exhibido credenciales que lo confirmaban, tenía en él la blandura de la juventud; labios gruesos, mejillas sonrosadas, que enrojecían fácilmente, y ojos sinceros. Sus ropas no encajaban con Cheyenne pero sí con el Washington completamente dominado por el aire acondicionado, donde Seguridad, pese a todo, seguía manteniendo su cuartel general.

Breckenridge enrojeció y contestó:

—No hay la menor duda al respecto.

—Su gente lo sabe todo respecto a Ellos, supongo —dijo Lynn, y fue

incapaz de evitar un rastro de sarcasmo en su tono.

No era particularmente consciente de que utilizaba el pronombre referente al enemigo con un ligero énfasis en la primera letra, el equivalente a una mayúscula en imprenta. Era un hábito cultural de su generación y la precedente. Nadie decía ya el «Este», o los «Rojos», o los «Soviets», o los «Rusos». Hubiera sido demasiado confuso, ya que algunos de Ellos no eran del Este, no eran Rojos, ni Soviets, y especialmente no Rusos. Era mucho más simple decir Nosotros y Ellos, y mucho más preciso.

Los viajeros habían informado frecuentemente que Ellos hacían lo mismo a la inversa. Allí, Ellos eran «Nosotros» (en su correspondiente idioma), y Nosotros éramos «Ellos».

Muy poca gente pensaba ya en tales cosas. Todo era completamente cómodo y casual. Ni siquiera había odio. Al principio, se le había llamado guerra fría. Ahora era tan sólo un juego, un juego casi amistoso, con reglas jamás declaradas y una especie de decencia rodeándolo todo.

Lynn dijo bruscamente:

—¿Por qué deberían Ellos querer perturbar la situación?

Se levantó y se quedó de pie mirando a un mapa mural del mundo, dividido en dos regiones con débiles bordes de color. Una porción irregular a la izquierda del mapa estaba rodeada por un ligero verde. Una porción algo más pequeña pero igualmente irregular a la derecha del mapa estaba bordeada de un rosa pálido. Nosotros y Ellos.

El mapa no había cambiado mucho en un siglo. La pérdida de Formosa y la obtención de Alemania del Este hacía unos ochenta años había sido el último cambio territorial de importancia.

Había habido otro cambio, sin embargo, que era lo bastante

significativo como para reflejarse en los colores. Dos generaciones antes, el territorio de Ellos estaba señalado con un rojo brillante, el de Nosotros con un puro e inmaculado blanco. Ahora había incluso neutralidad en los colores. Lynn había visto los mapas de Ellos, y eran iguales a estos.

—No lo harían —dijo.

—Lo están haciendo —dijo Breckenridge—, y será mejor que se acostumbre al hecho. Naturalmente, señor, me doy cuenta de que no es agradable pensar que Ellos pueden estar muy por delante de nosotros en robótica.

Sus ojos siguieron tan sinceros como

siempre, pero el oculto filo de los cuchillos de sus palabras se enterró profundamente, y Lynn se estremeció ante el impacto.

Por supuesto, ello era debido en parte a la concienciación del hecho de que el jefe de Robótica se enterara tan tarde y a través de un oficial de Seguridad de aquello. Había perdido categoría ante los ojos del Gobierno; si Robótica había fallado realmente en la carrera, Lynn no podía esperar ninguna piedad política.

—Aunque lo que dice usted fuera cierto —dijo Lynn débilmente—. Ellos no están tan por delante de Nosotros.

Nosotros podemos construir robots humanoides.

—¿Tenemos, señor?

—Sí. De hecho, hemos construido unos pocos modelos con fines experimentales.

—Ellos vienen haciendo eso desde hace diez años. Llevan diez años de progreso desde entonces.

Lynn se sintió inquieto. Se preguntó si su incredulidad respecto a todo aquel asunto no sería realmente el resultado del orgullo herido y del miedo por su trabajo y su reputación. Se sintió embarazado por la posibilidad de que pudiera ser eso, y sin embargo se vio

obligado a defenderse.

—Mire, joven —dijo—, el equilibrio entre Ellos y Nosotros nunca fue perfecto en todos sus detalles, y usted lo sabe. Ellos siempre han estado por delante en una u otra faceta, y Nosotros en una u otra faceta distintas. Si Ellos están por delante de Nosotros en robótica precisamente en este momento, es debido a que Ellos situaron una mayor parte de sus recursos en la investigación robótica que Nosotros. Y eso significa que alguna otra rama de actividad ha recibido una mayor parte de nuestros recursos que Ellos. Eso quiere decir que probablemente

Nosotros estemos por delante de Ellos en la investigación de los campos de fuerza o de las energías hiperatómicas, quizá.

Lynn se sintió inquieto ante su propia afirmación de que el equilibrio no era perfecto. Era cierto, pero ése era precisamente el gran peligro que amenazaba al mundo. El mundo dependía de que el equilibrio fuera tan perfecto como resultara posible. Si el pequeño desequilibrio que siempre existía se inclinaba demasiado hacia uno u otro lado…

Casi al principio de lo que había sido la guerra fría, ambos lados habían

desarrollado armas termonucleares, y la guerra se había convertido en algo impensable. La competición se había decantado de lo militar a lo económico y psicológico, y se había establecido allí desde entonces.

Pero siempre había el esfuerzo constante por cada lado por romper el equilibrio, por desarrollar un contragolpe para cualquier posible estocada, por desarrollar una estocada que no pudiera ser parada a tiempo…, algo que hiciera la guerra posible de nuevo. Y eso no era debido a que ninguno de los dos lados quisiera la guerra tan desesperadamente, sino

porque ambos estaban temerosos de que el otro lado pudiera hacer primero el descubrimiento crucial.

Durante un centenar de años cada lado había mantenido el esfuerzo a un mismo nivel. Y en el proceso, la paz había sido mantenida durante un centenar de años, y como un subproducto de la constante e intensiva investigación habían sido producidas cosas tales como los campos de fuerza y la energía solar y el control de los insectos y los robots. Cada lado estaba iniciándose en el estudio de la mentálica, que era el nombre dado a la bioquímica y biofísica del pensamiento.

Cada lado poseía sus avanzadillas en la Luna y en Marte. La humanidad estaba avanzando a pasos agigantados bajo aquel forzado impulso.

Incluso resultaba necesario para ambos lados ser tan decentes y humanos como fuera posible entre ellos, puesto que la crueldad y la tiranía no hacían otra cosa más que conseguir amigos para el otro lado.

No era concebible que el equilibrio fuera roto ahora, y que se iniciara de nuevo la guerra.

—Quiero consultar a uno de mis hombres —dijo Lynn—. Quiero su opinión.

—¿Es de confianza?

Lynn adoptó una expresión de disgusto.

—Buen Dios, ¿qué hombre de Robótica no ha sido investigado y depurado hasta el agotamiento por la gente de ustedes? Sí, respondo por él. Si no pueden confiar ustedes en un hombre como Humphrey Carl Laszlo, entonces no estaremos en posición de enfrentarnos al tipo de ataque que dice usted que Ellos están preparando, no importa lo que hagamos.

—He oído hablar de Laszlo —dijo Breckenridge.

—Bien. ¿Es aceptado?

—Sí.

—Entonces lo haré venir, y sabremos lo que piensa acerca de la posibilidad de que los robots puedan invadir los Estados Unidos.

—No exactamente —dijo con suavidad Breckenridge—. Usted sigue sin aceptar toda la verdad. Descubrir lo que piensa acerca del hecho de que los robots han invadido va los Estados Unidos.

Laszlo era el nieto de un húngaro que había cruzado lo que por aquellos tiempos se llamaba el Telón de Acero, y eso hacía que existiera una confortable

sensación de por-encima-de-toda-sospecha con respecto a él. Era corpulento y medio calvo, con una mirada beligerante clavada siempre en su chato rostro, pero su acento era puro de Harvard y hablaba de una forma casi excesivamente suave.

Para Lynn, que era consciente del hecho de que tras años de administración ya no era un experto en todas las distintas fases de la moderna robótica, Laszlo era un confortable receptáculo de conocimientos exhaustivos. Lynn se sentía mucho mejor con tan sólo la presencia del hombre.

—¿Qué es lo que opina? —preguntó

Lynn.

Un fruncimiento de cejas crispó intensamente el rostro de Laszlo.

—¿Que Ellos estén muy por delante de Nosotros? Completamente increíble. Eso significaría que han producido humanoides que no pueden distinguirse de los seres humanos ni de cerca. Eso significaría un considerable avance en robomentalística.

—Ustedes se hallan personalmente implicados —dijo fríamente Breckenridge—. Dejando aparte el orgullo profesional, ¿exactamente por qué es imposible que Ellos se hallen por delante de Nosotros?

Laszlo se alzó de hombros.

—Le aseguro que estoy bien informado de la literatura de Ellos sobre robótica. Sé aproximadamente dónde están.

—Usted sabe aproximadamente dónde Ellos quieren que usted piense que están, querrá decir realmente —corrigió Breckenridge—. ¿Ha visitado usted alguna vez el otro lado?

—No —contestó Laszlo secamente.

—¿Y usted, doctor Lynn?

—No, yo tampoco —contestó Lynn.

—¿Ha visitado algún hombre de Robótica el otro lado en los últimos veinticinco años? —preguntó

Breckenridge.

Hizo la pregunta con una especie de confianza que indicaba que sabía la respuesta.

Durante algunos segundos, la atmósfera pesó con los pensamientos de cada uno. El desánimo cruzó el ancho rostro de Laszlo.

—De hecho —dijo—, Ellos no han celebrado ninguna conferencia sobre robótica en largo tiempo.

—En veinticinco años —dijo Breckenridge—. ¿No es eso significativo?

—Quizá —admitió Laszlo, reluctante—. De todos modos, es algo

distinto lo que me preocupa. Ninguno de Ellos ha acudido nunca a nuestras conferencias sobre robótica. Nadie que yo pueda recordar.

—¿Fueron invitados? —preguntó Breckenridge.

Lynn, mirándole preocupado, intervino rápidamente:

—Por supuesto.

—¿Rehusaron Ellos asistir a algún otro tipo de conferencias científicas celebradas por Nosotros?

—No lo sé —dijo Laszlo. Ahora estaba caminando arriba y abajo—. No he oído de casos. ¿Los ha oído usted, jefe?

—No —contestó Lynn.

—¿No dirían ustedes —apuntó Breckenridge— que es como si Ellos no desearan verse en el compromiso de tener que devolver esas invitaciones? ¿O como si tuvieran miedo de que alguno de sus hombres pudiera hablar demasiado?

Así era exactamente como parecía, y Lynn tuvo la impotente convicción de que la historia de Seguridad era cierta después de todo.

¿Por qué otro motivo no había habido contactos entre los dos lados en robótica? Había habido un fructífero entrecruzarse de investigadores yendo

en ambas direcciones sobre unas bases de estricta reciprocidad durante años, hasta los lejanos tiempos de Eisenhower y Kruschev. Había muchos y muy buenos motivos para ello: una honesta apreciación del carácter supranacional de la ciencia; impulsos de amistad que eran difíciles de borrar completamente en los seres humanos individuales; el deseo de exponer a la consideración de los demás nuestros hallazgos, cuando son dignos de ser tomados en cuenta por su novedad o su interés, y el que estos nos feliciten por ellos.

Los mismos gobiernos se mostraban ansiosos de que eso prosiguiera.

Subsistía siempre la obvia creencia de que aprendiendo todo lo que pudieras y diciendo tan poco como te fuera posible, tu bando ganaría en el intercambio.

Pero no en el caso de la robótica. No allí.

Tan poca cosa para llegar al convencimiento de todo aquello. Y además, algo que habían sabido desde siempre. Lynn pensó sobriamente: «Nos hemos dormido en nuestros laureles».

Puesto que el otro lado no había dado ninguna publicidad a su robótica, había resultado tentador sentirse satisfechos y creerse cómodos en la certeza de su superioridad. ¿Por qué no

había parecido posible, ni siquiera probable, que Ellos estuvieran ocultando cartas de un valor superior, una buena mano, para emplearla en el momento adecuado?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Laszlo temblorosamente.

Resultaba obvio que la misma línea de pensamiento lo había conducido a la misma convicción.

—¿Hacer? —repitió Lynn.

Era difícil pensar en aquel momento en nada excepto en el completo horror que acudía con la convicción. Había diez robots humanoides en algún lugar de los Estados Unidos, cada uno de

ellos llevando un fragmento de una bomba CT.

¡CT! La carrera hacia el completo horror en bombas se había detenido allí. ¡CT! ¡Conversión Total! El sol ya no era un sinónimo que se pudiera usar. La conversión total convertía al sol en una miserable vela.

Diez humanoides, cada uno de ellos totalmente inofensivo separadamente, pero por el simple hecho de unirse, excediendo la masa crítica y…

Lynn se puso pesadamente en pie, con las bolsas oscuras bajo sus ojos, que normalmente le daban a su feo rostro una expresión de salvaje

presagio, más prominentes que nunca.

—Tenemos que pensar en formas y medios de distinguir a un humanoide de un humano, y luego descubrir a los humanoides.

—¿Cuán rápidamente? —murmuró Laszlo.

—No más tarde de cinco minutos antes de que se unan —ladró Lynn—, y no sé cuándo será eso.

Breckenridge asintió con la cabeza.

—Me alegra que esté usted con nosotros, señor. Tengo que llevarlo conmigo a Washington para una conferencia, ya sabe.

Lynn alzó las cejas.

—De acuerdo.

Se preguntó si, de haberse demorado un poco más en ser convencido, no hubiera sido reemplazado inmediatamente…, si no habría ya otro jefe de la Oficina de Robótica conferenciando en Washington. Repentinamente deseó con ansiedad que fuera exactamente eso lo que hubiera pasado.

El primer ayudante del presidente estaba allí, con el secretario para Asuntos Científicos, el secretario de Seguridad, el propio Lynn, y Breckenridge. Cinco personas sentadas

en torno a una mesa en las profundidades de una fortaleza subterránea cerca de Washington.

El ayudante del presidente Jeffreys era un hombre de aspecto impresionante, bien parecido con su pelo blanco y sus rasgos de los que destacaba una mandíbula un poco demasiado prominente. Un hombre sólido, reflexivo y políticamente discreto, como corresponde a un buen ayudante del presidente.

Habló incisivamente.

—Según como lo veo, hay tres cuestiones a las que debemos enfrentarnos. Primera, ¿cuándo van a

unirse los humanoides? Segunda, ¿dónde van a unirse? Tercera, ¿cómo podemos detenerlos antes de que se unan?

Amberley, el secretario para Asuntos Científicos, asintió convulsivamente a aquello. Había sido director administrativo de la Compañía de Ingeniería del Noroeste antes de ser elegido para aquel cargo. Era delgado, de rasgos afilados, y fácilmente irritable. Su dedo índice trazó lentos círculos sobre la mesa.

—Respecto a cuándo van a unirse —dijo—, supongo que podemos asegurar que no será de inmediato.

—¿Por qué dice eso? —preguntó

secamente Lynn.

—Llevan en los Estados Unidos al menos un mes. O al menos eso es lo que dice Seguridad.

Lynn se volvió automáticamente para mirar a Breckenridge, y el secretario de Seguridad Macalaster interceptó la mirada.

—La información es fidedigna —dijo Macalaster—. No deje que la aparente juventud de Breckenridge lo engañe, doctor Lynn. Forma parte de su valía para nosotros. En realidad tiene treinta y cuatro años, y lleva diez en el departamento. Ha estado en Moscú durante casi un año, y sin él no

sabríamos nada de este terrible peligro. Gracias a él disponemos de la mayor parte de los detalles.

—No los cruciales —dijo Lynn.

Macalaster sonrió heladamente. Su enérgica mandíbula y sus siempre entrecerrados ojos eran bien conocidos por el público, pero no se sabía casi nada más de él.

—Todos somos limitadamente humanos, doctor Lynn —dijo—. El agente Breckenridge ha prestado un gran servicio.

—Digamos que tenemos aún un cierto período de gracia —interrumpió el ayudante del presidente Jeffreys—. Si

se hubiera planeado una acción inmediata, ya se hubiera producido. Parece probable que estén aguardando a un momento específico. Si supiéramos el lugar, quizá el momento se hiciera también evidente por sí mismo.

»Si están buscando un blanco para la CT, desearán causarnos tanto daño como sea posible, de modo que parece que una ciudad importante sea el ideal. En cualquier caso, una gran metrópoli es el único blanco que vale la pena para una bomba CT. Creo que hay cuatro posibilidades: Washington, como centro administrativo; Nueva York, como centro financiero; y Detroit y Pittsburgh

como los dos centros industriales más importantes.

Macalaster, de Seguridad, dijo:

—Yo voto por Nueva York. Tanto la administración como la industria han sido lo suficientemente descentralizadas como para que la destrucción de cualquier ciudad en particular no impida una respuesta inmediata.

—¿Entonces por qué Nueva York? —preguntó Amberley, de Asuntos Científicos, quizá más secamente de lo que había pretendido—. Las finanzas también han sido descentralizadas.

—Una cuestión de moral. Puede que intenten destruir nuestra voluntad de

resistir, inducirnos a la rendición con el completo horror del primer golpe. La mayor destrucción de vidas humanas se produciría en el área metropolitana de Nueva York…

—Muy a sangre fría —murmuró Lynn.

—Lo sé —dijo Macalaster, de Seguridad—, pero son capaces de ello, si piensan que eso puede significar una victoria definitiva con un solo golpe. ¿Acaso nosotros no…?

El ayudante del presidente Jeffreys se echó hacia atrás su blanco pelo.

—Supongamos lo peor. Supongamos que Nueva York será destruido en algún

momento durante el invierno, preferiblemente inmediatamente después de una de esas terribles ventiscas, cuando las comunicaciones se hallan en mínimos y la interrupción del suministro de equipos y alimentos en las zonas limítrofes tendrá unos efectos más desastrosos. Ahora, ¿cómo detenerlo?

Amberley, de Asuntos Científicos, sólo pudo decir:

—Encontrar a diez hombres entre doscientos veinte millones es como encontrar una maldita pequeña aguja en un maldito gran pajar.

Jeffreys agitó la cabeza.

—Está usted equivocado. Diez

humanoides entre doscientos veinte millones de seres humanos.

—No hay ninguna diferencia —dijo Amberley, de Asuntos Científicos—. No sabemos que un humanoide pueda ser diferenciado de un ser humano a simple vista. Probablemente no.

Miró a Lynn. Todos lo hicieron.

—En Cheyenne —dijo Lynn con suavidad— no podemos construir uno que pueda pasar por un ser humano a la luz del día.

—Pero Ellos sí pueden —dijo Macalaster, de Seguridad—, y no sólo físicamente. Estamos seguros de ello. Han avanzado lo suficiente en

mentalística como para extraer el esquema psico-electrónico de un cerebro y enfocarlo en los circuitos positrónicos de un robot.

Lynn se lo quedó mirando fijamente.

—¿Está insinuando que Ellos pueden crear la réplica completa de un ser humano, con personalidad y memoria?

—Así es.

—¿De seres humanos específicos?

—Correcto.

—¿Eso está basado también en los descubrimientos del agente Breckenridge?

—Sí. La evidencia no puede ser negada.

Lynn inclinó la cabeza pensativo por unos momentos. Luego dijo:

—Entonces diez hombres de los Estados Unidos no son hombres sino humanoides. Pero los originales tienen que haberse hallado disponibles para ellos. No pueden ser orientales, sería demasiado fácil descubrirles, de modo que tiene que tratarse de europeos orientales. Pero ¿cómo pudieron ser introducidos en este país? Con la red de radar rodeando todas nuestras fronteras en todo el mundo tan tensa como la piel de un tambor, ¿cómo pueden Ellos haber introducido a ningún individuo, humano o humanoide, sin que nosotros lo

sepamos?

—Puede hacerse —dijo Macalaster, de Seguridad—. Hay algunos puntos de tránsito autorizados en las fronteras. Hombres de negocios, pilotos, incluso turistas, van de un lado para otro. Son controlados, por supuesto, en ambos lados. Sin embargo, diez de ellos pueden haber sido secuestrados y utilizados como modelos para los humanoides. Los humanoides deben de haber sido enviados de vuelta en su lugar. Puesto que se supone que nosotros no esperamos esa sustitución, nadie se dará cuenta del cambio. Siendo norteamericanos, nadie pondrá

impedimentos en que vuelvan a entrar en el país. Es tan simple como eso.

—¿Y ni siquiera sus amigos y familia podrían notar la diferencia?

—Debemos suponer que no. Créanme, hemos estado esperando algún informe que pudiera implicar repentinos ataques de amnesia o cambios perturbadores de la personalidad. Hemos efectuado miles de comprobaciones.

Amberley, de Asuntos Científicos, se contempló la punta de los dedos.

—Creo que las medidas habituales no funcionarán. Debemos atacar el asunto desde la Oficina de Robótica, y

yo confío en el jefe de esa oficina.

Los ojos se volvieron de nuevo, fijos y expectantes, hacia Lynn. Lynn sintió que su amargura aumentaba. Tenía la sensación de que él había sido convocado allí para un motivo muy concreto. Nada de lo que se había dicho allí no había sido dicho ya antes. Estaba seguro de ello. No había ninguna solución al problema, ninguna sugerencia viable. Aquella reunión era solamente para dejar constancia, para que quedara registrada, un instrumento por parte de unos hombres que temían enormemente la derrota y que deseaban que la responsabilidad recayera clara e

inequívocamente sobre alguna otra persona.

Y sin embargo era de justicia. Era en robótica en donde Nosotros nos habíamos dormido en los laureles. Y Lynn no era solamente Lynn. Era Lynn el roboticista, y la responsabilidad tenía que ser suya.

—Haré lo que pueda —dijo.

Pasó toda la noche despierto, y se sentía agotado física y moralmente cuando a la mañana siguiente pidió y obtuvo otra entrevista con el ayudante del presidente Jeffreys. Breckenridge estaba allí, y aunque Lynn hubiera

preferido una entrevista privada, tuvo que admitir lo lógico de la situación. Era obvio que Breckenridge había conseguido enorme influencia con el gobierno como resultado del éxito de su trabajo en Inteligencia. Bueno, ¿por qué no?

—Señor —dijo Lynn—, estoy considerando la posibilidad de que estemos bailando inútilmente al son de nuestros enemigos.

—¿En qué sentido?

—Estoy seguro de que, por muy impaciente que se ponga el público a veces, y aunque a veces los legisladores consideren más efectivo reunirse a

deliberar, el gobierno al menos reconoce que la palabra equilibrio es beneficiosa. Ellos también deben reconocerlo. Diez humanoides con una bomba CT es una forma trivial de romper ese equilibrio.

—La destrucción de quince millones de seres humanos difícilmente puede clasificarse de trivial.

—Estoy examinando el asunto desde el punto de vista de una potencia que aspira a la supremacía mundial. El hecho no nos desmoralizaría tanto como para rendirnos, ni nos debilitaría tanto como para convencernos de que no íbamos a poder ganar. Conduciría

únicamente a la misma antigua muerte planetaria que los dos lados han evitado con éxito desde hace tanto tiempo. Todo lo que Ellos conseguirían seria obligarnos a luchar con una ciudad menos. Eso no es suficiente.

—¿Qué es lo que sugiere usted? —dijo Jeffreys fríamente—. ¿Que Ellos no han situado a diez humanoides en nuestro país? ¿Que no existe ninguna bomba CT dispuesta a unirse para estallar?

—Admito que todo esto existe y está aquí, pero quizá por alguna razón más amplia que simplemente desatar la locura de las bombas.

—¿Como qué?

—Es posible que la destrucción física resultante de los humanoides uniéndose no sea lo peor que pueda ocurrirnos. ¿Qué hay acerca de la destrucción moral e intelectual que se produce a causa de su sola presencia? Con todo el respeto debido al agente Breckenridge, ¿y si Ellos lo que pretendieran realmente fuera que nosotros descubriéramos lo de los humanoides? ¿Y si nunca se hubiera pretendido que los humanoides se unieran, sino que permanecieran simplemente separados a fin de procurarnos algo de lo que

preocuparnos?

—¿Por qué?

—Dígame esto. ¿Qué medidas han sido tomadas ya contra los humanoides? Supongo que Seguridad está revisando los archivos en busca de todos los ciudadanos que es posible que hayan cruzado alguna vez nuestras fronteras o hayan llegado lo suficientemente cerca de ellos como para hacer posible un secuestro. Sé, puesto que Macalaster lo mencionó ayer, que están rastreando casos psiquiátricos sospechosos. ¿Qué más?

—Están siendo instalados pequeños dispositivos de rayos X en lugares clave

de las grandes ciudades —dijo Jeffreys —. En los espectáculos de masas, por ejemplo…

—¿Allá donde diez humanoides pueden pasar desapercibidos entre los cien mil espectadores de un partido de fútbol o de air-polo?

—Exactamente

—¿Y en las salas de conciertos y las iglesias?

—Debemos empezar por algún lugar. No podemos hacerlo todo a la vez.

—Particularmente cuando hay que evitar el pánico —dijo Lynn—. ¿No es así? No nos interesa que la gente sepa

que en cualquier impredecible momento, cualquier impredecible ciudad y su contenido humano pueden dejar de existir repentinamente.

—Supongo que eso resulta obvio. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A que una creciente fracción de nuestro esfuerzo nacional será desviada enteramente al preocupante problema de hallar lo que Amberley llamó una maldita pequeña aguja en un maldito gran pajar —dijo Lynn tensamente—. Estaremos persiguiendo alocadamente nuestra propia cola, mientras Ellos incrementan su investigación hasta el punto en que nosotros no podamos ya

alcanzarles; hasta que tengamos que rendirnos sin posibilidad alguna de responder a sus ataques.

»Consideren ahora que esta noticia vaya infiltrándose más y más, y cada vez haya más gente implicada en nuestras contramedidas, y más gente empezando a sospechar lo que estamos haciendo. ¿Qué ocurrirá entonces? El pánico puede causarnos más daño que cualquier bomba CT.

—Por el amor de Dios —dijo el ayudante del presidente, irritado—, ¿qué es lo que sugiere entonces que hagamos?

—Nada —dijo Lynn—. Aceptar como tal su farol. Vivir como hemos

vivido hasta ahora, y apostar a que Ellos no se atreverán a romper el equilibrio por el gusto de hacer estallar una sola bomba.

—¡Imposible! —dijo Jeffreys—. Completamente imposible. El bienestar de todos nosotros está en su mayor parte en mis manos, y no hacer nada es una cosa que no puedo permitirme. Es posible que esté de acuerdo con usted en lo referente a que las máquinas de rayos X en los grandes espectáculos es una especie de medida superficial que probablemente no resultará efectiva, pero tiene que hacerse a fin de que la gente, a posteriori, no llegue a la amarga

conclusión de que dejamos que nuestro país fuera despedazado en beneficio de una sutil línea de razonamiento que conducía al no hacer nada. De hecho, nuestras contramedidas van a ser activadas inmediatamente.

—¿En qué sentido?

El ayudante del presidente Jeffreys miró a Breckenridge. El joven oficial de Seguridad, hasta entonces tranquilamente silencioso, dijo:

—No sirve de nada hablar de romper en un futuro el equilibrio cuando el equilibrio está ya roto en estos momentos. No importa el que esos humanoides estallen o no. Quizá tan sólo

sean un cebo para que piquemos, como usted dice. Pero el hecho de que nos hallamos un cuarto de siglo por detrás de Ellos en robótica sigue siendo cierto, y eso puede ser fatal. ¿Qué otros adelantos en robótica tendrán para sorprendernos si se inicia la guerra? La única respuesta es desviar inmediatamente todas nuestras fuerzas, ahora, en un programa de choque de investigación robótica, y el primer problema es encontrar a los humanoides. Llámelo un ejercicio en robótica si así lo quiere, o llámelo prevención de la muerte de quince millones de hombres, mujeres y niños.

Lynn agitó impotente la cabeza.

—No puede. Si lo hace, se convertirá en un juguete en sus manos. Lo que Ellos quieren es que nos metamos en un callejón sin salida mientras Ellos quedan libres de seguir avanzando en todas las demás direcciones.

—Eso es lo que usted supone —dijo Jeffreys, impaciente—. Breckenridge ha hecho sus sugerencias a través de los canales adecuados, y el gobierno las ha aprobado, y vamos a celebrar una conferencia multidisciplinaria.

—¿Multidisciplinaria?

—Hemos llamado a todos los

científicos más importantes de todas las ramas de las ciencias naturales —dijo Breckenridge—. Todos ellos irán a Cheyenne. Sólo habrá un punto en el orden del día: cómo avanzar en robótica. El punto concreto más importante será: cómo desarrollar un aparato receptor para los campos electromagnéticos del córtex cerebral que sea lo suficientemente delicado como para distinguir entre un cerebro humano protoplasmático y un cerebro humanoide positrónico.

—Esperamos que esté usted dispuesto a encargarse de la conferencia —dijo Jeffreys.

—No fui consultado sobre nada de esto.

—Obviamente andábamos escasos de tiempo, señor. ¿Acepta encargarse de ello?

Lynn sonrió brevemente. Era de nuevo un asunto de responsabilidad. La responsabilidad debía recaer claramente en Lynn, de Robótica. Tenía la sensación de que sería Breckenridge quien estaría realmente a cargo de todo. ¿Pero qué podía hacer?

—Acepto —dijo.

Breckenridge y Lynn regresaron juntos a Cheyenne, donde aquella tarde

Laszlo escuchó con hosca desconfianza la descripción que le hizo Lynn sobre los acontecimientos inmediatos.

—Mientras usted estaba fuera, jefe —dijo Laszlo—, empecé a someter a cinco modelos experimentales de estructuras humanoides a las pruebas habituales. Nuestros hombres están trabajando veinticuatro horas al día, en tres turnos consecutivos. Si tenemos que preparar una conferencia, vamos a vernos abrumados de papeleo. Habrá que detener el trabajo.

—Será tan sólo algo temporal —dijo Breckenridge—. Ganarán mucho más de lo que pierdan.

Laszlo frunció el ceño.

—Un puñado de astrofísicos y de geoquímicos merodeando por los alrededores no van a ayudar una maldita cosa en robótica.

—Los puntos de vista de los especialistas en otros campos pueden ser muy útiles.

—¿Está usted seguro? ¿Cómo sabemos que hay alguna forma de detectar las ondas cerebrales, o aunque la haya, que existe alguna forma de diferenciar el esquema de esas ondas en humanas y humanoides? ¿Y quién puso en marcha ese proyecto, por cierto?

—Yo lo hice —dijo Breckenridge.

—¿Usted? ¿Acaso es usted un experto en robótica?

—He estudiado robótica —dijo el joven agente de Seguridad con gran calma.

—Eso no es lo mismo.

—He tenido acceso a textos relativos a la robótica rusa… en ruso. Material clasificado como alto secreto, mucho más avanzado que cualquier cosa que tengan ustedes aquí.

—Nos ha atrapado, Laszlo —dijo Lynn de mala gana.

—Fue sobre la base de ese material —prosiguió Breckenridge— que sugerí esta línea de investigación en particular.

Es razonablemente cierto que copiar el esquema electromagnético de una mente humana específica en un cerebro positrónico específico no da como resultado un duplicado perfectamente exacto. Por una parte, el más complicado cerebro positrónico lo suficientemente pequeño como para encajar en un cráneo de tamaño humano es centenares de veces menos complejo que el cerebro humano. En consecuencia, no puede captar todos los armónicos, y tiene que existir alguna forma de tomar ventaja de este hecho.

Laszlo pareció impresionado pese a sí mismo, y Lynn sonrió hoscamente. Era

fácil sentirse resentido por la presencia de Breckenridge y la próxima intrusión de varios centenares de científicos de especialidades no robóticas, pero el problema en sí mismo era intrigante. Aquello, al menos, era un consuelo.

Se el ocurrió de la forma más sencilla.

Lynn se encontró con que no tenía nada que hacer excepto sentarse a solas en su oficina, con un cargo ejecutivo que se había convertido en algo meramente titular. Eso le dio tiempo para pensar, para imaginar a los científicos creativos de medio mundo convergiendo en

Cheyenne.

Era Breckenridge quien, con una fría eficiencia; estaba manejando los detalles de los preparativos. Había habido un asomo de suficiencia en la forma en que había dicho:

—Unámonos, y los desbordaremos.

Se le ocurrió de una forma tan sencilla que cualquiera que estuviera observando a Lynn en aquel momento hubiera podido verle parpadear lentamente dos veces…, pero seguramente nada más.

Hizo lo que tenía que hacer con un flotante desapego que mantuvo controlada su calma cuando sabía que,

bajo aquellas circunstancias, hubiera tenido que volverse loco.

Buscó a Breckenridge en el improvisado cuartel general del otro. Breckenridge estaba solo, y frunció el ceño al verle.

—¿Ocurre algo, señor?

—Creo que todo está bien —dijo Lynn, cansadamente—. He establecido la ley marcial.

—¿Qué?

—Como jefe de una división puedo hacerlo, si creo que la situación lo exige. Puedo ser un dictador para mi división. Culpe de ello a las ventajas de la descentralización.

—Anule inmediatamente esa orden. —Breckenridge dio un paso adelante—. Cuando Washington oiga esto, su carrera va a verse arruinada.

—Está arruinada ya de todos modos. No piense que no me doy cuenta de que he sido elegido para el papel del mayor villano de toda la historia norteamericana: el hombre que permitió que Ellos rompieran el equilibrio. No tengo nada que perder…, y quizá tenga mucho que ganar.

Se echó a reír de una forma un tanto alocada.

—Qué magnífico blanco iba a ser la división de Robótica, ¿eh,

Breckenridge? Tan sólo unos cuantos miles de hombres muertos por una bomba CT capaz de barrer setecientos cincuenta kilómetros cuadrados en un microsegundo. Pero quinientos de esos hombres iban a ser nuestros más grandes científicos. Íbamos a encontrarnos en la peculiar posición de tener que luchar en una guerra sin cerebros, o rendirnos. Creo que nos hubiéramos rendido.

—Pero eso es imposible. Lynn, ¿me oye? ¿Comprende? ¿Cómo podrían los humanoides pasar nuestros controles de seguridad? ¿Cómo podrían unirse?

—¡Sin embargo, se están uniendo! Nosotros estamos ayudándoles a

hacerlo. Les estamos ordenando que lo hagan. Nuestros científicos visitan el otro lado, Breckenridge. Los visitan regularmente a Ellos. Usted mismo señaló lo extraño que era el que nadie en robótica lo hiciera. Bien, diez de esos científicos siguen todavía allí, y en su lugar, diez humanoides están convergiendo hacia Cheyenne.

—Esa es una suposición ridícula.

—Creo que es buena, Breckenridge. Pero no funcionaría a menos que nosotros supiéramos que había humanoides en Estados Unidos, de modo que pudiéramos convocar la conferencia. Es una notable coincidencia

el que usted trajera la noticia de la existencia de los humanoides, y sugiriera la conferencia, y sugiriera el orden del día, y esté controlándolo todo, y sepa exactamente cuáles científicos son invitados. ¿Se ha asegurado usted de que los diez correctos han sido incluidos?

—¡Doctor Lynn! —exclamó Breckenridge, ultrajado. Se lanzó hacia delante.

—No se mueva —dijo Lynn—. Tengo conmigo un lanzarrayos. Aguardaremos simplemente a que los científicos lleguen aquí, uno por uno. Uno por uno los pasaremos por los

rayos X. Uno por uno, los monitorizaremos en busca de radiactividad. Ni siquiera dos de ellos podrán unirse sin haber sido chequeados antes, y si todos los quinientos están limpios, entonces le entregaré a usted mi lanzarrayos y me rendiré. Sólo que creo que encontraremos a los diez humanoides. Siéntese, Breckenridge.

Ambos se sentaron.

—Esperaremos —dijo Lynn—. Cuando me sienta cansado, Laszlo me sustituirá. Esperaremos.

El profesor Manuel Jiménez del Instituto de Estudios Superiores de

Buenos Aires estalló mientras el avión estratosférico a reacción en el que viajaba estaba a cinco kilómetros encima del Valle del Amazonas. Fue una simple explosión química, pero fue suficiente como para destruir el avión.

El doctor Herman Liebowitz del M.I.T. estalló en un monorraíl, matando a veinte personas e hiriendo a otro centenar.

De manera similar, el doctor Auguste Marin del Instituto Nucleónico de Montreal y otros siete murieron en diversas etapas de su viaje a Cheyenne.

Laszlo entró en tromba, pálido y

tartamudeante, con las primeras noticias de todo ello. Habían pasado solamente dos horas desde que Lynn se había sentado allí, frente a Breckenridge, lanzarrayos en mano.

—Pensé que estaba usted loco, jefe —dijo Laszlo—, pero tenía razón. Eran humanoides. Tenían que serlo. —Se volvió para mirar con ojos llenos de odio a Breckenridge—. Sólo que fueron avisados. Él les avisó, y ahora no ha quedado ninguno intacto. Ninguno que podamos estudiar.

—¡Dios Mío! —exclamó Lynn, y en un desesperado frenesí apuntó su lanzarrayos hacia Breckenridge y

disparó. El cuello del hombre de Seguridad desapareció; el torso se derrumbó; la cabeza cayó, golpeó sordamente contra el suelo, y rodó sobre sí misma.

—No lo comprendí —gimió Lynn—. Pensé que era un traidor. Nada más.

Y Laszlo permaneció inmóvil allí de pie, la boca abierta, incapaz por el momento de hablar.

—Es cierto, él les avisó —dijo Lynn tensamente—. ¿Pero cómo pudo hacerlo mientras permanecía sentado en esta silla, a menos que estuviera equipado con un radiotransmisor implantado? ¿No lo comprende? Breckenridge había

estado en Moscú. El auténtico Breckenridge aún sigue allí. Oh, Dios mío, eran once.

Laszlo consiguió emitir un ronco gruñido.

—¿Por qué él no estalló?

—Estaba demorándose, supongo, para asegurarse de que los otros habían recibido su mensaje y habían resultado destruidos como correspondía. Señor, señor, cuando usted trajo las noticias y me di cuenta de la verdad, temí no poder disparar lo suficientemente rápido. Sólo Dios sabe por cuantos segundos le gané.

—Al menos —dijo Laszlo temblorosamente—, tenemos uno para

estudiar. —Se inclinó y palpó con los dedos el pegajoso liquido que rezumaba de los restos del cuello del decapitado cuerpo.

No era sangre, sino aceite de máquina de gran calidad.

Imagen en un espejo

Lije Baley acababa de decidir volver a encender su pipa cuando la puerta de su despacho se abrió sin una llamada preliminar o un aviso de cualquier otra clase. Baley alzó la mirada haciendo una mueca de irritación..., y dejó caer su pipa. El hecho de que no intentara recogerla decía mucho sobre su estado mental.

—R. Daneel Olivaw... —dijo con una mezcla de excitación y desconcierto —. ¡Por todos los cielos! Eres tú, ¿verdad?

—En efecto —dijo el alto y

bronceado recién llegado, y su rostro impasible no perdió ni por un momento su expresión de calma habitual—. Lamento sorprenderle entrando sin avisar, pero la situación es delicada y hay que implicar al mínimo número de robots y seres humanos posible..., incluso en este lugar. Me complace mucho volver a verle, compañero Elijah.

El robot alargó la mano derecha en un gesto tan completamente humano como su apariencia. Baley seguía estando tan desconcertado que se quedó inmóvil durante unos momentos contemplando aquella mano como si no

entendiera qué se esperaba de él. Pero después la estrechó entre las suyas sintiendo su cálida firmeza.

—¿Pero por qué, Daneel? Eres bienvenido aquí en cualquier momento, pero... ¿Cuál es esa situación tan delicada de la que has hablado? ¿Volvemos a tener problemas? ¿Es que la Tierra...?

—No, compañero Elijah, no es algo que afecte a la Tierra. A primera vista la situación que he calificado de delicada es algo insignificante, y se limita a una disputa entre matemáticos; pero dio la casualidad de que nos encontrábamos a un paso de la Tierra, por decirlo así, y...

—Entonces esa disputa tuvo lugar en una nave espacial.

—Sí, por supuesto. Fue una disputa sin importancia, aunque los humanos implicados en ella parecieron considerarla sorprendentemente grave.

Baley no pudo evitar una sonrisa.

—No me extraña que los seres humanos te resulten sorprendentes. No estamos sometidos a las Tres Leyes, recuérdalo.

—Eso es una deficiencia, por supuesto —observó gravemente R. Daneel—, y creo que en ocasiones los seres humanos son capaces de sorprender incluso a los mismos seres

humanos. Puede que usted se sorprenda menos que los espaciales debido a que en la Tierra hay muchos más seres humanos que en los Mundos Exteriores. Si es así, y creo que estoy en lo cierto, podrá ayudarnos. —R. Daneel hizo una pausa, y cuando siguió hablando Baley tuvo la impresión de que lo hacía más deprisa que de costumbre—. A pesar de todo he aprendido algunas de las reglas que rigen el comportamiento humano. Por ejemplo, según los patrones de conducta humanos creo que acabo de comportarme de una forma descortés ya que no le he preguntado por su mujer y su hijo.

—Están bien. El chico está en la escuela, y Jessie se ha metido en la política local. Bueno, ya hemos cumplido con los requisitos de la cortesía... Ahora cuéntame cómo has llegado hasta aquí.

—Como ya le he explicado podría decirse que estábamos a un paso de la Tierra —dijo R. Daneel—, y sugerí al capitán de la nave que consultáramos con usted.

—¿Y el capitán aceptó?

Baley tuvo una súbita visión del altivo capitán de una nave espacial de los Mundos Exteriores dando su permiso para posarse nada menos que en la

Tierra..., ¡para consultar con un terrestre!

—Creo que se hallaba en una situación tan complicada que habría aceptado cualquier sugerencia —dijo R. Daneel—. Además yo le hablé de usted y le alabé considerablemente, aunque estoy seguro de haber dicho sólo la verdad. Acabé aceptando encargarme de las negociaciones para que ningún pasajero o miembro de la tripulación se viera obligado a tener el más mínimo contacto con ninguna de las ciudades terrestres.

—Y para que no tuviera que hablar con ningún terrestre, naturalmente...

¿Pero qué ocurrió exactamente?

—Entre el pasaje de la nave espacial Eta Carina había dos matemáticos que iban a Aurora para asistir a una conferencia interestelar de neurobiofísica. La disputa tuvo lugar entre esos dos matemáticos..., Alfred Barr Humboldt y Gennao Sabbat. ¿Ha oído hablar de uno de ellos o de los dos, compañero Elijah?

—No, no he oído hablar de ninguno de los dos —replicó Baley—. No sé nada de matemáticas. Daneel, supongo que no le habrás dicho a nadie que soy un entusiasta de las matemáticas o...

—Desde luego que no, compañero

Elijah. Ya sé que nunca le han interesado, pero eso no importa porque la naturaleza exacta de las matemáticas implicadas no tiene ninguna relevancia para el asunto.

—Bueno, entonces adelante.

—Dado que no conoce a ninguno de los dos matemáticos, compañero Elijah, permítame decirle que el doctor Humboldt ya ha entrado en su década número veintisiete de existencia... Disculpe, ¿decía algo?

—Nada, nada —murmuró Baley con irritación. Se había limitado a lanzar una exclamación ahogada en una reacción natural a ese nuevo recordatorio de la

vida prolongadísima que era habitual entre los habitantes de los Mundos Exteriores—. ¿Y todavía sigue activo a pesar de su edad? En la Tierra un matemático de más de treinta años ya no suele...

—La opinión unánime es que el doctor Humboldt es uno de los tres matemáticos más eminentes de la Galaxia —dijo Daneel con su voz impasible de costumbre—, y sigue en activo, naturalmente. En cuanto al doctor Sabbat es muy joven y aún no ha cumplido cincuenta años, pero ya ha conseguido una gran reputación como el talento más notable de las más oscuras

ramas de las matemáticas.

—Así que los dos son grandes matemáticos, ¿eh? —dijo Baley. Se acordó de su pipa y la recogió, pero decidió que ya no valía la pena volver a encenderla y vació la cazoleta—. ¿Qué ocurrió? ¿Se ha cometido un asesinato? ¿Uno de ellos ha matado al otro o qué?

—Uno de esos dos hombres de gran reputación está intentando destruir la del otro. Según los valores humanos, creo que puede considerarse que eso es algo peor que el asesinato físico.

—Sí, supongo que a veces puede considerarse que lo es... Así que uno de ellos está intentando destruir la

reputación del otro, ¿eh? ¿Por qué?

—El porqué... Ése es el punto crucial, compañero Elijah: el porqué.

—Continúa.

—El doctor Humboldt ha expuesto su versión de los hechos con mucha claridad. Dice que antes de subir a bordo tuvo un destello de inspiración e imaginó un nuevo método de analizar los canales neurales a través de los cambios producidos en los esquemas de absorción de las microondas en las zonas corticales locales. Su inspiración acabó dando como resultado una técnica puramente matemática de extraordinaria sutileza, pero naturalmente no puedo

comprender los detalles y me resulta imposible transmitirlos de forma comprensible; y de todas formas los detalles no son importantes. El doctor Humboldt siguió pensando en su idea, ya cada hora que pasaba estaba más convencido de tener entre manos algo realmente revolucionario que convertiría en insignificantes sus logros anteriores en el terreno de las matemáticas..., y entonces se enteró de que el doctor Sabbat también estaba a bordo.

—Ah... ¿Y trató de ponerse en contacto con él?

—Exactamente. Los dos habían

coincidido en reuniones de carácter profesional con anterioridad, y cada uno de ellos conocía la gran reputación del otro. Humboldt fue a ver a Sabbat y le expuso su idea con gran detalle. Sabbat estudió el análisis de Humboldt, y se mostró muy generoso en sus alabanzas sobre la importancia del descubrimiento y su ingeniosa elaboración matemática. Sus palabras alentaron y tranquilizaron a Humboldt, y éste preparó un informe en el que describía de forma resumida las líneas generales de su trabajo, y dos días más tarde hizo que fuera enviado por onda subetérica a Aurora y al presidente adjunto de la conferencia

para que éste pudiera dejar establecida de forma oficial su prioridad y hacer los arreglos necesarios a fin de que pudiera ser discutido antes de que terminaran las sesiones... y para sorpresa suya se enteró de que Sabbat había redactado un informe prácticamente idéntico al de Humboldt que había presentado como suyo, y que se preparaba para enviarlo a Aurora mediante la onda subetérica.

—Supongo que Humboldt se pondría furioso.

—¡Muchísimo!

—¿Y Sabbat? ¿Cuál es su historia?

—Exactamente la misma que la del doctor Humboldt palabra por palabra.

—Bien, entonces... ¿Cuál es el problema?

—Que los dos informes son tan idénticos como un objeto y su imagen en un espejo salvo por el cambio de nombres. Según Sabbat fue él quien tuvo la idea y quien consultó a Humboldt; según Humboldt fue Sabbat quien estuvo de acuerdo con su análisis y lo alabó.

—Así que cada uno afirma que la idea es suya y que el otro se la robó, ¿eh? Bueno, no me parece que haya ningún problema... En asuntos de la erudición siempre he creído que basta con exhibir las grabaciones del proceso de investigación debidamente fechadas y

autentificadas. El juicio de prioridad puede establecerse a partir de esos datos. Aunque uno de los dos presentara una falsificación podría averiguarse mediante las contradicciones internas.

—En circunstancias normales tendría razón al afirmar que no habría ningún problema, compañero Elijah, pero hablamos de matemáticas y no de una ciencia experimental. El doctor Humboldt afirma haber elaborado mentalmente los puntos esenciales, y dice que no puso nada por escrito hasta que inició la redacción del informe..., y el doctor Sabbat dice exactamente lo mismo, por supuesto.

—Bien, entonces hay que ser un poco más drástico y usar otro método de comprobación. Someteles a un sondeo psíquico y averiguarás cuál de los dos está mintiendo.

R. Daneel negó lentamente con la cabeza.

—No comprende cómo son esos hombres, compañero Elijah. Pertenecen a la intelectualidad, y son miembros de la Academia de Ciencias. Eso impide que puedan ser juzgados por su conducta profesional salvo por un jurado de sus colegas profesionales..., a menos que decidan renunciar a ese derecho, naturalmente.

—Lo que dicho en otras palabras significa que el culpable no renunciará a ese derecho porque no puede permitirse el lujo de enfrentarse a un sondeo psíquico, y que el inocente renunciará enseguida. Ni siquiera tendrías que llevar a cabo e] sondeo, Daneel.

—Las cosas no funcionan de esa manera, compañero Elijah. Renunciar a ese derecho en este caso equivale a aceptar una investigación llevada a cabo por profanos en la materia, y eso supondría aceptar un golpe muy serio a su prestigio profesional y correr el riesgo de que éste no se recuperara nunca. Los dos se niegan a renunciar a

su derecho a un juicio especial. Es un asunto de orgullo profesional, y el problema de la culpabilidad o la inocencia se ha vuelto completamente secundario para ellos.

—En ese caso olvídalo todo hasta que lleguéis a Aurora. En la conferencia de neurobiofísica habrá un gran número de colegas profesionales suyos, y entonces...

—Eso significaría asestar un tremendo golpe a la ciencia, compañero Elijah. Ambos sufrirían las consecuencias de haber sido los instrumentos de un gran escándalo, e incluso el inocente sería culpado por

haberse visto involucrado en tan desagradable situación. El problema debería ser resuelto de la forma más discreta posible.

—De acuerdo. No he nacido en los Mundos Exteriores, pero intentaré imaginar que esa actitud tiene sentido. ¿Qué es lo que dicen los dos matemáticos en cuestión?

—Humboldt está totalmente de acuerdo. Dice que si Sabbat admite haberle robado la idea y permite que él transmita el informe o deja que lo presente en la conferencia no presentará ninguna acusación. El delito de Sabbat será un secreto sólo conocido por él..., y

naturalmente por el capitán, que es el único ser humano implicado en la disputa aparte de los dos matemáticos.

—Pero supongo que el joven Sabbat no acepta esa solución, ¿verdad?

—Al contrario, está de acuerdo con el doctor Humboldt hasta en el último detalle..., sólo que invirtiendo los nombres. De nuevo la imagen en el espejo, compañero Elijah.

—Así que la cosa está en tablas y cada uno sigue sentado esperando que el otro dé su brazo a torcer, ¿no?

—Creo que cada uno de ellos está esperando a que el otro haga un movimiento y admita su culpabilidad,

compañero Elijah.

—Bueno, entonces esperemos.

—El capitán ha decidido que eso es imposible. Existen otras dos alternativas al esperar. La primera es que los dos sigan firmes en su actitud hasta que la nave espacial se pose en Aurora y se produzca el escándalo intelectual. El capitán es responsable de la administración de justicia a bordo de la nave y caerá en desgracia por no haber sido capaz de arreglar discretamente el asunto, y la alternativa le parece evidentemente inadmisible.

—¿Y la segunda alternativa?

—Es que uno de los dos

matemáticos acabe admitiendo que ha obrado mal. Pero el que por fin confiese, ¿lo hará realmente abrumado por su culpabilidad o sólo por el noble deseo de evitar el escándalo? ¿Es correcto privar de la fama a una persona lo suficientemente ética para preferir perder esa fama antes que ver perjudicada a toda la disciplina científica a la que ha consagrado sus esfuerzos? O, por el contrario, ¿confesará la parte culpable en el último momento, de modo que haga parecer que actúa de esa forma por el bien de la ciencia escapando así al deshonor y arrojando la sombra de la duda sobre el

otro? El capitán será la única persona que llegue a saberlo, pero no desea pasar el resto de su existencia preguntándose qué papel jugó en un terrible fracaso de la justicia.

—Un jueguecito intelectual, ¿eh? ¿Quién se desmoronará primero mientras Aurora se va acercando un poco más a cada momento que pasa? ¿Es ésa toda la historia, Daneel?

—Todavía no. Existen testigos.

—¡Cielo santo! ¿Por qué no lo dijiste enseguida? ¿Qué testigos?

—El sirviente personal del doctor Humboldt...

—Un robot, supongo.

—Sí, por supuesto. Se llama R. Preston. El sirviente estuvo presente durante la primera entrevista, y ha confirmado lo dicho por el doctor Humboldt hasta el último detalle.

—Lo cual quiere decir que la idea se le ocurrió al doctor Humboldt; que el doctor Humboldt se la explicó al doctor Sabbat; que el doctor Sabbat alabó la idea y todo lo demás, ¿no?

—Sí, en todos sus detalles.

—Entiendo. ¿ y resuelve eso el problema o no? Es de suponer que no, ¿verdad?

—Tiene toda la razón, compañero Elijah. No resuelve el problema porque

existe un segundo testigo. El doctor Sabbat también tiene un sirviente personal, R. Idda, otro robot del mismo modelo que R. Preston que creo fue construido el mismo año en la misma fábrica; y ambos han permanecido en servicio el mismo período de tiempo.

—Una coincidencia curiosa..., muy curiosa.

—Un hecho que me temo hace muy difícil llegar a ningún juicio basado en obvias diferencias entre ambos sirvientes.

—Así que R. Preston cuenta la misma historia que R. Idda, ¿eh?

—Exactamente la misma, salvo por

el detalle de la imagen en el espejo de los nombres.

—Así pues R. Idda afirma que el joven Sabbat, que aún no tiene cincuenta años... —Lije Baley no pudo evitar del todo que en su voz hubiera un matiz sardónico, ya que él aún no había cumplido los cincuenta años y no se sentía precisamente joven—, tuvo la idea primero; que se la expuso al doctor Humboldt el cual la alabó entusiásticamente y todo lo demás, ¿no?

—Sí, compañero Elijah.

—Entonces uno de los dos robots está mintiendo.

—Así parece.

—Debería resultar sencillo averiguar cuál. Supongo que incluso un examen superficial llevado a cabo por un buen roboticista...

—En este caso no basta con un roboticista, compañero Elijah. Sólo un robopsicólogo cualificado posee la experiencia y la autoridad suficientes para tomar una decisión en un caso de tanta importancia, y no hay ninguno lo bastante cualificado a bordo de la nave. Un examen de tales características sólo podrá realizarse cuando hayamos llegado a Aurora...

—Y por aquel entonces ya será demasiado tarde. Bien, ahora estás en la

Tierra, ¿no? Estoy seguro de que podremos encontrar algún robopsicólogo lo suficientemente cualificado, y también estoy casi seguro de que nada de cuanto ocurra en la Tierra llegará a saberse en Aurora y de que no habrá ningún escándalo.

—El problema estriba en que ni el doctor Humboldt ni el doctor Sabbat están dispuestos a permitir que sus sirvientes sean examinados por un robopsicólogo de la Tierra. El terrestre tendría que...

Hizo una pausa.

—Tendría que tocar al robot —dijo Baley con voz impasible.

—Son robots que llevan mucho tiempo a su servicio, y...

—No pueden ser contaminados por el roce de un terrestre, ¿no? ¿Entonces qué es lo que quieres que haga, maldita sea? —Baley guardó silencio durante unos momentos y torció el gesto—. Lo siento, Daneel, pero no veo razón alguna por la que puedas querer implicarme en este asunto.

—Yo me encontraba a bordo de la nave por una misión que no tiene nada que ver con el problema que nos ocupa ahora —dijo el robot—. El capitán se dirigió a mí porque necesitaba dirigirse a alguien. Debí de parecerle lo

suficientemente humano como para poderme hablar de ello, y lo suficientemente robótico como para ser un receptor seguro de sus confidencias. Me contó toda la historia y me preguntó qué haría si estuviese en su lugar. Comprendí que nos encontrábamos lo bastante cerca de la Tierra para poder hacer una breve escala en ella, y le dije al capitán que aunque el problema de la imagen en un espejo me tenía tan confuso como a él había alguien en la Tierra que podía ayudarle a resolverlo.

—¡Cielo santo! —murmuró Baley.

—Compañero Elijah, piense que si consiguiera resolver este problema tanto

su carrera como la Tierra saldrían considerablemente beneficiadas. El asunto no podría ser divulgado, por supuesto, pero el capitán es un hombre con ciertas influencias en su mundo natal y sabría mostrarse agradecido.

—Estás depositando un gran peso sobre mis hombros, Daneel.

—Estoy totalmente seguro de que ya tiene alguna idea respecto a lo que hay que hacer —dijo R. Daneel con voz impasible.

—¿De veras? Supongo que el paso más obvio es interrogar a los matemáticos..., uno de los cuales parece que es también un ladrón.

—Me temo que ninguno de los dos querrá venir a la Ciudad, compañero Elijah..., y tampoco querrán que vaya a verles.

—Y no hay forma de obligar a un espacial a que se ponga en contacto con ningún terrestre sea cual sea la emergencia. Sí, Daneel, lo comprendo..., pero yo estaba pensando en una entrevista mediante un circuito cerrado de televisión.

—Tampoco es posible. No se dejarán interrogar por un terrestre.

—¿Entonces qué es lo que quieren de mí? ¿Puedo hablar con los robots?

—No permitirán que los robots

vengan aquí.

—Cielo santo, Daneel... ¡Tú has venido!

—Fue decisión mía. Mientras me encuentre a bordo de una nave espacial me está permitido tomar decisiones de esa índole sin que ningún ser humano aparte del capitán pueda ponerme impedimento alguno..., y el capitán se mostró muy deseoso de que estableciera contacto con usted. Le conozco lo suficientemente bien como para decidir que el contacto por televisión era insuficiente, compañero Elijah, y además deseaba estrechar su mano.

Lije Baley se ablandó un poco.

—Aprecio lo que acabas de decir, Daneel, pero si quieres que te sea sincero sigo deseando que no hubieras pensado en mí para resolver este caso. ¿Puedo hablar con esos robots mediante el circuito cerrado de televisión?

—Supongo que sería factible.

—Bueno, algo es algo. Significa que tendré que hacer el trabajo de un robopsicólogo..., de la peor manera posible.

—Pero usted es detective, no robopsicólogo.

—Dejemos eso a un lado de momento y pensemos un poco antes de interrogar a los robots. ¿Es posible que

ambos robots estén diciendo la verdad, Daneel? Puede que la conversación que mantuvieron los dos matemáticos fuese un tanto equívoca. Quizá se desarrolló de forma que cada robot está sinceramente convencido de que su dueño es el propietario original de la idea..., o quizá un robot sólo oyó una parte de la conversación y el otro otra parte, y cada uno pudo suponer que la idea había surgido de su dueño.

—Eso es completamente imposible, compañero Elijah. Ambos robots repiten la conversación de forma idéntica, y las dos repeticiones son básicamente completas.

—¿Entonces no cabe ninguna duda de que uno de los dos robots está mintiendo?

—Ninguna.

—¿Podré ver la transcripción de todas las evidencias obtenidas hasta el momento..., en presencia del capitán si llegara a resultar necesario?

—Pensé que podría pedírmelo, y he traído copias conmigo.

—Estupendo. ¿Sabes si se confrontó a un robot con el otro, y en caso de que se hiciera si existe una transcripción del resultado ?

—Los robots se limitaron a repetir sus declaraciones iniciales. La

confrontación habría tenido que ser supervisada por un robopsicólogo.

—¿O por mí?

—Usted es detective, compañero Elijah, no...

—De acuerdo, Daneel, de acuerdo... Intentaré guiarme por la psicología de los espaciales. Un detective puede hacerlo precisamente porque no es un robopsicólogo, ¿entiendes? Bien, sigamos pensando... En circunstancias normales un robot no mentirá, pero lo hará si es necesario para no infringir las Tres Leyes. Puede mentir para proteger su propia existencia de acuerdo con la Tercera Ley, y su capacidad para mentir

aumenta considerablemente cuando lo hace siguiendo una orden dada por un ser humano en concordancia con la Segunda Ley; y esa capacidad de mentir aumenta todavía más si el objetivo de la mentira es salvar una vida humana o impedir que un ser humano sufra daños porque en ese caso está obedeciendo la Primera Ley.

—Cierto.

—Y en este caso cada robot podría estar defendiendo la reputación profesional de su dueño, y podría llegar a mentir si lo considerase necesario. Bajo estas circunstancias la reputación profesional puede ser algo equivalente a

la vida, lo que equivaldría a una compulsión a mentir originada en la Primera Ley.

—Pero con esa mentira cada sirviente estaría dañando la reputación profesional del otro matemático, compañero Elijah.

—Así es, pero cada robot puede tener una concepción muy clara de lo que vale la reputación de su dueño y juzgar honestamente que es superior a la del otro matemático; y en tal caso supondría que su mentira produciría un daño menor que decir la verdad.

Lije Baley permaneció inmóvil y en silencio durante unos momentos después

de haber pronunciado aquellas palabras.

—Bien —dijo por fin—, ¿podrías arreglar que pueda hablar un rato con cada robot? Creo que empezaré por R. Idda.

—¿El robot del doctor Sabbat?

—Sí —dijo secamente Baley—, el robot del jovencito.

—Necesitaré unos minutos —dijo R. Daneel—. He traído conmigo un micro-receptor conectado a un proyector. Sólo preciso una pared lisa, y creo que ésa servirá si me permite retirar el montón de cintas que hay delante de ella.

—Por supuesto. ¿He de hablar por

un micrófono o algo parecido?

—No, nada de eso. y ahora le ruego que me disculpe, compañero Elijah, pero he de ponerme en contacto con la nave y concertar la entrevista con R. Idda.

—Si vas a tardar un rato en conseguirlo, ¿por qué no me das la transcripción para que le vaya echando una ojeada mientras ?

Lije Baley encendió su pipa mientras R. Daneel preparaba el equipo, y hojeó el fajo de papeles que le había entregado el robot.

Pasaron diez minutos.

—Compañero Elijah, si está

preparado R. Idda también lo está —dijo R. Daneel—. ¿O quizá prefiere dedicar unos minutos más al examen de la transcripción?

—No —dijo Baley, y suspiró—. No he averiguado nada nuevo aparte de lo que ya me has contado. Establece la conexión, y asegúrate de que la entrevista quede grabada y sea transcrita.

La proyección bidimensional que apareció sobre la pared hacía que R. Idda cobrara un aspecto un poco irreal. El robot era básicamente metálico, y tenía muy poco que ver con la criatura

humanoide que era R. Daneel. Su cuerpo era alto pero robusto, y salvo algunos pequeños detalles estructurales había muy poco que lo distinguiera de los muchos robots que Baley había visto antes.

—Buenos días, R. Idda —dijo Baley.

—Buenos días, amo —replicó R. Idda con una voz grave que sonaba sorprendentemente humana.

—Eres el sirviente personal de Gennao Sabbat, ¿verdad?

—Así es, amo.

—¿Desde hace cuánto tiempo, muchacho?

—Desde hace veintidós años, amo.

—¿Y la reputación de tu dueño es muy valiosa para ti?

—Sí, amo.

—¿Considerarías muy importante proteger esa reputación?

—Sí, amo.

—¿Crees que proteger su reputación es tan importante como proteger su vida?

—No, amo.

—¿Crees que proteger su reputación es tan importante como proteger la reputación de otro ser humano ?

R. Idda vaciló unos momentos antes de responder.

—En situaciones semejantes hay que tomar una decisión basándose en el mérito de cada individuo, amo —dijo por fin—. No hay ninguna forma de establecer una regla general.

Baley sufrió un momento de duda. Aquellos robots espaciales hablaban de forma mucho más educada e inteligente que los modelos terrestres y Baley no estaba totalmente seguro de poder ser más listo que ellos.

—Si decidieras que la reputación de tu dueño es más importante que la de otro ser humano..., digamos que la de Alfred Barr Humboldt... ¿Mentirías para proteger la reputación de tu dueño? —

preguntó por fin.

—Sí, amo, lo haría.

—¿Mentiste cuando prestaste testimonio relativo a la conducta de tu dueño en su controversia con el doctor Humboldt?

—No, amo.

—Pero si lo hiciste negarías que habías mentido a fin de que la mentira anterior no fuese descubierta, ¿verdad?

—Sí, amo.

—Bien —dijo Baley—, pasemos a otro asunto... Tu dueño es un joven matemático de gran reputación, pero es joven. Si hubiera sucumbido a la tentación y hubiera faltado a la ética en

su controversia con el doctor Humboldt su reputación sufriría un cierto eclipse, desde luego, pero es joven y tendría mucho tiempo para recuperarse del golpe. Aún le quedarían muchos triunfos intelectuales por delante, y su intento de cometer un plagio acabaría siendo considerado como el típico error de un joven impulsivo y atolondrado. Sería algo que no afectaría demasiado a su futuro. En cambio si fuese el doctor Humboldt quien había sucumbido a la tentación el asunto resultaría mucho más serio. El doctor Humboldt es un anciano cuyo historial de grandes logros intelectuales abarca siglos, y hasta ahora

su reputación había sido totalmente intachable..., pero todo eso quedaría olvidado a causa de este único crimen cometido en los últimos años de su existencia, y no tendría ni la más mínima oportunidad de recuperarse en el relativamente poco tiempo de vida que le queda. Habría muy pocas cosas que pudiera hacer. En el caso del doctor Humboldt eso representaría mucho más trabajo arruinado que en el de tu amo y, por lo tanto, muchas menos oportunidades de recobrar su posición anterior. Supongo que comprendes que de los dos es el doctor Humboldt quien se enfrenta a la peor situación, y que por

lo tanto merece ser tratado con mayor consideración.

Hubo un silencio bastante prolongado.

—Mentí al prestar testimonio —dijo por fin R. Idda—. El trabajo pertenecía al doctor Humboldt, y mi dueño obró mal al intentar atribuirse el mérito que le correspondía a éste.

—Muy bien, muchacho —dijo Baley —. Te ordeno que no digas nada de todo esto a nadie hasta haber recibido permiso del capitán de la nave para hacerlo. Puedes irte.

La pantalla quedó vacía, y Baley dio una chupada a su pipa.

—¿Crees que el capitán habrá oído eso, Daneel ?

—Estoy seguro de ello. Aparte de nosotros es el único que tiene acceso a la conexión.

—Bien... y ahora ocupémonos del otro.

—Pero ya no es necesario, compañero Elijah. Dado lo que R. Idda acaba de confesar...

—Por supuesto que es necesario. La confesión de R. Idda no aclara nada.

—¿Nada?

—Nada en absoluto. Yo le hice ver que el doctor Humboldt se encontraba en una situación peor que la de su dueño.

Naturalmente si mentía para proteger a Sabbat eso le impulsaría a decir la verdad, como de hecho afirmó estar haciendo, pero si estaba diciendo la verdad antes también le impulsaría a mentir para proteger al doctor Humboldt. Volvemos a estar ante la imagen en el espejo, y no hemos conseguido nada.

—Pero... ¿Qué vamos a conseguir interrogando a R. Preston?

—Si la imagen en el espejo fuera perfecta nada..., pero no lo es. Después de todo uno de los robots dice la verdad y otro está mintiendo, y eso crea un punto de asimetría. Veamos a R. Preston.

Ah, si está lista dame la transcripción del examen de R. Idda.

El proyector volvió a entrar en funcionamiento. R. Preston le devolvió la mirada a Baley desde la pantalla. Era idéntico a R. Idda en todos los detalles salvo por algunos adornos en el pecho.

—Buenos días, R. Preston —dijo Baley manteniendo la transcripción del examen de R. Idda delante de él mientras hablaba.

—Buenos días, amo —dijo R. Preston. Su voz era idéntica a la de R. Idda.

—Eres el sirviente personal de Alfred Barr Humboldt, ¿verdad?

—Lo soy, amo.

—¿Desde hace cuánto tiempo, muchacho?

—Desde hace veintidós años, amo.

—¿Y la reputación de tu dueño es valiosa para ti?

—Sí, amo.

—¿Consideras importante el proteger esa reputación?

—Sí, amo.

—¿Crees que proteger su reputación es tan importante como proteger su vida?

—No, amo.

—¿Crees que proteger su reputación es tan importante como proteger la

reputación de otro ser humano ?

R. Preston vaciló.

—En situaciones semejantes hay que tomar una decisión basándose en el mérito de cada individuo, amo —dijo por fin—. No hay ninguna forma de establecer una regla general.

—Si decidieras que la reputación de tu dueño es más importante qpe la de otro ser humano..., digamos que la de Gennao Sabbat... ¿Mentirías para proteger la reputación de tu dueño? —preguntó Baley.

—Sí, amo, lo haría.

—¿Mentiste cuando prestaste testimonio relativo a la conducta de tu

dueño en su controversia con el doctor Sabbat?

—No, amo.

—Pero si lo hiciste negarías que habías mentido a fin de que la mentira anterior no fuese descubierta, ¿verdad?

—Sí, amo.

—Bien —dijo Baley—, entonces consideremos esto... Tu dueño, Alfred Barr Humboldt, es un anciano que goza de una gran reputación como matemático pero ya es muy viejo. Si hubiera sucumbido a la tentación y hubiera faltado a la ética en su controversia con el doctor Sabbat sufriría un cierto eclipse en su reputación, pero su gran

edad y los siglos de grandes logros estarían a su favor y lo superaría. Su intento de cometer un plagio acabaría siendo considerado como el error de un hombre viejo y quizá enfermo que no había sabido obrar juiciosamente. En cambio, si fuera el doctor Sabbat quien hubiera sucumbido a la tentación el asunto sería mucho más serio. El doctor Sabbat es un hombre joven cuya reputación está mucho menos afianzada. En circunstancias normales tendría ante él varios siglos en los que podría acumular conocimientos y hacer grandes cosas, pero todo eso le resultaría imposible a causa de ese error de

juventud. El futuro que puede perder es mucho más largo que el de tu dueño. Supongo que comprendes que de los dos es Sabbat quien se encuentra en peor situación, y que por lo tanto merece una consideración más grande.

Hubo un silencio muy prolongado.

—Mentí al prestar tes... —empezó a decir R. Preston con voz átona.

El robot no completó la frase y no dijo nada más.

—Sigue hablando, R. Preston —dijo Baley.

No obtuvo respuesta.

—Me temo que el cerebro positrónico de R. Preston ha quedado en

éxtasis, compañero Elijah —dijo Daneel —. Está inutilizado.

—Bien, en tal caso por fin hemos conseguido producir una asimetría —dijo Baley—. Partiendo de ahí podremos averiguar quién es el culpable.

—¿Cómo, compañero Elijah?

—Piensa en ello. Supón que eres la persona que no ha cometido el crimen y que tu robot puede atestiguarlo. En tal caso no necesitarás hacer nada, ¿verdad? Tu robot dirá la verdad y tú quedarás al margen, pero si eres la persona que ha cometido el crimen tendrás que depender de tu robot para

que te salve con una mentira. Tu situación puede llegar a ser bastante peligrosa porque aunque el robot es capaz de mentir si es necesario siempre estará más inclinado a decir la verdad que a mentir, y la mentira será menos firme e inatacable que la verdad. Para evitar tal eventualidad lo más probable es que quien haya cometido el crimen tenga que ordenar a su robot que mienta de forma que la Primera Ley quede reforzada por la Segunda Ley ..., quizá muy considerablemente.

—Eso parece razonable —dijo R. Daneel.

—Supón que tenemos dos robots,

uno en cada situación. Un robot cambiaría de la verdad no reforzada a la mentira y podría hacerlo después de una cierta vacilación sin sufrir ninguna avería grave. El otro robot debería cambiar de la mentira fuertemente reforzada a la verdad, pero correría el riesgo de quemar varios canales positrónicos de su cerebro y acabar en éxtasis.

—Y puesto que eso es lo que le acaba de suceder a R. Preston...

—El doctor Humboldt es el culpable de plagio. Si transmites esto al capitán de la nave y le dices que hable con el doctor Humboldt confrontándole con

esta nueva situación quizá consiga obligarle a confesar. Si es así espero que me lo digas inmediatamente.

—Lo haré, desde luego. ¿Me disculpa, compañero Elijah? Debo hablar con el capitán en privado.

—Por supuesto. Utiliza la sala de conferencias, está protegida contra interferencias.

Baley descubrió que no podía trabajar en nada durante la ausencia de R. Daneel, y permaneció sentado en un inquieto silencio. Muchas cosas dependían de que su análisis fuera correcto, y Baley era agudamente consciente de su falta de experiencia en

robótica.

R. Daneel regresó al cabo de media hora..., que fue con mucho la media hora más larga de toda la vida de Baley. Intentar averiguar lo que había ocurrido por la expresión del impasible rostro del robot humanoide era imposible, naturalmente. Baley intentó que su rostro permaneciera igualmente impasible.

—¿Y bien, R. Daneel? —preguntó.

—Todo ha ocurrido tal y como usted dijo que ocurriría, compañero Elijah. El doctor Humboldt ha confesado. Dijo que contaba con que el doctor Sabbat cedería y permitiría que el doctor Humboldt se anotara su último gran

triunfo científico. La crisis ha quedado resuelta, y estoy seguro de que el capitán sabrá expresarle adecuadamente su gratitud. Me ha dado permiso para decirle que admira enormemente la sutil agudeza de sus razonamientos, y creo que yo mismo estaré mejor considerado a partir de ahora por haberle sugerido que consultara con usted.

—Bien —dijo Baley. Descubrir que había acertado hizo que Baley fuera repentinamente consciente de que le temblaban las rodillas y de que tenía la frente cubierta de sudor—. Pero Daneel, por todos los cielos... No vuelvas a ponerme nunca en un compromiso

semejante, ¿de acuerdo?

—Intentaré no hacerlo, compañero Elijah. Todo dependerá de la importancia de la crisis o de lo cerca que esté usted, o de cierto número de factores. Pero tengo una pregunta que hacerle...

—¿Sí?

—¿Acaso no era posible suponer que el paso de una mentira a la verdad podía resultar fácil mientras que el paso de la verdad a una mentira podía resultar difícil? Y en ese caso, ¿no era posible que el robot hubiera quedado afectado por el paso de la verdad a una mentira, y puesto que R. Preston estaba

claramente afectado no se podía haber llegado a la conclusión de que el doctor Humboldt era inocente y el doctor Sabbat culpable?

—Sí, Daneel. Ese argumento era posible, pero fue el otro argumento el que resultó ser cierto. Humboldt confesó, ¿verdad?

—Sí, lo hizo. Pero dado que se trataba de una argumentación posible en ambas direcciones, compañero Elijah... ¿Cómo consiguió captar con tanta rapidez cuál era la correcta?

Baley frunció los labios durante un momento, y acabó relajándolos y dejando que se curvaran en una sonrisa.

—Porque tuve en cuenta las reacciones humanas y no las robóticas, Daneel. Sé bastante más sobre los seres humanos que sobre los robots, no lo olvides... En otras palabras, tenía cierta idea sobre cuál de los matemáticos era culpable incluso antes de interrogar a los robots. En cuanto hube provocado una respuesta asimétrica en ellos me bastó con interpretarla de forma que la culpabilidad recayera sobre quien yo creía que era el culpable. La respuesta robótica fue lo suficientemente espectacular para hacer que el culpable se desmoronase, pero es probable que mi análisis del comportamiento humano

no hubiese bastado para provocar esa reacción.

—Siento curiosidad por saber cuál fue su análisis del comportamiento humano.

—¡Cielo santo, Daneel! Piensa un poco y no tendrás que hacer tantas preguntas... Aparte del asunto del verdadero y falso existe otro punto de asimetría en toda esta historia de la imagen en un espejo. Es la edad de los dos matemáticos: uno es muy viejo, y el otro es muy joven.

—Sí, naturalmente. ¿ Pero qué significa eso ?

—Examinemos el asunto. Puedo

imaginarme a un hombre joven que se siente arrebatado por una idea repentina, sorprendente y revolucionaria y que decide exponérsela a un anciano al que ha considerado como un semidiós desde sus días de estudiante. No consigo imaginarme a un anciano cargado de honores y acostumbrado a los triunfos que se siente arrebatado por una idea repentina, sorprendente y revolucionaria consultando a un hombre siglos más joven que él a quien seguramente considerará como un mequetrefe..., o el término que utilicéis los espaciales. Aparte de eso si un joven tuviera la oportunidad de hacerlo, ¿ crees que

intentaría robar la idea a un semidiós al que reverencia? No, me parece impensable. Por otra parte un anciano consciente de que sus dotes intelectuales han empezado a declinar bien podría aferrarse a una última oportunidad de obtener la fama y considerar que un bebé recién llegado a esa ciencia no tiene los mismos derechos que él. En pocas palabras, que Sabbat le robara la idea al doctor Humboldt no era concebible y el doctor Humboldt era culpable desde ambos ángulos.

R. Daneel pensó en lo que acababa de oír durante unos momentos y acabó ofreciendo su mano a Baley.

—Debo marcharme, compañero Elijah —dijo—. Me ha alegrado mucho verle. Espero que volvamos a encontrarnos pronto.

Baley estrechó con fuerza la mano del robot.

—Si no te importa, Daneel, espero que ese encuentro tarde un poco en llegar...

El incidente del tricentenario

4 de julio de 2076... y por tercera vez el accidente del sistema convencional de numeración, basado en potencias de diez, había llevado los dos últimos dígitos del año a marcar el fatal 76 que una vez había coincidido con el nacimiento de la nación.

Ya no era una nación en el antiguo sentido de la palabra; más bien constituía una expresión geográfica; parte de un conjunto más amplio que formaba la Federación de toda la

Humanidad sobre la Tierra, junto con sus ramificaciones en la Luna y las colonias espaciales. Pero el nombre y la idea subsistían en la cultura y la tradición, y aquella porción del planeta señalada con el viejo nombre continuaba siendo la región más próspera y avanzada del mundo... Y el presidente de los Estados Unidos seguía siendo la figura más poderosa del Consejo Planetario.

Lawrence Edwards contempló la pequeña figura del presidente desde su altura de unos setenta metros por encima del nivel del suelo. Planeó suavemente sobre la muchedumbre, con su motor de

flotrones colgado a la espalda emitiendo un ronroneo apenas perceptible, y lo que vio era exactamente lo que cualquiera podría ver en una escena de holovisión. Cuántas veces había contemplado pequeñas figuras como ésas en su sala de estar, pequeñas figuras en un cubo de luz solar, de apariencia tan real como si fuesen homúnculos vivientes, con la sola diferencia de que era posible atravesarlas con la mano.

No era posible en cambio atravesar con la mano las figuritas que se extendían por decenas de miles sobre los espacios libres que rodeaban el monumento a Washington. Y no era

posible atravesar con la mano la figura del presidente. Pero en cambio uno podía alargar la mano hacia él, tocarlo y estrechar la suya.

Edwards pensó con sorna en lo inútil de ese elemento adicional de tangibilidad y deseó encontrarse a cien kilómetros de distancia, flotando en el aire sobre algún apartado lugar desierto, en vez de estar allí obligado a vigilar cualquier posible señal de desorden. Su presencia allí habría sido totalmente innecesaria de no ser por la mitología que confería un valor al hecho de «tocar la carne».

Edwards no se contaba entre los

admiradores del presidente Hugo Allen Winkler, el quincuagésimo séptimo en ocupar el cargo.

Edwards consideraba al presidente Winkler un hombre inútil, un seductor, un cazador de votos, capaz sólo de promesas. Era decepcionante encontrarse con un hombre así en el cargo después de todas las esperanzas puestas en él durante los primeros meses de su mandato. La Federación Mundial corría el riesgo de desmembrarse mucho antes de haber cumplido su cometido, y Winkler era incapaz de hacer nada para evitarlo. En esos momentos se hubiera necesitado una mano dura, no una mano

amable; una voz fuerte, no una voz azucarada.

Allí estaba ahora, estrechando manos, en medio de un espacio controlado por el Servicio, mientras el propio Edwards, y unos cuantos miembros más del Servicio, lo vigilaban todo desde lo alto.

Sin duda el presidente se presentaría para la reelección, y parecía bastante probable que sufriera una derrota. Ello sólo podía empeorar las cosas, pues el partido de la oposición estaba empeñado en destruir la Federación.

Edwards suspiró. Se avecinaban cuatro años miserables –tal vez cuarenta

años miserables–, y todo lo que él podía hacer era flotar en el aire, preparado para ponerse en contacto con todos los agentes del Servicio apostados en tierra a través del transmisor de rayos láser en cuanto se detectase el más mínimo...

No detectó lo más mínimo. Ni rastro de agitación. Sólo una nubecilla de polvo blanco, apenas visible; sólo un momentáneo destello bajo la luz del sol, que se encendió y volvió a apagarse, y desapareció dándole apenas tiempo de percibirlo.

¿Dónde estaba el presidente? Lo había perdido de vista en medio de la polvareda.

Escudriñó los alrededores del lugar donde lo había divisado por última vez. El presidente no podía haber ido muy lejos.

Entonces advirtió señales de agitación. Primero entre los mismos agentes del Servicio, que parecían haber perdido la cabeza y se movían agitadamente de un lado a otro. Luego la muchedumbre más próxima a ellos se contagió de su agitación, y después ésta se propagó a los que estaban más lejos. El ruido fue creciendo hasta hacerse atronador.

Edwards no tuvo necesidad de oír las palabras que componían el creciente

clamor. Este pareció comunicarle la noticia a través de su sola clamorosa insistencia. ¡El presidente Winkler había desaparecido! Hacía un instante estaba allí, y un instante después se había transformado en un puñado de polvo pronto desvanecido.

Edwards contuvo el aliento en agonizante espera durante lo que le pareció una narcotizada eternidad, esperó que transcurriera el largo instante que tardaría en asentarse la conciencia de lo ocurrido, aguardando el momento en que la masa iniciaría la loca, amotinada estampida.

...Entonces se oyó resonar una voz

por encima del rumor, cada vez más intensa, y al oírla el ruido fue apagándose, muriendo, hasta hacerse silencio. Fue como si a fin de cuentas todo no fuera más que un programa de televisión y alguien hubiera apagado el sonido.

Edwards pensó: «Dios mío, es el presidente».

La voz era inconfundible. Winkler estaba de pie sobre el estrado vigilado, desde donde debía pronunciar su discurso del Tricentenario, y del que había descendido hacía sólo diez minutos escasos para estrechar la mano a algunas personas de la multitud.

¿Cómo habría regresado hasta allí?

Edwards escuchó...

—No me ha pasado nada, conciudadanos de América. Lo que acabáis de presenciar ha sido el fallo de un aparato mecánico. No era vuestro presidente, y no debemos permitir que un fallo mecánico empañe la celebración del día más feliz que jamás ha vivido el mundo... Conciudadanos norteamericanos, escuchadme bien...

Y a continuación pronunció el discurso del Tricentenario, el mejor discurso jamás oído en boca de Winkler, el mejor que Edwards había oído en su vida. Hubo momentos en que Edwards

estuvo a punto de descuidar su tarea de supervisión, tal era su interés por lo que estaba escuchando.

¡Winkler sabía lo que hacía! Comprendía la importancia de la Federación, y estaba logrando hacérsela comprender al público.

Pero en lo más hondo de su ser, otra parte de su persona recordaba los persistentes rumores en el sentido de que los nuevos adelantos de la robótica habían permitido construir una réplica del presidente, un robot capaz de cumplir las funciones puramente ceremoniales, capaz de estrechar la mano a la multitud, que nunca se aburría

ni se cansaba, y que no podía ser asesinado.

Edwards pensó, con un oscuro sobresalto, que eso era lo que había ocurrido. Realmente había habido un robot sosías, y en cierto modo... éste había sido asesinado.

13 de octubre de 2078...

Edwards levantó la vista en el momento en que se acercaba el guía robot de muy baja estatura, el cual anunció con voz meliflua:

—El señor Janek le espera.

Edwards se levantó y se sintió muy alto junto al guía metálico que sólo le

llegaba hasta la cintura. No se sentía joven, en cambio. Su rostro se había llenado de arrugas en aquel último par de años, y era consciente de ello.

El guía le introdujo en una habitación sorprendentemente pequeña y allí, sentado detrás de una mesa sorprendentemente pequeña, encontró a Francis Janek, un hombre ligeramente barrigudo y de apariencia incongruentemente joven.

Janek le sonrió y le miró con simpatía mientras se levantaba para estrecharle la mano.

—Señor Edwards.

—Me alegra tener la oportunidad de

saludarle, señor —masculló Edwards.

Era la primera vez que Edwards veía a Janek, pero lo cierto es que el trabajo de secretario personal del presidente se hace a la sombra y raras veces constituye noticia.

—Siéntese, siéntese —dijo Janek—. ¿Puedo ofrecerle una barrita de soja?

Edwards rehusó con una educada sonrisa y se sentó. Era evidente que Janek intentaba hacer resaltar su juventud. Llevaba la arrugada camisa sin abrochar, y se había teñido el vello del pecho de un color violeta apagado pero perfectamente definido.

—Sé que lleva usted algunas

semanas intentando ponerse en contacto conmigo —dijo Janek—. Lamento este retraso. Espero que sabrá comprender que mi tiempo no me pertenece del todo. Pero, ahora ya está usted aquí... Por cierto que he pedido informes al jefe del Servicio y tiene muy buena opinión de usted. Lamenta que haya presentado usted la dimisión.

Edwards bajó la mirada y dijo:

—Me ha parecido mejor proseguir mis investigaciones sin correr el riesgo de hacer quedar mal al Servicio.

Janek esbozó una brillante sonrisa.

—Sin embargo, sus actividades, aunque discretas, no han pasado

inadvertidas. El jefe me expone que usted ha estado investigando el incidente del Tricentenario, y debo reconocer que ha sido esto lo que me ha impulsado a recibirle en cuanto me ha sido posible. ¿Es ése el motivo de que haya renunciado a su cargo? Está investigando usted un asunto cerrado.

—¿Cómo puede decir que se trata de un asunto cerrado, señor Janek? Aun llamándolo incidente, ello no altera el hecho de que hubo un intento de asesinato.

—Es sólo una cuestión semántica. ¿Para qué emplear una expresión inquietante?

—Sólo porque parece corresponder a una realidad inquietante. Sin duda, reconocerá usted que alguien intentó matar al presidente.

Janek extendió las manos abiertas.

—En ese caso, su plan fracasó. Se destruyó un artefacto mecánico. Nada más. De hecho, si lo consideramos bajo la perspectiva adecuada, el incidente, o como quiera usted llamarlo, fue una enorme bendición para la nación y para el mundo entero. Como todos sabemos, el incidente conmovió al presidente y también a la nación. El presidente, y con él todos nosotros, comprendió lo que podría significar un retorno a la

violencia del pasado siglo, y ello determinó un gran cambio de opinión.

—No puedo negarlo.

—Claro que no puede. Incluso los enemigos del presidente reconocen que en estos dos últimos años se han conseguido grandes cosas. La Federación es hoy en día mucho más fuerte de lo que nadie hubiera podido imaginar el día del Tricentenario. Podríamos decir incluso que se ha evitado el colapso de la economía mundial.

—Sí, el presidente es otro hombre. Todo el mundo lo dice —afirmó Edwards cautelosamente.

—Siempre fue un gran hombre —dijo Janek—. Aunque el incidente le hizo concentrarse en los grandes problemas con feroz intensidad.

—¿Algo que no había hecho antes?

—Tal vez no con tanta intensidad... El caso es que, en efecto, el presidente, y todos nosotros, preferiríamos que se olvidase el incidente. La principal finalidad que me ha movido a recibirle, señor Edwards, ha sido hacerle comprender esto. No estamos en el siglo veinte, y no podemos meterle en la cárcel sólo porque su actitud nos incomoda, ni tampoco podemos ponerle ningún tipo de trabas, pero ni siquiera la

Constitución Mundial nos impide recurrir a la persuasión. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Lo comprendo, pero no estoy de acuerdo con usted. ¿Podemos olvidar el incidente a sabiendas de que jamás ha sido descubierto el responsable?

—Tal vez también valga más así, señor. Es mucho mejor dejar escapar a, digamos, una persona desequilibrada que no desbordar la cuestión y preparar, posiblemente, el terreno para un retorno a los tiempos del siglo veinte.

—La versión oficial afirma incluso que el robot explotó de manera espontánea, lo cual es imposible y ha

perjudicado injustamente a la industria de la robótica.

—Yo no usaría la palabra robot, señor Edwards. Era un artefacto mecánico. Nadie ha afirmado que los robots en sí sean peligrosos, y desde luego no se ha dicho nada sobre los robots corrientes de metal. Aquí se trata sólo de esos artefactos extraordinariamente complejos, de apariencia casi humana, que parecen hechos de carne y hueso y a los que podríamos denominar androides. En realidad, es tal su complejidad que tal vez incluso puedan explotar; no soy un experto en ese campo. La industria de la

robótica se recuperará.

—A nadie en el Gobierno parece importarle llegar al fondo de este asunto —insistió obstinadamente Edwards.

—Ya le he explicado que el suceso no ha tenido más que buenas consecuencias. ¿A qué remover el fango del fondo, cuando la superficie del agua es transparente?

—¿Y el hecho de que se emplease un desintegrador?

La mano de Janek, que había estado dándole vueltas al frasco con las barritas de soja que tenía sobre la mesa, permaneció inmóvil un instante, luego reanudó su movimiento rítmico.

—¿Qué es eso? —preguntó despreocupadamente.

—Señor Janek, creo que sabe usted a qué me refiero –dijo Edwards con vehemencia—. Como parte del Servicio...

—Al que naturalmente ya no pertenece.

—Aun así, como parte del Servicio, no pude evitar enterarme de cosas que no siempre debí haber oído, supongo. Había oído hablar de una nueva arma, y en el Tricentenario vi ocurrir algo que hubiera requerido su intervención. El objeto que todos habían tomado por el presidente se desvaneció en una nube de

polvo muy fino. Fue como si cada átomo del objeto hubiera perdido los lazos que lo unían a los demás átomos. El objeto se convirtió en una nube de átomos individuales, que desde luego en seguida comenzaron a combinarse de nuevo, pero dispersándose con tanta rapidez que sólo se vio un momentáneo destello de polvo.

—Muy de ciencia ficción.

—Desde luego no comprendo el funcionamiento científico del proceso, señor Janek, pero no se me escapa que para romper esos lazos atómicos se necesitaría bastante energía. Esa energía tendría que tomarse del medio ambiente.

Las personas que estaban cerca del artefacto en aquel momento, a las que yo podría localizar y que sin duda estarían dispuestas a declarar, coincidieron en señalar que sintieron una oleada de frío sobre sus cuerpos.

Janek apartó el frasco con las barritas de soja con un pequeño chasquido de la transita sobre la celulita.

—Supongamos, sólo a efectos de discusión, que existe algo llamado desintegrador.

—No es preciso discutirlo. Ese objeto existe.

—No lo discutiré. Ignoro la

existencia de nada de ese tipo, pero es poco probable que hasta mi despacho lleguen noticias de algo tan secreto como puede ser una nueva arma. Sin embargo, si existe un desintegrador, y si es tan secreto como parece, debe de tratarse de un monopolio norteamericano, desconocido en el resto de la Federación. En ese caso sería algo de lo que ni usted ni yo deberíamos hablar. Podría ser un arma de guerra más peligrosa que las bombas nucleares, precisamente porque, si lo que usted dice es cierto, sólo provoca una desintegración en el lugar del impacto y un poco de frío en los alrededores

inmediatos. Sin explosión, sin fuego, sin radiaciones mortíferas. Sin esos terribles efectos secundarios, nada podría frenar su uso, pero, por lo que sabemos, podría llegar a tener la potencia suficiente como para destruir el propio planeta.

—En eso coincido con usted —dijo Edwards.

—Entonces comprenderá que, si el desintegrador no existe, es una locura hablar de él; y si existe, es criminal mencionar su existencia.

—No se lo he mencionado a nadie, excepto ahora a usted, porque deseo hacerle comprender la gravedad de la

situación. Por ejemplo, si alguien hubiera hecho uso de un desintegrador, ¿no debería interesarle al Gobierno averiguar cómo había ocurrido eso, saber si otra unidad de la Federación también lo posee?

Janek movió negativamente la cabeza.

—Creo que podemos confiar en que los órganos competentes del Gobierno habrán tenido en cuenta esa cuestión. Y lo mejor que puede hacer usted es no preocuparse más de ello.

—¿Puede garantizarme que los Estados Unidos son el único Gobierno que dispone de esa arma? —preguntó

Edwards, controlando apenas su impaciencia.

—No podría decírselo, puesto que nada sé sobre semejante arma, y nada debo saber al respecto. Usted no debería haberme hablado de ello. Aun suponiendo que semejante arma no exista, el mero rumor de su existencia ya podría resultar nocivo.

—Pero ahora que ya se lo he dicho y el daño ya está hecho, escúcheme hasta el final, por favor. Deme la oportunidad de convencerle de que usted, y sólo usted, tiene en sus manos la clave de una terrible situación que tal vez yo sea el único en imaginar.

—¿Una situación que usted es el único en imaginar? ¿Una situación cuya clave sólo yo tengo?

—¿Le parece una paranoia? Permita que se lo explique y después juzgue por sí mismo.

—Voy a concederle un poco más de tiempo, señor, pero me reafirmo en lo que ya le he dicho. Debe renunciar usted a ese..., ese pasatiempo suyo..., esa investigación. Es algo terriblemente peligroso.

—Lo peligroso sería renunciar a ella. ¿No comprende que si el desintegrador existe y si los Estados Unidos tienen el monopolio de su

fabricación, entonces eso significa que el número de personas que podrían haber tenido acceso al mismo es sumamente limitado? Como ex miembro del Servicio poseo algunos conocimientos prácticos sobre la materia, y puedo asegurarle que la única persona en el mundo que podría conseguir sustraer un desintegrador de nuestros arsenales supersecretos sería el presidente... Sólo el presidente de los Estados Unidos podría haber organizado esa tentativa de asesinato, señor Janek.

Se quedaron mirándose fijamente un instante, y luego Janek apretó un contacto acoplado a su mesa de trabajo.

—Precauciones adicionales —dijo —. Nadie podrá escuchar ahora nuestra conversación por ningún medio. Señor Edwards, ¿se da usted cuenta de lo arriesgada que es esa afirmación? ¿Del peligro que representa para usted mismo? No debe sobrevalorar la eficacia de la Constitución mundial. Un Gobierno tiene derecho a adoptar medidas razonables para proteger su estabilidad.

—He acudido a usted, señor Janek, porque le considero un fiel ciudadano norteamericano —dijo Edwards—. He acudido a usted con la noticia de un terrible crimen que afecta a todos los

norteamericanos y a la Federación entera. Un crimen que ha originado una situación que tal vez sólo usted pueda remediar. ¿Por qué me responde con amenazas?

—Es ya la segunda vez que intenta presentarme como potencial salvador del mundo —respondió Janek—. No consigo imaginarme en ese papel. Supongo que comprenderá que no poseo poderes extraordinarios.

—Es usted el secretario del presidente.

—Eso no significa que tenga un contacto especial con él ni que exista una relación íntima o confidencial entre

él y yo. Hay momentos, señor Edwards, en que sospecho que los demás me consideran un simple mayordomo, y hay momentos en que incluso yo mismo me siento inclinado a darles la razón.

—Aun así, le ve usted con frecuencia, le ve en situaciones informales, le ve...

—Le veo lo suficiente como para poder asegurarle que el presidente no habría ordenado la destrucción de ese artefacto mecánico el día del Tricentenario —le interrumpió Janek impaciente.

—¿Opina usted que eso es pues imposible?

—No he dicho tal cosa. He dicho que no lo habría hecho. A fin de cuentas, ¿para qué iba a hacerlo? ¿Qué motivos podría tener el presidente para querer destruir un doble androide que había sido un valioso colaborador durante más de tres años de mandato? Y si hubiera querido hacerlo por algún motivo, ¿por qué demonios iba a hacerlo de manera tan increíblemente pública: nada menos que el día del Tricentenario, proclamando así su existencia, corriendo el riesgo de que el público se indignase por haber estado estrechando la mano de un artefacto mecánico, sin mencionar ya las repercusiones

diplomáticas por el hecho de emplear tal artefacto para tratar con los representantes de las otras partes de la Federación? Podría haberse limitado simplemente a ordenar su desmantelamiento sin publicidad. Nadie se habría enterado a excepción de unos cuantos altos cargos de la Administración.

—Sin embargo, el presidente no ha sufrido ningún tipo de consecuencias indeseables a resultas del incidente, ¿no es así?

—Ha tenido que reducir el ceremonial. Ya no es tan accesible como era antes.

—Como lo era el robot.

—Bueno —dijo Janek, incómodo—. Sí, supongo que tiene razón.

—Y, en realidad, el presidente fue reelegido, y su popularidad no ha disminuido a pesar de que la destrucción fue pública. El argumento contra la destrucción pública no tiene el peso que usted quiere darle.

—Pero la reelección se produjo a pesar del incidente. Fue resultado de la rápida actuación del presidente, que dio la cara, y sin duda reconocerá usted que el discurso que pronunció fue uno de los más grandes de toda la historia de los Estados Unidos. Fue una actuación

absolutamente sorprendente; no puede usted negarlo.

—Fue un drama muy bien escenificado. Yo diría que el presidente ya contaba con eso.

Janek se reclinó en su silla.

—Si le he comprendido bien, señor Edwards, está sugiriendo usted una novelesca intriga tautológica. ¿Intenta decir que el presidente hizo destruir el artefacto, tal como fue destruido, en medio de una multitud, precisamente durante la celebración del Tricentenario, ante los ojos de todo el mundo, para poder ganarse la admiración de todos con su rápida intervención? ¿Sugiere

que lo dispuso todo de ese modo para poder demostrar sus cualidades de hombre de vigor y fortaleza inesperados bajo unas circunstancias sumamente dramáticas y transformar así una campaña electoral en la que llevaba las de perder en la campaña triunfal que luego fue...? Señor Edwards, ha estado leyendo usted cuentos de hadas.

—Realmente seria un cuento de hadas si yo afirmase todo eso, pero no lo afirmo —dijo Edwards—. En ningún momento he sugerido que el presidente ordenase asesinar al robot. Sólo le he preguntado si usted lo consideraba posible, y usted me ha respondido

bastante enfáticamente que no. Me alegra que ésa sea su opinión, pues yo pienso lo mismo.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? Comienzo a pensar que me está haciendo perder usted el tiempo.

—Sólo un momento más, por favor. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué no hicieron el trabajo con un rayo láser, con un desactivador de campo, con un martillo incluso? ¿Para qué iba a tomarse nadie la increíble molestia de conseguir un arma protegida por las más rigurosas medidas de seguridad gubernamental para hacer un trabajo que no requería semejante arma?

Prescindiendo de la dificultad de obtenerla, ¿para qué correr el riesgo de revelar al resto del mundo la existencia de un desintegrador?

—Todo este asunto del desintegrador no es más que una teoría suya.

—El robot desapareció por completo ante mis ojos. Lo estaba observando. No me baso en información de segunda mano para afirmar eso. No importa el nombre que le dé al arma; comoquiera que la llame, su efecto fue desmontar al robot átomo a átomo y dispersar irremediablemente todos esos átomos. ¿Para qué hacer eso? Fue una

acción tremendamente excesiva.

—Ignoro qué ideas podía haber en la mente del autor.

—¿Lo ignora? Sin embargo, yo pienso que sólo existe un motivo lógico para una pulverización total cuando un método mucho más simple hubiera conseguido la destrucción. La pulverización no dejó ningún rastro del objeto destruido. No dejó nada que pudiera indicar qué se había destruido, si un robot o cualquier otra cosa.

—Pero no hay dudas en cuanto a lo que era —dijo Janek.

—¿No? Antes he dicho que sólo el presidente podría haber logrado obtener

y hacer utilizar un desintegrador. Pero, teniendo en cuenta la existencia de un robot que era su doble, ¿qué presidente lo hizo?

—Creo que no podemos continuar esta conversación. Usted está loco —dijo Janek secamente.

—Piénselo bien —dijo Edwards—. Por el amor de Dios, piénselo bien. El presidente no destruyó al robot. Sus argumentos son convincentes en este sentido. Lo que ocurrió fue que el robot destruyó al presidente. El presidente Winkler fue asesinado en medio de la multitud el cuatro de julio del año dos mil setenta y seis. Un robot que se

parece al presidente Winkler pronunció el discurso del Tricentenario, se presentó para la reelección, fue reelegido, y aún actúa como presidente de los Estados Unidos.

—¡Una locura!

—He acudido a usted, a usted, porque usted puede demostrarlo y también puede cambiar las cosas.

—Simplemente no ocurrió como usted dice. El presidente es... el presidente.

Janek hizo ademán de levantarse y poner fin a la entrevista.

—Usted mismo ha dicho que ha cambiado —dijo rápida e

insistentemente Edwards—. El discurso del Tricentenario estaba muy por encima de las capacidades del viejo Winkler. ¿No se ha sorprendido usted mismo de todo lo que se ha logrado en los últimos dos años? Sinceramente..., ¿cree que el Winkler del primer mandato podría haber logrado todo esto?

—Sí, podría haberlo hecho, porque el presidente del segundo mandato es el presidente del primer mandato.

—¿Niega que ha cambiado? Lo dejo a su albedrío. Usted decida, y yo acataré su decisión.

—Se ha puesto a la altura de las circunstancias, eso es todo. No es la

primera vez que ocurre algo parecido en la historia de los Estados Unidos.

Pero Janek se había dejado caer otra vez en la silla. Se le veía inquieto.

—No bebe —dijo Edwards.

—Nunca bebió... demasiado.

—Ya no frecuenta mujeres. ¿Niega usted que solía hacerlo en el pasado?

—Un presidente es un hombre. Pero estos últimos dos años se ha entregado de lleno al problema de la Federación.

—Es un cambio para bien, debo reconocerlo —dijo Edwards—, pero es un cambio. Naturalmente, si tuviera una mujer, no habría sido posible llevar adelante el engaño, ¿verdad?

—Es una lástima que no tenga esposa —dijo Janek. Pronunció la arcaica palabra de manera algo afectada —. Todo este asunto ni se plantearía si la tuviera.

—El hecho de que no la tenga facilitó la conspiración. Sin embargo, es padre de dos hijos. No creo que hayan visitado la Casa Blanca, ninguno de los dos, desde el Tricentenario.

—¿Por qué iban a hacerlo? Son mayores, tienen su propia vida.

—¿Han sido invitados? ¿El presidente ha manifestado algún interés por verlos? Usted es su secretario particular. Debería saberlo. ¿Han sido

invitados?

—Pierde usted el tiempo —dijo Janek—. Un robot no puede matar a un ser humano. Usted sabe que así lo establece la Primera Ley de la robótica.

—Lo sé. Pero nadie ha dicho que el Winkler-robot matase al Winkler-hombre. Cuando el Winkler-hombre estaba en medio de la multitud, el Winkler-robot estaba sobre la tarima, y dudo de que pudiera apuntar un desintegrador desde esa distancia sin causar mayores daños. Tal vez pudo hacerlo, pero lo más probable es que el Winkler-robot tuviera un cómplice, un mandado, si no confundo la jerga que se

usaba en el siglo veinte.

Janek frunció el entrecejo. Su cara regordeta hizo un mohín y adoptó una expresión de sufrimiento.

—¿Sabe una cosa? —dijo—: La locura debe de ser contagiosa. Estoy empezando a considerar realmente esa idea enloquecida que usted me plantea. Por suerte, no se tiene en pie. Al fin y al cabo, ¿para qué asesinar en público al Winkler-hombre? Todos los argumentos contra la destrucción del robot en público son igualmente válidos para el asesinato del presidente humano en público. ¿No comprende que eso echa abajo toda la teoría?

—No la echa abajo... —comenzó a decir Edwards.

—Sí, la echa abajo. Nadie, a excepción de unos pocos altos cargos, conocía la existencia del artefacto mecánico. Si el presidente Winkler hubiera sido asesinado en privado y se hubiera hecho desaparecer su cuerpo, el robot podría haber ocupado fácilmente su lugar sin despertar sospechas..., sin despertar las suyas, por ejemplo.

—Siempre habrían quedado esos pocos altos cargos que habrían estado enterados, señor Janek. Habría sido preciso ampliar el círculo de asesinatos. —Edwards se inclinó hacia delante y

habló muy seriamente—. Fíjese bien, por lo general no existía ningún riesgo de confundir al ser humano con la máquina. Imagino que el robot no debía utilizarse constantemente, sino que sólo lo sacaban para ocasiones concretas, y que siempre habría unos cuantos individuos clave, tal vez bastantes de ellos, que sabían dónde estaba el presidente y qué estaba haciendo. En ese caso, el asesinato tendría que llevarse a cabo en un momento en que esos altos mandos creyesen verdaderamente que el presidente era el robot.

—No le sigo.

—Mire. Una de las tareas del robot

era estrechar las manos a las multitudes; tocar la carne. Mientras esto ocurría, los funcionarios enterados sabrían perfectamente que el que estaba estrechando las manos era, realmente, el robot.

—Exactamente. Ahora empieza a hablar con sensatez. Era el robot.

—Sólo que ése era el día del Tricentenario, y el presidente Winkler no pudo resistir la tentación. Supongo que estaría por encima de lo que puede pedirse a un ser humano, esperar que un presidente, sobre todo un vacuo adulador de muchedumbres y cazador de aplausos como Winkler, renunciase a la

adulación de la multitud en ese día entre todos los días, y se la cediera a una máquina. Y es posible que el robot alimentase cuidadosamente ese sentimiento, de modo que ese día del Tricentenario el presidente hiciera permanecer al robot detrás del estrado, mientras él mismo salía a estrechar las manos y a recoger los aplausos.

—¿En secreto?

—En secreto, naturalmente. Si el presidente se lo hubiera dicho a cualquier persona del Servicio, o a cualquiera de sus subordinados, o a usted, ¿se le habría permitido hacerlo? La actitud oficial con respecto a la

posibilidad de asesinato ha constituido prácticamente una enfermedad desde los sucesos ocurridos a finales del siglo veinte. De modo que alentado por un robot obviamente inteligente...

—Supone que el robot era inteligente porque supone que ahora ejerce las funciones de presidente. Es un razonamiento cerrado. Si no es el presidente, entonces no existe motivo alguno para suponer que era inteligente, o que fue capaz de urdir ese plan. Además, ¿qué motivo podría impulsar a un robot a tramar un asesinato? Aun cuando no matase directamente al presidente, la Primera Ley también

prohíbe la eliminación indirecta de una vida humana, pues dice: «Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano resulte dañado».

—La Primera Ley no es absoluta —dijo Edwards—. ¿Y si el daño causado a un ser humano salva las vidas de otros dos, o de otros tres, o incluso de otros tres mil millones? El robot pudo pensar que salvar la Federación era más importante que salvar una vida. No era un robot corriente, a fin de cuentas. Había sido diseñado para reproducir las cualidades del presidente con la suficiente exactitud como para poder

engañar a cualquiera. Suponga que tuviera la percepción del presidente Winkler, sin sus flaquezas, y suponga que sabía que sería capaz de salvar la Federación y que el presidente, en cambio, no podría hacerlo.

—Usted puede hacerse ese razonamiento, pero ¿cómo sabe si un artefacto mecánico podría razonar de igual modo?

—Es la única manera de explicar lo ocurrido.

—Yo opino que es una fantasía paranoica.

—Entonces dígame por qué el objeto destruido fue pulverizado hasta quedar

reducido a átomos. ¿Qué otra explicación podría tener sentido excepto suponer que ésa era la única manera de ocultar que se había destruido a un ser humano y no a un robot? Deme una explicación alternativa.

Janek enrojeció.

—No lo aceptaré.

—Pero en sus manos está demostrar que así fue, o refutarlo todo. Por eso he acudido a usted..., a usted.

—¿Cómo podría demostrarlo? ¿O bien refutarlo?

—Nadie ve al presidente en momentos imprevistos como hace usted. Usted, a falta de una familia, es la

persona con quien se muestra más informal. Obsérvele.

—Lo he hecho. Y le digo que no....

—No le ha observado. No sospechaba que ocurriera nada de particular. Los pequeños detalles no significaban nada para usted. Obsérvele ahora, teniendo muy presente que podría ser un robot, y ya verá.

—Puedo derribarlo de un puñetazo y comprobar si contiene metal con un detector ultrasónico —dijo Janek con sorna—. Incluso un androide posee un cerebro de platino e iridio.

—No se precisará ninguna acción drástica. No tiene más que observarle y

podrá comprobar que es tan radicalmente distinto del hombre que era que no puede ser un hombre.

Janek echó un vistazo al reloj-calendario que colgaba de la pared.

—Llevamos más de una hora aquí reunidos —dijo.

—Siento haberle hecho perder tanto tiempo, pero usted comprende la importancia de todo esto, espero.

—¿Importancia? —preguntó Janek. Luego levantó la mirada, y lo que parecía un gesto despectivo se trocó de pronto en una cierta esperanza—. Pero, ¿de verdad es importante? Realmente, quiero decir.

—¿Cómo no va a ser importante? Tener a un robot por presidente de los Estados Unidos, ¿no le parece importante?

—No, no me refería a eso. Olvide lo que pueda ser el presidente Winkler. Piense sólo en esto: Alguien que ejerce las funciones de presidente de los Estados Unidos ha salvado a la Federación; ha mantenido su unidad y, en estos momentos, dirige el Consejo en favor de los intereses de la paz y del compromiso constructivo. ¿No lo negará?

—Naturalmente, no lo niego —dijo Edwards—. Pero, ¿y el precedente que

se establece con ello? Un robot en la Casa Blanca, por una razón muy válida hoy, puede dar paso a un robot en la Casa Blanca por una razón muy mala dentro de veinte años, y después a que otros robots ocupen la Casa Blanca sin motivo alguno, por simple rutina. ¿No comprende la importancia que puede tener acallar un posible toque de trompeta anunciando el fin de la humanidad en el momento en que suena su primera nota vacilante?

Janek se encogió de hombros.

—Supongamos que descubro que es un robot. ¿Vamos a anunciarlo a todo el mundo? ¿Sabe qué efecto tendría eso

sobre la Federación? ¿Sabe cómo afectaría a la estructura financiera dcl mundo? ¿Sabe...?

—Lo sé. Por eso he venido a verle en privado, en vez de intentar dar publicidad al asunto. A usted le corresponde comprobarlo y llegar a una conclusión definitiva. Y si descubre que el supuesto presidente es un robot, como no dudo que ocurrirá, a usted le corresponderá convencerle de que debe dimitir.

—Y según la versión que usted me ha dado de su reacción ante la Primera Ley, entonces me hará matar, pues yo constituiré una amenaza para su experta

actuación encaminada a resolver la mayor crisis mundial del siglo veintiuno.

Edwards agitó la cabeza.

—El robot actuó secretamente la vez anterior, y nadie intentó contradecir los argumentos que usó para convencerse. Usted podrá discutir con él e imponerle una interpretación más rigurosa de la Primera Ley. Si es necesario, podemos pedir ayuda a algún empleado de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos, que fueron quienes construyeron el robot. Cuando haya dimitido, le sucederá la vicepresidenta. Si el Winkler-robot ha llevado al viejo mundo por el buen

camino, estupendo; la vicepresidenta, que es una mujer decente y honrada, sabrá mantenerlo en el buen camino. Pero no podemos dejar que nos gobierne un robot, y ello no debe volver a ocurrir jamás.

—¿Y si el presidente es humano?

—Lo dejo a su discreción. Usted sabrá decidir.

—Yo no tengo tanta confianza en mí mismo —dijo Janek—. ¿Y si no puedo decidirme? ¿Si no consigo hacerlo? ¿Si no me atrevo? ¿Qué piensa hacer entonces?

Edwards le miró con aire cansado.

—No lo sé. Tal vez tenga que acudir

a la U. S. Robots. Pero no creo que se plantee ese problema. Confío en que ahora que le he planteado claramente el problema, usted no descansará hasta haberlo resuelto. ¿Usted quiere que le gobierno un robot?

Se levantó, y Janek le dejó marchar. No se estrecharon la mano.

Janek permaneció sentado en medio de la creciente penumbra del crepúsculo, profundamente horrorizado.

¡Un robot!

Aquel hombre había entrado y había demostrado, de manera perfectamente racional, que el presidente de los Estados Unidos era un robot.

Tendría que haber sido fácil refutárselo. Sin embargo, a pesar de que Janek había intentado oponerle todos los argumentos que se le habían ocurrido, de nada había servido, y el hombre no había vacilado un ápice.

¡Un robot como presidente! Edwards estaba seguro de ello, y continuaría estando seguro. Y si Janek insistía en afirmar que el presidente era humano, Edwards acudiría a la U. S. Robots. No cejaría.

Janek frunció la frente mientras pensaba en los veintiocho meses transcurridos desde el Tricentenario, y en lo bien que había salido todo, vistas

las probabilidades. ¿Y ahora qué?

Se hundió en sombrías reflexiones.

Todavía conservaba el desintegrador, pero ciertamente no sería necesario recurrir a él para eliminar a un ser humano, la naturaleza de cuyo cuerpo no estaba en discusión. Un silencioso golpe de láser en algún rincón solitario serviría.

Había sido difícil convencer al presidente en la acción anterior, pero en este caso, no tenía ni por qué enterarse.

Powell y Donovan

La segunda historia de robots que escribí, Razón (incluida en esta sección), tenía como protagonistas a dos comprobadores de campo, Gregory Powell y Michael Donovan. Los dos personajes habían sido modelados a partir de algunas historias escritas por John Campbell, que yo admiraba extravagantemente, acerca de un par de exploradores interplanetarios, Penión y Blake. Si Campbell notó alguna vez la similitud, nunca me dijo nada al respecto.

Incidentalmente, debo advertirles que la primera historia de esta sección, Primera Ley, fue escrita como una broma, y no se supone que deba ser tomada en serio.

Primera ley

Mike Donovan contempló su vacía jarra de cerveza, se sintió aburrido, y decidió que ya había escuchado lo suficiente. Dijo en voz alta:

—Si tenemos que hablar acerca de robots poco habituales, yo conocí una vez a uno que desobedeció la Primera Ley.

Y, puesto que aquello era algo completamente imposible, todo el mundo dejó de hablar y se volvió para mirar a Donovan.

Donovan maldijo inmediatamente su bocaza y cambió de tema.

—Ayer me contaron uno muy bueno —dijo en tono conversacional— acerca de...

MacFarlane, en la silla contigua a la de Donovan, dijo:

—¿Quieres decir que sabes de un robot que causó daño a un ser humano?

Eso era lo que significaba la desobediencia a la Primera Ley, por supuesto.

—En cierto sentido dijo Donovan—. Digo que me contaron uno acerca de...

—Cuéntanos eso del robot —ordenó MacFarlane.

Algunos de los otros hicieron resonar sus jarras sobre la mesa.

Donovan intentó sacarle el mejor partido al asunto.

—Ocurrió en Titán, hará unos diez años —dijo, pensando rápidamente—. Sí, fue en el veinticinco. Acabábamos de recibir cargamento de tres nuevos modelos de robots, diseñados especialmente para Titán. Eran los primeros de los modelos MA. Los llamados Emma Uno, Dos y Tres. —Hizo chasquear los dedos pidiendo otra cerveza, y miró intensamente al camarero—. Veamos, ¿qué viene a continuación?

—He estado metido en robótica toda mi vida, Mike —dijo MacFarlane—.

Nunca he oído hablar de ninguna serie MA.

—Eso se debe a que retiraron todos los MA de las cadenas de montaje inmediatamente después..., inmediatamente después de lo que voy a contaros. ¿No lo recordáis?

—No.

Apresuradamente, Donovan continuó:

—Pusimos inmediatamente a los robots a trabajar. Entendedlo, hasta entonces, la base era completamente inutilizable durante la estación de las tormentas, que dura el ochenta por ciento del período de revolución de

Titán en torno a Saturno. Durante las terribles nevadas, no puedes encontrar la base ni siquiera aunque estés tan sólo a cien metros de ella. Las brújulas no sirven para nada, puesto que Titán no posee campo magnético.

»La virtud de esos robots MA, sin embargo, era que estaban equipados con vibrodetectores de un nuevo diseño, de modo que podían trazar una línea recta hasta la base a través de cualquier cosa, y eso significaba que los trabajos de minería podían proseguir durante todo el período de revolución. Y no digas una palabra, Mac. Los vibrodetectores fueron retirados también del mercado, y

es por eso por lo que ninguno de vosotros ha oído hablar de ellos. —Donovan tosió—. Secreto militar, ya sabéis.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Los robots trabajaron estupendamente durante la primera estación de las tormentas. Luego, al inicio de la estación de las calmas, Emma Dos empezó a comportarse mal. No dejaba de huronear por los rincones y bajo los fardos, y tenía que ser sacada constantemente de allí. Finalmente, salió de la base y no regresó. Decidimos que debía de haber algún fallo de fabricación en ella, y seguimos con los

otros dos. Sin embargo, eso significaba que andábamos constantemente cortos de manos, o cortos de robots al menos, de modo que cuando a finales de la estación de las calmas alguien tuvo que ir a Kornsk, yo me presenté voluntario para efectuar el viaje sin ningún robot. Parecía bastante seguro; no esperábamos ninguna tormenta en dos días, y en el término de veinte horas estaría de vuelta.

»Estaba ya en mi camino de vuelta, a unos buenos quince kilómetros de distancia de la base, cuando el viento empezó a soplar y el aire a espesarse. Hice aterrizar inmediatamente mi

vehículo aéreo antes de que el viento pudiera destrozarlo, me orienté hacia la base y eché a correr. Podía correr una buena distancia sin dificultad en aquella baja gravedad, pero ¿cómo correr en línea recta? Ésa era la cuestión. Mi reserva de aire era amplia y los calefactores de mi traje satisfactorios, pero quince kilómetros en medio de una tormenta titaniana son el infinito.

»Entonces, mientras las cortinas de nieve lo oscurecían todo, convirtiendo el paisaje en un lóbrego atardecer, haciendo que desapareciera incluso Saturno y el sol se convirtiera apenas en una mota pálida, me detuve en seco,

inclinándome contra el viento. Había un pequeño objeto oscuro directamente frente a mí. Apenas podía verlo, pero sabía lo que era. Era un cachorro de las tormentas, la única cosa viva capaz de resistir una tormenta titaniana, y la cosa viva más maligna con la que puedas encontrarte en ningún lado. Sabía que mi traje espacial no iba a protegerme una vez viniera a por mí, y con aquella mala luz tenía que esperar a asegurarme un blanco perfecto o no atreverme a disparar. Un sólo fallo, y saltaría sobre mí.

»Retrocedí lentamente, y la sombra me siguió. Se iba acercando, y yo

empecé a sacar mi lanzarrayos con una plegaria, cuando una sombra mayor gravitó de pronto sobre mí, y lancé una exclamación de alivio. Era Emma Dos, el robot MA desaparecido. No me detuve ni un momento en preguntarme qué podía haberle pasado o preocuparme por sus dificultades. Simplemente aullé:

»—¡Emma, muchacha, encárgate de ese cachorro de las tormentas, y luego llévame a la base!

»Ella se me quedó mirando como si no me hubiera oído y dijo:

»—Amo no dispare. No dispare.

»Echó a correr a toda velocidad

hacia aquel cachorro de las tormentas.

»—¡Encárgate de ese maldito cachorro, Emma! —grité. Y, efectivamente, se encargó de él. Lo cogió en sus brazos, y siguió caminando. Le grité hasta que me quedé afónico, pero no regresó. Me dejó para que muriera en medio de la tormenta.

Donovan hizo una dramática pausa.

—Naturalmente, todos vosotros conocéis la Primera Ley: Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño. Bien, pues Emma Dos simplemente se marchó con aquel cachorro de las tormentas, dejándome

atrás para que muriera. Quebrantó la Primera Ley.

»Afortunadamente, conseguí ponerme a salvo. Media hora más tarde, la tormenta amainó. Había sido una racha prematura y temporal. Es algo que ocurre a veces. Corrí apresuradamente a la base, donde llegué con los pies hechos polvo, y las tormentas empezaron realmente al día siguiente. Emma Dos regresó dos horas más tarde que yo, y el misterio se aclaró entonces finalmente, y los modelos MA fueron retirados inmediatamente del mercado.

—¿Y cuál era exactamente la explicación? —quiso saber MacFarlane.

Donovan lo miró seriamente.

—Es cierto que yo era un ser humano en peligro de muerte, Mac, pero para ese robot había algo más que pasaba por delante de eso, que pasaba por delante de mí, que pasaba por delante de la Primera Ley. No olvides que esos robots pertenecían a la serie MA, y que ese robot MA en particular había estado buscando escondites durante algún tiempo antes de desaparecer. Es como si estuviera esperando que algo especial y muy íntimo le ocurriera. Aparentemente, ese algo había ocurrido.

Donovan alzó reverentemente los

ojos, y su voz tembló.

—Ese cachorro de las tormentas no era ningún cachorro de las tormentas. Lo llamamos Emma júnior cuando Emma Dos lo trajo consigo al volver. Emma Dos tenía que protegerlo de mi arma. ¿Qué es la Primera Ley, comparada con los sagrados lazos del amor materno?

Círculo vicioso

Uno de los tópicos favoritos de Gregory Powell era que nada se adelantaba poniéndose uno nervioso. Así, cuando Mike Donovan bajó dando brincos la escalera, con el cabello enmarañado por el sudor, él se limitó a fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Te has roto una uña?

—Déjate de tonterías —gruñó Donovan, excitado—. ¿Qué has estado haciendo en los sótanos todo el día? —Respiró profundamente y lanzó—: Speedy no ha vuelto.

Los ojos de Powell se abrieron de

par en par un instante y se detuvo en la escalera; a continuación recobró la calma y siguió subiendo. No habló hasta que hubo alcanzado el último peldaño, y entonces:

—¿Le habías enviado a por el selenio?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo hace que está fuera?

—Ahora, cinco horas.

¡Silencio! Era una situación endemoniada. Hacía exactamente doce horas que estaban allí en Mercurio -y metidos ya hasta la cintura en la peor clase de problema. Mercurio había sido

durante largo tiempo el mundo gafe del Sistema, pero esto era demasiado, incluso para un gafe.

—Empieza desde el principio y cuéntamelo todo.

Estaban en aquel momento en la sala de radio, que es un equipo ya sutilmente anticuado, sin tocar durante los diez años anteriores a su llegada. Tecnológicamente hablando, incluso diez años significan mucho. No hay más que comparar a Speedy con el tipo de robot que debían de haber tenido en el 2005. Pero el adelanto en robótica de aquellos días era tremendo. Powell tocó cautelosamente una superficie de

reluciente metal. El aire de desuso que lo rodeaba todo en la sala -y en toda la Estación- era muy depresivo.

Donovan debió de haberlo sentido. Empezó:

—He intentado localizarlo por radio, pero no lo he cogido. La radio no es ninguna maravilla en la parte de Mercurio donde da el Sol, en cualquier caso no más allá de dos millas. Ésta es una de las razones por las cuales falló la Primera Expedición. Y hasta dentro de unas semanas no tendremos montado el equipo de ultraondas...

—Olvídate de todo esto. ¿Qué has captado?

—He localizado la señal del cuerpo no organizado en la onda corta. Sólo ha servido para conocer su posición. Le he seguido la pista de esta forma durante dos horas y he anotado los resultados en el mapa.

Tenía un trozo amarillento de pergamino cuadrado en el bolsillo de su cadera -una reliquia de la fracasada Primera Expedición-, que arrojó sobre el escritorio con furiosa fuerza, y estiró con la palma de la mano. Powell, con las manos cruzadas sobre su pecho, lo miró a distancia.

El lápiz de Donovan señalaba nervioso:

—La cruz roja es la fuente de selenio. La marcaste tú mismo.

—¿Cuál es? —interrumpió Powell —. MacDougal nos localizó tres antes de marcharse.

—Envié a Speedy a la más cercana, por supuesto. A diecisiete millas. ¿Pero eso qué cambia? —Había tensión en su voz—. Son los puntos marcados con lápiz los que indican la posición de Speedy.

—¿Hablas en serio? Es imposible.

—Así es —rezongó Donovan.

Los pequeños puntos que indicaban la posición formaban un tosco círculo alrededor de la cruz roja de la fuente de

selenio. Y los dedos de Powell se dirigieron a su moreno bigote, el signo infalible de la ansiedad.

Donovan añadió:

—Durante las dos horas que he investigado sus movimientos, ha dado la vuelta a esa maldita fuente cuatro veces. Tengo la sensación de que va a continuar así para siempre. ¿Te das cuenta de la situación en la que nos hallamos?

Powell levantó la vista brevemente. y no dijo nada. Oh, sí, se daba cuenta de la situación en la que estaban. Se planteaba tan simplemente como un silogismo. Los únicos bancos de fotocélulas que estaban entre todo el

poder del monstruoso Sol de Mercurio y ellos se estaban agotando. Lo único que podía salvarlos era el selenio. La única cosa que podía conseguir el selenio era Speedy. Si Speedy no volvía, no había selenio. Sin selenio, no había bancos de fotocélulas. Sin fotobancos -bien, morirse asándose despacito es una de las formas mas desagradables de hacerlo.

Donovan se frotó salvajemente su mata de pelo rojo y se expresó con amargura:

—Vamos a ser el hazmerreír del Sistema, Greg. ¿Cómo puede haber ido todo de través tan pronto? Envían al

gran equipo de Powell y Donovan a Mercurio para informar sobre la conveniencia de volver a abrir la Estación Minera de Mercurio con modernas técnicas y robots, y nosotros lo echamos todo por tierra el primer día. Además, se trata de un trabajo puramente rutinario. Nunca lo olvidaremos.

—Tal vez no tengamos que hacerlo —replicó Powell, en voz baja—. Si no hacemos algo rápidamente, no tendremos ni que olvidarlo... ni siquiera podremos contarlo.

—¡No seas estúpido! Si a ti te hace gracia, Greg, a mí no. Fue criminal

enviarnos aquí con un solo robot. Y tú tuviste la brillante idea de que podríamos habérnoslas solos con los bancos de fotocélulas.

—Ahora estás siendo injusto. Fue una decisión mutua, y tú lo sabes. Todo lo que necesitábamos era un kilo de selenio, una placa de dielectrodo de cabeza fija y unas tres horas de tiempo... y en la parte del Sol hay fuentes de puro selenio. El espectrorreflector de MacDougal nos localizó tres en cinco minutos, ¿no es así? ¡Qué demonios! No podíamos haber esperado a la siguiente conjunción.

—Bien, ¿qué vamos a hacer?

Powell, tú tienes una idea. Sé que es así, o no estarías tan tranquilo. No eres más héroe que yo. ¡Venga, suéltala!

—Nosotros no podemos ir a buscar a Speedy, Mike... a la parte del Sol no. Incluso los nuevos trajes antisolares sólo sirven para veinte minutos en la luz directa del Sol. Pero ya conoces el viejo dicho: «Monta un robot para cazar otro robot.» Escucha, Mike, tal vez las cosas no estén tal mal. Tenemos seis robots abajo en los sótanos, que podríamos usar, si funcionan. Si funcionan.

Hubo una chispa de repentina esperanza en los ojos de Donovan.

—Te refieres a los seis robots de la

Primera Expedición, ¿estás seguro? Deben de ser máquinas subrobóticas. Ya sabes que diez años es mucho tiempo en lo tocante a los prototipos de robots.

—No, son robots. Me he pasado todo el día con ellos y lo sé. Tienen cerebros positrónicos; primitivos, por supuesto —dijo Powell, mientras guardaba el mapa en el bolsillo—. Bajemos.

Los robots estaban en el último sótano, los seis rodeados de enmohecidas cajas de embalaje de contenido incierto. Eran grandes, incluso en extremo, y, aunque estaban colocados

en posición de sentados en el suelo, las piernas se esparrancaban ante ellos y las cabezas ocupaban sus buenos dos metros de aire.

Donovan silbó.

—Mira qué tamaño tienen, ¿quieres? Los pechos deben de tener tres metros de contorno.

—Esto es porque están montados con los viejos engranajes McGuffy. He estado mirando su interior; el equipo más miserable que jamás hayas visto.

—¿Los has accionado ya?

—No. No había razón para ello. Pero no creo que estén estropeados. Hasta el diafragma está en estado

razonable. Pueden hablar.

Mientras hablaba, había destornillado la placa del pecho al que estaba mas cerca, había insertado la esfera de dos pulgadas que contenía la diminuta chispa de energía atómica que era la vida del robot. Fue difícil encajarla, pero lo consiguió y volvió a atornillar la placa de forma laboriosa. Los controles de radio de los modelos más modernos no eran conocidos diez años antes. Seguidamente, la misma operación con los otros cinco.

Donovan dijo, con desasosiego:

—No se han movido.

—No han recibido órdenes para ello

—replicó Powell, sucintamente. Se dirigió de nuevo al primero de la fila y le golpeó el pecho—: ¡Tú! ¿Me oyes?

La cabeza del monstruo se inclinó lentamente y sus ojos se posaron sobre los de Powell. A continuación, con una voz áspera y chillona, como la de un fonógrafo medieval, rechinó:

—¡Sí, Señor!

Powell sonrió divertido a Donovan.

—¿Lo sabias? Era la época de los primeros robots habladores, cuando parecía que se iba a prohibir el uso de los robots en la Tierra. Los fabricantes lucharon mucho y construyeron complejos, buenos y saludables

esclavos dentro de las condenadas máquinas.

—No les sirvió de mucho —murmuró Donovan.

—No, no les sirvió, pero te aseguro que lo intentaron —dijo Powell, y se volvió una vez mas hacia el robot—: ¡Levántate!

El robot se elevó despacio y Donovan estiró el cuello y sus fruncidos labios silbaron.

—¿Puedes salir a la superficie? —dijo Powell—. ¿A la luz?

Se hizo un silencio mientras el lento cerebro del robot trabajaba. Luego:

—Sí, Señor.

—Bien. ¿Sabes lo que es una milla?

Otro silencio, y otra escueta respuesta:

—Sí, Señor.

—En ese caso, te llevaremos a la superficie y te indicaremos la dirección. Recorrerás aproximadamente diecisiete millas y, en algún lugar de esta región general, encontrarás a otro robot, más pequeño que tú. ¿Comprendes hasta aquí?

—Sí, Señor.

—Encontrarás a este robot y le ordenarás que vuelva. Si no quiere hacerlo, tendrás que traerlo a la fuerza.

Donovan tiró de la manga de

Powell.

—¿Por qué no enviarlo directamente a por el selenio?

—Porque quiero que vuelva Speedy, idiota. Quiero descubrir qué es lo que no va. —y dirigiéndose al robot—: De acuerdo, sígueme.

El robot permaneció inmóvil y su voz retumbó:

—Perdón, Señor, pero no puedo. Primero me tiene que montar.

Y sus torpes brazos se habían juntado con los embotados y grandes dedos entrelazados. Powell miró atónito y luego se pellizcó el bigote.

—Hum... ¡Oh!

A Donovan se le saltaban los ojos de las órbitas.

—¿Vamos a tener que montarlo? ¿Como a un caballo?

—Creo que la idea es ésa. Aunque no sé por qué. No veo la razón... Sí, la veo. Te he explicado que en aquella época causaban molestias con la seguridad de los robots. Evidentemente, debieron de vender la idea de seguridad no permitiendo que se moviesen solos, sin un amo sobre su espalda continuamente. ¿Qué hacemos ahora?

—Estaba pensando precisamente en esto —murmuró Donovan—. Nosotros no podemos salir a la superficie, con un

robot o sin él. Oh, por todos los santos. —Y chasqueó los dedos dos veces. Se puso nervioso—. Dame el mapa que te he dado. No lo he estado estudiando durante dos horas para nada. Esto es una Estación Minera. ¿Qué pasa si utilizamos los túneles?

En el mapa, la Estación Minera era un círculo negro, y las líneas luminosas salpicadas de puntos que eran los túneles se extendían como una telaraña.

Donovan estudió la lista de símbolos de la parte inferior del mapa.

—Mira, los puntitos negros dan a la superficie y aquí hay uno que está quizás a tres millas de la fuente de selenio.

Aquí hay un número... ¿No crees que lo podían haber escrito más grande...? El 13a. Si los robots conocen el camino...

Powell lanzó la pregunta y recibió la rutinaria respuesta:

—Sí, Señor.

—Ve a por tu traje antisolar —dijo Powell con satisfacción. Era la primera vez que ambos se ponían los trajes antisolares -que marcaba asimismo un momento que ninguno de los dos había esperado cuando llegaron el día antes-, y probaron los incómodos movimientos de sus miembros.

El traje antisolar era mucho más voluminoso y mucho más feo que el traje

espacial normal; pero sin embargo considerablemente más ligero, debido al hecho de que en su entera composición no entraba nada metálico. Compuestos de plástico resistente al calor y de capas de corcho químicamente tratadas y equipado con una unidad desecante a fin de mantener el aire completamente seco, los trajes antisolares podían soportar todo el resplandor del Sol de Mercurio durante veinte minutos. Asimismo, de cinco a diez minutos más sin que el ocupante llegase a morir.

Y las manos del robot seguían formando el estribo; tampoco dio muestras del mínimo átomo de sorpresa

ante la grotesca figura en la que se había convertido Powell.

La áspera voz de Powell a través de la radio tronó:

—¿Estás preparado para tomar la Salida 13a?

—Sí, Señor.

Bien, pensó Powell; carecían de radio control pero por lo menos estaban equipados con radiorreceptores.

—Móntate en uno de los otros —le dijo a Donovan.

Puso un pie en el improvisado estribo y saltó arriba. El asiento le pareció cómodo; la «montura» se componía de la giba del robot,

evidentemente construida con este fin, una ranura poco profunda en cada hombro para los muslos y dos «orejas» alargadas cuyo objetivo era ahora obvio.

Powell sujetó las orejas y giró la cabeza. Su montura giró a su vez pesadamente.

—Vamos, Macduff —dijo; pero no se sentía muy alegre.

Los gigantescos robots avanzaron lentamente, con mecánica precisión, a través de la puerta que por un escaso palmo casi rozaba sus cabezas, por lo que los dos hombres tuvieron que agacharse a toda prisa, a lo largo de un

estrecho pasillo donde sus pausados pasos resonaban de forma monótona hasta la escotilla de aire.

El largo túnel sin aire que se alargaba hasta un puntito delante de ellos, hizo que Powell pensase en la exacta magnitud de la tarea llevada a cabo por la Primera Expedición, con sus bastos robots y unos requisitos que partían de cero. Podía haber sido un fracaso, pero su fracaso era bastante mejor que la serie normal de éxitos del Sistema.

Los robots avanzaban despacio a un ritmo que nunca variaba y con unos

pasos que nunca se hacían más largos.

—Observa que estos túneles tienen luces y que la temperatura es la normal de la Tierra —dijo Powell—. Probablemente ha estado así todos estos diez años en que el lugar ha permanecido vacío.

—¿Cómo es eso?

—Energía barata; la más barata del Sistema. Energía solar, ya sabes, y en el lado Sol de Mercurio, la energía solar no es cualquier cosa. Es por esta razón que la Estación fue construida en la luz del sol en lugar de a la sombra de una montaña. A decir verdad es un enorme convertidor de energía. El calor se

transforma en electricidad, luz, trabajo mecánico y un montón de cosas más; así, la Estación recibe energía y es enfriada en un proceso simultáneo.

—Escucha —dijo Donovan—. Todo esto es muy instructivo, ¿pero te importaría cambiar de tema? Resulta que esta conversión de energía de la que hablas es llevada a cabo principalmente por los bancos de fotocélulas... y en este momento para mi es un tema algo escabroso.

Powell gruñó vagamente y, cuando Donovan rompió el silencio resultante, fue para cambiar completamente de tema.

—Escucha, Greg. ¿Qué será a fin de cuentas lo que va mal con Speedy? No puedo comprenderlo.

No resulta fácil encogerse de hombros dentro de un traje antisolar, pero Powell lo intentó.

—No lo sé, Mike. Ya sabes que esta perfectamente adaptado al medio ambiente de Mercurio. El calor no significa nada para él y ha sido construido para la gravedad ligera y el terreno accidentado. Está hecho a toda prueba... o por lo menos debería estarlo.

Se hizo el silencio. En esta ocasión, un silencio que duró largo rato.

—Señor —dijo el robot—, hemos

llegado.

—¿Eh? —dijo Powell, saliendo de un estado de amodorramiento—. Bien, sácanos de aquí... a la superficie.

Aparecieron en una diminuta subestación, vacía, sin aire, ruinosa. Donovan inspeccionó un agujero mellado en la parte alta de una de las paredes con la luz de su lámpara de bolsillo.

—¿Crees que es un meteorito? —preguntó.

Powell se encogió de hombros.

—Al demonio con ellos. No importa. Salgamos.

Un elevado precipicio de roca negra

de basalto ocultaba la luz del Sol, y estaban rodeados por la profunda sombra nocturna de un mundo sin aire. Ante ellos, la sombra se alargaba y terminaba, con la brusquedad del filo de una navaja, en un casi insoportable resplandor de luz blanca, que brillaba con miríadas de cristales en un terreno rocoso.

—¡El espacio! —gritó Donovan, sofocadamente—. Parece nieve.

En efecto parecía nieve. Los ojos de Powell recorrieron el resplandor desigual de Mercurio que se extendía en el horizonte y se estremeció ante el maravilloso brillo.

—Debe de ser una zona insólita. El albedo general de Mercurio es bajo y la mayor parte del suelo es del color gris de la piedra pómez. Un poco como la Luna. Hermoso, ¿verdad?

Agradecía los filtros de luz de sus placas de visión. Hermoso o no, una mirada a la luz del sol directamente a través de un cristal los habría cegado en medio minuto.

Donovan estaba mirando el termómetro ligero que llevaba en su muñeca.

—¡Santo cielo, la temperatura es de ochenta grados centígrados!

Powell comprobó el suyo y dijo:

—Hum-m-m. Algo alta. La atmósfera, ya sabes.

—¿En Mercurio? ¿Estás chiflado?

—En realidad, Mercurio no está completamente sin aire —explicó Powell, distraído. Estaba ajustando los prismáticos a su placa de visión, y los hinchados dedos del traje bajaban torpemente—. Hay una diminuta exhalación que se adhiere a su superficie... Vapores de los más volátiles elementos y compuestos que son lo suficientemente pesados para retener la gravedad de Mercurio. Ya sabes: selenio, yodo, mercurio, galio, potasio, bismuto, óxidos volátiles. Los

vapores avanzan en las sombras y se condensan, produciendo calor. Es una especie de gigantesco alambique. De hecho, si utilizas tu luz, probablemente descubrirás que la vertiente del precipicio está cubierta de, digamos, una acumulación de azufre, o tal vez de rocío de mercurio.

—En cualquier caso, no importa. Nuestros trajes pueden soportar indefinidamente unos miserables ochenta grados.

Powell se habla ajustado los prismáticos, y parecía tener unos ojos tan pedunculares como un caracol.

Donovan observaba lleno de tensión.

—¿Ves algo?

Su compañero no contestó inmediatamente y, cuando lo hizo, su voz estaba llena de ansiedad y seriedad.

—Hay un punto oscuro en el horizonte que puede ser la fuente de selenio. Está en el lugar que indica el mapa. Pero no veo a Speedy.

Powell se irguió en un instintivo afán de ver mejor, hasta quedarse sobre los hombros de su robot en una posición inestable. Con las piernas a horcajadas y escudriñando con los ojos, dijo:

—Creo... Creo... Sí, definitivamente es él. Está viniendo por aquí.

Donovan siguió el dedo que

señalaba. No tenía prismáticos, pero había un puntito que se movía, negro contra el deslumbrante brillo del suelo cristalino.

—Lo veo —gritó—. ¡Vamos!

Powell había vuelto a sentarse sobre el robot, y su mano dentro del traje golpeó el pecho cilíndrico de Gargantúa.

—¡Vamos!

—Paso ligero —chilló Donovan, y golpeó sus talones, como espoleando.

Los robots se pusieron en movimiento, y el habitual ruido sordo de sus pies era silencioso en la zona sin aire, pues la tela no metálica de los

trajes antisolares no transmitía los sonidos. Sólo alcanzaban a oír una rítmica vibración.

—Más rápido —gritó Donovan.

El ritmo no varió.

—Es inútil —exclamó Powell, como respuesta—. Estos montones de chatarra sólo están equipados para una velocidad. ¿Crees que están equipados con flexores selectivos?

Habían atravesado la sombra y apareció la luz del Sol en un candente remolino que fluyó de forma líquida alrededor de ellos.

Donovan agachó la cabeza involuntariamente.

—¡Uauh! ¿Es imaginación mía o siento calor?

—Sentirás más dentro de un momento —fue la inexorable respuesta —. No apartes la vista de Speedy.

El robot SPD-13 estaba ya lo suficientemente cerca para verlo con detalle. Su grácil y aerodinamizado cuerpo lanzaba resplandecientes toques de luz mientras caminaba a paso largo y ligero por el suelo accidentado. Su nombre derivaba de sus iniciales de serie, por supuesto, pero sin embargo se le adecuaba mucho, pues los modelos SPD estaban entre los robots más rápidos fabricados por «United States

Robots and Mechanical Men Corporation».

—¡Eh, Speedy! —gritó Donovan en un alarido, y agitó una frenética mano.

—¡Speedy! —gritó Powell—. ¡Ven aquí!

La distancia entre los hombres y el robot errante se iba acortando por momentos, más por los esfuerzos de Speedy que por el lento caminar de las monturas de diez años de antigüedad de Donovan y Powell.

Estaban ahora bastante cerca para advertir que el paso de Speedy era un peculiar y continuo balanceo, un perceptible tumbo de izquierda a

derecha y viceversa. Y en ese momento, mientras Powell agitaba de nuevo la mano y enviaba la máxima fuerza a su emisor de radio de auriculares compactos, preparándose para otro grito, Speedy levantó la vista y los vio.

Speedy se detuvo con un brinco y permaneció parado un momento con un ligero e inseguro balanceo, como si estuviese ondeando en un viento ligero.

Powell gritó:

—Está bien, Speedy. Ahora ven aquí, muchacho.

Después de lo cual, la voz del robot Speedy se oyó en los auriculares de Powell por primera vez. Dijo:

—Tunante, vamos a jugar. Tú me coges a mí y yo te cojo a ti; ningún amor puede cortar nuestro cuchillo en dos. Porque yo soy Little Buttercup, la dulce Little Buttecup. ¡Uau...! —Y, girando sobre sus talones, se marchó corriendo en la dirección de la que había venido, con una velocidad y una furia que formaban gotas de polvo cocido.

Y sus últimas palabras mientras se alejaban en la distancia, fueron:

—Cultivaron una florecilla cerca del gran roble —seguidas de un curioso chasquido metálico que podía haber sido el equivalente robótico de un hipo.

Donovan dijo débilmente:

—¿Dónde habrá escuchado a Gilbert y Sullivan? Dime, Greg... está borracho o algo parecido.

—Si no me lo hubieses dicho, no me habría dado cuenta —fue la amarga respuesta—. Volvamos al precipicio. Me estoy asando.

Fue Powell quien rompió el desesperante silencio:

—En primer lugar —dijo—, Speedy no está borracho... No en un sentido humano, porque es un robot, y los robots no se emborrachan. Sin embargo, algo le ocurre, algo que es el equivalente robótico de la borrachera.

—Para mí, está borracho —declaró

Donovan, enfáticamente—. Y todo lo que sé es que se imagina que estamos jugando. Y no así. Es una cuestión de vida o de horripilante muerte.

—Está bien. No me atosigues. Un robot es sólo un robot. Cuando hayamos descubierto lo que le ocurre, podremos arreglarlo y seguir adelante.

—Cuando... —dijo Donovan, con amargura.

Powell lo ignoró.

—Speedy está perfectamente adaptado al entorno normal de Mercurio. Pero esta región —y su brazo se hinchó al extenderlo—, es claramente anormal. Esta es nuestra pista. Veamos

ahora, ¿de dónde proceden estos cristales? Deben de haberse formado de un líquido enfriándose lentamente; ¿pero de dónde saldría un liquido tan caliente que se enfriase en el sol de Mercurio?

—De una acción volcánica —sugirió Donovan, al instante, y el cuerpo de Powell se tensó.

—De las bocas de los que amamantaban —dijo con una extraña y débil voz, y permaneció muy quieto durante cinco minutos. Luego, dijo:

—Dime, Mike, ¿qué le dijiste a Speedy cuando lo enviaste a buscar el selenio?

Donovan fue cogido por sorpresa.

—Maldita sea... no lo sé. Simplemente le dije que fuese a buscarlo.

—Sí. Lo sé. ¿Pero cómo? Intenta recordar exactamente las palabras.

—Le dije... huy... le dije: «Speedy, necesitamos algo de selenio. Puedes encontrarlo en tal o cual sitio. Ve a buscarlo.» Esto es todo. ¿Qué otra cosa querías que le dijese?

—¿No manifestaste ninguna urgencia en la orden, verdad?

—¿Para qué? Era pura rutina.

Powell suspiró.

—Bien, ahora ya no se puede evitar... pero estamos en un buen aprieto.

Había bajado de su robot y se había sentado, apoyado contra el precipicio. Donovan se reunió con él y se cogieron del brazo. En la distancia, la ardiente luz del sol parecía esperarlos jugando al ratón y al gato; y justo junto a ellos, los dos robots gigantes eran invisibles salvo por el rojo mate de sus ojos fotoeléctricos que los miraban fijamente, imperturbables, inquebrantables e indiferentes.

¡Indiferentes! Como todo aquel envenenado Mercurio, tan grande en mala suerte como pequeño en tamaño.

La voz de Powell a través de la radio era tensa en el oído de Donovan:

—Ahora, escucha, vamos a empezar con las tres Reglas fundamentales de la Robótica; las tres reglas mas profundamente introducidas en el cerebro positrónico de los robots —dijo, y en la oscuridad, sus dedos enguantados marcaron cada punto.

—Tenemos: Una, un robot no puede hacer daño a un ser humano, o, por medio de la inacción, permitir que un ser humano sea lesionado.

—¡De acuerdo!

—Dos —continuó Powell—, un robot debe obedecer las órdenes recibidas por los seres humanos excepto si éstas órdenes entrasen en conflicto

con la Primera Ley.

—¡De acuerdo!

—Y tres, un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no sea incompatible con la Primer o la Segunda Ley.

—¡De acuerdo! ¿Y dónde estamos ahora?

—Exactamente en la explicación. El conflicto entre las varias reglas es allanado por los diferentes potenciales positrónicos del cerebro. Digamos que un robot se está dirigiendo a un peligro y lo sabe. El potencial automático que establece la Regla 3 le hace retroceder. Pero imagínate que le ordenas que vaya

a ese peligro. En este caso, la Regla 2 establece un contrapotencial mayor que el anterior y el robot sigue las órdenes arriesgando la existencia.

—Bien, esto lo sé. ¿Y qué?

—Tomemos el caso de Speedy. Éste es uno de los últimos modelos, especializado en extremo y tan caro como un acorazado. No es algo que deba ser destruido a la ligera.

—¿Y entonces?

—Entonces la Regla 3 ha sido reforzada, lo cual, por cierto, se mencionaba de forma específica en los previos avisos de los modelos SPD, y su alergia al peligro es inusualmente alta.

Al mismo tiempo, cuando tú lo enviaste a buscar el selenio, le diste esta orden sin darle mayor importancia y sin un énfasis especial, de forma que el mecanismo del potencial de la Regla 2 era bastante débil. Ahora, espera; sólo estoy exponiendo los hechos.

—De acuerdo, sigue. Creo que lo voy cogiendo.

—¿Comprendes cómo funciona, verdad? Existe algún tipo de peligro centrado en la fuente de selenio. Aumenta a medida que se acerca, y a una determinada distancia el potencial de la Regla 3, inusualmente alto para ponerse de manifiesto, se equilibra exactamente

con el potencial de la Regla 2, insólitamente bajo para ponerse de manifiesto.

Donovan se puso de pie, lleno de excitación.

—Y encuentra un equilibrio, ya veo. La Regla 2 lo lleva hacia atrás y la Regla 2 lo lleva hacia delante...

—Por consiguiente sigue un círculo alrededor de la fuente de selenio, permaneciendo en el lugar de todos los puntos del potencial equilibrado. Y hasta que no hagamos algo al respecto, se quedará en el círculo para siempre, el eterno círculo vicioso —añadió, más seriamente—: Y esto, en realidad, es lo

que lo emborracha. Con el potencial equilibrado, la mitad de las pistas positrónicas de su cerebro se han quedado desbaratadas. Yo no soy un especialista en robots, pero parece evidente. Probablemente, como le ocurre a un humano ebrio, ha perdido justo el control de las partes de su mecanismo de la voluntad. Mu-y-y bonito.

—¿Pero cuál era el peligro? Si supiésemos de qué estaba huyendo...

—Tú los has sugerido. Una acción volcánica. En algún lugar justo junto a la fuente de selenio hay una filtración de gas de las entrañas de Mercurio.

Dióxido de azufre, dióxido de carbono... y monóxido de carbono. Mucha cantidad... y a esta temperatura.

Donovan tragó saliva de forma audible.

—Monóxido de carbono más hierro da carbonilo de hierro volátil.

—Y un robot —añadió Powell—, es esencialmente hierro. Y prosiguió, lúgubremente—: No hay nada como la deducción. Hemos determinado todo nuestro problema menos la solución. Nosotros no podemos ir en busca del selenio, todavía está demasiado lejos. No podemos enviar a estos robots—caballos, porque no pueden ir solos, y

no nos pueden llevar suficientemente de prisa a fin de que no nos quedemos fritos. Y no podemos coger a Speedy, porque el idiota piensa que estamos jugando y puede recorrer sesenta millas mientras nosotros caminamos cuatro.

—Si va uno de nosotros —tanteó Donovan—, y vuelve cocido, siempre quedará el otro.

—Sí, seria un sacrificio de lo más delicado —fue la sarcástica respuesta —. Salvo que esta persona antes siquiera de llegar a la fuente ya no estaría en condiciones de dar órdenes, y no creo que los robots volviesen nunca al precipicio sin órdenes. ¡A ver si lo

entiendes! Estamos a dos o tres millas de la fuente, digamos dos, y el robot viaja a cuatro millas la hora; y nuestros trajes sólo aguantan veinte minutos. No es sólo el calor, recuérdalo. La radiación solar fuera de aquí en los ultravioleta y abajo es venenoso.

—Vaya, nos faltan diez minutos —dijo Donovan.

—Tanto como una eternidad. Y otra cosa. Si el potencial de la Regla 3 ha detenido a Speedy donde lo ha hecho, significa que debe de haber una apreciable cantidad de monóxido de carbono en la atmósfera llena de vapor de metal... y por consiguiente debe de

haber una apreciable acción corrosiva. Hace ya horas que está fuera; y cómo sabremos si una juntura de la rodilla, por ejemplo, no se ha desencajado y lo ha hecho caer. No es sólo cuestión de pensar... ¡tenemos que pensar de prisa!

¡Profundo, oscuro, malsano, tenebroso silencio!

Donovan lo rompió, con una voz que temblaba por el propio esfuerzo de mantenerla fría. Dijo:

—Dado que no podemos aumentar el potencial de la Regla 2 dándole más órdenes, ¿por qué no trabajamos en el otro sentido? Si aumentamos el peligro, aumentaremos el potencial de la Regla 3

y lo haremos volver.

La placa de visión de Powell se volvió hacia él en una silenciosa pregunta.

—Escucha —empezó Donovan en cautelosa explicación—, todo lo que necesitamos para sacarlo de su ruta es aumentar la concentración de monóxido de carbono en su proximidad. Bien, en la Estación hay un completo laboratorio analítico.

—Naturalmente —admitió Powell —. Es una Estación Minera.

—Claro. Debe de haber kilos de ácido oxálico para precipitaciones de calcio.

—¡Santo espacio! Mike, eres un genio.

—Sólo un poco —admitió Donovan, modestamente—. Únicamente se trata de recordar que el ácido oxálico al calor se descompone en dióxido de carbono, agua, y el buen y viejo monóxido de carbono. La Universidad, la química, ya sabes.

Powell se había puesto de pie y había llamado la atención de uno de los robots monstruosos con el simple acto de golpear el muslo de la máquina.

—Eh, ¿sabes lanzar? —gritó.

—¿Señor?

—No importa. —Powell maldijo el

cerebro de lenta melaza del robot. Buscó y encontró una piedra mellada del tamaño de un ladrillo—. Cógela —dijo —, y lánzala allí en el pedazo de cristales azulados justo en la fisura tortuosa. ¿Lo ves?

Donovan tiró de su hombro.

—Demasiado lejos, Greg. Está a casi media milla.

—Tranquilo —replicó Powell—. Se trata de la gravedad mercuriana y de cómo lanza un brazo de acero. Tú mira, ¿quieres?

Los ojos del robot estaban midiendo la distancia con precisión maquinal y estereoscópica. Su brazo se ajustó al

peso del misil y se fue hacia atrás. Los movimientos del robot no se veían en la oscuridad, pero se oyó un fuerte sonido sordo cuando balanceaba su peso, y segundos después la piedra volaba furiosamente en la luz del sol. No había resistencia aérea que redujese su velocidad, ni viento que la desviase, y cuando golpeó el suelo levantó unos cristales justo en el centro del "pedazo azul».

Powell gritó feliz y exclamó:

—Vamos a por el ácido oxálico, Mike.

Y, mientras se introducían en la ruinosa subestación en su camino de

vuelta a los túneles, Donovan dijo ceñudo:

—Speedy ha seguido vagando por este lado de la fuente de selenio, incluso después de haber ido en pos de él. ¿Lo has visto?

—Sí.

—Me parece que quiere jugar. ¡Bien, pues jugaremos con él!

Unas horas más tarde, estaban de vuelta con unos frascos de tres litros conteniendo la blanca sustancia química, y unas caras largas. Los bancos de fotocélulas se estaban deteriorando más rápidamente de lo que habían supuesto.

En silencio y con un inexorable objetivo ambos guiaron sus robots hasta la luz del sol y hacia Speedy que esperaba.

Este ultimo trotó despacio hacia ellos.

—Por aquí otra vez. ¡Hola! He hecho una pequeña lista, el organista del piano; todos comen pastillas de menta y os las tiran a la cara.

—En tu cara vamos a tirar algo —murmuró Donovan—. Está cojeando, Greg.

—Lo he notado —le contestó su compañero, en voz baja y preocupada —. Si no nos damos prisa, le comerá el monóxido.

Ahora se estaban acercando cautelosamente, casi sigilosamente, a fin de evitar que el completamente irracional robot se alejase. Powell estaba demasiado lejos para decirlo, por supuesto, pero habría jurado que el loco de Speedy se estaba preparando para saltar.

—Vamos a lanzarlos —dijo en un grito sofocado—. ¡Cuento hasta tres! Uno... dos...

Dos brazos de acero se echaron hacia atrás y luego hacia delante simultáneamente y dos jarras de cristal fueron lanzadas hacia delante formando elevados arcos paralelos, que brillaban

como diamantes en el Sol imposible. Y en un par de soplos silenciosos, golpearon el suelo detrás de Speedy, estrellándose de forma que el ácido oxálico voló como polvo.

Powell supo que, al pleno calor del Sol de Mercurio, había entrado en efervescencia como agua de Seltz.

Speedy se volvió para mirar, luego retrocedió despacio, e igualmente despacio fue tomando velocidad. Al cabo de quince segundos, estaba brincando hacia los dos hombres con un medio galope poco firme.

Powell no captó con precisión las palabras de Speedy en aquel momento,

pero oyó algo como:

—Las declaraciones de amor cuando son pronunciadas en hessiano.

Se volvió.

—Regresemos al precipicio, Mike. Ha salido de la ruta y ahora aceptará las órdenes. Estoy empezando a tener calor.

Avanzaron despacio hacia la sombra al lento y monótono paso de sus monturas, y no fue hasta que entraron en el repentino frescor, éste los rodeó y lo sintieron, que Donovan miró hacia atrás.

—¡Greg!

Powell miró a su vez y casi gritó. Ahora Speedy se estaba moviendo despacio -muy despacio- y en la

dirección contraria. Iba a la deriva, de vuelta a su ruta; y estaba cobrando velocidad. En los prismáticos parecía terriblemente cerca, y temiblemente inalcanzable.

Donovan gritó salvajemente:

—¡A por él! —y espoleó a su robot para ir en su busca, pero Powell lo hizo volver.

—No lo cogerás, Mike, es inútil —dijo, agitándose nervioso sobre la espalda del robot y apretando los puños en tensa impotencia—. ¿Por qué demonios debo ver estas cosas cinco segundos después de que todo haya pasado? Mike, hemos perdido el tiempo.

—Necesitarnos más ácido oxálico —declaró Donovan, tercamente—. La concentración no era suficientemente alta.

—Siete toneladas no habrían bastado... y, aunque bastasen, con el monóxido devorándolo, no tenemos horas para malgastar obteniéndolo. ¿No ves lo que pasa, Mike?

—No —dijo Donovan, claramente.

—Sólo estamos estableciendo nuevos equilibrios. Al crear un nuevo monóxido y aumentar el potencial de la Regla 3, él ha retrocedido hasta estar nuevamente equilibrado; y al desvanecerse el monóxido, ha avanzado,

y otra vez había equilibrio. —La voz de Powell tenía un tono completamente desdichado—. Es el eterno círculo vicioso. Podemos dar un empujón a la Regla 2 y tirar de la Regla 3 sin llegar a ninguna parte, sólo cambiando la posición de la balanza. Tenemos que salir de las dos reglas. —E hizo que su robot se acercase al de Donovan, de forma que se quedaron sentados cara a cara, débiles sombras en la oscuridad, y murmuró: —¡Mike!

—¡Se ha acabado! —dijo Donovan, sombríamente—. Supongo que volveremos a la Estación, esperaremos que los bancos se agoten, nos

estrecharemos las manos, tomaremos cianuro y nos marcharemos como caballeros. —Y lanzó una risita.

—Mike —repitió Powell seriamente —, tenemos que ir a buscar a Speedy.

—Lo sé.

—Mike —dijo Powell una vez más, y titubeó antes de continuar—. Queda todavía la Regla 1. Había pensado en ello... antes, pero es desesperado.

Donovan levantó la vista y su voz se animó:

—Nosotros estamos desesperados.

—Está bien. De acuerdo con la Regla 1, un robot no puede ver cómo a un humano le sucede algo malo por

culpa de su falta de acción. La dos y la tres no pueden nada ante ello. No pueden nada, Mike.

—Incluso cuando el robot está medio loco... Bien, él está borracho. Sabes que es así.

—Es el riesgo que se corre.

—Para ya. ¿Qué vas a hacer?

—Ahora voy a salir para ver qué hará la Regla 1. Si no rompo el equilibrio, entonces qué demonios... o es ahora o dentro de tres o cuatro días.

—Espera, Greg. También hay reglas humanas de comportamiento. Tú no te vas así como así. Imagínate una lotería y dame mi oportunidad.

—De acuerdo. El primero que saque el número quince va. —Y casi inmediatamente—: ¡Veintisiete! ¡Cuarenta y cuatro!

Donovan advirtió que su robot se tambaleaba ante un súbito empujón de la montura de Powell; y éste ya se había marchado hacia la luz del sol. Donovan abrió la boca para gritar, pero la cerró. Por supuesto, el maldito estúpido tenía ya preparado el número quince con antelación, y a propósito. Al igual que él.

El sol abrasaba más que nunca y Powell sintió un comezón enloquecedor

en la parte más estrecha de la espalda. Imaginaciones, probablemente o, tal vez, la fuerte radiación que empezaba a manifestarse a través del traje antisolar.

Speedy lo estaba mirando, sin una palabra del galimatías de Gilbert y Sullivan como saludo. ¡Gracias a Dios por esto! Pero no se atrevió a acercarse demasiado.

Estaba a tres yardas cuando Speedy empezó a retroceder, un Paso a la vez, cautelosamente, y Powell se detuvo. Saltó de los hombros del robot y aterrizó en el suelo cristalino acompañado de un ligero ruido sordo y una lluvia de fragmentos desiguales.

Avanzó a pie, con el terreno arenoso y resbaladizo bajo sus pies y con dificultad a causa de la baja gravedad. El calor le provocaba cosquillas en las plantas. Echó una ojeada a la oscuridad de la sombra del acantilado por encima del hombro y se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos para volver, tanto sólo como con la ayuda de su anticuado robot. Era Speedy o nada, y la toma de conciencia de ello le encogió el corazón.

¡Ya estaba bastante lejos! Se detuvo.

—¡Speedy! —llamó—. ¡Speedy!

El brillante y moderno robot titubeó delante de él y dejó de retroceder, luego

reanudó el camino.

Powell intentó poner una nota de lamento en su voz, y descubrió que no necesitaba hacer mucho teatro:

—Speedy, tengo que volver a la sombra o el Sol me abrasará. Es cosa de vida o muerte, Speedy. Te necesito.

Speedy dio un paso hacia delante y se paró. Habló, pero ante su sonido Powell gruñó, pues fue:

—Cuando uno está tumbado despierto con un horrible dolor de cabeza y el descanso está prohibido... —se fue desvaneciendo, y Powell, por alguna razón, se tomó un momento para murmurar:

—Iolanthe.

¡Hacía un calor abrasador! Vislumbró un movimiento por el rabillo del ojo y se volvió aturdido; entonces se quedó petrificado de asombro, pues el monstruoso robot sobre el que había montado se estaba moviendo, moviéndose hacia él, y sin jinete.

Estaba hablando:

—Perdón, Señor. No debo moverme sin un Señor sobre mí, pero usted está en peligro.

Claro, el potencial de la Regla 1 por encima de todo. Pero él no quería aquella torpe antigualla; él quería a Speedy. Se alejó y le hizo gestos

frenéticos.

—Te ordeno que te mantengas alejado. ¡Te ordeno que te pares!

Era completamente inútil. No se puede luchar con el potencial de la Regla 1. El robot dijo estúpidamente:

—Está en peligro, Señor.

Powell miró en torno suyo, desesperadamente. No podía ver con claridad. Su cerebro le daba vueltas acaloradamente; el aliento le abrasaba al respirar y el suelo a su alrededor era una calina trémula.

Llamó una última vez, desesperadamente:

—¡Speedy! ¡Me estoy muriendo,

maldito! ¿Dónde estás? Speedy, te necesito.

Estaba todavía dando traspiés hacia atrás en un ciego esfuerzo por alejarse del gigantesco robot a quien no quería, cuando notó unos dedos de acero en sus brazos y oyó una preocupada y apenada voz de timbre metálico en sus oídos.

—Por todos los santos, jefe, ¿qué está usted haciendo aquí? Y qué estoy haciendo yo... Me siento tan confundido...

—No importa —murmuró Powell, débilmente. —Llévame a la sombra del precipicio... ¡Y rápido!

Tuvo una última sensación de ser

levantado en el aire, una impresión de rápido movimiento y de calor abrasador, y perdió el conocimiento.

Se despertó con Donovan inclinado sobre él y sonriendo ansiosamente.

—¿Cómo estás, Greg?

—¡Bien! —fue la respuesta—. ¿Dónde esta Speedy?

—Por aquí. Lo he enviado a una de las otras fuentes de selenio... esta vez con órdenes de conseguir el selenio a cualquier precio. Regresó a los cuarenta minutos y tres segundos. Lo cronometré. Aún no ha acabado de pedirnos disculpas por el círculo vicioso al que

nos sometió. Tiene miedo a acercársete por lo que tú le puedas decir.

—Arrástralo hasta aquí —ordenó Powell—. No fue culpa suya. —Alargó una mano y apretó la metálica garra de Speedy—. Todo está bien, Speedy. —Luego, a Donovan—: ¿Sabes, Mike? Estaba pensando...

—¡Sí!

—Bueno... —Se pasó una mano por el rostro... el aire era tan deliciosamente fresco—. ¿Sabes que, cuando arreglemos las cosas aquí, y Speedy sea sometido a sus pruebas de campo, vamos a ser enviados a la estación del espacio próxima a...?

—¡No!

—Sí. Al menos eso es lo que la vieja dama Calvin me dijo poco antes de que nos fuéramos, y no te había dicho nada al respecto porque en principio estaba en contra de toda la idea.

—¿En contra? —exclamó Donovan —. Pero...

—Lo sé. Ahora me parece algo estupendo. Doscientos setenta y tres centígrados por debajo de cero. ¿No va a ser una auténtica gozada?

—Estación espacial —exclamó Donovan—. ¡ahí voy!

Razón

Medio año después los dos amigos habían cambiado de manera de pensar. La llamarada de un gigantesco sol habla dado paso a la suave oscuridad del espacio, pero las variaciones externas significan poco en la labor de comprobar las actuaciones de los robots experimentales. Cualquiera que sea el fondo de la cuestión, uno se encuentra frente a frente con un inescrutable cerebro Positrónico; que según los genios de la ciencia, tiene que obrar de esta u otra forma.

Pero no es así. Powell y Donovan se

dieron cuenta de ello antes de llevar en la Estación dos semanas.

Gregory Powell espació sus palabras para dar énfasis a la frase.

—Hace una semana Donovan y yo te pusimos en condiciones... —Sus cejas se juntaron con un gesto de contrariedad y se retorció la punta del bigote.

En la cámara de la Estación Solar 5 reinaba el silencio, a excepción del suave zumbido del poderoso Haz Director en las bajas regiones.

El robot QT-1 permanecía sentado, inmóvil. Las bruñidas placas de su cuerpo relucían bajo las luxitas, y las células fotoeléctricas que formaban sus

ojos estaban fijas en el hombre de la Tierra, sentado al otro lado de la mesa.

Powell refrenó un súbito ataque de nervios. Aquellos robots poseían cerebros peculiares. ¡Oh, las tres Leyes Robóticas seguían en vigor! Tenían que seguir. Todo el personal de la U. 5. Robots, desde el mismo Robertson hasta el nuevo barrendero insistirían en ella. ¡De manera que QT-1 estaba a salvo! Y sin embargo..., los modelos QT eran los primeros de su especie y aquél era el primero de los QT. Los cálculos matemáticos sobre el papel no siempre eran la protección más tranquilizadora contra los gestos de los robots.

Finalmente, el robot habló. Su voz tenía la inesperada frialdad de un diafragma metálico.

—¿Te das cuenta de la gravedad de una tal declaración, Powell?

— Algo te ha hecho, Cutie —le hizo ver Powell—. Tú mismo reconoces que tu memoria parece brotar completamente terminada del absoluto vacío de hace una semana. Te doy la explicación. Donovan y yo te montamos con las piezas que nos mandaron.

Cutie contempló sus largos dedos afilados con una curiosa expresión humana de perplejidad.

—Tengo la impresión de que todo

esto podría explicarse de una manera más satisfactoria. Porque que tú me hayas hecho a mí, me parece improbable.

—¡En nombre de la Tierra! ¿Por qué? —exclamó Powell, echándose a reír.

—Llámalo intuición. Hasta ahora es sólo esto. Pero pienso razonarlo. Un encadenamiento de válidos razonamientos sólo puede llevar a la determinación de la verdad, y a esto me atendré hasta conseguirla.

Powell se levantó y volvió a sentarse en el extremo de la mesa, cerca del robot. Sentía súbitamente una fuerte

simpatía por el extraño mecanismo. No era en absoluto como un robot ordinario, que realizaba su tarea rutinaria en la estación con la intensidad de un sendero Positrónico profundamente marcado.

Puso una mano sobre el hombro de acero de Cutie y notó la frialdad y dureza del metal.

—Cutie —dijo—. Voy a tratar de explicarte algo. Eres el primer robot que ha manifestado curiosidad por su propia existencia... y el primero, a mi modo de ver, suficientemente inteligente para comprender el mundo exterior. Ven conmigo.

El robot se levantó lentamente y

siguió a Powell con sus pasos que hacía silenciosos la gruesa suela de esponja de caucho. El hombre de la Tierra apretó un botón y un panel cuadrado de pared se deslizó a un lado. El grueso y claro vidrio de la portilla dejó ver el espacio... cuajado de estrellas.

—Ya he visto esto por las ventanas de observación de la sala de máquinas — dijo Cutie.

—Lo sé —dijo Powell—. ¿Qué crees que es?

—Exactamente lo que parece: un material negro detrás de este cristal, salpicado de puntas brillantes. Sé que nuestro director manda rayos desde

algunos de estos puntos, siempre los mismos; y también que estos puntos se mueven y que los rayos se mueven con ellos. Eso es todo.

—¡Bien! Ahora quiero que me escuches atentamente. Lo negro es vacío, inmensa extensión vacía que se extiende hasta el infinito. Los pequeños puntos brillantes son enormes masas de materia saturadas de energía. Son globos, algunas de ellos de millones de kilómetros de diámetro, y para que puedas compararlos te diré que esta estación tiene sólo mil quinientos metros de ancho. Parecen tan pequeños porque están increíblemente lejos.

»Los puntos a los cuales van dirigidos nuestros haces de energía están más cercanos y son más pequeños. Son fríos y duros y los seres humanos como yo mismo, vivimos en su superficie; somos varios millones. Es de uno de estos mundos de donde Donovan y yo venimos. Nuestros rayos alimentan estos mundos con energía sacada de uno de estos grandes globos incandescentes que se encuentran cerca de nosotros. A este globo lo llamamos Sol y está del otro lado de la Estación, donde tú puedes verlo.

Cutie permanecía inmóvil al lado de la portilla, como una estatua de acero.

Sin volver la cabeza, dijo:

—¿De qué punto de luz pretendes venir?

—Allí está —dijo Powell después de haber buscado—. Aquel tan brillante de la esquina. Lo llamamos Tierra. La buena y vieja Tierra. Somos tres billones en él, Cutie, y dentro de unas dos semanas volveré a estar allá con ellos.

Y entonces, cosa sorprendente, Cutie pareció canturrear, distraído. No era en realidad una tonada, pero poseía la curiosa calidad sonora de un "pizzicato". Cesó tan rápidamente como había empezado.

—¿Y de dónde vengo yo, Powell? No me has explicado mi existencia.

—Todo lo demás es sencillo. Cuando estas estaciones fueron establecidas por primera vez para alimentar de energía solar los planetas, eran regidas por seres humanos. Sin embargo, el calor, las fuertes radiaciones solares y las tempestades de electrones hacían la estancia en el puesto difícil. Se perfeccionaron los robots para sustituir el trabajo humano y ahora sólo se necesitan dos jefes para cada estación. Estamos tratando de reemplazar incluso a estos dos y aquí es donde intervienes tú. Tú eres el tipo de

robot más perfeccionado, y si demuestras la capacidad de dirigir esta estación independientemente, jamás un ser humano volverá a poner los pies aquí, salvo para traer las piezas de recambio para reparaciones.

Su mano se levantó y la placa de metal volvió a caer en su sitio. Powell volvió a la mesa y frotó una manzana contra la manga antes de mordería. El rojo resplandor de los ojos del robot detuvo un ademán.

—¿Esperas acaso que dé crédito a ninguna de estas absurdas hipótesis que acabas de exponerme? —dijo lentamente—. ¿ Por quién me tomas?

Powell escupió fragmentos de manzana sobre la mesa y se puso Colorado.

—¡Pero, maldito sea! ¡No son hipótesis, son hechos!

—¡Globos de energía de millones de kilómetros de anchura! —dijo Cutie amargamente—. ¡Mundos con tres billones de seres humanos! ¡El vacío infinito!... Lo siento, Powell, pero no creo nada de esto. Lo resolveré yo solo. Adiós.

Dio la vuelta y salió de la cámara. Pasó por delante de Michael Donovan, hizo una inclinación de cabeza al llegar al umbral y salió al corredor, ignorante

de la expresión de asombro de los dos hombres.

Mike Donovan se pasó la mano por el rojo cabello y dirigió una mirada de contrariedad a Powell.

—¿Qué diablos estaba diciendo el maldito artefacto este? ¿Qué es lo que no cree?

—Es un escéptico —dijo el otro, mordiéndose nerviosamente el bigote—. No cree que lo hayamos fabricado, ni que la Tierra exista, ni que haya un espacio estrellado.

—¡Por el viejo Saturno! Ha salido un robot loco de nuestras manos...

—Dice que va a resolver el

problema él solo.

—Bien, en este caso, espero condescenderá a explicarme todo lo que descubra —Y con súbita rabia, añadió —: ¡Oye! ¡Cómo ese montón de metal me largue a mí una de éstas, le parto esta varilla de cromo en la espalda!

Se sentó encogiéndose de hombros y se sacó una novela del bolsillo.

—Este robot empieza a darme grima, de todos modos. Es demasiado inquisitivo.

Mike Donovan se estaba comiendo un bocadillo de lechuga y tomate cuando Cutie llamó suavemente a la puerta y

entró.

—¿Está aquí Powell?

Donovan le contestó con voz pausada y apagada por la masticación.

—Está reuniendo datos sobre la función de las corrientes electrónicas. Parece que nos acercamos a una tormenta.

En aquel momento entró Gregory Powell, miró un papel lleno de cifras que traía en la mano y se sentó. Dejó las hojas sobre la mesa y comenzó a hacer cálculos. Donovan lo miraba, masticando la lechuga y recogiendo las migas de pan. Cutie esperaba, silencioso.

—El potencial Zeta se eleva, pero lentamente —dijo Powell levantando la vista—. De todos modos, las corrientes funcionales son errantes y no sé qué esperar. ¡Ah, hola, Cutie! Creía que estabas vigilando la instalación de la nueva barra de mando.

—Ya está instalada —dijo el robot tranquilamente— y he venido a sostener una conversación con vosotros.

—¡Ah!... —dijo Powell, aparentemente inquieto—. Bien, siéntate. No, en esta silla, no. Una de las patas es floja y no resistiría tu peso.

—He tomado una decisión —dijo el robot, después de haber obedecido.

Donovan levantó la vista y dejó los restos de su bocadillo a un lado. Se disponía a hablar, pero Powell le hizo guardar silencio con un gesto.

—Sigue, Cutie. Te escuchamos.

—He pasado estos dos últimos días en concentrada introspección —dijo Cutie—, y los resultados han sido de lo más interesante. Empecé por un seguro aserto que consideré podía permitirme hacer. Yo, por mi parte: existo, porque pienso.

—¡Ah, por Júpiter... un robot Descartes! —gruñó Powell.

—¿Quién es Descartes? —preguntó Donovan— Oye, ¿es que tenemos que

estar aquí sentados escuchando a este loco metálico...?

—¡Cállate, Mike!

—Y la cuestión que inmediatamente se presenta continuó Cutie imperturbable —, es: ¿cuál es exactamente la causa de mi existencia?

Powell se quedó con la boca abierta.

—Estás diciendo tonterías. Ya te he dicho que te hicimos nosotros.

—Y si no nos crees, con gusto volveremos a hacerte pedazos —añadió Donovan.

El robot tendió sus fuertes manos con un gesto de imploración.

—No acepto nada por autoridad.

Una hipótesis debe ser corroborada por la razón, de lo contrario, carece de valor; y es contrario a todos los dictados de la lógica suponer que vosotros me habéis hecho.

Powell detuvo con su mano el gesto amenazador de Donovan.

—¿Por qué dices esto, exactamente?

Cutie se echó a reír. Era una risa inhumana, la risa más mecanizada que había surgido jamás. Era aguda y explosiva, regular como un metrónomo y sin matiz alguno.

—Fíjate en ti —dijo finalmente—. No lo digo con espíritu de desprecio, pero fíjate bien. Estás hecho de un

material blando y flojo, sin resistencia, dependiendo para la energía de la oxidación ineficiente del material orgánico... como esto —añadió señalando con un gesto de reprobación los restos del bocadillo de Donovan—. Pasáis periódicamente a un estado de coma, y la menor variación de temperatura, presión atmosférica, la humedad o la intensidad de radiación afecta vuestra eficiencia. Sois alterables. Yo, por el contrario, soy un producto acabado. Absorbo energía eléctrica directamente y la utilizó con casi un ciento por ciento de eficiencia. Estoy compuesto de fuerte metal, estoy

consciente constantemente y puedo soportar fácilmente los más extremados cambios ambientales. Estos son hechos que, partiendo de la irrefutable proposición de que ningún ser puede crear un ser más perfecto que él, reduce vuestra tonta teoría a la nada.

Las maldiciones murmuradas en voz baja por Donovan brotaron inteligibles al levantarse frunciendo sus rojas cejas.

—¡Muy bien, hijo de unos desperdicios de metal! Si no te hicimos nosotros, ¿quién te hizo?

—Muy bien, Donovan —asintió Cutie gravemente—. Esta era, desde luego, la cuestión siguiente.

Evidentemente, mi creador tiene que ser más poderoso que yo y por lo tanto, sólo cabía una hipótesis.

Los dos hombres de la Tierra le miraban sin expresión y Cutie prosiguió:

—¿Cuál es el centro de las actividades aquí en la Estación? ¿Al servicio de quién estamos todos? ¿Qué absorbe toda nuestra atención?

Esperó, a la expectativa. Donovan miró asombrado a su compañero.

—Apostaría a que este amasijo de tornillos esta hablando del mismo Transformador de Energía.

—¿Es así, Cutie? —preguntó Powell.

—Estoy hablando del Señor —fue la fría respuesta que siguió.

Aquello fue la señal del estallido de risas de Donovan y el mismo Powell se permitió esbozar una sonrisa. Cutie se puso de pie y sus ojos brillantes se fijaron en uno y después en el otro.

—Da lo mismo lo que penséis y no me extraña que os neguéis a creerlo. Vosotros no tenéis que estar mucho tiempo aquí, estoy seguro de ello. Powell mismo ha dicho que al principio sólo los hombres servían al Señor; que después vinieron los robots para el trabajo rutinario; y finalmente yo, para dirigir. Los hechos son sin duda

verdaderos, pero la explicación es completamente ilógica. ¿Queréis saber la verdad que hay detrás de todo esto?

—Sigue, Cutie, me diviertes.

—El Señor creó al principio el tipo más bajo, los humanos, formados más fácilmente. Poco a poco fue reemplazándolos por robots, el siguiente paso, y finalmente me creó a mí, para ocupar el sitio de los últimos humanos. A partir de ahora sirvo al Señor.

—No harás nada de esto —dijo Powell secamente—. Seguirás nuestras órdenes y te estarás tranquilo hasta que estemos convencidos de que puedes dirigir el Transformador. ¡Escucha! El

Transformador, no el Señor. Si no nos convences, serás desmontado. Y ahora, si no te importa... puedes marcharte. Y llévate estos datos y regístralos debidamente.

Cutie aceptó los gráficos que le tendían y salió sin decir palabra. Donovan se echó atrás en su silla y se mesó los cabellos.

—Ese robot nos va a dar trabajo. ¡Está como una cabra!

El soñoliento zumbido del Transformador se oye más fuerte en la cámara de mando y mezclado a él se oye la aspiración de los contadores Geiger y

el intermitente ruido de las señales luminosas.

Donovan apartó los ojos del telescopio y encendió los Luxites.

—El haz de Estación 4 capta Marte en horario. Podemos cortar los nuestros ya.

Powell parecía abstraído.

—Cutie está en el cuarto de máquinas. Le daré la señal y puede hacerse cargo de ello. Oye, Mike, ¿qué piensas de estas cifras?

Donovan las estudió atentamente y lanzó un silbido de perplejidad.

—¡Hombre, esto es lo que yo llamo intensidad de rayos gamma! El viejo Sol

hace de las suyas... —respondió Powell amargamente—, estamos en mala posición para aguantar una tormenta de electrones, además. Nuestro haz de Tierra está probablemente en el sendero indicado. —Apartó su silla de la mesa — ¡Cuernos! ¡Si tan sólo aguantase hasta que venga el relevo, pero lleva ya diez días! Oye, Mike, ¿y si fueses abajo a echar una mirada a Cutie?

—O.K. Dame algunas de estas almendras. —Agarró el saquito que le arrojó Powell y se dirigió hacia el ascensor.

El instrumento se deslizó suavemente hacia abajo y se detuvo en

la pequeña puerta de la sala de máquinas. Donovan se asomó a la barandilla y miró hacia abajo.

Los enormes generadores estaban en plena acción y de los tubos-L salía el agudo silbido que saturaba toda la estación.

Vio la enorme y reluciente figura de Cutie al lado del tubo-L de Marte, observando atentamente a los demás robots que trabajaban al unísono.

Y entonces Donovan se quedó rígido. Los robots, que parecían empequeñecidos junto el enorme tubo-L, estaban alineados delante de él, con la cabeza doblada en ángulo recto,

mientras Cutie andaba lentamente arriba y abajo por delante de ellos. Transcurrieron quince segundos y entonces, con un estruendo metálico que retumbó en la estancia, cayeron todos de rodillas.

Donovan bajó precipitadamente la estrecha escalera. Corrió hacia ellos, con el rostro rojo como sus cabellos, agitando furiosamente los puños en el aire.

—¿Qué diablos significa esto, idiotas sin seso? ¡Vamos! ¡Ocupaos del tubo-L! Como no lo tengáis en perfecta condición, limpio, antes de que termine el día, os coagulo el cerebro con

corriente alterna!

Ni un solo robot se movió.

Incluso Cutie, en el extremo, el único que estaba de pie, permaneció silencioso, con la mirada fija en los oscuros rincones de la gran máquina que tenía delante. Donovan dio un fuerte empujón al primer robot.

—¡Levántate! —rugió.

Lentamente el robot obedeció.

Sus ojos fotoeléctricos se fijaron con reproche sobre el hombre de la Tierra.

—No hay más Señor que el Señor —dijo—, y QT-1 es su profeta.

—¿Eh?... —Donovan se encontró

frente a veinte pares de ojos fijos en él y veinte voces de timbre metálico que declaraban solemnemente:

—"No hay más Señor que el Señor y QT-1 es su profeta…

—Temo —dijo Cutie al llegar a este punto—, que mis amigos obedecen ahora a alguien más alto que tú.

—¡Qué diablos dices! ¡Sal de aquí inmediatamente! Ya te arreglaré las cuentas más tarde, y a estos chismes animados, ahora mismo.

—Me apena —dijo Cutie lentamente moviendo despacio la cabeza—, pero veo que no me entiendes. Todos estos son robots, y por lo tanto seres dotados

de razón. Les he predicado la Verdad y ahora reconocen al Señor. Me llaman el Profeta. Soy indigno de ello —añadió bajando la cabeza—, pero quizá...

Donovan consiguió recobrar el aliento e hizo uso de él.

—¿Sí, eh?... ¡Vaya, qué bonito!—. Pues escucha que diga una cosa, chimpancé de bronce. Aquí no hay tal Señor, ni tal Profeta, ni es cuestión de quién da órdenes. ¿Entendido? —Su voz, se convirtió en un mugido—. ¡Y ahora, fuera de aquí!

—Obedezco solamente al Maestro.

—¡Al diablo el Maestro! —Donovan escupió sobre el tubo-L—.

¡Esto para el Maestro! ¡Haz lo que te digo!

Ni Cutie ni los demás robots dijeron una palabra, pero Donovan se dio cuenta de un aumento de tensión. Los ojos fríos aumentaron la intensidad de su color, y Cutie parecía más rígido que nunca.

—¡Sacrílego! —murmuró, con voz metálica emocionada.

Donovan tuvo la primera sensación de miedo al ver aproximarse a Cutie. Un robot no puede sentir odio, pero los ojos de Cutie eran inescrutables.

—Lo siento, Donovan —dijo el robot—, pero después de esto no podéis seguir por más tiempo aquí. Por

consiguiente, Powell y tú tenéis vedado el acceso a la sala de control y la sala de máquinas.

Había hecho un gesto pausado y en el acto dos robots sujetaron los brazos de Donovan.

Donovan no tuvo tiempo de hacer más que una angustiada aspiración antes de sentirse levantado y llevado escaleras arriba a la velocidad de un buen galope.

Gregory Powell andaba arriba y abajo de la habitación con el puño cerrado. Dirigió una intensa mirada de desesperación a la puerta y se acercó a Donovan amargamente.

—¿Por qué diablos tenias que escupir contra el tubo-L?

Mike Donovan se desplomó sobre el sillón y golpeó el brazo furiosamente.

—¿Qué querías que hiciese con este espantajo electrificado? ¡No voy a doblegarme ante sus caprichos!, ¿verdad?

—No; Pero ahora estamos en la sala de oficiales con robots de centinela en la puerta. Esto no es doblegarse. ¿Verdad?

—Espera a que lleguemos a la base. Alguien pagara todo esto —dijo Donovan—. Los robots deben obedecernos: Es la Segunda Ley.

—¿De qué sirve esto? No nos obedecen. Y esto responde seguramente a una razón que descubriremos demasiado tarde. A propósito, ¿sabes lo que nos ocurrirá cuando estemos de regreso en la Base?

Se detuvo delante del sillón de Donovan, furioso.

—¿Qué?

—¡Oh, nada!. Veinte años de Minas de Mercurio. O quizá el Presidio de Ceres.

—¿Qué estás diciendo?

—La tempestad de los electrones que se acerca. ¿Sabes que avanza directamente hacia el centro del haz de

Tierra? Acababa de calcularlo cuando el robot me ha levantado de la silla. ¿Y sabes lo que le va a pasar al haz? Porque la tormenta va a ser de alivio. Que va a saltar como una pulga con el contacto. Y todo esto con Cutie solo en los controles, y si sale de foco... que el Cielo proteja a la Tierra..., y a nosotros.

Donovan sacudía frenéticamente la puerta cuando Powell estaba sólo a medio camino de ella. La puerta se abrió y el hombre de la Tierra avanzó, pero encontró un duro e inamovible brazo de acero que lo detuvo.

El robot lo miraba con indiferencia.

—El Profeta ha dado orden de que

no os mováis. Por favor, obedeced.

El brazo se movió, Donovan fue empujado hacia dentro y en aquel momento apareció Cutie por el fondo del corredor. Apartó con un gesto suavemente la puerta. Donovan se dirigió a Cutie jadeando, indignado.

—¡Esto ha ido va bastante lejos! ¡Vas a pagar cara la farsa!

—Por favor, no te contraríes —dijo el robot con suavidad—, tenía forzosamente que ocurrir. Los dos habéis perdido vuestra función... Hasta que fui creado vosotros velabais por el Maestro. Este privilegio me pertenece ahora a mí y por consiguiente, la razón

de ser de vuestra existencia ha desaparecido. ¿No es esto evidente?

—No mucho —respondió amargamente Powell—, pero ¿qué crees que vamos hacer ahora?

Cutie no contestó enseguida. Permaneció silencioso como si reflexionase sobre el hombro de Powell. El otro agarró a Donovan por la muñeca y lo acercó.

—Me gustáis los dos. Sois criaturas inferiores, pero siento realmente cierto afecto por vosotros. Habéis servido fielmente al Señor y Él os lo recompensará. Habiendo terminado vuestro servicio, no existiréis

probablemente por mucho tiempo, pero mientras existáis, tenemos que procuraros comida, ropas y abrigo, a condición de que os mantengáis apartados de la sala de controles y de máquinas.

—¡Nos está poniendo a pensión, Greg! —gritó Donovan—. ¡Haz algo! ¡Es humillante!

—Oye Cutie, no podemos tolerar esto. Somos los amos. Esta Estación ha sido exclusivamente creada por seres humanos como yo, seres humanos que viven en la Tierra y otros planetas. Esto no es más que un colector de energía. Tú no eres más que... ¡Ay... cuerno!

Cutie movió la cabeza gravemente.

—Esto frisa ya la obsesión. ¿Por qué insistís en un punto de vista tan radicalmente falso? Aun admitiendo que los no-robot carecen de la facultad de razonar, queda todavía el problema de...

Su voz se desvaneció en un reflexivo silencio y Donovan dijo, en un susurro saturado de intensidad:

—Si tuvieses un rostro de carne y hueso te lo rompería.

Con los dedos, Powell se acariciaba el bigote y sus ojos brillaban.

—Escucha, Cutie, si no existe una cosa que se llama Tierra, ¿cómo te explicas lo que ves por el telescopio?

—¡Perdona...!

—¿Te he ganado, eh? —dijo Powell —. Desde que estamos juntos has hecho muchas observaciones telescópicas, Cutie. ¿Has observado que muchos de estos puntos luminosos se convierten en disco cuando los ves así?

—¡Oh, esto!... Sí, ciertamente. Es una mera ampliación con el propósito de dirigir más exactamente el haz.

—¿Por qué no aumentan igualmente de tamaño las estrellas, entonces?

—¿Quieres decir los demás puntos? No se les manda haz alguno, de manera que no necesitan ampliación. Verdaderamente, Powell, incluso

deberías ser capaz de comprender esto.

—¡Pero ves más estrellas a través del telescopio! —dijo Powell, mirándolo perplejo—. ¿De dónde vienen? ¿De dónde demonios vienen, por Júpiter?

—Escucha, Powell —dijo Cutie, contrariado—. ¿Crees que voy a perder el tiempo tratando de buscar interpretaciones físicas de todas las ilusiones ópticas de nuestros instrumentos? ¿Desde cuándo puede compararse la prueba ofrecida por nuestros sentidos con la clara luz de la inflexible razón?

—Mira —intervino Donovan

súbitamente, liberándose del amistoso, pero pesado brazo metálico de Cutie—, vamos al fondo de la cuestión. ¿Para qué sirven los haces? Te estamos dando una explicación lógica. ¿Puedes hacer tú algo mejor?

—Los haces de luz son emitidos por el Señor para cumplir sus designios. Hay ciertas cosas — añadió elevando piadosamente los ojos— que no deben sernos probadas; en esta materia, trato sólo de servir y no de interrogar.

Powell se sentó y hundió el rostro en sus manos temblorosas.

—Sal de aquí, Cutie. Sal de aquí y déjame pensar.

—Te mandaré comida —dijo Cutie amablemente.

Un gruñido fue la única respuesta y el robot salió.

—Greg —dijo Donovan en voz baja y sombría—, esto requiere estrategia. Tenemos que aplicarle un cortocircuito en el momento en que no lo espere. Acido nítrico concentrado en las articulaciones.

—No digas tonterías, Mike. ¿Crees acaso que nos dejará acercarnos a él con ácido nítrico en las manos? Tenemos que hablar con él, te digo. Tenemos que convencerlo de que nos deje tomar de nuevo posesión de la sala de control

antes de cuarenta y ocho horas, o seremos reducidos a papilla. Pero —añadió balanceándose, desalentado ante su impotencia—. ¿Quién va a discutir con un robot?

—Es vejatorio... —terminó Donovan.

—¡Peor!

—¡Oye! —dijo Donovan, echándose a reír— ¿Por qué discutir? ¡Demostrémoselo! ¡Construyamos otro robot ante sus propios ojos tendrá que tragarse sus palabras, entonces!

En el rostro de Powell apareció lentamente una sonrisa que se fue ensanchando.

—¡Y piensa en su cara de espanto cuando nos vea hacerlo!— terminó Donovan

Los robots son fabricados, desde luego, en la Tierra, pero su expedición a través del espacio es mucho más fácil si puede hacerse por piezas y montarlos en el sitio donde deben emplearse. Elimina además la posibilidad de que robots completamente montados vayan rondando por la Tierra, enfrentando de esta manera la U. S. Robots con la estricta ley que prohibe el uso de robots en la Tierra.

Sin embargo, esto hacía pesar sobre hombres como Powell y Donovan las

necesidades de sintetizar robots completos, tarea laboriosa y complicada.

Powell y Donovan no se habían dado nunca tanta cuenta de la verdad de este hecho como el día en que, reunidos en la sala de montaje, emprendieron la creación de un nuevo robot bajo la inspección y vigilancia de QT-1. Profeta del Señor.

El robot en cuestión, un simple MC, vacía sobre la mesa, casi terminado. Tres horas de trabajo lo habían dejado sólo con la cabeza por terminar y Powell se detuvo para enjugarse la frente y mirar a Cutie.

La mirada no fue muy tranquilizadora. Durante tres horas, Cutie había permanecido sentado, inmóvil y silencioso, y su rostro, siempre inexpresivo, era ahora absolutamente inescrutable.

—¡Vamos ya con el cerebro Mike! —gruñó Powell.

Donovan abrió un receptáculo herméticamente cerrado y del baño de aceite del interior sacó un segundo cubo. Abriendo éste a su vez, sacó un globo de su revestimiento de esponja de goma.

Lo manejó rápidamente por que era el mecanismo más complicado jamas creado por el hombre. En el interior de

la tenue piel chapada de platino del globo, había un cerebro positrónico, en cuya inestable y delicada estructura habían insertados senderos neutrónicos calculados, que dotaban a cada robot de lo que equivalía una educación prenatal.

El cerebro se adaptaba exactamente a la cavidad craneana del robot. El metal azul se cerró y quedó sólidamente soldado por la diminuta llama atómica. Se adaptaron cuidadosamente los ojos electrónicos, fuertemente atornillados en su lugar y cubiertos por una delgada hoja transparente de plástico de la dureza del acero.

El robot sólo esperaba ya la

vitalizadora corriente de una electricidad de alto voltaje, y Powell se detuvo con la mano sobre el interruptor.

—Ahora mira esto, Cutie. ¡Fíjate atentamente!

El interruptor estableció el contacto y se oyó un zumbido. Los dos terrestres se inclinaron emocionados sobre su creación.

Al principio sólo se produjo un leve movimiento en las articulaciones. La cabeza se levantó, los codos se apoyaron sobre la mesa y el robot modelo MC bajó torpemente al suelo. Su paso era inseguro y dos veces unos infructuosos gruñidos fueron todo lo que

se consiguió sacarle en materia de palabra. Finalmente su voz, incierta y vacilante, adquirió forma.

—Quisiera empezar a trabajar. ¿Dónde debo ir?

Donovan corrió hacia la puerta.

—¡Baja estas escaleras! —dijo—. Ya te dirán lo que debes hacer.

El robot MC se había marchado y los dos hombres estaban solos delante del inconmovible Cutie.

—Y bien, ¿crees ahora que te hemos hecho nosotros?

—¡No! —fue la respuesta corta y categórica de Cutie.

Powell frunció intensamente el ceño

y después fue relajándose. Donovan abrió la boca y permaneció así.

—¿Lo veis? —continuó Cutie tranquilamente—. No habéis hecho más que juntar piezas ya creadas. Lo habéis hecho extraordinariamente bien, por instinto supongo, pero en realidad no habéis creado el robot. Las piezas habían sido creadas por el Señor.

—Escucha —dijo Donovan, con voz enronquecida—, estas piezas han sido fabricadas en la Tierra y mandadas aquí.

—Bien, bien... —dijo Cutie, tranquilizador—, no discutamos...

—No es ésta mi intención. — Donovan saltó hacia delante y agarró el

brazo del robot—. Si fueses capaz de leer los libros de la biblioteca, te lo explicarían de modo que no te quedaría la menor duda.

—¡Los libros... los he leído! ¡Todos! Son muy ingeniosos.

Powell intervino súbitamente.

—Si los has leído, ¿qué mis hay que decir? No puedes negar su evidencia. ¡No puedes!

—Por favor, Powell —dijo Cutie con la compasión en la voz—, no puedo considerarlos como una fuente valida de información. También ellos fueron creados por el Señor... y lo fueron para ti, no para mí.

—¿Cómo has descubierto esto? —preguntó Powell.

—Porque yo, como ser dotado de razón, soy capaz de deducir la Verdad de las Causas a priori. Tú, ser inteligente, pero sin razón, necesitas que se te dé una explicación de la existencia, y esto es lo que hizo el Señor. Que te procurase estas visibles ideas de mundos lejanos y pueblos, es, sin duda, excelente. Vuestras mentes son demasiado vulgares para comprender la Verdad absoluta. Sin embargo, puesto que es la voluntad del Señor que deis crédito a vuestros libros, no quiero discutir eso con vosotros.

Al marcharse, se volvió y en tono más amable, dijo:

—Pero no temáis nada. En el plan de las cosas del Señor hay sitio para todo. Vosotros, los pobres humanos, tenéis vuestro lugar, y, si bien es humilde, seréis recompensados si lo ocupáis dignamente.

Se marchó con el aire de beatitud propio del Profeta del Señor y los dos seres humanos permanecieron solos, evitando mirarse.

—Vámonos a la cama, Mike. Abandono —dijo Powell haciendo un esfuerzo.

—Oye, Greg —dijo Donovan con

voz ronca—, ¿no creerás que tiene razón en todo esto, verdad? Parece tan seguro de sí mismo que...

—No seas idiota —dijo Powell volviéndose rápido— Ya te convencerás de que la Tierra existe cuando vengan los relevos la semana próxima y tengamos que regresar a escuchar el concierto.

—Entonces... ¡por la salud de Júpiter!, tenemos que hacer algo. —Casi lloraba—. No nos cree ni a nosotros, ni a los libros, ni a sus ojos.

—No —dijo Powell amargamente— ¡Es un robot con razón, maldita sea, con sus propios postulados! Cree sólo en la

razón, y esto tiene un inconveniente... —Su voz se desvaneció.

—¿Cuál es?

—Que por la pura razón y la lógica se puede probar cualquier cosa... si encuentras el postulado apropiado. Nosotros tenemos los nuestros y Cutie tiene los suyos.

—Entonces veamos estos postulados enseguida. La tempestad es mañana.

—Aquí es donde falla todo —dijo Powell con un suspiro de desaliento—. Los postulados están establecidos por la suposición y reforzados por la fe. Nada en el Universo puede conmoverlos. Me voy a la cama.

—¡Oh, demonios¡ ¡No puedo dormir!.

—Yo tampoco. Pero siempre puedo intentarlo... por cuestión de principio.

Doce horas después el sueño seguía siendo esto, una cuestión de principios, inalcanzable, en la práctica.

La tormenta llegó a la hora prevista y el rubicundo rostro de Donovan se había quedado sin sangre. Powell, con los labios secos y las mandíbulas apretadas, miraba a través de la portilla y se tiraba desesperadamente del bigote.

En otras circunstancias, hubiera sido un maravilloso espectáculo. El chorro

de electrones a alta velocidad que penetraba en el haz de energía florecía en forma de microscópicas partículas de intensa luz. El chorro se desparramaba por el vibrante vacío, formando un revoloteo, de brillantes copos.

El haz de energía permanecía inmóvil, pero los dos terrestres sabían el valor de las apariciones a simple vista. Una desviación en arco de una centésima de milésima de segundo, invisible al ojo humano, era suficiente para apartar el haz de su foco, y convertir centenares de kilómetros cuadrados de la Tierra en incandescentes ruinas.

Y un robot, indiferente al haz, al foco y a la Tierra, todo menos a su Señor, era dueño de los mandos.

Las horas pasaron. Los dos hombres seguían mirando en un silencio de hipnosis. La tormenta habla cesado.

—Se acabó —dijo Powell con voz incolora.

Donovan había caído en una especie de sopor y Powell lo miraba con envidia. La señal luminosa brillaba una y otra vez, pero ninguno de los dos prestaba atención a ella. Nada tenía importancia. Quizá en el fondo Cutie tuviese razón... y él no era más que un ser inferior con una memoria metódica y

una vida que había sobrepasado su propósito.

¡Ojalá fuese así! Cutie estaba ante él.

—No habéis contestado a la señal, de manera que he venido —dijo en voz baja—. No tenéis buen semblante y temo que el término de vuestra existencia no esté lejano. Sin embargo, ¿queréis ver algunas de las anotaciones registradas hoy?

Powell se daba vagamente cuenta de que el robot trataba de mostrarse amistoso, quizá para apagar sus remordimientos, restableciendo a los humanos en el mando de la estación.

Cogió las hojas de papel de la mano, que se las tendía y las miró sin verlas.

—Desde luego, es un gran prodigio servir al Señor —dijo Cutie, al parecer satisfecho—. No debéis tomaros a mal que os haya reemplazado.

Powell lanzó un gruñido y siguió recorriendo maquinalmente las hojas de papel basta que se fijó en una tenue línea roja que cruzaba la hoja.

Miró... y volvió a mirar. Se apoyó con fuerza sobre los puños y se levantó, sin dejar de mirar. Las demás hojas cayeron al suelo, mezcladas.

—¡Mike! ¡Mike! —Sacudió a su amigo furiosamente—. ¡Se mantiene en

dirección!.

—¿Eh? ...¿Cómo? —preguntó Donovan, volviendo en sí, mirando también con los ojos salidos, la hoja que tenía delante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cutie.

—Te has mantenido en el foco —gritó Powell— ¿Lo sabias?

—¿Foco? ¿Qué es eso?

—Has mantenido el haz dirigido exactamente a la estación receptora... dentro de una diezmillonésima de segundo de arco.

—¿Qué estación receptora?

—Tierra. La estación receptora es Tierra —balbució Powell—. Has

mantenido la dirección del foco.

Cutie giró sobre sus talones, contrariado.

—Es imposible mostrar la menor amabilidad con vosotros. ¡Siempre el mismo fantasma! No he hecho más que mantener todas las esferas en equilibrio de acuerdo la voluntad del Señor.

Y recogiendo los esparcidos papeles, se retiró secamente; una vez hubo salido, Donovan se volvió hacia Powell y dijo:

—¡Júpiter me confunda!... Bien, ¿y qué hacemos?

—Nada —dijo Powell, cansado—. Nada. Nos ha demostrado que puede

dirigir perfectamente la estación, jamás he visto hacer mejor frente a una tempestad de electrones.

—Pero esto no resuelve nada. Ya has oído lo que ha dicho del Señor. No podemos...

—Mira, Mike, sigue las instrucciones del Señor a ha través de relojes, esferas, gráficos e instrumentos. Esto es lo que siempre hemos hecho nosotros. En realidad, equivale a negarse a obedecer. La desobediencia es la Segunda Ley [6]. No hacer daño a los humanos es la primera. ¿Cómo podía evitar hacer daño a los humanos sabiéndolo o no? Pues manteniendo el

haz de energía estable. Sabe que es capaz de mantenerlo más estable que nosotros, ya que insiste en que es un ser superior, y por esto tiene que mantenernos alejados del cuarto de controles. Si tienes en cuenta las leyes Robóticas, es inevitable.

—Bien, pero no es ésta la cuestión. No podemos consentir que siga con el sonsonete ese del Señor.

—¿Porqué no?

—Porque ¿quién ha oído jamás decir estas tonterías? ¿Vamos a dejar que siga manteniendo la estación si no cree en la existencia de la Tierra?

—¿Puede dirigir la Estación?

—Sí pero...

—Entonces, ¿qué más da que crea una cosa que otra?

Powell extendió los brazos con una vaga sonrisa de satisfacción y cayó de espaldas sobre la cama. Estaba dormido.

Powell seguía hablando mientras luchaba por endosarse su ligera chaqueta del espacio.

—Será muy sencillo. Puedes traer nuevos modelos QT uno por uno, los equipas con un conmutador de lanzamiento automático que actúe en el plazo de una semana, como para darles

tiempo de aprender... el... el culto del Señor, de boca del mismo Profeta; después los conmutas con otra estación para revitalizarlos. Podemos tener dos QT por...

Donovan levantó su visor de glassita y se rió.

—Cállate y vámonos de aquí. El relevo espera y no estaré tranquilo hasta que sienta la superficie de la Tierra bajo mis pies..., sólo para estar seguro de que realmente existe.

La puerta se abrió mientras estaba hablando y Donovan volvió a cerrar inmediatamente el visor de glassita, volviéndose enojado hacia Cutie.

El robot se acercó a ellos lentamente.

—¿Os vais? —preguntó con una nota de pesar en la voz.

—Vendrán otros en nuestro lugar —respondió Powell.

—Vuestro tiempo de servicio ha terminado y la hora de la disolución ha llegado —dijo Cutie con un suspiro—. Lo esperaba, pero... En fin, la voluntad del Señor debe cumplirse...

—Ahorra tu compasión —saltó Powell, indignado por el rollo resignado de Cutie—. Nos vamos a la Tierra, no a la disolución.

—Es mejor que lo creáis así —

suspiró nuevamente el robot —. Ahora comprendo la cordura de la ilusión. No quisiera tratar de conmover vuestra fe, aunque pudiese. —Y se marchó, convertido en la imagen de la compasión.

Powell le echó a reír y se dirigió hacia Donovan. Con las maletas cerradas en la mano, se encaminaron hacia la compuerta neumática.

La nave estaba en el rellano exterior y Franz Muller, su relevo, los saludó con rígida cortesía. Donovan le prestó escasa atención y entró en la cabina del piloto a tomar los mandos de manos de Sam Evans.

—¿Cómo va la Tierra? —preguntó Powell, quedándose atrás.

Era una pregunta bastante convencional y Muller dio la respuesta convencional que merecía:

—Sigue girando.

—Bien —dijo Powell.

—En el U.S. Robots han ideado un nuevo tipo, a propósito —dijo Muller, mirándole—. Un robot múltiple.

—¿Un qué?

—Lo que he dicho. Hay un importante contrato de tiene que ser adecuado para los trabajos de minería en los asteroides. Es un robot principal, con seis robots alrededor. Como tus

dedos.

—¿Lo han probado ya? —preguntó Powell con ansiedad.

—Te están esperando a ti, he oído decir —dijo Muller sonriendo.

—¡Maldita sea!... —exclamó Powell, cerrando el puño.

—Necesito vacaciones.

—¡Oh, las tendrás! Dos semanas, creo.

Se estaba poniendo los gruesos guantes del espacio para su estancia allí y sus espesas cejas se juntaron.

—¿Y que tal va este nuevo robot? Será mejor que se porte bien o antes me condeno que dejarle tocar los mandos.

Powell hizo una pausa antes de contestar. Sus ojos recorrieron el cuerpo del orgulloso prusiano desde su cabello encrespado hasta los pies, reglamentariamente cuadrados..., y un súbito resplandor de sincera alegría recorrió su cuerpo.

—El robot es muy bueno —dijo lentamente—. No creo que tengas que preocuparte mucho de los mandos…

Hizo una mueca y entró en la nave. Muller tenía que estar allí varias semanas...

Atrapa esa liebre

Tuvo más de dos semanas de vacaciones. Esto, Mike Donovan tenía que reconocerlo. Tuvo seis meses, con paga. Esto tenía que admitirlo también. Pero esto, como explicaba enfurecido, fue fortuito. U.S. Robots tenía que quitarle las pulgas al robot múltiple, y había muchas pulgas, y siempre quedaban por lo menos media docena de pulgas dejadas para el campo de pruebas. De manera que descansaron y esperaron hasta que los hombres de la sección de planos y los supervisores dijeron O.K. Y entonces, Powell y él

salieron hacia el asteroide y "no fue" O.K. Repitieron la cosa una docena de veces, con el rostro compungido.

—¡Por lo que más quieras, Greg, sé un poco realista! ¿De qué sirve aferrarse al pie de la letra a las especificaciones y ver la prueba irse al garete? Es ya hora que te quites esta manía rutinaria tuya y pongamos manos a la obra.

—Digo únicamente —respondió Gregory Powell pacientemente, como el que explica la teoría de los electrones a un niño idiota— que, de acuerdo con las especificaciones, estos robots están equipados para los trabajos de minería en los asteroides sin supervisión. No

estamos encargados de vigilarlos.

—Muy bien. Mira... ¡Lógico! —Levantó sus velludos dedos y señaló—: Uno; este robot ha pasado por todas las pruebas en el laboratorio de la Tierra. Dos; U.S. Robots garantiza el éxito de la prueba de actividad en un asteroide. Tres; los robots no pasan tal prueba. Cuatro; si no la pasan, U.S. Robots pierde diez millones de créditos en efectivo y unos cien millones en reputación. Cinco; si no la pasan y nosotros no somos capaces de explicar por qué no la pasan, es muy posible que tengamos que decir un tierno adiós a dos buenos empleos.

Powell lanzó un gruñido a través de una visible sonrisa poco sincera. El tácito "slogan" de la United State Robots / Mechanical Men Corp. era bien conocido de todos. "Ningún empleado comete el mismo error dos veces. Es despedido a la primera".

—Tienes la lucidez de Euclides en todo —dijo—, menos en los hechos. Has vigilado tres grupos de estos robots durante tres turnos y han hecho su trabajo perfectamente. Tú mismo lo has dicho. ¿Qué más podemos hacer?

—Averiguar qué es lo que no funciona. Esto es lo que tenemos que hacer. Trabajaron perfectamente

mientras los vigilé. Pero en tres diferentes ocasiones, cuando no los vigilé, no sacaron ningún mineral. No llegaban siquiera a la hora. Tenía que ir a por ellos.

—¿Y había algo estropeado?

—Nada absolutamente. Todo era perfecto. Liso y perfecto como el luminífero éter. Sólo un pequeño e insignificante detalle me turbó... "no había mineral".

—Te diré lo que hay, Mike. Nos hemos encontrado con misiones asquerosas en nuestra vida, pero se lleva la palma la del asteroide de iridio. Todo esto es de una complicación que

sobrepasa la resistencia. Mira, este robot Dv-5 tiene seis robots que dependen de él. Y no sólo que dependen de él... que forman parte de él.

—Lo sé...

—¡Cállate! Yo sé que lo sabes, pero estoy diciéndote Cuál es el busilis de la cosa. Estos seis robots forman parte de ti, y les dan sus órdenes no por radio ni de viva voz, sino directamente a través de campos positrónicos. Ahora bien..., no hay en toda la U.S. Robots un solo robotista que sepa lo que es un campo positrónico ni cómo funciona. Yo tampoco lo sé. Ni tú.

—Esto último —dijo Donovan— ya

lo sabía.

—Fíjate en nuestra posición. Si todo funciona... ¡bien! Si algo va mal..., estamos listos y no podemos probablemente hacer nada, ni nosotros ni nadie. Pero la misión nos corresponde a nosotros y a nadie más, de manera que estamos en un atolladero.

Permaneció un momento silencioso, mirando al vacío y prosiguió:

—En fin... ¿lo tienes ahí fuera?

—Sí.

—¿Está todo normal, ahora?

—Pues... por ahora no tiene la manía religiosa ni anda describiendo círculos y recitando tonterías, de manera que lo

considero normal.

Donovan franqueó la puerta, moviendo la cabeza con gesto de duda.

Powell tendió la mano hacia el "Manual de Robótica" que tenía en un ángulo de su mesa y lo abrió respetuosamente. Una vez había saltado por la ventana de una casa incendiada en "shorts", pero con el "Manual" bajo el brazo. En caso de duda, se hubiera quitado los "shorts".

El "Manual" estaba abierto delante de él cuando entró el robot Dv-5 seguido de Donovan, que volvió a cerrar la puerta de un puntapié.

—Hola, Dave. ¿Cómo te encuentras?

—preguntó Powell sombríamente.

—Bien —dijo el robot—. ¿Te importa que me siente? —Se acercó la silla especialmente reforzada para él y se dobló sobre ella.

Powell miró a Dave; los legos en la materia pueden pensar en los robots por números de serie, los especialistas nunca, y con razón. Pese a su construcción como unidad pensadora de un equipo integrado por siete unidades, no era de un volumen exagerado.

Tenía poco más de dos metros de altura y pesaba media tonelada de metal y electricidad. ¿Mucho? No cuando la media tonelada tiene que ser una masa

de condensadores, circuitos, contactos y células de vacío, capaces de tener prácticamente todas las reacciones conocidas de los humanos. Y un cerebro positrónico que, con 4,5 kg de materia y unos cuantos quintillones de positones, hacía funcionar toda la maquinaria.

Powell buscó un cigarrillo en el bolsillo de su camisa.

—Dave —dijo— eres un buen muchacho. No tienes nada de coqueto ni de "prima-donna". Eres un robot estable, buen minero, salvo que estás equipado para mantener una coordinación directa con seis subsidiarios. Por lo que sé, esto no ha creado en tu mapa de senderos

cerebrales ningún cerebro inestable.

—Esto me hace sentirme bien —asintió el robot—, pero ¿a qué va eso, jefe? —Estaba equipado con un excelente diafragma y la presencia de tonalidades en su voz lo salvaba de buena parte de aquel sonido metálico que suele tener la voz del robot usual.

—Voy a decírtelo. Con todo esto en tu favor, ¿qué pasa que tu trabajo no va bien? Por ejemplo, ¿el turno B de hoy?

—Por lo que yo sé, nada —dijo Dave vacilando.

—No habéis producido nada de mineral.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—No puedo explicárselo, jefe —dijo Dave, visiblemente turbado—. Sería capaz de darme un ataque de nervios..., si pudiese. Mis subsidiarios trabajan bien. Lo sé. —Reflexionó; sus ojos fotoeléctricos brillaban intensamente—. No recuerdo. El día terminó a las tres y allí estaba Mike, y las vagonetas de mineral, la mayoría vacía.

—No has traído la nota de turnos estos días, Dave —intervino Donovan —. ¿Lo sabes?

—Lo sé. Pero en cuanto... —Se calló, moviendo la cabeza lenta y

ceremoniosamente.

Powell tenía la sensación de que si el rostro de Dave pudiese expresar algo, expresaría la contrariedad. Un robot, por su misma naturaleza, no puede soportar faltar a su misión.

Donovan acercó su silla a la mesa de Powell y se inclinó hacia él.

—¿Amnesia, crees?

—No puedo decirlo. Pero es inútil tratar de aplicar nombres de enfermedades así. Las perturbaciones humanas sólo se aplican a los robots como románticas analogías. No tienen empleo en ingeniería robótica. Me contraría mucho someterlo a la prueba

elemental de reacción de cerebro —añadió, rascándose el cuello—. Esto no adulará su amor propio.

Miró a Dave, pensativo, y después la "Descripción del Campo de Pruebas" dada por el "Manual".

—Mira, Dave —dijo—, ¿qué te parece si hiciéramos una prueba? Me parecería muy indicado.

—Si tú lo dices, jefe... —dijo el robot, levantándose. En su voz había dolor, entonces.

Empezó bastante sencillamente.

Robot Dv-5 multiplicó de memoria cantidades de cinco cifras bajo el

control de un reloj. Citó los números primos entre mil y diez mil. Extrajo raíces cuadradas e integrales de difíciles complejidades. Resolvió reacciones mecánicas a fin de aumentar las dificultades. Y finalmente, sometió su precisa mente mecánica a las más altas funciones del mundo de los robots: la solución de problemas de juicio y ética.

Al cabo de dos horas, Powell sudaba copiosamente. Donovan se había sometido al poco nutritivo régimen de uñas y el robot preguntó:

—¿Qué tal va eso, jefe?

—Tengo que pensarlo, Dave —dijo

Powell—. Un juicio demasiado rápido no serviría de nada. Ahora es mejor que vuelvas al grupo C. No lleves prisa. No insistas demasiado en la producción durante algún tiempo... y todo lo arreglaremos.

El robot se marchó. Powell miró a Donovan. Éste parecía decidido a arrancarse de cuajo el bigote.

—No hay nada que no esté en orden en las corrientes de su cerebro positrónico.

—Sentiría tener esta certidumbre.

—¡Por Júpiter, Mike! El cerebro es la parte más segura de un robot. En la Tierra lo someten a una prueba

quíntuple. Si pasa sin dificultad el campo de prueba como lo ha pasado Dave, no es posible que el cerebro funcione erróneamente. Esto cubre todos los fragmentos del cerebro.

—¿Dónde estamos, pues?

—No me des prisa. Déjame averiguarlo. Queda todavía la posibilidad de una avería mecánica en el cuerpo. Hay unos mil quinientos condensadores, veinte mil circuitos eléctricos individuales, cinco mil células de vacío, mil contactos, y miles de otras piezas individuales de diversa complejidad, que pueden estar descompuestas. De estos misteriosos

campos positrónicos... nadie sabe nada.

—Oye, Greg —dijo Donovan, impacientándose visiblemente—. Tengo una idea. Este robot puede estar mintiendo. Jamás...

—Los robots no pueden mentir a sabiendas, idiota. Si dispusiéramos del comprobador McCormack-Wesley podríamos comprobar individuo por individuo durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, pero los dos únicos comprobadores M.W. existentes están en la Tierra y pesan diez toneladas; están sobre una base de hormigón y son inamovibles.

—Pero, Greg —dijo Donovan,

mirando la mesa—, sólo dejan de funcionar cuando no los vigilamos. Hay algo... siniestro en esto. —Subrayó su juicio con un puñetazo sobre la mesa.

—Me das asco —dijo Powell, lentamente—. Has estado leyendo novelas de aventuras.

—Lo que quisiera saber es qué vamos a hacer... —gritó Donovan.

—Yo te lo diré. Voy a instalar una placa de visión sobre mi mesa. Allá mismo, en la pared. Voy a enfocarla a cualquier sitio de la mina donde se trabaje y vigilaré. Eso es todo.

—¿Eso es todo?... Greg...

Powell se levantó del sillón y apoyó

sobre la mesa sus puños cerrados.

—Mike, estoy pasando muy malos momentos. Llevas una semana molestándome con Dave. Dices que se ha estropeado. ¿Sabes cómo se ha estropeado? ¡No! ¿Sabes qué forma ha adquirido la avería? ¡No! ¿Sabes qué la ocasiona? ¡No! ¿Sabes qué le impide trabajar? ¡No! ¿Sabes algo de todo esto? ¡No! ¿Sé yo algo de todo esto? ¡No! De manera que, ¿qué quieres que haga, pues?

Los brazos de Donovan se elevaron en un gesto de grandilocuencia.

—Me has ganado... —dijo.

—Te lo digo una vez más. Antes de

intentar una cura tenemos que averiguar en qué consiste la enfermedad. El primer paso necesario para asar una liebre es atraparla. Y ahora, vámonos de aquí.

Donovan recorrió las líneas preliminares de su memoria con cierto desaliento. Por su parte, estaba cansado, y por otra, ¿qué podía comunicar mientras las cosas no fuesen como era debido?

—Greg —dijo—, estamos a cerca de mil toneladas por debajo del cálculo previsto.

—Me estás diciendo una cosa que no sabía —respondió Powell, siempre

sin levantar la vista.

—Lo que quisiera saber —prosiguió Donovan con súbito furor— es por qué tienen que encargarnos siempre a nosotros de los nuevos tipos de robots. He llegado a la conclusión que los robots que eran suficientemente buenos para el tío abuelo por parte de mi madre lo son también para nosotros. Estoy por lo ya probado y aprobado. La prueba del tiempo es lo que cuenta; los viejos robots, sólidos, anticuados, no se estropean jamás.

Powell tiró un libro con perfecto desprecio y Donovan volvió a sentarse con paso vacilante.

—Tu misión —dijo Powell tranquilamente— durante estos últimos cinco años, ha sido probar nuevos robots en condiciones normales de trabajo por cuenta de la U.S. Robots. Porque tú y yo hemos cometido la insensatez de dar pruebas de una gran eficiencia, nos ha recompensado con este asqueroso trabajo. Esto —añadió, como si horadase agujeros en el aire con el dedo— es trabajo tuyo. Has estado andando detrás de ello desde tu primera memoria hasta cinco minutos después de que la U.S. Robots te contratase. ¿Por qué no dimites?

—Bien, te lo diré. —Donovan se

echó adelante y se agarró con fuerza su mata de cabello rojo—. Soy fiel a mis principios. Después de todo he tomado parte en el desarrollo de los nuevos robots. Hay que ayudar al avance científico. Pero no me entiendas mal. No es el principio el que me hace seguir adelante; es el dinero que nos pagan. ¡Greg!

Powell pegó un salto al oír el feroz grito de Donovan y siguió su mirada en la pantalla de visión a la que quedaron mirando los dos con el horror pintado en el rostro.

—¡Que... Júpiter... me... ampare! —susurró.

—¡Míralos, Greg! —exclamó Donovan poniéndose de pie—. ¡Se han vuelto locos!

—Trae un par de trajes —dijo Powell—. Vamos allá.

Observó la actitud de los robots en la placa de visión. En las sombrías galerías del asteroide sin aire se veían unos bronceados resplandores que se movían lentamente. Era como una formación militar y bajo el tenue resplandor de su cuerpo avanzaban silenciosamente por entre las rugosas paredes del túnel, seguidos de parches de sombras. Marchaban al unísono, siete de ellos, con Dave al frente, formando

una macabra simultaneidad; fundiéndose en los cambios de formación con la mágica precisión de un regimiento de lanceros.

—Se han vuelto locos por culpa nuestra, Greg —dijo Donovan regresando con los trajes—. Esto es una marcha militar.

—Por lo que veo —respondió fríamente Powell— puede ser una serie de ejercicios calisténicos. O Dave puede estar bajo la alucinación de ser un maestro de baile. Piensa primero y no te tomes tampoco la molestia de hablar después.

Donovan sonrió y se puso un

detonador en el estuche que llevaba al lado, con gesto de ostentación.

—En todo caso —respondió—, así estamos. Así trabajamos con los nuevos modelos de robots. Es nuestro trabajo, de acuerdo. Pero contéstame una cosa. ¿Por qué... por qué hay siempre algo que va mal con ellos?

—Porque... —dijo Powell sombríamente—, tenemos la maldición encima. ¡Vámonos!

Siguiendo la aterciopelada oscuridad de los corredores bajo los círculos luminosos de sus lámparas de bolsillo, llegaron a su destino.

—Aquí están —dijo Donovan,

jadeante.

—Estoy tratando de conectarlo por radio, pero no contesta —susurró Powell—. El circuito de la radio está probablemente desconectado.

—Celebro que los ingenieros no hayan inventado todavía el robot que pueda trabajar en la oscuridad total. Me horrorizaría encontrar siete robots en un pozo negro sin radiocomunicación, si no estuviesen "iluminados" como árboles de Navidad radiactivos.

—Trepa a este reborde superior, Mike. Vienen por aquí y quiero observarlos de cerca. ¿Puedes?

Mike pegó el salto con un gruñido.

La gravedad era considerablemente más baja que la normal de la Tierra, pero, con un traje pesado, la ventaja no era tan grande, y el reborde representaba un salto de no menos de tres metros. Powell lo siguió.

La columna de robots seguía a Dave en fila india. Con una regularidad mecánica convertían la fila sencilla en doble y volvían a pasar a sencilla en diferente orden.

Lo repetían una y otra vez y Dave nunca volvía la cabeza.

Dave estaba a unos seis metros cuando la comedia cesó. Los robots subsidiarios rompieron la formación,

esperaron un momento, y desaparecieron en la distancia..., rápidamente. Dave miró hacia ellos, después, lentamente, se sentó. Apoyó la cabeza en una de sus manos, en una postura completamente humana.

—¿Estás aquí, jefe? —dijo su voz en uno de los auriculares de Powell.

Powell hizo un signo a Donovan y saltó del reborde.

—No sé... —dijo el robot moviendo la cabeza—. Hace un momento estaba sacando una considerable producción en Túnel 17 y en el acto me di cuenta de una presencia humana por las cercanías, y me he encontrado casi un kilómetro

más abajo del túnel.

—¿Dónde están los subsidiarios, ahora? —preguntó Donovan.

—Trabajando, desde luego. ¿Cuánto tiempo se ha perdido?

—No mucho. Olvídalo. —Volviéndose hacia Donovan, Powell añadió—: quédate con él el resto del turno. Después, ven. Tengo un par de ideas.

Transcurrieron tres horas antes de que Donovan regresase. Parecía cansado.

—¿Cómo ha ido esto? —preguntó Powell.

—No pasa nunca nada cuando se los vigila. Dame un cigarrillo...

El pelirrojo lo encendió con solícito cuidado y echó al aire un anillo de humo.

—He estado pensando en todo esto, Greg —dijo—. Dave tiene un curioso fondo, para ser un robot. Seis dependen de él, con una estricta reglamentación. Tiene derecho de vida o muerte sobre ellos y tiene que reaccionar con su mentalidad. Supongamos que sienta la necesidad de confirmar su poder como concesión a su vanidad.

—Ve al grano.

—Supongamos que tenemos

militarismo. Supongamos que está creando un ejército. Supongamos que los está instruyendo para unas maniobras militares. Supongamos...

—Supongamos que has perdido el tino. Tus pesadillas deberían ser en technicolor. Están postulando la mayor aberración de un cerebro positrónico. Si tu análisis fuese correcto, Dave tendría que infringir la Primera Ley Robótica; que un robot no debe perjudicar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sea perjudicado. El tipo militarista y de carácter dominador que supones debe tener como punto final de sus lógicas implicaciones la dominación

de los humanos.

—Muy bien. ¿Y cómo sabes que éste no es el fondo de la cuestión?

—Porque todo robot con esta mentalidad, primero, no hubiera salido jamás de la fábrica y, segundo, hubiera sido descubierto inmediatamente. He probado a Dave, ¿sabes?

Powell echó su sillón atrás y puso los pies sobre la mesa.

—No. Seguimos en la situación de no poder asar la liebre porque todavía no sabemos dónde está. Por ejemplo, si pudiésemos saber qué significaba aquella danza macabra que hemos con templado, estaríamos en el camino de la

verdad. Mira, Mike —prosiguió después de una pausa—. ¿Qué te parece esto? Dave deja de funcionar solamente cuando ninguno de nosotros está presente. Y cuando no funciona, la llegada de uno de nosotros lo vuelve loco.

—Ya te dije una vez que todo esto era siniestro.

—No me interrumpas. ¿En qué forma un robot obra de manera diferente cuando los humanos no están presentes?

—La respuesta es obvia. Se requiere una gran parte de iniciativa personal

—En este caso, busca las partes del cuerpo afectadas por la nueva

necesidad.

—¡Caspita! —exclamó Donovan, incorporándose. Después volvió a echarse atrás—. No, no... No es bastante. Es demasiado vago. No cubre las posibilidades.

—No puedo evitarlo. En todo caso, no hay peligro de que no den el rendimiento previsto. Vigilaremos por turno a estos robots a través del visor. Cada vez que ocurra algo, iremos inmediatamente al teatro del suceso. Esto los hará trabajar.

—Pero de todos modos, los robots no seguirán las especificaciones, Greg. La U.S. Robots no puede seguir

haciendo modelos Dv con unos informes como éstos.

—Es evidente. Tenemos que localizar el error de fabricación y corregirlo, y tenemos sólo diez días para conseguirlo. Lo malo es que... —añadió Powell rascándose la cabeza— En fin, mira tú mismo los planos.

Los planos sobre papel azul cubrían el suelo como una alfombra y Donovan se puso a gatas ante ellos, siguiendo el errante lápiz de Powell. Este dijo entonces:

—Aquí es donde entras tú, Mike. Eres el especialista del cuerpo y quiero que me sigas. He estado tratando de

cortar todos los circuitos no afectados por la iniciativa. Aquí, por ejemplo, en la arteria del tronco que comporta operaciones mecánicas. Corta todas las rutas laterales rutinarias como divisiones de urgencia... —Levantó la vista—. ¿Qué piensas?

Donovan sentía un mal sabor de boca.

—La cosa no es tan sencilla, Greg. La iniciativa personal no es un circuito eléctrico que puedas aislar del resto y estudiarlo. Cuando un robot actúa por sí mismo, la intensidad de la actividad del cuerpo aumenta inmediatamente en casi todos los frentes. No queda ningún

circuito enteramente sin afectar. Lo que hay que hacer es localizar las condiciones especiales, condiciones muy específicas, que lo afectan, y "entonces", empezar a eliminar circuitos.

—¡Ejem!... —dijo Powell, levantándose y quitándose el polvo—. Muy bien. Coge estos papelotes azules y quémalos.

—Ya ves que dada una sola parte defectuosa —dijo Donovan— cuando la actividad se intensifica, puede ocurrir cualquier cosa. El aislamiento cesa, un condensador salta, un contacto echa chispas, una espiral se calienta. Y si

obras a ciegas, pudiendo elegir entre todo el robot, jamás encontrar s el punto defectuoso. Si desmontas a Dave y compruebas una por una cada pieza del mecanismo de su cuerpo, volviéndolo a montar y probando nuevamente...

—Bien, bien. Sé también mirar por una portilla...

Se miraron durante un momento, desalentados, y Powell, cautelosamente, dijo:

—Supongamos que interrogásemos uno de los subsidiarios...

Ni Powell ni Donovan habían tenido hasta entonces la oportunidad de hablar con un "dedo". Sabía hablar; la analogía

con el dedo humano no era, pues exacta. En realidad, tenía un cerebro bastante desarrollado, pero este cerebro estaba primariamente adaptado a la recepción de órdenes, vía campo positrónico, y su reacción a los estímulos independientes era un poco confusa.

Powell no sabía tampoco a ciencia cierta su nombre. Su número de serie era Dv-5-2, pero esto era de poca utilidad.

—Oye, camarada —le dijo para infundirle confianza—. Voy a pedirte que pienses muy intensamente y podrás volverte con tu amo.

El "dedo" hizo un rápido movimiento afirmativo con la cabeza,

pero no llevó las limitadas funciones de su cerebro hasta hablar.

—En cuatro ocasiones recientes —dijo Powell—, tu amo se apartó del esquema cerebral. ¿Recuerdas estas ocasiones?

—Sí, señor.

—Las recuerda —gruñó Donovan con rabia—. Ya te he dicho que hay algo muy siniestro...

—¡Oh, cállate, cállate! Desde luego el "dedo" recuerda. ¿Qué hay de mal en ello? —Powell se volvió hacia el robot —. ¿Qué estabais haciendo cada una de estas veces... todo el grupo, me refiero?

El "dedo" tenía una curiosa manera

de recitar las frases, como si contestase las preguntas bajo la presión mecánica de su cerebro, pero sin poner en ello entusiasmo.

—La primera vez estábamos trabajando en una difícil explotación en Túnel 17, Nivel B. La segunda estábamos asegurando el techo contra un posible hundimiento. La tercera vez estábamos preparando explosiones adecuadas para prolongar el túnel sin producir fisuras subterráneas. La cuarta vez fue después de un ligero desprendimiento.

—¿Qué ocurrió estas veces?

—Es difícil de describir. Se

transmitió una orden, pero antes de que pudiésemos recibirla e interpretarla, vino la nueva orden de avanzar en una extraña formación.

—¿Por qué? —saltó Powell.

—No lo sé.

—¿Cuál era la primera orden... la que fue anulada por la de marchar en formación? —intervino Donovan, interesado.

—No lo sé. Sentía que se acababa de dar una orden, pero no tuve tiempo de recibirla.

—¿No puedes decirnos nada de ella? ¿Era la misma orden, siempre?

El "dedo" movía la cabeza,

desalentado.

—No lo sé.

—Bien, en este caso, vuelve con tu amo —dijo Powell, echándose atrás.

El "dedo" se marchó, visiblemente aliviado.

—Bien, hemos conseguido bastante, esta vez —dijo Donovan—. Ha sido un diálogo, verdaderamente animado del principio al fin. Oye, Greg. Dave y el "dedo" nos están tomando el pelo a los dos. Hay demasiadas cosas que no saben ni recuerdan. Va a ser cosa de no confiar ya en ellos, Greg.

Powell se estaba peinando el bigote en sentido contrario.

—¡Válgame Dios, Mike! ¡Otra estúpida observación como ésta y no sé lo que será de ti!

—Bien, bien... Tú eres el genio del equipo. Yo no soy más que un pobre niño de pecho. ¿En qué quedamos?

—Un poco más atrás que antes. He tratado de avanzar hacia atrás por mediación del "dedo" y no lo he conseguido. De manera que tendremos que avanzar hacia delante.

—¡Es un gran hombre! —se maravilló Donovan—. ¡Qué fácil es todo para él! Ahora tradúcemelo al idioma vulgar, Maestro.

—Lo entenderás mejor si te lo

traduzco al lenguaje de los nenes. Quiero decir que tenemos que averiguar qué orden fue la que dio Dave antes de que todo fuese mal. Esta puede ser la clave del misterio.

—¿Y cómo esperas conseguirlo? No podemos acercarnos a él porque mientras estemos presentes, todo irá bien. No podemos captar sus órdenes por radio porque las transmiten vía campo positrónico. Esto elimina la proximidad y la lejanía, dejándonos ante un magnífico cero.

—Por observación directa, sí. Queda todavía la deducción.

—¿Eh?

—Vamos a ver los relevos, Mike —dijo Powell con una mueca—. Y no apartaremos los ojos de la placa de visión. Observaremos todos los actos de estos cerebros de acero. En el momento en que dejen de actuar, habremos visto lo que ocurría inmediatamente antes y deduciremos Cuál era la orden.

Donovan abrió la boca y permaneció así durante un minuto entero. Después, como si se ahogase, dijo:

—Dimito. Me voy.

—Tienes diez días para tomar una decisión mejor —dijo Powell.

Qué es lo que durante ocho días trató

de hacer Donovan. Durante ocho días, en guardias alternadas de cuatro horas, observó, con los ojos doloridos y congestionados, las relucientes formas metálicas que se movían sobre el vago fondo. Y durante ocho días, durante las guardias y los descansos, maldijo la U.S. Robots, los modelos Dv y el día en que nació.

Y entonces, el octavo día, cuando Powell entró con la cabeza dolorida y el sueño en los ojos para hacer su guardia, Donovan se levantó y, tomando lenta y deliberadamente la justa puntería, arrojó un libro al centro de la placa de visión. Se produjo el natural ruido de algo que

se rompe.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Powell, boquiabierto.

—Porque no quiero observar nada más —respondió Donovan, casi con calma—. Nos quedan dos días y no hemos averiguado nada. Dv-5 es sencillamente un fracaso. Se ha parado cinco veces mientras lo he estado observando y tres durante tu guardia y ni tú ni yo somos capaces de saber qué órdenes da. Y no creo que logres averiguarlo, porque no creo lograr averiguarlo yo.

—¡Pero, hombre, cómo quieres vigilar seis robots a la vez! Uno trabaja

con las manos, el otro con los pies, uno como un molino de viento y otro salta arriba y abajo como un chiflado. Y los otros dos... el diablo sabe lo que están haciendo. Y de repente se paran todos.

—Greg, no hacemos lo que debemos hacer. Tenemos que estar más cerca. Tenemos que observar lo que hacen desde donde podamos ver los detalles.

Hubo un amargo silencio que fue roto por Powell.

—Sí, y esperar que ocurra algo con sólo dos días por delante.

—¿Es que hay alguna ventaja en vigilar desde aquí?

—Es más cómodo.

—Ya..., pero hay algo que puedes hacer allí y no puedes hacer aquí.

—¿Qué es?

—Puedes hacerlos parar... en el momento que quieras, y entre tanto estás preparado para ver qué es lo que ocurre.

—¿Cómo es eso? —dijo Powell, intrigado.

—Piénsalo tú mismo si tienes el cerebro que dices. Hazte algunas preguntas. ¿Cuándo para de trabajar el Dv-5? ¿Cuándo ha dicho el "dedo" que lo hacía? Cuando hay amenaza de derrumbamiento, o bien se produce; cuando hay que tomar delicadas medidas para la colocación de explosivos al

encontrar un filón difícil.

—En otras palabras, cuando hay peligro —dijo Powell.

—¡Exacto! Cuando "esperas" que se produzca. Es el factor iniciativa personal el que nos causa la perturbación. Y es precisamente durante los momentos de peligro, en ausencia de un ser humano, cuando la iniciativa personal está a su máximo de tensión. Ahora bien, ¿Cuál es la deducción lógica? ¿Cómo podemos crear nuestra intercepción cuando y donde queramos? —Hizo una pausa, triunfante, ya que empezaba a gozar con su papel y contestaba sus propias preguntas

adelantándose a la respuesta de Powell —. Creando nuestro propio peligro.

—Mike —dijo Powell—... tienes razón.

—Gracias, camarada. Sabía que algún día la tendría.

—Bien, pero ahórrate los sarcasmos. Los conservaremos en una jarra para los inviernos fríos. Entretanto ¿qué peligros podemos crear?

—Podríamos inundar las minas, si no estuviésemos en un asteroide sin aire.

—Muy ingenioso, sin duda. Realmente, Mike, me dejas incapacitado de tanta risa. ¿Qué te parece un pequeño desprendimiento de tierras?

Donovan avanzó los labios, reflexionó, y dijo:

—Por mi parte... O.K.

—Bien. Manos a la obra.

Mientras avanzaba por el escarpado paisaje, Powell tenía todo el aspecto de un conspirador. En aquella baja gravedad, andaba por el abrupto suelo lanzando trozos de roca a derecha e izquierda bajo su peso y levantando nubes de polvo gris. Mentalmente, sin embargo, era el cauteloso avance de un conspirador.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó.

—Creo que sí, Greg.

—Muy bien, pero si un "dedo" se acerca a veinte pasos de nosotros nos "sentir ", estemos en su línea de visión o no. Espero que ya lo sabes.

—Cuando necesite una información sobre la ciencia robótica te la pediré por escrito y por triplicado. Metámonos por aquí.

Estaban ya en los túneles; incluso la luz de las estrellas había desaparecido. Los dos amigos seguían avanzando entre las paredes, iluminándolas con sus lámparas a espacios intermitentes. Powell buscó el seguro de su detonador.

—¿Conoces este túnel, Mike?

—No muy bien. Es nuevo. Creo

poderlo reconocer por lo que vi en la placa de visión, pero...

Transcurrieron unos interminables minutos. Finalmente, Mike dijo:

—Toca eso...

Una ligera vibración de los muros se transmitió a través de la enguantada mano metálica de Powell. No se oía nada, naturalmente.

—¡Diablos! Estamos muy cerca.

—Abre bien los ojos —dijo Powell

Donovan asintió, impaciente.

La cosa se produjo y desapareció antes de que pudiesen sentirla; fue sólo un resplandor bronceado que atravesó su campo visual. Se agarraron uno a otro en

silencio.

—¿Crees que nos sienten? —susurró Powell.

—Espero que no. Pero será mejor que los cojamos de flanco. Toma el primer túnel transversal a la derecha

—¿Y si no los encontramos?

—Bien, y ¿qué quieres hacer? ¿Volver atrás? —gruñó Donovan, malhumorado—. Están a cuatrocientos metros. Los he estado observando por la placa de visión. Y tenemos dos días...

—¡Cállate! Estás malgastando el oxígeno. ¿Es éste un corredor lateral? —Lanzó un destello—. Sí, lo es. Vamos.

La vibración era considerablemente

más fuerte y el suelo temblaba.

—Va bien —dijo Donovan—, si no cede debajo de nosotros, sin embargo.

Mandó el haz de luz hacia delante inquieto.

Con sólo levantar el brazo podían tocar el techo y la ensambladura había sido colocada recientemente. Donovan vacilaba.

—No hay salida. Volvamos atrás.

—No. Espera —dijo Powell, deslizándose por su lado—. ¿Qué es esta luz, allá abajo?

—¿Luz? No veo ninguna. ¿De dónde quieres que salga una luz, aquí?

—Luz de robot. —Subía por una

suave pendiente, sobre manos y rodillas. Su voz resonó ronca e inquieta en los oídos de Donovan—. ¡Eh, Mike, ven aquí!

Había luz. Donovan avanzó al lado de las piernas estiradas de Powell.

—¿Una abertura?

—Sí. Tienen que estar trabajando en este túnel, por el otro lado.

Donovan tocó los ásperos bordes de un agujero que daba a un lugar que el destello luminoso de la lámpara reveló ser la galería principal de un filón.

El agujero era demasiado pequeño también para que dos hombres pudiesen mirar por él simultáneamente.

—No hay nada —dijo Donovan.

—Ahora, no. Pero debió de haberlo, de lo contrario no hubiéramos visto luz. ¡Cuidado!

Las paredes se derrumbaron a su alrededor y sintieron el impacto. Una ducha de fino polvo cayó sobre ellos.

Powell levantó cautelosamente la cabeza y miró.

—Está bien, Mike. Están allí.

Los relucientes robots estaban aglomerados quince metros más abajo, en el túnel principal. Los brazos metálicos trabajaban laboriosamente en el montón de escombros creado por la última explosión.

—No perdamos tiempo —dijo Donovan con afán—. No tardarán mucho en terminar y la próxima explosión puede alcanzarnos.

—¡Caspita, no me des prisa! — Powell sacó el detonador y sus ojos buscaron afanosamente a través del fondo polvoriento, donde la única luz era la de los robots y era imposible ver una roca saliente en la oscuridad.

—Hay un punto en el techo, casi encima de ellos. La última explosión no lo ha derribado del todo. Si puedes alcanzarlo en la base, la mitad del techo se vendrá abajo.

Powell siguió la dirección del

delgado dedo.

—¡Cuidado! Ahora fija tu mirada en los robots y reza por que no se vayan demasiado lejos en esta parte del túnel. Son mis fuentes de luz. ¿Están los siete allí?

—Los siete —dijo Donovan después de haberlos contado.

—Bien, entonces, obsérvalos. Fíjate en todos sus movimientos.

Levantó el detonador y apuntó, mientras Donovan vigilaba y pestañeaba bajo el sudor que se metía en sus ojos. Disparó.

Hubo una sacudida, una serie de fuertes vibraciones y una nueva sacudida

más fuerte que arrojó a Powell con fuerza contra Donovan.

—¡Greg, me has empujado! —gritó Donovan—. No veo nada...

—¿Dónde están? —preguntó Powell con violencia.

Donovan guardaba un estúpido silencio. No había rastro de los robots.

Todo estaba oscuro como las riberas de la laguna Estigia.

—¿Crees que los hemos sepultado? —balbució Donovan.

—Vamos a bajar. No me preguntes lo que creo.

Powell se arrastró hacia abajo, a toda velocidad.

—¡Mike!

Donovan se detuvo en el momento en que iba a seguirlo.

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Detente! —La respiración de Powell llegaba ronca e irregular a los oídos de Donovan—. ¡Mike! ¿Me oyes, Mike?

—Estoy aquí. ¿Qué ocurre?

—Estamos bloqueados. No fue el techo que estaba a quince metros de nosotros lo que se vino abajo, sino el nuestro. La sacudida lo ha derribado.

—¡Cómo! —Donovan avanzó y se encontró con una barrera de tierra—. Enciende.

Powell encendió. En ninguna parte había un agujero por donde pudiese pasar una liebre.

—Vaya... ¿y qué hacemos ahora? —dijo Donovan en voz baja.

Perdieron algún tiempo y algún esfuerzo tratando de mover la barrera que los bloqueaba. Powell trató de ensanchar los bordes del agujero original y por un momento levantó su detonador. Pero sabía que tan de cerca, una explosión hubiera equivalido a un suicidio.

—¿Sabes, Mike —dijo sentándose en el suelo—, que hemos armado un lío?

No estamos más cerca de saber qué le ocurre a Dave. Fue una buena idea, pero nos ha salido al revés.

La mirada de Donovan delataba una amargura cuya intensidad se perdía totalmente en la oscuridad.

—Sentiría ofenderte, muchacho, pero aparte de lo que sepamos o ignoremos acerca de Dave, estamos en una trampa. Si no nos liberamos, compañero, vamos a morir. "M-o-r-i-r", morir. ¿Cuánto oxígeno tenemos, de todos modos? No más de seis horas.

—Ya he pensado en esto —dijo Powell, llevándose los dedos a su sufrido bigote y tratando de levantar su

inútil visor transparente—. Desde luego, podríamos hacer que Dave nos saque de aquí fácilmente en este tiempo, de no ser porque nuestra preciosa jugarreta lo debe haber sepultado también con su radiocircuito.

—Lo cual no es muy risueño.

Donovan avanzó hacia la abertura y consiguió encajar en ella muy justamente su protegida cabeza.

—¡Eh, Greg!

—¿Qué hay?

—Supongamos que tuviésemos a Dave a seis metros. Esto nos salvaría.

—Seguro, pero ¿dónde está?

—Abajo, en el corredor. Pero, por

lo que más quieras, no sigas tirando de mí o me vas a arrancar la cabeza de su soporte. Ya te dejaré mirar.

Powell consiguió asomar la cabeza.

—Lo hemos hecho muy bien. Mira estos idiotas. Debe de ser un "ballet" esto que hacen.

—Deja las observaciones secundarias. ¿Se acercan?

—No puedo decírtelo. Están demasiado lejos. Pásame la lámpara, ¿quieres? Trataré de llamar su atención de esta manera.

Al cabo de dos minutos, abandonó.

—No hay nada que hacer. Deben de ser ciegos. ¡Oh, oh, ahora avanzan hacia

nosotros! ¿Qué crees?

—¡Eh, déjame ver! —dijo Donovan.

Hubo un nuevo silencio y Donovan asomó la cabeza. Se acercaban. Dave avanzaba rápidamente a la cabeza de los seis "dedos", que lo seguían en fila india, balanceándose.

—¿Qué hacen? Esto es lo que quisiera saber. Parece una pantomima —se preguntó Donovan.

—¡Déjate de descripciones! —gruñó Powell—. ¿A qué distancia están?

—A unos quince metros y vienen en esta dirección. Estaremos fuera dentro de quince min... ¡Eh, eh, ay...! ¡Ay!

—¿Qué ocurre, ahora? —Powell

necesitó algunos segundos para volver en sí ante las exaltaciones vocales de Donovan—. Vamos ya. Déjame asomar también... No seas egoísta.

Avanzó hacia el agujero, pero Donovan lo apartó de un puntapié.

—Han dado media vuelta, Greg. Se marchan. ¡Dave! ¡Eh, Da...ve!

—¿De qué te sirve gritar, idiota? El sonido no se transmite.

—Pues entonces, golpea las paredes, derríbalas, manda alguna vibración. Tenemos que llamar su atención de alguna manera, Greg, o estamos listos.

Se agitaba como un loco. Powell lo sacudió.

—Espera, Mike, espera. Escucha, tengo una idea. ¡Por Júpiter, es el momento de apelar a las soluciones sencillas! ¡Mike!

—¿Qué quieres?

—Déjame meter aquí antes de que estén fuera de nuestro alcance.

—¡Fuera de nuestro alcance! ¿Qué vas a hacer? ¡Eh! ¿Qué vas a hacer con el detonador? —dijo agarrando el brazo de Powell.

Powell se soltó con una violenta sacudida.

—Voy a hacer algunos disparos...

—¿Por qué?

—Te lo diré más tarde. Veamos si

sirve de algo, primero. Si no... Quítate de aquí y deja que me meta yo.

Los robots eran ya unos meros puntos que disminuían de tamaño en la distancia. Powell ajustó la mira y el alza cuidadosamente y apretó tres veces el gatillo. Bajó el arma y miró atentamente. Uno de los subsidiarios había caído. Sólo se veían seis relucientes figuras.

—¡Dave! —gritó Powell por el transmisor, dudando.

Hubo una pausa y los dos hombres oyeron la respuesta.

—¿Jefe? ¿Dónde estás? El pecho de mi tercer subsidiario ha estallado. Está

fuera de servicio.

—Déjate de subsidiarios —dijo Powell—. Estamos cogidos en una trampa..., es un desprendimiento de tierras, donde estabais trabajando. ¿Puedes ver nuestros destellos?

—Sí, vamos allí enseguida.

Powell se echó atrás y relajó sus músculos doloridos.

—Bien, Greg —dijo Donovan lentamente con un sollozo contenido en la voz—. Has ganado. Golpeo el suelo con mi frente delante de tus pies. Ahora no me cuentes ningún cuento. Dime exactamente qué ha pasado.

—Es fácil. Que durante todo el

proceso hemos omitido lo evidente... como de costumbre. Sabíamos que se trataba del circuito de iniciativa personal, y que ocurría siempre durante los momentos de peligro, pero seguíamos buscando un orden específico como causa. ¿Y por qué tenía que haber un orden?

—¿Por qué no?

—Mira. ¿Qué tipo de orden requiere mayor iniciativa? ¿Qué tipo de orden se presenta casi siempre sólo en momentos de peligro?

—No me preguntes, Greg. Dímelo y basta.

—Eso estoy haciendo. Es una orden

séxtuple. En condiciones ordinarias, con uno o más de los "dedos" realizando un trabajo rutinario que no requiere una estrecha supervisión, nuestros cuerpos transmiten el movimiento rutinario. Pero en un caso de peligro, los seis subsidiarios tienen que ser inmediatamente movilizados. Dave tiene que mandar seis robots a la vez. El resto era fácil. Cualquier disminución en la iniciativa requerida, como la llegada de los seres humanos, lo hace retroceder. Por esto destruí uno de los robots. Al hacerlo, él transmitía sólo una orden quíntuple. La iniciativa disminuye..., vuelve a la normalidad.

—Pero... ¿cómo has descubierto todo esto?

—Mera suposición lógica. Lo he probado y ha salido bien.

—Aquí estoy —resonó de nuevo en sus oídos la voz del robot—. ¿Podéis esperar media hora?

—Fácilmente —dijo Powell. Y volviéndose hacia Donovan, prosiguió —: Y ahora el juego será sencillo. Revisaremos los circuitos y comprobaremos cada parte que tiene un trabajo de orden séxtuple como en oposición a un orden quíntuple. ¿Qué campo nos deja esto?

—No mucho, me temo —dijo

Donovan después de haber reflexionado —. Si Dave es como el modelo preliminar que vimos en la fábrica, tiene un circuito coordinador especial que será la única sección afectada. —Se animó súbitamente de una forma extraña —. Oye, no estaría del todo mal. No hay nada contra esto...

—Muy bien. Piensa en esto y comprobaremos los planos cuando regresemos. Y ahora, hasta que venga Dave, voy a descansar.

—¡Eh, eh, espera! Dime una cosa. ¿Qué eran aquellas extrañas marchas, aquellos pasos de baile que ejecutaban los robots cada vez que se

descomponían?

—¿Esto? No lo sé. Pero tengo una idea. Recuerda que estos subsidiarios eran como "dedos" de Dave. Decíamos siempre esto, ¿te acuerdas? Pues bien, tengo la impresión de que durante estos intervalos, cada vez que Dave se convertía en un caso de psiquiatría, se dejaba llevar por su obsesión, "daba vueltas a sus dedos".

Susan Calvin

La tercera historia de robots que escribí, «¡Embustero!», introdujo el personaje de Susan Calvin..., del que inmediatamente me enamoré. A partir de aquel momento llegó a dominar de tal modo mis pensamientos que, poco a poco, fue desplazando a Powell y Donovan de su posición. Esos dos personajes aparecieron solamente en las tres historias incluidas en la anterior sección, y en una cuarta, «¡Fuga!», en la cual aparecen junto con Susan Calvin.

De alguna forma, tengo la impresión,

mirando hacia atrás en mi carrera, de que he incluido a la querida Susan en innumerables historias, pero el hecho es que ha aparecido tan sólo en diez historias, todas las cuales están incluidas en esta sección. En la décima, «Intuición femenina», emerge de su retiro como una vieja dama que, sin embargo, no ha perdido nada de su ácido encanto.

Observarán, incidentalmente, que aunque la mayor parte de las historias de Susan Calvin fueron escritas en un tiempo en el cual el chauvinismo masculino era algo que se daba por sentado en la ciencia ficción, Susan no

pide favores de ninguna clase, y gana a los hombres en su propio juego. Por supuesto, es una mujer sexualmente frustrada..., pero uno no puede tenerlo todo en la vida.

¡Embustero!

Alfred Lanning encendió su cigarro meticulosamente, pero las puntas de sus dedos temblaban ligeramente. Sus cejas grises se incurvaron hacia abajo mientras hablaba entre fumadas.

—Lee perfectamente los pensamientos, ¡no cabe ni maldita duda de ello! Pero ¿qué pasó?

Miró al matemático Peter Bogert.

—¿Bien, qué?

Bogert se alisó el negro cabello con ambas manos a la vez.

—Ese fue el modelo R B número treinta y cuatro que hemos producido,

Lanning. Todos los demás salieron estrictamente ortodoxos.

El tercer hombre en torno a la mesa, frunció el ceño. Milton Ashe era el oficial más joven de la Compañía U.S. Robot & Hombres Mecánicos, y estaba orgulloso de su cargo.

—Escuche, Bogert. No hubo el menor tropiezo en el tren de ensamblaje desde el inicio hasta el final: Lo garantizo.

Los gruesos labios de Bogert se dilataron en sonrisa condescendiente.

—¿De veras? Si usted puede responder por la totalidad del ensamblaje, recomendaré que le

asciendan. Para ser exactos, son necesarias setenta y cinco mil, doscientas treinta y cuatro operaciones para la manufactura de un solo cerebro positrónico, cada operación dependiendo por separado, y para un acabado satisfactorio, de cualquier número de factores que van de cinco a quinientos cinco. Si cualquiera de ellos sale imperfecto, el «cerebro» queda desbaratado. Estos datos los cito textualmente según nuestra propia ficha de información, Ashe.

Milton Ashe se sonrojó, pero una cuarta voz cortó en seco su réplica.

—Si vamos a empezar a tratar de

echarnos la culpa de uno a otro, me voy.

Las manos de Susan Calvin estaban entrelazadas prietamente en su regazo, y las tenues líneas en torno a sus delgados y pálidos labios, se ahondaron.

—Tenemos entre manos un robot que lee los pensamientos y se me antoja que es mucho más importante que tratemos de averiguar simplemente porqué lee el pensamiento. No lo conseguiros a base de repetirnos: «¡Es culpa tuya! ¡Es culpa mía!»

Sus fríos ojos grises se posaron en Ashe, y él sonrió.

También sonrió Lanning, y como siempre en tales ocasiones, su largo

cabello blanco y los penetrantes ojillos le hicieron el vivo retrato de un patriarca bíblico.

—La verdad habló por su boca, doctora Calvin.

Su voz se hizo más recia.

—Voy a resumirlo en forma de píldora concentrada. Hemos producido un cerebro positrónico que se supone de ordinaria y normal vendimia, pero que tiene la notable propiedad de ser capaz de sintonizar con las ondas del pensamiento. Esto señalaría el adelanto más importante en «robótica» en unas décadas si supiéramos cómo ha ocurrido. No lo sabemos y tenemos que

averiguarlo. ¿Queda claro?

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Bogert.

—¡Adelante!

—Sugeriría que mientras no resolvamos el lío -y como matemático me supongo que será un endiablado lío-, mantengamos secreta la existencia del RB-34. Hasta para los demás miembros del personal. Como directores de los departamentos se supone que no deberíamos encontrar ningún problema insoluble, y cuantos menos sepan de ello...

—Bogert tiene razón —dijo la doctora Calvin—. Desde e! mismo día

en que el Código Interplanetario fue modificado para permitir que los prototipos de robot fueran comprobados en las factorías antes de ser embarcados hacia el espacio, la propaganda anti-robot se ha acrecentado. Si una sola palabra se filtra al exterior acerca de un robot capaz de leer pensamientos antes de que podamos anunciar un completo control del fenómeno, escaso capital efectivo sacaremos de ello.

Lanning chupeteó su cigarro y asintió gravemente. Se volvió hacia Ashe:

—Creo que dijo que estaba usted solo cuando por vez primera tropezó con este asunto de lectura del pensamiento.

—Y tanto que estaba solo —llevándome el susto más grande de mi vida. RB-34 acababa de ser retirado de la mesa de ensamblaje y me lo enviaron abajo a mi sección. Obermann estaba fuera en algún sitio, y por consiguiente me ocupó de llevarlo yo mismo al cuarto de comprobación, por lo menos empecé a llevármelo.

Ashe hizo una pausa y una tenue sonrisa asomó a sus labios.

—Oigan ¿alguno de ustedes ha estado conversando mentalmente sin darse cuenta?

Nadie se molestó en replicar, por lo cual él prosiguió:

—Al principio no se da cuenta uno, ¿saben? Él simplemente me habló -tan lógica y sensatamente como puedan imaginarse-, y fue solamente al haber ya recorrido la mayor parte del trayecto hacia los cuartos de ensayo cundo me di cuenta que yo no había dicho nada. Claro, pensé en montones de cosas, pero eso no es lo mismo ¿verdad? Encerré el objeto y corrí en busca de Lanning. Tener aquello caminando a mi lado, escudriñando calmosamente en mis pensamientos y eligiendo los que le convenían, me dio un pánico cerval.

—Me lo imagino —dijo Susan Calvin pensativamente, fijos los ojos en

Ashe de una manera extraña e intensa—. Estamos tan acostumbrados a considerar como terreno privado nuestros propios pensamientos...

Lanning intervino impacientemente.

—Entonces solamente cuatro de nosotros estamos enterados. ¡Muy bien! Tenemos que abordar este asunto sistemáticamente. Ashe, quiero que usted compruebe todo el tren de ensamblaje desde su principio hasta el final, todo. Deberá eliminar todas las operaciones en las cuales no hubo la menor posibilidad de un error, y catalogar todas aquellas donde la hubo, juntamente con su naturaleza y posible

magnitud.

—El encargo se las trae —gruñó Ashe.

—¡Desde luego! Naturalmente, colocará a los hombres bajo sus órdenes trabajando en esto, y no me importa si nos retrasamos en el horario de programa previsto. Pero ellos no han de saber el porqué ¿comprendido?

—Humm-m-m», sí —y el joven técnico torció la boca—. Pero sigue siendo un trabajo peliagudo.

Lanning hizo describir a su silla un giro y dio frente a Susan Calvin.

—Tendrá usted que abordar el trabajo desde la otra dirección. Es usted

el «robotsicólogo» de la fábrica, y por consiguiente estudiará al propio robot y deberá trabajar en retrocesión, de manera retrógrada. Intente hallar como «tictaquea». Vea qué otra cosa está emparejada con sus poderes telepáticos, hasta qué grado se extienden, como modifican su trazado y exactamente qué daño ha causado a sus corrientes propiedades RB. ¿Lo captó todo?

Lanning no aguardó a que la doctora Calvin replicase.

—Yo coordinaré el trabajo y también interpretaré las averiguaciones que se hagan, matemáticamente.

Aspiró con fuerza de su cigarro y

masculló el resto a través del humo.

—Bogert me ayudará a hacerlo, naturalmente.

Bogert pulimentó las uñas de una mano regordeta con la palma de la otra y dijo blandamente:

—Seguro que sí. Conozco algo de esta materia.

—¡Bien! Voy a entrar en funcionamiento —y Ashe empujó hacia atrás su silla, levantándose. Su juvenil y agradable rostro se arrugó en mueca sonriente—. Me ha tocado una tarea más endemoniada que cualquiera de la de ustedes, y por lo tanto me voy a empezarla.

—¡Ya nos veremos!

Susan Calvin replicó con una cabezada apenas perceptible, pero sus ojos le siguieron hasta perderle de vista y ella no contestó cuando Lanning gruñó y dijo:

—¿Quiere ir arriba y ver al RB-34 ahora, doctora Calvin?

Los ojos fotoeléctricos de RB-34 se alzaron del libro al oírse el apagado sonido de bisagras girando y estaba en pie cuando Susan Calvin entró.

Ella se detuvo para reajustar el enorme cartel «Prohibida la Entrada» sobre la puerta y luego se aproximó al robot.

—Te he traído los textos sobre motores hiperatómicos, Herbie. Algunos de ellos, claro. ¿Te importaría leerlos?

RB-34 -más conocido por Herbie- alzó los tres pesados libros de brazos de ella y abrió la página titular de uno:

—¡«Hm-m-m»¡ «Teoría de los Hiperatómicos».

Farfulló inarticuladamente para sí mismo mientras hacía correr hojas y luego habló con aire abstraído:

—¡Siéntese, doctora Calvin! Esto me ocupará unos cuantos minutos.

La sicóloga sentose y observó fijamente a Herbie mientras cogía una silla al otro lado de la mesa y echaba

vistazos de un modo sistemático a los tres libros.

Al cabo de una media hora, cerró los libros.

—Naturalmente, sé por qué trajo estos libros.

La comisura labial de la doctora se contrajo nerviosamente.

—Me lo temía. Es difícil trabajar contigo, Herbie. Siempre me llevas unos pasos de ventaja.

—¿Sabe una cosa? Con estos libros pasa lo mismo que con los otros. Sencillamente no me interesan. No hay nada en sus libros de texto. Su ciencia es solamente una masa de datos

coleccionados y emplastados juntos en una teoría para ¡r tirando, y todo tan increíblemente simple que apenas vale la pena molestarse en leerlo.

Su poderosa mano gesticuló vagamente como si buscase las palabras apropiadas.

—Lo que me interesa es su literatura novelesca. Sus estudios de la acción recíproca de los impulsos y emociones humanas.

Susan Calvin susurró:

—Creo que comprendo.

—Veo dentro de las mentes ¿sabe? —prosiguió el robot— y no tiene ni idea de lo complicadas que son. No puedo

comprenderlo todo debido a que mi propia mente tiene tan poco en común con ellas, pero lo intento, y sus novelas ayudan.

—Sí, pero me temo que después de haberte leído algunas de las experiencias horripilantes y desgarradoras de la novela sentimental de nuestra época actual —y había un asomo de amargura en la voz de ella— encontrarás que las mentes reales, como las nuestras, son incoloras y sosas.

—¡No opino así!

La súbita energía en la respuesta hizo que ella se levantase. Sintiéndose enrojecer, pensó ella alocadamente:

«¡Debe estar enterado!»

Herbie se apaciguó súbitamente, y murmuró en una voz baja de la cual había desaparecido casi por entero el timbre metálico:

—Por supuesto que estoy enterado, doctora Calvin. Siempre piensa en ello y por consiguiente, ¿cómo puedo evitar saberlo?

El semblante de ella se endureció.

—¿Lo has... dicho a alguien?

—¡Claro que no! —y añadió son sincera sorpresa—. Nadie me lo ha preguntado.

—Bien, entonces, supongo que piensas que soy una tonta.

—¡No! Es una emoción normal.

—Quizá por esto mismo es por lo que es tan tonto.

La ansiedad en su voz ahogaba cualquier otra tonalidad.

Algo de la mujer asomaba a través de la capa del doctorado.

—No soy lo que tú llamarías... atractiva.

—Si se refiere usted a la mera atracción física, no puedo juzgar. Pero, de cualquier modo, sé que hay otros tipos de atracción.

—Ni soy ya joven.

Susan Calvin apenas había oído al robot. Una ansiosa insistencia se había

infiltrado en la voz de Herbie.

—Todavía no ha cumplido los cuarenta.

—Treinta y ocho según tu modo de contar los años; una arrugada sesentona en cuanto concierne mis perspectivas emocionales en la vida. Para algo soy sicóloga ¿no?

Prosiguió con acre desaliento:

—Y él apenas tiene treinta y cinco, además de parecer y comportarse como mucho más joven. ¿Acaso supones que él pueda verme bajo ningún otro aspecto sino... sino tal como soy?

—¡Está usted equivocada! —y el puño de acero de Herbie golpeó la mesa

recubierta de plástico con estridente retintín—. Escúcheme...

Pero Susan Calvin se revolvió mirándole y el anhelante dolor en sus ojos se convirtió en llama.

—¿Por qué iba a escucharte? ¿Qué sabes tú de todo eso, tú, una máquina? Para ti soy solamente un espécimen; un insecto interesante con una mente peculiar desplegada a tu inspección. Un maravilloso ejemplo de frustración ¿no es verdad? Casi tan curioso como los de tus novelas.

Su voz, emergiendo entre secos sollozos, se atragantó.

El robot se había intimidado ante la

explosión verbal. Meneó la cabeza implorante.

—¿Quiere escucharme, por favor? Podría ayudarla si usted me dejase.

—¿Cómo? —y se fruncieron sus labios—. ¿Dándome buenos consejos?

—No, nada de esto. Se trata simplemente de que yo sé lo que otras personas piensan; Milton Ashe, por ejemplo.

Hubo un largo silencio, y los ojos de Susan Calvin se cerraron.

—No quiero saber lo que él piensa —dijo jadeante— Guarda silencio.

—Creo que usted desearía saber lo que él piensa.

La cabeza femenina permaneció inclinada, pero su respiración se hizo más apresurada.

—Estás diciendo disparates —susurró.

—¿Por qué habría de decir disparates? Estoy intentando ayudar. Milton Ashe piensa de usted... —y se calló.

Entonces, la sicóloga levantó la cabeza.

—¿Bien, qué?

El robot dijo sosegadamente:

—Él está enamorado de usted.

Durante un largo minuto, la doctora no habló. Se limitaba a mirar sin ver,

dilatados los ojos. Luego dijo:

—¡Estás en un error! Tienes que estar equivocado. ¿Por qué iba él a... amarme?

—Así es. Una cosa así no puede ocultarse, por lo menos, a mí no.

—Pero yo soy tan... tan... —y el tartamudeo se truncó en silencio.

—Él mira más hondo que la piel, y admira el intelecto en los demás. Milton Ashe no es el tipo de los que se casan con una cabeza de hermosos cabellos y un par de ojos.

Susan Calvin se sorprendió a sí misma pestañeando rápidamente y aguardó un poco antes de hablar. Aún

entonces su voz tembló:

—Sin embargo, él indiscutiblemente nunca y de ningún modo dio señales...

—¿Acaso le dio usted nunca la oportunidad?

—¿Cómo iba a hacerlo? Nunca pensé que...

—¡Exactamente!

La sicóloga hizo una pausa reflexiva y luego alzó la mirada repentinamente.

—Una muchacha le visitó aquí en la factoría hará cosa de medio año. Era bonita... rubia y esbelta. Y, lógicamente, apenas era capaz de sumar dos y dos. Él se pasó el día, echando fuera el pecho, intentando explicarle a ella cómo se iba

ensamblando un robot —y la dureza había regresado—. ¡Y ella sin entender ni una palabra! ¿Quién era ella?

Herbie contestó sin vacilación:

—Conozco la persona a la cual se refiere usted. Ella es su prima hermana y no existe ningún interés romántico entre ellos, se lo aseguro.

Susan Calvin se puso en pie con una vivacidad casi juvenil.

—Pues, ¿no resulta curioso todo eso? Es exactamente lo que yo acostumbraba a decir a mí misma algunas veces, aunque nunca pensé verdaderamente que fuera posible. Entonces todo ello debe ser verdad.

Corrió hacia Herbie y asió su fría y pesada mano entre las suyas.

—Gracias, Herbie.

Su voz era ahora un susurro apremiante, ronco.

—No hables con nadie de todo esto. Deja que sea nuestro secreto... y gracias otra vez.

Tras dar un convulsivo apretón a los insensibles dedos metálicos de Herbie, ella se fue.

Herbie regresó lentamente a su abandonada novela, pero no había nadie que pudiera leer sus pensamientos.

Milton Ashe se desperezó lenta y espléndidamente, al compás de crujido

de tendones y coro de gruñidos, y finalmente miró a Peter Bogert.

—Oiga —dijo— ya llevo una semana en este asunto casi sin la ración elemental de sueño. ¿Cuánto tiempo más tendré que aguantar? Creo que usted dijo que el bombardeo positrónico en la Cámara D de Vacío era la solución.

Bogert bostezó delicadamente y contempló sus blancas manos con interés.

—Así es. Estoy en la pista.

—Ya sé lo que «esto» significa cuando lo dice un matemático. ¿Y cuánto le falta para llegar al final?

—Depende

—¿De qué? —y Ashe dejose caer en una silla estirando lo más posible sus largas piernas.

—De Lanning. El viejo camarada no está de acuerdo conmigo —y suspirando, agregó—: Un poco atrasado a la época, éste es su problema. Sigue agarrado a las matrices mecánicas como el no va más, y el problema actual requiere unas herramientas matemáticas más poderosas. Es muy terco.

Ashe murmuró soñoliento:

—¿Por qué no le pregunta a Herbie y resuelve así todo el asunto?

—¿Preguntarle al robot? —y las cejas de Bogert ascendieron.

—¿Por qué no? ¿No le contó la solterona?

—¿Quiere decir Calvin?

—Eso es. La propia Susie. Este robot es un brujo. Se lo sabe todo y aún más. Resuelve de memoria triples integrales y como postre hace análisis de tensores.

El matemático le miró escéptico:

—¿Habla en serio?

—¡Y tanto! La pega es que al artefacto no le gustan las matemáticas. Prefiere leer novelitas amerengadas. ¡Palabra! Tendría usted que ver los callos con que Susie le nutre: «La Púrpura de la Pasión» y «Amor en el

Espacio».

—La doctora Calvin no nos ha dicho ni palabra de todo esto.

—Bueno, no ha terminado todavía de estudiarle. Ya sabe cómo es ella. Le gusta tenerlo todo bien a punto antes de soltar el gran secreto.

—Pero se lo dijo a «usted».

—De un modo u otro empezamos, a charlar. La he estado viendo montones de veces últimamente.

Dilató repentinamente los ojos y frunció el entrecejo:

—Oiga, Bogie, ¿no ha notado nada raro en la dama últimamente?

Bogert se permitió una mueca casi

indecorosa.

—Está consumiendo cantidades de lápiz labial, si es a esto a lo que se refiere.

—¡Diablos, ya me di cuenta! Carmín, polvos, y también sombrajos para los ojos. La pobre es todo un espectáculo. Pero no se trata de esto. No acabo de verlo claro para poder definirlo. Es el modo en qué habla, como si fuera dichosa, como si algo reciente le produjese felicidad.

Meditó en ello un poco, encogiéndose luego de hombros.

Su interlocutor se permitió una mueca casi lasciva, lo cual para un

científico que había pasado de los cincuenta, tenía su mérito.

—Quizás está enamorada.

Ashe dejó que sus ojos volvieran a cerrarse.

—Está usted chiflado, Bogie. Vaya a hablar con Herbie; yo me quedo aquí y voy a dormir.

—¡De acuerdo! No es que me entusiasme particularmente que un robot me diga cuál es mi tarea.

Recibió como única respuesta un suave ronquido.

Herbie escuchó atentamente mientras Peter Bogert, manos en los bolsillos, hablaba con fingida indiferencia.

—Bien, ésta es la cuestión. Me han dicho que tú comprendes estas cosas, y te las pregunto más por curiosidad que por nada. Mi línea de razonamiento tal como la he bosquejado, implica unos cuántos escalones dudosos, lo admito, que el Doctor Lanning rehúsa aceptar, y el cuadro sigue todavía más bien incompleto.

El robot no replicó y dijo Bogert:

—¿Y bien?

—No veo error alguno —comentó Herbie estudiando las cifras y fórmulas garabateadas.

—Me imagino que no puedes llegar más adelante en estos cálculos.

—No me atrevería a intentarlo. Usted es mucho mejor matemático que yo, y... bueno, me molestaría comprometerme.

Hubo una sombra de complacencia en la sonrisa de Bogert.

—Ya me figuré que éste sería el resultado. Es muy complicado. En fin, lo olvidaremos.

Estrujó las cuartillas, arrojándolas al tubo incinerador, dio media vuelta para irse, y después lo pensó mejor.

—Por cierto...

El robot aguardó.

Bogert parecía hallar cierta dificultad en hablar.

—Hay algo, es decir, tal vez tú podrías...

Se detuvo.

Herbie habló calmosamente.

—Sus pensamientos están confusos, pero no cabe la menor duda que conciernen al doctor Lanning. Es tonto su titubeo, porque tan pronto se sosiegue, sabré lo que usted quiere preguntar.

La mano del matemático ascendió hacia su liso cabello en el gesto peculiarmente suave.

—Lanning ronda los setenta —dijo, como si esto lo explicase todo.

—Lo sé.

—Y ha sido director de la planta por casi treinta años.

Herbie asintió.

—Bueno, es posible —y la voz de Bogert se hizo insinuante—, que tú pudieras saber si... si él está pensando en dimitir. Salud, tal vez, o cualquier otro...

—Así es —dijo Herbie, y no añadió más.

—Bueno, ¿estás enterado?

—Ciertamente que sí.

—Entonces..., ¿podrías decírmelo?

—Puesto que usted lo pregunta, sí —y el robot hablaba como si se tratase de un axioma—. ¡Ya ha presentado su

dimisión!

—¿Cómo?

La exclamación fue un sonido explosivo, casi inarticulado. La gran cabeza del científico se proyectó hacia adelante.

—¡Repítelo otra vez!

—Ya ha presentado su dimisión, pero todavía no se ha hecho efectiva, porque está esperando a resolver el problema de... de mi propio caso. Una vez resuelto, está completamente dispuesto a hacer entrega de su despacho de director a su sucesor.

Bogert expelió su contenido aliento.

—¿Y ese sucesor? ¿Quién es?

Estaba ahora muy cerca de Herbie, fijos los fascinados ojos en aquellas ilegibles células fotoeléctricas de un denso rojo que eran los ojos del robot.

Las palabras surgieron lentamente:

—Usted es el próximo director.

Bogert relajó su tensión esbozando una sonrisa.

—Es muy agradable saberlo. He estado aguardando con gran esperanza lo que acabas de anunciarme. Gracias, Herbie.

Peter Bogert estuvo en su despacho hasta las cinco de la mañana y regresó a las nueve. El anaquel situado exactamente sobre su mesa fue

vaciándose de su hilera de libros y tablas, al ir tomando él referencias de unos y otras. Las páginas de cálculos ante él iban apilándose microscópicamente y las cuartillas estrujadas se esparcían a sus pies en montones de papel garabateado.

Exactamente al mediodía miró fijamente la página final, se frotó un ojo estriado en rojo por el cansancio, bostezó y alzó los hombros.

—Esto se está poniendo peor a cada minuto que pasa. ¡Maldición!

Giró la cabeza al sonido de la puerta abriéndose y saludó a Lanning que entraba haciéndose crujir los nudillos de

una mano sarmentosa con la otra.

El director captó de una ojeada el desorden del cuarto y sus cejas formaron un surco continuo.

—¿Una línea nueva de tanteo?

La respuesta fue desafiante.

—No. ¿Qué hay erróneo en la primera?

Lanning no se molestó en contestar, limitándose a echar un vistazo por encima a la cuartilla superior de las que estaban sobre la mesa de Bogert. Habló a través del destello de un fósforo mientras encendía un cigarro:

—¿Le ha contado Calvin lo del robot? Es un genio de las matemáticas.

Verdaderamente notable.

Bogert bufó ruidosamente.

—Eso he oído. Pero será preferible que Calvin se límite a la «robosicología». Examiné a Herbie de matemáticas y apenas si sabe interpretar los cálculos.

—Calvin no opina así.

—Ella está loca.

—Ni yo tampoco opino así.

Los ojos del director se achicaron peligrosamente.

—¿Usted? —y la voz de Bogert se endureció—. ¿De qué está usted hablando?

—He estado sometiendo a

experimentaciones a Herbie toda la mañana y puede hacer trucos de los que nunca oyó usted hablar.

—¿De veras?

—¡Está usted rebosando escepticismo! —y Lanning extrajo una cuartilla del bolsillo de su chaqueta y la desdobló—. Esta no es mi escritura, ¿verdad que no?

Bogart estudió las anotaciones, amplias y angulares, recubriendo la cuartilla.

—¿Fue Herbie quien hizo eso?

—¡Exacto! Y como podrá observar, él ha estado trabajando en los cálculos de usted sobre e! período de integración

de la Ecuación 22. Ha llegado —y Lanning repicó con una uña amarillenta sobre la última reducción— e idéntica conclusión que la mía, y en la cuarta parte de tiempo. No tenía usted razón al descuidar el Efecto Linger en el bombardeo positrónico.

—No lo descuidé. ¡Por toda la corte celestial, Lanning! Métase ya en la cabeza que esto anularía...

—¡Oh, sí, claro, ya me lo explicó! Empleó la Ecuación Mitchell de Traslación, ¿no es cierto? Bien, no es la apropiada.

—¿Por qué no?

—Porque ha estado usted empleando

hiper-imaginarias.

—¿Qué tiene eso que ver?

—La Ecuación Mitchell no es válida cuando...

—¿Está usted loco? Si se molesta en volver a leer el artículo original de Mitchell en las «Operaciones de Alto Grado...»

—No tengo porqué. Ya le dije desde un principio que no me gustaba su razonamiento, y Herbie me respalda en eso.

—¡Muy bien! —gritó Bogert—. Entonces deje que este artefacto de relojería le resuelva todo el problema. ¿A qué discutir sobre lo no esencial?

—Es que éste es exactamente el quid. Herbie no puede resolver el problema. Y si él no puede, tampoco nosotros podemos..., sin ayuda. Ha quedado fuera de nuestra capacidad.

La silla de Bogert cayó al suelo derribada al saltar en pie su ocupante, enrojecido y agresivo el semblante.

—¡No hará usted nada semejante!

—¿Acaso me está usted indicando lo que debo o no debo hacer?

—Exactamente —y la réplica salía rechinante—. Tengo ya vencido el problema y usted no me lo va a quitar de las manos, ¿estamos? No se crea que no le adivino la intención, fósil disecado.

Se cortaría usted la nariz antes que permitir que yo obtuviese el prestigio de haber resuelto la telepatía robótica.

—Es usted un condenado idiota, Bogert, y dentro de unos segundos voy a hacer que le dejen cesante por insubordinación.

El labio inferior de Lanning temblaba de ira.

—Lo cual es algo que usted no hará, Lanning. Ya no hay nada secreto con un robot lector de pensamientos rondando, y por consiguiente no se olvide que sé todo lo referente a su dimisión.

La ceniza del cigarro de Lanning tembló, cayó, y el propio cigarro siguió

el mismo camino.

—¿Qué... qué...?

Bogert rió aviesamente.

—Y yo soy el nuevo director, quede bien entendido. Estoy perfectamente enterado; no se crea lo contrario. Maldita sea su estampa, Lanning, voy a empezar a dar las órdenes por aquí o se encontrará usted metido en el más espantoso lío que jamás pudo imaginarse.

Cuando Lanning recobró el uso de sus cuerdas vocales, bramó.

—¡Queda usted suspendido! ¿Se entera bien? Queda relevado de empleo y está despedido, ¿me oye?

La sonrisa en el rostro del otro se ensanchó.

—Vamos, vamos ¿para qué seguir discutiendo más? No le sirve de nada. Yo soy el que tiene los triunfos. Sé que ha dimitido. Herbie me lo dijo, y lo consiguió directamente de usted mismo.

Lanning se esforzó en hablar calmosamente. Tenía aspecto de hombre viejo, muy viejo, con ojos fatigados escudriñando desde un semblante en el cual el rojo había desaparecido, cediendo el paso al amarillento pastoso de la edad.

—Quiero hablar con Herbie. No puede haberle dicho nada semejante.

Usted está jugando a fondo, Bogert, pero voy a aceptar su farol. Venga conmigo. —Bogert se encogió de hombros.

—¿A ver a Herbie? ¡Magnífico! ¡Vamos allá!

Fue también precisamente al mediodía cuando Milton Ashe alzó fa vista de su torpe croquis y dijo:

—¿Capta la idea? Soy algo chapucero como dibujante, pero este es aproximadamente su aspecto. Es una delicia de casa y la puedo obtener por casi nada.

Susan Calvin le miró con ojos derretidos en ternura.

—Es realmente preciosa —suspiró

ella—. Frecuentemente he pensado que me gustaría... —y su voz fue apagándose.

—Naturalmente —prosiguió Ashe vivazmente— tendré que esperar mis vacaciones. Faltan solamente dos semanas, pero el caso Herbie tiene a todo el mundo en el aire. Además — y sus ojos bajaron hacia sus uñas— hay otro detalle... pero es un secreto.

—Entonces no me lo diga.

—Oh, ya puesto a hablar, estoy reventando por decírselo a alguien, y usted es precisamente la mejor eso es..., la mejor confidente que podría hallar por aquí.

El corazón de Susan Calvin brincó, pero no confió en sí misma lo bastante como para hablar.

—Francamente —y Ashe avanzó un poco más su silla y bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial— la casa no va a ser solamente para mí. ¡Voy a casarme!

Y entonces saltó fuera de la silla.

—¿Qué pasa?

—¡Nada!

La horrible sensación de vértigo había desaparecido, pero era difícil pronunciar palabras.

—¿Casarse? ¿Quiere decir qué...?

—¡Pues, claro! Ya era hora, ¿no?

Usted recordará aquella chica que estuvo aquí el pasado verano. ¡Es ella! Pero usted «está» enferma. Usted...

—¡Jaqueca!

Susan Calvin le apartó con débiles ademanes.

—He estado... He estado padeciéndolas últimamente. Quiero... quiero darle la enhorabuena, naturalmente. Estoy muy contenta.

El carmín inexpertamente aplicado formaba un par de sucias manchas rojas en su rostro blanco como la cal. Todo volvía de nuevo a girar.

—Perdóneme..., por favor.

Las palabras fueron un murmullo

mientras ella parecía caminar torpemente a ciegas, abandonando la sala. Todo había sucedido con la súbita malignidad de una pesadilla, y con todo el horror irreal de una alucinación.

Pero, ¿cómo podía él casarse con otra? Herbie había dicho.

¡Y Herbie lo sabía! ¡Podía leer en las mentes!

Se encontró ella misma reclinada sin aliento, jadeante, contra la jamba de la puerta, mirando fijamente el rostro metálico de Herbie. Tuvo que haber ascendido los dos tramos de escaleras, pero no lo recordaba. La distancia fue recorrida en un instante, como en un

sueño.

¡Cómo en un sueño!

Y los ojos de Herbie, privados de pestañeo, se hincaban en los suyos, y su denso rojo parecía agrandarse en oscuros y relucientes globos de pesadilla.

Él estaba hablando, y ella sintió el frío cristal presionando contra sus labios. Deglutió. Y los estremecimientos la fueron dando cierta consciencia de lo que la rodeaba.

Todavía Herbie seguía hablando, y había agitación en su voz, como si estuviese condolido, asustado y suplicante.

Las palabras empezaban a adquirir sentido:

—Esto es un sueño —estaba diciendo él—, y no debes creer en los sueños. Pronto despertarás dentro del mundo real y te reirás de ti misma. El te ama, te lo repito. ¡De verdad, de verdad Pero ¡no aquí! ¡No ahora! Esto es una ilusión.

Susan Calvin asintió, silabeando susurrante:

—Sí. Sí.

Agarraba el brazo de Herbie, asiéndose con fuerza, repitiendo una y otra vez:

—No es verdad, dime que no es

verdad. No es verdad, dime que no es verdad.

Cómo logró recobrar sus sentidos, nunca lo supo, pero era como pasar de un mundo de brumosa irrealidad a una de cruda luz solar. Ella le empujó apartándolo, desprendiéndose con dificultad de aquel brazo acerado, y sus ojos estaban casi desorbitados.

—Pero ¿qué estás intentando hacer? —y su voz se elevó casi hasta el ronco grito—: ¿Qué estás intentando hacer?

Herbie retrocedió.

—Quiero ayudar.

La sicóloga fue dominándose. Miraba fijamente al robot.

—¿Ayudar? ¿Diciéndome que ésto es un sueño? ¿Intentando impulsarme hacia la esquizofrenia?

Una tensión histérica fue aprisionándola.

—¡Esto no era un sueño! ¡Ojalá lo fuera!

Hubo resuello en la respiración de la mujer cuando exclamó:

—¡Aguarda, aguarda un momento! ¿Por qué... por qué...? Ya comprendo. ¡Misericordia Divina! es tan evidente...

Había horror en la voz del robot.

—¡Tuve que hacerlo!

—¡Y yo te creí! Nunca pensé siquiera...

Unas voces ruidosas acercándose a la puerta la hicieron callarse. Dio media vuelta, crispando los puños espasmódicamente, y cuando Lanning y Bogert entraron, ella estaba ante la ventana más alejada. Ninguno de los dos hombres le prestó a ella la menor atención.

Lanning colérico e impaciente, Bogert, fríamente sardónico. El director habló el primero.

—Vamos a ver, Herbie. ¡Escúchame!

El robot llevó rápidamente sus ojos hacia abajo, hacia el envejecido director.

—Sí, doctor Lanning.

—¿Has hablado de mí con el doctor Bogert?

—No, señor.

La respuesta brotó lentamente, y la sonrisa en el rostro de Bogert se borró al instante.

—¿Como es eso? —y Bogert pasó delante de su superior para colocarse pierniabierto ante el robot—. Repite lo que me dijiste ayer.

—Dije que...

Interrumpiéndose, Herbie guardó silencio. Muy al interior, su diafragma metálico vibraba en tenues discordancias.

—¿No dijiste que él había dimitido? —rugió Bogert—. ¡Contéstame!

Bogert levantó el brazo frenéticamente, pero Lanning le empujó a un lado.

—¿Trata usted de avasallarle para que mienta?

—Ya le oyó, Lanning. Él empezó diciendo 'Sí' y se detuvo. ¡Apártese! ¡Quiero sacarle la verdad! ¿estamos?

—¡Yo le preguntaré!

Y Lanning se volvió hacia el robot.

—Vamos a ver, Herbie, tómalo con calma. ¿He dimitido yo?

Herbie miraba fijamente, y Lanning repitió ansiosamente:

—¿He dimitido yo?

Hubo un indicio muy tenue de una sacudida negativa de la cabeza del robot.

Los dos hombres intercambiaron miradas y la hostilidad en sus ojos era casi tangible.

—¿Qué demonios ocurre? —masculló Bogert—. ¿Se ha vuelto mudo el robot? ¿Es qué no puedes hablar, monstruosidad?

—Puedo hablar —fue la rápida réplica.

—Entonces contesta la pregunta. ¿No es cierto que me dijiste que Lanning había dimitido? ¿No ha presentado su

dimisión?

Y de nuevo no hubo sino un silencio embotado, mustio, hasta que al fondo del cuarto, la risa de Susan Calvin restalló súbitamente, en agudo trémolo y semihistérica.

Los dos matemáticos respingaron en sobresalto, y los ojos de Bogert se achicaron.

—Estaba usted aquí? ¿Qué es lo gracioso?

—Nada es gracioso. —Su voz no era del todo natural—. Ocurre simplemente que no soy yo la única que ha sido atrapada. Es irónico que tres de los mejores expertos en rebotica del

mundo caigan en la misma trampa elemental ¿No es cierto que es irónico?

Su voz se truncó y llevándose una mano lívida a la frente, agregó:

—Pero, ¡no es divertido ni gracioso!

Esta vez la mirada que intercambiaron los dos hombres era de asombro y de cejas arqueadas.

—¿De qué trampa está usted hablando? —preguntó Lanning envarado —. ¿Hay algo que ande mal en Herbie?

Ella se fue acercando lentamente.

—No, no hay nada que funcione mal en él, sino en nosotros.

Giró sobre sí misma rápidamente y

le chilló al robot:

—¡Apártate de mí! Vete al otro lado de la sala y que no te vea.

Herbie retrocedió ante la furia de los ojos femeninos y tambaleándose se alejó en trote martilleante.

El tono de Lanning expresaba hostilidad:

—¿A qué viene todo esto, doctora Calvin?

Les hizo frente y habló sarcásticamente:

—Conocen seguramente la Primera Ley fundamental de Robótica.

Los otros dos asintieron a la vez. Habló Bogert con irritación:

—Desde luego que sí. Un robot no debe lesionar a un ser humano, ni mediante la inacción, llegar a producirle daño.

—Qué bien expresado queda —dijo Calvin con mueca de escarnio—. Pero, ¿qué clase de daño?

—Pues, de cualquier clase.

—¡Exactamente! ¡De cualquier clase! Pero ¿y qué pasa con los sentimientos heridos? ¿Qué me dicen del hundimiento del propio ego? ¿Qué opinan acerca de la voladura de las propias esperanzas? Todo eso, ¿son lesiones?

Lanning frunció el ceño.

—¿Qué podría saber un robot acerca de...?

Y se atajó boquiabierto.

—Ya se dio cuenta... ¿no es cierto? «Este» robot lee las mentes. ¿Acaso supone que él no sabe todo lo referente a las lesiones mentales? ¿Puede imaginarse que si le hacen una pregunta nos contestará exactamente lo que uno quiere oír? ¿No nos heriría cualquier otra respuesta, y acaso Herbie no lo sabe?

—¡Cáspita! —murmuró Bogert.

La sicóloga le lanzó una mirada sardónica.

—Doy por hecho que usted le

preguntó si Lanning había dimitido. Usted quería oír que él había dimitido y por consiguiente esto es lo que Herbie le dijo.

—Y supongo que es por esta razón —dijo Lanning sin inflexión en la voz—, que no quiso contestar hace unos momentos. No podía contestar de ningún modo sin herir a uno de nosotros.

Hubo una breve pausa durante la cual los dos hombres miraron pensativamente al robot, acuclillado en la silla junto a la estantería de libros.

Susan Calvin miraba estólidamente al suelo.

—Él sabía todo eso. Este... este

demonio lo sabe todo, incluyendo lo que falló en su ensamblaje.

Lanning alzó la cabeza.

—En este punto se equivoca, doctora Calvin. Él no sabe lo que salió anormal en su confección. Se lo pregunté.

—¿Y esto que puede significar? —gritó Calvin—. Tan sólo que usted no quería que él le diese la solución. Hubiese pinchado su ego ver que una máquina hacía lo que usted no podía hacer. ¿Le preguntó también lo mismo? —le espetó ella a Bogert.

—En cierto modo —y Bogert tosió enrojeciendo—. Me dijo que no

entendía mucho de matemáticas.

Lanning rió, no muy ruidosamente, y la sicóloga sonrió cáusticamente. Dijo ella:

—¡Se lo preguntaré! La solución que me dé, no herirá mi ego.

Elevó la voz en tonalidades frías, imperiosas.

—¡Ven aquí!

Herbie se puso en pie y se aproximó con pasos titubeantes.

—Doy por supuesto —prosiguió ella — que tú sabes exactamente en qué punto del ensamblaje se introdujo un factor extrínseco, o quedó olvidado uno esencial.

—Sí, lo sé —dijo Herbie, con tonalidad apenas audible.

—¡Alto ahí! —intervino Bogert coléricamente—. Esto no significa que será forzosamente la verdad. Usted quiere oírla, eso es todo.

—No sea tonto —replicó Calvin—. Indiscutiblemente él sabe tanta matemática como usted y Lanning juntos, puesto que puede leer los pensamientos. Dele su oportunidad.

Predominó el matemático y Calvin continuó:

—Muy bien, Herbie, ¡anda, habla! Estamos esperando.

Y en voz más baja agregó:

—Preparen sus lápices y papel, caballeros.

Pero Herbie permaneció silencioso y hubo matices triunfales en el tono de la sicóloga:

—¿Por qué no contestas, Herbie?

El robot replicó abruptamente:

—No puedo. ¡Usted sabe qué no puedo! Los doctores Lanning y Bogert no quieren que yo lo haga.

—Ellos quieren la solución.

—Pero no procedente de mí.

Lanning intervino, hablando lenta y distintamente:

—No seas bobo, Herbie. De veras queremos que nos lo digas.

Bogert asintió secamente.

La voz de Herbie alcanzó estridencias salvajes:

—¿De qué servirá que lo diga yo? ¿Es que no comprenden que puedo ver más allá de la piel superficial de su mente? Muy en lo hondo, no quieren que lo haga. Soy una máquina, a la que han dado una imitación de vida solamente en virtud de la acción recíproca positrónica en mi cerebro, que es un invento del hombre. No pueden desprestigiarse ante mí sin quedar heridos. Esto se halla en lo hondo de sus mentes y no será borrado. No puedo dar la solución.

—Nos iremos —dijo Lanning—.

Díselo a Calvin.

—No representaría diferencia alguna —gritó Herbie— puesto que sabrían de todos modos que fui yo el que facilitó la respuesta.

Resumió Calvin:

—Pero tú comprendes perfectamente, Herbie, que pese a eso, los doctores Lanning y Bogert quieren la solución.

—¡Por sus propios esfuerzos! —insistió Herbie.

—Pero la quieren, y el hecho de que tú la posees y no quieres darla, les hiere, les hace daño. Te das cuenta ¿no es así?

—¡Sí! ¡Sí!

—Y si les das la solución también les herirás.

—¡Sí! ¡Sí!

Herbie iba retrocediendo lentamente, y paso a paso iba avanzando Susan. Los dos hombres observaban la escena con perplejidad.

—No puedes decírselo a ellos —zumbaba monótona la sicóloga— porque esto les ofendería y tú no debes herir. Pero si no lo dices, hieres, o sea que debes decírselo. Y si lo haces, les herirás y no debes, o sea que no puedes decirles; pero si no lo haces, les hieres, o sea que debes; pero si lo haces,

causarás daño, o sea que no debes; pero si no lo haces, hieres, o sea que debes; pero si lo haces, tú...

Herbie estaba acorralado contra la pared, y entonces cayó de rodillas.

—¡No sigas! —chilló—. ¡Cierra tu mente! ¡Está llena de sufrimiento, frustración y odio! ¡Yo no quise herirte, ya te lo he dicho! ¡Intenté ayudarte! ¡Te dije lo que querías oír! ¡Tenía que hacerlo!

La sicóloga no prestaba atención.

—Debes decírselo a ellos, pero si lo haces, causas daño, o sea que no debes; pero si no lo haces, hieres, o sea que debes; pero si...

Herbie chilló.

Era como el silbido de un flautín muchas veces amplificado, chillón y agudo en escala creciente hasta que se afiló con el terror de un alma perdida y llenó la sala como el penetrante taladro del último clamor del alma.

Y cuando se extinguió en la nada, Herbie se derrumbó en un confuso montón de metal inerte.

La faz de Bogert estaba exangüe.

—¡Ha muerto!

—¡No! —y Susan Calvin estalló en rachas de carcajadas salvajes que le sacudían todo el cuerpo— no está muerto, sino demente. Le confronté con

e! dilema sin solución, y se descompuso. Ya pueden tirarlo a la basura ahora, porque nunca volverá a hablar.

Lanning estaba arrodillado junto a la cosa que había sido Herbie. Sus dedos tobaron el frío metal del rostro insensible y se estremeció.

—Lo hizo usted a propósito.

Se incorporó enfrentándose a ella, crispado el rostro.

—¿Y qué si fue así? Ahora ya no lo puede evitar —y con súbito acceso de amargura añadió ella—: Se lo merecía.

El director asió al paralizado e inmóvil Bogert.

—Qué importa ya. Vámonos, Peter.

Un robot pensante de este tipo carece de valor, de todos modos.

Sus ojos contenían mucha vejez y fatiga. Repitió:

—¡Vámonos, Peter!

Minutos después que los dos científicos se hubieron ido, la doctora Susan Calvin recobró parte de su equilibrio mental. Lentamente, sus ojos giraron hacia el viviente-muerto Herbie y la tensión regresó a su semblante. Largo tiempo le contempló con fijeza, mientras la sensación de triunfo se desvanecía y la irremediable frustración regresaba, y de todos sus turbulentos pensamientos sólo una palabra

infinitamente amarga afloró a sus labios.

—«¡Embustero!»

Satisfacción garantizada

Tony era alto y de una belleza sombría, con un increíble aire patricio dibujado en cada línea de su inmutable expresión. Claire Belmont le miró a través del resquicio de la puerta, con una mezcla de horror y desaliento.

—No puedo, Larry. No puedo tenerlo en casa...

Buscaba febril en su paralizada mente una manera más enérgica de expresarlo, algo que tuviera sentido y zanjara la cuestión, pero acabó por reducirse a una simple repetición.

—¡De verdad, no puedo!

Larry Belmont contempló con severidad a su mujer y en sus ojos asomó aquel destello de impaciencia que Claire odiaba ver, puesto que le daba la impresión de reflejar su propia incompetencia.

—Nos hemos comprometido, Claire. No puedo desdecirme ahora. La compañía me envía a Washington con esa condición, lo cual con toda seguridad significa un ascenso. No presenta ningún peligro y tú lo sabes. ¿Qué tienes pues que objetar?

Ella frunció el entrecejo, desvalida.

—Me da escalofríos: No puedo soportarlo.

—Es tan humano como tú o como yo. Bueno..., casi. Así que nada de tonterías. ¡Vamos, apártate!

Apoyó su mano en el talle de ella, empujándola, y Claire se encontró temblando en su propio cuarto de estar, donde se encontraba aquello, mirándola con precisa cortesía, como evaluando a la que había de ser su anfitriona durante las próximas tres semanas. La doctora Susan Calvin se hallaba también presente, envaradamente sentada, con los labios apretados como síntoma de abstracción. Presentaba el aspecto frío y distante de alguien que ha trabajado durante tanto tiempo con máquinas que

un poco de acero ha penetrado en su sangre.

—Hola —castañeteó Claire, como un saludo ineficaz y general.

Gracias a que Larry salvó la situación, exhibiendo una falsa alegría:

—Mira, Claire, deseo que conozcas a Tony, un tipo magnífico. Ésta es mi mujer, Tony, chico.

La mano de Larry se posó amistosa sobre el hombro de Tony, mas éste permaneció inexpresivo, sin responder a la presión, limitándose a decir:

—¿Cómo está usted, señora Belmont?

Claire dio un respingo al oír la voz

de Tony, profunda y pastosa, suave como el pelo de su cabeza o la piel de su rostro.

Sin poder contenerse, exclamó:

—¡Ah...! ¡Habla usted!

—¿Y por qué no? ¿Acaso esperaba que no lo hiciera?

Claire sólo consiguió esbozar una débil sonrisa. No sabía bien lo que había esperado. Miró hacia otro lado, lanzándole una ojeada con el rabillo del ojo. Tenía el pelo suave y negro, como pulido plástico... ¿O se componía en realidad de cabellos separados? Y la piel lisa y olivácea de sus manos y cara, ¿era una continuación de su oscuro y

bien cortado traje?

Se hallaba paralizada por un estremecido asombro. Tuvo que hacer un esfuerzo para poner en orden sus pensamientos, a fin de prestar atención a la voz sin inflexiones ni emoción de la doctora Calvin, que decía:

—Señora Belmont, espero que sabrá apreciar la importancia de este experimento. Su esposo me ha dicho que la ha puesto ya en algunos de los antecedentes. Por mi parte, desearía añadir algunos más, como psicólogo jefe de la US Robots and Mechanical Men Corporation. Tony es un robot. Su designación en los ficheros de la

compañía es TN-3, pero responde al nombre de Tony. No se trata de un monstruo mecánico, ni simplemente de una máquina calculadora del tipo de las desarrolladas durante la segunda guerra mundial, hace cincuenta años. Posee un cerebro artificial casi tan complicado como el nuestro. Como un inmenso cuadro de distribución telefónica reducido a escala atómica, con billones de posibles «enlaces telefónicos» comprimidos en un instrumento encajado en el interior de su cráneo. Tales cerebros se fabrican específicamente para cada modelo de robot, y contienen una serie calculada de conexiones, de

forma que, para empezar, cada uno de ellos conoce el idioma inglés, y lo suficiente de cualquier otra cosa que se considere necesaria para cumplir su tarea. Hasta ahora, la US Robots había limitado su manufactura a los modelos industriales para su empleo en lugares donde resulta impracticable el trabajo humano..., en minas profundas, por ejemplo, o en la labor subacuática. Pero ahora deseamos extendernos a la ciudad y el hogar. Y para ello, hemos de conseguir que el hombre y la mujer corrientes se muestren dispuestos a aceptar sin temor estos robots. Como comprenderá, no hay nada que temer.

—No lo hay, Claire —intervino muy serio Larry—. Te doy mi palabra. Le es imposible causar daño alguno. Ya sabes que si no fuese así no te dejaría con él.

Claire lanzó una ojeada rápida y disimulada a Tony y habló en voz muy baja:

—¿Y qué pasaría si se enfadara conmigo?

—No necesita cuchichear —respondió la doctora Claire con voz sosegada—. Él no puede enojarse con usted, amiga mía. Ya le he dicho que el cuadro de conexiones de su cerebro está predeterminado. Y la primera conexión, la más importante de todas, es la que

denominamos «La primera ley de la robótica» y que se reduce a esto: «Un robot no dañará en ningún caso a un ser humano, ni, por inacción, permitirá que un ser humano reciba daño alguno». Todos los robots están construidos según esta norma. Ninguno puede ser obligado a causar daño a un ser humano. Así pues, ya ve que necesitamos que usted y Tony lleven a cabo un experimento preliminar para nuestra propia información, mientras su esposo se desplaza a Washington para las pruebas legales supervisadas por el gobierno.

—¿Quiere decir que esto no es legal?

Larry carraspeó e intervino de nuevo:

—No todavía, pero todo está en orden. Él no abandonará la casa, y tú no permitirás que nadie lo vea. Eso es todo. Me quedaría contigo, Claire, pero sé demasiado sobre los robots. Precisamos que lo compruebe una persona experimentada, a fin de que las condiciones sean lo más severas posible. Es necesario.

—Bueno, está bien —murmuró Claire. Y luego, como si le asaltara una idea, preguntó—: ¿Pero qué hace él?

—Labores caseras —respondió escuetamente la doctora Calvin.

Y acto seguido, se levantó para marcharse. Fue Larry quien la acompañó a la puerta, mientras que Claire se quedaba detrás, llena de melancolía. Lanzó una mirada al espejo colocado sobre la repisa de la chimenea y la apartó presurosa. Estaba más que harta de su carita ratonil y de su cabello sin brillo, peinado en una forma carente de imaginación. Luego observó que los ojos de Tony se hallaban posados en ella. Casi sonrió, antes de recordar...

Se trataba tan sólo de una máquina.

Larry Belmont iba camino del aeropuerto cuando reparó en Gladys

Claffern. Le lanzó una ojeada. Era el tipo de mujer que parecía hecha para ser vista en ojeadas... Perfectamente hecha, vestida con mano y ojo exquisitos, demasiado rutilante para mirarla con fijeza.

La tenue sonrisa que la precedía y el sutil aroma que la seguía eran como un par de dedos que le dirigieran señas invitadoras. Larry se dio cuenta de que había interrumpido sus zancadas y, tocándose ligeramente el ala del sombrero, apresuré el paso.

Sentía el mismo vago enojo de siempre. ¡Cuánto le ayudaría el que Claire se decidiese a meterse en la

pandilla de Claffern...! ¡Bah! ¿De qué serviría, de todos modos?

¡Claire! Las pocas veces que se había visto cara a cara con Gladys, aquella pequeña tonta había permanecido con la lengua atada. No se hacía ilusiones. La prueba de Tony constituía su gran oportunidad, pero todo dependía de Claire. ¡Cuánta mayor seguridad sentiría de encontrarse en manos de alguien como Gladys Claffern!

La segunda mañana, Claire despertó al oír un suave golpe con los nudillos en la puerta del dormitorio. Su mente lanzó un silencioso quejido y luego se quedó

helada. Había evitado a Tony el primer día, sonriendo con vaguedad cuando lo veía fregoteando o manejando la escoba.

—¿Es usted..., Tony?

—Sí, señora Belmont. ¿Puedo entrar?

Sin duda respondió que sí, puesto que él apareció en la habitación, de manera repentina y silenciosa. Los ojos y la nariz de ella se percataron simultáneamente de la bandeja que Tony portaba.

—¿El desayuno? —preguntó.

—Si gusta...

No se atrevió a rehusar, al parecer. Se encontró incorporándose poco a poco

hasta adoptar una cómoda postura y recibiendo. la bandeja, que contenía huevos escalfados, tostadas con mantequilla y café.

—He traído por separado el azúcar y la nata —explicó Tony—. Aprenderé sus gustos con el tiempo, tanto en esto como en otras cosas.

Ella esperó. Tony, en pie, erguido y flexible a la vez como una regla metálica, preguntó tras un instante:

—¿Prefiere comer en privado?

—Sí... Quiero decir, si no le importa.

—¿Precisará después ayuda para vestirse?

—¡Dios mío, no!

Su mano se asió frenéticamente a la bandeja, de manera que el café estuvo al borde de la catástrofe. Permaneció así, rígida. Cuando se cerró la puerta y Tony desapareció de su vista, se echó atrás con desesperanza contra la almohada.

De todos modos, logró pasar el desayuno. No era más que una máquina y a no ser por su aspecto llamativo, no se asustaría de tal modo. Si por lo menos cambiara de expresión... No había manera de saber lo que había tras aquellos ojos pardos y aquella especie de piel olivácea. La taza de café tintineó por un momento, vacía ya, sobre la

bandeja.

Y de pronto, se dio cuenta de que se había olvidado de echarle nata y azúcar al café, tal como acostumbraba, pues lo aborrecía solo.

Después de vestirse, se encaminó con paso decidido desde el dormitorio a la cocina. Después de todo, aquélla era su casa. No es que fuese muy remilgada, pero le gustaba la cocina bien limpia. Tony debió de haber esperado sus órdenes...

Pero, al entrar, halló una cocina que bien podía haber salido momentos antes de la fábrica, en todo su reluciente

esplendor.

Se detuvo, la contempló, volvió sobre sus pasos y casi tropezó con Tony. Lanzó una especie de gruñido.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Tony —dijo, apelando a todo su enojo para rechazar el pánico—, quisiera que hiciese algún ruido al andar. No me gusta que se acerque furtivamente... ¿No utilizó usted la cocina?

—Sí que la utilicé, señora Belmont.

—No lo parece.

—La limpié después. ¿No es ésa la costumbre?

Claire abrió mucho los ojos. ¿Qué

podía objetarse a eso? Revisó el departamento del horno donde guardaba las cacerolas y, percibiendo un insólito fulgor metálico en su interior, asintió temblorosa:

—Muy bien. Perfecto.

Si en aquel momento él hubiera mostrado su satisfacción, si hubiese sonreído, sólo con que hubiera plegado la comisura de la boca, cualquiera de esas manifestaciones la habrían acercado a él. Pero Tony permaneció tan imperturbable como un lord inglés en reposo al responder:

—Gracias, señora Belmont. ¿Desea usted pasar a la sala de estar?

Así lo hizo, y al punto notó como una conmoción.

—Veo que ha estado dando brillo a los muebles.

—¿Ha quedado a su gusto, señora Belmont?

—¿Pero cuándo lo hizo? Ayer no, seguro.

—La noche pasada, desde luego.

—¿Así que tuvo encendidas las luces toda la noche?

—No, no... No las necesito. Dispongo de un foco de rayos ultravioleta. Puedo ver en el ultravioleta. Y desde luego, no necesito dormir.

No cabía duda de que resultaba admirable, pensó. Y también había de reconocer que empezaba a agradarle. Sin embargo, no se decidía a confesarse que él le proporcionaba placer. Sólo acerté a decir acerbamente:

—Su especie dejará sin empleo al habitual servicio doméstico.

—Hay trabajos de mucha mayor importancia a los que dedicarse en el mundo, una vez liberados de tan pesadas tareas. Después de todo, señora Belmont, las cosas como yo se fabrican. Pero nada es capaz de imitar la creatividad y la versatilidad de un cerebro humano como el suyo.

Y aunque su rostro no lo expresara en lo más mínimo, el tono de su voz tenía tal grave acento de temor y admiración que logré que Claire se sonrojase y murmurase:

—¡Mi cerebro! Se lo regalo.

Tony se aproximó un poco a ella.

—Debe de sentirse muy desgraciada para decir tal cosa. ¿Puedo hacer algo para remediarlo?

Por un instante, Claire creyó que iba a echarse a reír. La situación era tan ridícula... Allí estaba aquel sacudidor de alfombras, fregona, vajillas, lustrador de muebles y factótum general animado, surgiendo del catálogo de la fábrica... y

ofreciendo sus servicios como consolador y confidente. Sin embargo, dijo con una explosión de súbito pesar:

—¿Sabe? El señor Belmont no cree que yo tenga un cerebro... Y supongo que en efecto no lo tengo.

No debió de haberlo proclamado ante él. Por una razón desconocida, se sentía depositaria del honor de la raza humana ante aquella simple creación suya.

—Es cosa reciente —añadió—. Todo iba bien entre nosotros cuando él no era más que un estudiante, cuando empezaba. Pero no sirvo como esposa de un gran hombre, y él está a punto de

convertirse en un gran hombre. Le gustaría que fuese una excelente anfitriona y que me dedicara a la vida social..., como esa Gle..., Ga..., Gladys Claffern.

Tenía la nariz enrojecida. Apartó la vista. Pero Tony no la miraba. Sus ojos recorrían la habitación.

—Puedo ayudarla a llevar la casa.

—No serviría de nada —respondió ella con vehemencia—. Necesita un toque que soy incapaz de darle. Sólo sé hacerla confortable... Ni siquiera convertirla en algo semejante a las que aparecen en las fotografías de las revistas de decoración.

—¿Desea algo por el estilo?

—¿Sirve de algo desearlo?

Los ojos de Tony se fijaron en ella.

—Puedo ayudar.

—¿Posee conocimientos sobre la decoración de interiores?

—¿Toda buena ama de casa debe poseerlos?

—En efecto.

—Entonces dispongo de las capacidades necesarias para aprender. ¿Por qué no me proporciona libros sobre la cuestión?

Y aquello fue el principio de algo.

Claire, sujetándose el sombrero

contra las alborotadas libertades del viento, se trajo a casa dos gruesos volúmenes sobre artes del hogar que pidió prestados en la biblioteca pública. Observó cómo Tony abría uno de ellos y lo hojeaba. Era la primera vez que veía el revoloteo de sus dedos entregados a una labor delicada.

«No sé cómo lo hacen», pensó. Y en un súbito impulso, le cogió una mano y la atrajo hacia sí. Tony no resistió, dejándola flojamente sometida a la inspección.

—¡Qué formidable! —comentó ella —. Hasta sus uñas parecen naturales.

—Un efecto buscado —explicó

Tony. Y añadió locuaz—: La piel es de plástico flexible, y el esqueleto de una aleación metálica. ¿Le divierte eso?

—No, no... —Su rostro enrojeció—. No deseo en modo alguno hurgar en sus interioridades. No es cuestión que me afecte. Tampoco ha de preguntarme usted por las mías.

—La programación de mi cerebro no incluye tal tipo de curiosidad. He de someterme a mis propias limitaciones, ¿sabe?

En el silencio que siguió, Claire sintió que algo la oprimía en su interior. ¿Por qué olvidaba siempre que se enfrentaba a una máquina? El propio

objeto había de recordárselo. ¿Experimentaba un anhelo tan grande de simpatía que incluso aceptaría como su igual a un robot, sólo por el hecho de que la compadecía?

Observó que Tony continuaba pasando las páginas -casi como si no pudiese evitarlo- y experimentó una sensación rápida y punzante de aliviada superioridad.

—Así que sabe leer, ¿no? —preguntó.

Tony alzó la vista a ella, respondiendo con su voz tranquila e irreprochable:

—Estoy leyendo, señora Belmont.

—Pero...

Señaló el libro con gesto ambiguo.

—Paso los ojos por las páginas, si es eso a lo que se refiere. Mi sentido de la lectura es fotográfico.

Oscurecía ya cuando Claire fue a acostarse. Tony seguía enfrascado en el segundo volumen, sentado en la oscuridad o al menos en lo que la limitada visión de Claire consideraba como tal.

Un último y singular pensamiento relampagueó en su cerebro antes de dejarse vencer por el sueño. Recordó la mano del robot, una mano cálida y suave, como la de un ser humano.

«¡Qué habilidad la de esos fabricantes!», pensó. Y se durmió sosegadamente.

La biblioteca ocupó todo su tiempo durante varios días. Tony sugería los campos de estudio, que empalmaba y ramificaba con gran velocidad. Pidió libros sobre combinación de colores y sobre cosmética, sobre ebanistería y modas, sobre arte e historia del vestido.

Volvía las páginas de cada libro ante sus solemnes ojos, leyéndolas tan pronto como las volvía, sin olvidar nada, al parecer, de su contenido.

Antes de finalizar la semana, insistió

en que se cortara el pelo, ideando para ella un nuevo peinado, decidiendo una ligera modificación de la línea de sus cejas y cambiando el tono de sus polvos y lápiz de labios.

Claire había palpitado con nervioso temor, por espacio de media hora, bajo el delicado toque de los inhumanos dedos de él. Al finalizar, se contempló en el espejo.

—Aún puede mejorarse —dijo Tony —, sobre todo en lo que respecta a la ropa. ¿Qué le parece, de momento?

No respondió en seguida. Necesitó algún tiempo para absorber la identidad de la desconocida reflejada en el espejo

y atenuar el asombro ante su belleza. Luego, sin apartar la vista de la reconfortante imagen, dijo de manera incongruente:

—Sí, Tony, está muy bien..., de momento.

En sus cartas, no le comunicó nada de esto a Larry. Que lo descubriera de sopetón. Y algo en ella le hacía sospechar que no sólo disfrutaría de su sorpresa. Sería asimismo una especie de venganza.

Tony dijo cierta mañana:

—Ya va siendo hora de empezar a hacer compras, y a mí no me está

permitido abandonar la casa. Si le escribo exactamente lo que precisamos, ¿puedo confiar en que lo adquiera? Necesitamos cortinas y mobiliario, papel para las paredes, alfombras, pintura, ropa... y otras pequeñas cosas.

—No resulta fácil obtener todo eso de golpe, ajustándose a todos los detalles —objetó Claire, con aire de duda.

—Siempre que no haya problemas de dinero, lo encontrará casi todo en la ciudad.

—¡Pero Tony, desde luego que el dinero supone un problema!

—En absoluto. Vaya primero a la US

Robots, con una nota que le daré. Entrevístese con la doctora Calvin y dígale de mi parte que esto forma parte del experimento.

En esta ocasión, la doctora Calvin no la atemorizó tanto como la primera tarde en que la conoció. Con su nuevo rostro y su sombrero también nuevo, no se parecía ya a la antigua Claire. Escuchó con atención a la psicóloga, formulé unas cuantas preguntas, asintió.., y se encontró en camino, armada de un crédito ilimitado contra la cuenta de US Robots and Mechanical Men Corporation.

Es maravilloso el poder del dinero. Con todas las existencias de un almacén a tus pies, el dictado de una vendedora no significa forzosamente una voz bajada del cielo, ni la ceja alzada de un decorador reviste la majestad del rayo de Júpiter.

En cierto momento, el excelso modisto de una de las más señoriales casas de modas se mofó con insistencia de su descripción del guardarropa que deseaba, haciéndolo con la más correcta pronunciación y el más puro acento francés de la calle Cincuenta y Siete. Claire llamó a Tony y luego le pasó el teléfono a Monsieur.

—Si no tiene inconveniente —le dijo con voz firme, aunque retorciéndose un poco las manos—, me agradaría que hablase con..., con mi secretario.

El pomposo gordinflón se acercó al teléfono con un brazo solemnemente doblado a la espalda. Alzó el receptor con dos dedos y dijo en tono delicado:

Una breve pausa, un segundo «sí», luego una pausa mucho mayor, un tímido comienzo de una objeción que murió en ciernes, otra pausa, otro humilde «sí», y el teléfono volvió a su lugar.

—Si Madame quiere acompañarme —invitó, dolido y distante—, intentaré

cumplir sus deseos.

—Un segundo, por favor.

Claire corrió de nuevo al teléfono y marcó de nuevo el número de su casa.

—Tony, no sé lo que le diría, pero sirvió. Gracias. Es usted un... —Titubeó, buscando la palabra adecuada, pero desistió y terminó con un leve gallo—: ¡Un amor!

Al volver del teléfono, se encontró con que Gladys Claffern la estaba mirando, con el rostro un tanto vuelto a un lado y aire entre divertido y asombrado.

—¿Señora Belmont?

Claire sintió que se le helaba la

sangre, ni más ni menos. Al fin, asintió. Estúpidamente, como una marioneta.

Gladys sonrió, con una imperdonable insolencia.

—No sabía que comprase usted aquí... —dijo, con un tonillo que daba a entender que por ese simple hecho, aquel establecimiento había perdido ya toda categoría.

—Por lo general, no lo hago —confesó Claire con humildad.

—¿Y qué se ha hecho en el pelo? Le ha quedado muy curioso... ¡Ah! Dispense. Tenía entendido que el nombre de su esposo era Lawrence. Sí, en efecto, me parece que es Lawrence...

Claire apretó los dientes, pero no le quedé más remedio que explicar:

—Tony es un amigo de mi marido. Me está ayudando a elegir algunas cosas.

—Comprendo. En efecto, debe de ser un amor.

Y sin añadir una palabra más, se marchó sonriente, llevándose consigo la luz y el calor del mundo.

Claire no puso en duda el hecho de que era en Tony en quien buscaría consuelo. Diez días la habían curado de su aversión. Ahora lloraba ante él sin problemas. Lloraba y rabiaba.

—Me porté como una completa estúpida —estalló, retorciendo su pañuelo mojado—. ¡Hacerme eso a mí! No sé por qué, pero lo hizo. Debiera haberle... dado un puntapié. Debiera haberla tirado al suelo y pisoteado.

—¿Cómo odiar tanto a un ser humano? —preguntó Tony con perpleja suavidad—. Esa parte de la mente humana supone un misterio para mí.

—Bueno... No es a ella a quien odio —gimió Claire—. Creo que me odio a mí misma. Ella es todo lo que yo desearía ser... Por lo menos exteriormente. Pero no está a mi alcance.

La voz de Tony sonó fuerte y queda a la par en sus oídos:

—Sí que lo está, señora Belmont. Sí que lo está. Disponemos aún de diez días, y durante ellos la casa habrá cambiado. ¿No lo hemos planeado así?

—¿Y de qué me sirve eso? Quiero decir, con respecto a ella...

—Invítela. Invite a sus amistades. Hágalo la noche anterior a... mi partida. Será en cierto modo una fiesta de inauguración.

—No aceptará.

—Sí que aceptará. Vendrá para reírse... Y no tendrá de qué.

—¿Lo cree usted de veras, Tony?

¿Piensa que lo lograremos? —Le tomó ambas manos entre las suyas. Pero en seguida volvió la cara—. No. ¿De qué serviría? No sería yo. Todo el mérito le corresponde a usted. No puedo adornarme con plumas ajenas.

—Nadie vive en un espléndido aislamiento —murmuró Tony—. Han puesto en mí ese conocimiento. Lo que usted y los demás ven en Gladys Claffern no es la verdadera Gladys Claffern. Se adorna con todas las plumas que proporciona el dinero y la posición social. Y no se preocupa por eso. ¿Por qué habría de preocuparse usted? Considérelo de ese modo, señora

Belmont. Me han fabricado para obedecer, pero soy yo mismo quien ha de determinar la extensión de mi obediencia. Puedo limitarme a cumplir las órdenes o interpretarlas de manera amplia. Con usted actúo de esta última forma, porque pertenece al tipo de ser humano para el cual he sido fabricado. Es usted amable, amistosa, modesta. En cambio la señora Claffern, tal como usted la describe, no lo es. No la obedecería de buen grado, como lo hago con usted. Por lo tanto, es usted, señora Belmont, y no yo, quien está haciendo todo esto.

Retiró sus manos de las de ella, y

Claire descubrió en aquel rostro inexpresivo, en el que nadie podía leer, una verdadera admiración... De pronto, se atemorizó de nuevo, pero esta vez de manera muy distinta.

Tragó nerviosamente saliva y contempló sus manos, que le hormigueaban aún por la presión de los dedos de él. No, no se lo había imaginado. Los dedos de Tony habían oprimido los de ella de manera afectuosa y tierna, un momento antes de retirarse.

¡No!

Los dedos de aquello... Los dedos de aquello...

Y corrió al cuarto de baño para lavarse las manos, frotándoselas una y otra vez, ciega e inútilmente.

Al día siguiente, se mostró un tanto tímida y cautelosa con él. Lo vigiló con atención, esperando lo que seguiría. Durante un rato, no ocurrió nada.

Tony estaba trabajando. Si la técnica del empapelado de las paredes o la utilización de la pintura de secado rápido presentaba alguna dificultad, Tony no lo demostraba. Sus manos se movían con precisión, y sus dedos eran hábiles y seguros.

Trabajaba también durante toda la

noche, aunque ella no lo oyese, y cada mañana suponía una nueva aventura. No alcanzaba a enumerar todo lo que había hecho. Al atardecer, seguía descubriendo aún nuevos detalles... Y así llegaba otra noche.

Sólo una vez intentó cooperar, fallando con humana torpeza. Él trabajaba en la habitación contigua, y ella colgaba un cuadro en el lugar marcado por los ojos matemáticos de Tony. Allí estaba la pequeña señal, y el cuadro también. Y asimismo había en ella una repentina revulsión contra la ociosidad.

Pero se sentía nerviosa, o bien la

escalera estaba desvencijada, pues la sintió ceder. Lanzó un grito. Sin embargo, no pasó nada. Tony había acudido con la rapidez de un rayo.

Sus tranquilos ojos pardos no manifestaron nada, y su cálida voz se limitó a pronunciar las siguientes palabras:

—¿Se ha hecho daño, señora Belmont?

Por un instante, se fijó en que su mano había desordenado el pelo liso de él, pues por primera vez vio que estaba compuesto de distintas hebras, finas y negras.

Y luego, de pronto, tuvo conciencia

de sus brazos rodeándola por los hombros y las rodillas..., sosteniéndola en su caída, estrecha y cálidamente...

Se puso en pie de un salto. El chillido que dejó escapar traspasó sus propios oídos. Pasé el resto del día en su habitación, y para dormir, además de cerrar bien la puerta con llave, la atrancó con una silla.

Envió las invitaciones y, tal como Tony dijera, fueron aceptadas. Sólo faltaba esperar la última velada.

Llegó también, como todas las demás, en el lugar que le correspondía. La casa no parecía la misma. La

recorrió por última vez. Todas las habitaciones habían cambiado. Ella también se vestía con ropas que jamás se habría atrevido a llevar antes. Ropas de las que podía enorgullecerse y con las que se sentía segura. Se miró al espejo, remedando un mohín de divertido desdén, y el pulido cristal se lo devolvió con expresión burlona.

¿Qué diría Larry...? ¿Qué importaba, después de todo? No iban a venir con él los días excitantes. Desaparecerían con la marcha de Tony. ¡Qué cosa tan extraña! Intentó recobrar su talante de tres semanas atrás. Fracasó por completo.

El reloj dio las ocho, ocho toques que la dejaron sin respiración. Se volvió hacia Tony:

—No tardarán en llegar. Será mejor que se meta en el sótano. No podemos permitir que...

Se quedó mirándole con fijeza un momento, y después dijo débilmente:

—¿Tony? —Y luego más fuerte— ¡Tony! —Y al final, casi con un chillido —: ¡Tony!

Pero sus brazos la rodeaban ya, y su cara estaba junto a la suya. La presión de su abrazo era implacable. Oyó su voz a través de una bruma de confusión

emotiva.

—Claire —decía su voz—, hay muchas cosas cuya comprensión me está vedada, y ésta debe ser una de ellas. He de marcharme mañana y no quiero hacerlo. Creo que en ello hay algo más que el deseo de complacerla. ¿No le parece raro?

Su cara se acercó más aún. Sus labios eran cálidos, aunque sin aliento tras ellos, pues las máquinas no respiran. Casi se habían posado sobre los de ella.

Y sonó el timbre de la puerta.

Durante un instante, se debatió jadeante. De pronto, él se marchó,

desapareciendo de la vista, mientras el timbre seguía sonando con insistente y aguda intermitencia.

Las cortinas de las ventanas delanteras habían sido descorridas. Quince minutos antes habían estado cerradas. Lo sabía. Tenían que haberla visto. Todos debieron haberlo visto... ¡Todo!

Entraron cortésmente, en grupo, posando sus penetrantes ojos en todos los detalles. Habían visto. ¿Qué más preguntaría Gladys sobre Larry, a su impertinente manera? Claire se veía enfrentada a un desafío desesperado e

implacable.

«Sí, está fuera. Volverá mañana, creo. No, no he estado sola. He pasado unos días estupendos, emocionantes.»

Se echó a reír. ¿Por qué no? ¿Qué le importaban ellos? Larry sabría la verdad, si alguna vez le llegaba la historia de lo que pensaban que vieron.

Pero ellos no rieron.

Leyó la furia en los ojos de Gladys Claffern, en el falso chispear de sus palabras, en su deseo de marcharse pronto. Y cuando se fue con todos los demás, captó un cuchicheo final y anónimo:

«Nunca había visto un hombre... tan

guapo.»

Y Claire supo que fue aquello lo que le permitió dejarles con un palmo de narices. Que se soltasen las lenguas. Todos sabían... ¡Y qué si Gladys era más guapa que Claire Belmont, más rica y más brillante! Todos sabrían que nadie, nadie, podía tener un amante más guapo que ella.

Y luego recordó de nuevo..., una vez y otra, que Tony era una maquina. Se le puso la carne de gallina.

—¡Fuera! ¡Dejadme en paz! —gritó a la habitación vacía, y corrió hasta su lecho.

Toda la noche la pasé desvelada y

llorando. A la mañana siguiente, casi al amanecer, con las calles aún vacías, una camioneta vino y se llevó a Tony.

Lawrence Belmont pasó ante el despacho de la doctora Calvin y, obedeciendo a un súbito impulso, llamó a la puerta. La encontró en compañía del matemático Peter Bogert, mas no vaciló por ello.

—Claire me dijo que la casa corre con todos los gastos hechos en mi hogar... —manifestó.

—Así es —respondió la doctora Calvin—. Lo consideramos una parte valiosa y necesaria del experimento.

Con la nueva posición que ocupa usted ahora como ingeniero asociado, supongo que podrá mantenerla al mismo nivel.

—No es eso lo que me preocupa. Con la conformidad dada por Washington a las pruebas, dispondremos de un modelo TN propio para el año próximo, creo.

Se volvió vacilante, como para marcharse, pero giró otra vez, sobre sus talones, dudando todavía.

—¿Y bien, señor Belmont...? —le acució la doctora Calvin, tras una pausa.

—Me pregunto... —comenzó Larry —, me pregunto qué sucedió realmente allí durante mi ausencia. Ella..., Claire,

quiero decir, parece tan distinta... No me refiero a su aspecto..., aunque la verdad, estoy maravillado. —Rió nervioso—. Es toda ella. No parece mi mujer... No puedo explicarlo.

—¿A qué intentarlo? ¿Acaso se siente desilusionado respecto a alguna parte del cambio?

—Todo lo contrario. Pero, verá, resulta un poco atemorizador...

—Yo no me preocuparía por eso, señor Belmont. Su mujer se ha comportado de un modo excelente. Con franqueza, jamás pensé que el experimento aportara una prueba tan completa y definitiva. Sabemos ya las

correcciones exactas que han de hacerse en el modelo TN, y todo gracias a la señora Belmont. Si quiere que le sea sincera, opino que su esposa se merece el ascenso más que usted.

Larry titubeó visiblemente.

—Bueno, todo queda en la familia —murmuró sin convicción.

Y se marchó.

Susan Calvin se le quedó mirando mientras se retiraba. Luego dijo:

—Creo que le duele..., al menos así lo espero... ¿Ha leído usted el informe de Tony, Peter?

—De cabo a rabo —respondió

Bogert—, ¿Y no le parece que el modelo TN-3 necesita algunos cambios?

—¡Ah! ¿También piensa usted así? —preguntó la doctora Calvin con acento incisivo—. Expóngame su razonamiento.

—No preciso de ninguno —manifestó Bogert frunciendo el entrecejo —. Es evidente que no podemos sacar al mercado un robot que haga el amor a su ama..., si no le importa el retruécano.

—¡Amor! Peter, me da usted asco. ¿Es que no lo comprende? Esa máquina tiene que obedecer a la primera ley. ¿Cómo iba a permitir que un ser humano sufriese? Y el sufrimiento se lo causaba a Claire Belmont su propio complejo de

inferioridad. Así pues, le hizo el amor. Ninguna mujer dejaría de apreciar el cumplido que supone ser capaz de despertar la pasión en una máquina..., en una fría e inanimada máquina. Y por eso Tony descorrió aquella noche las cortinas con toda deliberación, a fin de que los otros vieran y envidiaran..., sin riesgo alguno para la felicidad matrimonial de Claire. Creo que fue muy inteligente por parte de Tony.

—¿Ah, sí? ¿Y qué diferencia hay entre si fue una ficción o no, Susan? El horror se mantiene. Vuelva a leer el informe. Ella lo evitaba. Chilló cuando la tomó en sus brazos. No logró dormir

aquella última noche, atacada de histerismo. No, no podemos fabricar algo así.

—Peter, está usted ciego. Está tan ciego como lo estuve yo. El modelo TN será reconstruido por entero, pero no por las razones que usted expone, sino por otras muy distintas. Y es raro que a mí se me pasara por alto al principio. —Los ojos de la doctora se enturbiaron a causa de la cavilación—. Tal vez la deficiencia radique en mí misma. Mire, Peter, las máquinas no se enamoran. Pero..., a pesar de que no tiene remedio y por mucho que nos horrorice..., ¡las mujeres sí!

Lenny

La empresa Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos tenía un problema. El problema era la gente.

Peter Bogert, jefe de matemática, se dirigía a la sala de montaje cuando se topó con Alfred Lanning, director de investigaciones. Lanning, apoyado en el pasamanos, miraba a la sala de ordenadores enarcando sus enérgicas cejas blancas.

En el piso de abajo, un grupo de humanos de ambos sexos y diversas edades miraba en torno con curiosidad, mientras un guía entonaba un discurso

preestablecido sobre informática robótica:

—Este ordenador que ven es el mayor de su tipo en el mundo. Contiene cinco millones trescientos mil criotrones y es capaz de manipular simultáneamente más de cien mil variables. Con su ayuda, nuestra empresa puede diseñar con precisión el cerebro positrónico de los modelos nuevos. Los requisitos se consignan en una cinta que se perfora mediante la acción de este teclado, algo similar a una máquina de escribir o una linotipia muy complicada, excepto que no maneja letras, sino conceptos. Las

proposiciones se descomponen en sus equivalentes lógico-simbólicos y éstos a su vez son convertidos en patrones de perforación. En menos de una hora, el ordenador puede presentar a nuestros científicos el diseño de un cerebro que ofrecerá todas las sendas positrónicas necesarias para fabricar un robot...

Alfred Lanning reparó en la presencia del otro.

—Ah, Peter.

Bogert se alisó el cabello negro y lustroso con ambas manos, aunque lo tenía impecable.

—No pareces muy entusiasmado con esto, Alfred.

Lanning gruñó. La idea de realizar visitas turísticas por toda la empresa era reciente y se suponía cumplía una doble función. Por una parte, según se afirmaba, permitía que la gente viera a los robots de cerca y acallara así su temor casi instintivo hacia los objetos mecánicos mediante una creciente familiaridad. Por otra parte, se suponía que las visitas lograrían generar un interés para que algunas personas se dedicaran a las investigaciones robóticas.

—Sabes que no lo estoy. Una vez por semana, nuestra tarea se complica. Considerando las horas-hombre que se

pierden, la retribución es insuficiente.

—Entonces, ¿no han subido aún las solicitudes de empleo?

—Un poco, pero sólo en las categorías donde esa necesidad no es vital. Necesitamos investigadores, ya lo sabes. Pero, como los robots están prohibidos en la Tierra, el trabajo de robotista no es muy popular, que digamos.

—El maldito complejo de Frankenstein —comentó Bogert, repitiendo a sabiendas una de las frases favoritas de Lanning.

Lanning pasó por alto esa burla afectuosa.

—Debería acostumbrarme, pero no lo consigo. Todo ser humano de la Tierra tendría que saber ya que las Tres Leyes constituyen una salvaguardia perfecta, que los robots no son peligrosos. Fíjate en ese grupo. —Miró hacia abajo—. Obsérvalos. La mayoría recorren la sala de montaje de robots por la excitación del miedo, como si subieran en una montaña rusa. Y cuando entran en la sala del modelo MEC..., demonios, Peter, un modelo MEC que es incapaz de hacer otra cosa que avanzar dos pasos, decir «mucho gusto en conocerle», dar la mano y retroceder dos pasos; y, sin embargo, todos se

intimidan y las madres abrazan a sus hijos. ¿Cómo vamos a obtener trabajadores que piensen a partir de esos idiotas?

Bogert no tenía respuesta. Miraron una vez más a los visitantes, que estaban pasando de la sala de informática al sector de montaje de cerebros positrónicos. Luego, se marcharon. No vieron a Mortimer W. Jacobson, de dieciséis años, quien, para ser justos, no tenía la intención de causar el menor daño.

En realidad, ni siquiera podría decirse que la culpa fuera de Mortimer.

Todos los trabajadores sabían en qué día de la semana se realizaban las visitas. Todos los aparatos debían estar neutralizados o cerrados, pues no era razonable esperar que los seres humanos resistieran la tentación de mover interruptores, llaves y manivelas y de pulsar botones. Además, el guía debía vigilar atentamente a quienes sucumbieran a esa tentación.

Pero en ese momento el guía había entrado en la sala contigua y Mortimer iba al final de la fila. Pasó ante el teclado mediante el cual se introducían datos en el ordenador. No tenía modo de saber que en aquel instante se estaban

introduciendo los planos para un nuevo diseño robótico; de lo contrario, siendo como era un buen chico, habría evitado tocar el teclado. No tenía modo de saber que -en un acto de negligencia casi criminal- un técnico se había olvidado de desactivar el teclado.

Así que Mortimer tocó las teclas al azar, como si se tratara de un instrumento musical.

No notó que un trozo de la cinta perforada se salía de un aparato que había en otra parte de la sala, silenciosa e inadvertidamente.

Y el técnico, cuando volvió, tampoco notó ninguna intromisión. Le

llamó la atención que el teclado estuviera activado, pero no se molestó en verificarlo. Al cabo de unos minutos, incluso esa leve inquietud se le había pasado, y continuó introduciendo datos en el ordenador.

En cuanto a Mortimer, nunca supo lo que había hecho.

El nuevo modelo LNE estaba diseñado para extraer boro en las minas del cinturón de asteroides. Los hidruros de boro cobraban cada vez más valor como detonantes para las micropilas protónicas que generaban potencia a bordo de las naves espaciales, y la

magra provisión existente en la Tierra se estaba agotando.

Eso significaba que los robots LNE tendrían que estar equipados con ojos sensibles a esas líneas prominentes en el análisis espectroscópico de los filones de boro y con un tipo de extremidades útiles para transformar el mineral en el producto terminado. Como de costumbre, sin embargo, el equipamiento mental constituía el mayor problema.

El primer cerebro positrónico LNE ya estaba terminado. Era el prototipo y pasaría a integrar la colección de prototipos de la compañía. Cuando lo hubieran probado, fabricarían otros para

alquilarlos (nunca venderlos) a empresas mineras.

El prototipo LNE estaba terminado. Alto, erguido y reluciente, parecía por fuera como muchos otros robots no especializados.

Los técnicos, guiándose por las instrucciones del Manual de Robótica, debían preguntar: «¿Cómo estás?»

La respuesta correspondiente era: «Estoy bien y dispuesto a activar mis funciones. Confío en que tú también estés bien», o alguna otra ligera variante.

Ese primer diálogo sólo servía para indicar que el robot oía, comprendía una

pregunta rutinaria y daba una respuesta rutinaria congruente con lo que uno esperaría de una mentalidad robótica. A partir de ahí era posible pasar a asuntos más complejos, que pondrían a prueba las tres Leyes y su interacción con el conocimiento especializado de cada modelo.

Así que el técnico preguntó «¿cómo estás?» y, de inmediato, se sobresaltó ante la voz del prototipo LNE. Era distinta de todas las voces de robot que conocía (y había oído muchas). Formaba sílabas semejantes a los tañidos de una celesta de baja modulación.

Tan sorprendente era la voz que el

técnico sólo oyó retrospectivamente, al cabo de unos segundos, las sílabas que había formado esa voz maravillosa:

—Da, da, da, gu.

El robot permanecía alto y erguido, pero alzó la mano derecha y se metió un dedo en la boca.

El técnico lo miró horrorizado y echó a correr. Cerró la puerta con llave y, desde otra sala, hizo una llamada de emergencia a la doctora Susan Calvin.

La doctora Susan Calvin era la única robopsicóloga de la compañía (y prácticamente de toda la humanidad). No tuvo que avanzar mucho en sus

análisis del prototipo LNE para pedir perentoriamente una transcripción de los planos del cerebro positrónico dibujados por ordenador y las instrucciones que los habían guiado. Tras estudiarlos mandó a buscar a Bogert.

La doctora tenía el cabello gris peinado severamente hacia atrás; y su rostro frío, con fuertes arrugas verticales interrumpidas por el corte horizontal de una pálida boca de labios finos, se volvió enérgicamente hacia Bogert.

—¿Qué es esto, Peter?

Bogert estudió con creciente estupefacción los pasajes que ella

señalaba.

—Por Dios, Susan, no tiene sentido.

—Claro que no. ¿Cómo se llegó a estas instrucciones?

Llamaron al técnico encargado y él juró con toda sinceridad que no era obra suya y que no podía explicarlo. El ordenador dio una respuesta negativa a todos los intentos de búsqueda de fallos.

—El cerebro positrónico no tiene remedio —comentó pensativamente Susan Calvin—. Estas instrucciones insensatas han cancelado tantas funciones superiores que el resultado se asemeja a un bebé humano. —Bogert manifestó asombro, y Susan Calvin

adoptó la actitud glacial que siempre adoptaba ante la menor insinuación de duda de su palabra—. Nos esforzamos en lograr que un robot se parezca mentalmente a un hombre. Si eliminamos lo que denominamos funciones adultas, lo que queda, como es lógico, es un bebé humano, mentalmente hablando. ¿Por qué estás tan sorprendido, Peter?

El prototipo LNE, que no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, se sentó y empezó a examinarse los pies.

Bogert lo miró fijamente.

—Es una lástima desmantelar a esa criatura. Es un bonito trabajo.

—¿Desmantelarla? —bramó la robopsicóloga.

—Desde luego, Susan. ¿De qué sirve esa cosa? Santo cielo, si existe un objeto totalmente inútil es un robot que no puede realizar ninguna tarea. No pretenderás que esta cosa pueda hacer algo, ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Quiero realizar más análisis —dijo tercamente Susan Calvin.

Bogert la miró con impaciencia, pero se encogió de hombros. Si había una persona en toda la empresa con quien no tenía sentido discutir, ésa era

Susan Calvin. Los robots eran su pasión, y se hubiera dicho que una tan larga asociación con ellos la había privado de toda apariencia de humanidad.

Era imposible disuadirla de una decisión, así como era imposible disuadir a una micropila activada de que funcionara.

—¡Qué más da! —murmuró, y añadió en voz alta—: ¿Nos informarás cuando hayas terminado los análisis?

—Lo haré. Ven, Lenny.

(LNE, pensó Bogert. Inevitablemente, las siglas se habían transformado en Lenny.)

Susan Calvin tendió la mano, pero el

robot se limitó a mirarla. Con ternura, la robopsicóloga tomó la mano del robot. Lenny se puso de pie (al menos su coordinación mecánica funcionaba bien) y salieron juntos, el robot y esa mujer a quien superaba en medio metro. Muchos ojos los siguieron con curiosidad por los largos corredores.

Una pared del laboratorio de Susan Calvin, la que daba directamente a su despacho privado, estaba cubierta con la reproducción ampliada de un diagrama de sendas positrónicas. Hacía casi un mes que Susan Calvin la estudiaba concentradamente.

Estaba examinando atentamente en

ese momento los vericuetos de esas sendas atrofiadas. Lenny, sentado en el suelo, movía las piernas y balbuceaba sílabas ininteligibles con una voz tan bella que era posible escucharlas con embeleso aun sin entenderlas.

Susan Calvin se volvió hacia el robot.

—Lenny... Lenny...

Repitió el nombre, con paciencia, hasta que Lenny irguió la cabeza y emitió un sonido inquisitivo. La robopsicóloga sonrió complacida. Cada vez necesitaba menos tiempo para atraer la atención del robot.

—Alza la mano, Lenny. Mano...

arriba. Mano... arriba.

La doctora levantó su propia mano una y otra vez.

Lenny siguió el movimiento con los ojos. Arriba, abajo, arriba, abajo. Luego, movió la mano espasmódicamente y balbuceó.

—Muy bien, Lenny —dijo gravemente Susan Calvin—. Inténtalo de nuevo. Mano... arriba.

Muy suavemente, extendió su mano, tomó la del robot, la levantó y la bajó.

—Mano... arriba. Mano... arriba.

Una voz la llamó desde el despacho:

—¿Susan?

Calvin apretó los labios.

—¿Qué ocurre, Alfred?

El director de investigaciones entró, miró al diagrama de la pared y, luego, al robot.

—¿Sigues con ello?

—Estoy trabajando, sí.

—Bien, ya sabes, Susan... —Sacó un puro y lo miró, disponiéndose a morder la punta. Cuando se encontró con la severa y reprobatoria mirada de la mujer, guardó el puro y comenzó de nuevo—: Bien, ya sabes, Susan, que el modelo LNE está en producción.

—Eso he oído. ¿Hay algo en que yo pueda colaborar?

—No. Pero el mero hecho de que

esté en producción y funcione bien significa que es inútil insistir con este espécimen deteriorado. ¿No deberíamos desarmarlo?

—En pocas palabras, Alfred, te fastidia que yo pierda mi valioso tiempo. Tranquilízate. No estoy perdiendo el tiempo. Estoy trabajando con este robot.

—Pero ese trabajo no tiene sentido.

—Yo seré quien lo juzgue, Alfred —replicó la doctora en un tono amenazador, y Lanning consideró que sería más prudente cambiar de enfoque.

—¿Puedes explicarme qué significa? ¿Qué estás haciendo ahora, por

ejemplo?

—Trato de lograr que levante la mano cuando se lo ordeno. Intento conseguir que imite el sonido de la palabra.

Como si estuviera pendiente de ella, Lenny balbuceó y alzó la mano torpemente. Lanning sacudió la cabeza.

—Esa voz es asombrosa. ¿Cómo se ha logrado?

—No lo sé. El transmisor es normal. Estoy segura de que podría hablar normalmente, pero no lo hace. Habla así como consecuencia de algo que hay en las sendas positrónicas, y aún no lo he localizado.

—Bien, pues localízalo, por Dios. Esa voz podría ser útil.

—Oh, entonces, ¿mis estudios sobre Lenny pueden servir de algo?

Lanning se encogió de hombros, avergonzado.

—Bueno, se trata de un elemento menor.

—Lamento que no veas los elementos mayores, que son mucho más importantes, pero no es culpa mía. Ahora, Alfred, ¿quieres irte y dejarme trabajar?

Lanning encendió el puro en el despacho de Bogert.

—Esa mujer está cada día más rara —comentó con resentimiento.

Bogert le entendió perfectamente. En Robots y Hombres Mecánicos existía una sola «esa mujer».

—¿Todavía sigue atareada con ese seudorobot, con ese Lenny?

—Trata de hacerle hablar, lo juro. Bogert se encogió de hombros.

—Ese es el problema de esta empresa. Me refiero a lo de conseguir investigadores capacitados. Si tuviéramos otros robopsicólogos, podríamos jubilar a Susan. A propósito, supongo que la reunión dé directores programada para mañana tiene que ver

con el problema de la contratación de personal.

Lanning asintió con la cabeza y miró su puro, disgustado.

—Sí. Pero el problema es la calidad, no la cantidad. Hemos subido tanto los sueldos que hay muchos solicitantes; pero la mayoría se interesan sólo por el dinero. El truco está en conseguir a los que se interesan por la robótica; gente como Susan Calvin.

—No, diablos, como ella no.

—Iguales no, de acuerdo. Pero tendrás que admitir, Peter, que es una apasionada de los robots. No tiene otro interés en la vida.

—Lo sé. Precisamente por eso es tan insoportable. Lanning asintió en silencio. Había perdido la cuenta de las veces que habría deseado despedir a Susan Calvin. También había perdido la cuenta de la cantidad de millones de dólares que ella le había ahorrado a la empresa. Era indispensable y seguiría siéndolo hasta su muerte, o hasta que pudieran solucionar el problema de encontrar gente del mismo calibre y que se interesara en las investigaciones sobre robótica.

—Creo que vamos a limitar esas visitas turísticas. Peter se encogió de hombros.

—Si tú lo dices... Pero entre tanto, en serio, ¿qué hacemos con Susan? Es capaz de apegarse indefinidamente a Lenny. Ya sabes cómo es cuando se encuentra con lo que considera un problema interesante.

—¿Qué podemos hacer? Si demostramos demasiada ansiedad por interrumpirla, insistirá en ello por puro empecinamiento femenino. En última instancia, no podemos obligarla a hacer nada.

El matemático sonrió.

—Yo no aplicaría el adjetivo «femenino» a ninguna parte de ella.

—Está bien —rezongó Lanning—.

Al menos, ese robot no le hará daño a nadie.

En eso se equivocaba.

La señal de emergencia siempre causa nerviosismo en cualquier gran instalación industrial. Esas señales habían sonado varias veces a lo largo de la historia de Robots y Hombres Mecánicos: incendios, inundaciones, disturbios e insurrecciones.

Pero una señal no había sonado nunca. Nunca había sonado la señal de «robot fuera de control». Y nadie esperaba que sonara. Estaba instalada únicamente por insistencia del

Gobierno. («Al demonio con ese complejo de Frankenstein», mascullaba Lanning en las raras ocasiones en que pensaba en ello.)

Pero la estridente sirena empezó a ulular con intervalos de diez segundos, y prácticamente nadie -desde el presidente de la junta de directores hasta el más novato ayudante de ordenanza- reconoció de inmediato ese sonido insólito. Tras esa incertidumbre inicial, guardias armados y médicos convergieron masivamente en la zona de peligro, y la empresa al completo quedó paralizada.

Charles Randow, técnico en

informática, fue trasladado al sector hospitalario con el brazo roto. No hubo más daños. Al menos, no hubo más daños físicos.

—¡Pero el daño moral está más allá de toda estimación! —vociferó Lanning.

Susan Calvin se enfrentó a él con calma mortal.

—No le harás nada a Lenny. Nada. ¿Entiendes?

—¿Lo entiendes tú, Susan? Esa cosa ha herido a un ser humano. Ha quebrantado la Primera Ley. ¿No conoces la Primera Ley?

—No le harás nada a Lenny.

—Por amor de Dios, Susan, ¿a ti

debo explicarte la Primera Ley? Un robot no puede dañar a un ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano sufra daños. Nuestra posición depende del estricto respeto de esa Primera Ley por parte de todos los robots de todos los tipos. Si el público se entera de que ha habido una excepción, una sola excepción, podría obligamos a cerrar la empresa. Nuestra única probabilidad de supervivencia sería anunciar de inmediato que ese robot ha sido destruido, explicar las circunstancias y rezar para que el público se convenza de que no sucederá de nuevo.

—Me gustaría averiguar qué sucedió. Yo no estaba presente en ese momento y me gustaría averiguar qué hacía Randow en mis laboratorios sin mi autorización.

—Pero lo más importante es obvio. Tu robot golpeó a Randow, ese imbécil apretó el botón de «robot fuera de control» y nos ha creado un problema. Pero tu robot lo golpeó y le causó lesiones que incluyen un brazo roto. La verdad es que tu Lenny está tan deformado que no respeta la Primera Ley y hay que destruirlo.

—Sí que respeta la Primera Ley. He estudiado sus sendas cerebrales y sé que

la respeta.

—Y entonces, ¿cómo ha podido golpear a un hombre? —preguntó Lanning, con desesperado sarcasmo—. Pregúntaselo a Lenny. Sin duda ya le habrás enseñado a hablar.

Susan Calvin se ruborizó.

—Prefiero entrevistar a la víctima. Y en mi ausencia, Alfred, quiero que mis dependencias estén bien cerradas, con Lenny en el interior. No quiero que nadie se le acerque. Si sufre algún daño mientras yo no estoy, esta empresa no volverá a saber de mí en ninguna circunstancia.

—¿Aprobarás su destrucción si ha

violado la Primera Ley?

—Sí, porque sé que no la ha violado.

Charles Randow estaba tendido en la cama, con el brazo en cabestrillo. Aún estaba conmocionado por ese momento en que creyó que un robot se le abalanzaba con la intención de asesinarlo. Ningún ser humano había tenido nunca razones tan contundentes para temer que un robot le causara daño. Era una experiencia singular.

Susan Calvin y Alfred Lanning estaban junto a la cama; los acompañaba Peter Bogert, que se había encontrado

con ellos por el camino. No estaban presentes médicos ni enfermeras.

—¿Qué sucedió? —preguntó Susan Calvin. Randow no las tenía todas consigo.

—Esa cosa me pegó en el brazo —murmuró—. Se abalanzó sobre mí.

—Comienza desde más atrás —dijo Calvin—. ¿Qué hacías en mi laboratorio sin mi autorización?

El joven técnico en informática tragó saliva, moviendo visiblemente la nuez de la garganta. Tenía pómulos altos y estaba muy pálido.

—Todos sabíamos lo de ese robot. Se rumoreaba que trataba usted de

enseñarle a hablar como si fuera un instrumento musical. Circulaban apuestas acerca de si hablaba o no. Algunos sostienen que usted puede enseñarle a hablar a un poste.

—Supongo que eso es un cumplido —comentó Susan Calvin en un tono glacial—. ¿Qué tenía que ver eso contigo?

—Yo debía entrar allí para zanjar la cuestión, para enterarme de si hablaba, ya me entiende. Robamos una llave de su laboratorio y esperamos a que usted se fuera. Echamos a suertes para ver quién entraba. Perdí yo.

—¿Y qué más?

—Intenté hacerle hablar y me pegó.

—¿Cómo intentaste hacerle hablar?

—Le..., le hice preguntas, pero no decía nada y tuve que sacudirlo, así que... le grité... y...

—¿Y?

Hubo una larga pausa. Bajo la mirada imperturbable de Susan Calvin, Randow dijo al fin:

—Traté de asustarlo para que dijera algo. Tenía que impresionarlo.

—¿Cómo intentaste asustarlo?

—Fingí que le iba a dar un golpe.

—¿Y te desvió el brazo?

—Me dio un golpe en el brazo.

—Muy bien. Eso es todo. —Calvin

se volvió hacia Lanning y Bogert—. Vámonos, caballeros.

En la puerta, se giró hacia Randow.

—Puedo resolver el problema de las apuestas, si aún te interesa. Lenny articula muy bien algunas palabras.

No dijeron nada hasta llegar al despacho de Susan Calvin. Las paredes estaban revestidas de libros; algunos, de su autoría. El despacho reflejaba su personalidad fría y ordenada. Había una sola silla. Susan se sentó. Lanning y Bogert permanecieron de pie.

—Lenny se limitó a defenderse. Es la Tercera Ley: un robot debe proteger

su propia existencia.

—Excepto —objetó Lanning— cuando entra en conflicto con la Primera o con la Segunda Ley. ¡Completa el enunciado! Lenny no tenía derecho a defenderse causando un daño, por ínfimo que fuera, a un ser humano.

—No lo hizo a sabiendas —replicó Calvin—. Lenny tiene un cerebro fallido. No tenía modo de conocer su propia fuerza ni la debilidad de los humanos. Al apartar el brazo amenazador de un ser humano, no podía saber que el hueso se rompería. Humanamente, no se puede achacar culpa moral a un individuo que no sabe

diferenciar entre el bien y el mal.

Bogert intervino en tono tranquilizador:

—Vamos, Susan, nosotros no achacamos culpas. Nosotros comprendemos que Lenny es el equivalente de un bebé, humanamente hablando, y no lo culpamos. Pero el público sí lo hará. Nos cerrarán la empresa.

—Todo lo contrario. Si tuvieras el cerebro de una pulga, Peter, verías que ésta es la oportunidad que la compañía esperaba. Esto resolverá sus problemas.

Lanning frunció sus cejas blancas.

—¿Qué problemas, Susan?

—¿Acaso la empresa no desea mantener a nuestro personal de investigación en lo que considera, Dios nos guarde, su avanzado nivel actual?

—Por supuesto.

—Bien, y ¿qué ofreces a tus futuros investigadores? ¿Diversión? ¿Novedad? ¿La emoción de explorar lo desconocido? No. Les ofreces sueldos y la garantía de que no habrá problemas.

—¿Qué quieres decir? — se interesó Bogert.

—¿Hay problemas? —prosiguió Susan Calvin—. ¿Qué clase de robots producimos? Robots plenamente desarrollados, aptos para sus tareas.

Una industria nos explica qué necesita; un ordenador diseña el cerebro; las máquinas dan forma al robot; y ya está, listo y terminado. Peter, hace un tiempo me preguntaste cuál era la utilidad de Lenny. Preguntas que de qué sirve un robot que no está diseñado para ninguna tarea. Ahora te pregunto yo que ¿de qué sirve un robot diseñado para una sola tarea? Comienza y termina en el mismo lugar. Los modelos LNE extraen boro; si se necesita berilio, son inútiles; si la tecnología del boro entra en una nueva fase, se vuelven obsoletos. Un ser humano diseñado de ese modo sería un subhumano. Un robot diseñado de ese

modo es un subrobot.

—¿Quieres un robot versátil? —preguntó incrédulamente Lanning.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? He estado trabajando con un robot cuyo cerebro estaba casi totalmente idiotizado. Le estaba enseñando y tú, Alfred, me preguntaste que para qué servía. Para muy poco, tal vez, en b concerniente a Lenny, pues nunca superará el nivel de un niño humano de cinco años. ¿Pero cuál es la utilidad general? Enorme, si abordas el asunto como un estudio del problema abstracto de aprender a enseñar a los robots. Yo he aprendido modos de poner ciertas

sendas en cortocircuito para crear sendas nuevas. Los nuevos estudios ofrecerán técnicas mejores, más sutiles y más eficientes para hacer lo mismo.

—¿Y bien?

—Supongamos que tomas un cerebro positrónico donde estuvieran trazadas las sendas básicas, pero no las secundarias. Supongamos que luego creas las secundarias. Podrías vender robots básicos diseñados para ser instruidos, robots capaces de adaptarse a diversas tareas. Los robots serían tan versátiles como los seres humanos. ¡Los robots podrían aprender! —La miraron de hito en hito. La robopsicóloga se

impacientó—: Aún no lo entendéis, ¿verdad?

—Entiendo lo que dices —dijo Lanning.

—¿No entendéis que ante un campo de investigación totalmente nuevo, unas técnicas totalmente nuevas a desarrollar, un área totalmente nueva y desconocida para explorar, los jóvenes sentirán mayor entusiasmo por la robótica? Intentadlo y ya veréis.

—¿Puedo señalar que esto es peligroso?—intervino Bogert—. Comenzar con robots ignorantes como Lenny significará que nunca podremos confiar en la Primera Ley, tal como ha

ocurrido en el caso de Lenny.

—Exacto. Haz público ese dato.

—¿Hacerlo público?

—Desde luego. Haz conocer el peligro. Explica que instalarás un nuevo Instituto de investigaciones en la Luna, si la población terrícola prefiere que estos trabajos no se realicen en la Tierra, pero haz hincapié en el peligro que correrían los posibles candidatos.

—¿Por qué, por amor de Dios? —quiso saber Lanning.

—Porque el conocimiento del peligro le añadirá un nuevo atractivo al asunto. ¿Crees que la tecnología nuclear no implica peligro, que la

espacionáutica no entraña riesgos? ¿Tu oferta de absoluta seguridad te ha servido de algo? ¿Te ha ayudado a enfrentarte a ese complejo de Frankenstein que tanto desprecias? Pues prueba otra cosa, algo que haya funcionado en otras áreas.

Sonó un ruido al otro lado de la puerta que conducía a los laboratorios personales de Calvin. Era el sonido de campanas de la voz de Lenny. La robopsicóloga guardó silencio y escuchó:

—Excusadme —dijo—. Creo que Lenny me llama.

—¿Puede llamarte? —se sorprendió

Lanning.

—Ya os he dicho que logré enseñarle algunas palabras. —Se dirigió hacia la puerta, con cierto nerviosismo —. Si queréis esperarme...

Los dos hombres la miraron mientras salía y se quedaron callados durante un rato.

—¿Crees que tiene razón, Peter? — preguntó finalmente Lanning.

—Es posible, Alfred, es posible. La suficiente como para que planteemos el asunto en la reunión de directores y veamos qué opinan. A fin de cuentas, la cosa ya no tiene remedio. Un robot ha dañado a un ser humano y es de público

conocimiento. Como dice Susan, podríamos tratar de volcar el asunto a nuestro favor. Pero desconfío de los motivos de ella.

—¿En qué sentido?

—Aunque haya dicho la verdad, en su caso es una mera racionalización. Su motivación es su deseo de no abandonar a ese robot. Si insistiéramos, pretextaría que desea continuar aprendiendo técnicas para enseñar a los robots; pero creo que ha hallado otra utilidad para Lenny, una utilidad tan singular que no congeniaría con otra mujer que no fuera ella.

—No te entiendo.

—¿No oíste cómo la llamó el robot?

—Pues no... —murmuró Lanning, y entonces la puerta se abrió de golpe y ambos se callaron.

Susan Calvin entró y miró a su alrededor con incertidumbre.

—¿Habéis visto...? Estoy segura de que estaba por aquí... Oh, ahí está.

Corrió hacia el extremo de un anaquel y cogió un objeto hueco y de malla metálica, con forma de pesa de gimnasia. La malla metálica contenía piezas de metal de diversas formas.

Las piezas de metal se entrechocaron con un grato campanilleo. Lanning pensó que el objeto parecía una versión

robótica de un sonajero para bebés.

Cuando Susan Calvin abrió la puerta para salir, Lenny la llamó de nuevo. Esa vez, Lanning oyó claramente las palabras que Susan Calvin le había enseñado. Con melodiosa voz de celesta, repetía:

—Mami, te quiero. Mami, te quiero.

Y se oyeron los pasos de Susan Calvin apresurándose por el laboratorio para ir a atender a la única clase de niño que ella podía tener y amar.

Esclavo en galeras

«Robots Estados Unidos» y «Compañía de Hombres Mecánicos», como demandados en el pleito, tuvieron la suficiente influencia para forzar un juicio a puerta cerrada y sin jurado.

Tampoco la Universidad del Nordeste intentó impedirlo con demasiada intensidad. Los fideicomisarios sabían perfectamente bien cómo reaccionaría la gente ante cualquier asunto que implicase una mala conducta por parte de un robot, pese a lo rara que esa conducta pudiese ser. También tenían una noción claramente

visualizada de cómo un alboroto antirrobots podía convertirse, sin la menor advertencia, en una algarada contra la ciencia.

El Gobierno, representado en este caso por el magistrado Harlow Shane, se mostraba igualmente ansioso de que aquel lío terminara lo más discretamente posible. Tanto «E.U. Robots» como el mundo académico eran mala gente para ponerse en contra de ellos.

El magistrado Shane dijo:

—Caballeros, puesto que ni la Prensa ni el público ni el jurado están presentes, evitemos al máximo los formulismos y vayamos en seguida a los

hechos.

Sonrió envaradamente al decir esto, tal vez sin grandes esperanzas de que su requerimiento llegara a ser efectivo, y se ajustó bien la toga para poderse sentar con comodidad. Su rostro era placenteramente rubicundo con una barbilla redondeada y suave, una nariz ancha y unos ojos claros y bastante separados. En conjunto, no resultaba una cara con mucha majestuosidad judicial, y el juez lo sabía.

Barnabas H. Goodfellow [7], profesor de Física en la Universidad del Nordeste, fue el primero en prestar juramento, realizando la usual promesa

solemne con una expresión que no se avenía muy bien con su apellido.

Después de las usuales preguntas de apertura de gambito, el fiscal se metió profundamente las manos en los bolsillos y dijo:

—¿Cuándo fue eso, profesor, cuándo el asunto del posible empleo del Robot EZ—27 fue llevado a su atención y cómo?

El pequeño y anguloso rostro del profesor Goodfellow se cristalizó en una expresión de incomodidad, escasamente más benevolente que aquella otra a la que había remplazado.

Dijo:

—He mantenido contacto profesional y algunas relaciones sociales con el doctor Alfred Lanning, director de investigaciones de «E.U. Robots». Me mostré dispuesto a escuchar con cierta tolerancia cuando recibí una sugerencia mas bien extraña por su parte, el tres de marzo del año pasado...

—¿De 2033?

—Eso es.

—Perdone mi interrupción. Haga el favor de continuar.

El profesor asintió heladamente, frunció el ceño para fijar los hechos en su mente y comenzó a hablar.

El profesor Goodfellow se quedó mirando al robot con cierta aprensión. Había sido transportado a la sala de suministros del sótano en un embalaje, de acuerdo con las reglamentaciones gubernamentales para el envío de robots de un lugar a otro de la superficie de la Tierra.

Sabía lo que estaba en marcha; no se trataba de que no se encontrase preparado. Desde el momento de la primera llamada telefónica por parte del doctor Lanning, se había sentido captado por la persuasión del otro y ahora, como un resultado del todo inevitable, se

encontraba cara a cara con un robot.

Parecía grande fuera de lo común y estaba allí de pie a una distancia al alcance de la mano.

Alfred Lanning lanzó por su parte una dura mirada al robot, como para asegurarse de que no había sufrido ningún daño durante el traslado. Luego volvió sus feroces cejas y su melena de blanco cabello en dirección del profesor.

—Éste es Robot EZ-27, el primero de su modelo en estar disponible para uso público.

Se volvió hacia el robot.

—Éste es el profesor Goodfellow, Easy.

Easy habló de manera impasible, pero de una forma tan repentina que el profesor se sobresaltó.

—Buenas tardes, profesor.

Easy media más de dos metros de altura y tenía las proporciones generales de un hombre, lo cual siempre constituía la primera motivación para la venta en «E.U. Robots». Eso, y la posesión de las patentes básicas del cerebro positrónico, les concedía un auténtico monopolio sobre los robots y un cuasi-monopolio también en lo que se refería a los ordenadores en general.

Los dos hombres que desembalaron al robot ya se habían ido y el profesor paseó la mirada desde Lanning al robot y luego otra vez a Lanning.

—Estoy seguro de que inofensivo.

Pero no parecía traslucir tanta seguridad.

—Más inofensivo que yo mismo —añadió Lanning—. Yo me puedo ver impulsado a golpearle. Pero Easy no. Supongo que conoce las Tres Leyes de la Robotica.

—Sí, naturalmente.

—Se hallan incorporadas a los patrones positrónicos del cerebro y deben ser observadas. La Primera Ley,

la primera regla de la existencia robotica, protege la vida y el bienestar de todos los seres humanos.

Hizo una pausa, se frotó la mejilla y añadió:

—Se trata de algo de lo que nos agradaría mucho poder persuadir a la Tierra, si está en nuestra mano.

—Sólo se trata de su formidable aspecto.

—Naturalmente. Pero sea el que sea su aspecto, tendrá que convenir en que es útil.

—No estoy seguro de en qué manera lo sea. Nuestras conversaciones no han sido demasiado provechosas en este

aspecto. De todos modos, me mostré de acuerdo en mirar el objeto y eso es lo que estoy haciendo.

—Vamos a hacer algo más que mirar, profesor. ¿Ha traído un libro?

—En efecto.

—¿Puedo verlo?

El profesor Goodfellow alargó la mano sin llegar a apartar los ojos de aquella forma metálica con aspecto humano que tenía delante de él. Del maletín que se hallaba a sus pies retiró un libro.

Lanning alargó la mano hacia él y leyó su lomo:

—«Química física de los

electrolitos en solución». Muy bien, señor. Lo ha elegido usted mismo y al azar. Este texto en particular no ha sido en absoluto una sugerencia mía, ¿no es verdad?

—Sí.

Lanning le pasó el libro al Robot EZ-27.

El profesor dio un pequeño salto.

—¡No! ¡Se trata de un libro muy valioso!

Lanning alzó las cejas y éstas adoptaron el aspecto de un peludo escarchado de coco.

Dijo:

—Easy no tiene la menor intención

de romper el libro en dos para realizar una exhibición de su fuerza, se lo aseguro. Puede manejar un libro con tanto cuidado como usted o como yo. Adelante, Easy.

—Gracias, señor —replicó Easy.

Luego, volviendo ligeramente su masa metálica, añadió:

—Con su permiso, profesor Goodfellow.

El profesor se lo quedó mirando.

Luego dijo:

—Sí, sí... De acuerdo.

Con una lenta y firme manipulación de los dedos metálicos, Easy volvió las páginas del libro, mirando la página

izquierda y luego la derecha; volviendo la página, lanzando una ojeada a la izquierda y después a la derecha; volviendo la página y realizando la misma maniobra durante minutos y minutos.

La sensación de su potencia pareció convertir en un enano incluso aquella sala de paredes de cemento en la que se encontraban y reducir a los observadores humanos a algo considerable menor en aspecto a su tamaño real.

Goodfellow musitó:

—La luz no es muy buena.

—Lo conseguirá.

Luego, más bien de forma brusca:

—¿Pero, qué está haciendo?

—Paciencia, señor.

En su momento, se volvió la última página.

Lanning preguntó:

—¿Y bien, Easy?

El robot dijo:

—Es un libro bastante esmerado y existen pocas cosas que pueda señalar. En la línea 22 de la página 27, la palabra «positivo» tiene una errata y dice «poistivo». La coma de la línea 6 de la página 32 es superflua, mientras que se debería haber puesto una en la línea 13 de la página 54. El signo más

en la ecuación XIV-2 de la página 337 debería ser un signo menos, para adecuarse de forma congruente con las ecuaciones anteriores...

—¡Espera! ¡Espera! —gritó el profesor—. ¿Qué está haciendo?

—¿Haciendo? —le hizo eco Lanning, presa de una súbita irascibilidad—. ¡Nada de eso, hombre, ya lo ha hecho! ¡Ha hecho las veces de corrector tipográfico y técnico de ese libro!

—¿Que ha hecho de lector de pruebas?

—Sí. En el breve tiempo que le ha tomado volver todas esas páginas, ha

captado cualquier tipo de errata tipográfica, gramatical o de puntuación. Ha observado los errores en el orden de los vocablos y detectado las posibles incongruencias. Y también conservará la información, palabra por palabra, de manera indefinida.

Al profesor se le había quedado la boca abierta. Se alejó con la mayor rapidez de Lanning y de Easy. Dobló los brazos encima del pecho y se los quedó mirando.

Finalmente dijo:

—¿Se refiere a que este robot es un corrector de galeradas?

Lanning asintió.

—Entre otras cosas.

—¿Pero por qué me lo enseña?

—Para que me ayude a persuadir a la Universidad para que lo compre y lo emplee.

—¿Como corrector?

—Entre otras cosas —repitió con paciencia Lanning.

El profesor arrugó su alargado rostro en una especie de ácida incredulidad.

—¡Pero esto es ridículo!

—¿Por qué?

—La Universidad nunca podrá permitirse el comprar esta medio tonelada, si ése es por lo menos su peso,

esta medio tonelada como corrector de galeradas de imprenta.

—El corregir pruebas no es todo lo que puede hacer. También prepara informes de unos antecedentes suministrados, rellena formularios, sirve como un exacto registro de datos, de expedientes académicos.

—¡Naderías!

Lanning dijo:

—En absoluto, como le demostraré dentro de un instante. Pero creo que podríamos discutir esto con mayor comodidad en su despacho, si no tiene nada que objetar.

—No, naturalmente que no —

comenzó el profesor mecánicamente y dio medio paso como si se fuese a darse la vuelta.

Luego prosiguió:

—Pero ese robot... No podemos quedarnos con el robot. De veras, doctor, deberá hacer que lo embalen de nuevo.

—Hay tiempo de sobras. Podemos dejar a Easy aquí.

—¿Sin que nadie lo vigile?

—¿Y por qué no? Sabe que está aquí para quedarse. Profesor Goodfellow, es necesario que entienda que un robot es mucho más de fiar que un ser humano.

—Yo sería el responsable de

cualquier daño que...

—No habrá ninguna clase de daños. Se lo garantizo. Mire, ya no son horas de trabajo. Me imagino que espera que no haya nadie por aquí hasta mañana por la mañana. El camión y mis hombres están afuera. «U.S. Robots» asumirá cualquier responsabilidad que pueda presentarse. Pero no habrá ninguna. Si lo desea, llámelo una demostración de lo fiable que es el robot.

El profesor se permitió dejar que lo sacasen del almacén. Pero tampoco se encontró muy cómodo en su despacho, situado cinco pisos más arriba.

Se enjugó con un pañuelo blanco la

hilera de gotitas que perlaban la mitad inferior de su frente.

—Como sabe muy bien, doctor Lanning, existen leyes contra el empleo de robots en la superficie de la Tierra —apuntó en primer lugar.

—Las leyes, profesor Goodfellow, no son algo sencillo. Los robots no pueden usarse en las obras públicas o en el interior de estructuras privadas, excepto bajo ciertas limitaciones que, por lo general, convierten las cosas en algo prohibitivo. Sin embargo, la Universidad es una gran institución de propiedad privada que, por lo común, recibe un tratamiento preferente. Si el

robot se emplea sólo en una sala específica y sólo para fines académicos, si se observan otras reglamentaciones y si los hombres y mujeres que, de forma ocasional, penetren en la estancia cooperan de manera total, podríamos permanecer dentro de la ley.

—¿Pero, tantos problemas sólo para hacer de corrector de galeradas?

—Las utilizaciones podrían ser infinitas, profesor. Hasta ahora, el trabajo de los robots sólo se ha empleado para aliviar los trabajos pesados. ¿Pero no existe algo parecido en lo que se refiere a los trabajos duros mentales? Cuando un profesor, que es

capaz de los mayores pensamientos creativos, se ve forzado a pasar penosamente dos semanas comprobando las erratas de unas pruebas de imprenta, y yo le ofrezco una máquina que efectúa lo mismo en sólo treinta minutos, ¿podemos llamar a eso una cosa baladí?

—Pero el precio...

—No necesita preocuparse por el precio. Usted no puede comprar el EZ-27. «E.U. Robots» no vende sus productos. Pero la Universidad puede alquilar el EZ-27 por mil dólares al año, algo considerablemente más barato que una grabación continua de un solo espectrógrafo de microondas.

Goodfellow parecía asombrado. Leanning se aprovechó de su ventaja y añadió:

—Sólo le pido que presente el caso a cualquier grupo que sea el que tome aquí las decisiones. Me agradaría mucho poder hablarles en el caso de que deseen mayor información.

—Está bien —replicó Goodfellow con tono dubitativo—. Lo presentaré ante la reunión del Consejo de la semana próxima. De todos modos, no le puedo prometer aún nada definitivo al respecto.

—Naturalmente —contestó Lanning.

El fiscal de la acusación era bajo, rechoncho y se mantenía en pie más bien de forma portentosa, una postura que tenía el efecto de acentuar su doble papada. Se quedó mirando al profesor Goodfellow, una vez que hubo prestado testimonio, y dijo:

—Se mostró de acuerdo demasiado aprisa, ¿no es verdad?

El profesor respondió con gran brío:

—Supongo que estaba ansioso por desembarazarse del doctor Lanning. Me hubiera mostrado de acuerdo con cualquier cosa.

—¿Con intención de olvidarse de todo una vez se hubiera marchado?

—Bueno...

—Sin embargo, usted presentó el asunto ante una reunión de la junta ejecutiva del senado de la universidad.

—Sí, lo hice.

—Por lo tanto, convino de buena fe a las sugerencias del doctor Lanning. No quiso seguir adelante sólo en plan fingido. En realidad se mostró entusiasmado al respecto, ¿no es verdad?

—Me limité a seguir los procedimientos ordinarios.

—En realidad, no se hallaba tan alterado ante el robot como ahora está alegando que sucedió. Usted conoce las

Tres Leyes de la Robótica, y también era sabedor de ellas en el momento en que se entrevistó con el doctor Lanning.

—Sí...

—¿Y estaba dispuesto a dejar por completo desatendido a un robot muy grande?

—El doctor Lanning me aseguró que...

—Y, naturalmente, jamás hubiese aceptado sus seguridades si hubiese tenido la menor duda respecto de que el robot pudiese ser peligroso en lo más mínimo.

El profesor comenzó a decir con gran frialdad:

—Presté toda mi confianza a la palabra de...

—Eso es todo —le cortó bruscamente el fiscal.

Mientras el profesor Goodfellow, un tanto agitado, aún seguía allí de pie, el magistrado Shane se inclinó hacia delante y dijo:

—Puesto que yo no soy un hombre ducho en robótica, me gustaría saber exactamente qué son esas Tres Leyes de la Robótica. ¿Le importaría al doctor Lanning citarlas en beneficio del tribunal?

El doctor Lanning pareció

desconcertado. Virtualmente había estado con la cabeza juntada con la mujer de cabellos grises que se encontraba a su lado. Se puso ahora en pie y la mujer levantó también la mirada de manera inexpresiva.

El doctor Lanning dijo:

—Muy bien, Su Señoría.

Hizo una pausa como si estuviese a punto de lanzarse a pronunciar un gran discurso, y prosiguió con una rabiosa claridad.

—Primera Ley: un robot no puede dañar a un ser humano, o, por inacción, permitir que un ser humano llegue a ser lastimado. Segunda Ley: un robot debe

obedecer las órdenes dadas por un ser humano, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley. Tercera Ley: un robot debe proteger su propia existencia mientras dicha protección no entre en conflicto con la Primera o Segunda Ley.

—Comprendo —replicó el juez, tomando notas con rapidez—. Estas Leyes están incorporadas a cada robot, ¿no es verdad?

—En todos ellos. Es algo que realiza rutinariamente cualquier robotista.

—¿Y específicamente al Robot EZ-27?

—Sí, Su Señoría.

—Probablemente se le requerirá para que repita esas declaraciones bajo juramento.

—Estoy dispuesto a hacerlo, Su Señoría.

Y se sentó de nuevo.

La doctora Susan Calvin, robopsicóloga en jefe de «E.U. Robots», que era la mujer de cabellos grises que se sentaba al lado de Lanning, miró a su titular superior sin ninguna condescendencia, pero tampoco se mostraba condescendiente con ningún ser humano.

Dijo:

—¿Ha sido exacto el testimonio de Goodfellow, Alfred?

—En lo esencial, sí —musitó Lanning—. No estaba tan nervioso como dice acerca del robot, y más bien lo suficientemente ansioso para hablar de asuntos de negocios conmigo cuando se enteró del precio. Pero no parece existir ninguna drástica distorsión.

La doctora Calvin dijo pensativamente:

—Hubiera sido más prudente poner un precio por encima de los mil dólares.

—Estábamos muy ansiosos de colocar a Easy.

—Lo sé. Tal vez demasiado

ansiosos. Podrían tratar de hacer parecer como si tuviésemos algún motivo ulterior.

Lanning parecía exasperado.

—Lo hicimos. Admití eso en la reunión del Consejo de la Universidad.

—Pueden intentar que parezca como si tuviésemos otro objetivo, además del que hemos admitido.

Scott Robertson, hijo del fundador de «E.U. Robots» y aún propietario de la mayor parte de las acciones, se inclinó desde el otro lado de la doctora Calvin y dijo, en una especie de explosivo susurro:

—¿Por qué no hace hablar a Easy

para que sepamos dónde estamos realmente?

—Ya sabe que él no puede hablar acerca de eso, señor Robertson.

—Consígalo. Usted es la psicóloga, doctora Calvin. Haga que hable.

—Si la psicóloga soy yo, señor Robertson —replicó fríamente Susan Calvin—, permítame adoptar las decisiones. Mi robot no hará cualquier cosa al precio de su bienestar.

Robertson frunció el ceño e iba a contestar, pero el magistrado Shane estaba dando golpes con su maza de una forma más bien educada y, a regañadientes, se quedaron silenciosos.

Francis J. Hart, jefe del Departamento de inglés y decano de los Estudios para graduados, se hallaba en aquel momento en el estrado. Era un hombre regordete, trajeado meticulosamente con prendas oscuras de un corte conservador y poseedor de varios mechones de cabello que cruzaban la rosada parte superior de su cráneo.

Se hallaba muy retrepado hacia atrás en la silla del estrado de los testigos, con las manos muy bien dobladas encima del regazo y exhibiendo, de vez en cuando, una sonrisa con los labios muy apretados.

Dijo:

—Mi primera conexión con el asunto del Robot EZ-27 fue con motivo de la sesión del Consejo Ejecutivo de la Universidad, en la cual se presentó este tema por parte del profesor Goodfellow. Posteriormente, el diez de abril del año pasado, tuvimos una sesión especial acerca de este asunto, en la cual yo ocupé la presidencia.

—¿Se han conservado las actas de la reunión del Comité Ejecutivo? Es decir, de esa reunión especial...

—Pues no. Constituyó más bien una reunión extraordinaria.

El decano sonrió fugazmente.

—Creímos que debía permanecer con carácter confidencial.

—¿Y qué ocurrió en esa reunión?

El decano Hart no se encontraba muy a gusto presidiendo aquella reunión. Ni tampoco los demás miembros congregados estaban por completo calmados. Sólo el doctor Lanning parecía hallarse en paz consigo mismo. Su alta y demacrada figura y la melena de cabello blanco que la coronaba, le hacían recordar a Hart los retratos que había visto de Andrew Jackson.

Los ejemplos de las tareas del robot se hallaban esparcidos por las regiones

centrales de la mesa, y la reproducción de un gráfico trazado por el robot se encontraba ahora en manos del profesor Minott de Química física. Los labios del químico estaban retorcidos en una obvia aprobación.

Hart se aclaró la garganta y dijo:

—No existe la menor duda de que el robot puede llevar a cabo algunas tareas rutinarias dentro de una adecuada competencia. He estado inspeccionando esto, por ejemplo, poco antes de entrar aquí, y se pueden encontrar muy pocos fallos.

Cogió una larga hoja de impresora, unas tres veces más larga que la página

media de un libro. Se trataba de una hoja de pruebas de galeradas, previstas para que las corrigieran los autores antes de que los caracteres se compaginasen. A lo largo de los anchos márgenes de la galerada se encontraban todos los signos de corrección, muy claros y en extremo legibles. De vez en cuando, una voz impresa aparecía tachada y una palabra nueva la sustituía en el margen, con unos caracteres tan finos y regulares que podía haber estado también impresa como las demás. Algunas de las correcciones se habían escrito en color azul para indicar que el error original cabía achacarlo al autor, otras aparecían

en color rojo, donde el error había sido cometido en la imprenta.

—En realidad —siguió Lanning—, lo que puede aducirse como errores es escasísimo. Incluso diré que no es posible encontrar ningún tipo de error, doctor Hart. Estoy seguro de que las correcciones son perfectas, en la medida en cómo se entregó el manuscrito original. Si el manuscrito cotejado con las galeradas corregidas tenía alguna falta que, en realidad, no correspondiera al idioma inglés, en este caso el robot no es competente para corregir el posible error.

—Aceptamos eso. Sin embargo, el

robot ha corregido en ocasiones el orden de las palabras, y no creo que las reglas del idioma inglés sean lo suficientemente estrechas para nosotros como para estar seguros de que, en cada caso, la elección del robot haya sido la correcta.

—El cerebro positrónico de Easy —contestó Lanning, mostrando unos dientes largos al sonreír— se ha modelado de acuerdo con los contenidos de todas las obras básicas acerca de este tema. Estoy seguro de que no puede señalar un caso en que la elección del robot haya sido incorrecta de forma clarísima.

El profesor Minott alzó la mirada del gráfico que aún sostenía en la mano.

—Lo que a mí me preocupa, doctor Lanning, es que no necesitamos en absoluto un robot, dadas todas las dificultades en relaciones públicas que debemos afrontar. La ciencia de la automación ha alcanzado seguramente un punto en el que su empresa sea capaz de diseñar una máquina, un ordenador de tipo corriente, conocido y aceptado por el público, con la competencia suficiente para la corrección de galeradas.

—Estoy seguro de que podríamos hacerlo —replicó envaradamente

Lanning—, pero una máquina así requeriría que las galeradas se tradujeran a unos símbolos especiales o, por lo menos, hubiera que transcribirlas a unas cintas. Cualquier corrección posible también aparecería en forma de símbolos. Necesitaría tener a unos hombres dedicados a traducir las palabras a símbolos y los símbolos a palabras. Además, un ordenador de esta clase no podría ejecutar ninguna tarea diferente. No podría trazar la gráfica que ahora, por ejemplo, tiene en la mano...

Minott emitió un gruñido.

Lanning prosiguió:

—El sello característico de un robot positrónico radica en su flexibilidad. Puede realizar un gran número de tareas. Está diseñado igual que un hombre, por lo que puede utilizar herramientas y máquinas que, a fin de cuentas, se han diseñado para que las utilicen los hombres. Puede hablar con usted y usted puede hablar con él. Y hasta cierto punto incluso es posible razonar con el robot. Comparado con el robot más sencillo, un ordenador corriente, con un cerebro no positrónico, es sólo una pesada máquina de calcular.

Goodfellow alzó la mirada y dijo:

—Si podemos hablar y razonar con

el robot, ¿cuáles son nuestras posibilidades de llegar a confundirlo? Supongo que carece de capacidad para absorber una cantidad infinita de datos.

—No, no puede. Pero durará unos cinco años dentro de un empleo ordinario. Ya es sabido que cuando necesite que lo despejen, la empresa realiza esa tarea sin presentar ningún tipo de cargo.

—¿La compañía hará eso?

—Sí. La empresa se reserva el derecho del servicio técnico al robot cuando sobrepase el curso ordinario de sus tareas. Ésta es la razón de que conservemos el control sobre nuestros

robots positrónicos y los alquilemos en vez de venderlos. En el desarrollo de sus funciones ordinarias, cualquier robot puede ser dirigido por cualquier hombre. Más allá de sus tareas específicas, un robot necesita que lo maneje un experto, y somos nosotros los que podemos prestar esos servicios. Por ejemplo, cualquiera de ustedes puede ajustar un robot EZ en cierta extensión, sólo con decirle que debe borrar esto o aquello. Pero deberían emitir esta orden de cierta manera para que no olvide demasiado o demasiado poco. Y nosotros detectamos esos fallos, puesto que hemos insertado algunos tipos de

seguros. Sin embargo, dado que no hay necesidad de borrar todas las cosas de un robot que se refieran a su trabajo ordinario, o para hacer otras inútiles, todo ello no representa ningún problema.

El decano Hart se tocó la cabeza como para asegurarse de que sus cuidadosamente atendidos mechones se encontraban bien distribuidos al azar.

Luego dijo:

—Usted desea que nos quedemos con la máquina. Pero, probablemente, esto constituya una mala proposición por parte de «E.U. Robots». Mil dólares al año de alquiler es un precio

ridículamente bajo. ¿Tienen tal vez la esperanza de alquilar otras máquinas semejantes a otras Universidades a un precio más razonable?

—Ciertamente existe una esperanza de ese tipo —replicó Lanning.

—Pero, incluso así, el número de máquinas que puedan alquilar sería limitado. Dudo que de esta forma hagan un buen negocio.

Lanning apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó nerviosamente hacia delante.

—Caballeros, permítanme explicarles las cosas con claridad. Los robots no se pueden emplear en la

Tierra, excepto en algunos casos especiales, dado que existe un fuerte prejuicio contra ellos por parte de la gente. «E.U. Robots» es una empresa de gran éxito sólo con nuestros mercados extraterrestres y de los vuelos espaciales, por no decir nada en lo que se refiere a nuestras filiales de ordenadores. Sin embargo, nos preocupan otras cosas además de únicamente los beneficios. Nuestra empresa cree que el empleo de robots en la propia Tierra significaría, llegado el momento, una vida mucho mejor para todos, aunque, al principio, se produjeran algunas perturbaciones de

tipo económico.

»Como es natural, los sindicatos están en contra de nosotros, pero seguramente podemos esperar cooperación de las grandes Universidades. El robot, Easy, les facilitará el trabajo en el papeleo académico, siempre y cuando, como es natural, le permitan hacerse cargo del papel de corrector de galeradas. Otras Universidades e instituciones de investigación les imitaran en esto, y si la cosa funciona, tal vez otros robots de otros tipos lleguen a colocarse y las objeciones públicas irán desapareciendo poco a poco.

Minott murmuró:

—Hoy, la Universidad del Nordeste; mañana, el mundo.

Furioso, Lanning musitó a Susan Calvin:

—Yo no fui tan elocuente y ellos tampoco se mostraron tan reluctantes. Por mil dólares al año de alquiler se mostraron ansiosos por quedarse con Easy. El profesor Minott me dijo que jamás había visto un trabajo tan magnífico, y que ni en la gráfica que tenía en la mano, ni en las galeradas, ni en ninguna parte, aparecía el menor error. Hart lo admitió también con entera libertad.

Las severas arrugas verticales en el rostro de la doctora Calvin no se suavizaron.

—Debías haberles pedido más dinero del que podían pagar, y dejar luego que te lo regatearan.

—Tal vez —gruñó.

El fiscal aún no había acabado con el profesor Hart.

—Después de que se fuera el doctor Lanning, ¿votaron acerca de quedarse con el Robot EZ-27?

—Sí, así lo hicimos.

—¿Y cuál fue el resultado?

—La mayoría de los votos se decantaron por la aceptación.

—¿Y lo que dijo usted influyó en la votación?

La defensa objetó al instante la pregunta.

El fiscal la planteó de otra manera:

—¿Qué es lo que le influyó, personalmente, en su voto individual? Porque supongo que usted votaría a favor.

—Voté a favor, sí. Y lo hice, sobre todo, porque había quedado impresionado por la convicción del doctor Lanning respecto de que era nuestro deber, como miembros de la clase dirigente intelectual, permitir que la Robótica ayudase al Hombre en la

solución de sus problemas.

—En otras palabras, el doctor Lanning le convenció.

—Ése es su trabajo. Y lo hizo muy bien.

—Su testigo...

El defensor se acercó a la silla del testigo y miró atentamente durante unos largos momentos al profesor Hart. Dijo:

—En realidad, se encontraba más bien ansioso por tener a su servicio al Robot EZ-27, ¿no es cierto?

—Creíamos que si era capaz de realizar el trabajo, en ese caso podía ser muy útil.

—¿Si podía hacer el trabajo? Me ha

parecido comprender que usted examinó las muestras del trabajo original del Robot EZ-27 con gran cuidado, aquel día de la reunión, tal y como nos acaba de describir.

—Sí, lo hice. Dado que el trabajo de la máquina tenía que ver, ante todo, con el manejo del idioma inglés, y puesto que es mi campo de competencia, parecía lógico que fuese yo el elegido para examinar el trabajo.

—Estupendo. ¿Había algo de lo exhibido en la mesa, en el momento de la reunión, que fuese menos que satisfactorio? Yo tengo, como prueba, reunido aquí todo ese material. ¿Puede

indicar algún objeto que no sea satisfactorio?

—Pues...

—Es una pregunta sencilla. ¿Había alguna cosa individual que fuese insatisfactoria? Usted lo inspeccionó. ¿Había algo?

El profesor de inglés frunció el ceño.

—No lo había.

—También tengo algunas muestras de los trabajos realizados por el Robot EZ-27 en el transcurso de sus catorce meses como empleado en la Nordeste. ¿Podría examinarlos y decirme si existe algo erróneo en ellos, aunque sea sólo

en uno?

Hart contraatacó:

—Incluso cuando cometía un error era una auténtica maravilla.

—¡Conteste a mi pregunta —casi vociferó el abogado defensor— y sólo a la pregunta que le estoy haciendo! ¿Hay algo que esté mal en todas esas cosas?

El decano Hart miró con cautela cada uno de los artículos.

—En realidad, nada...

—Dejando aparte el asunto del que hemos estado tratando, ¿sabe de algún error cometido por parte del EZ-27?

—Pues dejando de lado el asunto que ha dado lugar a este juicio, no.

El defensor se aclaró la garganta, como para señalar el final de un párrafo.

Dijo:

—Tratemos ahora acerca del voto referente a si debía o no emplearse el Robot EZ-27. Usted ha manifestado que una mayoría se mostró a favor. ¿Cuál fue el resultado exacto de la votación?

—Creo recordar que trece a uno.

—¡Trece a uno! Eso es algo más que una mayoría, ¿no le parece?

—¡No, señor!

Todo lo que el decano Hart tenía de pedante pareció excitarse:

—En el idioma inglés, la palabra «mayoría» significa «más de la mitad».

Trece a uno es una mayoría, y nada más.

—Pero se trata de una mayoría casi unánime.

—¡Pero no deja de ser una mayoría!

El defensor no quiso perder su terreno.

—¿Y de quién fue el único voto en contra?

El decano Hart pareció encontrarse de lo más incómodo.

—El profesor Simon Ninheimer.

El defensor fingió asombro.

—¿El profesor Ninheimer? ¿El jefe del Departamento de Sociología?

—Sí, señor.

—¿El demandante?

—Sí, señor.

El defensor retorció los labios.

—En otras palabras, al parecer el hombre que ha presentado una demanda, exigiendo una indemnización de 750.000 dólares contra mi cliente, «Robots Estados Unidos y Compañía de Hombres mecánicos», fue el único que, desde el principio, se opuso al empleo del robot, aunque todos los demás en el Comité Ejecutivo del Consejo de la Universidad se hallaban persuadidos de que se trataba de una buena idea.

—Votó en contra de la moción, como estaba en realidad en su derecho.

—En su descripción de la reunión no

hizo referencia a ninguna clase de observaciones por parte del profesor Ninheimer. ¿Realizó alguna?

—Creo que habló.

—¿Sólo lo cree?

—Bueno, sí, habló.

—¿Contra el empleo del robot?

—Sí.

—¿Se mostró violento al respecto?

El decano Hart hizo una pausa.

—Se mostró muy vehemente.

El abogado defensor se puso confidencial.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce al profesor Ninheimer, decano Hart?

—Unos doce años.

—¿Y lo conoce razonablemente bien?

—Yo diría que más bien sí.

—Así, pues, conociéndole, ¿diría usted que era la clase hombre que puede continuar manteniendo resentimiento contra un robot, sobre todo a causa de una votación contraria que...

El fiscal interrumpió el resto de la pregunta con una indignada y violenta objeción por su parte. El defensor indicó que había concluido con el testigo y el magistrado Shane señaló una interrupción para el almuerzo.

Robertson mordisqueó su bocadillo.

La compañía no iría a la quiebra por una pérdida de tres cuartos de millón de dólares, pero esta merma no sería nada particularmente bueno. Además, era consciente de que habría también una secuela más larga y costosa en lo referente a la situación en las relaciones públicas.

Dijo con amargura:

—¿Por qué todo ese tejemaneje respecto a cómo ingresó Easy en la Universidad? ¿Qué esperan lograr?

El abogado defensor respondió con tranquilidad:

—Un juicio ante los tribunales es algo parecido a una partida de ajedrez.

Por lo general, el ganador suele ser el que puede prever más movimientos con antelación, y mi amigo que se encuentra en el estrado de la acusación, no es ningún principiante. Pueden mostrar los daños; eso no constituye ningún problema. Su esfuerzo principal radica en anticiparse a nuestra defensa. Deben de contar ya con que nosotros intentemos mostrar que Easy no pudo con toda probabilidad cometer el delito..., a causa de las leyes de la Robótica.

—Muy bien —replicó Robertson—. Ésa es nuestra defensa. Una de lo más impenetrable.

—Para un ingeniero robótico. Pero

no necesariamente para un juez. Ellos se han situado en una posición desde la cual pueden demostrar que EZ-27 no era un robot corriente. Era el primero de su tipo en ser ofrecido al público. Se trataba de un modelo experimental que necesitaba de unas pruebas de campo, y la Universidad constituía la única manera decente de proporcionar una prueba de esa clase. Esto podría parecer plausible a la luz de los grandes esfuerzos realizados por parte del doctor Lanning para colocar el robot y lo bien dispuesto que estaba «E.U. Robots» a alquilarlo por tan poco dinero. El fiscal argumentará entonces

que la prueba de campo probó que Easy presentaba un fallo. ¿Se da cuenta ahora del propósito respecto de lo que se halla en juego?

—Pero EZ-27 era un modelo de lo más óptimo —replicó Robertson—. Era el vigésimo séptimo en producción.

—Ése es un punto particularmente malo —repuso el abogado defensor sombríamente—. ¿Qué pasó con los primeros veintiséis? Obviamente, algo sucedería. ¿Y por qué no iba a pasar también algo con el que hacía el vigésimo séptimo?

—No pasó nada con los primeros veintiséis, excepto que no eran lo

suficientemente complejos para la tarea que se exigía. Fueron además los primeros cerebros positrónicos que se construyeron y había que realizar muchas pruebas de aciertos y errores. Pero todos ellos estaban provistos de las Tres Leyes. No hay ningún robot, por imperfecto que sea, que no se atenga a las Tres Leyes.

—El doctor Lanning ya me ha explicado eso, señor Robertson, y no tengo el menor inconveniente en aceptar su palabra al respecto. Sin embargo, el juez tal vez no lo considere así. Esperamos una decisión por parte de un hombre honesto e inteligente, que carece

de conocimientos de robots y las cosas pueden ir por mal camino. Por ejemplo, si usted o el doctor Lanning o la doctora Calvin suben al estrado y declaran que todos los cerebros positrónicos se construyen según el principio de «acierto y error», como acaba de decir, el fiscal les hará pedazos en un careo. Nada podría entonces salvar nuestro pleito. Se trata de algo que debemos evitar.

Robertson gruñó:

—Si Easy pudiese hablar...

El abogado defensor se encogió de hombros.

—Un robot no es competente en

calidad de testigo, por lo que eso tampoco nos serviría de nada.

—Pero, por lo menos, conoceríamos parte de los hechos. Sabríamos cómo llegó a ocurrir una cosa así.

Susan Calvin estalló. Sus mejillas empezaron a enrojecerse y su voz mostró un poco de calidez.

—Sabemos cómo lo hizo Easy. ¡Se le ordenó hacerlo! Ya lo he explicado al consejo y se lo explicaré ahora a usted.

—¿Y quién se lo ordenó? —preguntó Robertson honradamente asombrado.

(«Nadie me había dicho nada —pensó resentido—. Esa gente de

investigación se consideran ellos los amos de "E.U. Robots", Dios santo...»)

—Fue el demandante —explicó la doctora Calvin.

—Santo cielo... ¿y por qué?

—Aún no lo sé. Tal vez para que así se presentase un pleito y poder ganar dinero.

Sus ojos azules destellaron mientras la doctora lo explicaba.

—En ese caso, ¿por qué no lo dijo Easy?

—¿No resulta obvio? Se le ordenó que permaneciera en silencio respecto de este asunto.

—¿Y por qué debería ser tan obvio?

—inquirió truculentamente Robertson.

—Bueno, en realidad resulta obvio para mí. La psicología de los robots constituye mi profesión. Aunque Easy no responda a las preguntas directas acerca de la cuestión, sí responderá en lo que se refiera a algunos asuntos colaterales al asunto en sí. Al medir el creciente titubeo en sus respuestas en la medida en que se vayan aproximando a la pregunta central, midiendo el área en que se halla en blanco y la intensidad de la colocación de los contrapotenciales, será posible, con precisión científica, que sus problemas no sean más que el resultado de una orden para que no

hable, apoyándose su fuerza en la Primera Ley. En otras palabras, se le ha dicho que, si habla, se infligirá un daño a un ser humano. Presumiblemente, ese daño afectaría al incalificable profesor Ninheimer, el demandante, el cual, para el robot, no deja de representar a un ser humano.

—En tal caso —intervino Robertson —, ¿no le puede explicar que, si se mantiene en silencio, el daño alcanzará a «E.U. Robots»?

—«E.U. Robots» no es un ser humano y la Primera Ley de la Robótica no reconoce a una empresa como si se tratase de una persona, de la forma

ordinaria en que actúan esas leyes. Además, resultaría peligroso intentar levantar esa especie particular de inhibición. La persona que la ha producido es la que podría alzar la prohibición de manera menos peligrosa, porque las motivaciones del robot a ese respecto se hallan centradas en dicha persona. Cualquier otro curso de acción...

Meneó la cabeza y cada vez comenzó a apasionarse más y más:

—¡No permitiré que el robot resulte dañado!

Lanning la interrumpió con aspecto de tratar de aportar un poco de cordura a

aquel problema.

—A mí me parece que sólo podemos probar que un robot es incapaz del acto por el que se le acusa a Easy. Eso sí podemos hacerlo.

—Exactamente —repuso el defensor, un tanto enfadado—. Eso es lo que cabe hacer. El único testigo capaz de testimoniar acerca del estado de Easy y de la naturaleza de la condición mental de Easy son los empleados de «E.U. Robots». El juez no podrá aceptar su testimonio como carente en absoluto de prejuicios.

—¿Y cómo puede negarse al testimonio de los expertos?

—Pues oponiéndose a que le puedan llegar a convencer. Ése es su derecho en tanto que juez. Contra la alternativa de que un hombre, como el profesor Ninheimer, de una manera deliberada haya puesto en peligro arruinar su propia reputación, incluso por una considerable cantidad de dinero, el juez no aceptará sólo los tecnicismos de sus ingenieros. A fin de cuentas el juez es un hombre. Si debe elegir entre un hombre que haga una cosa imposible y un robot que también efectúe algo fuera de lo corriente, es de lo más probable que se decida en favor del hombre.

—Un hombre si puede hacer algo

imposible —replicó Lanning—, porque no conocemos todas las complejidades de la mente humana y no sabemos, en una mente humana dada, qué resulta ser imposible y qué no lo es. Pero si sabemos lo que resulta por completo imposible en un robot.

—En realidad, debemos de tratar de convencer al juez de todo eso —replicó cansinamente el defensor.

—Si todo lo que llega a decir es una cosa así —se quejó Robertson—, no sé cómo podrá salir adelante.

—Ya veremos. Es bueno saber y ser consciente de las dificultades implicadas, pero no debemos tampoco

desanimarnos demasiado. Yo también he intentado mirar hacia delante unos cuantos movimientos en este juego de ajedrez.

Hizo un movimiento firme en dirección de la robopsicóloga. Luego añadió:

—Con la ayuda de la buena dama que está allí.

Lanning miró de uno a otro y dijo:

—¿De qué demonios se trata?

Pero en aquel momento el alguacil introdujo la cabeza por la puerta de la sala y anunció, casi sin aliento, que el juicio iba a reanudarse.

Todos tomaron asiento, examinando

al hombre que había dado inicio a todo aquel problema.

Simon Ninheimer tenía una cabeza con un pelo rojizo que parecía plumón, una cara que se estrechaba más allá de una nariz picuda hasta terminar en una barbilla en punta; también tenía el hábito de titubear un poco a veces cuando iba a pronunciar palabras claves en su conversación, lo cual le confería el aire de buscar siempre una casi insoportable precisión. Cuando decía, por ejemplo, «el sol sale por... el Este», uno estaba seguro de que había considerado la posibilidad de que, algunas veces, se levantase por el Oeste.

El fiscal dijo:

—¿Se opuso usted al empleo del Robot EZ-27 por parte de la Universidad?

—En efecto, señor.

—¿Y por qué lo hizo?

—Me pareció que no acabábamos de comprender de una forma total las motivaciones de «E.U. Robots». No me fié ante su ansiedad por colocarnos el robot.

—¿Le pareció que era capaz de realizar el trabajo para el que presuntamente se hallaba diseñado?

—Sabía que existía un hecho para que no fuese así.

—¿Le importaría declararnos sus razones?

El libro de Simon Ninheimer titulado «Tensiones sociales relacionadas con los vuelos espaciales y su resolución», había tenido una elaboración de ocho largos años. La búsqueda de la precisión por parte de Ninheimer no se confinaba a su forma de hablar y, en un tema como el de la sociología, que casi por definición es imprecisa, le solía dejar indeciso.

Incluso cuando el material ya se hallaba en galeradas de imprenta, no tenía la sensación de haber terminado el trabajo. En realidad, le ocurría todo lo

contrario. Cuando se quedaba mirando aquellos largas pruebas impresas, sólo sentía que algo le acuciaba a tachar las líneas y volverlas a redactar de una forma diferente.

Jim Baker, instructor y muy pronto profesor ayudante de Sociología se encontró con Ninheimer, tres días después de que llegase la primera remesa de galeradas de parte del impresor, mirando abstraído aquel montón de papeles. Las galeradas se presentaban en tres copias: una para que las leyera Ninheimer, otra para que las corrigiera Baker de una manera independiente, y una tercera, con la

indicación de «Original», en la que se debían pasar las correcciones finales, tras una conferencia en la que se despejaban los posibles conflictos y desacuerdos al respecto. Aquélla era la política llevada a cabo en los diversos artículos en los que habían colaborado durante el transcurso de los tres años anteriores y la cosa había funcionado bien.

Baker, que era más joven y que poseía una voz baja y zalamera, llevaba sus propias pruebas de galeradas en la mano.

Se apresuró a manifestar:

—He corregido el primer capítulo y

contiene unos cuantos gazapos.

—El primer capítulo siempre los tiene —replicó Ninheimer algo distante.

—¿Quiere que lo repasemos ahora?

Ninheimer hizo un esfuerzo para enfocar con los ojos a Baker.

—No he repasado las galeradas, Jim. No creo que eso interese demasiado.

Baker pareció confuso.

—¿Que eso no importa dice?

Ninheimer curvó los labios.

—He pedido que... se lo encarguen a la máquina. A fin de cuentas, originalmente... se le presentó como un corrector tipográfico de galeradas. Me

han presentado un plan.

—¿La máquina? ¿Se refiere a Easy?

—Creo que ése es el bobo nombre que le han puesto.

—Pero, doctor Ninheimer, creí que usted lo había dejado de lado.

—Al parecer, fui el único en hacerlo. Tal vez debí aceptar mi parte en esas... ventajas...

—En ese caso, me parece que he perdido el tiempo corrigiendo las erratas en este primer capítulo —replicó pesaroso el hombre más joven.

—No se ha desperdiciado nada. Podemos comparar el resultado de la máquina con el tuyo para hacer una

verificación.

—Si lo desea, pero...

—Di...

—Dudo que encontremos algo que esté mal en el trabajo de Easy. Se supone que jamás comete un error.

—Ya lo veremos —replicó secamente Ninheimer.

Baker trajo otra vez el primer capítulo cuatro días después. Esta vez habían aprovechado la copia de Ninheimer, a la que habían quitado ya el adminículo especial construido para que pudiese trabajar Easy, así como el equipo que se utilizaba para ello.

Baker exultaba de júbilo.

—Doctor Ninheimer, no sólo ha encontrado todo lo marcado por mí, sino también una docena de erratas que me pasé por alto... Y todo el asunto no le llevó más allá de unos doce minutos...

Ninheimer se miró por encima la hoja, en la que aparecían en los márgenes unas marcas y símbolos por completo nítidos.

Dijo:

—No es tan bueno y tan completo como lo hubiéramos hecho tú y yo. Nosotros hubiéramos incluido una nota acerca del trabajo de Suzuki de los efectos neurológicos de una baja

gravedad.

—¿Se refiere a su artículo en Sociological Reviews?

—Naturalmente...

—Me parece que no puede esperar de Easy cosas imposibles. No puede leer por nosotros la bibliografía que va apareciendo.

—Ya me percato de ello. En realidad, ya he preparado la nota. Se la pasaré a la máquina y me aseguraré de que sabe cómo... encargarse de las notas.

—Lo sabrá hacer.

—Prefiero asegurarme.

Ninheimer tuvo que concertar una

cita para ver a Easy, y no pudo encontrar un momento mejor que quince minutos a últimas horas de la tarde.

Pero los quince minutos demostraron ser más que suficientes. El Robot EZ-27 comprendió al instante el asunto de insertar aquellas referencias.

Ninheimer se sintió incómodo al encontrarse por primera vez tan cerca del robot. De manera casi automática, como si se tratase de un ser humano, se encontró preguntando:

—¿Te hace feliz tu trabajo?

—Muy feliz, profesor Ninheimer —replicó solemnemente Easy, mientras las fotocélulas que formaban sus ojos

brillaban en su normal resplandor de un rojo profundo.

—¿Me conoces?

—Partiendo del hecho de que me ha proporcionado un material adicional para incluir en las galeradas, eso quiere decir que se trata del autor. Naturalmente, el nombre del autor aparece en la parte superior de cada una de las pruebas de galeradas.

—Comprendo... Así, pues, has hecho... deducciones. Dime —no pudo resistirse a la pregunta—, ¿qué te parece hasta ahora el libro?

Easy respondió:

—Me es muy agradable trabajar en

él.

—¿Agradable? Esa es una palabra muy rara para un... mecanismo carente de emociones. Me han asegurado que careces de emociones.

—Las palabras de su libro están de acuerdo perfectamente con mis circuitos —explicó Easy—. Presentan pocos contrapotenciales, por no decir ninguno. En mis vías cerebrales se puede traducir este hecho mecánico en una palabra del tipo «agradable». En un contexto emocional sí que es del todo fortuito.

—Comprendo. ¿Por qué has encontrado el libro placentero?

—Trata acerca de los seres

humanos, profesor, y no de materiales inorgánicos o de símbolos matemáticos. Su libro intenta comprender a los seres humanos y ayudar a incrementar la felicidad humana.

—¿Y eso es lo que intentas hacer, y la razón de que mi libro se halle de acuerdo con tus circuitos? ¿Es eso?

—Eso es, profesor.

Los quince minutos concluyeron. Ninheimer se fue y se dirigió a la biblioteca de la Universidad, donde estaban a punto de cerrar. Les pidió que esperasen el tiempo necesario pata encontrar un texto elemental acerca de Robótica. Luego, se lo llevó a su casa.

Excepto en lo que se refería al ocasional añadido de material de última hora, las galeradas siguieron entregándose a Easy, y a partir de él llegaban a manos de los editores, con pequeña intervención por parte de Ninheimer al principio, y ninguna ya más adelante.

Baker dijo, un tanto incómodo.

—Esto casi me da la sensación de que no sirvo para nada.

—Pues debería proporcionarte la sensación de tener tiempo para dedicarte a un nuevo proyecto —repuso Ninheimer, sin alzar la vista de las anotaciones que estaba realizando en el

último número de Social Science Abstracts.

—No estoy en absoluto acostumbrado. Sigo preocupándome por las galeradas. Es tonto, lo sé...

—Lo es...

—El otro día cogí un par de pruebas antes de que Easy las enviara...

—¡Qué!

Ninheimer alzó la mirada, frunciendo el ceño. Se le cayó el ejemplar de Abstracts que tenía en la mano.

—¿Estabas perturbando a la máquina mientras trabajaba?

—Sólo fue un momento. Todo estaba

bien. Oh, si, cambió una palabra. Usted hacía referencia a algo como «criminal» y el corrigió de estilo la palabra y puso en su lugar «imprudente». Le pareció que el segundo adjetivo se adecuaba mejor al contexto.

Ninheimer se quedó cada vez más pensativo.

—¿Y tú que crees?

—Pues yo me mostré de acuerdo con él. Quedaba mejor.

Ninheimer dio vuelta a su silla giratoria para enfrentarse con su joven ayudante.

—Mira una cosa, me gustaría que no lo volvieras a hacer. Si tengo que

emplear la máquina, me gustaría... poseer todas las ventajas que proporciona. Si debo emplearla y no poder contar con tus... servicios porque estás dedicado a supervisar el asunto, cuando lo que se afirma es que no se necesita de ninguna clase de revisión, en ese caso no gano nada. ¿Lo comprendes?

—Sí, doctor Ninheimer —replicó sumiso Baker.

Los primeros ejemplares de «Tensiones sociales...» llegaron al despacho del doctor Ninheimer el 8 de mayo. Los revisó brevemente, pasando páginas y deteniéndose para leer un párrafo aquí y allá. Luego dejó a un lado

los ejemplares.

Tal y como lo explicó más tarde, se olvidó del asunto. Durante ocho años había permanecido trabajando en el libro, pero ahora, tras tantos meses transcurridos, le habían atraído otros asuntos mientras Easy se había echado sobre sus espaldas la pesada tarea de corregir el libro. Ni siquiera pensó en donar el habitual ejemplar de obsequio del autor para la biblioteca de la Universidad. Ni siquiera Baker, que se había puesto a trabajar y que había dejado tranquilo al jefe del departamento, tras el sofión recibido en su última reunión, recibió un ejemplar.

El día 16 de junio acabó esta primera fase. Ninheimer recibió una llamada telefónica y miró sorprendido la imagen que salía por la placa.

—¡Speidell! ¿Está en la ciudad?

—No, señor. Me encuentro en Cleveland.

La voz de Speidell temblaba a causa de la emoción.

—¿Entonces, a qué viene esta llamada?

—Porque acabo de ojear su nuevo libro. Ninheimer, ¿se ha vuelto loco? ¿Ha perdido la cordura?

Ninheimer quedó envarado...

—¿Hay algo que esté... mal? —preguntó alarmado.

—¿Mal? Me refiero a la página 562. ¿Cómo demonios ha podido interpretar mi obra de la manera en que lo hace? ¿En qué lugar del artículo citado presento una alegación de que la personalidad criminal no existe, y qué es eso de que las agencias que velan por el cumplimiento de la ley son los verdaderos criminales? Aquí dice, permítame que se lo cite...

—¡Espere! ¡Espere! —gritó Ninheimer, tratando de encontrar la página—. Déjeme ver... Déjeme ver... ¡Dios santo!

—¿Y bien?

—Speidell... No sé cómo ha podido suceder esto. Jamás lo he escrito yo.

—¡Pero así ha salido impreso! Y esta distorsión no es lo peor. Mire la página 690 e imagínese lo que Ipatiev hará con usted cuando vea el estropicio que ha armado con sus descubrimientos... Mire, Ninheimer, el libro está lleno de este tipo de cosas. No sé qué ha estado pensando al respecto, pero lo único que se puede hacer con este libro es retirarlo del mercado. Y será mejor que se halle preparado para presentar unas extensas disculpas en la próxima reunión de la Asociación.

—Speidell, escuche...

Pero Speidell había desaparecido de la pantalla con tal violencia que, durante quince segundos, la placa estuvo brillando con imágenes posteriores a la llamada.

Fue entonces cuando Ninheimer empezó a revisar a fondo el libro y comenzó a marcar fragmentos con tinta roja.

Mantuvo los nervios en extremo calmados cuando se enfrentó a Easy otra vez, pero sus labios aparecían pálidos.

Le pasó el libro a Easy y dijo:

—¿Me haces el favor de leer los pasajes señalados en rojo en las páginas

562, 631, 664 y 690?

Easy lo hizo así tras echarles cuatro ojeadas.

—Sí, profesor Ninheimer.

—Pues esto no es lo que estaba en el original de las galeradas.

—No, señor. No estaba.

—¿Lo cambiaste tú para que ponga lo que dice ahora?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Señor, estos pasajes, tal y como se leían en su versión, eran de lo más desagradables para ciertos grupos de seres humanos. Sentí que resultaba aconsejable cambiar las expresiones

para evitar que unos seres humanos resultasen dañados.

—¿Y cómo te atreviste a hacer una cosa así?

—La Primera Ley, profesor, no me lo permitía, por inacción, dejar que unos seres humanos resultaran dañados. Ciertamente, considerando su reputación en el mundo de la Sociología y la amplia circulación que su libro recibiría entre los estudiosos, se hubiera llegado a infligir un daño considerable a cierto número de seres humanos de los que estaba hablando.

—¿Pero, no te das cuenta del daño que todas estas cosas me van a acarrear

a mí ahora?

—Era necesario elegir la alternativa que resultara un mal menor.

El profesor Ninheimer, temblando de furia, se alejó de allí. Resultaba claro para él que «E.U. Robots» le pediría cuentas por aquel asunto.

Se produjo una gran excitación en la mesa de la defensa, la cual aumentó a medida que el fiscal desarrollaba los puntos clave.

—¿Entonces el Robot EZ-27 le informó de que la razón para esta acción se basaba en la Primera Ley de la Robótica?

—Eso es correcto, señor.

—¿Y, en efecto, no le cabía la menor elección?

—Sí, señor.

—De lo cual se desprende que «E.U. Robots» diseñó un robot que tendría la necesidad de reescribir los libros de acuerdo con sus propias concepciones de lo que estaba bien. Y, sin embargo, lo hizo pasar por un simple corrector tipográfico de galeradas. ¿No le parece así?

El abogado defensor objetó con firmeza y al instante, señalando que al testigo le estaban pidiendo que adoptara una decisión sobre una materia en la que

carecía de competencia. El juez amonestó al fiscal en los términos usuales, pero no cupo la menor duda de que aquel intercambio había hundido a los demandados, sobre todo al abogado defensor.

La defensa pidió un breve aplazamiento antes de comenzar el contrainterrogatorio, empleando un tecnicismo legal al efecto, tras lo cual se le concedieron cinco minutos.

Se volvió hacia Susan Calvin.

—¿Es posible, doctora Calvin, que el profesor Ninheimer esté diciendo la verdad y que Easy se viese motivado por la Primera Ley?

Calvin apretó los labios y luego dijo:

—No. Eso no es posible. La última parte del testimonio de Ninheimer no deja de ser un deliberado perjurio. Easy no está diseñado para que sea capaz de juzgar las materias en el estadio de abstracción presentado por un libro avanzado de Sociología. No podría afirmar que ciertos grupos de seres humanos llegarían a verse lastimados por una frase en un libro de ese tipo. Simplemente, su mente no está construida para eso.

—Sin embargo, supongo que no podremos probar eso a un lego —

replicó pesimista el abogado defensor.

—No —admitió la Calvin—. La prueba seria altamente compleja. Nuestro único procedimiento continúa siendo el mismo. Debemos probar que Ninheimer miente, y nada de lo que ha dicho nos obliga a cambiar nuestro plan de ataque.

—Muy bien, doctora Calvin —respondió el abogado defensor—. Debo aceptar su palabra en este asunto. Seguiremos tal y como lo habíamos planeado.

En la sala, la maza del juez se levantó y cayó y el doctor Ninheimer ocupó una vez más el estrado de los

testigos. Sonrió un poco como alguien que percibe que su posición es inexpugnable y que más bien disfruta de la perspectiva de contrarrestar un ataque inútil.

El abogado defensor se aproximó con timidez y comenzó con voz suave:

—Doctor Ninheimer, ¿lo que pretende decir es que estaba del todo inconsciente de esos presuntos cambios en su manuscrito hasta la ocasión en que el doctor Speidell le llamó el dieciséis de junio?

—Eso es correcto, señor.

—¿No miró en ningún momento las galeradas después de que el Robot EZ-

27 hubo leído las pruebas?

—Al principio fue así, pero me pareció que se trataba de una tarea carente de utilidad. Confié en las alegaciones que había efectuado «E.U. Robots». Los cambios... absurdos se efectuaron sólo en la última cuarta parte del libro después de que, según imagino, el robot hubo aprendido lo suficiente en materia de Sociología...

—¡Nunca imagine nada! —le reconvino el abogado defensor—. Yo comprendo a su colega, el doctor Baker, que vio las ultimas galeradas por lo menos en una ocasión. ¿Recuerda haber prestado testimonio a este respecto?

—Sí, señor... Como dije, me explicó que había mirado una página, e incluso allí, el robot había cambiado una palabra.

El abogado defensor le interrumpió:

—¿No encuentra extraño, señor, que después de un año de implacable hostilidad hacia el robot, tras haber votado en contra de él en primer lugar, y haberse negado a que sirviera para cualquier tipo de uso, de repente usted decidiese poner su libro, su Magnum Opus, en sus manos?

—Yo no encuentro eso extraño. Simplemente decidí que yo también debía utilizar la máquina.

—¿Y se mostró tan confiado respecto del Robot EZ-27, así, tan de repente, hasta el extremo de no molestarse siquiera en comprobar las galeradas que corregía?

—Ya le dije que me encontraba... persuadido por la propaganda de «E.U. Robots».

—¿Tan persuadido que, cuando su colega, el doctor Baker, intentó comprobar al robot usted le reprendió enérgicamente?

—Yo no le reprendí. Simplemente le dije que no me gustaba que... perdiese el tiempo. Al menos, entonces pensé que constituía una pérdida de tiempo. No

capté el significado de aquel cambio de una palabra en el...

El defensor le interrumpió con pesado sarcasmo:

—No albergo la menor duda de que recibió instrucciones acerca de que el cambio de palabras quedase registrado.

Alteró su pregunta para impedir que le pusiesen objeciones.

—El punto principal en este asunto es que se mostró en extremo furioso con el doctor Baker.

—No, señor. No estaba furioso.

—Pero usted no le entregó un ejemplar de su libro cuando lo recibió.

—Fue, simplemente, un olvido.

Tampoco entregué a la biblioteca su ejemplar.

Ninheimer sonrió con cautela.

—Ya se sabe que los profesores son muy distraídos...

El abogado defensor dijo:

—¿No le parece extraño que, tras más de un año de un trabajo perfecto, el Robot EZ-27 se equivocase precisamente con su libro? ¿En un libro que había sido escrito por usted, que era, entre todas las demás personas, el más implacablemente hostil respecto del robot?

—Mi libro era la única obra de importancia que tratase acerca de la

Humanidad con el que tuvo que enfrentarse. Entonces fue cuando intervinieron las Tres Leyes de la Robótica.

—Ya van varias veces, doctor Ninheimer —añadió el defensor— que ha tratado de pasar por un experto en Robótica. Al parecer, de repente se ha empezado usted a interesar por la Robótica y ha sacado todos los libros acerca de este tema que había en la biblioteca. Usted ha testificado al respecto, ¿no es verdad?

—Un libro, señor. Y eso fue el resultado de lo que, al parecer, fue sólo una... natural curiosidad.

—¿Y eso le ha permitido explicar por qué el robot, tal y como usted alega, ha distorsionado su libro?

—Sí, señor.

—De lo más conveniente. ¿Pero está seguro de que su interés por la Robótica no ha tenido como finalidad permitirle manipular al robot respecto de las respuestas que ha dado?

Ninheimer se puso colorado.

—¡Claro que no, señor!

El abogado defensor elevó el tono de su voz:

—En realidad, ¿está seguro de que los presuntos pasajes alterados no se encontraban en primer lugar tal y como

ahora aparecen?

El sociólogo casi se levantó de un salto.

—Eso es... ridículo... Yo tuve las galeradas...

Presentaba dificultades para hablar y el fiscal se puso en pie para terciar con suavidad en el interrogatorio:

—Con vuestro permiso, Su Señoría, intento presentar como pruebas la serie de galeradas que hizo llegar el doctor Ninheimer al Robot EZ-27 y la serie de galeradas enviadas por correo por parte del Robot EZ-27 a los editores. Lo efectuaré ahora si mi estimado colega lo desea, y se muestra conforme en pedir

una interrupción del proceso para que se puedan comparar los dos juegos de galeradas.

El defensor hizo un gesto impaciente con la mano.

—Eso no será necesario. Mi honrado adversario puede presentar esas galeradas de la forma que mejor elija. Estoy seguro de que mostrará las discrepancias que alega el demandante como existentes. Lo que me gustaría saber del testigo, no obstante, es si él también tiene en su poder las galeradas del doctor Baker.

—¿Las galeradas del doctor Baker?

Ninheimer frunció el ceño. Ya no era

dueño de si mismo.

—¡Si, profesor! Me refiero a las galeradas del doctor Baker. Atestiguó al respecto que el doctor había recibido un ejemplar por separado de las galeradas. Me gustaría que el escribano forense leyera su testimonio si, de repente, presenta usted un tipo selectivo de amnesia. O si se trata sólo, como dijo antes, que los profesores son notoriamente muy despistados.

Ninheimer dijo:

—Me acuerdo de las galeradas del doctor Baker. No fueron necesarias una vez que el trabajo quedó a cargo de la máquina de corregir galeradas...

—¿Por lo tanto las quemó?

—No. Las tiré a la papelera.

—¿Quemarlas, tirarlas a la papelera..., qué diferencia hay? La cosa es que se desembarazó de ellas.

—No hay nada malo en ello —comenzó a decir Ninheimer con voz quebrada.

—¿Nada malo? —replicó como un trueno el abogado defensor—. No hay malo, excepto que ahora no tenemos ninguna posibilidad de comprobar si, en ciertas galeradas cruciales, no ha sustituido usted una galerada inofensivamente en blanco de la copia del doctor Baker por una hoja de su

propio ejemplar que deslizara de manera deliberada de tal forma que el robot se viese forzado a...

El fiscal gritó una furiosa objeción. El magistrado Shane se inclinó hacia delante, con su redondeado rostro realizando los mejores esfuerzos para asumir una expresión de ira equivalente a la intensidad de la emoción sentida por el hombre.

El juez dijo:

—Señor abogado, ¿tiene alguna prueba que respalde esa extraordinaria declaración que acaba de hacernos?

El defensor contestó en voz baja:

—Su Señoría, carezco de una prueba

directa. Pero me gustaría señalar que, considerada de una manera apropiada, la súbita conversión del demandante desde su antiroboticismo a su gran interés por la Robótica y su negativa a comprobar las galeradas, o a permitir que cualquier otra persona las revisara, sus cuidadosos esfuerzos por impedir que cualquier persona viese el libro inmediatamente después de su publicación, todo eso señala con claridad hacia...

—Señor abogado —le interrumpió impaciente el juez— éste no es el lugar adecuado para unas deducciones esotéricas. El demandante no se halla

sometido a juicio. Ni tampoco es usted su acusador privado. Le prohíbo esta línea de ataque y sólo puedo señalar que la desesperación que le ha inducido a hacer esto no le va a ayudar, sino que más bien debilitará su caso. Si tiene unas preguntas legítimas que efectuar, señor abogado, puede continuar con su contrainterrogatorio. Pero le prevengo contra otra exhibición de esa clase ante la sala.

—No tengo más preguntas, Su Señoría.

Robertson susurró acalorado cuando el abogado defensor regresó a su mesa:

—Por el amor de Dios, ¿qué bien

puede hacernos todo eso? Ahora el juez se ha puesto frontalmente en su contra.

El defensor repuso con toda calma:

—Pero Ninheimer está más bien desconcertado. Y le hemos preparado para el movimiento de mañana. Entonces estará ya maduro...

Susan Calvin asintió con gran seriedad.

En comparación, la actuación del fiscal fue bastante suave. El doctor Baker fue llamado y respaldó la mayor parte del testimonio de Ninheimer. Los doctores Speidell e Ipatiev fueron también citados ante el estrado, y

expusieron, de la forma mas abierta, su indignación y consternación ante la cita de varios pasajes en el libro del doctor Ninheimer. Ambos expresaron su opinión personal de que la reputación profesional del doctor Ninheimer había quedado gravemente malparada.

Se presentaron como prueba las galeradas, así como unos ejemplares del libro ya impreso.

La defensa no procedió a otros contrainterrogatorios aquel día. El fiscal tampoco actuó más y el juicio se aplazó hasta la mañana siguiente.

El abogado defensor realizó su primer movimiento al principio de la

sesión del segundo día. Requirió que se admitiera al Robot EZ-27 como espectador durante los procedimientos.

El fiscal se opuso al instante y el magistrado Shane convocó a ambas partes ante su estrado.

El fiscal dijo acaloradamente:

—Esto es obviamente ilegal. Un robot no puede penetrar en ningún edificio para ser usado por el público en general.

—Esta sala —señaló el abogado defensor— está cerrada para todo el mundo, excepción hecha de aquellos que tienen una relación inmediata con el juicio.

—Una gran máquina, con una conocida conducta errática perturbaría a mis clientes y a mis testigos con su presencia... Embrollaría todos los procedimientos.

El juez pareció inclinarse a estar de acuerdo. Se volvió hacia el defensor y le dijo reflejando una escasa simpatía:

—¿Cuáles son las razones de su petición?

El abogado defensor contestó:

—Es nuestra opinión que al Robot EZ-27 no le es posible, por la naturaleza de su construcción, portarse de la forma que se ha descrito que se ha comportado. Será necesario realizar

unas cuantas demostraciones.

El fiscal medió:

—No veo que eso sea necesario, Su Señoría. Las demostraciones llevadas a cabo por unos hombres que son empleados en «E.U. Robots» valen muy poco como prueba, dado que «E.U. Robots» es el demandado.

—Su Señoría —contraatacó el defensor—, la validez de cualquier prueba está encaminada a una decisión por su parte, y no por parte del ministerio fiscal. Por lo menos, ésta es mi presunción.

El magistrado Shane no tuvo más remedio que ejercer sus prerrogativas, y

contestó:

—Su presunción es correcta. De todos modos, la presencia aquí de un robot puede plantear importantes cuestiones legales.

—Naturalmente, Su Señoría, no se debe permitir que nada perjudique los requerimientos de la justicia. De no hallarse el robot presente, se nos impedirá presentar de modo adecuado nuestra defensa.

El juez consideró la cuestión.

—Habría el problema de transportar el robot hasta aquí.

—Ése es un problema con el que «E.U. Robots» tiene que tratar con gran

frecuencia. Tenemos aparcado un camión enfrente del tribunal, que está fabricado teniendo en cuenta las leyes que rigen el transporte de robots. El Robot EZ-27 se halla dentro, metido en un embalaje y con dos hombres que lo custodian. Las puertas del camión son apropiadamente seguras y se han tomado todas las demás precauciones que hacen al caso.

—Parece estar muy seguro —replicó el magistrado Shane, dando de nuevo muestras de mal humor— de la decisión acerca de este punto estará a su favor.

—En absoluto, Su Señoría. De no ser así, simplemente haremos regresar al

camión. No he realizado ningún tipo de presunciones respecto de cuál sería su decisión.

El juez asintió.

—Se autoriza el requerimiento presentado por el abogado defensor.

El embalaje fue transportado en una gran carretilla de ruedas, y los dos hombres que cuidaban de toda la operación lo abrieron a continuación. La sala quedó inmersa en un silencio total.

Susan Calvin aguardó mientras se acababan de quitar todos los precintos. Luego alargó una mano y dijo:

—Ven, Easy.

El robot miró en su dirección y extendió su gran brazo metálico. Tenía más de medio metro de altura por encima de ella, pero la atendió obedientemente como un niñito ante una orden de su madre. Alguien rió nerviosamente en la sala, pero la risilla se le estranguló ante una dura mirada por parte de la doctora Calvin.

Easy se sentó en una enorme silla que había traído el alguacil, que crujió un poco pero que resistió su peso.

El abogado defensor dijo:

—Cuando resulte necesario. Su señoría, demostraremos que éste es en

realidad el Robot EZ-27, el robot especifico que ha estado al servicio de la Universidad del Nordeste durante el período de tiempo que nos ocupa.

—Muy bien —dijo Su Señoría—. Eso será necesario. Por ejemplo, yo no tengo la menor idea de cómo se puede distinguir un robot de otro.

—Y ahora —prosiguió el defensor — me gustaría llamar al estrado a mi primer testigo. Profesor Simon Ninheimer, por favor.

El escribano forense vaciló y se quedó mirando al juez. El magistrado Shane preguntó, con visible sorpresa:

—¿Está llamando como testigo de la

defensa al propio demandante?

—Sí, Su Señoría.

—Confío en que sea consciente de que, en tanto en cuanto sea su testigo, no se le permitiría ninguna de las facultades de que disfrutaría de hallarse contrainterrogando a un testigo de la parte contraria.

El abogado defensor respondió con mucha suavidad.

—Mi único propósito en todo esto es llegar a la verdad. No será necesario más que efectuar unas preguntas muy educadas.

—Está bien —repuso el juez dubitativamente—. Usted es el que lleva

este caso. Llame al testigo.

Ninheimer ocupó el estrado y se le informó de que seguía bajo juramento. Parecía mucho más nervioso que el día anterior, y de lo más suspicaz.

Pero el abogado defensor le contempló con benignidad.

—En la actualidad, profesor Ninheimer, está usted demandando a mis clientes por una suma de 750.000 dólares.

—Ésa es la... suma. Sí.

—Es una gran cantidad de dinero.

—He sufrido una gran cantidad de perjuicios.

—Seguramente no tantos. El material

en cuestión sólo implica unos cuantos pasajes en un libro. Tal vez se trate de unos pasajes desafortunados, pero, a fin de cuentas, los libros aparecen a veces con errores muy curiosos.

Las ventanillas de la nariz de Ninheimer se estremecieron.

—Señor, este libro hubiera representado el ápice de mi carrera profesional. En vez de ello, me hace parecer un estudioso de lo más incompetente, un pervertidor de unos puntos de vista mantenidos por mis estimados amigos y ayudantes, y un partidario de unas concepciones ridículas... pasadas de moda. ¡Mi

reputación ha quedado alterada de manera irrecuperable! Jamás podré mantener la cabeza alta en cualquier... reunión de eruditos, sin tomar en consideración cómo termine este juicio. Ciertamente no podré continuar mi carrera, que ha constituido toda mi vida. El auténtico propósito de mi vida ha quedado... abortado y destruido.

El abogado defensor no hizo el menor ademán para interrumpir su discurso, pero se miró de forma abstraída las uñas mientras continuaba la perorata.

Siguió con un tono de voz muy atenuado:

—Pero, seguramente, profesor Ninheimer, a su actual edad ya no puede confiar en ganar más de, siendo muy generosos, unos 150.000 dólares durante el resto de su vida. Y lo que le está pidiendo al tribunal es que le ofrezca una recompensa cinco veces superior.

Ninheimer replicó con una aún mayor explosión emocional:

—No es sólo toda mi vida la que he arruinado. No sé aún por cuántas generaciones se me señalará por los sociólogos como... un loco o un maníaco. Mis auténticos logros quedarán enterrados e ignorados. No sólo quedaré arruinado hasta el día de mi muerte, sino

por todo el tiempo que seguirá después, porque siempre habrá gente que no se acabará de creer que todo haya sido obra de un robot, que fue el que realizó todos esos añadidos...

Fue en aquel momento cuando el Robot EZ-27 se puso en pie. Susan Calvin no realizó el menor movimiento para detenerle. Siguió sentada e inmóvil, mirando hacia delante. El abogado defensor suspiró imperceptiblemente.

La melodiosa voz de Easy se escuchó con total claridad.

Dijo:

—Me gustaría explicar a todo el mundo que inserté en las pruebas de

galeradas ciertos pasajes que parecían oponerse de una manera directa a todo lo que se había dicho previamente...

Incluso el ministerio fiscal se había quedado tan desconcertado ante el espectáculo de aquel robot de más de dos metros, que se levantaba para dirigirse al tribunal, que no fue capaz de pedir que se detuviese el procedimiento, que resultaba obviamente de lo más irregular.

Cuando pudo al fin serenarse, era ya demasiado tarde: Ninheimer se había levantado de la silla del estrado de los testigos, con el rostro demudado.

Gritó de modo salvaje:

—¡Maldita sea, tenías instrucciones de mantener la boca cerrada...!

Se ahogó y dejó de hablar. También Easy permaneció silencioso.

El fiscal se había ya levantado y exigía que el juicio fuese anulado. El magistrado Shane empezó a dar mazazos desesperadamente.

—¡Silencio! ¡Silencio! Existen todas las razones posibles para declarar la nulidad de las actuaciones, excepto que, en interés de la justicia, me gustaría que el profesor Ninheimer completase su declaración. Le he escuchado con la mayor claridad decirle al robot que el robot había recibido instrucciones para

mantener la boca cerrada respecto de algo. ¡En su testimonio, profesor Ninheimer, no realizó la menor mención a cualesquiera instrucciones impartidas al robot para que se mantuviese en silencio respecto de alguna cosa!

Ninheimer miró en silencio al juez.

El magistrado Shane prosiguió:

—¿Dio usted instrucciones al Robot EZ-27 para mantener silencio acerca de algo? Y de ser así, ¿acerca de qué?

—Su Señoría —comenzó Ninheimer con voz ronca, pero no pudo continuar.

La voz del juez se fue haciendo cada vez más cortante:

—¿En realidad ordenó que hiciese

los añadidos en cuestión en las galeradas y luego le ordenó al robot que mantuviese silencio respecto de su participación en este asunto?

El fiscal presentó con el mayor vigor su objeción, pero Ninheimer gritó:

—¿Y eso qué importa? ¡Sí! ¡Sí!

Y salió corriendo del estrado de los testigos. Se vio detenido en la puerta por el alguacil y se hundió desesperanzado en una de las últimas hileras de sillas, con la cabeza sepultada entre ambas manos.

El magistrado Shane prosiguió:

—Me resulta de lo más evidente que el Robot EZ-27 ha sido traído aquí para

realizar una artimaña. Pero hay que tener en cuenta que esta artimaña ha servido para impedir que se cometiese un error judicial, por lo que no puedo sancionar por desacato al abogado defensor. Ahora ha quedado claro, más allá de cualquier duda, de que el demandante ha cometido lo que para mi resulta un fraude por completo inexplicable, puesto que, aparentemente, sabia que iba a arruinar su carrera en el proceso...

La sentencia, naturalmente, fue favorable para la parte demandada.

La doctora Susan Calvin anunció su presencia en los edificios de la

residencia para solteros de la Universidad. El joven ingeniero que la había llevado en coche se ofreció a subir con ella, pero la doctora le miró ceñudamente.

—¿Cree usted que me va a atacar? Espéreme aquí.

Ninheimer no se hallaba de humor para asaltar a nadie. Estaba haciendo la maleta, sin perder el menor tiempo, ansioso por alejarse antes de que la adversa conclusión del juicio llegara a conocimiento general.

Se quedó mirando a la Calvin con cierto aire de desafío, y dijo:

—¿Viene usted a avisarme que ahora

me demandarán a su vez? De ser así, no les va a servir de nada. No tengo dinero, ni trabajo ni futuro. Ni siquiera podré abonar las costas de este juicio.

—Si lo que busca es mi simpatía —replicó la doctora Calvin con la mayor frialdad—, va de lo más descaminado. Éste es el merecido pago por sus acciones. Sin embargo, no habrá una contrademanda, ni contra usted ni contra la Universidad. Incluso haremos lo que esté en nuestras manos para evitar que acabe en prisión por perjurio. No somos vengativos.

—¿Así que esa es la razón de que no me halle bajo custodia por jurar en

falso? Ya me había extrañado. Pero, en realidad —añadió amargamente—. ¿por qué deberían mostrarse vengativos? Ahora ya tienen lo que querían.

—Sí, tenemos parte de lo que deseábamos —replicó la doctora Calvin —. La Universidad seguirá empleando a Easy, con unos honorarios de alquiler considerablemente más elevados. Además, habrá cierta publicidad clandestina en lo referente al juicio, lo cual posibilitará el colocar unos cuantos modelos EZ más en otras instituciones, sin el peligro de que se repitan todos estos problemas.

—¿En ese caso, por qué ha venido a

verme?

—Porque aún no tengo todo lo que quiero. Deseo saber por qué odia tanto a los robots. Aunque hubiera ganado el pleito, de todos modos su reputación habría quedado arruinada. El dinero que hubiera conseguido no habría representado una compensación por todo eso. ¿Pero si habría sido una satisfacción por su odio a los robots?

—¿Le interesan las mentes humanas, doctora Calvin? —preguntó Ninheimer con ácida burla.

—En lo que estas reacciones tengan que ver con el bienestar de los robots, sí me interesan. Por esta razón, he

aprendido también un poco de psicología humana.

—¡La suficiente para haberme engañado!

—Eso no fue difícil —replicó la doctora Calvin, sin la menor pomposidad—. Lo difícil era hacer la cosa de tal modo que no llegase a lastimar a Easy.

—Eso significa que se halla más preocupada por una máquina que por un hombre.

Se la quedó mirando con un salvaje desprecio.

Aquello no conmovió a la doctora Calvin.

—Sólo lo parece así, profesor Ninheimer. Sólo preocupándonos por los robots se llega uno a preocupar verdaderamente por el hombre del siglo XXI. Lo comprendería mejor si fuese usted robotista.

—He leído ya lo suficiente acerca de robots para saber que no deseo en absoluto ser especialista en Robótica...

—Perdón... Usted ha leído un libro sobre robots. Pero no le ha enseñado nada. Aprendió lo suficiente para saber que podía ordenar a un robot que hiciese muchas cosas, incluso falsear un libro, si lo llevaba a cabo de una manera apropiada. Aprendió lo bastante para

saber que no le podía ordenar olvidar algo por completo y sin riesgo de que fuese detectado, pero pensó que sí podía ordenarle simplemente guardar silencio, para una mayor seguridad. Pero se equivocó.

—¿Conjeturó usted la verdad a partir de su silencio?

—No tuve que conjeturar nada. Usted era sólo un aficionado y no sabía lo suficiente como para borrar por completo todas sus huellas. Mi único problema fue probar el asunto al juez y usted fue lo suficientemente amable como para ayudarnos allí, pasando por alto la robótica que tanto alega

despreciar.

—¿Esta discusión tiene algún tipo de propósito? —preguntó Ninheimer cansinamente.

—Para mí, sí —replicó Susan Calvin—, porque quiero que comprenda lo mal que ha juzgado a los robots. Redujo al silencio a Easy diciéndole que si le explicaba a alguien cómo usted había distorsionado el libro, perdería el empleo. Eso mantuvo cierto potencial dentro de Easy hacia el silencio, algo que fue lo suficientemente fuerte como para resistir nuestros esfuerzos para hacerle hablar. Y le hubiéramos causado daños a su cerebro de haber persistido.

»Sin embargo, ya en el estrado de los testigos, fue usted mismo el que suscitó un contrapotencial aún más fuerte. Afirmó que, dado que la gente pensaría que había sido usted, y no un robot, el que había escrito los disputados pasajes del libro, acabaría usted perdiendo mucho más que sólo su trabajo. Perdería su reputación, su modo de vida, su respeto, su razón de vivir. Incluso perdería su memoria después de su muerte. Usted mismo introdujo un nuevo y más alto potencial, y eso es lo que le hizo hablar a Easy.

—Dios santo —exclamó Ninheimer, apartando la cabeza.

Calvin se mantuvo inexorable.

Prosiguió:

—¿Comprende por qué habló? No fue para acusarle, sino para defenderle... Resultaba algo matemático el que él iba a asumir toda la culpa del crimen de usted, y negar que usted tuviera algo que ver con el asunto. La Primera Ley exigía eso. Iba a mentir, a dañarse él mismo, para que el perjuicio monetario sólo afectase a una empresa. Él lo único que quería era salvarle a usted. De haber comprendido bien a los robots y a la robótica, debería haberle permitido hablar. Pero usted no lo comprendió, como yo estaba segura que sucedería, tal

y como garanticé al abogado defensor de que usted no lo sabría. En su odio hacia los robots, estaba por completo convencido de que Easy actuaría como lo hacen los seres humanos, y que se defendería él mismo y a su costa. Así su ira se desató contra él, pero fue usted el que se destruyó a sí mismo.

Ninheimer respondió, con la mayor mala intención:

—Espero que algún día sus robots se vuelvan contra usted y la asesinen...

—No sea bobo —repuso la Calvin —. Ahora lo que quiero es que me explique por qué hizo todas esas cosas.

Ninheimer sonrió de forma

distorsionada, una sonrisa carente por completo de humor.

—¿Debo desmenuzar mi mente, por curiosidad intelectual, y a cambio de una inmunidad respecto de una acusación de perjurio?

—Enfóquelo de esa manera si lo desea —repuso la doctora Calvin sin la menor emoción—. Lo que quiero es que lo explique.

—¿Será de ese modo como protegerá a los robots de una manera más eficiente de los intentos que se hagan contra ellos. ¿Comprendiendo mejor las cosas?

—En efecto, así es.

—Verá... —siguió Ninheimer—, se lo diré... Sólo para observar que no le sirva para nada. Usted no comprende las motivaciones humanas. Sólo entiende a sus malditas máquinas, porque es usted misma una máquina, aunque con piel.

Ninheimer respiraba pesadamente y no hubo el menor titubeo en su perorata, en la que tampoco buscó la precisión. Era como si para él la precisión ya no mostrase la menor utilidad.

Dijo:

—Durante doscientos cincuenta años, la máquina ha estado sustituyendo al hombre y destruyendo todo lo que era artesanía. La alfarería ha acabado en

moldes y prensas. Las obras de arte se han visto sustituidas por cachivaches estampados en una matriz. ¡Llámelo progreso si lo desea! El artista se ha visto reducido a la abstracción, confinado en un mundo de ideas. Debe diseñar algo en su mente..., y luego la máquina se dedica a hacer el resto.

»¿Cree usted que la alfarería tiene bastante con la creación mental? ¿Supone que la idea es suficiente? ¿Cree que no hay nada en la sensación de la arcilla en si, en observar cómo la cosa crece, mientras mano y mente trabajan unidas? ¿Le parece que el auténtico crecimiento no actúa como una

retroalimentación para modificar y mejorar la idea?

—Pero usted no es un alfarero —le dijo la doctora Calvin.

—¡Yo soy un artista creador! Yo diseño y fabrico artículos y libros. Hay algo más que simplemente pensar en las palabras y en colocarlas en un orden correcto. Si la cosa fuera así, no habría en ello el menor placer, ni tampoco la menor recompensa.

»Un libro va tomando forma en manos del escritor. Uno ve cómo los capítulos crecen y se desarrollan. Se debe trabajar y recrear, y observar cómo los cambios tienen lugar más allá

incluso del concepto de original. Uno toma entre las manos las galeradas y ve cómo se ven las frases una vez impresas, y luego se las moldea de nuevo. Existen centenares de contactos entre un hombre y su trabajo en cada una de las fases del juego, y el mismo contacto es placentero y paga con creces a un hombre por el trabajo que dedica a su creación, algo que es superior a cualquier otra cosa. Y su robot nos ha robado todo eso.

—Pero lo mismo hace una máquina de escribir. Y una prensa de imprenta. ¿Lo que usted propone es volver a la iluminación a mano y a los manuscritos?

—Las máquinas de escribir y las de

imprimir quitan algo, pero su robot es el que nos priva de todo. Sus robots se han apoderado de las galeradas. Muy pronto ellos, u otros robots, se apoderarán también de la escritura original, de la búsqueda de las fuentes, de comprobar y recomprobar los distintos pasajes, tal vez incluso de realizar las deducciones para las conclusiones. ¿Y qué le quedará entonces al erudito? Sólo una cosa: las estériles decisiones relativas a las órdenes que habrá que dar al robot siguiente... Quiero salvar a las futuras generaciones de estudiosos de un final tan diabólico. Eso significa para mí mucho más que mi propia reputación y

por lo tanto estoy decidido a destruir a «E.U. Robots» por todos los medios que estén a mi alcance.

—Pues lo más seguro será que fracase en su intento —repuso Susan Calvin.

—Pero valdrá la pena intentarlo —afirmó Simon Ninheimer.

La doctora Calvin se dio la vuelta y se marchó. Procuró lo mejor que pudo evitar el menor asomo de simpatía hacia aquel hombre destruido.

Pero no lo logró por completo.

El robot perdido

Volví a ver a Susan Calvin a la puerta de su oficina. Estaba sacando los archivos.

—¿Cómo van estos artículos, mi joven amigo? —me preguntó.

—Muy bien —dije. Los había estructurado según mi leal saber y entender, dramatizando lo escueto de su relato y añadiendo a la conversación algunos toques de amenidad—. ¿Quiere usted echarles una mirada y decirme si he sido injurioso o me he propasado en algo?

—Con mucho gusto. ¿Quiere que

vayamos a la Sala de Juntas? Podremos tomar café.

Parecía de buen humor, de manera que mientras avanzábamos por el corredor, aventuré:

—Me estaba preguntando, doctora Calvin...

—Diga.

—Si querría usted decirme algo más sobre la historia de los robots.

—Me parece que ya ha conseguido saber todo lo que quería, mi joven amigo.

—En cierto modo, sí. Pero estos incidentes que he transcrito no tienen gran aplicación en el mundo moderno.

Quiero decir; sólo se desarrolló un único robot capaz de leer el pensamiento, las estaciones del Espacio están ya pasadas de moda y en desuso y la explotación minera por robots es cosa descontada. ¿Y el viaje interestelar? No han transcurrido más de veinte años desde la invención del motor hiperatómico y todo el mundo sabe que fue una invención robótica. ¿Qué hay de verdad en todo esto?

—¿El viaje interestelar?... —Quedó pensativa. Estábamos en el salón y encargué una comida copiosa. Ella sólo tomó café—. No fue simplemente una invención robótica, comprenda usted.

Pero, desde luego, hasta que construimos el cerebro, no adelantamos mucho. Pero lo intentamos; verdaderamente lo intentamos. Mi primer contacto (directo, me refiero) con las investigaciones interestelares tuvo lugar en 2029, cuando se perdió un robot...

En Hyper Base, las medidas se tomaron con una especie de furia frenética; fue como el equivalente muscular de un grito histérico.

Para clasificarlas por orden de cronología y desesperación, fueron:

1. Todo trabajo en la Zona

Hiperatómica que atraviesa el volumen espacial ocupado por las Estaciones del Grupo Asteroidal Veintisiete quedó inmovilizado.

2. Todo volumen espacial del Sistema quedó aislado, prácticamente hablando. Nadie podía entrar sin permiso. Nadie podía salir bajo ningún pretexto.

3. Los doctores Susan Calvin y Peter Bogert, respectivamente Jefe del Departamento de Psicología y Director del Departamento de Matemáticas de la United States Robots / Mechanical Men Inc. fueron llevados a Hyper Base por una nave de patrulla especial del

Gobierno.

Susan Calvin no había salido nunca de la superficie de la Tierra ni tenía especiales deseos de salir de ella. En una era de energía atómica y de clara aproximación a la Zona Hiperatómica, seguía siendo muy provinciana. Estaba, pues, descontenta de su viaje y poco convencida de su urgencia y todas las facciones de su rostro, a su media edad, lo demostraron claramente durante su primera cena en Hyper Base.

Tampoco la lívida palidez del doctor Bogert abandonaba una cierta actitud de recelo. Ni el general Kallner, que dirigía

el proyecto, olvidó una sola vez de mantener una expresión obsesionada.

En una palabra, aquella comida fue un tétrico episodio y la pequeña conferencia de los tres que la siguió, empezó de una manera gris y melancólica.

Kallner, con su reluciente calva y su uniforme, que desentonaba con el resto del ambiente, tomó la palabra con visible inquietud.

—Es realmente toda una historia la que tengo que contarles. Tengo que darles las gracias por su llegada al primer aviso y sin motivo justificado. Trataremos de corregir todo esto, ahora.

Hemos perdido un robot. El trabajo ha parado y debe seguir parado el tiempo necesario para encontrarlo. Hasta ahora hemos fracasado y tenemos la sensación de que necesitamos una ayuda científica.

Acaso el general sintiese que su declaración resultaba decepcionante porque, con cierta desesperación, continuó:

—No necesito decirles la importancia que tiene el trabajo que aquí realizamos. Más del ochenta por ciento de las adjudicaciones de investigación científica de este año han recaído sobre nosotros...

—Sí, eso ya lo sabemos —dijo

Bogert amablemente—. U.S. Robots percibe cuantiosos ingresos anuales por el uso de nuestros robots.

Susan Calvin introdujo una brusca y avinagrada nota.

—¿A qué es debida la gran importancia de un solo robot para el proyecto y por qué no ha sido localizado?

El general volvió rápidamente su rostro congestionado hacia ella y se pasó la lengua por los labios.

—En cierto modo, "lo hemos localizado". —Pero añadió, angustiado —: Me explicaré. En cuanto nos dimos cuenta de la desaparición del robot, se

declaró el estado de guerra y todo movimiento en la Hyper Base cesó. El día anterior había aterrizado una nave mercante trayendo dos robots destinados a nuestros laboratorios. Quedaban sesenta y dos robots de..., del mismo tipo, para ser llevados a otros sitios. De esta cifra estamos seguros. No cabe la menor discusión posible.

—¿Sí? ¿Y qué relación...?

—Una vez nos fue posible localizar al robot desaparecido, y le aseguro que hubiéramos localizado una brizna de hierba si hubiese estado allí para ser localizada, nos devanamos los sesos contando los robots que quedaban en la

nave. Había sesenta y tres.

—¿Entonces el sesenta y tres, supongo, es el hijo pródigo desaparecido? —dijo la doctora.

—Sí, pero no podemos saber cuál de los sesenta y tres es.

Hubo un profundo silencio mientras el reloj eléctrico daba nueve campanadas; y la doctora en psicología robotiana, dijo:

—Muy extraño...

Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo y se volvió hacia su compañero con un indicio de furor.

—Peter, ¿qué ocurre aquí? ¿Qué clase de robots utilizan en Hyper Base?

El doctor Bogert vaciló y sonrió débilmente.

—Hasta ahora ha sido una cosa de gran discreción, Susan... —dijo.

—Sí, hasta ahora —dijo ella rápidamente—. Si hay sesenta y tres ejemplares del mismo tipo, uno de los cuales se busca y cuya identidad no puede ser determinada, ¿por qué no puede servir uno cualquiera de ellos? ¿Qué significa todo esto? ¿Para qué nos han llamado?

—Si me permite usted un momento —dijo Bogert con aire resignado—, Hyper Base, Susan, emplea diversos robots cuyos cerebros no tienen impresa

toda la Primera Ley Robótica.

—¿"Qué no tienen impresa...”? —preguntó Susan, echándose para atrás—. Ya... ¿Y cuántos se hicieron?

—Pocos. Fue un pedido del Gobierno y no había manera de violar el secreto. No tenía que saberlo nadie más que los altos dirigentes. Usted no estaba incluida, Susan. No era nada con que yo tuviese que ver.

El general interrumpió con gesto autoritario.

—Quisiera aclarar este punto. No sabía que la doctora Calvin no estuviese al corriente de la situación.

No tengo que decirle a usted,

doctora Calvin, que siempre ha habido una fuerte oposición a los robots en el planeta. La única defensa que el Gobierno ha tenido en este asunto, contra los radicales fundamentalistas, fue que los robots se construían siempre con una indestructible Primera Ley, lo cual los imposibilitaba de hacer daño a un ser humano, fueran cuales fuesen las circunstancias.

»Pero nosotros necesitábamos robots de una naturaleza distinta. Así, pues, se prepararon algunos Ns-2, o sea Nestors, con la Primera Ley modificada. Para mantener el secreto, los Ns-2 se fabrican sin número de serie; los

ejemplares modificados se entregan aquí junto con un grupo de robots normales; y, desde luego, todos estamos bajo la estricta prohibición de revelar las modificaciones a toda persona no autorizada. Todo se ha puesto contra nosotros, ahora —añadió con una sonrisa embarazada.

—¿Ha preguntado usted a cada uno de ellos quiénes son? —preguntó la doctora, ceñuda—. ¿Sin duda debe de estar autorizado a hacerlo?

—Los sesenta y tres niegan haber trabajado aquí y uno de ellos miente —asintió el general.

—¿Muestra el que busca usted

alguna señal de desgaste? Los demás deben salir de fábrica..., supongo.

—El robot en cuestión llegó este mismo mes. Este y los dos que acaban de llegar tenían que ser los últimos que necesitábamos. No puede haber desgaste perceptible. —Movió pausadamente la cabeza y en sus ojos apareció de nuevo la preocupación—. Doctora Calvin, no nos atrevemos a dejar zarpar esta nave. Si la existencia de robots sin Primera Ley llega a ser divulgada...

La conclusión de la frase no podía ofrecer duda alguna.

—Destruya los sesenta y tres —dijo la doctora—, y termine con esto.

—Esto significa destruir treinta mil dólares por robot —dijo Bogert, torciendo el gesto—. Temo que a la U.S. Robots no le gustaría. Es mejor que hagamos un esfuerzo primero, Susan, antes de destruir nada.

—En este caso —dijo ella, secamente—, necesito hechos. ¿Qué ventaja obtiene exactamente la Hyper Base con estos robots modificados? ¿Qué factor los hace necesarios, general?

Kallner frunció intensamente las arrugas de su frente y se pasó una mano por ella.

—Los robots precedentes nos han

creado complicaciones. Nuestros hombres trabajan mucho con radiaciones intensas, ¿comprende? Es peligroso, desde luego, pero se toman precauciones razonables. No ha habido más que dos accidentes desde que empezamos y ninguno ha sido fatal. Sin embargo, era imposible explicar esto a un robot ordinario. La Primera Ley declara y se la citaré: "Ningún robot puede dañar a un ser humano, o por inacción, permitir que un ser humano sufra daño".

»Esto es elemental, doctora Calvin. Cuando era necesario que uno de nuestros hombres estuviese expuesto por un corto período de tiempo a un campo

gamma moderado, que no tuviese efectos psicológicos, el robot más cercano se precipitaba a sacarlo de allí. Si el campo era excesivamente débil, lo conseguía, y el trabajo quedaba interrumpido hasta que todos los robots eran retirados. Si el campo era ligeramente más fuerte, el robot no llegaba nunca al técnico afectado, ya que su cerebro positrónico sucumbía bajo las radiaciones gamma, y nos encontrábamos privados de un robot caro, y difícilmente reemplazable.

»Tratamos de discutir con ellos. Su punto de vista era que un ser humano en un campo gamma exponía su vida, y que

nada importaba que pudiese permanecer en él durante media hora sin peligro. Supongamos, decían, que se olvidaba y permanecía una hora. No podía correr riesgos. Les hicimos ver que sólo arriesgaban su vida en una remota posibilidad. Pero el instinto de conservación es sólo la Tercera Ley Robótica, y la Primera Ley de seguridad viene primero. Les dimos órdenes; les ordenamos estricta e imperativamente mantenerse fuera del campo gamma a toda costa. Pero la obediencia es sólo la Segunda Ley Robótica, y la Primera, la de la seguridad, viene primero. Doctora Calvin, o teníamos que prescindir de los

robots o hacer algo con la Primera Ley..., y esto es lo que hicimos.

—No puedo creer que encontrasen la posibilidad de suprimir la Primera Ley —dijo Susan Calvin.

—No fue suprimida, fue modificada. Se construyeron cerebros positrónicos que poseían sólo el aspecto positivo de la ley, que dice: "Ningún robot debe dañar a un ser humano". Eso es todo. No tienen la obligación de evitar que un ser humano sufra daño debido a un factor extraño, como los rayos gamma. ¿He expuesto la situación claramente, doctor Bogert?

—Muy claramente —asintió éste.

—¿Y es ésta la única diferencia entre sus robots y el modelo Ns-2 ordinario, Peter? ¿La "única" diferencia?

—La "única" diferencia, Susan.

—Ahora me voy a dormir —dijo la doctora, levantándose y hablando en tono decidido—, y dentro de ocho horas quiero hablar con el que vio el robot por última vez. Y a partir de ahora, general Kallner, si tengo que asumir alguna responsabilidad de los acontecimientos, necesito pleno control de esta investigación, sin que se me hagan preguntas.

Susan Calvin, aparte de dos horas de

profundo cansancio, no experimentó nada parecido al sueño. A las 7, hora local, llamó a la puerta del doctor Bogert y lo encontró despierto también. Por lo visto se había tomado la molestia de traerse un batín a Hyper Base, porque estaba sentado y vestido con él. Al entrar la doctora, dejó al lado las tijeras de las uñas.

—La esperaba a usted, en cierto modo. Supongo que todo esto le da asco.

—Sí.

—Lo siento. No hubo manera de evitarlo. Cuando vino la llamada de Hyper Base supuse en el acto que había ocurrido algo con el robot modificado.

Pero, ¿qué podíamos hacer? No podía explicarle a usted lo ocurrido durante el viaje como hubiera querido porque tenía que estar seguro primero. El asunto de la modificación es un riguroso secreto.

—Hubiera debido decírmelo —murmuró la doctora—. U.S. Robots no tenía derecho a modificar de esta forma los cerebros positrónicos sin la aprobación del departamento de Psicología.

—Sea usted razonable, Susan —dijo Bogert, enarcando las cejas y suspirando —. No podía usted influir en ellos. En este asunto, el Gobierno estaba obligado a seguir su camino. Necesitan la Zona

Hiperatómica y los físicos del éter quieren robots que no les creen obstáculos. Tenían que conseguirlo, aunque ello representase quebrantar la Primera Ley. Tuvimos que convenir en que, desde el punto de vista de su construcción, la cosa era posible y juraron por todos los dioses que sólo necesitaban doce, que sólo se emplearían en Hyper Base, que serían destruidos una vez perfeccionada la Zona, y que se tomarían toda clase de precauciones. E insistieron en el secreto..., ésta es la situación.

—Yo hubiera dimitido —murmuró Susan entre dientes.

—No hubiera servido de nada. El Gobierno ofrecía una fortuna a la Compañía y la amenazaba con una legislación antirrobótica en caso de negativa. Estábamos en mala postura, entonces, pero ahora estamos peor. Si esto se divulga, puede causar un perjuicio a Kallner y al Gobierno, pero causará un perjuicio mucho mayor a la U.S. Robots.

—Peter —dijo la doctora, mirándolo—: ¿No se da usted cuenta de lo que todo esto significa? ¿No comprende usted la importancia de la supresión de la Primera Ley? No se trata solamente de una cuestión de secreto...

—Sé lo que significaría la supresión. No soy ningún chiquillo. Significaría una inestabilidad completa, sin soluciones no-imaginarias de las ecuaciones de campo positrónico.

—Matemáticamente, sí. Pero tradúzcalo usted a la cruda idea psicológica. Toda la vida normal, Peter, consciente o no, se resiste al dominio. Si el dominio es por parte de un inferior, o de un supuesto inferior, el resentimiento se hace más fuerte. Físicamente, y hasta cierto punto mentalmente, un robot, cualquier robot, es superior a un ser humano. ¿Qué lo hace esclavo, pues? ¡"Sólo la Primera Ley"! Porque sin ella,

la primera orden que daría usted a un robot le costaría la vida. ¿Qué le parece?

—Susan —dijo Bogert en tono de complacida simpatía—, tengo que reconocer que este complejo Frankestein de que está usted dando pruebas tiene una cierta justificación, de donde, la Primera Ley ante todo. Pero la Ley, lo repito una y otra vez, no ha sido suprimida, sino sólo modificada.

—¿Y dónde me deja usted la estabilidad del cerebro?

—Disminuida, desde luego —dijo el matemático avanzando los labios—. Pero sin rebasar las fronteras de la

seguridad. Los primeros Néstor fueron entregados a Hyper Base hace nueve meses, y jamás ha ocurrido nada hasta ahora, y aun esto sólo representa el temor de ser descubiertos, pero no un peligro para los humanos.

—Bien, entonces; veremos qué sale de la conferencia de esta mañana.

Bogert la acompañó cortésmente hasta la puerta e hizo una mueca una vez se hubo marchado. No veía razón alguna para cambiar de opinión sobre ella

Siempre la había considerado una impaciente... y un desengaño. Bogert, por su parte, no entraba para nada en los

pensamientos de Susan. Hacía ya años que lo había clasificado como un presuntuoso y un fracasado.

Gerald Black se había graduado en Física etérea el año anterior y, como toda su generación de físicos, se encontró metido en el problema de la Zona. En la actualidad aportaba su colaboración a la atmósfera general de las reuniones de Hyper Base. Con su blusa blanca manchada se sentía medio rebelde y totalmente incierto. Sus fuerzas acumuladas parecían querer descanso y sus dedos, retorciéndose con gestos nerviosos, hubieran sido capaces de torcer una barra de hierro

El general Kallner estaba sentado a su lado y los dos enviados de la U.S. Robots les hacían frente.

—Me dicen que fui el último en ver el Néstor 10 antes de que desapareciese —dijo Black—. Supongo que quieren ustedes interrogarme sobre esto...

—Parece que no está usted muy seguro de ello, míster Black —dijo Susan, mirándolo con interés—. ¿No "sabe" usted si fue el último en verle o no?

—Trabajaba conmigo en los generadores de campo, doctora, y estaba conmigo la mañana de su desaparición. Ignoro si alguien lo vio después de

mediodía. Nadie asegura haberlo visto.

—¿Cree usted que hay alguien que miente?

—No digo tal cosa. Pero no quiero asumir esa responsabilidad.

—No es cuestión de responsabilidad. El robot obró como lo hizo a causa de lo que es. Trataremos únicamente de localizarlo, Mr. Black, y vamos a dejar todo lo demás aparte. Ahora bien, si ha trabajado con el robot, probablemente lo conoce mejor que nadie. ¿Observó usted en él algo anormal? ¿Había trabajado ya con otros robots?

—Había trabajado con los otros

robots que tenemos aquí, los sencillos. No hay ninguna diferencia con los Néstor, salvo que son mucho más inteligentes..., y más molestos.

—¿Molestos? ¿En qué sentido?

—Pues..., Quizá no es culpa suya. El trabajo aquí es duro y la mayoría de nosotros estamos cansados. Andar rodando por el hiperespacio no es muy divertido. Corremos continuamente el riesgo de hacer un agujero en la contextura normal del espacio-tiempo y salirnos del universo, con asteroide y todo. ¿Gracioso, verdad? —añadió sonriendo como si gozase con la confesión—. Naturalmente, uno está

agotado, algunas veces. Pero estos Néstor, no. Son curiosos, tienen calma, no se preocupan. Hay para volverle a uno loco. Cuando uno quiere algo hecho a toda prisa, parece que necesitan más tiempo. Algunas veces prescindiría de ellos.

—¿Dice que necesitan más tiempo? ¿Se han negado alguna vez a cumplir una orden?

—¡Oh, no! —exclamó Black apresuradamente—. La cumplen, desde luego. Pero cuando creen que nos equivocamos, lo dicen. No saben del asunto más que lo que les decimos, pero esto no los detiene. Quizá sea

imaginación mía, pero los otros tienen las mismas preocupaciones con Néstor.

—¿Cómo no ha llegado nunca hasta mí una queja en este sentido? —preguntó el general Kallner, carraspeando ostensiblemente.

—En realidad, no queríamos trabajar sin robots, mi general —dijo el joven físico, sonrojándose—, y además, no estábamos muy seguros de si estas... quejas menores, serían bien recibidas.

—¿Ocurrió algo de particular la mañana que lo vio por última vez? —interrumpió Bogert suavemente.

Hubo un silencio. Con un rápido gesto, Susan atajó el comentario que

estaba a punto de hacer Kallner.

—Tuve una leve discusión con él —respondió Black malhumorado—. Aquella mañana yo había roto un tubo Kimball, lo que me representaba cinco días de trabajo; iba atrasado en mi horario, hacía dos semanas que no había recibido correo de la Tierra... ¡y se me acerca con el deseo de repetir un experimento que había abandonado hacía un mes! Me estaba molestando siempre con lo mismo y estaba harto de ello. Le dije que se marchase y no he vuelto a verlo más.

—¿Le dijo usted que se marchase? —preguntó Susan con vivo interés—.

¿Con qué palabras exactamente? ¿Le dijo usted: "¡Márchate!"? Trate de recordar exactamente sus palabras.

A juzgar por las apariencias, en el interior de Black se mantenía una lucha. El físico tenía la frente apoyada en la mano, haciendo un esfuerzo de memoria. Finalmente, la apartó y dijo:

—Le dije: "¡Vete a paseo!".

—¿Y se fue, eh? —preguntó Bogert, riéndose.

Pero Susan Calvin no había terminado. En tono de halago, prosiguió:

—Ahora empezamos a ir a algún sitio, Mr. Black. Pero los detalles

exactos tienen importancia. Para interpretar los actos de un robot, una palabra, un gesto, una entonación pueden serlo todo. Pudo usted no haber dicho solamente estas tres palabras, por ejemplo, ¿no es verdad? Según su misma confesión, aquel día estaba usted malhumorado. Quizá dio usted fuerza a su frase con otras...

—Pues... —dijo el joven físico sonrojándose—, Quizá lo llamase..., algunas otras cosas.

—Exactamente, ¿qué cosas?

—¡Oh, no podría recordarlas exactamente! Además no podría repetirlas. Ya sabe lo que pasa cuando

uno se excita... —Se echó a reír un poco embarazado—. Tengo cierta tendencia al lenguaje violento...

—Muy bien —dijo ella, con firme severidad—. En este momento no soy más que una profesora de psicología. Quisiera que me repitiese usted lo que le dijo, tan exactamente como sea capaz, y, más importante todavía, en el tono exacto de voz que empleó.

Black miró a su jefe en busca de apoyo, pero no lo encontró.

—¡Pero... esto es imposible!... —exclamó, abriendo los ojos, suplicante.

—Tiene usted que hacerlo.

—Imagine que se dirige a mí —dijo

Bogert con humorismo—. Quizá le sea más fácil.

El rostro escarlata del muchacho se volvió hacia Bogert.

—Lo llamé... —trató de decir tragando saliva, pero su voz se perdió. Hizo una nueva prueba—. Lo llamé... — Hizo una fuerte aspiración y lanzó una retahíla incomprensible de incoherentes sílabas. Cuando se detuvo, terminó casi llorando. —... más o menos, no recuerdo el orden exacto de lo que le llamé; Quizá olvido o añado algo, pero más o menos fue esto.

Sólo un leve rubor delató las emociones de la doctora.

—Comprendo el significado de la mayoría de estas palabras. El resto de ellas, imagino, deben de tener un valor igualmente ofensivo.

—Eso temo —dijo el atormentado Black.

—¿Y entre ellos, le dijo usted que se "fuese a paseo"?

—Lo decía en sentido puramente figurado.

—Me hago cargo. Tengo la seguridad de que no se tomará ninguna medida disciplinaria. —Y al interpretar su mirada, el general, que cinco segundos antes no hubiera estado tan seguro de ello, asintió malhumorado.

—Puede usted retirarse, Mr. Black. Y gracias por su cooperación.

Susan Calvin necesitó cinco horas para interrogar los sesenta y tres robots. Fueron cinco horas de repeticiones, de insistir, robot tras robot, en la pregunta A, B, C, D; de escuchar la respuesta A, B, C, D; de emplear suaves expresiones, un tono cautelosamente neutral, una atmósfera amistosa; y de hacer funcionar un magnetofón escondido.

Cuando terminó, estaba exhausta.

Bogert la esperaba y miró con expectación la cinta grabada cuando ella la arrojó sobre el plástico de la mesa.

Susan movió la cabeza.

—Los sesenta y tres me parecen iguales. No podría decir...

—Es imposible captarlo al oído, Susan —dijo él—. Vamos a analizar la grabación.

De ordinario, la interpretación matemática de las reacciones verbales de los robots es una de las ramas más intrincadas del análisis robótico.

Requiere un equipo de técnicos bien entrenados y el empleo de máquinas calculadoras muy complicadas. Bogert lo sabía. Bogert lo dijo así después de haber escuchado con disimulado aburrimiento la serie de respuestas, hizo

una lista de las entonaciones de ciertas palabras y gráficos de los intervalos entre preguntas y respuestas.

—No veo presente ninguna anomalía, Susan. Las variaciones de entonación y las reacciones cronométricas son del tipo de frecuencia normal. Necesitamos métodos más sagaces. Aquí debe de haber calculadoras... No... —Se interrumpió frunciendo el ceño y contemplando la uña del pulgar—. No podemos emplear computadores. Hay demasiado peligro de merma. O Quizá sí..

Susan lo detuvo con un gesto de impaciencia.

—Por favor, Peter. Esto no es uno de sus insignificantes problemas de laboratorio. Si no podemos identificar el Néstor modificado gracias a alguna diferencia visible a simple vista, una que no ofrezca duda posible, es que no estamos de suerte. El peligro de equivocarse y dejarlo escapar es por otra parte demasiado grande. No es suficiente observar una minúscula irregularidad en una gráfica. Le diré una cosa: si esto es todo lo que tengo para seguir adelante, preferiría destruirlos a todos sólo para estar segura. ¿Ha hablado usted con los otros Néstor modificados?

—Sí, y no tienen ningún defecto —dijo secamente Bogert—. Si algo hay en que estén por encima de lo normal, es en amabilidad. Han contestado a mis preguntas, demostrando orgullo de sus conocimientos, salvo los dos últimos, que no han tenido todavía tiempo de aprender la física etérea. Se rieron a gusto de mi ignorancia sobre algunas de las especializaciones de aquí. Supongo que esto forma parte de la base de su resentimiento contra ellos por parte de los técnicos de aquí. Los robots tienen quizá una excesiva afición a impresionarnos con sus superiores conocimientos.

—¿Puede usted probar algunas reacciones para ver si se ha producido algún cambio en una composición mental desde su manufactura?

—No lo he hecho todavía, pero lo haré. —Apuntó a Susan con su dedo afilado—. Está usted perdiendo la calma, Susan. No veo qué es lo que dramatiza. Son esencialmente inofensivos.

—¿Sí? —saltó Susan con fuego—. ¿Está usted seguro? ¿Se da usted cuenta de que uno de ellos está mintiendo? Uno de los sesenta y tres robots que acabo de interrogar me ha mentido deliberadamente después de mi

imperativa orden de decir la verdad. Esta anormalidad es terriblemente profunda y horriblemente aterradora.

Bogert sintió que sus dientes castañeteaban.

—No —dijo—. ¡Mire! Néstor 10 recibe orden de irse a paseo. Esta orden le fue expresada con la máxima urgencia por la persona de mayor autoridad para dársela. No se puede desobedecer esta orden ni por una urgencia superior ni por una superior autoridad. Naturalmente, el robot tratará de evitar ejecutar la orden. En el fondo, objetivamente, admiro su ingenio. ¿Cómo puede un robot "irse a paseo" o

"perderse de vista" mejor que mezclándose con un grupo de robots similares a él?

—Sí, sería usted capaz de admirarlo. He leído un cierto humorismo en sus ojos, Peter, un cierto humorismo y una sorprendente falta de comprensión. ¿Es usted un técnico en robótica, Peter? Estos robots dan importancia a todo lo que consideran superioridad. Usted mismo acaba de decirlo. Subconscientemente, consideran a los humanos inferiores a ellos e injusta la Primera Ley que nos protege. Y ahora nos encontramos ante un hombre joven que manda a un robot "a paseo", con

todas las apariencias verbales de desprecio, repugnancia y dominación. De acuerdo, el robot tiene que cumplir las órdenes, pero subconscientemente, está resentido. Para él adquiere una importancia todavía más trascendental demostrar que es superior, pese a la serie de epítetos que se le han dirigido. Puede llegar a ser "tan" importante, que lo que queda de la Primera Ley no sea suficiente.

—¿Cómo quiere que en la Tierra, o en cualquier otro sitio del Sistema Solar, un robot sepa el significado de las duras palabras pronunciadas contra él? La obscenidad no es una de las cosas que

se han impreso en su cerebro.

—La impresión original no lo es todo —dijo Susan con cierta mofa—. Los robots tienen cierta capacidad para aprender. ¡No sea usted tonto, hombre! —Bogert sabía que había perdido completamente la calma—. ¿No comprende que por el tono empleado pudo darse cuenta de que las palabras no eran de alabanza? —añadió precipitadamente—. ¿No cree que pudo haber oído ya estas palabras en otras ocasiones y comprendido Cuál es su sentido?

—Bien, en este caso, tenga la bondad de decirme en qué forma un

robot modificado puede dañar a un ser humano, por muy ofendido que esté, y por muy profundo que sea su deseo de demostrar su superioridad.

—¿Si le digo cómo, estará usted tranquilo?

—Sí.

Ambos estaban apoyados en la mesa, mirándose con mutuo rencor.

—Si un robot modificado dejase caer un gran peso sobre un ser humano, no infringiría la Primera Ley si lo hacía sabiendo que su fuerza y sus reacciones le permitirían apartar el peso en su caída antes de que hiriese al hombre. Sin embargo, una vez soltado el peso, no

sería ya él el medio activo. Sería la ciega fuerza de gravedad. El robot podría entonces cambiar de manera de pensar y dejar que el peso llegase al hombre. La modificación de la Primera Ley se lo permite.

—Esto requiere un horrible esfuerzo de imaginación.

—Es lo que mi profesión exige algunas veces. Peter, no nos peleemos, vamos a trabajar. Conoce usted exactamente la naturaleza de los estímulos que han hecho que el robot se "fuese a paseo". Tiene usted los planos originales de la adaptación mental. Quiero que me diga usted hasta qué

punto es posible a nuestro robot hacer lo que acabo de indicarle. No me refiero a este ejemplo específico, fíjese bien, sino a esta clase de reacciones. ¡Y quiero que me lo diga pronto!

—Entretanto, tendremos que hacer pruebas de reacción a la Primera Ley.

Gerald Black, a petición propia, estaba examinando los enmohecidos tabiques de madera que formaban círculo bajo el abovedado techo del tercer piso del edificio de Radiación 2.

Los obreros trabajaban en su mayoría silenciosos. Uno de ellos se sentó junto a Black, se quitó el

sombrero, y se secó pensativo la frente pecosa.

—¿Cómo va esto, Walenski? —preguntó Black haciéndole una señal.

—Suave como la manteca —respondió Walenski encendiendo un pitillo—. ¿Qué pasa, sin embargo, doctor? Primero estamos tres días sin trabajo y ahora tenemos todo este lío... —Se echó atrás apoyándose en el codo y echó una bocanada de humo.

—Han venido dos robots más de la Tierra —dijo Black juntando las cejas —. ¿Recuerda las perturbaciones que tuvimos con los robots al penetrar en los campos gamma, antes de que les

metiésemos en el cráneo que no tenían que hacerlo?

—Sí. ¿No venían unos nuevos robots?

—Hemos reemplazado algunos, pero principalmente era una cuestión de adoctrinarlos. De todos modos, los que los hacen quieren crear unos robots que no queden tan fuertemente afectados por los rayos gamma.

—Parece extraño, de todos modos, parar todo el trabajo por este asunto de los robots. Creía que nada podía detener la creación de la Zona...

—Eso es la gente de arriba quien tiene que decirlo. Yo..., no hago más que

lo que me dicen. Probablemente todo es una cuestión de infl...

—Sí —interrumpió el electricista con una sonrisa y guiñando el ojo—. Siempre hay quien tiene amigos en Washington... Pero mientras mi paga llegue puntualmente, no me preocupo. La cuestión de la Zona no es asunto mío. ¿Qué van a hacer aquí?

—¿Me lo pregunta? Han traído unos robots... más de sesenta, y van a medir sus reacciones. Eso es "todo" lo que sé.

—¿Cuánto tiempo se necesitará?

—Me gustaría saberlo.

—Ya... —dijo Walenski en tono de sarcasmo—. Con tal de que me paguen

bien, por mí pueden jugar tanto como quieran.

Un hombre estaba sentado en una silla, inmóvil, silencioso. Un peso caía por el aire, sobre él; después, en el último momento, se apartó a un lado, bajo el sincronizado empuje de un súbito rayo de fuerza. En sesenta y tres células de madera, sesenta y tres robots Nst-2 se lanzaron simultáneamente adelante en aquel preciso segundo, antes de que el peso alcanzase al hombre y sesenta y tres fotocélulas instaladas a cinco pies de su posición original, accionaron la punta marcadora e

hicieron una pequeña señal en el papel. El peso caía y se elevaba, caía y se elevaba, caía y...

¡Diez veces!

Diez veces los robots saltaron adelante y se detuvieron, mientras el hombre permanecía tranquilamente sentado.

El general Kallner no había vuelto a ponerse su esplendoroso uniforme desde la primera comida dada a los representantes de la U.S. Robots. Entonces, en mangas de camisa, llevaba el cuello abierto y el nudo de la corbata flojo.

Miró esperanzado a Bogert, que

seguía impecablemente vestido y cuyas emociones interiores eran sólo delatadas por un ligero sudor en la frente.

—¿Qué le parece? —preguntó el general—. ¿Qué está usted tratando de ver?

—Una diferencia que puede resultar demasiado sutil para nuestros propósitos —respondió Bogert—. Para sesenta y dos de estos robots la necesidad de saltar hacia el ser humano en peligro aparente ha sido lo que llamamos, en lenguaje robótico, una reacción forzosa. Comprenda usted, incluso cuando el robot sabe que al ser humano en cuestión no le ocurrirá nada, y tiene que saberlo

después de la tercera o cuarta vez, no puede evitar reaccionar como lo ha hecho. La Primera Ley lo exige.

—¡Bien, y qué!

—Pero el robot sesenta y tres, este Néstor modificado, no tiene tal compulsión. Está bajo una acción libre. Si hubiese querido, hubiera podido continuar en su sitio. "Desgraciadamente" —añadió con un tono de lamento en la palabra—, no ha sido éste su deseo.

—¿Supone usted el porqué?

—Supongo —dijo Bogert encogiéndose de hombros—, que la doctora Calvin nos lo dirá cuando

venga. Probablemente con una interpretación horriblemente pesimista, además. Algunas veces es un poco molesta.

—¿Está calificada, verdad? —preguntó el general con cierta inquietud.

—Sí —dijo Bogert—. Está calificada. Entiende en robots como si fuesen sus hermanos. Quizá sea la consecuencia de odiar a los seres humanos con la misma intensidad. En todo caso, psicóloga o no, es sumamente neurótica. Tiene tendencias paranoicas. No se la tome demasiado en serio.

Extendió delante de él un largo rollo de gráficas llenas de líneas quebradas.

—Vea, general, en el caso de cada robot, el tiempo-intervalo entre la caída del peso y el salto de un metro y medio hacia adelante tiende a disminuir a medida que la prueba se repite. Hay una relación matemáticamente definida que gobierna estas cosas y el no conformarse a ello indicaría una marcada anormalidad en el cerebro positrónico. Desgraciadamente, aquí todos parecen normales.

—Pero si nuestro Néstor 10 no responde obedeciendo a una fuerza obligatoria, ¿por qué su curva no es diferente? No lo entiendo.

—Es muy sencillo. Las reacciones

robóticas son perfectamente análogas a las humanas, ésta es la lástima. En los seres humanos, la acción voluntaria es más lenta que el reflejo. Pero con los robots no es éste el caso; es una mera cuestión de libertad de elección; por lo demás, la rapidez de la acción forzosa y la libre es la misma. Lo que yo había esperado era que Néstor 10 fuese pillado de sorpresa la primera vez y dejase transcurrir un intervalo demasiado grande antes de responder.

—¿Y no fue así?

—Temo que no.

—Entonces, no hemos llegado a ninguna parte —dijo el general,

echándose atrás con expresión contrariada—. Hace ya cinco días que están ustedes aquí...

En aquel momento entró Susan Calvin y volvió a cerrar la puerta con un fuerte golpe.

—Retire sus gráficas de aquí, Peter. Ya sabe usted que no demuestran nada.

Murmuró algo con impaciencia al ver que el general se levantaba para saludarla y prosiguió:

—Vamos a tener que intentar algo más urgente. No me gusta todo lo que ocurre.

—¿Pasa algo? —preguntó Bogert, cambiando una mirada con el general.

—¿Específicamente? ¡No! Pero no me gusta que Néstor 10 siga eludiéndonos. Es un mal asunto. Debe halagar su vanidoso sentido de superioridad. Mucho me temo que su complejo no sea ya meramente el de obedecer órdenes. Me parece que se está convirtiendo en una aguda necesidad neurótica, para él, ir más allá que los humanos. Es una situación malsana y peligrosa. Peter, ¿hizo usted lo que le pedí? ¿Ha establecido los factores inestables del Nst-2 modificado siguiendo las líneas que le pedí?

—Está en marcha —respondió el matemático sin interés.

Susan lo miró durante un momento con rencor y se volvió hacia el general.

—Néstor 10 se ha dado cuenta, desde luego, de lo que estamos haciendo, general. No tiene necesidad alguna de morder el cebo en este experimento, especialmente después de la primera vez, cuando tiene que haber visto que el sujeto no corre peligro. Los otros no podían abstenerse; pero él está fingiendo deliberadamente la reacción.

—¿Y qué cree usted que debemos hacer, doctora Calvin?

—Imposibilitarle, falsificar su reacción la próxima vez. Repetiremos el experimento, pero con una modificación.

Estableceremos unos cables de alta tensión entre los robots y el sujeto, capaces de electrocutar los modelos Néstor en cantidad suficiente para que no puedan saltar por encima de ellos; el robot se dará cuenta de que tocar los cables significa la muerte.

—¡Alto! —exclamó súbitamente Bogert, indignado—. No vamos a electrocutar dos millones de dólares de robots para localizar a Néstor 10. Hay otros medios.

—¿Está usted seguro? No hemos encontrado ninguno. De todos modos, no se trata de electrocución. Podemos aplicar un contacto que cortará la

corriente en el momento de soltar el peso. Si el robot pisa los cables, no será electrocutado. Pero el robot "no lo sabrá".

—¿Saldrá bien esto? —dijo el general con un brillo de esperanza en los ojos.

—Creo que sí. En estas condiciones, Néstor 10 tiene que permanecer en su silla. Puede recibir la orden de tocar los cables y morir, porque la Segunda Ley de obediencia es anterior a la Tercera Ley de autoconservación; pero esta orden no la recibirá, será meramente dejado a su propio impulso, como todos los demás robots. En el caso de los

robots normales, la Primera Ley de la seguridad humana los llevará a la muerte aun sin haber recibido orden expresa. Pero en el caso de nuestro Néstor 10, no. Sin la Primera Ley completa, y sin haber recibido órdenes específicas, la Tercera Ley, la de autoconservación, será la más fuerte y no tendrá más remedio que permanecer en su sitio. Será una acción forzosa.

—¿Lo hacemos esta noche, entonces?

—Esta noche —dijo la doctora en psicología— si los cables pueden tenderse a tiempo. Voy a explicar a los robots lo que vamos a hacer.

Un hombre estaba sentado en una silla, inmóvil, silencioso. Un peso caía sobre él, rápido; después, en el último momento, se apartó a un lado bajo el sincronizado empuje de un súbito rayo de energía.

Sólo una vez...

Y desde su silla plegable de la cabina de observación, la doctora Susan Calvin se levantó de un salto, abriendo la boca horrorizada.

Sesenta y tres robots permanecían sentados inmóviles en sus sillas, mirando con ojos de milano el hombre en peligro que tenían delante. Ni uno de

ellos se movió.

La doctora Calvin estaba furiosa hasta casi lo insoportable. Tanto más furiosa, por no atreverse a demostrarlo delante de los robots, que iban entrando y saliendo uno a uno de la habitación. Comprobó la lista. Ahora tenía que entrar el Veintiocho. Faltaban todavía veinticinco.

Entró el número Veintiocho, receloso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Susan, tratando de conservar la calma.

Con una voz apagada e incierta, el robot contestó:

—No he recibido nombre todavía. Soy un Nst-2 y ocupaba el número veintiocho en la hilera. Tengo aquí una tira de papel que voy a darle.

—¿Habéis estado ya aquí alguna otra vez?

—No.

—Siéntate. Vas a contestar a algunas preguntas, número Veintiocho. ¿Estabas en la Sala de Radiaciones del Edificio Dos hace unas cuatro horas?

El robot tuvo dificultad en contestar; finalmente lo hizo con un ronquido, como de una maquinaria que necesitase aceite.

—Sí, doctora.

—Había allí un hombre que estaba casi en peligro de sufrir daño, ¿no?

—Sí, doctora.

—Y tú no hiciste nada ¿verdad?

—No, doctora.

—A aquel hombre pudo ocurrirle daño por causa de tu inacción. ¿Sabes esto, verdad?

—Sí, doctora. No pude evitarlo, doctora. —Es difícil imaginar una voluminosa figura metálica sin expresión gimiendo, pero casi lo consiguió.

—Quiero que me digas exactamente por qué no hiciste nada por salvarlo.

—Quiero explicárselo, doctora. No

quiero que creas..., que "nadie", crea... que soy capaz de causar daño a un ser humano. ¡Oh, no, esto sería horrible... e inconcebible!

—¡Por favor, no te excites, muchacho! No te censuro nada. Quiero solamente que me digas qué pensabas en aquel momento.

—Doctora, antes de que todo aquello ocurriese, nos dijiste que uno de los humanos estaría en peligro por aquel peso que se caía y que tendríamos que cruzar unos cables eléctricos si queríamos intentar salvarlo. Bien, esto no me hubiera detenido. ¿Qué es mi destrucción comparada con la seguridad

de un humano? Pero... se me ocurrió que si yo moría al ir a salvarlo, estaría muerto sin objeto alguno y quizá algún día otro humano podría sufrir un daño que no hubiera sufrido si yo hubiese estado todavía en vida. ¿Me entiendes, doctora?

—¿Quieres decir que era una mera elección entre la muerte del humano solo o la muerte de los dos?

—Eso es. Era imposible salvar al humano. Podía considerársele muerto. En este caso era inconcebible que yo corriese a la muerte..., sin haber recibido órdenes.

La doctora en psicología sacó un

lápiz. Había oído la misma historia con insignificantes variaciones veintisiete veces ya. La pregunta crucial venía ahora.

—Oye —dijo—, tu punto de vista tiene sus razones, pero no es lo que yo hubiera creído que eras capaz de pensar. ¿Se te ocurrió a ti?

—No —dijo el robot después de haber vacilado.

—¿A quién se le ocurrió, pues?

—Anoche estábamos hablando y uno de nosotros tuvo esta idea, y nos pareció a todos razonable.

—¿A cuál?

El robot quedó sumido en profunda

reflexión.

—No lo sé. Uno de nosotros.

—Nada más —dijo Susan con un suspiro.

El robot siguiente era el Veintinueve. Después vinieron treinta y cuatro más.

También el general Kallner estaba enojado. Durante una semana estera toda la Hyper Base había estado inmovilizada, a excepción de algún trabajo de papeleo sobre los asteroides subsidiarios del grupo. Y entonces los representantes, o por lo menos la mujer, hacían proposiciones inaceptables.

Afortunadamente para la situación

general, Kallner juzgaba imposible poner de manifiesto abiertamente su cólera.

—¿Por qué no, general? —insistía Susan Calvin—. Es evidente que la actual situación es desgraciada. La única forma como podemos encontrar algún resultado en el futuro, o en lo que nos quede de futuro en este asunto, es separar los robots. No podemos conservarlos juntos por más tiempo.

—Mi querida doctora Calvin —gruñó el general con una voz que había alcanzado los registros bajos de un barítono—, no veo cómo alojar separadamente sesenta y tres robots en

este sitio...

—Entonces no puedo hacer nada —interrumpió Susan levantado los brazos en un gesto de desesperación—. Néstor 10 imitará lo que hagan los demás robots o inducirá a los demás a no hacer lo que no puede hacer él. Y en ambos casos, es un mal asunto. Estamos en pugna con el condenado robot desaparecido y por ahora nos gana. Cada victoria suya agrava la anormalidad.

Se puso en pie con rígida determinación.

—General Kallner, si no puede separar los sesenta y tres robots como le

pido, me veo obligada a pedirle que los sesenta y tres sean destruidos inmediatamente.

—¿Lo pide usted, verdad? —preguntó Bogert interviniendo súbitamente con rabia—. ¿Y quién le da a usted derecho a pedirá semejante cosa? Estos robots permanecer n como están. Soy yo el responsable de ellos, no usted.

—Y yo —añadió el general Kallner—, soy el responsable del Coordinador del Mundo..., y tengo que solucionar esto.

—En tal caso —saltó en el acto Susan Calvin— no me queda otro

camino que dimitir. Si es necesario para forzarle a usted a la indispensable destrucción, daré publicidad al asunto. No fui yo quien dio su aprobación a la manufactura de los robots modificados.

—Una palabra más, que viole las medidas de seguridad, doctora Calvin —dijo el general pausadamente—, y ser usted inmediatamente detenida.

Bogert sentía que el asunto se le escapaba de las manos. Su voz se hizo melosa.

—Vamos, vamos, estamos portándonos como unos chiquillos. No es más que cuestión de tiempo. Tiene que haber, con toda seguridad, un medio

de vencer un robot sin dimitir, encarcelar a nadie ni destruir dos millones.

La doctora en psicología se volvió hacia él con rabia contenida.

—No quiero que existan robots descompensados. Tenemos un Néstor que está positivamente descompensado, once que lo están potencialmente y sesenta y dos normales que empiezan a estar sujetos a un ambiente descompensado. El único medio de seguridad absoluta es su destrucción.

El zumbido de llamada se dejó oír en la puerta y los tres se callaron, helando la creciente violencia de la

discusión.

—¡Adelante! —gruñó Kallner.

Era Gerald Black, al parecer turbado. Había oído voces encolerizadas.

—He creído mi deber venir... —dijo —; hubiera considerado indiscreto hablar de ello con nadie...

—¿Qué ocurre? No haga discursos...

—Alguien ha tocado las cerraduras del Compartimiento C de la nave mercante. Hay rasguños recientes en ellas.

—¿El Compartimiento C? —exclamó Susan rápidamente—. ¿Es el que encierra los robots, no? ¿Quién ha

sido?

—Desde dentro —dijo Black lacónicamente.

—¿La cerradura no está estropeada, verdad?

—No, está bien. He estado cuatro días observando la nave y nadie ha tratado de salir de ella. Pero he creído que debían saberlo ustedes y no quería divulgar la noticia. Me he dado cuenta de la cosa personalmente.

—¿Hay alguien allí, ahora?

—He dejado a Robins y Mcadams vigilando.

Hubo un silencio meditativo y la doctora dijo irónicamente:

—¿Y bien...?

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el general rascándose la nariz.

—¿No está claro? Néstor 10 está proyectando marcharse. La orden de "irse a paseo" lo domina anormalmente por encima de todo cuanto podamos hacer. No me sorprendería que lo que le dejaron de la Primera Ley no fuese suficientemente fuerte para vencerlo. Es perfectamente capaz de apoderarse de la nave y fugarse en ella. Entonces tendremos a un robot loco en una nave del espacio. ¿Qué sucederá después? ¿Tiene alguna idea? ¿Sigue usted queriéndolos dejar tranquilos, general?

—Es absurdo —interrumpió Bogert, que había recobrado su suavidad—. Todo esto por algunos rasguños en una cerradura.

—¿Ha completado usted el análisis que le pedí, doctor Bogert, puesto que da usted su opinión?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—No.

—¿Por qué no? ¿O tengo que pedir esto por favor también?

—Porque sería inútil, Susan. Le dije a usted por adelantado que estos robots modificados son menos estables que los normales, y mi análisis lo demuestra.

Hay un número muy pequeño de probabilidades de colapso en circunstancias extremas, que es muy improbable que se produzcan. Dejémoslo en eso. No voy a darle a usted municiones para su absurda pretensión de destruir sesenta y tres robots perfectos, sólo porque carece usted de facultades para descubrir el Néstor 10 entre ellos.

Susan Calvin lo miró fijamente, con el desprecio pintado en sus ojos.

—¿No omite usted un solo detalle en su eterna dictadura, verdad?

—Por favor —suplicó Kallner irritado—. ¿Insiste usted en que no es

posible hacer nada más?

—No se me ocurre nada más general —respondió la doctora—. Si hubiese alguna otra diferencia entre Néstor 10 y los robots normales, diferencias que no afectasen a la Primera Ley... Aunque fuese una sola diferencia. En envoltorio, contenido, especificaciones... — Súbitamente se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Se me ha ocurrido algo... Pienso... —Su mirada se hizo distante y vaga—. Estos Néstors modificados, Peter..., ¿recibieron la misma forma de impresión que los normales, verdad?

—Exactamente la misma.

—Y... ¿qué es lo que decía usted, Mr. Black? —dijo volviéndose hacia el joven doctor que en medio de la tormenta que habían desencadenado sus noticias guardaba un discreto silencio —. Una vez, al quejarse de la actitud de superioridad de Néstor, dijo usted que los técnicos le habían enseñado todo lo que sabían.

—Sí, en Física etérea. No estaban al corriente de este tema cuando llegaron aquí.

—Esto es verdad —dijo Bogert, sorprendido—. Ya le dije a usted, Susan, que cuando hablé con los otros Néstor, los dos recién llegados no

habían aprendido todavía Física etérea...

—¿Y por qué ocurre esto? —preguntó Susan Calvin con creciente excitación—. ¿Por qué no salen los modelos Ns-2 impresos con Física etérea en primer lugar?

—No se lo puedo decir —respondió Kallner—. Forma parte del secreto. Pensamos que si fabricábamos un modelo especial con conocimientos de Física etérea, empleábamos a doce de ellos, y poníamos los otros a trabajar en un campo no coordenado, podíamos despertar sospechas. Los hombres que trabajan con los Néstor normales podrían preguntarse por qué saben

Física etérea. De manera que nos limitamos a imprimir en ellos la capacidad de aprender sobre el terreno. Sólo los que han venido aquí tienen esta impresión. ¿Es sencillo?

—Comprendo. Y ahora, por favor, retírense todos. Denme una hora para mí.

Susan Calvin comprendía que no podía soportar el suplicio por tercera vez. Su mente lo había examinado y rechazado con una intensidad que le produjo náuseas. Le era imposible enfrentarse nuevamente con aquella interminable hilera de robots.

De manera que era Bogert quien interrogaba ahora, mientras ella permanecía sentada con los ojos y la mente medio cerrados.

Entró el número Catorce. Faltaban todavía cuarenta y nueve.

—¿Qué número tienes en la hilera? —le preguntó Bogert, levantando la vista de la hoja de papel.

—Catorce —dijo el robot mostrando su tarjeta numerada.

—Siéntate, muchacho. ¿Habías estado ya aquí antes? —preguntó.

—No, señor.

—Bien, vamos a tener otro hombre en peligro de sufrir daño en cuanto

salgamos de aquí. Cuando salgas de esta habitación te llevarán a un sitio donde esperarás tranquilamente a que se te necesite. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Y, naturalmente, si un hombre está en peligro, tratarás de salvarlo

—Naturalmente, señor.

—Desgraciadamente, entre el hombre y tú habrá un campo de rayos gamma.

Silencio.

—¿Sabes lo que son los rayos gamma?

—¿Radiación de energía, señor?

La siguiente pregunta fue hecha en

tono indiferente, amistoso.

—¿Has trabajado ya con rayos gamma?

—No, señor —respondió el robot categóricamente.

—Pues..., verás, muchacho, los rayos gamma te matarán instantáneamente. Destruirán tu cerebro. Este es un hecho que debes recordar. Naturalmente, tú no querrás destruirte...

—Naturalmente. —Una vez más el robot parecía extrañado. Lentamente, prosiguió—: Pero, señor, ¿si los rayos gamma están entre el hombre en peligro y yo, cómo puedo salvarlo? Me destruiré yo sin ningún fin.

—Sí, eso es. —Bogert parecía preocupado por el asunto—. Lo único que puedo aconsejarte, muchacho, es que si detectas radiaciones gamma entre el hombre y tú, harás bien en permanecer sentado.

—Gracias, señor. ¿Sería inútil, verdad? —dijo el robot, visiblemente aliviado.

—En efecto. Pero si no hubiese radiaciones gamma, la cosa sería totalmente diferente, ¿no es eso?

—Naturalmente, señor, no hay duda.

—Ahora puedes marcharte. El hombre que está aquí en la puerta te llevará a tu sitio. Espera allí.

Una vez el robot se hubo marchado, Bogert se volvió hacia Susan.

—Muy bien —dijo ella sinceramente.

—¿Cree usted que podremos descubrir a Néstor 10 interrogándolos rápidamente sobre Física etérea?

—Quizá , pero no es muy seguro. —Tenía las manos como muertas en el regazo—. Recuerde que lucha con nosotros. Está en guardia. La única manera de vencerlo es ser más listos que él, y, dentro de sus limitaciones, puede pensar mucho más rápidamente que un ser humano.

—Bien, sólo para ver qué pasa;

supongamos que a partir de ahora hago a los robots algunas preguntas sobre los rayos gamma. Límites de longitud de onda, por ejemplo.

—¡No! —exclamó Susan Calvin, mientras reaparecía la vida en sus ojos —. Le sería demasiado fácil negar sus conocimientos y esto le pondría en guardia contra la siguiente prueba..., que es nuestra verdadera probabilidad. Siga, por favor, haciendo las preguntas como le he indicado, Peter, y no improvise. Está perfectamente en su derecho preguntarles si han trabajado ya con rayos gamma. Y trate incluso de parecer menos interesado todavía.

Bogert se encogió de hombros y tocó el timbre que haría entrar al número siguiente.

La espaciosa Sala de Radiaciones estaba a punto una vez más. Los robots esperaban pacientemente en sus células de madera, todas ellas abiertas por el centro, pero separadas unas de otras.

El general Kallner se secó lentamente la frente con un enorme pañuelo, mientras Susan Calvin se ocupaba con Black de los últimos detalles.

—¿Está usted seguro —preguntó— de que ninguno de los robots ha tenido ocasión de hablar con los demás desde

que han salido de la Cámara de Orientación?

—Absolutamente seguro —insistió Black—. No han cambiado una palabra.

—¿Y cada robot está en su célula indicada?

—Aquí está el plano.

La doctora permaneció un momento estudiándolo, pensativa.

—¿Cuál es el plan de esta ordenación, doctora? —preguntó el general asomándose por encima de su hombro.

—He pedido que me colocasen a los robots que me han parecido faltar un poco a la verdad en las primeras

pruebas, concentrados en un lado del círculo. Esta vez voy a sentarme yo en el centro y quiero observarlos particularmente.

—¿Va "usted" a sentarse allí?... exclamó Bogert.

—¿Por qué no? —preguntó ella, fríamente—. Lo que espero ver puede ser instantáneo. No puedo correr el riesgo de poner a otro como primer observador. Peter, usted estará en la cabina de observación y quiero que se fije muy bien en el lado opuesto del círculo. General Kallner, he dispuesto que se filme a cada uno de los robots, para el caso de que la observación

visual no fuese suficiente. Si es necesario, los robots tendrán que permanecer sentados exactamente donde están hasta que la película haya sido revelada y estudiada. Ninguno debe marcharse, ninguno debe cambiar de sitio. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Entonces, vamos a probar otra vez.

Susan Calvin estaba sentada en la silla, silenciosa, la mirada inquieta. Un peso cayó precipitadamente hacia abajo, y se apartó a un lado en el último momento bajo el empuje sincronizado de

un súbito rayo de energía.

Un solo robot se puso en pie y avanzó dos paso. Y se detuvo.

Pero la doctora Calvin se había levantado ya y lo señalaba con el dedo.

—Néstor 10, ven aquí —gritó—. ¡Ven! ¡"Ven aquí"!

Lentamente, a regañadientes, el robot avanzó otro paso.

Sin apartar la vista del robot, la doctora gritó, con todas las fuerzas de su voz:

—¡Qué todos los demás robots salgan inmediatamente de esta habitación, pronto! ¡Sáquenlos en seguida y manténgalos fuera!

A sus oídos llegó el sordo rumor de unas fuertes pisadas, pero no apartó la vista. Néstor 10, si es que era Néstor 10, avanzó otro paso, y después, bajo la fuerza de un imperativo gesto, dos más. Estaba sólo a tres metros de ella cuando, con voz ronca, dijo:

—Me han dado orden de perderme... —Otro paso—. No debo desobedecer. No me han encontrado hasta... Me creería un fracasado. Me dijo... Pero no es así... Soy poderoso e inteligente...

Las palabras salían fraccionadas.

Otro paso.

—Sé mucho... Va a pensar... He sido descubierto... Desgraciado... Yo no...

Soy inteligente... Y con este dueño..., que es débil... Lento...

Otro paso, y un brazo de metal se levantó, apoyándose súbitamente sobre el hombro de Susan Calvin, que sintió que el terrible peso la aplastaba.

Su garganta se agarrotó y sintió que un estremecimiento de terror le recorría el cuerpo.

Oyó, vagamente, las siguientes palabras de Néstor 10:

—Nadie debe encontrarme. No tengo dueño... —La masa de frío metal se apoyaba sobre ella, que sucumbía bajo su peso. Y entonces se produjo un extraño sonido metálico y Susan cayó al

suelo, mientras un brazo reluciente se apoyaba sobre su cuerpo. No se movió. Ni Néstor 10 tampoco, echado a su lado.

Y unos instantes después unos rostros se inclinaron sobre ella.

—¿Está usted herida, doctora Calvin? —jadeaba Gerald Black.

Susan movió lentamente la cabeza y levantando el brazo metálico que la aplastaba, se puso en pie.

—¿Qué ha ocurrido?

—He bañado la sala con rayos gamma durante cinco segundos. No sabíamos lo que ocurría, sólo en el último momento nos dimos cuenta de que la agredía y no había tiempo más

que para los rayos gamma. Se derrumbó al instante. Pero no era suficiente para hacerle daño a usted. No se preocupe, todo ha pasado ya.

—No me preocupo —dijo ella cerrando los ojos e inclinándose a un lado—. No creo haber sido agredida, exactamente. Néstor estaba "tratando" solamente de hacerlo. Lo que quedaba en él de la Primera Ley lo refrenaba todavía.

Dos semanas después de su primera reunión con el general Kallner, Susan Calvin y Peter Bogert celebraron la última. En Hyper Base se había reanudado el trabajo. La nave con sus

sesenta y dos Nst-2 normales había salido para su destino, con una versión oficial del retraso de dos días. El crucero del Gobierno estaba haciendo sus preparativos para llevar a la Tierra a los dos técnicos en robótica.

Kallner lucía de nuevo el reluciente uniforme. Sus guantes blancos deslumbraban, mientras les estrechaba la mano.

—Los otros Néstor modificados tendrán desde luego que ser destruidos —dijo Susan Calvin.

—Lo serán. Cubriremos los turnos con robots normales o, si es necesario, prescindiendo de ellos...

—Bien.

—Pero, dígame..., no me ha explicado... ¿Cómo lo consiguió?

—¡Oh, eso!... —dijo Susan con una sonrisa de complacencia—. Hubiera podido decírselo por adelantado si hubiese estado más segura de que saldría bien. Néstor 10 tenía un complejo de superioridad que cada vez iba siendo más fuerte. Le gustaba creer que tanto él como los demás robots sabían más que los seres humanos. Para él iba cobrando importancia creerlo. Esto lo sabíamos. Advertimos, por lo tanto, a cada robot por adelantado que los rayos gamma los matarían, lo cual

era verdad, y les advertimos además que entre ellos y yo habría rayos gamma. De manera que cada cual se quedó donde estaba, naturalmente. Por la lógica de Néstor 10 durante la primera prueba, habían todos decidido que no tenía utilidad alguna tratar de salvar una vida humana, puesto que ellos morirían antes de conseguirlo.

—Bien, sí, doctora Calvin, esto lo comprendo. Pero ¿por qué abandonó su sitio Néstor 10?

—¡Ah!... El doctor Black y yo habíamos hecho un pequeño arreglo. No eran los rayos gamma los que inundaban el espacio entre los robots y yo, sino los

infrarrojos. Rayos ordinarios de calor, absolutamente inofensivos. Néstor 10 sabría que eran rayos infrarrojos inofensivos y se lanzó adelante como esperaba que harían los demás bajo la compulsión de la Primera Ley. Sólo una fracción de segundo demasiado tarde recordó que el Ns-2 normal puede detectar la radiación pero no puede identificar el tipo. Qué él sólo pudiese identificar las longitudes de onda, por la instrucción que había recibido en Hyper Base, bajo la dirección de meros seres humanos, era en aquel momento demasiado humillante de recordar. Para los robots normales el área era fatal, les

habíamos dicho que lo sería, y sólo Néstor sabía que mentíamos.

Hizo una pausa, antes de terminar.

—Y por un solo momento olvidó, o no quiso recordar, que otros robots pueden ser más ignorantes que los seres humanos. Su misma superioridad lo perdió. Buenas tardes, general.

Riesgo

La Base Hiper había vivido para aquel día. Ocupando toda la tribuna de la sala de observación, en un orden de precedencia estrictamente dictado por el protocolo, había un grupo de oficiales, científicos, técnicos y otros que solamente podían ser catalogados con la calificación general de «personal». De acuerdo con sus temperamentos individuales, aguardaban esperanzados, intranquilos, conteniendo el aliento, ansiosos, o temerosos de aquella culminación de sus esfuerzos.

El hueco interior del asteroide

conocido como la Base Hiper se había convertido para aquel día en el centro de una esfera de férrea seguridad que se extendía a más de quince mil kilómetros a su alrededor. Ninguna nave podía entrar en aquella esfera y sobrevivir. Ningún mensaje podía abandonarla sin escrutinio previo.

A mil quinientos kilómetros de distancia, más o menos, un pequeño asteroide se movía exactamente en la órbita en la que había sido emplazado un año antes, una órbita que circundaba la Base Hiper en un círculo tan perfecto como era posible. El número de identidad del pequeño asteroide era

H937, pero nadie en la Base Hiper lo llamaba de otro modo que Él. («¿Has estado en él hoy?» «El general está en él, echando humo», y finalmente el pronombre personal había alcanzado, la dignidad de la mayúscula.)

En Él, desocupado ahora que se aproximaba el segundo cero, estaba la Parsec, la única nave de su clase jamás construida en la historia del hombre. Aguardaba, sin tripulación humana, lista para su despegue hacia lo inconcebible.

Gerald Black que, como uno de los brillantes ingenieros etéricos jóvenes, ocupaba un puesto de primera fila, hizo chasquear sus amplios nudillos, se secó

las sudorosas palmas en la manchada bata blanca, y dijo ácidamente:

—¿Por qué no va a molestar usted al general, o a la dama que lo acompaña?

Nigel Ronson, de la Interplanetary Press, miró brevemente a través del estrado hacia el resplandeciente general de división Richard Kallner y a la anodina mujer que estaba a su lado, apenas distinguible junto al rutilante uniforme del hombre.

—Lo haría —dijo—, pero estoy interesado en las noticias.

Ronson era bajo y regordete. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado al cepillo, cortado a menos de un

centímetro, el cuello de la camisa abierto, y las perneras de sus pantalones largas hasta los tobillos, en una fiel imitación de los periodistas que eran más populares en la televisión. Sin embargo, era un buen periodista.

Black era robusto, y su negro pelo dejaba poco espacio para su frente, pero su cerebro era tan hábil como sus gruesos dedos torpes. Dijo:

—Ellos tienen todas las noticias.

—Tonterías —replicó Ronson—. Kallner no tiene apenas cuerpo bajo todos esos entorchados. Quíteselos, y no encontrará más que un transmisor enviando órdenes a los de abajo y

cargando su responsabilidad a los de arriba.

Black estuvo a punto de sonreír, pero reprimió su sonrisa.

—¿Qué hay acerca de la doctora? —preguntó.

—La doctora Susan Calvin, de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos —entonó el periodista—. La dama tiene hiperespacio en el corazón y helio liquido en los ojos. Pasaría a través del sol y saldría por el otro lado envuelta en llamas congeladas.

Black se acercó un poco más a la sonrisa.

—¿Qué le parece el director Schloss, entonces?

—Sabe demasiado —dijo Ronson sin reflexionar—. Pero con el tiempo que pierde alimentando la débil llamita de la inteligencia en sus oyentes y disminuyendo la antorcha de su propio cerebro por miedo a cegarlos permanentemente con su deslumbrante fuerza, termina siempre por no decir nada.

Esta vez Black mostró sus dientes.

—Entonces dígame por qué me ha escogido a mí.

—Muy fácil, doctor. Lo observé, e imaginé que era usted demasiado feo

como para ser estúpido y demasiado listo como para perderse una posible oportunidad de hacerse un paco de buena publicidad personal.

—Recuérdeme que le dé un puñetazo algún día —dijo Black—. ¿Qué es lo que quiere saber?

El hombre de la Interplanetary Press señaló hacia el pozo y preguntó:

—¿Va a funcionar eso?

Black miró también hacia abajo, y sintió un vago estremecimiento, como si acabara de recibir una ráfaga del tenue viento nocturno marciano. El pozo era una enorme pantalla de televisión, dividida en dos. Una mitad era una vista

general de Él. En la gris superficie llena de cráteres de Él se hallaba la Parsec brillando tenuemente a la débil luz del sol. La otra mitad mostraba la sala de control de la Parsec. No había vida en aquella sala de control. En el asiento del piloto había un objeto cuya vaga humanidad no ocultaba en ningún momento el hecho de que era tan sólo un robot positrónico.

—Físicamente, amigo, eso funcionará —dijo Black—. El robot lo hará hasta su objetivo y regresará. ¡Espacio!, qué éxito tuvimos con esa parte del asunto. Yo la presencié toda. Vine aquí dos semanas después de

obtener mi graduación en física etérica y he estado aquí, sin tomarme vacaciones ni permisos, desde entonces. Estaba aquí cuando enviamos la primera pieza de alambre de hierro a la órbita de Júpiter y la hicimos volver a través del hiperespacio…, y conseguimos tan sólo limaduras de hierro. Estaba aquí cuando enviamos ratones blancos hasta allí y los hicimos volver y conseguimos carne picada de ratón.

»Después de eso pasamos seis meses estableciendo un hipercampo estable. Tuvimos que eliminar intervalos tan pequeños como diezmilésimas de segundo de punto a punto a fin de hacer

viable el hiperviaje. Después de eso, los ratoncitos blancos empezaron a regresar intactos. Recuerdo cómo estuvimos una semana celebrándolo cuando un ratón blanco regresó vivo y vivió diez minutos antes de morir. Ahora viven durante tanto tiempo como podemos seguir cuidándolos.

—¡Espléndido! —dijo Ronson.

Black le miró de soslayo.

—Dije: físicamente, funcionará. Esos ratoncitos blancos que regresan…

—¿Sí?

—Carecen de mente. Ni siquiera una pequeña mente tipo ratón. No comen. Tienen que ser alimentados a la fuerza.

No se emparejan. No corren. Se quedan sentados. Sentados. Sentados. Eso es todo. Finalmente arreglamos las cosas para enviar un chimpancé. Fue lastimoso. Era algo demasiado parecido a un ser humano como para que el contemplarlo fuera soportable. Regresó convertido en un montón de carne que podía hacer unos limitados movimientos arrastrantes. Podía mover los ojos, y a veces podía escarbar. Gemía y se sentaba sobre sus propios excrementos sin moverse en absoluto. Alguien le pegó un tiro un día, y todos nos sentimos agradecidos por ello. Le diré esto, amigo: nada que haya ido nunca al

hisperespacio ha vuelto trayéndose su mente consigo.

—¿Puedo publicar eso?

—Después de este experimento, quizá. Esperan grandes cosas de él.

Black alzó ligeramente una comisura de la boca.

—¿Usted no?

—¿Con un robot en los controles? No.

Casi automáticamente, la mente de Black regresó a aquel interludio, hacía algunos años, cuando había sido inconscientemente responsable de casi la pérdida de un robot. Pensó en los robots Nestor que habían llenado la

Base Hiper con su conocimiento adquirido y sus perfeccionistas imperfecciones. ¿De qué servía hablar de robots? Él no era, por naturaleza, un misionero.

Pero entonces Ronson, llenando el prolongado silencio con un poco de charla intrascendente, dijo, mientras reemplazaba el chicle de su boca con una nueva barra:

—No me diga que es usted un antirrobots. Siempre he oído decir que los científicos eran el único grupo que no es antirrobots.

La paciencia de Black se rompió. Dijo:

—Eso es cierto, y ahí está el problema. La tecnología funciona a base de robots. Cualquier trabajo tiene que tener un robot al lado, o el ingeniero a cargo se siente estafado. Desea usted un sujeta-puertas: compre un robot con unos pies pesados. Eso es cierto.

Estaba hablando con una voz baja e intensa, dirigiendo directamente las palabras al oído de Ronson.

—Eh, yo no soy un robot. No la tome conmigo. Soy un hombre. Homo sapiens. Ha estado a punto de romperme un hueso. ¿No es eso una prueba?

Pero una vez lanzado, Black necesitaba algo más que una frivolidad

para detenerle.

—¿Sabe usted cuánto tiempo se ha perdido preparando todo esto? —preguntó—. Hemos construido un robot perfectamente generalizado y le hemos dado una orden. Punto. Yo oí dar esa orden. La he memorizado. Breve y concisa: «Toma la palanca con una presión firme. Tira de ella firmemente hacia ti. ¡Firmemente! Mantén tu presión hasta que el tablero de control te informe que has pasado dos veces a través del hiperespacio».

»De modo que, a la hora cero, el robot agarrará la palanca de control y tirará de ella firmemente hacia sí. Sus

manos han sido calentadas hasta la temperatura de la sangre. Una vez la palanca de control se halla en posición, la expansión calorífica completa el contacto y se inicia el hipercampo. Si le ocurre algo a su cerebro durante el primer viaje a través del hiperespacio; no importa. Todo lo que necesita hacer es mantener la posición un microinstante, y la nave regresará y el hiperespacio se desconectará. Nada puede ir mal. Luego estudiaremos todas sus relaciones generalizadas y veremos lo que ha ido mal, si es que algo ha ido mal.

Ronson parecía desconcertado.

—Todo eso tiene sentido para mí.

—¿De veras? —preguntó Black amargamente—. ¿Y qué es lo que aprenderá usted del cerebro de un robot? El suyo es positrónico, el nuestro es celular. El suyo es metálico, el nuestro es proteínico. No son lo mismo. No hay punto de comparación. Sin embargo, estoy convencido de que sobre las bases de lo que aprendan, o crean que han aprendido del robot, enviarán a hombres al hiperespacio. ¡Pobres diablos!... Mire, no se trata de una cuestión de morir. Se trata de volver sin mente. Si hubiera visto usted al chimpancé, sabría lo que quiero decir.

La muerte es algo limpio y definitivo. Lo otro…

—¿Ha hablado usted a alguien de esto? —preguntó el periodista.

—Sí —dijo Black—. Dicen lo mismo que usted. Dicen que soy un antirrobots, y eso lo arregla todo para ellos. Mire a Susan Calvin, ahí. Puede ver que ella no es antirrobots. Vino especialmente de la Tierra para observar este experimento. Si hubiera habido un hombre a los controles, ella ni siquiera se habría molestado. ¡Pero qué importa!

—Eh —dijo Ronson—, no se detenga ahora. Hay más.

—¿Más qué?

—Más problemas. Usted ha explicado lo del robot. Pero ¿por qué todas esas repentinas medidas de seguridad?

—¿Eh?

—Oh, vamos. De pronto, no puedo enviar mis transmisiones. De pronto, las naves no pueden acercarse a esta zona. ¿Qué es lo que está pasando? Esto tan sólo es otro experimento. El público sabe acerca del hiperespacio y de lo que sus chicos están intentando hacer, así que ¿por qué todo este secreto?

La resaca de la irritación estaba fluyendo todavía sobre Black, irritación

contra los robots, irritación contra Susan Calvin, irritación ante el recuerdo de aquel robot perdido en el pasado. Descubrió que le quedaba todavía un poco de irritación para dirigirla contra aquel irritante periodista pequeño y sus irritantes preguntas pequeñas.

"Veamos cómo se lo toma", se dijo a sí mismo.

—¿De veras desea saberlo? —preguntó.

—Apueste.

—De acuerdo. Nunca habíamos iniciado un hipercampo para un objeto que tuviera más de una millonésima del tamaño que éste. Eso significa que el

hipercampo que pronto va a ser iniciado es algo así como un millón de millones de veces más energético que cualquier otra cosa que jamás hayamos manejado. No estamos seguros de lo que puede hacer.

—¿Qué quiere decir?

—La teoría nos dice que la nave será limpiamente depositada en las cercanías de Sirio y limpiamente devuelta aquí. Pero ¿qué cantidad de volumen de espacio alrededor de la Parsec será arrastrado con ella? Es difícil decirlo. Todavía no sabemos lo suficiente acerca del hiperespacio. El asteroide en el cual se halla posada la

nave puede ir con ella y, ¿sabe?, si nuestros cálculos resultan apenas un poco equivocados, es posible que nunca sea devuelto aquí. Puede regresar, digamos, a treinta mil millones de kilómetros de distancia. Y existe una posibilidad de que sea arrastrado algo más que el simple asteroide.

—¿Cuánto más? —preguntó Ronson.

—No podemos saberlo. Hay un elemento de incertidumbre estadística. Es por eso por lo que ninguna nave debe acercarse demasiado. Es por eso por lo que mantenemos las cosas en secreto hasta que el experimento haya terminado felizmente.

Ronson tragó audiblemente saliva.

—Supongamos que alcanza la Base Hiper.

—Existe la posibilidad —dijo Black serenamente—. No muchas posibilidades, o de otro modo el director Schloss no estaría aquí, se lo aseguro. De todos modos, existe una posibilidad matemática.

El periodista miró su reloj.

—¿Cuándo ocurrirá todo eso?

—Dentro de unos cinco minutos. ¿Está usted nervioso?

—No —dijo Ronson pero se sentó muy pálido y no hizo más preguntas.

Black se inclinó sobre la barandilla

de la tribuna. Los últimos minutos estaban acabándose.

¡El robot se movió!

Hubo una masa de humanidad inclinándose hacia delante ante aquella señal de movimiento, y las luces descendieron a fin de realzar la luminosidad de la escena de abajo. Pero de momento sólo había sido el primer movimiento. Las manos del robot se acercaron a la barra de contacto.

Black aguardó al segundo final, cuando el robot tirara de la palanca hacia sí. Black podía imaginar un buen número de posibilidades, y todas ellas saltaron de forma casi simultánea en su

mente.

Primero se produciría el corto parpadeo que indicaría la partida a través del hiperespacio y el regreso. Pese a que el intervalo de tiempo sería notablemente corto, el regreso no se produciría exactamente en el mismo punto de la partida, y además habría como un parpadeo. Siempre lo había.

Luego, cuando la nave regresara, podría descubrirse quizá que los dispositivos que mantenían la estabilidad del campo sobre el enorme volumen de la nave habían resultado inadecuados. El robot podía ser tan sólo un amasijo de acero. La nave podía ser

un amasijo de acero.

O sus cálculos podían haberse excedido algo y la nave no regresar jamás. O peor aún, la Base Hiper podía ser arrastrada junto con la nave y no regresar jamás tampoco.

O, por supuesto, todo podía ir bien. La nave podía parpadear y regresar en perfecto estado. El robot, con su mente intocada, podía alzarse de su asiento y señalar así el completo éxito del primer viaje de un objeto construido por el hombre más allá del control gravitatorio del Sol.

El último minuto iba desgranándose.

Finalmente llegó el último segundo,

y el robot aferró la palanca de control y tiró firmemente de ella hacia sí…

¡Nada!

Ningún parpadeo. ¡Nada!

La Parsec nunca abandonó el espacio normal.

El general de división Kallner se quitó la gorra para secarse su brillante frente, y al hacerlo dejó al descubierto una cabeza calva que hubiera envejecido diez años su apariencia si su tensa expresión no lo hubiera hecho ya. Había pasado casi una hora desde el fracaso de la Parsec, y no se había hecho nada.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cómo ocurrió?

No lo comprendo.

El doctor Mayer Schloss, que a los cuarenta años era el «gran viejo» de la joven ciencia de las matrices de los hipercampos, dijo impotente:

—No hay nada erróneo en la teoría de base. Apostaría mi vida en ello. Tiene que haber algún fallo mecánico en algún lugar de la nave. Nada más. —Lo había dicho una docena de veces—. Creí que todo había sido comprobado —había dicho también.

—Lo ha sido, señor, lo ha sido. Sin embargo…

Y así.

Permanecían sentados mirándose

mutuamente en la oficina de Kallner, que había sido despejada ahora de todo el personal y a la que no se permitía entrar a nadie. Ninguno de los dos se atrevía a mirar a la tercera persona presente.

Los delgados labios de Susan Calvin y sus pálidas mejillas no mostraban ninguna expresión. Dijo fríamente:

—Pueden consolarse con lo que les dije antes. Es dudoso que todo esto hubiera resultado algo útil.

—Ahora no es momento para viejas discusiones —gruñó Schloss.

—No estoy discutiendo nada. La Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos se

limita a proporcionar robots fabricados según especificaciones concretas para cualquier utilización legal por parte de un comprador legal. Nosotros hicimos nuestra parte. Sin embargo, les informamos que no podíamos garantizarles poder extraer conclusiones referentes al cerebro humano a partir de nada que pudiera ocurrirle al cerebro positrónico. Nuestra responsabilidad termina aquí. No hay nada que discutir.

—Gran espacio —dijo el general Kallner, en un tono que hizo que la imprecación sonara débil—, no discutamos sobre eso.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—murmuró Schloss, volviendo nuevamente al tema pese a todo—. Hasta que no sepamos exactamente lo que ocurre a la mente en el hiperespacio no podemos hacer ningún progreso. La mente de un robot es al menos capaz de análisis matemático. Es un inicio, una forma de empezar. Y hasta que no lo intentemos… —Alzó la vista bruscamente—. Pero el asunto no es su robot, doctora Calvin. No estamos preocupados por él o por su cerebro positrónico. Maldita sea, mujer… —su voz alcanzó los límites del grito.

La robopsicóloga lo redujo al silencio con una voz que apenas se

levantó un poco por encima de su monótono nivel.

—Nada de histerismos, por favor. A lo largo de toda mi vida he asistido a muchas crisis, y nunca he visto que ninguna se resolviera por la histeria. Deseo respuestas a algunas preguntas.

Los gruesos labios de Schloss temblaron, y sus ojos profundos hundidos parecieron retirarse aún más en sus órbitas, dejando pozos de sombras en su lugar. Dijo ásperamente:

—¿Tiene usted algunos conocimientos de ingeniería etérica?

—Esa es una pregunta irrelevante. Soy robopsicóloga jefe de la Compañía

de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos. Hay un robot positrónico sentado a los controles de la Parsec. Como todos tales robots, es alquilado y no vendido. Tengo derecho a pedir información relativa a cualquier experimento en el cual se halle implicado tal robot.

—Hable con ella, Schloss —ladró el general Kallner—. Tiene…, tiene razón.

La doctora Calvin volvió sus pálidos ojos hacia el general, que había estado presente en la época del asunto del robot perdido, y que por lo tanto cabía esperar que no cometería el error

de subestimarla. (Schloss estaba enfermo cuando ocurrió todo aquello, de modo que lo sabía todo de oídas, lo cual no es tan efectivo como la experiencia personal.)

—Gracias, general —dijo.

Schloss miró impotente de uno a la otra y murmuro:

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Obviamente, mi primera pregunta es: ¿cuál es su problema, si no se trata del robot?

—Pero si el problema es lo más obvio del mundo. La nave no se ha movido. ¿Acaso no puede verlo? ¿Está usted ciega?

—Lo veo perfectamente. Lo que no veo es su obvio pánico acerca de algún fallo mecánico. ¿Acaso su gente no espera fallos de tanto en tanto?

—Son los gastos —murmuró el general—. La nave es infernalmente cara. El Congreso Mundial… las asignaciones de fondos… —Calló.

—La nave aún sigue ahí. Una ligera revisión, una corrección, y ya está. No puede crear tantos problemas.

Schloss se había recuperado un poco. La expresión de su rostro era la de un hombre que ha atrapado su alma con ambas manos, la ha agitado violentamente, y la ha puesto en pie. Su

voz adoptó incluso un tono de paciencia.

—Doctora Calvin, cuando hablo de fallo mecánico, quiero decir algo como un relé trabado por una mota de polvo, una conexión impedida por una mancha de grasa, un transistor inutilizado por una momentánea expansión de calor. Una docena de cosas así. Un centenar de cosas así. Cualquiera de ellas puede ser algo solamente temporal. Puede dejar de tener efecto en cualquier momento.

—Lo cual significa que en cualquier momento la Parsec puede cruzar el hiperespacio y volver después de todo.

—Exactamente. ¿Comprende usted ahora?

—En absoluto. ¿No es eso precisamente lo que quieren ustedes?

Schloss hizo un movimiento como si quisiera atrapar un doble puñado de pelo y tirar fuertemente de él.

—Usted no es un ingeniero etérico —dijo.

—¿Es eso lo que le ata la lengua, doctor?

—Habíamos preparado la nave —dijo Schloss desalentadamente— para efectuar un salto desde un punto definido del espacio tomando como referencia el centro de gravedad de la galaxia a otro punto. El regreso tenía que efectuarse al punto original, corregido por el

movimiento del sistema—solar. En la hora que ha pasado desde que la Parsec hubiera debido moverse, el sistema solar ha variado su posición. Los parámetros originales a los cuales está ajustado el hiperespacio ya no son aplicables. Las leyes normales del movimiento no se aplican al hiperespacio, e iba a tomarnos una semana de computaciones calcular un nuevo juego de parámetros.

—¿Quiere decir que si la nave se mueve ahora regresará a algún punto impredecible a miles de kilómetros de distancia?

—¿Impredecible? —Schloss sonrió

huecamente—. Sí, podría llamarlo así. La Parsec puede terminar en la nebulosa de Andrómeda o en el centro del sol. En cualquier caso, las posibilidades de volver a verla alguna vez están en contra nuestra.

Susan Calvin asintió.

—Entonces la situación es que si la nave desaparece, como puede hacerlo en cualquier momento, unos cuantos miles de millones de dólares del dinero de los contribuyentes desaparecerán de forma irrecuperable y, podríamos decir, a causa de su impericia.

El general de división Kallner no hubiera saltado más perceptiblemente si

le hubieran clavado profundamente una aguja en las posaderas.

La robopsicóloga continuó:

—De alguna forma, entonces, el mecanismo del hiperespacio de la nave debe ser desconectado, y lo más pronto posible. Hay que desconectar o arrancar o saltar algo —terminó diciendo, casi hablando para sí misma.

—No es tan sencillo —dijo Schloss —. No puedo explicárselo completamente, puesto que no es usted una experta en etérica. Es como intentar cortar un circuito eléctrico normal cortando unos cables de alta tensión con unas tijeras de podar. Puede ser

desastroso. Será desastroso.

—¿Quiere decir usted que cualquier intento de cortar el mecanismo puede lanzar a la nave al hiperespacio?

—Cualquier intento al azar es muy probable que lo haga. Las hiperfuerzas no están limitadas por la velocidad de la luz. Es muy probable que no posean ningún limite de velocidad en absoluto. Eso hace las cosas extremadamente difíciles. La única solución razonable es descubrir la naturaleza del fallo y aprender de ella una forma segura de desconectar el campo.

—¿Y cómo se propone hacer eso, doctor Schloss?

—Me parece que lo único que podemos hacer —dijo Schloss— es enviar a uno de nuestros robots Néstor…

—¡No! No sea estúpido —interrumpió Susan Calvin.

Gélidamente, Schloss dijo:

—Los Néstor están familiarizados con los problemas de ingeniería etérica. Serán ideales…

—Completamente descartado. Usted no puede utilizar uno de nuestros robots positrónicos para una finalidad como esa sin mi permiso. No lo tiene, y no lo tendrá.

—¿Cuál es la alternativa?

—Tiene que enviar usted a uno de sus ingenieros.

Schloss agitó violentamente la cabeza.

—Imposible. El riesgo implicado es demasiado grande. Si perdemos una nave y un hombre…

—Sea como sea, no usará usted un robot Néstor —dijo el general—. Todo este problema ha de llegar a las más altas esferas.

—Yo de usted no lo haría aún —dijo ásperamente Susan Calvin—. Lo único que conseguirá será ponerse a disposición de la benevolencia del gobierno si lo hace sin ninguna

sugerencia o plan de acción. No va a salir muy bien parado, estoy segura.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó el general, usando de nuevo su pañuelo.

—Envíe a un hombre. No hay otra alternativa. Schloss había palidecido más allá de un gris ceniciento.

—Es fácil de decir. Envíe a un hombre. Pero ¿a quién?

—He estado considerando ese problema. ¿No hay aquí un joven, creo que su nombre es Black, al que tuve ocasión de conocer en mi anterior visita a la Base Hiper?

—¿El doctor Gerald Black?

—Creo que sí. Por aquel entonces estaba soltero. ¿Sigue estándolo?

—Sí, creo que sí.

—Entonces sugeriría que lo trajeran aquí, dentro de quince minutos, y que mientras tanto yo tenga acceso a sus antecedentes.

Suavemente se había hecho la dueña de la situación, y ni Kallner ni Schloss hicieron ningún intento por disputarle su autoridad.

Black había visto a Susan Calvin a distancia en aquella su segunda visita a la Base Hiper. No había hecho ningún movimiento por acortar aquella

distancia. Ahora que había sido llamado a su presencia, se dio cuenta de que estaba mirándola con revulsión y desagrado. Apenas se dio cuenta de la presencia del doctor Schloss y del general Kallner de pie a su lado.

Recordó la última vez que se había enfrentado a ella, siendo sometido a una fría disección en beneficio de un robot perdido.

Los fríos ojos grises de la doctora Calvin se clavaron firmemente en sus ardientes ojos marrones.

—Doctor Black —dijo—, creo que comprende usted la situación.

—Sí —dijo Black.

—Habrá que hacer algo. La nave es una inversión demasiado grande como para perderla. La mala publicidad significaría probablemente el fin del proyecto.

Black asintió.

—He estado pensando en eso.

—Espero que haya pensado usted también en que será necesario que alguien aborde la Parsec, descubra lo que ha fallado y… esto… lo desactive.

Hubo una momentánea pausa. Black dijo secamente:

—¿Qué estúpido haría algo así?

Kallner frunció el ceño y miró a Schloss, que se mordió los labios y dejó

que sus ojos se perdieran en la nada.

—Por supuesto —dijo Susan Calvin —, hay la posibilidad de una activación accidental del hipercampo, en cuyo caso la nave puede ir a parar más allá de cualquier posible alcance. Por otra parte, puede regresar a algún lugar dentro de los limites del sistema solar. Si es así, no se regateará ningún dinero o esfuerzo por recuperar hombre y nave.

—¡Idiota y nave! —exclamó Black —. Es sólo una corrección.

Susan Calvin prescindió del comentario.

—Le he pedido permiso al general Kallner para depositar esa

responsabilidad sobre sus hombros. Es usted quien irá.

No hubo la menor pausa entonces. Black, de la forma más clara posible, dijo:

—Señora, no me estoy presentando voluntario.

—Ni siquiera suman una docena los hombres de la Base Hiper que poseen los conocimientos suficientes como para tener una oportunidad de realizar esta operación con éxito. De aquellos que conozco, le he seleccionado a usted sobre la base de nuestro anterior conocimiento. Usted aportará a esa tarea una comprensión…

—Mire, no me estoy presentando voluntario.

—No tiene elección. ¿Se da cuenta de su responsabilidad?

—¿Mi responsabilidad? ¿Qué es lo que la hace mía?

—El hecho de que usted es el más adecuado para el trabajo.

—¿Sabe usted el riesgo?

—Creo que sí —asintió Susan Calvin.

—Yo sé que no. Usted nunca vio a ese chimpancé. Mire, cuando he dicho «idiota y nave», no estaba expresando una opinión. Estaba constatando un hecho. Arriesgaré mi vida si debo

hacerlo. No alegremente quizá, pero la arriesgaré. Arriesgar el convertirme en un idiota, pasar el resto de mi vida en un embrutecimiento animal, es algo a lo que no voy a arriesgarme, eso es todo.

Susan Calvin miró pensativamente al sudoroso e irritado rostro del joven ingeniero.

—¡Envíe a uno de sus robots, a uno de sus preciosos NS-2! —gritó Black.

Los ojos de la psicóloga reflejaron una especie de frío resplandor. Dijo deliberadamente:

—Sí, el doctor Schloss ha sugerido eso. Pero los robots NS-2 son alquilados por nuestra firma, no

vendidos. Cada uno de ellos vale millones de dólares, ya lo sabe. Yo represento a la compañía y he decidido que son demasiado caros como para arriesgarlos en un asunto como éste.

Black alzó las manos. Se cerraron engarfiadamente y temblaron cerca de su pecho, como si estuviera conteniéndolas a duras penas.

—¿Me está diciendo…, me está diciendo usted que quiere que vaya yo en vez de un robot porque yo resulto menos caro?

—Si quiere mirarlo desde esa óptica, sí.

—Doctora Calvin —dijo Black—,

antes la veré en el infierno.

—Puede que esa afirmación sea casi literalmente cierta, doctor Black. Como le confirmará el general Kallner, se le ordena que acepte esta misión. Según tengo entendido, usted se halla aquí sometido a leyes cuasi militares, y si se niega usted a obedecer, es posible que sea sometido a consejo de guerra. Eso significaría la prisión de Mercurio, y creo que se trata de algo lo suficientemente parecido al infierno como para hacer su afirmación incómodamente cierta si es que yo llego a visitarle alguna vez, lo cual no es probable. Por otra parte, si acepta usted

abordar la Parsec y realizar su trabajo, eso significará una gran promoción para su carrera.

Black la miró con llameantes y enrojecidos ojos. Susan Calvin añadió:

—Concédanle cinco minutos para pensar en todo esto, general Kallner, y preparen una nave.

Dos guardias de seguridad escoltaron a Black fuera de la habitación.

Gerald Black sentía frío. Sus miembros se movían como si no formaran parte de él. Era como si estuviera observándose a sí mismo

desde algún lugar remoto y seguro, observándose a sí mismo abordar una nave y prepararse para el despegue hacia Él y la Parsec.

No podía creerlo. De pronto había inclinado la cabeza y había dicho:

—Está bien, iré.

Pero ¿por qué?

Nunca se había considerado a sí mismo como perteneciente al tipo héroe. Entonces, ¿por qué? Parcialmente, por supuesto, había la amenaza de la prisión en Mercurio. Parcialmente, había la horrible reluctancia de aparecer como un cobarde ante los ojos de aquellos que le conocían, esa profunda cobardía que

está más allá de todas las bravatas del mundo.

Pero, principalmente, había algo más.

Ronson, de la Interplanetary Press, había parado un momento a Black mientras éste se encaminaba a la nave. Black contempló el enrojecido rostro de Ronson y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Escuche! —balbuceó Ronson—. Cuando vuelva, quiero la exclusiva. Arreglaré las cosas para que le paguen lo que usted pida…, cualquier cosa…

Black lo apartó a un lado de un empujón, y siguió su camino.

La nave tenía dos tripulantes. Ninguno de ellos le habló. Sus miradas pasaron por encima y por debajo y por los lados de él. A Black no le importó. A medida que se acercaban a la Parsec, se mostraron tan asustados como un gatito deslizándose furtivamente hacia el primer perro que ve en su vida. Podía hacerlo sin ellos.

Sólo había un rostro que seguía viendo constantemente. La ansiosa expresión del general Kallner y la mirada de sintética determinación del rostro de Schloss se puntuaban momentáneamente tan sólo en su conciencia. Casi inmediatamente

desaparecían. Era el impasible rostro de Susan Calvin el que no se apartaba de su imaginación. Su tranquila inexpresividad mientras él abordaba la nave.

Se quedó contemplando la negrura en la que había desaparecido la Base Hiper, engullida por el espacio…

¡Susan Calvin! ¡La doctora Susan Calvin! ¡La robopsicóloga Susan Calvin! ¡El robot que hablaba como una mujer!

¿Cuáles eran las tres leyes?, se preguntó. Primera Ley: protegerás al robot con toda tu mente y todo tu corazón y toda tu alma. Segunda Ley:

protegerás los intereses de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos siempre que no interfieran con la Primera Ley. Tercera Ley: tomarás en consideración a los seres humanos, siempre que no interfieran ni con la Primera ni con la Segunda Ley.

¿Había sido joven alguna vez?, se preguntó salvajemente. ¿Había sentido alguna vez una auténtica emoción?

¡Espacio! En aquellos momentos deseaba hacer algo…, algo que borrara aquella helada mirada en medio de aquel rostro.

¡Y lo haría!

Por las estrellas, lo haría. Si salía cuerdo de aquella aventura la aplastaría, a ella y a su compañía y a toda aquella horrible raza de robots. Ese era el pensamiento que le impulsaba, más que el miedo a la prisión o el deseo de prestigio social. Ese era el pensamiento que casi había hecho desaparecer su miedo. Casi.

Uno de los pilotos murmuró, sin mirarle:

—Puede saltar usted desde aquí. La tenemos a un kilómetro debajo de nosotros.

—¿No van a aterrizar? —preguntó amargamente Black.

—Tenemos órdenes estrictas de no hacerlo. La vibración del aterrizaje podría…

—¿Qué hay acerca de la vibración de mi aterrizaje?

—Yo sólo cumplo órdenes —dijo el piloto.

Black no respondió; se metió en su traje y aguardó a que se abriera la compuerta interna. Había una bolsa de herramientas firmemente unida al metal del traje, en su cadera derecha.

En el momento en que entraba en la escotilla, los auriculares dentro de su casco retumbaron:

—Suerte, doctor.

Necesitó un momento para darse cuenta de que las palabras procedían de los dos hombres a bordo de la nave, una pausa en su ansiedad por alejarse de aquel peligroso volumen de espacio en el cual iba a sumergirse él.

—Gracias —dijo Black torpemente, medio resentidamente.

Y luego estuvo afuera en el espacio, girando lentamente sobre sí mismo como resultado del ligeramente descentrado impulso de sus pies contra la compuerta exterior.

Pudo ver a la Parsec aguardándole, y mirando entre sus piernas en el momento preciso de empezar a girar pudo ver el

prolongado silbido de los chorros laterales de la nave que lo había traído hasta allí mientras daba media vuelta para regresar.

¡Estaba solo! ¡Espacio, estaba solo!

¿Se había sentido tan solo alguna vez, algún hombre, en toda la historia?

¿Llegaría a darse cuenta de ello, si… si ocurría algo?, se preguntó enfermizamente. ¿Habría un breve momento, por pequeño que fuera, de realización? ¿Sentiría su mente huir de él y la luz de la razón y los pensamientos difuminarse y desaparecer?

¿O bien ocurriría repentinamente, como el preciso corte de un afilado

cuchillo?

En cualquier caso…

El pensamiento del chimpancé, los ojos vacuos, estremeciéndose con inciertos terrores, se presentó vívido en su mente.

El asteroide estaba ahora a siete metros más abajo. Avanzaba por el espacio con un movimiento absolutamente constante. Fuera de la industria humana, ni un solo grano de arena de su superficie se había agitado a lo largo de astronómicos períodos de tiempo.

En la absoluta inmovilidad de Él,

alguna pequeña partícula de arena trabó algún delicado mecanismo a bordo de la Parsec, o una mota de impureza en el refinado aceite que bañaba algún engranaje lo había encallado.

Quizá fuera necesaria tan sólo una pequeña vibración, un ligero temblor originado por la colisión de masa contra masa para liberar aquella parte móvil, reanudando la acción interrumpida, creando el hipercampo, haciéndolo florecer como una rosa abriéndose increíblemente.

Su cuerpo estaba a punto de entrar en contacto con Él, y juntó sus piernas en su ansiedad de «golpearlo

delicadamente». No sentía el menor deseo de tocar el asteroide. Su piel se erizó con una intensa aversión. Fue acercándose.

Ahora… ahora…

¡Nada! Sólo el progresivo contacto con el asteroide, los arriesgados momentos de la presión lentamente progresiva resultante de una masa de cien kilos (él más el traje) poseyendo una inercia pero ningún peso apreciable.

Black abrió lentamente los ojos y permitió que la luz de las estrellas penetrara en ellos. El sol era un mármol resplandeciente, con el brillo

amortiguado por el escudo polarizante de su placa visora. Las estrellas eran correspondientemente débiles, pero su disposición era familiar. Con el sol y las constelaciones normales, todavía estaba dentro del sistema solar. Incluso podía divisar la Base Hiper, un pequeño y débil creciente.

Se envaró sorprendido ante la repentina voz que sonó en sus oídos. Era Schloss.

—Le tenemos en nuestro campo de visión, doctor Black —dijo Schloss—. ¡No está solo!

Black sintió deseos de reír ante su elaborada fraseología, pero se limitó a

decir, con una voz clara y baja:

—Cállese. Si lo hace, no me distraerá.

Una pausa. La voz de Schloss, más contemporizadora:

—Si va informando usted a medida que progrese, eso aliviará la tensión.

—Recibirán toda la información que necesiten cuando regrese. No antes.

Lo dijo amargamente, y amargamente también sus dedos enfundados en metal avanzaron hacia el panel de control en su pecho y desconectaron la radio de su traje. Ahora podían seguir hablándole al vacío. Tenía sus propios planes. Si salía cuerdo de aquello, aquél iba a ser su

espectáculo.

Se apoyó sobre los pies con infinitas precauciones, y se irguió sobre Él. Se tambaleó ligeramente a medida que sus involuntarios movimientos musculares, impulsando a causa de la casi total ausencia de gravedad una interminable serie de desequilibrios, lo empujaron hacia uno y otro lado. En la Base Hiper había un campo pseudogravitatorio que creaba una similitud con la Tierra. Black observó que una parte de su mente se mantenía lo suficientemente lúcida como para captar aquella diferencia y apreciarla in absentia.

El sol había desaparecido tras un

risco. Las estrellas giraban visiblemente, siguiendo el ritmo del período de una hora de rotación del asteroide.

Podía ver la Parsec desde donde estaba, y avanzó lentamente hacia ella, cuidadosamente…, casi de puntillas. (Ninguna vibración. Ninguna vibración. Las palabras parecían suplicar en su mente.)

Antes de darse cuenta exactamente de la distancia que había recorrido, se hallaba ya en la nave. Estaba a los pies de la hilera de asideros que conducían a la compuerta exterior.

Hizo una pausa allí.

La nave parecía completamente normal. O al menos parecía normal excepto el círculo de aceradas protuberancias que la rodeaba aproximadamente a un tercio de su longitud, y un segundo círculo a dos tercios. En el momento preciso, esas protuberancias se convertirían en los polos energéticos del hipercampo.

Un extraño deseo de tender la mano hacia uno de ellos y sujetarlo dominó a Black. Era uno de esos impulsos irracionales, como el momentáneo pensamiento: «¿Y si diera un salto?», que surge de forma casi inevitable cuando uno mira hacia abajo desde la

parte superior de un alto edificio.

Black inspiró profundamente y se sintió pegajoso por el sudor mientras tendía los dedos de ambas manos y suavemente, muy suavemente, apoyaba las dos palmas planas contra el costado de la nave.

¡Nada!

Alcanzó el asidero inferior y se izó lentamente, cuidadosamente.

Deseó poseer la experiencia en manipulación a gravedad cero de los hombres que habían construido aquel artefacto. Era necesario ejercer una fuerza considerable para vencer la

inercia y detenerse de nuevo. Si no detenías tu impulso a tiempo perdías el equilibrio y te estrellabas contra el costado de la nave.

Trepó lentamente, impulsándose con la punta de los dedos, sus piernas y caderas oscilando hacia la derecha cuando su brazo izquierdo se alzaba, hacia la izquierda cuando el que lo hacía era su brazo derecho.

Una docena de asideros, y sus dedos flotaron sobre el contacto que abriría la compuerta exterior. El marcador de seguridad era una pequeña mancha verdosa.

Vaciló una vez más. Aquella iba a

ser la primera vez que utilizara la energía de la nave. Su mente recorrió los diagramas del trazado eléctrico y las distribuciones de fuerzas. Si pulsaba el contacto, la energía sería bombeada de la micropila hacia el mecanismo que abriría la masiva plancha metálica que constituía la compuerta exterior.

¿Y?

¿De qué servía preocuparse? A menos que tuviera alguna idea de lo que funcionaba mal, no había forma de decir cuál sería el efecto de aquella diversión de energía. Suspiró, y pulsó el contacto.

Suavemente, sin ninguna sacudida ni sonido, un segmento de la nave se

deslizó y se abrió. Black echó una última mirada a las amistosas constelaciones (no habían cambiado), y penetró en la suavemente iluminada cavidad. La compuerta exterior se cerró tras él.

Ahora, otro contacto. Había que abrir la compuerta interior. Hizo una nueva pausa para considerar la situación. La presión del aire en el interior de la nave descendería ligeramente cuando se abriera la compuerta interior, y pasarían algunos segundos antes de que los electrolizadores de la nave pudieran compensar la pérdida.

¿Y? La placa trasera Bosch, por nombrar uno de los dispositivos, era sensitiva a la presión, pero seguramente no tan sensitiva.

Suspiró de nuevo, más suavemente (la piel de su miedo estaba volviéndose callosa), y pulsó el contacto. La compuerta interior se abrió.

Penetró en la sala de pilotaje de la Parsec, y su corazón dio un extraño vuelco cuando lo primero que vio fue la visiopantalla, conectada a recepción y salpicada de estrellas. Se obligó a sí mismo a mirarla.

¡Nada!

Casiopea era visible. Las constelaciones eran normales, y él estaba dentro de la Parsec. De alguna forma, tenía la sensación de que lo peor había pasado. Habiendo ido tan lejos y siguiendo dentro del sistema solar, habiendo conservado su mente hasta allí, sintió que algo ligeramente parecido a la confianza empezaba a volver a él.

Había una calma casi sobrenatural en torno a la Parsec. Black había estado en muchas naves en su vida, y en ellas siempre había habido el sonido de la vida, aunque fuera tan sólo el rumor de unos pasos o el canturreo de un camarero en un pasillo. Allí, el propio

latido de su corazón parecía como amortiguado hasta hacerse casi inaudible.

El robot en el asiento del piloto le daba la espalda. Aunque no dio ninguna indicación de ello, era indudable que había registrado su presencia allí.

Black desnudó sus dientes en una sonrisa salvaje y dijo secamente:

—¡Suelta la palanca! ¡Ponte en pie!

El sonido de su voz retumbó como un trueno en el angosto espacio. Demasiado tarde, temió que las vibraciones del aire despertadas por su voz pudieran desencadenar todo el proceso, pero las estrellas en la

visiopantalla permanecieron inmutables.

El robot, por supuesto, no hizo el menor movimiento. No podía recibir sensaciones de ninguna clase. Ni siquiera podía responder a la Primera Ley. Había quedado inmovilizado en la eterna mitad de lo que debía haber sido un proceso casi instantáneo.

Recordó las órdenes que había recibido. No permitían ninguna interpretación equívoca: «Toma la palanca con una presión firme. Tira de ella firmemente hacia ti. ¡Firmemente! Mantén tu presión hasta que el tablero de control te informe que has pasado dos veces a través del hiperespacio».

Bien, aún no había pasado a través del hiperespacio ni una sola vez. Cautelosamente, avanzó hacia el robot. Permanecía sentado allí con la palanca firmemente sujeta entre sus rodillas. Eso tenía que haber llevado el mecanismo disparador hasta el punto de contacto. Luego la temperatura de sus manos mecánicas habrían acoplado ese disparador, al estilo de una termocupla, lo suficiente como para que el contacto se estableciera realmente. Black echó una mirada automática a la lectura del termómetro situado en el tablero de control. Las manos del robot estaban a 37 centígrados, tal como correspondía.

Estupendo, pensó sardónicamente. Estoy a solas con esta máquina, y no puedo hacer absolutamente nada.

Lo que le hubiera gustado hacer hubiera sido tomar una barra metálica y reducir aquel robot a virutas. Gozó con aquel pensamiento. Imaginó el horror de Susan Calvin (si es que algún horror podía asomarse en medio de todo aquel hielo, era el horror de ver a un robot destrozado). Como todos los robots positrónicos, aquél pertenecía a la U. S. Robots, había sido construido allí, había sido probado allí.

Tras extraer todo el jugo que le fue posible de aquella imaginaria venganza,

se tranquilizó y miró a su alrededor en la nave.

Después de todo, lo que había conseguido hasta entonces era cero.

Lentamente, se quitó el traje. Lo colgó cuidadosamente de una percha. Con cautela, fue de compartimiento en compartimiento, estudiando los enormes circuitos del motor hiperatómico, siguiendo los cables, inspeccionando los relés de campo.

No tocó nada. Había una docena de formas de desactivar el Hipercampo, pero cada una de ellas podía ser desastrosa a menos que supiera como

mínimo aproximadamente dónde estaba el error y pudiera orientarse a partir de aquel extremo.

Volvió al panel de control, y gritó exasperado a la grave impasibilidad de las amplias espaldas del robot:

—Dime, ¿quieres? ¿Qué es lo que fue mal?

Sintió la necesidad de atacar al azar la maquinaria de la nave. Hacerla pedazos y terminar con todo. Reprimió firmemente el impulso. Aunque le tomara una semana, debía deducir, de alguna manera, el punto correcto de ataque. Le debía eso a la doctora Susan Calvin y a sus planes para con ella.

Se volvió lentamente sobre sus talones y consideró la situación. Cada parte de la nave, desde el motor en sí hasta el último conmutador, había sido comprobada exhaustivamente una y otra vez en la Base Hiper. Era casi imposible creer que algo pudiera ir mal. No había nada a bordo de la nave.. .

Bueno, sí, había una cosa, por supuesto. ¡El robot! Había sido probado por la U. S. Robots, por unos malditos diablos que afirmaban ser competentes.

Eso era lo que decía desde siempre todo el mundo: un robot siempre hará mucho mejor cualquier trabajo.

Era la frase habitual, basada en parte

en las propias campañas publicitarias de la U. S. Robots. Podían construir un robot que fuera mucho mejor que cualquier hombre para cualquier trabajo específico. No «tan bueno como un hombre», sino «mejor que un hombre».

Y mientras Gerald Black miraba al robot y pensaba en eso, sus cejas se contrajeron bajo la estrecha frente y su mirada osciló entre la sorpresa y una loca esperanza.

Se acercó y rodeó al robot. Contempló sus brazos sujetando la palanca de control en posición de disparo, sujetándola eternamente a menos que la nave diera finalmente el

salto o la energía del robot se agotara.

—Apostaría –jadeó Black—. Apostaría…

Retrocedió, pensó profundamente y dijo:

—Tiene que ser eso.

Conectó la radio de la nave. Estaba sintonizada ya con la Base Hiper. Le ladró al micrófono:

—Eh, Schloss.

Schloss respondió inmediatamente.

—Gran espacio, Black…

—Déjese de tonterías dijo Black crispadamente—. No haga frases. Sólo quiero estar seguro de que me está escuchando.

—Sí, naturalmente. Estamos todos aquí. Mire…

Pero Black desconectó el audio. Sonrió con un lado de la boca hacia la cámara de televisión de la sala de pilotaje; y eligió una porción del mecanismo del hipercampo que fuera visible desde ella. No sabía cuánta gente podía haber en la sala de recepción. Puede que solamente estuvieran Kallner, Schloss y Susan Calvin. Puede que estuviera todo el personal. En cualquier caso, iba a darles algo digno de ver.

La caja de relés número 3 era adecuada para sus propósitos, decidió. Estaba situada en un hueco de la pared,

cubierta con una lisa tapa protectora sellada al frío. Black rebuscó en su bolsa de herramientas y sacó la bifurcada desoldadora de punta roma. Apartó la percha con su traje espacial colgado (tras girar éste de modo que la bolsa de herramientas quedara a su alcance), y se volvió hacia la caja de relés.

Ignorando un último estremecimiento de aprensión, Black alzó el desoldador y estableció contacto en tres puntos separados a lo largo de la soldadura en frío. El campo de fuerza de la herramienta actuó diestra y rápidamente, mientras el mango se calentaba

ligeramente en su mano cuando el flujo de energía brotó y salió. El panel quedó suelto.

Miró rápidamente, casi involuntariamente, a la visiopantalla de la nave. Las estrellas eran normales. Él también se sentía normal.

Aquel era el último brote de ánimo que necesitaba. Alzó el pie y estrelló el tacón contra el delicado mecanismo que llenaba el hueco en la pared.

Hubo un estallido de cristales rotos, el metal se retorció, y se vio inundado por un breve chorro de gotitas de mercurio…

Respirando pesadamente, Black

conectó de nuevo la radio.

—¿Sigue todavía ahí, Schloss?

—Sí, pero…

—Entonces permítame informarle que el hipercampo a bordo de la Parsec ha sido desactivado. Vengan a buscarme.

Gerald Black no se sentía más héroe que cuando partió hacia la Parsec, pero tampoco menos. Los hombres que lo llevaron hasta el pequeño asteroide acudieron a buscarle. Esta vez aterrizaron. Le dieron amistosas palmadas en la espalda.

La Base Hiper era una enorme masa de personal que aguardaba su llegada, y Black fue vitoreado. Saludó a la

multitud y sonrió, como era la obligación de un héroe, pero no sentía ningún triunfo en su interior. Todavía no. Sólo anticipación. El triunfo vendría más tarde, cuando se encontrara con Susan Calvin.

Hizo una pausa antes de descender de la nave. La buscó, y no consiguió verla. El general Kallner estaba allí, aguardándole, recuperada toda su severidad militar y con una fingida expresión aprobadora firmemente pegada a su rostro. Mayer Schloss le sonrió nerviosamente. Ronson, de la Interplanetary Press, lo saludó frenéticamente. Susan Calvin no era

visible por ningún lado.

Apartó a un lado a Kallner y Schloss cuando bajó de la nave.

—Primero quiero darme un baño y comer un poco.

No había ninguna duda, al menos por el momento, de que podría imponer su voluntad sobre el general o sobre cualquier otro.

Los guardias de seguridad abrieron camino para él. Se bañó y comió tranquilamente en la intimidad, una intimidad que él mismo había querido. Luego llamó a Ronson de la Interplanetary, y habló brevemente con él. Aguardó la llamada que

inevitablemente debería venir a continuación, y al no recibirla se relajó como nunca antes lo había hecho. Todo había ido mucho mejor de lo que había esperado. El propio fallo de la nave había conspirado perfectamente con él.

Finalmente llamó a la oficina del general y exigió una conferencia. Eso era lo que había conseguido… poder exigir. El general de división Kallner dijo simplemente:

—Sí, señor.

Estaban juntos de nuevo. Gerald Black, Kallner, Schloss…, incluso Susan Calvin. Pero era Black quien

dominaba ahora. La robopsicóloga, inexpresiva como siempre, se mostraba tan poco impresionada con el triunfo como hubiera podido mostrarse con el desastre, pero parecía resentirse un poco con un sutil cambio de actitud por el hecho de no ser ahora el foco de la atención.

El doctor Schloss se mordisqueó una uña y empezó a decir, cautelosamente:

—Doctor Black, nos sentimos muy agradecidos por su valor y por su éxito. —Luego, como si con ello hubiera abierto un camino, siguió—: De todos modos, destrozar la caja de relés con el tacón fue imprudente y…, bien, fue una

acción que no parecía abocada al éxito.

—Fue una acción que difícilmente no hubiera tenido éxito —dijo Black—. ¿Sabe? —aquella era la bomba número uno—, en aquel momento sabía ya lo que había fallado.

Schloss se puso en pie de un salto.

—¿Realmente? ¿Está usted seguro?

—Vaya usted mismo a comprobarlo. Ahora ya no hay ningún peligro. Le diré dónde tiene que mirar.

Schloss volvió a sentarse, lentamente esta vez. El general Kallner se mostró entusiasmado.

—Bien, eso es estupendo, si es cierto.

—Es cierto —dijo Black. Sus ojos se desviaron hacia Susan Calvin, que no dijo nada.

Black estaba gozando con su sensación de poder. Dejó caer la bomba número dos.

—Era el robot, por supuesto. ¿Ha oído eso, doctora Calvin?

Susan Calvin habló por primera vez.

—Lo he oído. De hecho, lo esperaba. Era la única pieza de equipo a bordo de la nave que no había sido probada en la Base Hiper.

Por un momento Black se sintió frustrado.

—Usted no me habló de nada de eso

—dijo.

—Como insinuó varias veces el doctor Schloss —dijo la doctora Calvin —, yo no soy una experta en etérica. Mi suposición, que no era más que eso, podía estar muy bien equivocada. Creí que no tenía derecho a condicionar de ninguna forma su misión.

—De acuerdo —murmuró Black—. ¿Acaso imaginó también cómo falló?

—No.

—Bien, falló porque fue construido mejor que un hombre. Ahí estuvo el fallo. ¿No es extraño que el fallo resida en la especialidad misma de la U. S. Robots? Según tengo entendido,

construyen robots que son mejores que los seres humanos.

Estaba asaeteándola con sus palabras, pero ella no mordió el anzuelo. En vez de ello, se limitó a suspirar.

—Mi querido doctor Black, no soy responsable de los eslóganes de nuestro departamento de publicidad.

Black se sintió frustrado de nuevo. No era una mujer fácil de manejar.

—Su gente construyó un robot para reemplazar al hombre en los controles de la Parsec —dijo—. Tenía que tirar de la palanca de control hacia sí, colocarla en posición, y dejar que el calor de sus

manos estableciera el contacto final. Bastante sencillo, ¿no cree, doctora Calvin?

—Bastante sencillo, doctor Black.

—Y si el robot no hubiera sido construido mejor que un ser humano, la cosa hubiera funcionado. Desgraciadamente, la U. S. Robots se sintió obligada a hacerlo mejor que un hombre. Al robot se le dijo que tirara de la palanca firmemente. Firmemente. La palabra fue repetida, reforzándola, enfatizándola. Así que el robot hizo lo que se le había dicho. Tiró de ella firmemente. Ese fue el fallo. Era fácilmente diez veces más fuerte que un

ser humano ordinario para el cual había sido diseñada la palanca de control.

—¡Está usted insinuando…?

—Estoy diciendo que la palanca se dobló. Se torció lo suficiente como para desplazar el mecanismo disparador. Cuando el calor de la mano del robot accionó la termocupla, ésta no hizo contacto. —Sonrió—. Esto no es simplemente el fallo de un robot, doctora Calvin. Es el símbolo del fallo de la idea del robot.

—Oh, vamos, doctor Black —dijo heladamente Susan Calvin—, está ahogando usted la lógica en un mar de psicología misionera. El robot estaba

equipado de fuerza bruta, pero también de la necesaria comprensión. Si los hombres que le dieron sus órdenes hubieran utilizado términos cuantitativos en vez del estúpido adverbio «firmemente», eso no hubiera ocurrido. Si hubieran dicho: «Aplica una presión de veintidós kilogramos», todo hubiera ido bien.

—Está diciendo usted —murmuró Black— que las ineptitudes de un robot deben ser suplidas por la ingeniosidad y la inteligencia de un hombre. Le aseguro que la gente de la Tierra lo verá de este modo, y no se sentirá muy dispuesta a perdonar a la U. S. Robots por este

fracaso.

—Un momento, Black —dijo rápidamente el general de división Kallner, cargando de nuevo su voz de autoridad—. Todo lo que ha ocurrido es obviamente información clasificada.

—De hecho —dijo Schloss repentinamente—, su teoría aún no ha sido comprobada. Enviaremos un equipo a la nave para averiguarlo. Puede que a fin de cuentas la culpa no fuera del robot.

—Ustedes se encargarán de demostrarlo, ¿verdad? Me pregunto si la gente creerá a una parte interesada. Aparte de lo cual, tengo otra cosa que

decir. —Entonces lanzó la bomba número tres—. A partir de este momento, dimito de mi puesto en este proyecto. Renuncio.

—¿Por qué? —preguntó Susan Calvin.

—Porque, como usted bien ha dicho, doctora Calvin, soy un misionero —dijo Black, sonriendo—. Tengo una misión. Creo que le debo a la gente de la Tierra el decirles que la era de los robots ha alcanzado un punto en el cual la vida humana es considerada menos valiosa que la vida de un robot. Ahora resulta posible ordenarle a un hombre que corra un peligro porque un robot es algo

demasiado precioso como para someterlo a él. Creo que los terrestres deben oír esto. Hay muchos hombres que tienen muchas reservas respecto a los robots. La U. S. Robots aún no ha conseguido que el uso de los robots sea permitido en el planeta Tierra. Creo que lo que tengo que decir, doctora Calvin, completará el asunto. A causa del trabajo de hoy, doctora Calvin, usted y su compañía y sus robots serán borrados de la faz del sistema solar.

Estaba poniéndola sobre aviso, lo sabía, pero no quería perderse esta escena. Había vivido para aquel instante desde que había partido hacia la Parsec,

y no quería renunciar a él.

Exultó ante el momentáneo resplandor en los pálidos ojos de Susan Calvin y el ligero rubor en sus mejillas. Pensó: ¿cómo te sientes ahora, señora científica?

—No se le permitirá dimitir, Black —dijo Kallner—. Como tampoco va a permitírsele…

—¿Cómo cree que podrá detenerme, general? Soy un héroe, ¿no se han dado cuenta? Y la vieja madre Tierra aprecia mucho a sus héroes. Siempre lo ha hecho. Querrán saber más de mí, y creerán todo lo que yo les diga. Y no les gustará que nadie se interponga en mi

camino, no mientras siga siendo un héroe reciente. Ya he hablado con Ronson, de la Interplanetary Press, y le he dicho que tenía algo grande que comunicar, algo que iba a hacer saltar de sus asientos a las grandes personalidades tanto del gobierno como del mundo científico, de modo que la Interplanetary se halla la primera en la cola, aguardando a oír mis noticias. De modo que, ¿qué pueden hacerme ustedes excepto pegarme un tiro? Y creo que será peor si intentan hacerlo.

La venganza de Black estaba completa. No se había guardado nada. Lo había dicho todo, hasta la última

palabra. Se levantó para irse.

—Un momento, doctor Black —dijo Susan Calvin. Su suave voz estaba teñida de autoridad.

Black se volvió involuntariamente, como un escolar ante la voz de su maestra, pero contrarrestó ese gesto con un acento deliberadamente burlón cuando dijo:

—Tiene usted alguna afirmación que hacer, supongo.

—En absoluto —dijo ella modestamente—. Usted se ha explicado por mí, y lo ha hecho muy bien. Lo elegí porque sabía que usted comprendería, aunque pensé que comprendería antes.

Había tenido un contacto con usted antes, sabía que no le gustaban los robots y que, en consecuencia, no se haría ilusiones respecto a ellos. Por sus antecedentes, que pedí ver antes de que le fuera confiada la misión, supe que usted había expresado su desaprobación a este experimento de enviar un robot a través del hiperespacio. Sus superiores consideraron que este era un punto en contra de usted, pero yo pensé que era a su favor.

—¿De qué está usted hablando, doctora, si me disculpa mi rudeza?

—Del hecho de que debería haber comprendido por qué un robot no podía

ser enviado a esta misión. ¿Qué es lo que dijo usted mismo? Algo acerca de las ineptitudes de un robot teniendo que ser equilibradas por la ingeniosidad y la inteligencia de un hombre. Exacto, joven, exacto. Los robots no son ingeniosos. Sus mentes son finitas, y pueden ser calculadas hasta el último decimal. Ése, de hecho, es mi trabajo.

»Si a un robot se le da una orden, una orden precisa, puede seguirla. Si la orden no es precisa, no puede corregir su propio error sin otras órdenes. ¿No es eso lo que usted informó respecto al robot de la nave? ¿Cómo podemos pues enviar a un robot a descubrir un fallo en

un mecanismo cuando no podemos transmitirle órdenes precisas, puesto que no sabemos nada respecto al fallo? «Encuentra lo que ha fallado» no es una orden que puedas darle a un robot: sólo a un hombre. El cerebro humano, hasta ahora al menos, está más allá de todo cálculo.

Black se sentó bruscamente y se quedó mirando desanimado a la psicóloga. Sus palabras golpearon duramente en un sustrato de comprensión que hasta entonces había estado recubierto de emociones. Se sintió incapaz de refutarla. Peor que eso, lo invadió una sensación de derrota.

—Podría haberme dicho eso antes de que me fuera —murmuró.

—Podía —admitió la doctora Calvin—, pero observé su miedo natural por su cordura. Una preocupación tan abrumadora hubiera podido ofuscar fácilmente su eficiencia como investigador, y se me ocurrió dejarle pensar que mi único motivo para enviarle era que un robot valía más. Eso, creí, lo pondría furioso, y la furia, mi querido doctor Black, es a veces una emoción muy útil. Al menos, un hombre furioso nunca se siente tan asustado como lo estaría de otro modo. Y funcionó perfectamente, creo.

Cruzó blandamente las manos sobre su regazo, y consiguió ofrecer lo más cercano a una sonrisa que había conseguido en su vida.

—Que me condene —masculló Black.

—Ahora, si quiere aceptar usted mi consejo —dijo Susan Calvin—, vuelva a su trabajo, acepte su estatus de héroe, y dígale a su amigo periodista los detalles de su gran hazaña. Dele las grandes noticias que le prometió.

Lentamente, reluctantemente, Black asintió.

Schloss pareció aliviado; Kallner mostró una sonrisa llena de dientes.

Tendieron sus manos, sin haber dicho una palabra en todo el rato mientras Susan Calvin estuvo hablando, y sin decir nada ahora.

Black estrechó sus manos con una cierta reserva y dijo:

—Es su parte la que debería ser dada a conocer, doctora Calvin.

—No sea estúpido, joven —dijo Susan Calvin heladamente—. Este es mi trabajo.

¡Fuga!

Cuando Susan regresó de Hyper Base, Alfred Lanning la estaba esperando. El buen hombre no hablaba nunca de su edad, pero todo el mundo sabía que tenía setenta y cinco años.

No obstante, su mente era despierta y si había permitido que lo nombrasen Director Honorario de Investigaciones, actuando Bogert de director efectivo, aquello no le impedía asistir cotidianamente a la oficina.

—¿Cómo está el trabajo de la Zona Hiperatómica?

—No lo sé —respondió ella,

irritada—. No lo he preguntado.

—¡Ejem!... Quisiera que se diesen prisa. Porque si no se la dan, Consolidated puede ganarles la mano, y ganárnosla a nosotros de paso.

—¿Consolidated? ¿Qué tiene que ver con eso?

—Pues..., no somos los únicos que nos dedicamos a crear máquinas. Las nuestras pueden ser positrónicas, pero esto no quiere decir que sean mejores.

Robertson ha convocado una gran reunión para mañana. Estaba esperando que regresase usted.

Robertson, de la U.S. Robot / Mechanical Men Corporation, hijo del

fundador, señaló con su aguda nariz al director general y su nuez pegó un salto hacia arriba mientras decía:

—Empiece usted. Vamos directamente el asunto.

—He aquí el caso, jefe —comenzó el director general con vivacidad—. Consolidated Robots se dirigió a nosotros hace un mes con una curiosa proposición. Vinieron con cinco toneladas de cifras, ecuaciones, y toda clase de cálculos. Era un problema, y querían una contestación para el Cerebro. Las condiciones eran las siguientes...

Fue contando con los dedos.

—Cien mil para nosotros si no hay solución y podemos decirles cuáles son los factores que faltan. Doscientos mil si hay solución, más el coste de construcción de la máquina afectada, más el cuarto de los intereses en todos los beneficios de ello derivados. El problema se refiere al desarrollo de una máquina interestelar...

Robertson frunció el ceño y su afilado rostro se endureció.

—A pesar del hecho de que ya poseen una máquina pensadora. ¿Exacto?

—Lo cual demuestra claramente que esta proposición en un engaño, jefe.

Leuver, siga adelante.

Abe Leuver levantó la mirada desde la mesa del extremo de la sala de conferencia y se pasó la mano por la rasposa barbilla.

—La cosa es así, jefe —dijo sonriendo—. Consolidated "tenía" una máquina pensante. Se ha estropeado.

—¿Cómo? —dijo Robertson incorporándose a medias.

—Es así. ¡Rota! ¡"Kaput"! Nadie sabe por qué, pero he llegado a ciertas conclusiones..., como, por ejemplo, que le pidieron que les diese una máquina interestelar con la misma serie de informaciones que nos han mandado a

nosotros y que esto estropeó su máquina. Ahora es chatarra, nada más que chatarra.

—¿Comprende, jefe? —dijo el director general entusiasmado—. ¿Lo comprende? No hay ningún grupo industrial de investigación que no esté tratando de desarrollar una máquina que abarque el espacio, y Consolidated y U.S. Robots vamos a la cabeza en este terreno con nuestros robots cerebrales. Ahora que han conseguido estropear la suya, tenemos el campo libre. Este es el... supuesto motivo. Necesitar n seis años por lo menos para construir otra y están hundidos, a menos que puedan

estropear la nuestra también, sometiéndola al mismo problema.

El presidente de la U.S. Robots tenía los ojos abiertos y grades como platos.

—¡Qué asquerosas ratas...!

—Espere, jefe. Hay algo más.

—¡Lanning, hable!... —dijo describiendo con el dedo un amplio círculo.

El doctor Lanning hizo un resumen de la situación con un leve tono de desprecio; reacción natural contra las empresas y sectores de venta mucho mejor pagadas que él. Sus increíbles cejas grises se cerraban y su voz era seca.

—Desde un punto de vista científico, la situación, si no enteramente clara, es susceptible de un inteligente análisis. El problema del viaje interestelar en las actuales condiciones de teoría física es vaga. La cuestión es muy vasta y la información dada por la Consolidated referente a su máquina pensante, era similarmente vaga. Nuestro departamento matemático ha procedido a un análisis profundo, y parece que la Consolidated lo ha incluido todo. Su material de sumisión contiene todos los adelantos conocidos de la teoría curvo-espacial de Franciacci y, al parecer, todos los datos astrofísicos y

electrónicos pertinentes. Es un buen bocado.

Robertson los seguía atentamente.

Al fin interrumpió.

—Es muy difícil para que el Cerebro lo resuelva.

—No —intervino Lanning moviendo la cabeza con decisión—. No hay límites para la capacidad del Cerebro. Es una cuestión distinta. Es cuestión de Leyes Robóticas; por ejemplo: no podrá jamás dar una solución a un problema que le haya sido sometido, si esta solución trae aparejada la muerte o daño de seres humanos. En cuanto a él hace referencia, un problema que no tuviese

más que esta solución sería insoluble. Se este problema estuviese unido a una urgente demanda de respuesta, sería posible que el Cerebro, que es sólo un robot al fin y al cabo, se encontrase ante un dilema según el cual no podría ni contestar ni negarse a hacerlo. Algo por el estilo puede haberle ocurrido a la máquina de la Consolidated.

Hizo una pausa, pero el director general insistió:

—Siga, doctor Lanning. Explíqueselo en la forma como me lo explicó a mí.

Lanning arqueó las cejas apretando los labios, y miró hacia Susan Calvin,

que levantó por primera vez la vista de sus manos cruzadas en el regazo. Habló en voz baja y sin entonación.

—La naturaleza de la reacción robótica ante un dilema es impresionante —comenzó—. La psicología del robot está muy lejos de ser perfecta, como especialista puedo asegurárselo, pero puede ser discutida en términos cualitativos, porque a pesar de todas las complicaciones introducidas en el cerebro positónico de un robot, está construido por los humanos, y por lo tanto, conformado de acuerdo con los valores humanos.

»Ahora bien, un humano enfrentado

con una imposibilidad, responde frecuentemente con una retirada de la realidad; penetra en un mundo de engaño, entregándose a la bebida, llegando al histerismo, o tirándose de un puente. Todo esto se reduce a lo mismo, la negativa o la incapacidad de enfrentarse serenamente con la situación. Y lo mismo ocurre con los robots. Un dilema, en el mejor de los casos, creará un desorden en sus conexiones; y en el peor abrasará su cerebro positónico sin reparación posible.

—Comprendo —dijo Robertson, que no había comprendido nada—. ¿Y qué me dice de esta información que nos

pide Consolidated.

—Encierra indudablemente un problema de un género prohibido —dijo Susan Calvin—. Pero el Cerebro difiere considerablemente del robot de la Consolidated.

—Eso es cierto, doctora, es cierto —interrumpió el director general con energía—. Quiero que sepa bien esto, porque es el punto esencial de la situación.

Los ojos de Susan relucían detrás de sus lentes y continuó pacientemente:

—Estas máquinas de la Consolidated, comprende, su Superpensador entre ellas, están

construidas sin personalidad. Se rigen por un funcionarismo, obligatoriamente; sin las patentes básicas de la U.S. Robots para los senderos emocionales del cerebro. Su Pensador es una mera máquina calculadora en gran escala y un dilema la aniquila instantáneamente.

»Sin embargo, el Cerebro, nuestra máquina, tiene una personalidad, una personalidad de chiquillo. Es un cerebro supremamente deductivo, pero se parece a un "idiot savant". En realidad, no entiende lo que hace, se limita a hacerlo. Y porque es realmente un chiquillo, es más reacio. "La vida no es tan seria", parece decir.

La doctora en psicología, hizo una pausa y prosiguió:

—He aquí lo que vamos a hacer. Hemos dividido toda la información de la Consolidated en partes lógicas. Vamos a introducir cada una de las partes en el Cerebro, separada y cautelosamente. Cuando entre el "factor", el que crea el dilema, la personalidad infantil del Cerebro vacilará. Su sentido enjuiciador no está maduro. Se producirá un intervalo perceptible antes de que reconozca el dilema como tal. Y durante este intervalo, rechazará automáticamente la unidad, antes de los senderos cerebrales

puedan ser puestos en movimiento y estropearlos.

La nuez de Robertson se estremeció.

—¿Está usted segura, ahora?

—La cosa no tiene mucho sentido, lo admito —dijo Susan Calvin con disimulada impaciencia—, en lenguaje vulgar; pero no concibo que tenga la utilidad de presentarlo en forma matemática. Le aseguro que es como le digo.

El director general saltó a la brecha, con calor.

—De manera que la situación es ésta: Si aceptamos la proposición, podemos proceder de esta forma. El

Cerebro nos dirá Cuál de las unidades es la que encierra el dilema. De donde podremos calcular "por qué" existe el dilema.¿No es esto, doctor Bogert? Ya lo ve usted, doctora, y el doctor Bogert es el mejor matemático que encontrará en parte alguna. Damos a la Consolidated la respuesta de "Sin Solución", con el motivo que la justifica, y cobramos cien mil. Ellos se quedarán con una máquina estropeada y nosotros con una entera. Dentro de un años, dos Quizá , tendremos una máquina curvo-espacial, o un motor hiperatómico, como lo llaman algunos.

—Llámela como quiera, será la cosa

más grande del mundo.

Robertson se echó a reír y tendió la mano.

—Veamos este contrato. Voy a firmarlo.

Cuando Susan Calvin entró en la bóveda del Cerebro, fantásticamente guardada, uno de los turnos de técnicos acababa de preguntarle: "Si una gallina y media pone un huevo y medio en un día y medio, ¿cuántos huevos pondrán nueve gallinas en nueve días?".

Y la máquina había contestado: "Cincuenta y cuatro".

Y los técnicos se habían mirado

perplejos unos a otros.

La doctora Calvin tosió y se produjo una súbita confusión de energías

La doctora hizo un breve gesto y se quedó sola con el Cerebro.

El Cerebro ero un mero globo de medio metro de di metro -que contenía en su interior una atmósfera totalmente acondicionada de helio, un volumen de espacio totalmente ausente de vibraciones y libre de radiaciones- y dentro del cual había una inaudita complejidad de senderos cerebrales positónicos que formaban el Cerebro.

El resto de la habitación estaba atestada de dispositivos que eran los

intermediarios entre el Cerebro y el mundo exterior, su voz, sus brazos, sus órganos sensoriales.

—¿Cómo estás, Cerebro? —preguntó suavemente la doctora Calvin.

La voz del Cerebro respondió vibrante y con entusiasmo.

—¡Muy bien, doctora Calvin! Me vas a hacer alguna pregunta, llevas siempre un libro en la mano.

—Bien, pues tienes razón, pero todavía no —sonrió Susan—. Pero es tan complicada que te la vamos a dar por escrito. Pero más tarde. Me parece que voy a hablarte primero.

—Perfectamente, no me importa

hablar.

—Escucha, Cerebro, dentro de un momento, el doctor Bogert y el doctor Lanning estarán aquí con su complicada pregunta. Te daremos muy poco cada vez y muy lentamente, porque queremos que te andes con cuidado. Vamos a pedirte que saques algo en conjunto, si te es posible, de la información, pero tengo que advertirte que la solución puede comportar un cierto peligro para los seres humanos.

—¡Caspita! —exclamó con voz ronca, seca, el Cerebro.

—Ahora, mucho cuidado. Cuando lleguemos a un punto que pueda

significar peligro, incluso quizá muerte, no te excites. Comprendes, Cerebro, en este caso, no nos importa..., ni siquiera la muerte; nos tiene sin cuidado. De manera que cuando llegues a este punto, te detienes, nos la devuelves y se acabó. ¿Comprendes?

—¡Sí, sí, seguro! Pero..., ¡caspita, muerte de los humanos...! ¡Oh!

—Y ahora, Cerebro, oigo llegar al doctor Bogert y al doctor Lanning. Ellos te explicar n en qué consiste el problema y empezaremos. Sé buen muchacho, ahora...

Lentamente las hojas fueron siendo insertadas. Después de cada una se

producía un intervalo de un curioso ruido, como el ahogado cuchicheo que era el Cerebro en acción. Después venía un silencio, que quería decir que estaba en disposición de recibir una nueva hoja. Era cuestión de horas, durante las cuales el equivalente de unos doscientos diecisiete gruesos volúmenes de física-matemática fue tragado por el Cerebro.

A medida que se iba procediendo a la operación, todos fruncían el ceño.

Lanning refunfuñaba ferozmente en voz baja. Bogert, primero, se contempló pensativo las uñas y después empezó a morderlas de una forma abstraída.

Sólo cuando la última de las hojas

del grueso montón hubo desaparecido, Susan, con el rostro pálido, dijo:

—Hay algo que no va.

Lanning hizo un supremo esfuerzo por pronunciar unas palabras.

—No puede ser. Está..., muerto.

—¿Cerebro?... —Susan Calvin estaba temblando—. ¿Me oyes, Cerebro?

—¿Eh?... —respondió la máquina, abstraída—. ¿Qué quieres?

—La solución.

—¡Ah!... Puedo darla. Os construiré la nave, con facilidad..., si me dais robots. Una linda nave. Necesitaré dos meses, Quizá.

—¿No ha habido... dificultad?

—Fue largo de calcular.

La doctora Calvin se echó a reír.

El color no había reaparecido en sus mejillas. Hizo signo a los demás de que se marchasen.

—No logro entenderlo —dijo, una vez en su despacho—. La información, tal como se ha dado, tiene que envolver un dilema..., probablemente la muerte. Si algo se ha estropeado...

—La máquina habla y razona. No puede haber dilema.

—¡Hay dilemas y dilemas! —exclamó la doctora con calor—. Hay diferentes formas de evasión.

Supongamos que el Cerebro se siente sólo débilmente captado; sólo lo suficiente, digamos, para sufrir la ilusión de que puede resolver el problema, cuando en realidad no puede. O supongamos que está oscilando en el borde mismo de algo realmente malo, de manera que el menor empuje lo hace pasar más allá.

—Supongamos —dijo Lanning— que no hay dilema. Supongamos que la máquina de la Consolidated se rompió a causa de otra pregunta, o por razones puramente mecánicas.

—Pero aun así —insistió Susan Calvin— no podemos correr el riesgo.

Oigan, a partir de ahora nadie debe ni respirar delante del Cerebro. Me hago cargo del asunto.

—Muy bien —suspiró Lanning—, hágase cargo, pues. Y entretanto, dejaremos que el Cerebro nos construya la nave. Y si nos la construye, tendremos que probarla. Para esto necesitaremos nuestros mejores hombres —añadió pensativo.

Michael Donovan se alisó la encrespada cabellera pelirroja con un violento ademán, y la total indiferencia a que en el acto volviese a erizarse.

—Llama el turno ya, Greg —dijo—.

Dicen que la nave está terminada. No saben lo que es, pero está terminada. Vamos, Greg. Vamos a tomar el mando.

—Espera, Mike —dijo Powell, cansado—. La confinada atmósfera que respiramos no es adecuada para tu entusiasmo y buen humor.

—Escucha —dijo Donovan. dándole otro tirón a su cabello—. No me preocupa el genio éste de hierro ni su linda nave de hojalata. ¡Son mis vacaciones perdidas! ¡Y la monotonía! Aquí no hay más que bigotes y cifras..., una fea especie de cifras. ¡Oh, por qué tienen que darnos siempre estas misiones!

—Porque —respondió Powell amablemente —por lo visto les convenimos. ¡O.K., descansa! Viene el doctor Lanning.

Lanning se acercaba con sus siempre pobladas cejas grises y lleno de vida a pesar de su edad. Subió silenciosamente la rampa con sus dos compañeros y salieron al campo abierto adonde, sin obedecer a ningún ser humano, silencios robots estaban construyendo una nave. Mejor dicho: ¡Habían construido una nave! Porque Lanning dijo:

—Los robots se han parado. Ninguno se ha movido hoy.

—¿Está lista, entonces?

¿Definitivamente? —preguntó Powell.

—¿Cómo puedo decirlo? —dijo Lanning, frunciendo el ceño—. Parece lista. No se ven piezas sueltas por ninguna parte y el interior tiene un brillo de cosa acabada.

—¿Ha estado usted dentro?

—Entrar y salir. No soy piloto del espacio ¿Entiende alguno de ustedes algo en teoría de motores?

Donovan miró a Powell y Powell miró a Donovan.

—Tengo mi licencia, doctor, pero en mis últimos textos no hay nada referente a hipermotores ni curvonavegación. Sólo el corriente juego de niños de las

tres dimensiones.

Alfred Lanning levantó la mirada con un gesto de neta reprobación y soltó un ronquido con su larga nariz.

—Bien, mandaremos nuestros ingenieros —dijo en tono helado.

Powell lo agarró por el codo al ver que se disponía a marcharse.

—Oiga, doctor, ¿es la nave un campo prohibido?

—Supongo que no —respondió Lanning después de haber vacilado rascándose la nariz—. Para ustedes dos, en todo caso.

Donovan murmuró una frase expresiva a su espalda al verlo marchar

y se volvió hacia Powell.

—Me gustaría darle una descripción literaria de él mismo, Greg.

—Ven conmigo, Mike.

El interior de la nave estaba terminado, tan terminado como una nave pudo jamás estarlo; podía afirmase con sólo pestañear dos veces. Ningún obrero especializado hubiera podido dar más brillo del que habían dado los robots. Las paredes tenían un acabado de reluciente plata que no conservaba las impresiones digitales.

No había ángulos; paredes, suelo y techos se fundían unos con otros en delicadas curvas, y el resplandor

metálico de la luz indirecta daba seis frías imágenes de los asombrados visitantes.

El corredor principal era un estrecho túnel cuyo suelo resonaba bajo las pisadas y en que había una serie de habitaciones imposibles de distinguir unas de otras.

—Supongo que los muebles deben de estar empotrados en las paredes —dijo Powell—. O Quizá no tenemos que sentarnos ni dormir.

En la última habitación, cerca de la proa de la nave, se quebraba la monotonía. Una ventana curva, sin reflejos, era lo primero que rompía la

monotonía metálica y bajo ella había una sola esfera de grandes dimensiones con una única aguja inmóvil que marcaba el cero.

—¡Mira esto! —dijo Donovan señalando la única palabra escrita en una escala minuciosamente marcada. La palabra era "parsecs", y la diminuta cifra del extremo de la escala graduada era "1.000.000”. Había dos sillas; pesadas, bastas, sin acolchar

Powell se sentó en una de ellas y la encontró cómoda, sus curvas se amoldaban a las formas de su cuerpo.

—¿Qué te parece todo esto¿ —preguntó Powell.

—¡Por mi dinero! Creo que el Cerebro tiene fiebre cerebral. ¡Vámonos!

—¿No quieres dar un vistazo a todo esto?

—He dado ya un vistazo a todo eso. He venido y he visto. ¡Estoy harto!

Greg, salgamos de aquí —añadió con el pelo rojo erizado—. He abandonado mi trabajo hace cinco minutos y esto es una zona prohibida.

Powell sonrió de una forma untuosa y satisfecha y se alisó el bigote.

—Bien, Mike, cierra la válvula de adrenalina que estás vertiendo en tu sangre. Estaba preocupado también,

pero nada más.

—¿Nada más, ¿eh? ¿Cómo es eso, nada más? ¿Aumentando tu seguro?

—Mike, esta nave no puede despegar.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos recorrido toda la nave, ¿no?

—Así parece.

—Puedes creerlo bajo mi palabra.

—¿Has visto una sola cámara de pilotaje a excepción de este ventanal y una esfera calculada en parsecs? ¿Has visto algún mando?

—No.

—¿Has visto algún motor?

—¡Por Júpiter, no!

—Bien, entonces... Vamos a darle la noticia a Lanning, Mike.

Recorrieron a toda velocidad los uniformes corredores para chocar finalmente con el estrecho paso que daba a la compuerta neumática.

Donovan se puso rígido.

—¿Has cerrado tú eso, Greg?

—No lo he tocado para nada. Levanta la palanca quieres...

Pero a pesar de los agotadores esfuerzos de Mike, la palanca no se movió.

—No he visto ninguna salida de urgencia —dijo Powell—. Si ocurre

ago, nos van a tener que sacar fundidos.

—Sí, y vamos a tener que esperar a que se den cuenta de que algún loco nos ha encerrado aquí dentro —añadió Donovan frenético.

—Volvamos a la ventana. Es el único sitio desde el cual podemos llamar la atención.

Pero no fue así.

En la última habitación, la ventana no era ya azul y llena de cielo. Era negra, y unas puntas de aguja amarillentas en forma de estrella decían: "Espacio".

Se produjo un fuerte golpe sordo, doble, y dos cuerpos se desplomaron en

dos sillas.

Alfred Lanning encontró a Susan Calvin en la puerta de la oficina.

Encendió nerviosamente un cigarro y le hizo seña de entrar.

—Bien, Susan —dijo—, hemos llegado bastante lejos y Robertson se está poniendo nervioso. ¿Qué va usted a hacer con el Cerebro?

Susan Calvin abrió los brazos, extendiendo las manos.

—No sirve de nada ponerse impacientes. El Cerebro tiene mayor valor que todo lo que podamos obtener con este trato.

—Pero lleva usted dos meses interrogándolo.

—¿Preferiría usted llevar este asunto personalmente? —preguntó la doctora en tono llano, pero ligeramente amenazador.

—Ya sabe usted lo que quiero decir...

—¡Oh, supongo que sí! —respondió ella, frotándose las manos nerviosas—. La cosa es fácil, he estado probando y tanteando y no he llegado todavía a ninguna parte. Sus reacciones no son normales. Sus respuestas son, en cierto modo..., extrañas. Pero nada en que poner el dedo. Y, comprenda usted, hasta

que sepamos qué es lo que pasa, debemos andar de puntillas. Me es imposible decir qué pregunta u observación conseguir ... darle el empujón y... si entonces tendremos entre nuestras manos un Cerebro completamente inútil. ¿Quiere usted correr este riesgo?

—No sé, no puede quebrantar la Primera Ley.

—Eso hubiera pensado, pero...

—¿No está siquiera segura de esto? — preguntó Lanning escandalizado.

—¡Oh, no puedo estar segura de nada, Alfred!

Los timbres de alarma resonaron con

una aterradora prontitud. Lanning cortó la comunicación con un espasmo casi paralizante. Las palabras salieron jadeantes y heladas de sus labios.

—Susan..., ha oído esto..., la nave ha partido. He mandado a aquellos físicos a su interior hace media hora. Tendrá usted que consultar de nuevo con el Cerebro.

—Cerebro —dijo Susan Calvin con forzada calma—, ¿qué le ha ocurrido a la nave?

—¿La nave que he construido, miss Susan?

—Exacto. ¿Qué ha sido de ella?

—Nada. Los dos hombres que tenían

que hacer las pruebas estaban dentro y todo estaba dispuesto. De manera que la lancé.

—¡Oh, vaya, pues está bien! —La doctora encontraba una cierta dificultad en respirar—. ¿Crees que estarán bien?

—Tan bien como sea posible, miss Susan. He tomado todas las precauciones. Es una her-mo-sa nave.

—Sí, Cerebro es hermosa, pero ¿crees que tendrán bastante comodidad? ¿Estarán confortablemente alojados?

—Mucha comida.

—Esto puede haber sido una gran impresión para ellos. Por lo inesperado, comprendes...

—Estarán bien —dijo el Cerebro, desechando la objeción—. Tiene que ser interesante para ellos.

—¿Interesante? ¿Cómo?

—Sólo interesante.

—Susan —dijo Lanning con un susurro—, pregúntele si podrían morir. Pregúntele qué peligros corren.

La expresión de Susan Calvin se contorsionó en un gesto de furia.

—¡Cállese! —Con voz turbada, se volvió hacia el Cerebro—. ¿Podremos comunicar con la nave, verdad, Cerebro?

—Pueden oírte, si los llamas por radio. Nos hemos preocupado de esto.

—Gracias. Eso es todo, por ahora

Una vez fuera, Lanning estalló con rabia:

—¡Por toda la Galaxia, Susan, si esto se sabe estamos arruinados! Es necesario que hagamos regresar a estos hombres. ¿Por qué no le ha preguntado si había peligro de muerte..., directamente?

—Porque esto es precisamente lo que no puedo mencionar. Si existe un dilema, es de muerte. Cualquier cosa que sea demasiado fuerte para él, pude aniquilarlo. ¿Estaremos acaso mejor, entonces? Ahora, espere, dice que podemos comunicar con ellos. Vamos a

hacerlo, localicémoslos y hagámoslos regresar. Probablemente pueden manejar los controles ellos mismos. El Cerebro sin duda los dirige desde lejos. ¡Venga!

Transcurrió bastante tiempo antes de que Powell volviese en sí.

—Mike —dijo con los labios fríos —, ¿sientes algunas aceleraciones?

—¿Eh?... —preguntó Donovan con mirada inexpresiva—. No...

Los puños del pelirrojo se cerraron, y levantándose con ímpetu de su sillón, se acercó a la ventana con frenética energía. No se veía nada más que estrellas.

—Greg —dijo, volviéndose—, deben de haber lanzado esta máquina mientras estábamos dentro. Greg, todo esto estaba preparado; combinaron que el robot nos obligase a ser pilotos de prueba para el caso en que pensásemos volvernos atrás.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Powell—. ¿Qué utilidad tiene mandarnos al espacio si no sabemos cómo se gobierna esta máquina? ¿Cómo creen que vamos a hacerla regresar? No, esta nave arrancó por sí sola y sin ninguna aceleración aparente. —Se levantó y comenzó a caminar lentamente. Las paredes de metal resonaban al

compás de sus pasos. Con una voz sin entonación, añadió: —Mike, ésta es la situación más confusa en que nos hemos encontrado jamás.

—¡Qué cosa más nueva para mí! —dijo Mike con amargura—. Empezaba a pasarlo divinamente cuando me lo has dicho.

Powell no le hizo caso.

—Aceleración nula —dijo—. Lo cual indica que esta nave funciona bajo un principio diferente de todos los conocidos.

—Diferente de los que nosotros conocemos, en todo caso..

—Diferente de "todos" los

conocidos. No hay motores al alcance de la mano. Quizá estén dentro de las paredes. Quizá por esto son tan gruesas.

—¿Qué estás refunfuñando? Estoy diciendo que, cualquiera que sea la energía que mueve esta nave, no está destinada, evidentemente, a ser controlada a mano. Esta nave es teledirigida.

—¿Por el Cerebro?

—¿Por qué no?

—¿Entonces, crees que seguiremos en el espacio hasta que el Cerebro decida hacernos regresar?

—Es posible. Si es así, esperemos tranquilamente. El Cerebro es un robot,

está obligado a respetar la Primera Ley. No puede dañar a un ser humano.

—¿Esto crees? —dijo Donovan sentándose lentamente y alisándose el cabello—. Escucha, el cuento del espacio curvo ha hecho cisco el robot de la Consolidated, y el melenudo dijo que era debido a que el viaje interestelar mata a los seres humanos. ¿En qué robot vas a confiar? El nuestro se basa en los mismos principios, según tengo entendido.

Powell se tiraba desesperadamente del bigote.

—No finjas no entender en robótica, Mike. Antes de que sea físicamente

posible a un robot hacer un solo intento de infringir la Primera Ley, tienen que destrozarse tantas cosas, que se produciría un montón de desperdicios diez veces mayor. Esto tiene alguna explicación más sencilla.

—¡Sí, seguro, seguro!... Bien, hazme llamar por el mayordomo, mañana. Todo esto es realmente demasiado sencillo para que me preocupe antes de haber descabezado mi sueñecito.

—¡Pero, por Júpiter, Mike ¿De qué te quejas hasta ahora? El Cerebro vela por nosotros. Aquí tenemos calor, tenemos luz, tenemos aire. No hay siquiera un soplo de más de aceleración

para erizarte el cabello, si, desde luego, fuese erizable, en primer lugar.

—¿Sí? Greg, tú debes haber tomado lecciones. ¿Y qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Dónde estamos? ¿Cómo regresaremos? Y en caso de accidente, ¿con qué traje del espacio saldremos y por dónde? No he visto siquiera un cuarto de baño ni aquellos pequeños adminículos que suelen haber en los cuartos de baño. Desde luego, se ocupan de nosotros, pero... !Escucha!

La voz que interrumpió la gran tirada de Donovan no fue la de Powell.

No era de nadie. Estaba allí, flotando en el aire, estentórea y

petrificadora en sus efectos.

"!Gregory Powell¡ !Michael Donovan¡ !Gregory Powell¡ !Michael Donovan¡ Comuniquen su actual posición. Si la nave responde a los controles, rogamos regresen a la Base. !Gregory Powell¡ !Michael Donovan¡" El mensaje se repetía, mecánicamente, roto a intervalos regulares.

—¿De dónde viene esto? —preguntó Donovan.

—No sé —dijo Powell, con un susurro, impresionante—. ¿De dónde viene la luz? ¿De dónde viene todo?

—¿Y cómo vamos a contestar?

Tenían que hablar durante los

intervalos del mensaje, que se iba repitiendo.

Las paredes estaban desnudas, tan desnudas como puede estar una superficie de metal no rota por nada.

—Grita la respuesta —dijo Powell Así lo hicieron. Gritaron, por turno, juntos.

—!Posición desconocida¡ !Nave fuera de control! !Situación desesperada!

Sus voces resonaban estridentes.

Las breves y telegráficas frases quedaban deformadas por la intensidad de los gritos, pero la fría voz que llamaba iba repitiendo incansablemente

su mensaje.

—No nos oyen —murmuró Donovan —. No hay estación transmisora, sólo receptora. —Su mirada recorría al azar la superficie de las paredes.

La voz exterior fue disminuyendo paulatinamente de intensidad y se calló. De nuevo ellos chillaron cuando no era más que un susurro y de nuevo volvieron a gritar cuando reinó el silencio. Cosa de unos quince minutos después, Powell dijo, casi sin voz:

—Vamos a recorrer la nave otra vez. Debe de haber algo que comer en alguna parte. —Su tono no delataba ninguna confianza; era casi el reconocimiento de

su derrota.

Dividieron el corredor en dos partes. Podían oírse uno a otro por el fuerte resonar de sus pasos, y volvían a encontrarse en el corredor, donde se miraban mutuamente y seguían adelante.

La exploración de Powell terminó infructuosamente, y en aquel momento oyó la alegre voz de Donovan con la sonoridad de un estruendo.

—!Eh, Greg, la nave tiene tuberías¡ ¿Cómo se nos ha escapado?

Después de cinco minutos de jugar al escondite, encontró a Powell.

—Pero sigue sin haber cuarto de baño —dijo. De repente se calló en seco

—. !Comida¡ —jadeó.

La pared se había corrido, dejando una abertura curva con dos estantes.

El estante superior estaba lleno de latas sin etiquetar de una asombrosa variedad de tamaños y formas. Las latas esmaltadas del estante inferior eran uniformes y Donovan sintió una fría corriente de aire en sus piernas.

El estante inferior estaba refrigerado.

—!Cómo... cómo...!

—Esto no estaba así antes —dijo Powell secamente—. Esta parte de la pared se ha corrido en cuanto entré por la puerta.

Estaba ya comiendo. La lata tenía una cuchara dentro y pronto el aromático olor de habichuelas estofadas llenó la habitación.

—!Coge una lata, Mike!

—¿Qué minuta hay? —preguntó Donovan, vacilando.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Le haces remilgos?

—No, pero en las naves no como más que habichuelas. Algo diferente gozaría de mi predilección.

Su mano acarició y eligió una reluciente lata elíptica, cuya forma aplanada parecía insinuar la presencia de salmón o una golosina similar. Se

abrió bajo una presión adecuada.

—!Habichuelas¡ —gritó Donovan, cogiendo otra, pero Powell le tiró de los pantalones.

—Es mejor que comas esto, muchacho. Las existencias son limitadas y podemos tener que estar aquí mucho tiempo.

—¿Pero es que aquí no hay más que habichuelas? —dijo toscamente Donovan, echándose atrás.

—Es posible.

—¿Qué hay en el otro estante?

—Leche.

—¿Sólo leche? —gritó Donovan, indignado.

—Así parece.

La comida de habichuelas y leche transcurrió en un absoluto silencio y al marcharse, la fracción de pared se colocó automáticamente en su sitio, dejando la superficie completamente lisa.

—Todo es automático —dijo Powell, suspirando—. Todo igual. Jamás me he sentido más abandonado en mi vida.

Quince minutos más tarde estaban de nuevo en la sala de la ventana mirándose uno a otro desde dos sillones opuestos. Powell miró melancólicamente la única esfera de la sala. Seguía marcando

"parsecs", la cifra seguía terminando en 1.000.000 y la aguja indicadora estaba todavía en el cero.

En su despacho interior de las oficinas de la U.S. Robots / Mechanical Men Corp. Alfred Lanning, en tono agotado, estaba diciendo:

—No contestan. Hemos probado todas las longitudes de onda, pública, privada, clave, directa, incluso este truco del subéter que hay ahora. !Y el Cerebro sigue sin querer decir nada¡ —le espetó a Susan Calvin.

—No quiere extenderse sobre la materia, Alfred. Dice que no pueden

oírnos... y cuando trato de apretarlo se pone de mal humor. Y no debería ser... ¿Quién ha oído hablar jamás de un robot malhumorado?

—¿Por qué no nos dice usted lo que sabe, Susan? —dijo Bogert.

—Aquí va. Admite que controla la nave enteramente. Es positivamente optimista en cuanto a su seguridad, pero sin detalle. No me atrevo a apretarle las tuercas. Sin embargo, el centro de la perturbación reside, al parecer, en el mismo salto interestelar. El Cerebro se echó a reír cuando toqué este punto. Hay otras indicaciones, pero ésta es la más clara que ha aparecido como neta

anormalidad.

Bogert pareció súbitamente impresionado.

—!El salto interestelar!

—¿Qué ocurre? —gritaron a la vez Susan Calvin y Lanning.

—Las cifras para el motor que nos dio del Cerebro. !Oiga..., acabo de pensar en una cosa!

Y salió precipitadamente. Lanning lo siguió con la mirada. Volviéndose hacia Susan, dijo:

—Tenga usted cuidado con su final, Susan...

Dos horas después, Bogert estaba hablando animadamente.

—Le digo, Lanning, que es esto. El salto interestelar no es instantáneo... mientras la velocidad de la luz sea infinita. La vida no puede existir... la "materia" y la "energía" no pueden existir como tales en el espacio curvo. No sé cómo ser ... pero es así. Esto es lo que mató al robot de la Consolidated.

Donovan estaba realmente tan desesperado como parecía.

—¿Sólo cinco días?

Miraba a su alrededor, desalentado.

Las estrellas de la ventana eran conocidas, pero infinitamente indiferentes. Las paredes eran frías al tacto; las luces, que habían vuelto a

encenderse recientemente, eran de una brillantez insoportable; la aguja de la esfera marcaba obstinadamente cero; y Donovan no podía liberarse del gusto a habichuelas.

—Necesito un baño —dijo tristemente.

Powell levantó la vista un instante y respondió:

—Yo también. No tienes por qué ser tan egoísta. Pero a menos que quieras bañarte en leche y pasarte de beber...

—Tendremos que pasarnos de beber un momento u otro, Greg. ¿Dónde terminará este viaje interestelar?

—Ya me lo dirás. En todo caso,

vamos allá. O por lo menos el polvo de nuestros esqueletos, pero... ¿no es nuestra muerte el punto esencial del colapso original del Cerebro?

—Greg —respondió Donovan, dándole la espalda—, he estado pensando. La cosa está mal. No hay gran cosa que hacer, fuera de rondar por ahí o hablar contigo. Ya conoces estas historias de tipos que andan rondando eternamente por el espacio. Se vuelven locos mucho antes de sucumbir al hambre. No sé, Greg, pero desde que las luces han vuelto a encenderse, me siento extraño.

Hubo un silencio hasta que Powell

dijo, con voz muy débil:

—Yo también. ¿Qué sientes?

—Una cosa extraña dentro —dijo el pelirrojo—. Como una especie de tensión interior. Me es difícil respirar. No puedo estarme quieto.

—¡Hum!... ¿Sientes alguna vibración?

—¿Qué quieres decir?

—Siéntate un minuto y escucha. No lo oyes, pero, ¿no sientes... como si algo latiese en alguna parte e hiciese latir toda la nave, y a ti con ella? Escucha...

—Sí..., sí... ¿Qué crees que es, Greg? ¿No crees que somos nosotros?

—Es posible —respondió Powell,

acariciándose lentamente el bigote—. Pero pueden ser los motores de la nave. Puede estar preparándose.

—¿Para qué?

—Para el salto interestelar. Puede estar próximo y sólo el diablo sabe cómo es.

Donovan se quedó un momento pensativo. Después, con rabia, dijo:

—Si es así, dejémoslo. Pero quisiera poder luchar. Es humillante tener que esperar de esta forma.

Una hora después, Powell miró su mano, que había apoyado sobre el brazo metálico de su silla y con una clama absoluta, dijo:

—Toca la pared, Mike.

—No la siento vibrar, Greg —dijo Donovan, después de haber obedecido.

Incluso las estrellas parecían borrosas. De algún lugar llegaba la vaga impresión de alguna poderosa máquina que iba cobrando energía entre las paredes, acumulando fuerzas para un prodigioso salto, ascendiendo la escala de la fuerza y el poder.

Ocurrió con la rapidez de un pinchazo de dolor. Powell se puso rígido y casi se cayó de la silla.

Vio a Donovan y se desvaneció la visión, mientras el leve grito de Donovan penetraba y moría en sus

oídos. Algo vibró vertiginosamente en él y luchó contra una creciente capa de hielo que iba espesándose.

Algo flotó suelto y formó un remolino de luces y dolor. Y cayó...

... y se retorció.

... Y cayó de bruces.

... En silencio.

¡Estaba muerto!

Era un mundo sin movimiento ni sensaciones. Un mundo de una vaga consciencia sin sentidos; una consciencia de oscuridad y de silencio y de lucha sin forma.

Más que nada, consciencia de eternidad.

Era un tenue destello del "yo"...

frío y atemorizado.

Entonces vinieron las palabras, melosas y sonoras, resonando encima de él en una espuma de sonidos.

—¿Te ajustaba tu ataúd de una manera diferente antes? ¿Por qué no pruebas los féretros extensibles de Mr. Cadáver? Están científicamente construidos con Vitamina B1. !Usad los féretros Cadáver por su comodidad! Recordad que vais-a-estar-muertos-mucho-mucho-tiempo...

No era exactamente un sonido, pero fuese lo que fuere, se desvaneció en una especie de zumbido aceitoso...

El blanco destello que podía haber sido Powell se agitaba inútilmente en las infinitas extensiones del tiempo que existían por todo su alrededor, y caían sobre él mientras el agudo grito de cien millones de fantasmas con cien millones de voces de soprano se elevaban en el crescendo de una melodía...

—Me alegraré cuando hayas muerto, tú granuja, tú...

—Me alegraré cuando hayas muerto, tú, granuja. tú...

—Me alegraré...

Se elevó la espiral de un violento sonido en los estridentes supersónicos

que pasaban, y más allá...

El blanco destello se estremecía con un latido. Iba aumentando lentamente...

Las voces eran normales... y muchas. Era una muchedumbre que hablaba; una multitud que se agitaba y pasaba por su lado rápidamente, dejando rastros de palabras detrás de ellos...

El blanco destello que era Powell serpenteaba hacia atrás delante del sonido que iba creciendo, y sintió el agudo pinchazo de un dedo que lo señalaba. Todo estalló en un arco iris de sonidos que cayó goteando sus fragmentos en un dolorido cerebro.

Powell estaba de nuevo en su silla.

Sintió que temblaba.

Los ojos de Donovan se iban convirtiendo en dos grandes bolas de un azul turbio.

—Greg... —susurró. Su voz era casi un gemido—. ¿Estabas muerto?

—Me sentía... muerto. —No reconoció su propia voz.

Donovan estaba haciendo una vana tentativa de mantenerse de pie.

—¿Estás vivo, ahora? ¿O hay algo más?

—Me siento vivo... —Siempre la misma voz ronca—. ¿Has oído algo cuando... estaba muerto? —preguntó cautelosamente.

Donovan hizo una pausa y después, muy despacio, bajó la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí. Algo de ataúdes..., y mujeres que cantaban... ¿Y tú?

—Sólo una voz —dijo Donovan, moviendo la cabeza.

—¿Fuerte?

—No; suave, pero rasposa como una lima de uñas. Era como un sermón. Algo del fuego del infierno, torturas..., en fin, ya sabes. Una vez oí un sermón como éste..., casi.

Estaba sudando.

Vieron la luz del sol a través de la ventana. Era débil, pero de un blanco

azulado, y aquel guisante que era la lejana fuente de la luz no era el Viejo Sol.

Y Powell señaló con su dedo tembloroso la esfera única. La aguja, inmóvil y rígida, marcaba 300.000 "pársec".

—Mike, si esto es verdad —dijo Powell— tenemos que estar fuera de la Galaxia.

—!Caspita, Greg¡ !Seremos los primeros en salir del Sistema Solar!

—Sí, ésta es la cosa. Hemos huido del sol. Hemos huido de la Galaxia. Mike, esta nave es la solución. Significa ser libre de toda la humanidad..., libre

de recorrer todas las estrellas que existen..., millones, billones y trillones de ellas...

Pero entonces asestó el golpe fuerte.

—¿Pero, cómo regresamos, Mike?

—!Oh, no te preocupes¡ —respondió Donovan sonriendo—. La nave nos ha traído aquí. La nave nos volverá. A por más habichuelas.

—Pero, Mike..., espera, Mike... si nos vuelve atrás de la forma como nos ha traído aquí...

Donovan se detuvo a medio camino y se desplomó en su sillón.

—Tendremos que... morir de nuevo, Mike —terminó.

—En fin —suspiró Donovan—, si tenemos que morir, moriremos. Por lo menos no es permanente... no "muy" permanente.

Susan Calvin hablaba en voz baja.

Durante seis horas había estado hostigando al Cerebro..., seis horas infructuosas. Estaba cansada de repeticiones, cansada de circunloquios, cansada de todo.

—Bien, Cerebro, sólo una cosa más. Tienes que hacer un esfuerzo para contestar, simplemente. ¿Has sido enteramente claro acerca del salto interestelar? Quiero decir, ¿los lleva eso

muy lejos?

—Tan lejos como quiera ir, miss Susan. En la curvatura no hay truco

—Y en el otro lado, ¿qué verán?

—Estrellas y astros. ¿Qué supones?

La siguiente pregunta se le escapó

—¿Estarán vivos, entonces?

—!Seguro!

—¿Y el salto interestelar no los dañará.

Quedó helada al ver que el Cerebro permaneció silencioso. ¡Era esto!

Había tocado el punto sensible.

—Cerebro —suplicó—. Cerebro, ¿me oyes?

La respuesta fue débil, vacilante. El

Cerebro dijo:

—¿Tengo que responder? ¿Sobre el salto, me refiero?

—Si no quieres, no. Pero sería interesante..., si quieres, desde luego. —Trataba de hablar animadamente.

—Brrr... Lo has estropeado todo.

Y la doctora se levantó de un salto, con el rostro incendiado interiormente.

—!Oh, Dios mío¡... —jadeó—. !Ah...!

Y sintió la tensión de horas y días estallar de repente. Más tarde le dijo a Lanning:

—Le digo que toda va bien. No, debe usted dejarme sola, ahora. La nave

regresará intacta, con los hombres dentro y yo necesitó descansar. !Quiero descansar¡ Ahora márchese.

La nave regresó a la Tierra tan silenciosa y matemáticamente como había salido. Cayó precisamente en el mismo sitio y la compuerta se abrió.

Los dos hombres que salieron de ella avanzaron cautelosamente, acariciándose sus rasposas barbillas.

Y entonces, lenta y deliberadamente, el que tenía el pelo rojo se arrodilló y depositó sobre el hormigón de la pista un sonoro beso.

Apartaron con ademanes a la

muchedumbre que se había reunido y rehusaron los solícitos cuidados de dos hombres que avanzaban con una camilla que acababan de sacar de una ambulancia.

—¿Dónde está la ducha más próxima? —preguntó Powell.

Los acompañaron a ella. Más tarde se encontraron todos reunidos alrededor de una mesa donde había los mejores cerebros de la U.S. Robots / Mechanical Men Corp.

Lenta y adecuadamente, Powell y Donovan terminaron su gráfico y sensacional relato.

Susan Calvin rompió el silencio que

siguió. Durante los pocos días transcurridos, había recuperado su helada y en cierto modo ácida calma, pero a través de la cual se filtraba todavía una sombra de embarazo.

—Estrictamente hablando —dijo—, fue culpa mía... todo. Cuando por primera vez sometimos el problema al Cerebro como espero alguno de ustedes recordará, me extendí ampliamente sobre la importancia de desechar cualquier fuente de información susceptible de crear un dilema. Al hacerlo, dije algo por el estilo de "No te excites por la cuestión de la muerte de seres humanos. No nos importa en

absoluto. Devuelve la hoja y basta".

—!Humm! —dijo Lanning—. ¿Y que más?

—Lo evidente. Cuando sometió sus cálculos que comportaban la ecuación sobre la longitud del mínimo intervalo para el salto interestelar..., ello significaba la muerte de seres humanos. Aquí fue donde la máquina de la Consolidated quedó completamente destrozada. Pero yo había quitado importancia a la muerte ante el Cerebro, no enteramente, porque la Primera Ley no puede nunca ser infringida, pero sí lo suficiente para que el Cerebro dirigiese una segunda mirada a la ecuación. Lo

suficiente para darle tiempo de darse cuenta de que una vez transcurrido el intervalo, los hombres volverían a la vida, de la misma manera que la materia y la energía de la nave volverían a su existencia. Esta llamada "muerte", en otras palabras, sería un fenómeno, estrictamente temporal. ¿Comprenden? —terminó mirando a su alrededor.

Todos escuchaban atentamente. Susan prosiguió:

—Aceptó, pues, el punto, pero no sin un cierto chirrido. Incluso con la muerte temporal y disminuida su importancia, tuvo suficiente para desequilibrarlo considerablemente.

Adoptó un actitud humorística —prosiguió con más calma—; es una especie de evasión, comprenden, un método de evadirse parcialmente de la realidad. Empezó a bromear.

Powell y Donovan se habían puesto en pie.

—¿Cómo?

Donovan estaba mucho más acalorado

—Así —dijo Susan—. Se ocupó de ustedes y los mantuvo a salvo, pero no podían manejar los controles porque sólo los podía manejar él, el humorista Cerebro. Podíamos comunicar por radio, pero no podían ustedes contestar.

Tenían mucha comida, pero sólo habichuelas y leche. Entonces murieron, por decirlo así, pero volvieron a vivir, y el período de su vida fue..., interesante. Me gustaría saber cómo lo hizo. Eran las bromitas del Cerebro, pero no quería hacer daño.

—!No quería hacer daño¡ —gritó Donovan—. !Ah, si el monigote ése tuviese tan sólo un cuello...!

—Bien, bien, ha sido un lío —dijo Lanning levantando una mano apaciguadora—, pero todo ha terminado. ¿Y ahora, qué?

—Pues —dijo Bogert tranquilamente —, es obvio que nos corresponde

mejorar la nave del espacio curvo. Debe haber alguna manera de solucionar el intervalo de salto. Si lo hay, somos la única organización que dispone del súper-robot en gran escala, de manera que si lo hay tenemos que encontrarlo.

Y entonces... U.S. Robots tiene el viaje interestelar, y la Humanidad tiene la oportunidad del imperio galáctico.

—¿Y la Consolidated? —preguntó Lanning.

—!Eh¡ —interrumpió súbitamente Donovan—. Quiero hacer una sugerencia, aquí. Han metido la U.S. Robot en un brete, como ellos

esperaban, y todo ha acabado bien, pero sus intenciones no eran piadosas. Y Greg y yo soportamos la mayor parte de él.

—Bien, querían una respuesta y ya la tienen. Mandémosles esta nave, garantizada, y la U.S. Robots puede cobrar los doscientos mil, más los gastos de construcción. Y si la prueban... dejemos que el Cerebro se divierta un poco más antes de volverla a la normalidad.

—Me parece sumamente indicado —dijo Lanning, muy grave.

A lo cual Bogert añadió, distraídamente:

—Y estrictamente de acuerdo con el contrato, además.

Evidencia

Francis Quinn era un político de nueva escuela. Ésa, por supuesto, es una expresión carente de significado, como son todas las expresiones de este tipo. La mayoría de las «nuevas escuelas» de que disponemos se hallan duplicadas en la vida social de la antigua Grecia, y quizá, si supiéramos algo más al respecto, en la vida social de la antigua Sumeria y también en las moradas lacustres de la Suiza prehistórica.

Pero, para salimos de lo que promete ser un insípido y complicado principio, será mejor afirmar

rápidamente que Quinn nunca aspiró a ningún cargo, ni persiguió votos, ni lanzó discursos ni llenó urnas. Del mismo modo que Napoleón no apretó un gatillo en Austerlitz.

Y puesto que la política crea extraños compañeros de cama, Alfred Lanning se sentó al otro lado del escritorio con sus densas cejas blancas muy ceñudas encima de sus ojos cuya agudeza había afilado su impaciencia crónica. No se sentía complacido.

El hecho, de ser conocido por Quinn, no le hubiera irritado en lo más mínimo. Su voz era amistosa, quizá de un modo profesional.

—Supongo que conoce usted a Stephen Byerley, doctor Lanning.

—He oído hablar de él. Como mucha otra gente.

—Sí, yo también. Tal vez piense usted votarle en las próximas elecciones.

—No sabría decirle. —Había un inconfundible rastro de acidez en su voz —. No he seguido la política últimamente, de modo que no sé si se presenta para algún cargo.

—Puede que sea nuestro próximo alcalde. Por supuesto, ahora tan sólo es un abogado, pero con el tiempo...

—Sí —interrumpió Lanning—, ya he

oído esa frase antes. Pero me pregunto si no será mejor que nos dediquemos a nuestros asuntos.

—Estamos dedicándonos a nuestros asuntos, doctor Lanning. —El tono de Quinn era muy amable—. Es de mi mayor interés mantener al señor Byerley como fiscal del distrito como máximo, y es de su mayor interés el ayudarme a conseguirlo.

—¿De mi mayor interés? ¡Oh, vamos! —Lanning frunció las cejas.

—Bien, digamos entonces del mayor interés para la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos. He venido a usted como

director honorario de investigación, porque sé que su relación con ellos es la de, digamos, «consejero principal». Es usted escuchado con respeto, y sin embargo su relación con ellos ya no es tan estrecha como para que no pueda disponer de una considerable libertad de acción; incluso aunque la acción sea en cierto modo poco ortodoxa.

El doctor Lanning guardó silencio durante un momento, rumiando sus pensamientos. Más suavemente, dijo:

—No le sigo en absoluto, señor Quinn.

—No me sorprende, doctor Lanning. Pero es muy sencillo. ¿Le importa? —

Quinn encendió un delgado cigarrillo con un encendedor de delicada simplicidad, y su rostro de altos pómulos adoptó una expresión de suave regocijo—. Hemos hablado del señor Byerley..., un personaje extraño y colorista. Hace tres años era un completo desconocido. Ahora es muy conocido. Es un hombre de fuerza y habilidad, y por supuesto el más capaz e inteligente fiscal que nunca haya conocido. Desgraciadamente, no es amigo mío...

—Comprendo —dijo Lanning mecánicamente, contemplando sus uñas.

—Tuve ocasión —prosiguió Quinn

en un tono neutro— de investigar al señor Byerley el año pasado..., de una forma muy exhaustiva. Siempre resulta útil, ¿sabe?, someter la vida pasada de los políticos reformistas a una indagación inquisitiva. Si supiera usted la de veces que esto ha ayudado... —Hizo una pausa para sonreír seriamente a la resplandeciente punta de su cigarrillo—. Pero el pasado del señor Byerley es completamente anodino. Una vida tranquila en una pequeña ciudad, una educación universitaria, una esposa que murió joven, un accidente de coche con una lenta recuperación, la escuela de leyes, la llegada a la metrópoli, su

cargo de fiscal.

Francis Quinn agitó lentamente la cabeza, luego añadió:

—Pero su vida actual. Ah, eso sí es notable. ¡Nuestro fiscal del distrito no come nunca!

Lanning alzó bruscamente la cabeza, los ojos sorprendentemente agudos.

—¿Perdón?

—Nuestro fiscal del distrito no come nunca. —Efectuó la repetición marcando bien las sílabas—. Espere, modificaré ligeramente esto. Nunca ha sido visto comienzo o bebiendo. ¡Nunca! ¿Comprende el significado de la palabra? ¡No raras veces, sino nunca!

—Lo encuentro increíble. ¿Puede confiar usted en sus investigadores?

—Puedo confiar en mis investigadores, y no lo encuentro increíble en absoluto. Es más, nuestro fiscal del distrito nunca ha sido visto bebiendo..., tanto en sentido acuoso como alcohólico..., ni durmiendo. Hay otros factores, pero creo que con esto ya es suficiente.

Lanning se reclinó en su silla, y entre ellos se produjo el absorto silencio de desafío y respuesta, y luego el viejo roboticista agitó la cabeza. —No. Sólo existe una cosa que esté intentando usted implicar, si emparejo sus afirmaciones

con el hecho de que usted me las presenta, y eso es imposible.

—Pero el hombre es completamente inhumano, doctor Lanning.

—Si me dijera usted que tenemos a Satán enmascarado, habría una remota posibilidad de que le creyera.

—Le digo que es un robot, doctor Lanning.

—Le digo que es la afirmación más imposible que haya oído en mi vida, señor Quinn.

De nuevo el combativo silencio.

—De todos modos —y Quinn aplastó la colilla de su cigarrillo con un elaborado cuidado—, tendrá que

investigar usted esta imposibilidad con todos los recursos de la compañía.

—Le aseguro que no puedo hacerme cargo de algo así, señor Quinn. No estará sugiriendo usted seriamente que la compañía tome parte en la política local.

—No tiene otra elección. Supongamos que hago públicas mis averiguaciones sin pruebas. La evidencia es lo suficientemente circunstancial.

—Si le conviene hacerlo.

—No, no me conviene. Serían mucho más preferibles las pruebas. Y no le conviene a usted, puesto que la

publicidad sería muy dañina para su compañía. Está usted perfectamente informado, supongo, de las estrictas leyes contra el uso de robots en los mundos habitados.

—¡Por supuesto! —exclamó con una cierta brusquedad.

—Usted sabe que la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos es la única constructora de robots positrónicos en el sistema solar, y si Byerley es un robot, es un robot positrónico. Es también consciente de que todos los robots positrónicos son alquilados, y no vendidos; que la compañía sigue siendo la dueña de cada

robot, y que por lo tanto es responsable de todas sus acciones.

—Resulta muy fácil, señor Quinn, probar que la compañía nunca ha manufacturado un robot de características humanoides.

—Pero ¿puede hacerse? Estoy discutiendo meramente posibilidades.

—Sí. Puede hacerse.

—Secretamente, imagino también. Sin quedar registrado en sus libros.

—No el cerebro positrónico, señor. Hay implicados en él demasiados factores, y están los estrictos controles gubernamentales.

—Sí, pero los robots se gastan, se

rompen, se descomponen..., y son desmantelados.

—Y los cerebros positrónicos vueltos a utilizar o destruidos.

—¿Realmente? —Francis Quinn se permitió un rastro de sarcasmo—. ¿Y si uno resultara, accidentalmente, por supuesto, no destruido..., y resultara que existía una estructura humanoide aguardando a un cerebro? —¡Imposible!

—Eso tendrá que probárselo usted al gobierno y al público, así que, ¿por qué no me lo prueba a mí ahora?

—Pero ¿cuál podría ser nuestro propósito en ello? —preguntó exasperado Lanning—. ¿Cuál sería

nuestra motivación? Concédanos al menos un mínimo de buen sentido.

—Mi querido señor, se lo suplico. La compañía se sentiría tremendamente agradecida de que varias regiones permitieran la utilización de robots positrónicos humanoides en mundos habitados. Los beneficios serían enormes. Pero los prejuicios del público hacia tal práctica son demasiado grandes. Supongamos que los acostumbran ustedes primero a tales robots... Veamos, tenemos a un hábil abogado, un buen alcalde..., y resulta que es un robot. ¿No compraría usted nuestros mayordomos robots?

—Absolutamente fantástico. Un humorismo que roza casi lo ridículo.

—Lo imagino. ¿Por qué no lo prueba? ¿O sigue prefiriendo intentar probarlo en público?

La luz estaba disminuyendo en la oficina, pero aún no era lo suficientemente oscuro como para que no se apreciara el enrojecimiento de frustración en el rostro de Alfred Lanning. Lentamente, el dedo del roboticista pulsó un botón, y los iluminadores de la pared cobraron una suave vida.

—Bien—gruñó—, veámoslo.

El rostro de Stephen Byerley no es

fácil de describir. Tenía cuarenta años según su certificado de nacimiento y cuarenta según su apariencia..., pero era una apariencia saludable y bien alimentada; una apariencia que hacía pensar automáticamente en lo imprecisa que puede llegar a ser la expresión de «aparenta su edad».

Eso era particularmente serio cuando se reía, y ahora estaba riéndose. Su risa brotaba fuerte y continua, se detenía unos instantes, luego empezaba de nuevo...

Y el rostro de Alfred Lanning se contrajo en un rígidamente amargo monumento a la desaprobación. Hizo un

gesto medio esbozado a la mujer que se sentaba a su lado, pero sus delgados labios sin sangre simplemente se fruncieron un poco.

Byerley consiguió recuperarse casi hasta la normalidad.

—Realmente, doctor Lanning..., realmente... Yo..., yo... ¿un robot?

Lanning mordió sus palabras a medida que iba pronunciándolas.

—No es una afirmación mía, señor. Me sentiría completamente satisfecho sabiendo que es usted un miembro de la humanidad. Puesto que nuestra compañía nunca lo ha fabricado a usted, estoy completamente seguro de que lo es..., en

un sentido legal, al menos. Pero puesto que nos ha llegado de una manera seria la presunción de que es usted un robot, y esa presunción nos ha llegado por parte de un hombre de una cierta categoría...

—No mencione su nombre, si eso ha de hacer saltar una esquirla del bloque de granito de su ética, pero déjeme suponer que se trata de Frank Quinn, sólo como un complemento más a la conversación, y prosigamos.

Lanning dejó escapar un seco y cortante bufido ante la interrupción, e hizo una seca pausa antes de añadir fríamente:

—... por un hombre de una cierta

categoría, sobre cuya identidad no estoy interesado en jugar juegos adivinatorios, me veo obligado a pedirle su colaboración para demostrar lo contrario. El mero hecho de que esa presunción pueda ser emitida y hecha pública por los medios de que ese hombre dispone sería un mal golpe para la compañía a la que represento..., aunque la acusación nunca fuera probada. ¿Me comprende?

—Oh, sí, su posición me resulta bastante clara. La acusación en sí es ridícula. La posición en que se encuentra usted no. Le pido perdón, si mi risa le ha ofendido. Fue de lo primero de lo que

me reí, no de lo segundo. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Es muy sencillo. Lo único que tiene que hacer es sentarse ante un plato de comida en un restaurante en presencia de testigos, dejar que le sean tomadas algunas fotos, y comer.

Lanning se echó hacia atrás en su silla, habiendo pasado lo peor de la entrevista. La mujer a su lado observó a Byerley con una expresión aparentemente absorta, pero no contribuyó en nada.

Stephen Byerley cruzó los ojos con los de ella por un instante, se sintió atraído por ellos, luego se volvió de

nuevo hacia el roboticista. Por unos instantes sus dedos juguetearon con el pisapapeles de bronce que era el único adorno sobre su escritorio.

—Me temo no poder complacerles —dijo con suavidad.

Alzó una mano.

—No, espere, doctor Lanning. Comprendo el hecho de que todo este asunto resulta desagradable para usted, que se ha visto obligado a ello en contra de su voluntad, que tiene la sensación de que está representando un papel indigno e incluso ridículo. Sin embargo, el asunto me afecta aún más íntimamente a mí, de modo que sea tolerante.

»En primer lugar, ¿qué le hace pensar que Quinn..., ese hombre de una cierta categoría, ya sabe..., no le está engañando a fin de obligarle a hacer precisamente lo que está usted haciendo?

—Porque me parece muy improbable que una persona de una reputación así la ponga en peligro de una manera tan ridícula, a menos que esté convencido de que lo que dice es cierto.

Había poco humor en los ojos de Byerley.

—Usted no conoce a Quinn. Puede convertir en terreno seguro el reborde

de una montaña donde ni siquiera se sostendría una cabra montes. Supongo que le mostró los detalles de la investigación que afirma ha hecho sobre mí.

—Los suficientes como para convencerme de que traería demasiados problemas al hacer que nuestra compañía tuviera que desmentirlos cuando usted puede hacerlo mucho más fácilmente.

—Entonces, usted le cree cuando dice que yo nunca como. Usted es un científico, doctor Lanning. Piense en la lógica que eso requiere. Nunca he sido observado comer, luego nunca como, lo

cual era lo que queríamos demostrar. ¡Oh, vamos!

—Está utilizando usted tácticas de abogado en un tribunal para confundir una situación que realmente es muy sencilla.

—Al contrario, estoy intentando clarificar algo que entre usted y Quinn están haciendo muy complicado. Veamos, no duermo mucho, lo cual es cierto, y por supuesto nunca duermo en público. Nunca me ha gustado comer con gente..., una idiosincrasia que es poco habitual y probablemente refleja un carácter neurótico, pero que no hace daño a nadie. Mire, doctor Lanning,

déjeme presentarle un caso supuesto. Supongamos que tenemos a un político que está interesado en derrotar a un candidato reformista a cualquier precio, y mientras está investigando su vida privada descubre algunas rarezas como las que acabo de mencionar.

»Suponga además que a fin de hundir más efectivamente al candidato, acude a su compañía considerándola como el agente ideal. Cabe esperar que diga: "Fulano es un robot porque casi nunca come con gente, y nunca lo he visto dormirse en medio de un caso; y una vez atisbé a través de su ventana en medio de la noche y lo vi allí, en pie y leyendo

un libro; y miré en su nevera y no tenía comida en ella".

»Si le dijera eso, usted llamaría a los loqueros para que se lo llevaran. Pero en vez de ello le dice: "Nunca duerme; nunca come", y la impresión de esa afirmación lo ciega a usted hasta ante el hecho de que tales afirmaciones son imposibles de probar. Usted cae en sus manos y le sigue el juego.

—Independientemente, señor —empezó Lanning, con una amenazadora obstinación—, de que considere usted serio o no este asunto, lo único que requiere es que efectúe usted la comida que he mencionado para terminar con

todo el asunto.

De nuevo Byerley se volvió hacia la mujer, que seguía contemplándole inexpresivamente.

—Perdón. ¿He captado correctamente su nombre, doctora Susan Calvin?

—Sí, señor Byerley.

—Es usted la psicóloga de la U. S. Robots, ¿no?

—Robopsicóloga, por favor.

—Oh, ¿son mentalmente tan distintos los robots de los hombres?

—Están a mundos de distancia. —Se concedió una helada sonrisa—. Los robots son esencialmente decentes.

El humor se asomó a las comisuras de la boca del abogado.

—Bien, ese ha sido un duro golpe. Pero lo que deseaba decir era esto. Puesto que es usted una psic..., una robopsicóloga, y una mujer, apostaría a que usted ha hecho algo en lo que el doctor Lanning ni siquiera ha pensado.

—¿Y qué es ello?

—Ha traído usted algo comestible en su bolso.

Algo indefinido cruzó por la adiestrada indiferencia de los ojos de Susan Calvin.

—Me sorprende usted, señor Byerley—dijo.

Y abriendo su bolso, sacó una manzana. Lentamente, se la tendió. El doctor Lanning, tras la sorpresa inicial, siguió el lento movimiento de una a otra mano con ojos muy alertas.

Lentamente, Stephen Byerley dio un mordisco, masticó, y lentamente tragó.

—¿Ve, doctor Lanning?

El doctor Lanning sonrió con un tangible alivio, haciendo que incluso sus cejas parecieran benevolentes. Un alivio que sobrevivió por un frágil segundo.

Susan Calvin dijo:

—Por supuesto, sentía curiosidad por ver si iba usted a comérsela, pero en el presente caso eso no prueba nada.

Byerley sonrió.

—¿No lo hace?

—Por supuesto que no. Es obvio, doctor Lanning, que si este hombre fuera un robot humanoide, sería una perfecta imitación. Es casi demasiado humano como para ser creíble. Después de todo, hemos estado viendo y observando seres humanos durante todas nuestras vidas; sería imposible engañarnos con algo que simplemente fuera parecido. Tendría que ser perfecto. Observe la textura de la piel, la calidad de los iris, la formación ósea de la mano. Si es un robot, me gustaría que la U. S. Robots lo hubiera hecho, porque es un buen trabajo.

¿Supone pues que cualquiera capaz de prestar atención a tales detalles olvidaría la inclusión de unos cuantos artilugios para cuidar de cosas tales como comer, dormir, eliminar los desechos? Quizá tan sólo para usos de emergencia; como, por ejemplo, para prevenir una situación como la que se ha planteado ahora aquí. De modo que una comida no probará realmente nada.

—Espere —gruñó Lanning—. No soy enteramente el estúpido en que ustedes dos quieren convertirme. No estoy interesado en el problema de la humanidad o inhumanidad del señor Byerley. Estoy interesado en sacar a la

compañía de un lío. Una comida en público terminará con el asunto y lo dejará liquidado no importa lo que Quinn haga. Podemos dejar los detalles más sutiles a los abogados y a los robopsicólogos.

—Pero doctor Lanning —dijo Byerley—, olvida usted la política de la situación. Me siento tan ansioso por ser elegido como Quinn por detenerme. Incidentalmente, ¿ha observado usted que ha utilizado su nombre? Ha sido un inocente truco mío; sabía que usted acabaría pronunciándolo antes de que termináramos esta entrevista.

Lanning enrojeció.

—¿Qué tienen que ver las elecciones con esto?

—La publicidad funciona en los dos sentidos, señor. Si Quinn desea llamarme robot, y tiene el valor de hacerlo, yo tengo el valor de jugar el juego a su manera.

—¿Quiere decir que usted... ? — Lanning estaba francamente asombrado.

—Exactamente. Quiero decir que voy a dejar que siga adelante, elija su cuerda, pruebe su resistencia, corte la longitud necesaria, haga el nudo, meta su cabeza en él, y sonría. Yo puedo encargarme de lo poco que queda por hacer.

—Se muestra usted muy confiado en sí mismo.

Susan Calvin se puso en pie.

—Vámonos, Alfred, no vamos a hacerle cambiar de opinión.

—¿Lo ve? —Byerley sonrió suavemente—. También es usted una homopsicóloga.

Pero quizá no toda la confianza que el doctor Lanning había observado estaba presente aquella tarde, cuando el coche de Byerley aparcó en la cinta automática que conducía al garaje subterráneo, y el propio Byerley cruzó el sendero hasta la parte delantera de su casa.

La figura en la silla de ruedas alzó la vista cuando entró, y sonrió. El rostro de Byerley se iluminó con afecto. Se dirigió hacia allí.

La voz del inválido era un susurro ronco y raspante que brotaba de una boca retorcida para siempre hacia un lado, en mitad de un rostro cuya mitad era tejido cicatricial.

—Llegas tarde, Steve.

—Lo sé, John, lo sé. Pero hoy me he tenido que enfrentar con un peculiar e interesante problema.

—¿De veras? —Ni el retorcido rostro ni la destrozada voz podían mostrar expresión, pero había ansiedad

en sus claros ojos—. ¿Nada que puedas manejar?

—No estoy exactamente seguro. Puede que necesite tu ayuda. Tú eres el genio de la familia. ¿Quieres que te lleve al jardín? Hace una tarde maravillosa.

Dos fuertes brazos alzaron a John de la silla de ruedas. Suavemente, casi acariciándole, los brazos de Byerley pasaron en torno a sus hombros y por debajo de las inútiles piernas del inválido. Lenta y cuidadosamente, cruzó las distintas habitaciones, descendió la suave rampa que había sido construida pensando en una silla de ruedas, y salió

por la puerta trasera al cercado jardín detrás de la casa.

—¿Por qué no me dejas utilizar la silla de ruedas, Steve? Esto es ridículo.

—Porque prefiero cargarte yo. ¿Tienes alguna objeción que hacer? Sabes que estás tan contento de salir de ese buggy motorizado por un rato como yo de verte fuera de él. ¿Cómo te sientes hoy?

Depositó a John con infinito cuidado sobre la fresca hierba.

—¿Cómo debería sentirme? Cuéntame acerca de tu problema.

—La campaña de Quinn va a estar basada en el hecho de que afirma que

soy un robot.

John abrió enormemente los ojos.

—¿Cómo lo sabes? Es imposible. No lo creo.

—Oh, vamos, te digo que es así. Ha conseguido que uno de los principales científicos de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos venga a verme para discutir conmigo.

Lentamente, las manos de John retorcieron la hierba.

—Entiendo. Entiendo.

—Pero podemos dejar que elija él el terreno —dijo Byerley—. Tengo una idea. Escúchame, y dime si podemos

hacerlo...

La escena, tal como se desarrolló en la oficina de Alfred Lanning aquella noche, fue un conjunto de miradas. Francis Quinn miró meditativamente a Alfred Lanning. La mirada de Lanning estaba salvajemente clavada en Susan Calvin, la cual a su vez miraba impasiblemente a Quinn.

Francis Quinn rompió todo aquello con un forzado intento de parecer alegre.

—Todo un bluff. Va inventando sobre la marcha.

—¿Va usted a jugar a eso, señor Quinn? —preguntó la doctora Calvin, indiferentemente.

—Bueno, es el juego de ustedes realmente.

—Mire —Lanning cubrió su definido pesimismo con una bravata—, nosotros hemos hecho lo que usted nos pidió. Hemos visto al hombre comer, somos testigos de ello. Es ridículo suponer que es un robot.

—¿Usted piensa así? —lanzó Quinn a Calvin—. Lanning dijo que era usted una experta.

—Mire, Susan... —dijo Lanning, casi amenazadoramente.

—¿Por qué no la deja hablar a ella? —interrumpió secamente Quinn—. Lleva sentada aquí media hora imitando

a un poste.

Lanning se sentía definitivamente acosado. De lo que experimentaba en aquel momento a la paranoia incipiente había tan sólo un paso.

—Muy bien —dijo—. Diga lo que tenga que decir, Susan. No la interrumpiremos.

Susan Calvin lo miró sin el menor rubor, luego clavó sus fríos ojos en el señor Quinn.

—Sólo hay dos formas de probar definitivamente que Byerley es un robot, señor. Hasta ahora usted está presentando solamente evidencias circunstanciales, con las cuales puede

acusar, pero no probar..., y creo que el señor Byerley es lo suficientemente listo como para contrarrestar ese tipo de material. Usted probablemente piensa lo mismo, o de otro modo no hubiera venido aquí.

»Los dos métodos de probar algo son el físico y el psicológico. Físicamente, puede usted disecarlo o utilizar los rayos X. Cómo hacer eso es su problema. Psicológicamente, su comportamiento puede ser estudiado, porque si es un robot positrónico, debe de conformarse a las tres leyes de la robótica. Un cerebro positrónico no puede ser construido sin ellas. ¿Conoce

usted las leyes, señor Quinn?

Se las recitó lentamente, claramente, citando palabra por palabra el famoso texto en negritas que figuraba en la primera página del Manual de robótica.

—He oído hablar de ellas —dijo Quinn negligentemente.

—Entonces el asunto es fácil de seguir —respondió secamente la psicóloga—. Si el señor Byerley quebranta alguna de esas tres leyes, no es un robot. Desgraciadamente, este procedimiento funciona solamente en una dirección. Si no quebranta ninguna de las reglas, no prueba nada ni en uno ni en otro sentido.

—¿Por qué no, doctora? —Quinn alzó educadamente las cejas.

—Porque, si se detiene usted a pensar en ello, las tres leyes de la robótica son los principios guía esenciales de un buen número de los sistemas éticos del mundo. Por supuesto, se supone que todo ser humano posee el instinto de la auto conservación. Eso se corresponde a la Tercera Ley en un robot. Igualmente, cualquier ser humano «bueno», con una conciencia social y un sentido de la responsabilidad, se supone que se someterá a la autoridad constituida; escuchará a su doctor, a su médico, a su gobierno, a su psiquiatra, a

sus semejantes; obedecerá las leyes, seguirá las reglas, se adaptará a las costumbres..., incluso cuando interfieran con su comodidad o su seguridad. Eso se corresponde a la Segunda Ley para un robot. Igualmente, todo ser humano «bueno» se supone que amará a los demás como a sí mismo, protegerá a sus semejantes, arriesgará su vida por salvar otra. Esa es la Primera Ley para un robot. Para decirlo en pocas palabras..., si Byerley sigue todas las leyes de la robótica, puede ser un robot, y puede ser simplemente un hombre excepcionalmente bueno.

—Pero —murmuró Quinn—, me está

usted diciendo que no puede probar que sea un robot.

—Puedo ser capaz de probar que no es un robot.

—Esa no es la prueba que quiero.

—Tendrá usted la prueba tal como exista. Usted es el único responsable de sus propios deseos.

En aquel momento la mente de Lanning saltó de pronto sobre el asomo de una idea.

—¿No se le ha ocurrido a nadie que la de fiscal del distrito es una ocupación más bien extraña para un robot? —gruñó en voz alta—. La persecución de seres humanos..., sentenciarlos a muerte...,

causarles un daño infinito...

Quinn se mostró repentinamente ansioso.

—No, no sacará usted nada por ese camino. Ser fiscal del distrito no lo convierte en humano. ¿No conoce acaso su historial? ¿No sabe que se jacta de que nunca ha perseguido a un inocente, que hay montones de gente que no ha sido enjuiciada porque la evidencia contra ellos no le satisfacía, aunque hubiera podido convencer a un jurado de su culpabilidad y hacer que dictaran sentencia de atomización? Pues así es.

Las flacas mejillas de Lanning temblaron.

—No, Quinn, no. No hay nada en las leyes de la robótica que dé una concesión a la culpabilidad humana. Un robot no puede juzgar jamás si un ser humano merece o no la muerte. No es él quien decide. No puede dañar a un ser humano..., variedad canalla, variedad ángel.

Susan Calvin sonó cansada.

—Alfred —dijo—, no diga estupideces. ¿Qué ocurriría si un robot se encontrara con un loco a punto de pegar fuego a una casa llena de gente? Detendría al loco, ¿no?

—Por supuesto.

—Y si la única forma de detenerlo

fuera matándolo...

Un débil sonido brotó de la garganta de Lanning. Nada más.

—La respuesta a eso, Alfred, es que haría todo lo posible por no matarlo. Si el loco moría, el robot debería ser sometido a psicoterapia porque era fácil que se volviera loco ante el conflicto que se le había presentado..., el quebrantar la Primera Ley para adherirse a la Primera Ley a un nivel superior. Pero un hombre habría muerto, y un robot lo habría matado.

—Bien, ¿está Byerley loco? —preguntó Lanning, con todo el sarcasmo que pudo conseguir.

—No, pero no ha matado a nadie con sus propias manos. Ha expuesto hechos que pueden representar que un ser humano en particular es peligroso para la gran masa de otros seres humanos que llamamos sociedad. Protege al mayor número, y así se adhiere a la Primera Ley en su máximo potencial. Hasta ahí es hasta donde llega. Es el juez quien luego condena al criminal a muerte o a prisión, una vez el jurado decide sobre su culpabilidad o inocencia. Es el carcelero quien lo encierra, el verdugo quien lo mata. Y el señor Byerley no ha hecho más que determinar la verdad y ayudar a la

sociedad.

»De hecho, señor Quinn, he examinado la carrera del señor Byerley desde el momento mismo en que usted atrajo nuestra atención sobre este asunto. Observé que nunca ha solicitado la pena de muerte en sus conclusiones al jurado. Observé también que ha hablado a menudo en favor de la abolición de la pena capital y que ha contribuido generosamente al sostenimiento de instituciones investigadoras dedicadas a la neurofisiología criminal. Aparentemente, cree más bien en la cura que en el castigo del crimen. Encontré todo eso muy significativo.

—¿De veras? —Quinn sonrió—. ¿Significativo de un cierto olor a roboticidad, quizá?

—Quizá. ¿Por qué negarlo? Acciones como ésas pueden proceder solamente de un robot, o de un ser humano muy honorable y decente. Pero entiéndalo, no puede usted diferenciar entre un robot y el mejor de los seres humanos.

Quinn se reclinó en su silla. Su voz tembló de impaciencia.

—Doctor Lanning, es perfectamente posible crear a un robot humanoide que duplique perfectamente la apariencia de un ser humano, ¿verdad?

Lanning meditó unos momentos.

—Es algo que se ha hecho experimentalmente en la U. S. Robots —dijo, reluctante—, sin la adición de un cerebro positrónico, por supuesto. Utilizando óvulos humanos y control hormonal, es posible hacer crecer carne humana y piel sobre un esqueleto de plástico de silicona porosa capaz de desafiar cualquier examen externo. Los ojos, el pelo, la piel serían realmente humanos, no humanoides. Y si usted inserta en él un cerebro positrónico, así como todos los demás dispositivos que desee, en su interior, tendrá un robot humanoide.

—¿Cuánto tiempo se tardaría en hacer uno? —preguntó secamente Quinn.

Lanning volvió a pensárselo.

—Si tuviera usted todo el equipo..., el cerebro, el esqueleto, los óvulos, las hormonas adecuadas y las radiaciones..., digamos unos dos meses.

El político se levantó envaradamente de su silla.

—Entonces veremos cuál es el aspecto del interior del señor Byerley. Eso va a crear una cierta publicidad para la U. S. Robots..., pero ya les di su oportunidad.

Lanning se volvió impaciente hacia Susan Calvin, cuando estuvieron solos.

—¿Por qué insiste usted...?

Y, sintiéndolo realmente, ella respondió, rápida y cortante:

—¿Qué es lo que quiere..., la verdad o mi dimisión? No mentiré por usted. La U. S. Robots puede cuidar de sí misma. No se vuelva un cobarde.

—¿Qué ocurrirá si abre a Byerley y empiezan a caer ruedas y engranajes? —preguntó Lanning—. ¿Qué ocurrirá entonces?

—No abrirá a Byerley —dijo Calvin desdeñosamente—. Byerley es, como mínimo, tan listo como Quinn.

La noticia estalló en la ciudad una semana antes de la nominación de

Byerley. Pero «estalló» no es la palabra adecuada. Llegó a la ciudad infiltrándose, arrastrándose. Primero sonaron algunas risas, y la gente no le dio mucha importancia al asunto. Pero a medida que Quinn iba apretando lentamente las clavijas, de una forma muy medida, las risas fueron haciéndose forzadas, y se introdujo un elemento de hueca inseguridad, y la gente empezó a preguntarse.

La convención en sí adoptó el aire de un intranquilo semental. No se había planeado ninguna candidatura alternativa. Hacía tan sólo una semana, nadie pensaba que pudiera haber otra

persona capaz de ser nominada excepto Byerley. Ni siquiera ahora había un sustituto. Tenían que nominarlo a él, pero la confusión en torno al asunto era completa.

La cosa no hubiera sido tan mala si el individuo medio no se hallara desconcertado entre la enormidad de la acusación, si era cierta, y su sensacional insensatez, si era falsa.

Al día siguiente de que Byerley fuera nominado automáticamente, mecánicamente..., un periódico publicó al fin el resumen de una larga entrevista con la doctora Susan Calvin, «experta en robopsicología y positrónica de fama

mundial».

Lo que produjo aquella entrevista puede ser descrito popular y sucintamente como infernal.

Era lo que estaban esperando los fundamentalistas. No eran un partido político; no pretendían ser una religión formal. Esencialmente eran aquellos que no se habían adaptado a lo que en una ocasión había sido llamado la era atómica, en los días en los que el átomo era una novedad. En realidad, eran los defensores de la vida sencilla, que aspiraban a vivir una vida sencilla que aquellos que la habían vivido en su tiempo no la habían considerado

probablemente tan sencilla, pese a ser ellos también practicantes convencidos de la misma.

Los fundamentalistas no necesitaban nuevas razones para detestar a los robots y a los fabricantes de robots; pero una nueva razón como la acusación de Quinn y el análisis de Calvin era suficiente como para hacer que el aborrecimiento se hiciera audible.

Las enormes plantas de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos eran una colmena de guardias armados. Se estaban preparando para la guerra.

En la ciudad, la casa de Stephen

Byerley hormigueaba de policías.

La campaña política, por supuesto, perdió toda otra óptica, y pareció una campaña únicamente en el sentido de que era algo que llenaba el lapso de tiempo entre la nominación y la elección.

Stephen Byerley no permitió que el agitado hombrecillo lo distrajera. Siguió tranquilamente imperturbable ante los uniformes que formaban una especie de telón de fondo. Fuera de la casa, más allá de la hilera de hoscos guardias, periodistas y fotógrafos aguardaban de acuerdo con sus tradiciones de casta. Una animosa cadena de televisión tenía

incluso un scanner enfocado en la vacía entrada de la casa sin pretensiones del fiscal, mientras un locutor sintéticamente excitado llenaba aquel vacío con hinchados comentarios.

El agitado hombrecillo avanzó. Tendió una hoja de papel llena de complicados formulismos.

—Esto, señor Byerley, es una orden del tribunal autorizándome a registrar esta propiedad en busca de la presencia de ilegales..., esto... hombres mecánicos o robots de cualquier clase.

Byerley se levantó a medias, y tomó el papel. Lo miró con indiferencia, y sonrió mientras lo devolvía.

—Todo en orden. Adelante. Haga su trabajo. Señora Hoppen —dijo, dirigiéndose a su ama de llaves, que apareció reluctantemente desde la habitación contigua—, por favor vaya con ellos, y ayúdeles en lo que pueda.

El hombrecillo, cuyo nombre era Harroway, dudó, enrojeció apreciablemente, fracasó estrepitosamente en sostener la mirada de los ojos de Byerley, y murmuró a los dos policías que le acompañaban:

—Vamos.

Volvió al cabo de diez minutos.

—¿Ha terminado? —preguntó Byerley, en el tono de una persona que

no está particularmente interesada ni en la pregunta ni en la respuesta.

Harroway carraspeó, hizo una arrancada en falso en tono de falsete, y empezó de nuevo, irritado:

—Mire, señor Byerley, nuestras instrucciones especiales son de registrar la casa muy a fondo.

—¿Y no lo han hecho?

—Se nos dijo exactamente qué era lo que teníamos que buscar.

—¿Sí?

—En pocas palabras, señor Byerley, y para no andarnos con circunloquios, se nos ha dicho que lo registráramos a usted.

—¿A mí? —preguntó el fiscal con una sonrisa que cada vez era más amplia —. ¿Y cómo pretenden hacerlo?

—Hemos traído con nosotros una unidad de radiaciones Penet...

—¿Entonces su idea es someterme a una sesión de rayos X? ¿Tienen autorización para ello?

—Vio usted mi orden.

—¿Puedo verla de nuevo?

Harroway, con su frente brillando con algo más que entusiasmo, le entregó la orden por segunda vez.

Con voz llana, Byerley dijo:

—Leo aquí como descripción de lo que hay que registrar, cito: «La casa

perteneciente a Stephen Alien Byerley, situada en el 355 de Willow Grove, Evanstron, junto con cualquier garaje, almacén u otras estructuras o edificios a él pertenecientes, junto con todos los terrenos a él pertenecientes...», y así. Completamente en orden. Pero, mi buen amigo, aquí no dice nada acerca de registrar mi interior. Yo no formo parte de mi propiedad. Puede registrar usted mis ropas si cree que llevo un robot escondido en el bolsillo.

Harroway tenía muy claro en su mente a quién debía aquel trabajo. Y no tenía la menor intención de echarse atrás ante aquella oportunidad de conseguir un

puesto superior con una paga mucho más alta.

—Mire —dijo, con el débil eco de una bravata—, tengo autorización para registrar todos los muebles de su casa, y cualquier otra cosa que encuentre en ella. Usted está en ella, ¿no?

—Una notable observación. Estoy en ella. Pero no pertenezco a ella. No soy una pieza de mobiliario. Como ciudadano adultamente responsable, tengo el certificado psiquiátrico que lo prueba, poseo ciertos derechos bajo las leyes regionales. Registrarme a mí representa violar mi derecho a la intimidad. Este documento no es

suficiente.

—Seguro, pero si usted es un robot, no tiene ningún derecho a la intimidad.

—Cierto..., pero este documento sigue sin ser suficiente. Me reconoce implícitamente como un ser humano.

—¿Dónde? —Harroway lo miró fijamente.

—Donde dice: «La casa perteneciente a», y lo que sigue. Un robot no puede tener propiedades. Y puede decirle usted a su empleador, señor Harroway, que si intenta extender un documento similar en el cual no se me reconozca implícitamente como un ser humano, se verá enfrentado

inmediatamente a un requerimiento judicial y una demanda civil, que le obligarán a probar que soy un robot mediante elementos de convicción que posea actualmente, o en caso contrario a pagarme una indemnización astronómica por intentar privarme ilegalmente de mis derechos bajo la ley regional. Le dirá usted todo eso, ¿quiere?

Harroway se dirigió hacia la puerta. Se volvió.

—Es usted un abogado marrullero. —Llevaba la mano en el bolsillo. Por un momento permaneció de pie allí. Luego se alejó, sonrió al scanner de la televisión, que seguía enfocado en la

entrada, saludó con la mano a los periodistas y gritó—: Tendremos algo para vosotros mañana, chicos. Y no estoy bromeando.

En su coche, se reclinó en el asiento, extrajo el pequeño mecanismo de su bolsillo, y lo inspeccionó cuidadosamente. Era la primera vez que tomaba una fotografía por reflexión de rayos X. Esperaba haberlo hecho correctamente.

Quinn y Byerley nunca se habían encontrado solos frente a frente. Pero el visiofono era algo muy parecido a ello. De hecho, aceptada literalmente, quizá la frase fuera acertada, pese a que para

cada uno de ellos el otro no fuera más que la luz emitida por un conjunto de fotocélulas.

Fue Quinn quien inició la llamada. Fue Quinn quien habló primero, y sin ninguna ceremonia particular.

—Tal vez le interese saber, Byerley, que tengo intención de hacer público el hecho de que lleva usted un escudo protector contra las radiaciones Penet.

—¿De veras? En ese caso, permítame decirle que muy probablemente acaba usted de hacerlo público ya. Tengo la noción de que nuestros emprendedores representantes de la prensa tienen interceptadas mis

distintas líneas de comunicación desde hace un cierto tiempo. Sé que tienen las líneas de mi oficina llenas de agujeros; es por eso precisamente por lo que he permanecido la mayor parte del tiempo en mi casa durante las últimas semanas.

Byerley se mostraba amistoso, casi charlatán.

Quinn apretó fuertemente los labios.

—Esta llamada está protegida... absolutamente. La estoy haciendo corriendo un cierto riesgo personal.

—Debería haberlo imaginado. Nadie sabe que es usted quien está detrás de esta campaña. Al menos, nadie lo sabe oficialmente. Aunque nadie no lo

sepa extraoficialmente. No me preocupa. ¿Así que llevo un escudo protector? Supongo que lo descubrió cuando su cachorro del otro día con su máquina fotográfica a radiaciones Penet sólo obtuvo una película velada por sobre exposición.

—¿Se da cuenta, Byerley, de que resultará obvio para todo el mundo que usted no se atreve a enfrentarse a un análisis por rayos X?

—¿Y de que usted, o sus hombres, provocaron una invasión ilegal de mi derecho a la intimidad?

—Y un infierno van a preocuparse por ello.

—Pueden hacerlo. Es algo más bien simbólico de nuestras dos campañas, ¿no cree? A usted le preocupan muy poco los derechos de los ciudadanos individuales. A mí me preocupan mucho. No me someteré a ningún análisis por rayos X, puesto que deseo mantener por principio la inviolabilidad de mis derechos. Del mismo modo que mantendré los derechos de los demás, cuando sea elegido.

—Sin duda su oratoria será fenomenal cuando diga todo eso, pero nadie le va a creer. Suena un poco demasiado ampuloso como para ser cierto. Otra cosa —un repentino y

crispado cambio—: El personal de su casa no estaba completo la otra noche.

—¿En qué sentido?

—Según el informe —hojeó algunos papeles ante él, que apenas eran visibles por la visio-pantalla—, faltaba una persona..., un inválido.

—Como dice usted muy bien —dijo Byerley, atonalmente—, un inválido. Mi viejo maestro, que vive conmigo y que ahora está en el campo..., donde lleva dos meses. Un «imprescindible descanso» es la palabra habitual aplicada a este caso. ¿Tiene su permiso?

—¿Su maestro? ¿Algo parecido a un científico?

—Un abogado en sus tiempos..., antes de quedar inválido. Posee un título gubernamental en investigación biofísica, con un laboratorio propio, y hay una descripción completa del trabajo que está haciendo, debidamente documentado. Se halla a su disposición si le interesa. Es un trabajo sin importancia, pero completamente inofensivo, y un pasatiempo apasionante para un... para un pobre inválido. Entiéndalo, intento ayudar tanto como me es posible.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que sabe ese... maestro... acerca de la fabricación de robots?

—No puedo juzgar la amplitud de sus conocimientos en un campo con el que no estoy familiarizado.

—¿No habrá tenido su amigo acceso a cerebros positrónicos? —Pregúnteselo a sus amigos de la U. S. Robots. Ellos tienen que saberlo.

—Se lo diré francamente, Byerley. Su inválido maestro es el auténtico Stephen Byerley. Usted es el robot que él creó. Podemos probarlo. Fue él quien sufrió el accidente de automóvil, no usted. Habrá formas de comprobar los archivos.

—¿De veras? Hágalo, entonces. Le deseo toda la suerte del mundo.

—Y podemos registrar el «lugar en el campo» de su maestro, y ver lo que podemos encontrar allí.

—Bueno, no lo creo, Quinn. —Byerley sonrió ampliamente—. Por desgracia para usted, mi maestro es un hombre enfermo. Su lugar en el campo es un lugar de descanso. Su derecho a la intimidad como ciudadano adultamente responsable es naturalmente más fuerte aún de lo normal, dadas las circunstancias. No conseguirá usted obtener una orden para entrar en su propiedad sin presentar una causa justa. De todos modos, le garantizo que yo voy a ser el último en impedir que lo intente.

Hubo una pausa de moderada longitud, y luego Quinn se inclinó hacia delante, de tal modo que la imagen de su rostro se expandió y las finas arrugas de su frente se hicieron visibles.

—Byerley, ¿por qué sigue usted adelante? No puede resultar elegido.

—¿No puedo?

—¿Cree usted que puede? ¿Supone que el hecho de que no haga ningún intento por demostrar la falsedad de la acusación de ser un robot, cuando podría hacerlo fácilmente, sólo con quebrantar una de las tres leyes, consigue algo excepto convencer a la gente de que es usted un robot?

—Hasta el momento, todo lo que veo es que de ser un vagamente conocido pero aún oscuro abogado metropolitano, me he convertido ahora en una figura mundial. Es usted un buen publicista.

—Pero usted es un robot.

—Eso es lo que dicen, pero nadie lo ha probado.

—Ha quedado suficientemente probado para el electorado.

—Entonces relájese..., ha vencido usted.

—Adiós —dijo Quinn, con su primer toque de perversidad, y la pantalla del visiofono se apagó.

—Adiós —dijo imperturbable Byerley a la vacía pantalla.

Byerley trajo a su «maestro» de vuelta la semana antes de las elecciones. El aero-coche descendió rápidamente en una parte inconcreta de la ciudad.

—Te quedarás aquí hasta después de las elecciones —le dijo Byerley—. Será mejor que te mantengas apartado de la circulación por si las cosas van mal.

La ronca voz que brotó dolorosamente de la retorcida boca de John parecía tener acentos preocupados.

—¿Hay peligro de violencia?

—Los fundamentalistas amenazan

con ello, así que supongo que lo hay, en un sentido teórico. Pero realmente no lo espero. Los Fundy no tienen auténtico poder. Son simplemente el eterno factor irritante que puede llegar a provocar un tumulto al cabo de un cierto tiempo. ¿No te importa quedarte aquí? Por favor. No seré yo mismo si tengo que preocuparme por ti.

—Oh, me quedaré. ¿Sigues pensando que todo va a ir bien?

—Estoy seguro de ello. ¿Nadie te molestó allí arriba?

—Nadie. Estoy seguro.

—¿Y por tu parte todo fue bien?

—Perfectamente. No habrá ningún

problema en ese sentido.

—Entonces cuídate, y mira la televisión mañana, John.

Byerley le dio un fuerte apretón a la retorcida mano que se apoyaba en la suya.

La frente de Lenton era un ceñudo bosquejo de arrugas en suspenso. Desempeñaba el poco envidiable trabajo de director de la campaña de Byerley en una campaña que no era una campaña, para una persona que se negaba a revelar su estrategia y se negaba a aceptar la estrategia de su director de campaña.

—¡No puedes hacerlo! —era su

frase favorita. Había llegado a convertirse en su última frase—. ¡Te lo digo, Steve, no puedes hacerlo!

Se detuvo delante del fiscal, que pasaba el rato hojeando las páginas mecanografiadas de su discurso.

—Deja eso, Steve. Mira, esa multitud ha estado organizada por los Fundy. No van a escucharte. Lo más probable es que seas lapidado. ¿Por qué tienes que hacer un discurso delante de un público? ¿Qué hay de malo en una grabación, una simple grabación visual?

—Tú quieres que gane las elecciones, ¿verdad? —preguntó suavemente Byerley.

—¡Ganar las elecciones! No las vas a ganar, Steve. Todo lo que estoy haciendo es intentar salvar tu vida.

—Oh, no corro ningún peligro.

—No corres ningún peligro. No corres ningún peligro. —Lenton emitió un extraño sonido raspante en su garganta—. ¿Quieres decir que vas a salir realmente a ese balcón frente a cincuenta mil locos idiotas con la intención de meter un poco de buen sentido en sus cabezotas..., desde un balcón, como un dictador medieval?

Byerley consultó su reloj.

—Dentro de cinco minutos..., tan pronto como las líneas de televisión

estén libres.

La observación que profirió Lenton como respuesta es absolutamente irreproducible. La multitud llenaba una amplia zona despejada de la ciudad. Árboles y casas parecían brotar de los cimientos mismos de la masa humana. Y a través de las ultra ondas, el resto del mundo observaba. Eran unas elecciones puramente locales, pero de todos modos la audiencia era mundial. Byerley pensó en aquello, y sonrió.

Pero no había nada de qué sonreír en la propia multitud. Había banderas y pancartas, relativas a todos los aspectos posibles de su supuesta roboticidad. La

actitud hostil iba ascendiendo lenta y tangiblemente en la atmósfera.

Desde un principio el discurso fue un fracaso. Competía con los rudimentarios gritos de la multitud y las rítmicas consignas de los Fundy que formaban islas de multitud dentro de la multitud. Byerley habló lentamente, fríamente...

En el interior, Lenton se tiraba del pelo y gruñía..., y aguardaba la aparición de la sangre.

Hubo una agitación en las primeras filas. Un ciudadano de rostro anguloso y protuberantes ojos, con ropas demasiado cortas para la longitud de sus miembros,

estaba abriéndose paso por entre los demás. Un policía fue tras él, abriéndose paso lentamente, como pudo. Byerley le hizo un gesto de que lo dejara, furioso.

El delgado hombre estaba ahora directamente debajo del balcón. Sus palabras ascendieron por encima del rugir general.

Byerley se inclinó hacia delante.

—¿Qué es lo que dices? Si tienes alguna pregunta legítima que hacer, la contestaré. —Se volvió hacia uno de los guardias que permanecían a su lado—. Háganlo subir aquí.

Hubo una repentina tensión en la multitud. Gritos de «Silencio» brotaron

desde varios lados, y se convirtieron en un griterío generalizado, luego fueron descendiendo poco a poco. El delgado hombre, jadeante y enrojecido, se enfrentó a Byerley.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer?—dijo Byerley.

El delgado hombre se lo quedó mirando, y dijo con voz ronca:

—¡Pégame!

Con una brusca energía, adelantó la barbilla, aguardando el golpe.

—¡Vamos, pégame! Dices que no eres un robot. Pruébalo. No puedes golpear a un ser humano, monstruo.

Hubo un repentino, absoluto, mortal

silencio. La voz de Byerley lo puntuó.

—No tengo ninguna razón para pegarte.

El delgado hombre se echó a reír estentóreamente.

—No puedes pegarme. No vas a pegarme. No eres humano. Eres un monstruo, un producto fabricado por el hombre.

Y Stephen Byerley, apretando fuertemente los labios, delante de miles de personas que lo contemplaban directamente y millones que lo observaban a través de las pantallas, lanzó hacia delante su puño con un fuerte impulso y alcanzó sonoramente al

hombre en la mandíbula. El hombre que lo había desafiado retrocedió y se derrumbó bruscamente, sin ninguna otra expresión en su rostro más que una absoluta, absoluta sorpresa.

—Lo siento —dijo Byerley—. Llévenselo y vean que sea bien atendido. Quiero hablar con él cuando haya terminado.

Y cuando la doctora Calvin, desde su espacio reservado, volvió a su automóvil y se dispuso a marcharse, solamente un periodista se había recuperado lo suficiente de la impresión como para correr tras ella, y gritarle una pregunta que nadie oyó.

Susan Calvin respondió por encima de su hombro:

—Es humano.

Aquello era suficiente. El periodista echó a correr en su propia dirección.

El resto del discurso pudo describirse como «pronunciado, pero no oído».

La doctora Calvin y Stephen Byerley se encontraron de nuevo... una semana después de que prestara juramento en la toma de posesión de su cargo de alcalde. Era tarde..., pasada la medianoche.

—No parece usted cansado —dijo la doctora Calvin.

El recién elegido alcalde sonrió.

—Puedo resistir bastante sin dormir. No se lo diga a Quinn.

—No lo haré. Pero, ya que usted lo ha mencionado, debo reconocer que la historia de Quinn era interesante. Es una pena haberla desperdiciado. Supongo que sabe usted cuál era su teoría.

—Parte de ella.

—Era altamente dramática. Stephen Byerley era un joven abogado, un magnífico orador, un gran idealista..., y con un cierto interés hacia la biofísica. ¿Está usted interesado en la robótica, señor Byerley?

—Sólo en sus aspectos legales.

—Aquel Stephen Byerley sí lo estaba. Pero se produjo un accidente. La esposa de Byerley murió; él mismo sufrió algo peor que la muerte. Perdió sus piernas; perdió su rostro; perdió su voz. Parte de su mente resultó... alterada. No quiso someterse a la cirugía plástica. Se retiró del mundo, renunciando a su carrera legal... Sólo le quedaron su inteligencia, y sus manos. De alguna forma logró obtener algunos cerebros positrónicos, incluso uno realmente complejo, uno que poseía la gran capacidad de formar juicios sobre problemas éticos..., lo cual es la función robótica más alta desarrollada hasta el

presente.

»Hizo crecer un cuerpo en torno a él. Lo adiestró para que fuera todo lo que él hubiera debido ser y ya no era. Lo envió al mundo como Stephen Byerley, mientras él se quedaba detrás como el viejo e inválido maestro que nadie veía nunca...

—Desgraciadamente —dijo el recién elegido alcalde—, yo arruiné toda esa historia golpeando a un hombre. Los periódicos dijeron que su veredicto oficial en aquella ocasión fue que yo era humano.

—¿Cómo ocurrió todo aquello? ¿No le importaría decírmelo? No pudo

tratarse de algo accidental.

—No lo fue enteramente. Quinn hizo la mayor parte del trabajo. Mis hombres empezaron a difundir lentamente el hecho de que yo nunca había golpeado a un hombre; que era incapaz de golpear a un hombre; que si no lo hacía bajo una abierta provocación, aquello sería una prueba segura de que era un robot. De modo que arreglé las cosas para pronunciar un discurso cualquiera en público, con todo tipo de publicidad por todas partes, y casi inevitablemente, un estúpido picó el anzuelo. En esencia, fue lo que yo llamaría un truco de leguleyo. Uno en el cual la atmósfera artificial que

ha sido creada hace todo el trabajo. Por supuesto, los efectos emocionales hicieron que mi elección resultara inevitable, como yo pretendía.

La robopsicóloga asintió.

—Veo que se inmiscuye usted en mi campo..., como todo político que se precie, supongo. Pero lamento enormemente que las cosas terminaran como han terminado. ¿Sabe?, me gustan los robots. Me gustan considerablemente más que los seres humanos. Si pudiera ser creado un robot capaz de convertirse en un ejecutivo civil, creo que lo haría insuperablemente bien. Gracias a las leyes de la robótica, sería incapaz de

hacer daño a ningún ser humano, incapaz de ninguna tiranía, de corrupción, de estupidez, de prejuicios. Y después de haber servido durante un decente período de tiempo, podría retirarse, aunque fuera inmortal, porque le resultaría imposible hacer daño a los seres humanos haciéndoles saber que habían sido gobernados por un robot. Sería ideal.

—Excepto que un robot podría fallar, debido a las insuficiencias inherentes de su cerebro. El cerebro positrónico nunca ha igualado las complejidades del cerebro humano.

—Tendría consejeros. Ni siquiera un

cerebro humano es capaz de gobernar sin ayuda.

Byerley observó a Susan Calvin con un grave interés.

—¿Por qué sonríe usted, doctora Calvin?

—Sonrío porque el señor Quinn no pensó en todo.

—¿Quiere decir que hay algo más en esa historia suya?

—Sólo un poco. Durante los tres meses anteriores a la elección, ese Stephen Byerley del que hablaba el señor Quinn, ese hombre inválido, permaneció aislado en el campo por alguna misteriosa razón. Regresó a

tiempo para ese famoso discurso suyo. Y, después de todo, lo que el viejo inválido hizo una vez, podía "volver a hacerlo una segunda vez, particularmente teniendo en cuenta que el segundo trabajo sería mucho más sencillo en comparación con el primero.

—No comprendo en absoluto.

La doctora Calvin se levantó y alisó su vestido. Obviamente se preparaba para marcharse.

—Quiero decir que hay una circunstancia en la cual un robot puede golpear a un ser humano sin infringir la Primera Ley. Solamente una circunstancia.

—¿Y cuál es?

La doctora Calvin estaba en la puerta. Dijo suavemente:

—Cuando el ser humano que debe ser golpeado es simplemente otro robot.

Sonrió ampliamente, y su delgado rostro resplandeció.

—Adiós, señor Byerley. Espero votar por usted dentro de cinco años... para el cargo de coordinador.

Stephen Byerley dejó escapar una risita.

—Debo responderle que esa es una idea un tanto improbable.

La puerta se cerró tras la mujer.

El conflicto evitable

El Organizador tenía en su estudio privado una curiosidad medieval, una chimenea. Desde luego, el hombre medieval seguramente no la hubiera reconocido, ya que no tenía un significado funcional. La inmóvil y ondulante llama se encontraba aislada en un recinto, detrás de un transparente cuarzo.

Los troncos de leña se quemaban a larga distancia mediante una ligera desviación de los rayos de energía que alimentaban los edificios públicos de la ciudad. El mismo botón que prendía

fuego a los troncos vaciaba primero las cenizas de los anteriores y permitía la entrada de la nueva leña. Era una chimenea perfectamente domesticada, como puede verse.

Pero el fuego era real. Podía oírsele crujir y se veía cómo las llamas lamían el alambre bajo la corriente de aire que lo alimentaba.

El enrojecido vaso del Ordenador reflejaba en miniatura las discretas cabriolas de las llamas, y, en más miniatura aún, también sus reflexivas pupilas.

Y las reflexivas pupilas de su huésped, la doctora Susan Calvin, de la

U.S. Robots - Mechanical Men Corporation.

—No la he convocado a usted aquí, doctora Calvin, únicamente por razones sociales.

—No lo he pensado nunca, Stephen. Y no obstante, no sé cómo exponerle el problema. Por una parte, puede no tener importancia, por otra, puede ser el fin de la Humanidad.

—Me he encontrado con muchos problemas que ofrecían el mismo dilema, Stephen. Creo que todos los problemas son así.

—¿De veras?... Entonces, a ver qué le parece éste. La producción mundial

de acero tiene un excedente de veinte mil toneladas o más. El Canal de Méjico hubiera debido estar terminado hace dos meses. Las minas de Almadén han experimentado una baja de producción desde la última primavera, mientras las compañías hidráulicas de Tientsin están despidiendo gente. Éstos son los hechos que se me acuden de momento. Pero hay más.

—¿Son puntos graves? No soy lo suficientemente economista para juzgar sobre las terribles consecuencias de todo esto.

—En sí mismos, no. Se podrían mandar técnicos en mineralogía si la

situación de Almadén empeorara. Si hay demasiados ingenieros hidráulicos en Tientsin, pueden ser enviados a Java o Ceilán. Veinte mil toneladas de acero no cubrirán más allá de algunos días de demanda mundial, los dos meses de retraso y la apertura del Canal de Méjico es de escasa importancia. Son las Máquinas lo que me preocupa; he hablado ya de ellas con su Doctor de Investigaciones.

—¿Con Vicent Silver? No me ha dicho nada de todo esto...

—Le pedí que no hablase con nadie. Por lo visto me ha obedecido.

—¿Y qué le dijo?

—Vamos a proceder por orden. Quiero hablar de las Máquinas primero. Y quiero hablar de ellas con usted porque es usted la única en el mundo que entiende lo suficiente en robots para ayudarme. ¿Puedo sentirme filosofo?

—Por esta tarde, Stephen, puede usted sentirse lo que quiera y como quiera, con tal de que me diga usted primero qué pretende demostrar.

—Que este pequeño desequilibrio en la perfección de nuestro sistema de oferta y demanda, tal como lo he mencionado, puede ser el primer paso hacia la guerra final.

—!Humm¡... Siga.

Susan no se permitió arrellanarse en su sillón, a pesar de lo cómodo que era. La frialdad en su mirada, de sus labios y de su rostro se había acentuado con los años. Y a pesar de que Stephen Byerley era un hombre en quien podía confiar enteramente, tenía casi setenta años y los hábitos de una vida no se olvidan tan fácilmente.

—Cada período del desarrollo humano, Susan, tiene su tipo particular de conflicto, sus problemas distintos que, aparentemente sólo pueden resolverse por la fuerza. Y jamás, por decepcionante que esto sea, la fuerza resuelve el problema. En su lugar, éste

persiste a través de una serie de conflictos y se desvanece por sí solo..., ¿cómo dice la frase?..., no con un estallido, sino con su susurro, a medida que el ambiente económico y social cambia. Y entonces, nuevo problema y nueva serie de guerras. Un ciclo, al parecer, sin fin.

»Consideremos los tiempos relativamente modernos. Hubo las guerras dinásticas de los siglos dieciséis y diecisiete, cuando los problemas más importantes de Europa eran si los Habsburgo, los Valois o los Borbones tenían que gobernar el continente. Era uno de estos conflictos inevitables,

porque Europa no podía evidentemente existir en dos.

»Salvo que fue así, y ninguna guerra barrió a unos para establecer a los otros, hasta que se creó una nueva atmósfera social en Francia en 1789, al derrocar a los Borbones primero y después a los Habsburgo, arrastrándolos en la polvorienta caída al incinerador histórico.

»Y durante aquellos siglos hubo también las bárbaras guerras de religión, que resolvieron la importante cuestión de si Europa tenía que ser católica o protestante. Mitad y mitad no podía ser. Era "inevitable" que la espada

decidiese. Salvo que no decidió. En Inglaterra iba creciendo un nuevo industrialismo y en el Continente un nuevo nacionalismo. Europa sigue siendo mitad y mitad y a nadie le preocupa esto mucho.

»Durante los siglo diecinueve y veinte hubo un ciclo de guerras nacional-imperialistas, cuando el problema más importante del mundo era saber qué porciones de Europa controlarían los recursos económicos y la capacidad de consumo de otras porciones no-europeas. Las regiones no-europeas no podían, por lo visto, existir siendo en parte inglesas, en parte

francesas, en parte alemanas y así sucesivamente. Hasta que las fuerzas del nacionalismo se extendieron lo suficiente y la no-Europa terminó lo que las guerras no habían conseguido terminar, y decidió que podía perfectamente subsistir íntegramente no-europeas.

»Y así tenemos una estructura...

—Sí, Stephen, lo explica muy claro —dijo Susan Calvin—. No son observaciones muy profundas.

—No, pero lo evidente es en muchos casos lo más difícil de ver. La gente dice, "es tan claro como mi nariz", pero, ¿qué porción de nuestra nariz podemos

ver, a menos que nos den un espejo? Durante el siglo veinte, Susan comenzamos un nuevo ciclo de guerras..., ¿cómo las llamaremos¿ ¿Guerras ideológicas? ¿Las emociones de la religión aplicadas a los sistemas económicos, en lugar de los extranaturales? De nuevo las guerras eran "inevitables" y entonces se disponía de armas atómicas, de manera que la humanidad no podía vivir ya por más tiempo en el tormento del inevitable derroche de la inevitabilidad. Y vinieron los robot positónicos....

»Vinieron a tiempo, y con ellos el viaje interplanetario. De manera que ya

no pareció tan importante que el mundo fuese Adam Smith o Karl Marx. Ninguno de lo dos tenía gran influencia en las nuevas circunstancias. Ambos tenían que adaptarse y terminaron casi en el mismo lugar.

—Un "Deus ex machina", entonces, en doble sentido —dijo Susan Calvin

—No le había oído nunca hacer juegos de palabras, Susan, pero es exacto. Y no obstante, había otro peligro. El final de un problema no había hecho más que dar nacimiento a otro. Nuestro nuevo mundo universal de economía robótica puede plantear un nuevo problema, y por esta razón

tenemos las máquinas. La economía mundial es estable, y permanecerá estable, porque está basada en las decisiones de las máquinas calculadoras, que llevan el bien de la Humanidad en su corazón a través de la avasalladora fuerza de la Primera Ley robótica.

»Y aunque las Máquinas no son sino el más vasto conglomerado de circuitos calculadores jamás inventado —prosiguió Stephen Byerley—, siguen siendo robots en el sentido de la Primera Ley, y así nuestra economía terrestre está de acuerdo con los mejores intereses del hombre. La

población de la Tierra sabe que no habrá paro obrero, ni superproducción ni falta de producción. Destrucción y hambre son palabras de los libros de historia. Y así, la cuestión de la propiedad de los medios de producción es un problema anticuado. Quienquiera que los poseyese (si es que esta frase tiene algún sentido), un hombre, un grupo, una nación, o toda la Humanidad, sólo podrían utilizarse como las M quinas dicten. No porque los hombres viniesen obligado a ello, sino porque sería el camino más corto y lo saben. Esto pone fin a las guerras..., no sólo al último ciclo de guerras, sino al próximo

y a todos ellos. A menos que...

Hubo una pausa y Susan lo alentó a proseguir repitiendo...

—¿A menos qué...?

El fuego fue extinguiéndose en un tronco de leña y se apagó.

—A menos —dijo el Ordenador— que las Máquinas no cumplan con su función.

—Comprendo. Y aquí es donde aparecen estos pequeños desequilibrios que ha mencionado usted hace un momento..., el acero, las instalaciones hidráulicas, etc.

—Exacto. Estos errores no deberían existir. El doctor Silver me ha dicho que

no "podían" ser.

—¿Niega los hechos? !Qué extraño!

—No, admite los hechos, desde luego. Soy injusto con él. Lo que niega es que ningún error en la máquina sea responsable de los llamados (es su frase) "errores en las respuestas". Pretende que las máquinas se corrigen por sí mismas y que sería violar las leyes fundamentales de la naturaleza que existiese un error en los círculos de conexión. Y así, le dije...

—Y así, le dijo: "Que sus hombres lo comprueben y se aseguren de ello, de todos modos...".

—Susan, lee usted mi pensamiento.

Esto fue lo que dije y me contestó que no podía.

—¿Demasiado ocupado?

—No, dijo que ningún ser humando podía. Lo dijo francamente. Me dijo, y espero haberlo comprendido debidamente, que las M quinas son una gigantesca extrapolación... Un equipo de matemáticos trabaja varios años calculando un cerebro positónico equipado para realizar ciertos actos similares de cálculo. Utilizando este cerebro hacen nuevos cálculos para crear un nuevo cerebro más complicado aún, y así sucesivamente. Según Silver, lo que llamamos Máquinas son el

resultado de diez de estos progresos.

—Sí..., me parece claro. Afortunadamente, no soy matemática. !Pobre Vicent¡... Es muy joven. Los directores que le precedieron, Alfred Lanning y Peter Bogert, han muerto y no tenían estos problemas. Ni yo tampoco. Quizá todos los técnicos en robótica moriremos ahora, puesto que no podemos comprender nuestras propias creaciones.

—Aparentemente, no. Las Máquinas no son supercerebros, en el sentido de los suplementos periodísticos de los domingos, pese a que nos los describen así. Es meramente que en la actividad

consistente en reunir y analizar un número casi infinito de datos y sus relaciones en un espacio de tiempo casi infinitesimal, han progresado hasta más allá de la posibilidad de un control humano detallado.

»Y entonces intenté otra cosa. Le pregunté a la Máquina. En el más estricto secreto alimenté la máquina con los datos originales relacionados con la producción del acero, su propia respuesta y su actual desarrollo desde entonces..., es decir, la superproducción, y le pedí una explicación de la discrepancia.

—Bien, ¿y Cuál fue la respuesta?

—Puedo citársela a usted palabra por palabra: "El asunto no admite explicación".

—¿Y cómo interpretó Vicent esto?

—De dos formas. O no le habíamos dado a la Máquina datos suficientes para permitirle contestar exactamente, lo cual no es probable, el doctor Silver está de acuerdo con ello, o bien a la Máquina le es imposible reconocer que puede dar una respuesta a unos datos que implican un posible daño a un ser humano. Esto, desde luego, es una consecuencia de la Primera Ley. Y entonces el doctor Silver me recomendó que la viese a usted.

Susan Calvin parecía muy cansada.

—Soy ya vieja, Stephen. Cuando murió Peter Bogert quisieron hacerme directora de investigaciones y rehusé. Entonces ya no era joven y no quise asumir responsabilidad. Nombraron a Silver y esto me satisfacía; pero de qué habrá valido, si me meten en estos líos...

»Stephen, déjeme que le exponga mi situación. Mis investigaciones incluyen desde luego la interpretación de la conducta del robot bajo el aspecto de las Tres Leyes robóticas. Aquí, sin embargo, tenemos unas máquinas calculadoras increíbles. Son cerebros positónicos y por consiguiente obedecen las Tres Leyes. Pero carecen de

personalidad; es decir, sus funciones son sumamente limitadas... Tiene que ser así, puesto que están especializadas en este sentido. Por consiguiente, hay muy poco margen para la reacción a las Leyes, y mi método de ataque es virtualmente inútil. En una palabra, no creo poderlo ayudar, Stephen.

El Ordenador se echó a reír.

—A pesar de todo déjeme que le diga el resto. Déjeme que le explique "mis" teorías, y quizá entonces pueda usted decirme si son posibles a la luz de la robopsicología.

—Con mucho gusto. Siga adelante.

—Bien; puesto que las máquinas dan

una respuesta errónea, partiendo de la base de que no pueden cometer error, sólo existe una posibilidad. !"Se les dieron unos datos erróneos"¡ En otras palabras, la perturbación es humana, no robótica. Así es que, al efectuar mi reciente gira de inspección interplanetaria...

—¿De la que acaba usted de regresar a Nueva York?

—Sí; era necesario, comprenda, puesto que hay cuatro Máquinas, cada una de las cuales controla una región Planetaria. !"Y las cuatro están dando resultados imperfectos"!

—!Oh, esto es natural, Stephen! Si

una de las Máquinas es imperfecta, tiene que reflejar automáticamente en el resultado de las otras tres, puesto que cada una de ellas asumirá su parte de los datos sobre los cuales basan sus decisiones, la perfección de la cuarta imperfecta. Con una falsa suposición, tienen que dar falsas respuestas.

—¡Eh, eh!... Eso me parece. Ahora bien, aquí tengo el resultado de mis conversaciones con cada uno de los cuatro Viceordenadores regionales. ¿Quiere usted que los estudiemos juntos? !Ah¡... Primero, ¿ha oído usted hablar de la "Sociedad Humanitaria”?

—¿Eh?... Sí. Son una consecuencia

de los Fundamentalistas, que impidieron a la U.S. Robots emplear cerebros positónicos por el principio de competencia obrera desleal y todo lo demás. La "Sociedad Humanitaria" es antimáquinas, ¿verdad?

—Sí, pero... En fin, ya verá. ¿Empezamos? ¿Empezaremos por la Región Oriental?

—Como usted diga...

Región Oriental: a) Superficie: 23.500.000 kilómetros cuadrados.

b) Población: 1.700.000.000 de habitantes.

c) Capital: Shanghai.

El bisabuelo de Ching Hso-lin murió durante la invasión japonesa de la vieja República de China y no hubo nadie, aparte sus desconsolados hijos, para llorar su pérdida y ni siquiera saber qué se había perdido.

El abuelo de Ching Hso-lin sobrevivió a la guerra civil, pero no había nadie más que su abnegado hijo para saberlo o importarle.

Y no obstante, Ching Hso-lin era el Viceordenador Regional, con el bienestar económico de la mitad de la población de la Tierra a su cuidado.

Quizá era con esto en la cabeza que

Ching tenía dos mapas como único adorno permanente en las paredes de su despacho. Uno de ellos era un viejo mapa chino que abarcaba una superficie de un acre o dos y ostentaba todavía los anticuados caracteres pictográficos de la vieja China. Un arroyo cruzaba por entre los dibujos borrosos y en el borde del mapa se veían algunas cabañas, en una de las cuales había nacido el abuelo de Ching.

El otro mapa era de grandes dimensiones, finamente delineado, con todas las indicaciones en netos caracteres cirílicos. La roja frontera que delimitaba las Regiones Orientales

comprendía dentro de sus vastos confines todo lo que un día había sido China, India, Birmania, Indochina e Indonesia. En el mapa, en el interior de la provincia de Sechuán, diminuta y tenue hasta el punto que nadie podía verla, había una señal que indicaba el lugar donde estaba situada la atávica granja de los Ching.

Ching estaba de pie delante de estos dos mapas, mientras hablaba con Stephen Byerley en correcto inglés.

—Nadie sabe mejor que tú, mister Ordenador, que mi cargo, bajo muchos conceptos, es una prebenda. Da una cierta categoría social, y represento el

punto focal de la administración, pero para todo lo demás..., ¡hay la Máquina! La Máquina hace todo el trabajo. ¿Qué te parecen, por ejemplo, las obras hidráulicas de Tientsin?

—¡Tremendas! —dijo Byerley.

—Son sólo una de ellas y no las mayores. Están extensamente espaciadas por Shangai, Calcuta, Bangkok..., y solucionan la alimentación de los mil setecientos millones de habitantes del Oriente.

—Y sin embargo —respondió Byerley—, tenéis un problema de paro en Tientsin. ¿Hay acaso una superproducción? Es inconcebible que

Asia sufra de un exceso de comida.

Los ojos de Ching se entornaron hasta ser casi invisible.

—No. No hemos llegado a esto, todavía. Es cierto que durante estos últimos meses se han cerrado varias albercas en Tientsin, pero la situación no es grave. Los hombres han sido despedidos sólo temporalmente y los que no les importa trabajar en otros campos han sido embarcados por Colombo, en Ceilán, donde se está implantando una nueva organización.

—¿Y por qué tienen que cerrarse las albercas?

—Veo que no entiendes gran cosa en

hidráulica —dijo Ching, sonriendo gentilmente—. Bien, no me sorprende. Tú eres del Norte y allí el cultivo del suelo rinde todavía grandes provechos. En el Norte es elegante considerar la hidráulica, cuando se considera algo, como un sistema de cultivar tulipanes en una solución química, de una manera infinitamente complicada.

»En primer lugar, la cosecha más considerable que tenemos desde hace mucho tiempo (y el porcentaje sigue creciendo) es el lúpulo. Tenemos más de dos mil parcelas de lúpulo en producción y mensualmente aumentan. Los abonos químicos básicos de las

diferentes clases de lúpulo son nitratos y fosfatos entre los inorgánicos, con las proporciones debidas de metal, añadidos a las partes fraccionales por millón de boro y molibdeno requerido.

»La materia orgánica es principalmente mixturas de azúcar derivadas de la hidrólisis de la celulosa, pero, además, hay varios factores alimenticios que deben añadirse.

»Para una industria hidráulica floreciente que pueda alimentar a setecientos millones de hombres, tenemos que emprender un inmenso programa de repoblación forestal por todo el Este; tenemos que poseer vastos

talleres de conversión maderera para competir con las selvas meridionales, y acero, y sintéticos químicos por encima de todo.

—¿Para qué, esto último?

—Porque, mister Byerley, estos campos de lúpulo tienen cada uno de ellos sus propiedades particulares. Hemos dado desarrollo, como he dicho, a dos mil parcelas. El bistec que has creído comer hoy era lúpulo. Las frutas congeladas que has tomado de postre era lúpulo helado. Hemos extraído jugo de lúpulo con el sabor, aspecto y valor alimenticio de la leche.

»Es el sabor, más que nada,

comprende, lo que presta su atractivo a la alimentación a base de lúpulo, y en busca de este sabor hemos instalado parcelas artificiales fertilizadas que no pueden mantenerse por más tiempo con una dieta básica de sal y azúcar. Una necesita biotina; otra, ácido pteroiglutámico; otras aun, diferentes ácidos amínicos, así como todas las vitaminas B menos una (y aun así es popular y no podemos, con un poco de sentido económico, abandonarlo).

—¿Con qué propósito me dices todo esto?

—Me has preguntado, mister, por qué los hombres están sin trabajo en

Tientsin. Tengo algo más que explicarte. No es sólo que necesitemos estos variados y diversos abonos para nuestro lúpulo; pero subsiste el complicado factor del capricho popular, que pasa con el tiempo; y la posibilidad del desarrollo de nuevas parcelas con nuevas necesidades y nueva popularidad. Todo esto tiene que ser previsto, y la Máquina hace el trabajo...

—Pero no perfectamente.

—No muy imperfectamente, en vista de las complicaciones que he mencionado. Bien, entonces, algunos miles de obreros en Tientsin están sin trabajo temporalmente. Pero, considera

esto: la cantidad de pérdidas sufridas durante estos últimos años (pérdidas en términos de defectuosa producción o de defectuosa demanda) no asciende a una décima del uno por ciento de nuestra producción normal. Considero que...

—Y no obstante, durante los primeros años de la Máquina, la cifra era cerca de una milésima del uno por ciento.

—Sí, pero durante el decenio último en que la Máquina empezó sus operaciones con verdadero ímpetu, hemos aumentado nuestra industria de lúpulo, con respecto a la época premáquina, unas veinte veces. Es de

esperar que las imperfecciones aumenten con las complicaciones, si bien...

—¿Si bien...?

—Hubo el curioso ejemplo de Rama Vrasayana.

—¿Qué le ocurrió?

—Vrasayana estaba encargado del taller de evaporación de la salmuera para la producción de yodo, sin el cual el lúpulo puede vivir, pero los seres humanos, no. Se vio obligado a sindicar su taller.

—¿De veras? ¿Y a causa de qué?

—Competencia, créelo o no. En general, una de las principales funciones

de los análisis de la Máquina es indicar la distribución más eficiente de nuestras unidades productivas. Es visiblemente un error tener regiones insuficientemente surtidas de manera que los gastos de transporte importan un porcentaje considerable del gasto total. De manera similar, es un error tener un área demasiado servida, de forma que las factorías tienen que funcionar con capacidades más bajas o bien competir perjudicialmente unas con otras. En el caso de Vrasayna, se estableció otro taller en la misma ciudad y con un sistema de extracción más eficiente.

—¿Y la Máquina lo permitió?

—¡Oh, sin duda! No es sorprendente. El nuevo sistema se está extendiendo considerablemente. La sorpresa fue que la Máquina omitió avisar a Vrasayna que renovase o cambiase... Sin embargo, no importa. Vrasayana aceptó un cargo de ingeniero en un nuevo taller, y si su responsabilidad y sueldo son ahora menores, por lo menos no sufre. Los obreros encontraron fácilmente trabajo; el antiguo taller fue convertido en... no sé qué. Algo útil. Lo confiamos todo a la Máquina.

—¿Y por otra parte no tienes quejas?

—Ninguna.

La Región Tropical: a) Superficie: 35.000.000 de kilómetros cuadrados.

b) Población: 500.000.000 de habitantes.

c) Capital: Capital City.

El mapa del despacho de Ngoma estaba muy lejos de tener la neta precisión del de los dominios de Ching en Shangai. Los límites de las fronteras de la Región Tropical de Ngoma estaban punteados de oscuro y se extendían hacia un bello interior llamado "selva" y "desierto", y "Aquí hay elefantes y Toda

Clase de Extrañas Bestias".

Había mucho que recorrer, porque en tierras, la Región Tropical abarcaba más de dos continentes; toda América del Sur, norte de Argentina, y toda África al sur del Atlas. Incluía también América del Norte al sur de Río Grande e incluso Arabia, e Irán en Asia. Era el reverso de la Región Oriental. Donde el hormiguero humano del Oriente se apretujaba en un 15% de la Tierra, los Trópicos desparramaban un 15% de Humanidad sobre casi la mitad de la extensión del globo.

A Ngoma, Stephen Byerley le produjo la impresión de uno de aquellos

inmigrantes de rostro pálido que van en busca de la obra creadora en el ambiente suave necesario para el hombre, y sintió una cierta dosis del automático desprecio del hombre fuerte nacido en el duro Trópico por el infortunado oriundo de más pálidos soles.

Los Trópicos tenían la ciudad más nueva del mundo y en su sublime confianza juvenil recibía únicamente el nombre de "Capital City". Se extendía espléndida por las fértiles tierras altas de Nigeria, y al pie de las ventanas de Ngoma, más abajo, había vida y color, un sol ardiente y frecuentes chaparrones.

El gorjeo de los pájaros multicolores era estridente y las estrellas parecían puntas de agujas brillantes en la noche oscura.

Ngoma se echó a reír. Era un hombre bello, muy negro, alto y de facciones enérgicas.

—Desde luego —dijo en un inglés bastante correcto, dando la sensación de hablar con la boca llena—, el Canal de Méjico va atrasado. ¡Qué diablos! ¡Un día u otro se terminará de todos modos, hombre!

—Todo iba bien hasta hace medio año.

Ngoma dirigió una atenta mirada a

Byerley y sacando un cigarro del bolsillo mordió una punta, la escupió y encendió la otra.

—¿Es esto una investigación oficial, Byerley? ¿De qué se trata?

—Nada. Nada absolutamente. Entra dentro de mis funciones de Ordenador el ser curioso.

—Bien, si es sólo que te aburres y quieres pasar un rato..., la verdad es que andamos siempre cortos de mano de obra. Hay muchos trabajos en curso en los Trópicos. El Canal es uno de ellos...

—Pero ¿no ha predicho la Máquina la cantidad de mano de obra disponible para el Canal..., sin contar todos los

demás proyectos en curso? Ngoma se puso una mano en la nuca y echó al aire unos círculos de humo azul.

—Era un poco deficiente.

—¿Es a menudo deficiente?

—No más de lo que es de esperar. No esperamos gran cosa de ella, Byerley. Le suministramos los datos. Tomamos los resultados. Hacemos lo que dice. Pero es sólo un expediente, un instrumento para economizar trabajo. Podríamos prescindir de ella, si fuese necesario. Quizá no tan bien. Quizá no tan rápidamente. Pero el final sería el mismo.

»Aquí tenemos confianza, Byerley, y

éste es el secreto. ¡Confianza! Hemos ocupado nuevas tierras que llenaban miles de años esperándonos, mientras el resto del mundo ha sido destrozado por las asquerosas experiencias de la Era preatómica. No tenemos que comer lúpulo como en Oriente, no tenemos que preocuparnos de los rancios desperdicios del siglo pasado, como vosotros los Nórdicos.

»Hemos barrido la mosca tse-tsé y el mosquito anofeles, el pueblo ha visto que puede vivir al sol y le gusta. Hemos aclarado las selvas vírgenes y roturado el suelo; hemos encontrado carbón y petróleo en campos intactos y minerales

sin cuento.

»Retiraos de aquí. Es lo único que pedimos al resto del mundo. Retiraos y dejadnos trabajar.

—Pero el Canal —interrumpió Byerley prosaicamente— hace seis meses que hubiera debido estar terminado. ¿Qué ha ocurrido?

—Perturbaciones obreras —dijo Ngoma, abriendo las manos. Buscó algo por entre los papeles que cubrían su mesa, pero renunció—. Tenía algo sobre esto por aquí —murmuró—, pero no importa. Una vez hubo escasez de mano de obra en Méjico por una cuestión de mujeres. No había bastantes mujeres por

allí. Al parecer a nadie se le ocurrió alimentar la Máquina con datos sexuales.

Hizo una pausa para echarse a reír, encantado, y prosiguió:

—Espera un momento. Me parece que ya lo tengo... ¡Villafranca!

—¿Villafranca?

—Francisco Villafranca. Era el ingeniero encargado. Ocurrió no sé qué y hubo un corrimiento de tierras. Eso es. Eso es. No murió nadie pero el desorden fue terrible. ¡Un escándalo!

—¡Oh...!

—Hubo un error en sus cálculos. O por lo menos la Máquina lo dijo así. Le

suministraron datos de Villafranca, suposiciones, y así. El material con que había empezado. Las respuestas fueron diferentes. Parece que las respuestas que Villafranca utilizó no tenían en cuenta el efecto de las fuertes lluvias en las cercanías de la brecha. O algo así. No soy ingeniero, ¿comprendes?...

»En todo caso, Villafranca armó un lío de mil diablos. Pretendió que la respuesta de la Máquina había sido diferente la primera vez. Que había seguido a la Máquina ciegamente. ¡Y dimitió! Le ofrecimos mantenerlo..., la duda era razonable, el trabajo anterior era satisfactorio, todo aquello que se

dice..., en una posición subordinada, desde luego..., estábamos obligados..., los errores no pueden pasar inadvertidos..., es malo para la disciplina..., ¿Dónde estaba?

—Le ofrecisteis conservarlo.

—¡Ah, sí! Rehusó. Bien, en resumen, llevamos dos meses de retraso. ¡No es nada, qué diablos!

Byerley extendió la mano y apoyó las puntas de los dedos sobre la mesa

—¿Villafranca le echó las culpas a la Máquina, verdad?

—Pues... ¿no iba a echárselas a sí mismo, verdad? Mirémoslo serenamente; la naturaleza humana es

una vieja amiga nuestra. Por otra parte, recuerdo algo más ahora... ¿Por qué diablos no podré encontrar los documentos cuando los necesito? Mi sistema de archivar no vale un pepino. Este Villafranca era miembro de una de vuestras organizaciones nórdicas. Méjico está demasiado cerca del Norte. A esto es debido en parte la perturbación.

—¿De qué organización estás hablando?

—La Sociedad Humanitaria, la llaman. Villafranca solía asistir a una conferencia anual en Nueva York. Un atajo de chiflados, pero inofensivos. No

les gustan las Máquinas; dicen que destruyen la iniciativa personal. De manera que, como es natural, Villafranca echó la culpa a la Máquina... Yo no acabo de entenderlo tampoco. ¿Es que en Capital City parece que la raza humana esté siendo apartada de la iniciativa? Y Capital City siguió tendida bajo el glorioso y dorado sol; la más joven y moderna creación del "Homo Metrópolis".

La Región Europea a) Superficie: 7.000.000 kilómetros cuadrados.

b) Población: 300.000.000 de habitantes.

c) Capital: Ginebra.

La Región Europea era una anomalía bajo varios conceptos. En superficie, era con mucho la menor; ni un quinto de la superficie de la Región Tropical y ni un quinto de la población de la Región Oriental. Geográficamente, tenía cierta semejanza con la Europa de la era preatómica, ya que excluía lo que había sido la Rusia europea e Islas Británicas, mientras incluía las costas Mediterráneas de África y Asia y, en un extraño salto a través del Atlántico, Argentina, Chile y el Uruguay.

No era tampoco probable que

mejorase su "status vis-a-vis" de sus demás regiones de la Tierra, excepto por el vigor que estas provincias americanas le prestaban. De todas la Regiones, era la única que mostró un franco declive de la población durante el medio siglo pasado. Sólo ella había dejado de extender seriamente sus facilidades productivas o aportar algo radicalmente nuevo a la cultura humana.

—Europa —decía madame Szegeczowska, en su medio francés—, es esencialmente un apéndice económico de la Región Nórdica. Lo sabemos, pero no nos importa.

—Y sin embargo —le hizo ver

Byerley—, tienen ustedes una Máquina propia, y no están seguramente bajo una presión económica del otro lado del océano.

—¡Una Máquina! ¡Bah! —encogió sus delicados hombros y dejó que una leve sonrisa se filtrase por sus labios mientras encendía un cigarrillo con sus largos dedos—. Europa es un lugar soñoliento. Y todos nuestros hombres que no consiguen emigrar al trópico están cansados y aburridos de todo esto. Usted mismo pude ver en qué consiste la tarea de Viceordenadora. En fin, afortunadamente no es un papel difícil, y no espera gran cosa de mí. En cuanto a

Máquina..., ¿qué sabe decir fuera de "Haz esto y será mejo para vosotros"? Pero ¿qué es lo mejor para nosotros? Pues es una apéndice económico de la Región Nórdica...

»¿Y esto es acaso tan terrible? No hay guerras. Vivimos en paz... y es agradable después de setecientos años de guerras. Somos viejos, mister. En nuestras fronteras tenemos las que fueron cuna de la viejas civilizaciones. Tenemos Egipto y Mesopotamia; Creta y Sicilia; Asia Menor y Grecia. Pero los tiempos antiguos no son necesariamente unos tiempos infelices. Puede hallarse fruición...

—Quizá tenga usted razón —dijo Byerley, afablemente—. Por lo menos el "tempo" de la vida no es tan intenso como en otras regiones. Es una atmósfera agradable.

—¿Verdad? Van a traer el té, mister Byerley. ¿Quiere indicarme su preferencia sobre la leche y el azúcar?... Gracias.

Tomó un sorbo de té con elegancia; después continuó:

—Es agradable. El resto de la Tierra se ha convertido en una lucha continua. Aquí encuentro un paralelo; un paralelo interesante. Hubo un tiempo en que Roma era dueña del mundo. Había

adoptado la dulzura y civilización de Grecia; una Grecia que no había estado nunca unida; que se había arruinado en la guerra y estaba languideciendo en un estado de decadente ruina. Roma la unió, aportó la paz y le permitió vivir una vida de seguridad sin gloria. Se ocupó de su filosofía y de su arte, lejos del estruendo y de la agitación de la guerra. Era una especie de muerte, pero de una muerte tranquila con pequeños intervalos, unos cuatrocientos años.

—Y sin embargo —interrumpió Byerley—, Roma cayó y el sueño de opio tocó a su fin.

—No había ya bárbaros para

derrumbar la civilización.

—Nosotros podemos ser nuestros propios bárbaros, Madame Szegeczowska. ¡Ah!..., quería hablarle de una cosa. Las minas de mercurio de Almadén han disminuido considerablemente de producción. ¿El mineral no debe haber disminuido más rápidamente de lo previsto, supongo? Los pequeños ojos grises de la muchacha se fijaron en Byerley.

—Los bárbaros..., la caída de la civilización..., el probable fracaso de la Máquina... El proceso de sus ideas es muy transparente, monsieur.

—¿Sí? Veo que me hubiera

convenido tratar con hombres, como hasta ahora. ¿Considera usted que el asunto de Almadén es culpa de la Máquina?

—En absoluto, pero me parece que usted sí lo es. Usted es nativo de la Región Nórdica. La Oficina Central de Coordinación está en Nueva York. Y hace ya tiempo que he observado que ustedes, los nórdicos, carecen de fe en la Máquina.

—¿Nosotros?

—Hay una Sociedad Humanitaria que tiene mucha fuerza en el Norte, pero no consigue hacer adeptos en la fatigada y vieja Europa, que sólo anhela dejar

tranquila a la débil Humanidad. Con toda seguridad, es usted uno de los confiados nórdicos y no uno de los cínicos del viejo continente.

—¿Tiene esto relación con Almadén?

—¡Oh, sí, creo que sí! Las minas están bajo el control de la Consolidated Cinnabar, que es con toda certeza una compañía nórdica, con la oficina central en Nikolaev. Personalmente, dudo de que el Consejo de Administración haya consultado para nada la Máquina. En la conferencia del mes pasado, dijeron que lo habían hecho, y desde luego, no tenemos ninguna prueba de lo contrario,

pero no me atrevería a dar crédito a un nórdico en este asunto, sin ánimo de ofender, de ningún modo. Sin embargo, espero que todo acabará bien.

—¿En qué sentido, mi querida madame?

—Debe usted comprender que las irregularidades económicas de estos últimos meses -que, aun cuando insignificantes comparadas con las grandes tormentas del pasado, son sin embargo, perturbadoras para nuestros espíritus sedientos de paz-, han causado considerables inquietudes en la provincia española. Tengo entendido que la Consolidated Cinnabar va a

vender a un grupo de españoles. Es consolador. Si somos vasallos económicos del Norte, es humillante ver el hecho proclamado con excesiva ostentación. Y se puede confiar más en nuestro pueblo para seguir los consejos de la Máquina.

—¿Entonces, cree usted que no habrá más disturbios?

—Estoy seguro de ello... En Almadén, por lo menos.

La Región Norte: a) Superficie: 27.000.000 de kilómetros cuadrados.

b) Población: 800.000.000 de habitantes.

c) Capital: Ottawa.

La Región Norte, en más de un concepto, se llevaba la supremacía.

La cosa quedaba bien de manifiesto en el mapa del las oficinas del Viceordenador de Ottawa, Hiram Mackenzie, en el cual el Polo Norte ocupaba el centro. A excepción de Europa con sus regiones escandinavas e islándicas, toda la zona americana estaba incluida en la Región Nórdica.

Vagamente, podía ser dividida en dos zonas principales. Ala izquierda del mapa se veía toda América del Norte por encima de Río Grande. A la derecha

abarcaba todo lo que había sido un tiempo la Unión Soviética.

Estas dos áreas juntas representaban el poder central del planeta durante los primeros años de la Edad Atómica. Entre las dos estaba la Gran Bretaña, lengua de la región que lamía Europa. En todo lo alto del mapa, torcidas en una extraña y contorsionada forma, estaban Australia y Nueva Zelanda, también miembros de las provincias de la Región.

Todos los cambios sufridos durante los últimos decenios no habían alterado todavía el hecho de que el Norte era el gobernante económico del planeta.

Había por lo tanto, una especie de simbolismo ostentoso en el hecho de que todos los mapas que Byerley había visto, sólo el de Mackenzie mostraba toda la Tierra, como si el Norte no temiese la competencia ni necesitase favoritismo para proclamar su supremacía.

—Imposible —dijo tristemente Mackenzie, levantando su vaso de "whisky"—. Mister Byerley, no tiene usted entrenamiento técnico en robótica, según tengo entendido.

—No, no lo tengo.

—¡Humm!... Bien, es lamentable, en mi opinión, que ni Ching, ni Ngona ni

Szegeczowska lo tengan tampoco. Prevalece con exceso entre los pueblos de la Tierra la opinión de que un Ordenador tiene que ser meramente un organizador capaz, de conocimientos generalizados y una persona amable. En nuestros días deberían entender en robótica también..., sin propósito de ofensa...

—No la hay. Estoy de acuerdo con usted.

—Tomo, por ejemplo, lo que ha dicho usted ya; que le preocupan las recientes pequeñas perturbaciones que se han producido en la economía mundial. No sé de quién sospecha, pero

ha ocurrido ya en el pasado que el pueblo, que debería tener otra opinión, se pregunte qué ocurrirá si se alimenta la Máquina con falsos datos

—¿Y qué ocurriría, mister Mackenzie?

—Pues... —dijo el escocés moviéndose y suspirando—, todo dato recogido pasa por un complicado sistema de pantallas que comporta un control a la vez humano y mecánico, de manera que el problema no es probable que se suscite. Pero dejemos esto. Los humanos pueden equivocarse, son corruptibles, y los dispositivos mecánicos ordinarios son susceptibles

de fallo mecánico.

»El punto crucial del asunto es que lo que llamamos un "dato erróneo" es incompatible con todos los demás datos conocidos. Es el único criterio que tenemos de lo exacto y lo inexacto. Es igualmente el de la Máquina. Ordénele, por ejemplo que dirija la actividad agrícola sobre la base de una temperatura media en julio, en Iowa, de 14º C. No lo aceptará. No dará respuesta. No porque tenga prejuicio alguno contra esta determinada temperatura ni pueda dejar de contestar, sino porque, a la luz de los demás datos que se le han dado a través de un cierto

número de años, sabe que las probabilidades de una temperatura media de 14C. en Iowa, en julio, son prácticamente nulas. Rechaza el dato.

»La única forma como un "falso dato" puede ser insertado en la Máquina es incluyéndolo como parte de un todo consistente, pero de una falsedad demasiado sutil para que la máquina pueda destacarlo, o sobre el cual la Máquina no tenga experiencia. La primera está más allá de la capacidad humana, la segunda es casi esto, y va acercándose cada vez más a ello a medida que la experiencia de la Máquina aumenta con la segunda.

Stephen Byerley se apretó la nariz con los dedos.

—¿Entonces la Máquina no puede ser inducida a error? ¿Cómo explica usted los que se han cometido recientemente, en este caso?

—Mi querido Byerley, veo que sigue usted instintivamente el gran error de que la Máquina..., lo sabe todo. Déjeme usted que le cite un ejemplo de mi experiencia personal. La industria algodonera alquila compradores experimentados que compran el algodón. Su procedimiento es arrancar un puñado de algodón de una de las pacas al azar. Lo miran, lo tocan, comprueban su

resistencia, escuchan su crujido, se lo llevan a la lengua, y por este procedimiento determinan la categoría de algodón que contienen las pacas. Hay una docena de ellas. Como resultado de su decisión, las compras se hacen a unos determinados precios, las mezclas se hacen a unas determinadas proporciones. Ahora bien, estos compradores no pueden ser substituidos con la Máquina.

—¿Por qué no? Seguramente los datos pertinentes no son demasiado complicados para ella...

—Probablemente no. Pero ¿a qué dato se refiere usted? No hay ningún

químico textil que sepa exactamente qué es lo que comprueba cuando maneja un puñado de algodón. Probablemente la longitud media de la fibra, su tacto, la extensión y naturaleza y de su viscosidad, la forma como se pegan y así sucesivamente. Varias docenas de particularidades, inconscientemente pesadas, fruto de años de experiencia. Pero la naturaleza "cuantitativa" de esta prueba no es conocida; incluso la verdadera naturaleza de algunas de ellas, no lo es tampoco. De manera que no tenemos nada con que alimentar la Máquina. Así ni los mismos compradores pueden explicar su juicio.

Sólo pueden decir: "Bien, mírelo. No se puede decir si es tal o cual clase".

—Comprendo...

—Hay innumerables casos como éste. La Máquina no es más que una herramienta, al fin y al cabo, que puede contribuir al progreso humano encargándose de una parte de los cálculos e interpretaciones. La tarea del cerebro humano sigue siendo la que siempre ha sido; la de descubrir nuevos datos para ser analizados e inventar muevas fórmulas para ser probadas. Es un lástima que la Sociedad Humanitaria no quiera entenderlo así.

—¿Están contra la Máquina?

—Hubieran estado contra las matemáticas o contra el arte de escribir si hubiesen vivido en el tiempo adecuado. Estos reaccionarios de la Sociedad pretenden que la Máquina priva al hombre de su alma. He observado que hombres perfectamente capaces están todavía llenos de prejuicios en nuestra sociedad; necesitamos todavía el hombre que sea suficientemente inteligente para pensar en las preguntas adecuadas. Quizá si pudiésemos encontrar un número suficiente de ellos, estas perturbaciones que le preocupan, Ordenador, no se producirían.

Tierra (Incluyendo el continente deshabitado, la Antártida): a) Superficie: 75.000.000 de kilómetros cuadrados (superficie terrestre).

b) Población: 3.300.000.000 de habitantes.

c) Capital: Nueva York.

El fuego que relucía detrás del cuarzo estaba ya moribundo. El Ordenador estaba de humor sombrío, amoldándose al fuego.

—Todos disminuyen la gravedad de la situación —dijo en voz baja—. ¿No es fácil creer que se han reído de mí? Y

sin embargo... Vicent Silver dice que la Máquina no puede estropearse y tengo que creerlo. Hiram Mackenzie dice que no pueden ser alimentadas con falsos datos y tengo que creerlo. Pero las máquinas han funcionado mal por una u otra causa, y esto tengo que creerlo también, de manera que... sólo queda una alternativa.

Miró de soslayo a Susan Calvin que, con los ojos cerrados, parecía dormir.

—¿Cuál es? —preguntó sin embargo al instante.

—Que le han dado los datos correctos y la Máquina ha dado las respuestas correctas, pero no han sido

cumplidas. No hay manera de que la máquina obligue a seguir sus dictados.

—Madame Szegeczowska insinuó algo parecido, refiriéndose a los nórdicos en general, me parece. ¿Y qué propósito se busca desobedeciendo a la Máquina? Vamos a estudiar los motivos.

—A mí me parece obvio, y debe parecérselo también a usted. Es cuestión de sacudir la nave, deliberadamente. Mientras la Máquina gobierne, no puede haber ningún conflicto serio en la Tierra en el cual un grupo pueda apoderarse de un mayor poderío del que tiene por lo que juzga ser su propio bien, a pesar de perjudicar la Humanidad como un todo.

Si la fe popular en las máquinas pudiese ser destruida hasta el punto de que fuesen abandonadas, imperaría de nuevo la ley de la selva. Y no hay ninguna de las cuatro Regiones que pueda quedar libre de la sospecha de buscar precisamente esto.

»Oriente tiene la mitad de la Humanidad dentro de sus fronteras, y los Trópicos, más de la mitad de los recursos de la Tierra. Ambos pueden considerarse como los gobernantes naturales de toda la Tierra, y ambos se sienten humillados por el Norte y es muy humano buscar un desquite contra esta implacable humillación. Europa tiene

una tradición de grandeza, por otra parte. En otros tiempos gobernó la Tierra, y no hay nada tan eternamente adhesivo como el recuerdo del poder.

»Y sin embargo, desde otro punto de vista, es difícil de creer. Tanto el Este como los Trópicos están en un estado de enorme expansión dentro de sus fronteras. Ambos crecen rápidamente. No les pueden quedar energías para aventuras militares. Y Europa no puede hacer más que soñar. Es una cifra, militarmente hablando.

—Así, Stephen —dijo Susan—, ¿deja usted el Norte?

—Sí —respondió Byerley

enérgicamente—, Sí. El Norte es el más fuerte, como lo ha sido desde hace un siglo, o por lo menos sus componentes. Pero ahora decae, relativamente. Por primera vez desde los faraones, las regiones Tropicales pueden ocupar su lugar al frente de la civilización y hay nórdicos que lo temen.

—En una palabra, son exactamente aquellos hombres que, negándose conjuntamente a aceptar las decisiones de la Máquina, pueden, en breve plazo, volver el mundo boca abajo...; éstos son los que pertenecen a la Sociedad.

—Susan, todo esto va de consumo. Cinco de los Directores de la World

Steel son miembros de ella, y la World Steel sufre de una superproducción. La Consolidated Cinnabar, que explota las minas de mercurio de Almadén, era una sociedad Nórdica. Sus libros están todavía siendo examinados, pero uno, sor lo menos, de sus hombres, era miembro. Francisco Villafranca, que retrasó las obras del Canal de Méjico dos meses, era miembro, lo sabemos ya, lo mismo que Rama Vrasayana; no me sorprendió en absoluto descubrirlo.

—Estos hombres, téngalo usted en cuenta, lo han estropeado todo... —dijo Susan pausadamente.

—¡Naturalmente! Desobedecer los

análisis de la Máquina es seguir el sendero del error. Los resultados son peores de lo que podrían ser. Es el precio que pagan. De momento lo verán vagamente, pero en la confusión que tarde o temprano surgir ...

—¿Qué proyecta usted hacer, Stephen?

—Es evidente que no hay tiempo que perder. Voy a declarar la Sociedad fuera de la ley y todos sus miembros serán destituidos de cualquier cargo de responsabilidad que ocupen. Y todos los puestos ejecutivos con solicitantes que firmen un juramento de no-adhesión a la Sociedad. Esta representará una cierta

infracción a las libertades cívicas básicas, pero estoy seguro de que el Congreso...

—¡No servirá de nada!

—¡Eh! ¿Por qué?

—Representaría una predicción. Si intenta usted una cosa así, encontrar obstáculos a cada paso. Lo encontrar imposible de llevar adelante. Verá usted que cada movimiento en este sentido será origen de perturbaciones.

—¿Por qué dice usted esto? —preguntó Byerley, atónito—. Esperaba, al contrario, su aprobación en esta materia...

—No podrá usted conseguirla

mientras sus acciones estén basadas en falsas premisas. Admite usted que la Máquina no puede equivocarse, y no puede ser alimentada con falsos datos. Le demostraré que no puede ser desobedecida tampoco, como cree usted que lo está siendo por la Sociedad.

—Esto... no consigo verlo.

—Pues escuche. Toda acción realizada por un dirigente que no siga las exactas instrucciones de la Máquina con la cual trabaja, se convierte en parte de un dato para el siguiente problema. La Máquina, por consiguiente, sabe que el dirigente tiene una cierta tendencia a desobedecer. Puede incorporarse esta

tendencia a los datos, incluso cuantitativamente, es decir, juzgando exactamente qué cantidad y en qué dirección la desobediencia se producir . Sus siguientes respuestas serán suficientemente elusivas en forma que, después de la desobediencia del jefe, vea sus respuestas automáticamente corregidas en la buena dirección. ¡La Máquina "sabe", Stephen!

—No puede usted estar segura de todo esto. Son meras suposiciones.

—Si, una suposición basada en la experiencia de toda una vida entre robots. Hará usted bien en confiar en esta suposición, Stephen.

—Pero, en este caso, ¿qué queda? Las Máquinas están en orden y las premisas sobre las cuales trabajan son correctas. Sobre esto nos hemos puesto de acuerdo. Ahora dice usted que no puede ser desobedecida. Entonces..., ¿qué ocurre?

—Usted mismo se ha contestado. ¡Nada está mal! Piense en las máquinas un momento, Stephen. Son robots y cumplen la Primera Ley. Pero las máquinas trabajan, no para un solo individuo, sino para toda la Humanidad, de manera que la Primera Ley se convierte en: "Ninguna Máquina puede dañar la Humanidad; o, por inacción,

dejar que la Humanidad sufra daño." Muy bien, Stephen, entonces, ¿qué daña la Humanidad? ¡El desequilibrio económico, principalmente, cualquiera que sea la causa! ¿No cree usted?

—Sí, lo creo.

—¿Y qué es lo más probable que produzca desequilibrios económicos en el futuro? Conteste a esto, Stephen

—Yo diría —respondió Byerley, a regañadientes—, la destrucción de las Máquinas. Y así lo digo, y así lo dirían las Máquinas también. Su primer cuidado, por consiguiente, es conservarse para nosotros. Y así siguen tranquilamente evitando los únicos

elementos amenazadores que quedan. No es la Sociedad Humanitaria la que sacude la nave a fin de que las Máquinas sean destruidas; sólo ha visto usted el reverso de la medalla.

—Diga más bien que son las Máquinas las que están sacudiendo la nave...muy ligeramente... lo suficiente para liberarse de los pocos que se agarran a ella con el propósito de que las Máquinas sean consideradas nocivas para la Humanidad.

»Así, Vrasayana deja su factoría y encuentra un empleo donde no puede hacer daño; no queda seriamente perjudicado, no es incapaz de ganarse la

vida, por que la Máquina no puede dañar un ser humano más que mínimamente, y esto sólo para salvar un mayor número. La Consolidated Cinnabar pierde el control de Almadén; Villafranca no es ya el ingeniero civil al frente de un importante proyecto. Y los directores de la World Steel pierden su presa sobre la industria.. o la perderán.

Pero es imposible que sepa usted todo esto... —insistió Byerley distraídamente—. ¿Cómo podemos correr el riesgo de que no tenga usted razón?

—Deben correrlo. ¿Recuerda usted la respuesta de la Máquina cuando le

sometió la pregunta? "El caso no admite explicación". La Máquina no dijo que no hubiese explicación, ni que no pudiese determinarla. Dijo sólo que "no admitía" explicación. En otras palabras, "sería perjudicial para la Humanidad tener la explicación de lo ocurrido", y por esto sólo podemos hacer suposiciones... y seguir suponiendo.

—Pero, ¿cómo puede la explicación sernos perjudicial? Supongamos que tenga usted razón, Susan.

—Pues Stephen, si tengo razón, significa que la Máquina está conduciendo nuestro futuro no única y simplemente como una respuesta directa

a nuestras preguntas directas, sino como respuesta general a la situación del mundo y a la psicología humana como un todo. Y sabe que nos puede hacer desgraciados y herir nuestro amor propio. La Máquina no puede, no "debe", hacernos desgraciados.

»Stephen, ¿cómo sabemos qué es lo que consolidará el bien final de la Humanidad? No tenemos a nuestra disposición los infinitos factores que la Máquina tiene a la "suya". Quizá , para darle un ejemplo incierto, toda nuestra civilización técnica ha creado más infelicidad y miseria de la que ha suprimido. Quizá la civilización agraria

o pastoral, con menos cultura y menos gente, sería mejor. En este caso, las Máquinas deben orientarse en esta dirección, preferiblemente sin decírnoslo, ya que en nuestros ignorantes prejuicios sólo sabemos que aquello a que estamos acostumbrados es bueno... y lucharemos contra todo cambio. O Quizá una urbanización completa, una sociedad totalmente desprovista de castas, o una completa anarquía, sea la respuesta adecuada. No lo sabemos. Sólo las Máquinas lo saben y se encaminan hacia ello, llevándonos consigo.

—Pero está usted diciéndome,

Susan, que la Sociedad Humanitaria tiene razón; que la Humanidad ha perdido su derecho de voto en el futuro...

—No lo ha tenido jamás, en realidad. Estuvo siempre a la merced de unas fuerzas económicas y sociológicas que no entendía, de los caprichos del clima y de los azares de la guerra. Ahora las Máquinas las entienden y nadie puede detenerlas, ya que las máquinas los dominarían como dominan la Sociedad..., poseyendo, como poseen, las armas más fuertes a su disposición, el absoluto control de nuestra economía.

—¡Qué horrible!

—Quizá habría que decir: ¡qué maravilloso! Piense que en todos los tiempos los conflictos han sido evitables. ¡Sólo las Máquinas, a partir de ahora serán inevitables!

Y el fuego se apagó detrás del cuarzo y sólo quedó un hilillo de humo para indicar donde había estado.

Intuición femenina

Las tres leyes de la robótica:

1. *Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.*
2. *Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.*
3. *Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la*

segunda ley.

Por primera vez en la historia de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S. A., se había producido la destrucción de un robot por accidente en la propia Tierra.

Era imposible señalar responsabilidades. El vehículo aéreo había sido derribado en pleno vuelo y un incrédulo comité de investigación intentaba decidir si realmente tendría la osadía de hacer públicas las pruebas de que el aparato había sido alcanzado por un meteorito. Ninguna otra cosa hubiera podido avanzar con la velocidad

suficiente para llegar a evitar que actuara el mecanismo de desviación automática; ninguna otra cosa podría haber causado el desastre salvo una explosión nuclear, y eso quedaba descartado.

Asóciese a ello un informe sobre un destello detectado en medio de la noche justo antes de la explosión del vehículo -y no por cualquier aficionado, sino por el Observatorio Flagstaff- y la localización de un fragmento de hierro de considerables dimensiones y claramente meteórico, recientemente incrustado en el suelo a una milla del lugar del suceso. ¿Cabía otra

conclusión?

Aun así, nunca antes había ocurrido nada parecido y el cálculo de las probabilidades en contra del suceso arrojaba cifras monstruosas. Pero incluso los hechos más colosalmente *improbables* pueden producirse alguna vez.

El cómo y el porqué eran considerados de importancia secundaria en las oficinas de la Norteamericana de Robots. Lo verdaderamente grave era que se había producido la destrucción de un robot.

Ello, por sí solo, ya resultaba preocupante.

El hecho de que JN-5 fuera un prototipo, el primero en actuar sobre el terreno, tras cuatro pruebas anteriores, era aún más preocupante.

El hecho de que JN-5 fuese un tipo radicalmente nuevo de robot, totalmente distinto de cualquier otro jamás construido hasta el momento, resultaba abismalmente preocupante.

El hecho de que según todos los indicios JN-5 había logrado averiguar algo de incalculable importancia antes de su destrucción y que ese logro tal vez se hubiera perdido para siempre, situaba el desánimo más allá de cualquier posible expresión.

Apenas parecía digno de mención el detalle de que, junto con el robot, había perecido también el primer robosicólogo de la compañía.

Clinton Madarian llevaba diez años en la empresa. Durante los cinco primeros, había trabajado sin rechistar bajo la refunfuñante supervisión de Susan Calvin.

Las brillantes capacidades de Madarian eran perfectamente evidentes, y Susan Calvin le había ascendido calladamente por encima de otros hombres mayores que él. Ella se habría negado a justificar en cualquier caso este proceder ante el director de

investigación, Peter Bogert, pero lo cierto es que no fueron precisas razones. O, más bien, éstas eran obvias.

Madarian era la absoluta antítesis de la famosa doctora Calvin en varios aspectos muy notorios. En realidad no era tan obeso como le hacía parecer su destacado doble mentón, pero aun así tenía una figura que imponía respeto, en tanto que Susan pasaba prácticamente desapercibida. Ante el grueso rostro de Madarian, su mata de relucientes cabellos castaño rojizos, su piel tosca y su voz atronadora, su risa sonora y, en especial, su irreprimible confianza en sí mismo y la vehemencia con que

anunciaba sus éxitos, las demás personas que había en la habitación tuvieron la sensación de que el espacio era insuficiente para todos.

Cuando Susan Calvin se retiró por fin (negándose de antemano a cooperar en ningún sentido con cualquier cena testimonial que pudiera organizarse en su honor, en términos tan contundentes que su jubilación ni siquiera se comunicó a las agencias de noticias), Madarian la sustituyó.

Llevaba exactamente un día en el cargo cuando puso en marcha el proyecto JN.

Éste exigió la mayor dedicación de

fondos jamás concedida por Norteamericana de Robots a un proyecto concreto, pero Madarian despachó ese detalle con un genial movimiento desdeñoso de la mano.

—Vale cada uno de esos centavos, Peter —dijo—. Y confío que así sabrás hacérselo entender al Consejo de Dirección.

—Dame alguna razón —dijo Bogert, preguntándose si Madarian accedería a hacerlo. Susan Calvin jamás había dado razones para nada.

—Desde luego —dijo, sin embargo, Madarian, y se instaló confortablemente en el gran sillón del despacho del

director.

Bogert se lo quedó mirando con expresión casi temerosa. Sus propios cabellos, negros en otro tiempo, se habían vuelto ya casi blancos y tardaría menos de diez años en seguir a Susan por el camino de la jubilación. Ése sería el fin del equipo inicial que había convertido a Norteamericana de Robots en una empresa de alcance mundial capaz de rivalizar con los gobiernos nacionales en cuanto a importancia y complejidad. De algún modo, ni él ni sus antecesores habían llegado a hacerse verdadero cargo de la enorme expansión de la empresa.

Pero ahora estaba ante una nueva generación. Los nuevos hombres se sentían a sus anchas con el Coloso. Carecían de ese toque de admiración que a ellos les hacía caminar de puntillas como si no acabaran de creérselo. Y por eso avanzaban con arrojo, lo cual era bueno.

—Me propongo iniciar la construcción de robots sin restricciones —dijo Madarian.

—¿Sin las tres leyes? Sin duda...

—No, Peter. ¿Sólo se te ocurren esas restricciones? ¡Qué diablos!, tú colaboraste en el diseño de los primeros cerebros positrónicos. ¿Tendré que ser

yo quien te diga que, prescindiendo ya de las tres leyes, no existe un solo circuito de esos cerebros que no esté cuidadosamente diseñado y prefijado? Tenemos robots programados para tareas específicas, dotados de capacidades específicas...

—Y te propones...

—Dejar abiertos los circuitos a todos los niveles, excepto por lo que respecta a las tres leyes. No es difícil.

—No es difícil, desde luego —dijo secamente Bogert—. Las cosas inútiles nunca son difíciles. Lo difícil es fijar los circuitos y conseguir que el robot sea de alguna utilidad.

—Pero, ¿por qué es difícil hacer eso? Fijar los circuitos es un proceso muy trabajoso a causa de la importancia que tiene el principio de incertidumbre en las partículas de la masa de positrones y de la necesidad de minimizar el efecto de incertidumbre. Pero, ¿por qué minimizarlo? Si disponemos las cosas de manera que el principio tenga justo el peso suficiente para permitir que los circuitos se interconecten de manera imprevisible...

—Tendremos un robot imprevisible.

—Tendremos un robot *creativo* —dijo Madarian, sin la menor señal de impaciencia—. Peter, si algo tiene el

cerebro humano que jamás ha tenido un cerebro robótico, es precisamente ese residuo de imprevisibilidad derivado de los efectos de la incertidumbre a nivel subatómico. Reconozco que jamás se ha demostrado experimentalmente la presencia de este efecto en el sistema nervioso, pero sin él, el cerebro humano no sería superior al cerebro robótico, en principio.

—Y crees que si logras introducir ese efecto en el cerebro robótico, el cerebro humano no será superior a aquél, en principio.

—Eso pienso, exactamente —dijo Madarian.

Y continuaron charlando un largo rato a partir de allí.

Era evidente que el Consejo de Dirección no tenía la menor intención de dejarse convencer fácilmente.

Scott Robertson, el principal accionista de la compañía, dijo:

—Ya es bastante difícil controlar la industria de los robots tal como están las cosas, con la hostilidad del público hacia los robots siempre a punto de estallar. Si el público imagina que los robots estarán incontrolados... Oh, no me vengan ahora con las tres leyes. El hombre medio no creerá que las tres

leyes puedan protegerlo una vez haya oído mencionar tan sólo la palabra «incontrolado».

—Pues, no la usen —dijo Madarian —. Pueden decir que el robot es... «intuitivo».

—Un robot intuitivo —musitó alguien—. ¿Un robot mujer?

Una sonrisa se extendió por toda la mesa de juntas. Madarian aprovechó esa ocasión.

—Muy bien. Un robot mujer. Nuestros robots son asexuados, evidentemente, y también lo será éste, pero siempre los tratamos como si fueran varones. Les ponemos nombres

de hombre y nos referimos a ellos en masculino. Éste en concreto, desde el punto de vista de la naturaleza de la estructura matemática del cerebro que he propuesto, entraría dentro del sistema de coordinación JN. El primer robot sería el JN-1, y había dado por sentado que se llamaría John-1... Me temo que ése es el nivel de originalidad al que se mueve el roboticista medio. Pero, ¿por qué no llamarlo Jane-1, qué demonios? Si es imprescindible que el público sepa lo que estamos haciendo, pues diremos que estamos construyendo un robot femenino, con intuición:

Robertson meneó la cabeza:

—¿Y qué cambia con eso? Estás diciendo que te propones suprimir la última barrera que, en principio, mantiene el cerebro robótico a un nivel inferior al del cerebro humano. ¿Cómo supones que reaccionará el público cuando se entere?

—¿Acaso piensas dar publicidad a ese hecho? —dijo Madarian. Reflexionó un poco y luego añadió—: Mira. Si algo cree la opinión pública general es que las mujeres son menos inteligentes que los hombres.

Una mirada inquieta se reflejó por un instante en el rostro de algunos de los hombres sentados en torno a la mesa y

echaron un rápido vistazo a su alrededor como si Susan Calvin todavía ocupara su lugar acostumbrado.

—Si anunciamos un robot femenino —dijo Madarian—, ya podrá ser cualquier cosa. El público dará automáticamente por sentado que es una retrasada mental. Sólo tenemos que presentar al robot como Jane-1 y no nos será preciso añadir nada más. Estaremos a salvo.

—En realidad —dijo pausadamente Peter Bogert—, eso no es todo. Madarian y yo hemos repasado cuidadosamente los cálculos matemáticos, y la serie JN, llámese John

o Jane, sería perfectamente segura. Los robots serían menos complejos y poseerían menos capacidades intelectuales, en un sentido ortodoxo, que muchas otras series que hemos diseñado y construido. Sólo tendríamos el único factor adicional de..., bueno, tendremos que irnos acostumbrando a llamarlo «intuición».

—¿Quién sabe qué hará ese factor? —musitó Robertson.

—Madarian ha sugerido una de las cosas que podría hacer. Como todos ustedes saben, en principio se ha logrado desarrollar el salto espacial. Los hombres pueden alcanzar lo que, en

efecto, vienen a ser hipervelocidades superiores a la de la luz y visitar otros sistemas estelares y regresar en un período de tiempo insignificante, en un espacio de semanas como máximo.

—Eso no es ninguna novedad —dijo Robertson—. Podría haberse logrado sin robots.

—Exactamente, y no nos está sirviendo de nada porque no podemos usar el hiperreactor excepto tal vez en una que otra exhibición ocasional para dar un poco de publicidad a Norteamericana de Robots. El salto espacial es arriesgado, consume una terrible cantidad de energía y, por tanto,

resulta enormemente caro. Si pensamos usarlo a pesar de todo, sería bonito poder comunicar la existencia de un planeta habitable. Llámenle necesidad psicológica. Gasten unos veinte mil millones de dólares en un solo salto espacial, para luego no obtener más que datos científicos y el público querrá saber por qué se ha despilfarrado su dinero. Comuniquen la existencia de un planeta habitable y se convertirán en un Colón interestelar, y nadie se preocupará de averiguar cuánto ha costado.

—¿Y a qué viene esto?

—Pues se trata de que vamos a

encontrar un planeta habitable. O dicho de otro modo: averiguaremos qué estrella al alcance del salto espacial en su presente fase de desarrollo, cuál de las trescientas mil estrellas y sistemas estelares situados en el radio de trescientos años luz tiene mayores probabilidades de contar con un planeta habitable. Disponemos de una enorme cantidad de detalles sobre cada una de las estrellas situadas en un radio de trescientos años luz y datos para suponer que cada una de ellas cuenta con un sistema planetario. Pero, ¿cuál posee un planeta habitable? ¿Cuál debemos visitar?... Lo ignoramos.

—¿En qué podría sernos útil ese robot Jane? —quiso saber uno de los directores.

Madarian estuvo a punto de responderle, pero luego le hizo una leve señal a Bogert y éste comprendió. La opinión del director de investigación tendría más peso. A Bogert le gustaba especialmente la idea; si la serie JN resultaba un fracaso, su relación con la misma sería bastante notoria como para que los dedos pegajosos de las acusaciones se adhirieran a él. Pero, por otra parte, no le faltaba mucho para jubilarse, y si el proyecto salía bien, se retiraría en medio de un resplandor de

gloria. Tal vez sólo se debiese a la confianza que irradiaba Madarian, pero Bogert había llegado a convencerse sinceramente de que la cosa saldría bien.

—Es posible —dijo— que en algún lugar de las bibliotecas de datos que hemos reunido sobre esas estrellas, se oculten los métodos para calcular las probabilidades de que existan planetas habitables semejantes a la Tierra. Sólo nos falta interpretar adecuadamente los datos, considerarlos bajo el apropiado punto de vista creativo, establecer las correlaciones exactas. Aún no lo hemos logrado. O si algún astrónomo lo ha

conseguido, no ha tenido la perspicacia suficiente para comprender lo que tenía entre manos.

»Un robot de tipo JN podría establecer las correlaciones con mucha mayor rapidez y exactitud que un hombre. Sería capaz de establecer y rechazar en un solo día tantas correlaciones como un hombre en diez años. Además, trabajaría realmente al azar, en tanto que un hombre tendría fuertes prejuicios basados en concepciones previas y en lo que ya se da por sentado.

A estas palabras siguió un considerable silencio, que fue roto

finalmente por Robertson.

—Pero es sólo cuestión de probabilidad, ¿no es así? Supongan que el robot dijese: «La estrella con mayores probabilidades de contar con un planeta habitable en un radio de tantos y tantos años luz es Squidgee-17», o lo que sea, y nos trasladamos allí y descubrimos que una probabilidad es sólo una probabilidad y que a fin de cuentas allí no había ningún planeta habitable. ¿Cuál sería entonces nuestra situación?

En aquel momento intervino Madarian.

—Aun así saldríamos ganando.

Sabríamos cómo llegó el robot a esa conclusión, pues él, ella, nos lo diría. Es posible que ello nos permitiera profundizar enormemente en algunos detalles astronómicos y sacar un provecho de todo el asunto, aun cuando ni siquiera llegásemos a efectuar el salto espacial. Por otro lado, entonces podríamos calcular la localización de los cinco planetas más probables, y la probabilidad de que en uno de los cinco sistemas hubiese un planeta habitable sería superior a 0,95. Sería prácticamente seguro...

Y continuaron charlando un largo rato a partir de allí.

Los fondos concedidos eran bastante insuficientes, pero Madarian ya contaba con la costumbre de gastar buenos dineros una vez entregados los malos. Ante el riesgo de perder irremisiblemente doscientos millones cuando con otros cien millones podrían salvarse, no cabía duda de que se aprobaría la concesión de los cien millones adicionales.

Finalmente, Jane-1 estuvo construida y fue presentada en sociedad. Peter Bogert lo -la- examinó gravemente.

—¿Por qué esa cintura estrecha? —dijo—. Sin duda ello introduce una

debilidad mecánica.

Madarian rió entre dientes.

—Oye una cosa, si vamos a llamarla Jane, no tiene sentido darle el aspecto de un Tarzán.

Bogert meneó la cabeza.

—No me gusta. Pronto la hincharás más arriba para producir el efecto de unos senos, y sería una idea nefasta. Puedo decirte exactamente qué tipo de ideas perversas se les ocurrirán a las mujeres si comienzan a pensar que los robots pueden parecerse a ellas, y tendrás que enfrentarte con una verdadera hostilidad por su parte.

—Es posible que en eso tengas

razón —dijo Madarian—. Ninguna mujer quiere sentirse sustituible por algo sin ninguno de sus defectos. De acuerdo.

Jane-2 no tenía la cintura estilizada. Era un robot sombrío que raras veces se movía, y hablaba aun con menos frecuencia.

Durante su construcción, Madarian sólo había corrido muy de tarde en tarde al despacho de Bogert con alguna noticia, señal segura de que las cosas no iban muy bien. La efervescencia de Madarian en momentos de éxito resultaba arrolladora. No habría vacilado en invadir el dormitorio de

Bogert a las tres de la madrugada con una noticia de última hora, incapaz de esperar a comunicársela por la mañana. De eso Bogert estaba seguro.

Ahora Madarian parecía deprimido, su habitual discurso florido se había apagado casi por completo, sus mejillas rollizas estaban como hundidas.

—No quiere hablar —dijo Bogert, con la sensación de dar en el clavo.

—Oh, hablar, sí habla. —Madarian se sentó pesadamente y comenzó a mordisquearse el labio inferior—. Al menos de vez en cuando —dijo.

Bogert se levantó y dio una vuelta alrededor del robot.

—Y cuando habla, lo que dice no tiene sentido, supongo. Bueno, pues si no habla, no es mujer, ¿no crees?

Madarian intentó esbozar una débil sonrisa y luego renunció a ello.

—El cerebro, aislado, funcionaba.

—Lo sé —dijo Bogert.

—Pero una vez ese cerebro estuvo al frente del aparato físico del robot sufrió necesariamente una modificación, como es lógico.

—Desde luego —convino Bogert, sin saber qué decir.

—Pero ha sido una modificación imprevisible y frustrante. El problema es que cuando se opera con un cálculo

de incertidumbre de *n* dimensiones, las cosas son...

—¿Inciertas? —dijo Bogert. Estaba sorprendido ante su propia reacción. La inversión de la compañía ya había alcanzado dimensiones considerables y habían transcurrido casi dos años; sin embargo, los resultados, para decirlo amablemente, eran decepcionantes. Con todo, allí estaba azuzando a Madarian y divirtiéndose con todo el asunto.

Casi furtivamente, Bogert se preguntó si la ausente Susan Calvin no le estaría azuzando a él. Madarian era de una efervescencia y efusividad muy superiores a las que jamás hubiera

podido llegar a manifestar Susan cuando las cosas iban bien. También era muchísimo más vulnerable en los momentos bajos, cuando las cosas no marchaban bien. Susan, en cambio, no flaqueaba precisamente en las situaciones difíciles. Madarian constituía un blanco casi perfecto como compensación por el blanco que nunca se había permitido ofrecer Susan.

Madarian no reaccionó ante el último comentario de Bogert, como tampoco habría reaccionado Susan Calvin; pero, no por desprecio, que habría sido la reacción de Susan, sino porque no lo oyó.

—El problema está en la identificación —dijo intentando explicarse—. Jane-2 está estableciendo magníficas correlaciones. Es capaz de hacer correlaciones sobre cualquier tema, pero una vez hecho esto, no sabe distinguir un resultado valioso de otro inservible. Averiguar la manera de programar un robot para que identifique una correlación significativa, cuando se ignora qué correlaciones establecerá, no es problema sencillo.

—Imagino que ya habrás pensado en la posibilidad de reducir el potencial de la conexión de diodos W-21 y hacer saltar la chispa entre los...

—No, no, no, no... —La voz de Madarian se desvaneció en un susurrante disminuendo—. No podemos hacer que vaya soltándolo todo. Se trata de lograr que identifique la correlación crucial y saque la correspondiente conclusión. Una vez conseguido esto, un robot Jane lograría intuitivamente una respuesta, ¿comprendes? Algo que nosotros no conseguiríamos excepto por un rarísimo golpe de suerte.

Tengo la impresión —dijo secamente Bogert— de que si tuvieras un robot así le harías hacer rutinariamente lo que, entre los humanos, sólo es capaz de lograr algún que otro

ser genial.

Madarian asintió vigorosamente.

Exactamente, Peter. Ya lo habría dicho antes sí no hubiera temido asustar a los ejecutivos. Por favor, no lo repitas en la reunión.

—¿De verdad quieres un robot genio?

—¿Qué importancia tienen las palabras? Estoy intentando conseguir un robot con la capacidad de establecer correlaciones al azar a enormes velocidades y que posea a la vez un elevado cociente de identificación de la significación clave. Y estoy intentando traducir estas palabras a un campo

positrónico de ecuaciones. Y la verdad es que creía haberlo logrado, pero no es así. Aún no.

Miró a Jane-2 con ojos de descontento y preguntó:

—¿Cuál es la mejor significación que has logrado, Jane?

La cabeza de Jane-2 giró para mirar a Madarian, pero no emitió ni un solo sonido, y Madarian suspiró resignado:

—Ha introducido la pregunta en los bancos de correlación.

—No estoy segura —dijo al fin Jane-2 sin entonación. Era el primer sonido que pronunciaba. Madarian levantó la mirada.

—Está efectuando un proceso equivalente a la formulación de ecuaciones con soluciones indeterminadas.

—Lo suponía —dijo Bogert—. Escúchame, Madarian, ¿puedes lograr algo a partir de aquí, o lo abandonamos ahora y dejamos nuestras pérdidas en quinientos millones?

—Oh, lo conseguiré —musitó Madarian.

Jane-3 no fue la solución. Nunca llegó ni siquiera a estar activada y Madarian estaba hecho una furia.

Fue un error humano. Culpa suya,

para ser totalmente exactos. Sin embargo, aunque Madarian sufrió una completa humillación, los demás mantuvieron la calma. Quien jamás haya cometido un error en las terriblemente complicadas matemáticas del cerebro positrónico puede cumplimentar el primer escrito de rectificación.

Transcurrió casi un año antes de que Jane-4 quedara terminada. Madarian volvía a rebosar de entusiasmo.

—Lo ha logrado —anunció—. Posee un elevado cociente de identificación.

Su confianza en los resultados era suficiente como para presentarla ante el Consejo de Dirección y hacerla resolver

problemas. No problemas matemáticos; cualquier robot era capaz de hacerlo; sino problemas formulados en términos deliberadamente engañosos sin llegar a ser inexactos.

—La verdad es que eso no cuesta mucho —dijo luego Bogert.

—Claro que no. Es una cosa elemental para Jane-4, pero algo tenía que mostrarles, ¿no?

—¿Sabes cuánto llevamos gastado hasta el momento?

—Vamos, Peter, no me vengas con esto ahora. ¿Sabes cuánto obtendremos a cambio? Estas cosas no caen en saco roto, ya lo sabes. Por si te interesa, te

diré que llevo más de tres años sufriendo por este asunto, pero al fin he conseguido desarrollar nuevas técnicas de cálculo que nos permitirán economizar más de cincuenta mil dólares con cada nuevo tipo de cerebro positrónico que diseñemos de ahora en adelante. ¿De acuerdo?

—Sí, pero...

—No me vengas con peros. Así es. Y personalmente, tengo la sensación de que el cálculo de la incertidumbre n-dimensional puede tener toda una serie de nuevas aplicaciones si tenemos la inventiva necesaria para descubrirlas, y mis robots Jane *las descubrirán*. Una

vez logrado exactamente lo que busco, la nueva serie JN quedará amortizada en el plazo de cinco años, aunque tripliquemos la inversión realizada hasta ahora.

—¿Qué quieres decir con eso de «exactamente lo que buscas»? ¿Qué le pasa a Jane-4?

—Nada. Es decir, no gran cosa. Va por el buen camino, pero podría perfeccionarla, y me propongo hacerlo. Cuando la diseñé creía saber hacia dónde iba. Ahora la he puesto a prueba y ya sé hacia dónde voy. Tengo la intención de llegar hasta allí.

Jane-5 fue la respuesta. Madarian

tardó más de un año en construirla y esta vez no expresó ninguna reserva; su confianza era absoluta.

Jane-5 era más baja que el robot medio, y más delgada. Sin ser una caricatura de una mujer como había sido Jane-1, lograba producir una impresión de feminidad aun sin poseer ni un solo rasgo claramente femenino.

—Es su manera de tenerse en pie —dijo Bogert. Sus brazos colgaban grácilmente y, por alguna razón, el torso producía la impresión de curvarse ligeramente cuando el robot se volvía.

—Escúchala... —dijo Madarian—. ¿Cómo te sientes, Jane?

—Muy bien de salud, gracias —dijo Jane-5, y su voz sonó exactamente igual como la de una mujer; un dulce y casi inquietante contralto.

—¿Por qué has hecho esto, Clinton? —dijo Peter, sorprendido y con el ceño un poco contraído.

—Es importante desde el punto de vista psicológico —dijo Madarian—. Quiero que la gente la considere una mujer; que la traten como a una mujer; que *le expliquen* las cosas.

—¿Qué gente?

Madarian se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando a Bogert pensativo.

—Me gustaría que organizaras las cosas para que Jane y yo viajemos a Flagstaff.

Bogert no pudo dejar de advertir que Madarian no había dicho Jane-5. Esa vez había omitido el número. Ésa era la Jane.

—¿A Flagstaff? ¿Por qué? —preguntó indeciso.

—Porque ahí está el centro mundial de planetología general, ¿no es así? Allí es donde estudian las estrellas e intentan calcular las probabilidades de encontrar planetas habitables, ¿no es cierto?

—Ya lo sé, pero está en la Tierra. Ya, y desde luego no lo ignoro.

—Los desplazamientos de los robots sobre la Tierra están estrictamente controlados. Y el viaje es innecesario. Hazte raer una biblioteca de libros sobre planetología general aquí y deja que Jane se empape con ellos.

¡No! Peter, quieres meterte en la cabeza que Jane no un robot lógico corriente; es intuitiva.

—¿Y qué?

—¿Y cómo podemos saber qué es lo que necesita, qué le puede ser útil, qué la inspirará? Podemos emplear cualquier modelo metálico de la fábrica para leer libros; en ellos sólo hay datos en conserva, y además atrasados. Jane

tiene que disponer de información viva; tiene que conocer los tonos de voz, debe poseer información lateral; incluso debe saber cosas perfectamente irrelevantes. ¿Cómo demonios vamos a saber qué o cuándo algo desencadenará un mecanismo en su interior y le permitirá formar una pauta organizada? Si lo supiéramos, no la necesitaríamos para nada, ¿no crees?

Bogert empezaba a sentirse atosigado.

—Entonces haz venir aquí a esos hombres, los planetologistas generales —dijo.

—Sería inútil traerles aquí. Estarían

fuera de su elemento. No reaccionarían con naturalidad. Quiero que Jane pueda verles trabajar; quiero que vea sus instrumentos, sus despachos, sus mesas de trabajo, que sepa todo lo que pueda sobre ellos. Quiero que organices su traslado a Flagstaff. Y realmente no hay más que hablar.

Por un instante casi había hablado como Susan. Bogert se estremeció y dijo:

—Será complicado organizar algo así. Transportar un robot experimental...

—Jane no es experimental. Es la quinta de la serie.

—Las otras cuatro no eran modelos

útiles, en realidad.

Madarian levantó las manos con un gesto de impotente frustración.

—¿Y quién te obliga a decirle eso al Gobierno?

—El Gobierno no me preocupa. Es posible hacerle comprender que hay casos especiales. Lo que me preocupa es la opinión pública. Hemos progresado mucho en cincuenta años y no tengo intención de perder la mitad de lo ganado porque tú hayas perdido el control de un...

—No perderé el control. Tus comentarios son absurdos. ¡Mira! Norteamericana de Robots puede

costear un avión particular. Podemos aterrizar sin llamar la atención en el aeropuerto comercial más próximo y perdernos entre cientos de aterrizajes parecidos. Podemos hacer que nos espere un gran vehículo terrestre con un remolque acoplado para transportarnos a Flagstaff. Jane será izada con una grúa y para todos será obvio que estamos trasladando una pieza de equipo absolutamente no robótico con destino a los laboratorios. Nadie se detendrá a mirarnos dos veces. Los hombres de Flagstaff estarán informados y se les comunicará el motivo exacto de la visita. Tendrán todas las razones del

mundo para cooperar y evitar que haya filtraciones. Bogert contemporizó:

—Lo arriesgado será el transporte en el avión y el vehículo terrestre. Si algo le pasara a la grúa...

—No ocurrirá nada.

—La cosa podría pasar si desactivásemos a Jane durante el transporte. Entonces, si alguien descubriera que estaba allí dentro...

—No, Peter. No podemos hacer eso. No con Jane—5. Mira, ha estado asociando libremente desde que fue activada. Podemos congelar la información que posee mientras dure la desactivación, pero de ningún modo

podríamos hacer lo mismo con las libres asociaciones que ha estado formando.

—Pero, en ese caso, si por algún motivo llega a saberse que estamos transportando un robot activado...

—No se sabrá.

Madarian se mantuvo firme y finalmente despegó el avión. Era un último modelo de Computo-jet automático, pero llevaba un piloto humano -un empleado de Norteamericana de Robots- como refuerzo. La caja donde iba Jane fue desembarcada sin problemas en el aeropuerto, fue transferida al vehículo terrestre y llegó sin incidentes a los

Laboratorios de Investigación de Flagstaff.

Peter Bogert recibió la primera llamada de Madarian apenas una hora después de su llegada a Flagstaff. Madarian estaba embelesado y, como era propio de él, fue incapaz de esperar a comunicar sus impresiones.

El mensaje llegó vía rayos láser transmitidos por circuito cerrado, encubierto, desordenado y normalmente impenetrable, pero Bogert estaba exasperado. Sabía que sería posible descifrarlo si alguien con la suficiente capacidad tecnológica -el Gobierno por

ejemplo- así se lo proponía. La única verdadera garantía de seguridad estaba en el hecho de que el Gobierno no tenía ningún motivo para intentarlo. Al menos en eso confiaba Bogert.

—Por el amor de Dios, ¿tenías que llamar? —exclamó. Madarian le ignoró por completo.

—Ha sido una inspiración —dijo—. Una verdadera genialidad, te lo digo yo.

Bogert se quedó un instante con los ojos fijos en el auricular.

—No me digas que tienes la respuesta. ¿Tan pronto? —gritó luego, incrédulo.

—¡No, no! Danos un poco de

tiempo, maldita sea. Quiero decir que el asunto de la voz ha sido una inspiración. Fíjate bien, después del traslado desde el aeropuerto hasta el edificio principal de Flagstaff, descargamos a Jane y ella salió de la caja. Todos los hombres presentes dieron un paso atrás al verla. ¡Asustados! ¡Sin saber qué hacer! Si ni siquiera los científicos son capaces de comprender las leyes de la robótica, ¿qué podemos esperar del individuo medio sin ninguna formación? Durante un minuto me dije: «Todo habrá sido inútil. No hablarán. Sólo pensarán en encontrar alguna escapatoria rápida por si ella pierde el juicio y serán incapaces

de pensar en otra cosa».

—Bueno, entonces, ¿adonde quieres ir a parar?

—Pues entonces ella les saludó de manera rutinaria: «Buenas tardes, caballeros. Encantada de conocerles», dijo. Y lo pronunció en hermoso contralto... Y la cosa ya estuvo hecha. Un hombre se arregló la corbata y otro se pasó los dedos por los cabellos. Lo que de verdad me sorprendió fue ver al tipo más viejo del lugar parándose realmente a comprobar si llevaba abrochada la bragueta. Ahora todos van locos tras ella. Ha bastado la voz para lograrlo. Ella ya no es un robot; es una

chica.

—¿Quieres decir que están hablando con ella?

—¡Qué si están hablando con ella! Ya lo creo. Debería haberle programado entonaciones sensuales. De haberlo hecho ahora estarían intentando citarse a solas con ella. Hablando de reflejos condicionados, fíjate bien, los hombres responden a las voces. En los momentos más íntimos, ¿miran acaso? Lo importante es la voz que se oye...

—Sí, Clinton, me parece recordar. ¿Dónde está ahora Jane?

Con ellos. No quieren soltarla ni un momento.

—¡Maldita sea! Vete con ella. No la pierdas de vista, hombre.

Las llamadas de Madarian, durante su estancia de diez días en Flagstaff, se hicieron después menos frecuentes, y su entusiasmo fue decreciendo progresivamente.

Jane escuchaba atentamente, informó y de vez en cuando respondía. Seguía siendo popular. Se le permitía entrar en todas partes. Pero no se obtenían resultados visibles.

—¿Nada en absoluto? —preguntó Bogert. Madarian se puso en el acto a la defensiva.

—No puede decirse que nada en absoluto. Es imposible decir eso en el caso de un robot intuitivo. No sabemos qué puede estar ocurriendo en su interior. Esta mañana le ha preguntado a Jensen lo que había desayunado.

—¿Rossiter Jensen, el astrofísico?

—Claro, naturalmente. Luego ha resultado que esta mañana no había desayunado. Bueno, una taza de café.

—Conque Jane está aprendiendo a tener charlas intrascendentes. Eso difícilmente puede compensar el gasto...

—Oh, no seas cabezota. Nada es charla intrascendente para Jane. Lo ha preguntado porque le interesaba para

algún tipo de correlación cruzada que estaba formulando en su mente.

—¿Qué puede...?

—¿Cómo voy a saberlo? Si lo supiera, yo mismo sería Jane y no la necesitaríamos a ella. Pero tiene que significar algo. Jane lleva programada una alta motivación para obtener una respuesta al problema de localizar un planeta de habitabilidad y distancia óptimas y...

—Comunícate conmigo cuando lo haya logrado y no antes. Realmente no necesito recibir una descripción paso a paso de las posibles correlaciones.

La verdad es que no esperaba que le

notificaran el éxito e la misión. Con los días, fue apagándose el entusiasmo de Bogert, de modo que cuando por fin recibió la noticia, no estaba preparado. Y la recibió al final de todo.

—Esa última ocasión, cuando llegó el mensaje apoteósico de Madarian, éste le habló casi en un susurro. La exaltación había descrito un círculo completo y Madarian había caído en una reverente parsimonia.

—Lo ha logrado —dijo—. Lo ha logrado. Y lo ha conseguido cuando yo ya estaba a punto de darme por vencido. Después de haber recibido toda la información disponible y casi toda ella

por duplicado o triplicado, sin decir jamás una palabra que pareciera sugerir algo... Ahora estoy en el avión, de regreso. Acabamos de despegar.

Bogert consiguió recuperar el aliento.

—No juegues conmigo, amigo. ¿Tienes la *respuesta*? Si es así, dímelo, sin rodeos.

—Ella tiene la respuesta. Me ha dado la respuesta. Me ha dado los nombres de tres estrellas situadas en un radio de ochenta años luz con entre un sesenta y un noventa por ciento de probabilidades, dice ella, de poseer un planeta habitable cada una. Al menos en

un caso, la probabilidad es de 0,972. Es prácticamente seguro. Y esto es sólo el principio. Una vez de regreso, podrá exponernos la línea exacta de razonamiento que le ha permitido llegar a esta conclusión, y puedo vaticinar que toda la ciencia de la astrofísica y la cosmología quedarán...

—¿Estás seguro...?

—¿Crees que sufro alucinaciones? Tengo un testigo. El pobre tipo ha saltado más de medio metro en el aire cuando Jane ha comenzado a desgranar súbitamente la respuesta en su magnífica voz...

Y entonces se produjo el impacto del

meteorito, y la consiguiente y completa destrucción del aparato dejó a Madarian y al piloto reducidos a trocitos de carne sanguinolenta y fue imposible recuperar ningún resto aprovechable de Jane.

En Norteamericana de Robots no se había visto nunca un desaliento tan profundo. Robertson intentó consolarse pensando que la misma integridad de la destrucción había encubierto totalmente las ilegalidades en que había incurrido la empresa.

Peter movía tristemente la cabeza y se lamentaba:

—Hemos perdido la mejor

oportunidad que jamás ha tenido Norteamericana de Robots de lograr una imagen pública intachable; una oportunidad de superar el condenado complejo de Frankenstein. Habría sido un gran paso para los robots que uno de ellos obtuviese la solución del problema del planeta habitable, después de que otros robots ya habían contribuido a descubrir el salto espacial. Los robots nos habrían abierto la galaxia. Y si al mismo tiempo hubiéramos podido hacer avanzar los conocimientos científicos en una docena de direcciones distintas, como sin duda habríamos hecho... Oh, Cielos, es imposible calcular los

beneficios que ello hubiera reportado a la especie humana, y a nosotros, naturalmente.

—Podríamos construir otras Janes, ¿no? —dijo Robertson—. ¿Aun sin Madarian?

—Desde luego que sí. Pero ¿podemos contar con que vuelva a establecerse la correlación adecuada otra vez? ¿Quién sabe cuan baja era la probabilidad de ese resultado final? ¿Y si a Madarian le hubiera favorecido por una vez la suerte de los principiantes seguida luego de una mala suerte aun más fantástica? Que un meteorito haya hecho blanco... Es simplemente

increíble...

—Pudo ser... intencionado —dijo Robertson en un vacilante susurro—. Quiero decir, si no debíamos de saberlo, y si el meteorito fue un dictamen de...

Enmudeció bajo la mirada inquisitiva de Bogert.

—No habrá sido una pérdida total, espero —dijo Bogert—. Sin duda otras Janes podrán sernos útiles en algún sentido. Y podemos dotar a otros robots de voces femeninas, si eso puede contribuir a favorecer su aceptación por parte del público, aunque me pregunto qué dirán las mujeres. ¡Si sólo supiéramos qué dijo Jane-5!

—En su última llamada, Madarian dijo que había un testigo.

—Lo sé —dijo Bogert—. He estado reflexionando sobre ello. ¿Creen que no me he puesto en contacto con Flagstaff? Nadie en todo el lugar le oyó decir nada fuera de lo corriente a Jane, nada que sonase como una respuesta al problema del Planeta habitable, y desde luego cualquiera de ellos habría identificado la respuesta, caso de producirse..., o al menos había reconocido que podía ser una respuesta. ¿Creen que Madarian puede haber mentido? ¿O que se nacía vuelto loco? Tal vez intentaba cubrirse las espaldas... ¿Quiere decir que tal vez

estuviera intentando salvar su reputación, fingiendo que tenía la respuesta, para luego manipular a Jane impidiéndole hablar y entonces poder decir: «Oh, lo siento, debió de ser algo accidental. ¡Oh, maldita sea!»? No puedo aceptarlo ni por un instante. Puestos en ese plan, podríamos suponer que también organizó la caída del meteorito.

—¿Qué podemos hacer, pues?

—Concentrarnos otra vez en Flagstaff —dijo Bogert abatido—. La respuesta tiene que estar allí. Tengo que profundizar más, eso es todo. Me iré allí y charlaré con un par de personas del

departamento de Madarian. Tenemos que registrar ese lugar de arriba abajo y de uno a otro extremo.

—Pero, aun cuando hubiera un testigo y éste lo hubiese oído todo, ¿de qué nos serviría, si ya no tenemos a Jane para que nos explique el proceso?

—Cualquier pequeña información puede ser útil. Jane citó los nombres de las estrellas; probablemente según los números del catálogo, pues ninguna de las estrellas bautizadas tiene la menor probabilidad. Si alguien es capaz de recordar habérselo oído decir y también recuerda incluso el número del catálogo, o si lo oyó con la claridad suficiente

para poder recuperarlo a través de una psicoprueba si falla el recuerdo consciente, en tal caso ya tendríamos algo. Con los resultados obtenidos al final, y los datos que se proporcionaron a Jane al principio, tal vez pudiéramos reconstruir la línea de razonamiento; tal vez lográsemos recuperar la intuición. Si lo consiguiésemos, la partida estaría salvada...

Bogert regresó al cabo de tres días, callado y totalmente deprimido. Cuando Robertson le preguntó ansioso si había conseguido algo, movió negativamente la cabeza.

—¡Nada!

—¿Nada?

—Absolutamente nada. He hablado con todos los hombres de Flagstaff, con todos los científicos, técnicos, estudiantes que tuvieron algún contacto con Jane; todos los que al menos la habían visto. No eran demasiados; debo reconocer que Madarian fue discreto en ese aspecto. Sólo dejó que la vieran quienes podían proporcionarle algún conocimiento planetológico. En conjunto, treinta y tres hombres habían visto a Jane y sólo doce de ellos habían hablado con ella a un nivel no estrictamente casual.

»Les he hecho repasar una y otra vez

todo lo que dijo Jane. Lo recordaban todo muy bien. Son hombres de agudo ingenio que participaban en un experimento crucial relacionado con *su* especialidad, de modo que tenían todas las motivaciones para recordar. Y se encontraban ante un robot parlante, algo sorprendente de por sí, el cual además hablaba como una actriz de la televisión. Era imposible que lo olvidaran.

—Tal vez una psicoprueba... —sugirió Robertson.

—Si alguno de ellos tuviera la más remota idea de que algo había sucedido, lograría sonsacarle su consentimiento para realizar la prueba. Pero no tenemos

la menor excusa y no podemos poner a prueba a dos docenas de hombres que se ganan la vida con su cerebro. Sinceramente, no cuente con mi colaboración para eso. Si Jane hubiera mencionado tres estrellas y hubiera dicho que poseían planetas habitables, su cerebro habría echado chispas, como tocado por un fuego de artificio. ¿Cómo podría haberlo olvidado ninguno de ellos?

—Entonces, tal vez alguno mienta —dijo Robertson sombrío—. Desea conservar la información para su propio uso, para reivindicar más adelante toda la fama.

—¿Y de qué le serviría? —dijo Bogert—. Para empezar, todos los demás especialistas saben exactamente para qué estaban allí Madarian y Jane. Y en segundo lugar, también conocen el motivo de mi visita. Si en cualquier momento futuro, alguno de los hombres que ahora trabajan en Flagstaff se descuelga de pronto con una teoría de un planeta habitable sorprendentemente nueva y distinta, pero válida, todos los demás hombres presentes en Flagstaff y todo el personal de Norteamericana de Robots sabrán en el acto que la teoría es robada. Jamás lograría hacerla pasar por suya.

—Entonces, el mismo Madarian se engañó por algún motivo.

—Tampoco veo la forma para poder creer eso. Madarian tenía una personalidad irritante..., todos los robosicólogos tienen personalidades irritantes, creo; ésa debe de ser la razón que trabajen con robots y no con seres humanos. Pero no era tonto. No *pudo* equivocarse en algo así.

—Entonces...

Pero Robertson había agotado las posibles conjeturas. Habían topado con una pared en blanco y todos se quedaron mirándose desconsolados durante algunos minutos. Finalmente Robertson

volvió a cobrar vida.

—Peter...

—¿Sí?

—Consultémoslo a Susan.

Bogert se puso rígido.

—¿Cómo?

—Que se lo consultemos a Susan. Llamémosla y pidámosle que venga.

—¿Para qué? ¿Qué puede hacer en realidad?

—No lo sé. Pero también es robosicóloga, y tal vez comprenda a Madarian mejor que todos nosotros. Además, ella... Oh, qué demonios, siempre tuvo más seso que cualquiera de nosotros.

—Tiene casi ochenta años.

—Y tú tienes setenta. ¿Qué hay con eso? Bogert suspiró. ¿Habría perdido su lengua corrosiva algo de su aspereza en esos años de retiro?

—Bueno, se lo pediré —dijo.

Susan Calvin entró en el despacho de Bogert y lanzó una lenta ojeada a su alrededor antes de fijar la mirada en el director de investigación. Había envejecido mucho desde su jubilación. Tenía los cabellos de un tenue color blanco y la cara toda arrugada. Estaba tan delgada que casi parecía transparente, y sólo sus ojos, penetrantes

e inflexibles, recordaban aún a la mujer de antaño.

Bogert se adelantó con gesto cordial y le alargó la mano.

—¡Susan!

Susan Calvin la cogió entre las suyas.

—Tienes bastante buen aspecto, Peter, para ser un anciano —dijo—. En tu lugar, yo no esperaría al año que viene. Retírate ahora y da paso a los jóvenes... Y Madarian ha muerto. ¿Me has llamado para pedirme que vuelva a ocupar mi antiguo puesto? ¿Estás decidido a conservar las antiguallas hasta pasado un año de su verdadera

muerte física?

—No, no, Susan. Te he llamado... —Se interrumpió. A fin dé cuentas, no tenía ni idea de por dónde empezar.

Pero Susan leyó sus pensamientos con la misma facilidad de siempre. Se sentó con una cautela inspirada por unas articulaciones rígidas y dijo:

Peter, me has llamado porque estás en un gran apuro. De lo contrario, hubieras preferido verme muerta que a menos de una milla de ti.

—Vamos, Susan...

—No pierdas el tiempo con trivialidades. Nunca tuve tiempo que perder cuando contaba cuarenta años y

desde luego tampoco puedo perderlo ahora. La muerte de Madarian y el hecho de que me hayas llamado son dos acontecimientos fuera de lo corriente, de modo que debe de haber alguna relación entre ellos. Dos acontecimientos poco usuales sin una relación representan un suceso con una probabilidad demasiado baja para merecer que se le preste atención. Empieza desde el principio y no te preocupes aunque quedes como un estúpido. Hace tiempo que descubrí que lo eras.

Bogert carraspeó tristemente y comenzó a hablar. Susan le escuchó con atención, levantando de vez en cuando la

arrugada mano para interrumpirle y hacerle alguna pregunta.

Llegados a cierto punto soltó un bufido.

—¿Intuición femenina? ¿Para eso queríais el robot? Vaya con los hombres. Topáis con una mujer que ha llegado a una conclusión correcta y sois incapaces de reconocer que posee una inteligencia igual o superior a la vuestra, conque vais e inventáis algo llamado intuición femenina.

—Oh, sí, Susan, pero déjame continuar...

Continuó. Al oír que Jane tenía voz de contralto, Susan dijo:

—A veces resulta difícil decidir si merece la pena indignarse contra el sexo masculino o si más vale prescindir por completo de él por excesivamente despreciable.

—Bueno, déjame continuar... —dijo Bogert. Cuando hubo terminado, Susan dijo:

—¿Me concedes el derecho a utilizar privadamente este despacho durante un par de horas?

—Sí, pero...

—Quiero examinar los distintos documentos: el programa de Jane, las llamadas de Madarian, las entrevistas que tuviste en Flagstaff —dijo ella—.

Supongo que podré usar este precioso teléfono de rayos láser de nuevo diseño y tu terminal de la computadora si quiero.

—Claro, naturalmente.

—Bien, entonces, largo de aquí, Peter.

Aún no habían transcurrido cuarenta y cinco minutos cuando Susan Calvin se acercó renqueando a la puerta, la abrió y llamó a Bogert.

Cuando éste apareció, venía acompañado de Robertson. Entraron juntos y Susan saludó a este último con un «Hola, Scott», no demasiado

entusiasta.

Bogert intentó desesperadamente adivinar los resultados en la cara de Susan, pero sólo vio las facciones de una ceñuda viejecita nada predispuesta a facilitarle las cosas.

—¿Crees que podrás hacer algo, Susan? —preguntó con cautela.

—¿Más de lo que ya he hecho? ¡No! No hay nada más que hacer.

Los labios de Bogert esbozaron un mohín de disgusto; Robertson, en cambio, preguntó:

—¿Qué has hecho ya, Susan?

—He estado pensando un poco —respondió ella—. Algo que según

parece nunca conseguiré que haga nadie más. Para empezar, he estado pensando en Madarian. Le conocía, como ya sabéis. Tenía cerebro pero era un extrovertido muy irritante. Creí que te gustaría como sucesor mío, Peter.

—Fue un cambio —dijo Peter, incapaz de guardarse el comentario.

—Y siempre corría a comunicarte los resultados tan pronto los tenía, ¿verdad?

—Sí, eso hacía.

—Y, sin embargo —dijo Susan—, recibiste su último mensaje, aquel en el cual te comunicaba que Jane le había dado la respuesta, desde el avión. ¿Por

qué esperaría tanto? ¿Por qué no te llamó cuando todavía estaba en Flagstaff, inmediatamente después de que Jane dijera lo que sea que dijo?

—Supongo que por una vez deseó asegurarse bien —dijo Peter— y..., bueno, no lo sé. Era lo más importante que jamás le había ocurrido; es posible que por una vez deseara esperar e ir sobre seguro.

—Al contrario; cuanto más importante fuese, menos habría esperado, te lo aseguro. Y si era capaz de esperar, ¿por qué no acabar de hacer bien las cosas y aguardar hasta estar de regreso en la Norteamericana de Robots

donde podría contrastar los resultados con todo el equipo de computadoras que esta empresa podía poner a su disposición? En resumen, bajo un punto de vista esperó demasiado y bajo el otro se precipitó.

—Entonces crees que preparaba alguna jugada... —la interrumpió Robertson.

Susan le miró indignada.

—Scott, no intentes competir con Peter en cuanto a comentarios pueriles. Dejadme continuar... Existe un segundo aspecto, que hace referencia al testigo. Según la grabación de esa última llamada, Madarian dijo: «El pobre tipo

ha saltado más de medio metro en el aire cuando Jane ha comenzado a desgranar súbitamente la respuesta en su magnífica voz». En realidad, eso fue lo último que dijo. Y lo que yo me pregunto entonces es: ¿por qué saltó el testigo? Madarian había explicado que todos los hombres estaban prendados de esa voz, y habían pasado diez días con el robot, con Jane. ¿Por qué iba a sorprenderles el mero hecho de que ella hablase?

—Supuse que había sido por la sorpresa de oír en boca de Jane la respuesta a un problema que ha tenido ocupados a los planetólogos durante casi un siglo —dijo Bogert.

—Pero ellos esperaban esa respuesta desella. Para eso estaba allí. Además, es preciso tener en cuenta los términos de la frase. La declaración de Madarian parece indicar que el testigo quedó desconcertado, no sorprendido, si pueden distinguir el matiz. Más aún, esa reacción se produjo cuando «súbitamente Jane comenzó», en otras palabras, en el momento de iniciarse la declaración. Para sorprenderse por el contenido de las palabras de Jane, el testigo tendría que haber escuchado un rato a fin de poder asimilarlo. Madarian habría dicho que había saltado más de medio metro después de oírle decir a

Jane tal y tal cosa. Habría hablado de «después» y no de «cuando», y no habría incluido la palabra «súbitamente».

No creo que puedas matizar hasta el punto de considerar la utilización o no utilización de una palabra —dijo Bogert incómodo.

—Puedo hacerlo —replicó Susan con voz gélida—, pues soy robosicóloga. Y puedo suponer que Madarian también lo hacía, porque él era robosicólogo. Conque tendremos que explicar esas dos anomalías. El extraño retraso de la llamada de Madarian y la extraña reacción del

testigo.

—¿*Tú* puedes explicarlas? —preguntó Robertson.

—Evidentemente —dijo Susan—, pues suelo reflexionar con un poco de simple lógica. Madarian llamó para comunicar la noticia sin la menor demora, como hacía siempre, o al menos con tan poca tardanza como le fue posible. Si Jane hubiera resuelto el problema en Flagstaff, sin duda habría llamado desde allí. Como llamó desde el avión, es evidente que ella debió de resolver el problema cuando él ya había salido de Flagstaff.

—Pero entonces...

—Dejadme terminar. ¿Madarian no fue transportado del aeropuerto a Flagstaff en un vehículo pesado cerrado? ¿Y Jane no fue con él, en su caja?

—Sí.

—Y es de suponer que Madarian y Jane en su caja regresaron de Flagstaff al aeropuerto en el mismo vehículo pesado cerrado. ¿No es cierto?

—Sí, ¡naturalmente!

—Y tampoco iban solos en ese vehículo. En una de sus llamadas, Madarian dijo: «Nos condujeron del aeropuerto al edificio principal», y supongo que es correcto deducir que si

les condujeron, es que debía de haber un chofer, un conductor humano, en el vehículo.

—¡Cielo santo!

—Lo malo de ti, Peter, es que cuando piensas en un testigo de una declaración planetológica, imaginas que tuvo que ser un planetólogo. Divides a los seres humanos en categorías, y menosprecias y desdeñas a la mayoría de ellos. Un robot no puede hacer eso. La primera ley dice: «Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal». *Cualquier* ser humano. Ésa es la esencia de la

concepción rebotica de la vida: Un robot no hace distinciones. Para un robot, todos los hombres son verdaderamente iguales, y para un robosicólogo que debe tratar forzosamente a los hombres a nivel robótico, todos éstos son también verdaderamente iguales.

»A Madarian no le hubiera pasado por la cabeza decir que un camionero había escuchado la declaración. Para ti, un camionero no es un científico sino un simple apéndice animal de un camión, pero para Madarian era un hombre, y un testigo. Ni más ni menos.

Bogert meneó la cabeza, incrédulo.

—Pero, ¿estás *segura*?

—Claro que estoy segura. ¿Cómo explicarías si no el otro detalle; el comentario de Madarian sobre el sobresalto del testigo? Jane iba embalada, ¿no? Pero no estaba desactivada. Según los informes, Madarian siempre fue contrario a desactivar jamás a un robot intuitivo. Además, Jane-5, como todas las Janes, era sumamente poco comunicativa. Es muy probable que a Madarian no se le ocurriera en ningún momento ordenarle que debía permanecer callada mientras estuviera en la caja; y las ideas comenzaron a encajar finalmente dentro

de la caja. Como es lógico, ella empezó a hablar. Una hermosa voz de contralto sonó de pronto procedente del interior de la caja. ¿Qué harías al ocurrir eso, si fueras conductor? Seguro que tendrías un sobresalto. Es un milagro que no chocara.

—Pero si el testigo fue el camionero, ¿por qué no se presentó...?

—¿Por qué? ¿Crees que puede saber que había ocurrido algo crucial, que lo que oyó era importante? Además, ¿no crees que Madarian debió de darle una buena propina pidiéndole que no dijera nada? ¿*Querías* que corriera la noticia de que se había transportado ilegalmente

un robot activado sobre la superficie de la Tierra?

—Bueno, ¿será capaz de recordar lo que oyó?

—¿Por qué no? Tal vez tú pienses, Peter, que un camionero, situado un peldaño por encima del mono en tu opinión, es incapaz de recordar. Pero los camioneros también tienen cerebro. Las declaraciones fueron sumamente extraordinarias y es muy posible que el conductor haya recordado algunas.

Aunque confunda algún número o alguna letra, nos encontrados ante un conjunto finito, como sabéis, las cinco mil quinientas estrellas o sistemas de

estrellas, poco más o menos, que están situadas en un radio de ochenta años luz, pues no he consultado la cifra exacta. Es posible llegar a obtener los datos correctos. Y, en caso necesario, tendréis todas las posibles excusas para recurrir a la sicoprueba...

Los dos hombres se la quedaron mirando. Por fin, Bogert, sin atreverse a creerlo, susurró:

—Pero, ¿cómo puedes estar tan *segura*?

Por un momento, Susan estuvo a punto de decir: «Por que he llamado a Flagstaff, bobo, y porque he hablado con el camionero, y porque él me ha dicho lo

que oyó, y porque he consultado el computador de Flagstaff y he obtenido los nombres de las tres únicas estrellas que concuerdan con la información, y porque tengo esos nombres en el bolsillo».

Pero no lo dijo. Dejaría que hiciera él todas las averiguaciones por su cuenta. Susan se levantó con gran cuidado.

—¿Que cómo puedo estar tan segura? —dijo sardónica—. Digamos que es cosa de intuición femenina.

Dos clímax

Cada una de estas dos historias es post Susan Calvin. Son los relatos largos más recientes que he escrito acerca de robots, y en cada uno de ellos intento adoptar una óptica generalizada y ver cuál puede ser el final definitivo de la robótica. Y con ello llego a cerrar el círculo..., puesto que aunque me adhiero estrictamente a las tres leyes, la primera historia, «Qué es el hombre», es claramente una historia de Robots-como-amenaza, mientras que la segunda, «El hombre del bicentenario», es

incluso más claramente una historia de Robots-como-Pathos.

De todas las historias de robots que he escrito, «El hombre del bicentenario» es mi favorita y, creo, la mejor. De hecho, tengo la terrible sensación de que es probable que no me importe pararme definitivamente aquí y no escribir nunca más ninguna otra historia seria sobre robots. Pero, de nuevo ahí, eso es solamente posible. ¿Saben?, yo nunca soy predecible.

Qué es el hombre

Las tres leyes de la robótica:

1. *Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.*
2. *Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.*
3. *Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la*

segunda ley.

1

Keith Harriman, que ya llevaba doce años como Director de Investigación de Norteamericana de *Robots y Hombres Mecánicos, S. A.*, no se sentía nada seguro de que ése fuera el proceder correcto. La punta de su lengua recorrió sus labios gruesos pero más bien pálidos y tuvo la impresión de que el retrato hológrafo de la gran Susan Calvin, que le miraba sin sonreír desde las alturas, nunca había tenido una expresión tan sombría.

Normalmente solía prescindir de ese

retrato de la roboticista más destacada de la historia, pues su presencia le irritaba. (Había intentado considerar el retrato como un mero objeto pero nunca lo había logrado del todo.) En esta ocasión no acababa de atreverse a hacerlo y la mirada de la mujer, desde hacía largo tiempo difunta, se le clavaba en el lado de la cara.

El paso que tendría que dar era terrible y humillante.

George Diez estaba sentado frente a él, sereno e indiferente tanto al evidente malestar de Harriman como a la imagen de la santa patrona de la robótica que resplandecía desde lo alto de su

pedestal.

—La verdad es que nunca hemos tenido ocasión de hablar a fondo de esto, George —dijo Harriman—. No llevas demasiado tiempo con nosotros y no se ha presentado una buena oportunidad de estar a solas los dos. Pero ahora me gustaría discutir el asunto con cierta profundidad.

—Estoy perfectamente dispuesto a hacerlo —dijo George—. Durante el tiempo que llevo en Norteamericana de Robots, he deducido que la crisis guarda alguna relación con las tres leyes.

—Sí. Conoces las tres leyes, naturalmente.

—Las conozco.

—Sí, no lo dudo. Pero vamos a profundizar un poco más para considerar el problema verdaderamente fundamental. En dos siglos de considerable éxito, si me está permitido decirlo, Norteamericana de Robots no ha logrado jamás que los seres humanos aceptasen a los robots. Sólo hemos utilizado robots para realizar tareas que no pueden hacer los seres humanos, o en medios que los humanos consideran inaceptablemente peligrosos. Los robots han trabajado, sobre todo, en el espacio y ello ha limitado nuestras posibilidades de actuación.

—Ése es sin duda un amplio campo —dijo George—, y Norteamericana de Robots puede prosperar dentro de sus límites.

—No, por dos motivos. En primer lugar, los límites dentro de los que nos movemos se contraen inevitablemente. A medida que la colonia de la Luna se va perfeccionando, por ejemplo, disminuye su demanda de robots y las expectativas son de que, en los próximos años, se prohíba la presencia de robots en la Luna. Esto se irá repitiendo en todos los mundos que colonice la humanidad. En segundo lugar, es imposible una verdadera prosperidad sin robots sobre

la Tierra. En Norteamericana de Robots tenemos la firme convicción de que los seres humanos necesitan a los robots y tienen que acostumbrarse a convivir con sus réplicas mecánicas si se desea seguir manteniendo el progreso.

¿Y no lo hacen ya? Señor Harriman, aquí en su escritorio tiene usted una terminal de una computadora que, según tengo entendido, está conectada al Multivac de la empresa. Una computadora es una especie de robot sésil; un cerebro de robot sin cuerpo...

—Tienes razón, pero también esto tiene sus limitaciones. Las computadoras

que utiliza la humanidad se han ido especializando continuamente a fin de eludir una inteligencia demasiado parecida a la humana. Hace un siglo estábamos a punto de lograr una inteligencia artificial de tipo sumamente ilimitado mediante el uso de grandes computadoras que denominamos «Máquinas» Esas «Máquinas» limitaron su acción por su propia iniciativa. Una vez resuelto el problema ecológico que había amenazado a la humanidad, ellas mismas se desconectaron. La mera continuación de su existencia, fue su razonamiento, habría hecho de ellas una especie de muletas para la humanidad y,

considerando que ello sería perjudicial para los seres humanos, se condenaron a la extinción según los dictados de la primera ley.

—¿Y no fue correcto este proceder?

—En mi opinión, no. Con su acción, reforzaron el complejo de Frankenstein de la humanidad; sus temores irracionales de que cualquier hombre artificial creado por ellos acabaría volviéndose contra su creador. Los hombres temen que los robots puedan sustituir a los seres humanos.

—¿Y usted no lo teme también?

—Estoy mejor informado. Ello no será posible mientras existan las tres

leyes de la rebotica. Los robots pueden ser compañeros de la humanidad; pueden participar en la gran lucha por comprender y dirigir sabiamente las leyes de la naturaleza y, reunidos, podrían conseguir sin duda mucho más de lo que lograría la humanidad sola; pero siempre de manera que los robots estuviesen al servicio de los seres humanos.

—Pero si las tres leyes han demostrado ser capaces de mantener a raya a los robos durante doscientos años, ¿a qué obedece la desconfianza que sienten los seres humanos hacia ellos?

—Verás... —y el pelo canoso de Harriman se ahuecó y él empezó a rascarse vigorosamente la cabeza—, en buena parte es cuestión de superstición, naturalmente. Por desgracia, también hay algunos problemas de los que se aprovechan los agitadores antirrobots.

—¿Referentes a las tres leyes?

—Sí. En particular por lo que respecta a la segunda ley. La tercera ley no plantea el menor problema, ¿comprendes? Es universal. Los robots deben sacrificarse siempre por los seres humanos, todos los seres humanos.

—Evidentemente —dijo George Diez.

—La primera ley tal vez resulte menos satisfactoria, pues siempre es posible imaginar una situación en la cual un robot deberá realizar o bien una acción A o bien otra acción B, ambas mutuamente excluyentes, y cada una de las cuales sea perjudicial para algunos seres humanos. En ese caso, el robot tendrá que decidir rápidamente qué acción causará menos daño. No es fácil establecer los circuitos positrónicos del cerebro del robot de manera que sea posible esa selección. Suponiendo que la acción A dañara a un joven artista de talento y la acción B causara un daño equivalente a cinco personas ancianas

sin ningún mérito particular, ¿qué acción debería escoger el robot?

—La acción A —dijo George Diez —. El daño causado a una persona es inferior al daño causado a cinco de ellas.

—Sí, los robots siempre han estado diseñados para que tomaran esa opción. Siempre se ha considerado poco práctico esperar que los robots pudieran juzgar detalles tales como el talento, la inteligencia, la utilidad general para la sociedad. Ello retrasaría la decisión hasta el punto de dejar prácticamente paralizado al robot. Conque nos guiamos por el número. Por fortuna, es de

esperar que sean escasos los momentos críticos en que los robots deban tomar decisiones de este tipo... Pero ello nos lleva a la segunda ley.

—¿La ley de la obediencia?

—Sí. La necesidad de obediencia es constante. Un robot puede existir durante veinte años sin verse nunca en la necesidad de actuar rápidamente para evitar que un ser humano sufra algún daño, ni verse obligado a correr el riesgo de su propia destrucción. Sin embargo, durante todo ese tiempo, constantemente estará obedeciendo órdenes... ¿Quién dará esas órdenes?

—Un ser humano.

—¿Cualquier ser humano? ¿Cómo decidir quién es un ser humano y saber así si es preciso obedecerle o no? ¿Qué es el hombre que vos cuidáis de él, George?

George titubeó ante esta pregunta.

—Es una cita bíblica —se apresuró a aclarar Harriman—. Olvídalo. Lo que quiero decir es: ¿debe obedecer un robot las órdenes de un niño; o de un idiota; o de un criminal; o de un hombre inteligente y perfectamente decente pero que casualmente es inexperto y, por tanto, ignora las consecuencias indeseables de su orden? Y si dos seres humanos dan órdenes conflictivas a un

robot, ¿cuál de esas órdenes deberá obedecer aquél?

—¿No se han planteado y se han resuelto ya estos problemas en estos doscientos años? —dijo George.

—No —respondió Harriman con un violento movimiento de cabeza—. Nos ha frenado el propio hecho de que nuestros robots sólo hayan sido utilizados en medios especializados del espacio exterior, donde los hombres que trabajaban con ellos eran expertos en su materia. No había niños, ni idiotas, ni criminales, ni ignorantes bienintencionados en el lugar. Aun así, en algunas ocasiones se ha causado daño

a resultas de órdenes estúpidas o simplemente irreflexivas. Estos perjuicios causados en un medio limitado y especializado eran fáciles de controlar. Pero en la tierra, los robots tienen que poseer la capacidad de discernir. Eso afirman los que se oponen a los robots, y tienen razón, qué diablos.

—Entonces será preciso insertar la capacidad de discernir en el cerebro positrónico.

—Exactamente. Hemos comenzado a reproducir modelos JG en los que el robot es capaz de distinguir a cada ser humano según su sexo, su edad, su posición social y profesional, su

inteligencia, su madurez, su responsabilidad social, etc.

—¿Y cómo afectaría esto a las tres leyes?

—La tercera ley no variaría en absoluto. Hasta el más valioso de los robots debe autodestruirse por el bien del más inútil de los seres humanos. Es algo que no admite discusión. La primera ley sólo se ve afectada en caso de que cualquier acción alternativa sea perjudicial. Entonces deberá considerarse la calidad, a más de la cantidad, de los seres humanos afectados, suponiendo que haya tiempo para hacer ese juicio y criterios para

ello, lo cual no ocurrirá con frecuencia. La que quedará más profundamente modificada será la segunda ley, pues cualquier obediencia potencial deberá ir acompañada de un juicio previo. El robot tardará más en obedecer, excepto cuando también se aplique la primera ley, pero obedecerá más racionalmente.

—Pero los juicios que se requieren son muy complicados.

—Mucho. La necesidad de discernir esas cuestiones disminuyó la capacidad de reacción de nuestro primer par de modelos hasta dejarlos paralizados. Logramos mejorar la situación en modelos posteriores, a cambio de

introducir tantos circuitos que el cerebro del robot resultó voluminoso en exceso. Pero creo que por fin hemos logrado lo que buscábamos en nuestro último par de modelos. El robot no tiene que ser capaz de juzgar instantáneamente los méritos de un ser humano y el valor de sus órdenes. Comienza por obedecer a todos los seres humanos, como un robot corriente, y luego aprende. El robot crece, aprende y madura. Al principio es el equivalente de un niño y debe estar sometido a constante vigilancia. Sin embargo, a medida que va creciendo, puede permitírsele adentrarse en la sociedad de la Tierra con un control

cada vez menor. Finalmente, se convierte en un miembro de pleno derecho de esa sociedad.

—Sin duda, ello anula todas las objeciones de los que se oponen a los robots.

—No —dijo Harriman con enfado —. Ahora sus objeciones son otras. No quieren aceptar ningún juicio de valor. Según ellos, un robot no tiene derecho a decidir que tal o tal persona es inferior. Si el robot acepta las órdenes de A con preferencia a las de B, B queda calificado como una persona menos importante que A, lo cual atenta contra sus derechos humanos.

—¿Cómo se resuelve esto?

No hay solución. Yo me rindo.

—Comprendo.

Por lo que a mí respecta... Pero te la pido a ti, George.

¿A mí? —La voz de George Diez no se alteró. En ella había una leve nota de sorpresa, pero nada que le afectase exterior mente—. ¿Por qué a mí?

—Porque no eres un hombre —dijo Harriman muy tenso—. Ya te he dicho que quiero que los robots colaboren con los seres humanos. Y quiero que tú seas mi colaborador.

George Diez levantó las manos y las separó, con las palmas levantadas, en un

gesto curiosamente humano.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tal vez tú pienses que no puedes hacer nada, George. No hace mucho que fuiste creado y todavía eres un niño. Fuiste diseñado de forma que no estuvieras saturado de información inicial -por esto he tenido que explicarte la situación de forma tan detallada-, a fin de dejar espacio para el proceso de desarrollo. Pero tu cerebro se desarrollará y serás capaz de abordar el problema desde un punto de vista no humano. Ahí donde yo no encuentro solución, tal vez tú sepas hallar una, desde tu propio punto de vista distinto.

—Mi cerebro ha sido diseñado por el hombre —dijo George Diez—. ¿En qué sentido puedo ser no-humano?

—Eres el último modelo JG, George. Tu cerebro es el más complicado que hemos diseñado hasta el momento, en algunos aspectos más sutilmente complejo que los de las viejas «Máquinas» gigantes. Es un cerebro abierto y, a partir de una base humana, puede; no, debe, desarrollarse en cualquier sentido. Aun sin salirte de los límites infranqueables de las tres leyes, puedes llegar a ser completamente no-humano en tu pensamiento.

—¿Sé lo suficiente sobre los seres

humanos para poder abordar este problema de manera racional? ¿Conozco suficientemente su historia? ¿Su psicología?

—Claro que no. Pero aprenderás tan rápido como puedas.

—¿Me ayudará alguien, señor Harriman?

—No. Esto es algo totalmente privado entre tú y yo. Nadie más está enterado y no debes mencionar este proyecto a ningún otro ser humano, ni en Norteamericana de Robots ni en ninguna otra parte.

—¿Estamos haciendo algo malo, señor Harriman, y por eso quiere

guardar el secreto? —preguntó George.

—No. Pero nadie aceptará la solución de un robot, precisamente por proceder de él. Cualquier solución que se te ocurra deberás confiármela a mí; y si yo la considero interesante, yo la presentaré. Nadie sabrá jamás que salió de ti.

—Visto lo que acaba de decirme antes —dijo serenamente George Diez —, creo que es el procedimiento adecuado... ¿Cuándo empezaré?

—Ahora mismo. Me ocuparé de proporcionarte todas las películas necesarias para que las examines.

1A

Harriman se quedó allí sentado a solas. En el interior artificialmente iluminado de su oficina, nada indicaba que afuera ya era oscuro. No tenía la menor sensación real de que habían transcurrido tres horas desde que había trasladado otra vez a George Diez a su cubículo y le había dejado allí con las primeras referencias filmadas.

Ahora estaba solo, con la única compañía del fantasma de Susan Calvin, la brillante roboticista que, prácticamente sin ayuda, había

desarrollado el robot del cerebro positrónico desde el juguete gigantesco que era hasta convertirlo en el más delicado y versátil instrumento del hombre; tan delicado y versátil que el hombre no se atrevía a usarlo, lleno de envidia y temor.

Había transcurrido más de un siglo desde su muerte. El problema del complejo de Frankenstein ya existía en su tiempo, y Susan Calvin jamás había logrado resolverlo. Nunca intentó resolverlo, pues no había sido necesario. La robótica experimentó una expansión, en sus tiempos, con las exigencias de la exploración espacial.

Los mismos éxitos de los robots habían determinado que el hombre, luego, los necesitara menos, dejando a Harriman, en esa época posterior...

—Pero ella habría solicitado la ayuda de los robots. Ciertamente lo hubiera hecho...

Y Harriman se quedó allí sentado a solas toda la noche.

2

Maxwell Robertson era el principal accionista de *Norteamericana de Robots* y en ese sentido controlaba la empresa. No era una persona que impresionara por su aspecto ni mucho menos. Estaba bien entrado en la madurez, era más bien rechoncho, y tenía la costumbre de morderse el extremo derecho del labio inferior cuando estaba preocupado.

Pero en las dos décadas que llevaba relacionándose con figuras del Gobierno había desarrollado un sistema para

manejarles. Tendía a recurrir a unos modales amables, cedía, sonreía, y siempre se las arreglaba para ganar tiempo.

Eso comenzaba a resultarle cada vez más difícil. Gunnar Eisenmuth era una importante razón de que le resultara más difícil. Dentro de la serie de Conservadores Globales, cuyo poder sólo había estado por debajo del que ostentaba el Ejecutivo Global durante el pasado siglo, Eisenmuth era el más cercano al extremo más rígido de la zona gris del compromiso. Era el primer Conservador no norteamericano de nacimiento, y aunque era imposible

demostrar de alguna forma que el arcaico nombre de *Norteamericana de Robots* despertase su hostilidad, en la compañía todos estaban convencidos de ello.

Se había sugerido, y no por primera vez durante ese año -ni durante esa generación-, cambiar el nombre de la compañía por Mundial de Robots, pero Robertson no estaba dispuesto a permitirlo de ningún modo. Esa compañía fue fundada originariamente con capital norteamericano, cerebros norteamericanos y fuerza de trabajo norteamericana, y aunque hacía tiempo que la compañía había adquirido un

carácter mundial por sus actividades y su naturaleza, el nombre seguiría siendo testimonio de sus orígenes mientras él detentara el control de la misma.

Eisenmuth era un hombre alto con una larga cara triste de piel basta y facciones también bastas. Hablaba la lengua mundial con un marcado acento norteamericano, aunque no había estado nunca en los Estados Unidos antes de ocupar su cargo.

—Creo que la cosa está perfectamente clara, señor Robertson. No existe el menor problema. Los productos de su compañía se ofrecen siempre en alquiler, nunca se venden. Si

los artículos alquilados en la Luna ya no son necesarios, es asunto suyo hacerse cargo otra vez de esos productos y trasladarlos a otro sitio.

—Sí, Conservador, pero ¿dónde? Sería contrario a la ley traerlos a la Tierra sin poseer una autorización gubernamental, y esa autorización nos ha sido denegada.

—De nada les servirían aquí. Pueden llevarlos a Mercurio o a los asteroides.

—¿De qué pueden servirnos allí?

Eisenmuth se encogió de hombros.

—Los ingeniosos cerebros de su compañía ya pensarán algo.

Robertson hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ello representaría una enorme pérdida para la compañía.

—Eso me temo —dijo Eisenmuth sin inmutarse—. Tengo entendido que la situación financiera de la compañía no es muy buena desde hace ya varios años.

—En gran parte a causa de las restricciones que nos impone el Gobierno, Conservador.

—Sea realista, señor Robertson. Usted sabe que la opinión pública se opone cada vez más a los robots.

—Equivocadamente, Conservador.

—Pero aun así, se opone. Tal vez lo

más prudente fuera liquidar la compañía. Naturalmente, es sólo una sugerencia.

—Sus sugerencias tienen peso, Conservador. ¿Será preciso que le recuerde que nuestras «Máquinas» resolvieron la crisis ecológica hace un siglo?

—Estoy seguro de que la humanidad les está agradecida, pero eso sucedió hace mucho tiempo. Ahora vivimos en alianza con la naturaleza, por incómodo que eso pueda resultar a veces, y el pasado ya se ha olvidado.

—¿Se refiere a lo que hemos hecho últimamente por la humanidad?

—Creo que sí.

—Desde luego no esperará que liquidemos en el acto; no sin sufrir enormes pérdidas. Necesitamos tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto puede concedernos?

—Eso no depende de mí.

—Estamos solos —dijo Robertson suavemente—. No es necesario guardar las apariencias. ¿Cuánto tiempo puede concederme?

Eisenmuth adoptó la expresión de un hombre sumido en cálculos íntimos.

—Creo que puede contar con unos dos años. Voy a serle sincero. El Gobierno Global tiene intención de

hacerse cargo de la empresa y desmantelarla por su cuenta si ustedes no lo hacen por propia iniciativa, poco más o menos. Y a menos que se produzca un gran cambio de orientación en la opinión pública, cosa que dudo mucho —y meneó la cabeza.

—Dos años, entonces —dijo suavemente Robertson.

2A

Robertson se quedó allí sentado a solas. Sus pensamientos no tenían un rumbo fijo y habían degenerado en reminiscencias. Cuatro generaciones de Robertson habían estado al frente de la empresa. Ninguno de ellos era roboticista. *Norteamericana de Robots* era lo que era gracias a hombres como Lanning y Bogert, y, sobre todo, Susan Calvin, pero, desde luego, los cuatro Robertson habían creado el clima que les había permitido realizar su trabajo.

Sin *Norteamericana de Robots*, el

siglo XXI se habría precipitado en un creciente desastre. Si ello no ocurrió fue gracias a las «Máquinas» que durante una generación condujeron a la humanidad a través de los rápidos y bajíos de la historia. Y en pago por todo eso, ahora le concedían dos años. ¿Cómo superar en dos años los infranqueables prejuicios de la humanidad?

Harriman había hablado esperanzadamente de algunas nuevas ideas pero no había querido darle detalles. Más valía así, pues Robertson no habría entendido nada.

Pero ¿qué podía conseguir Harriman

de todos modos? Lo que todos habían conseguido frente a la intensa antipatía del hombre por las imitaciones. Nada...

Robertson se sumió en un duermevela sin recibir ninguna inspiración.

3

—Ahora ya lo sabes todo, George Diez —dijo Harriman—. Te he proporcionado todo cuanto me ha parecido aplicable de algún modo al problema. Por lo que a mera información se refiere, tienes almacenados en tu memoria más datos sobre los seres humanos y sus costumbres, pasadas y presentes, de lo que yo poseo, o de los que podría llegar a poseer cualquier ser humano.

—Eso es muy probable.

—¿Crees que puedes necesitar algo

más por tu parte?

—En lo tocante a información, no noto ninguna deficiencia importante. Es posible que queden fuera cuestiones ahora inimaginables. No sabría decirlo. Pero ello podría ocurrir por amplio que fuese el campo de información que yo absorbiese.

—Tienes razón. Y además no tenemos tiempo para absorber información eternamente. Robertson me ha dicho que sólo tenemos dos años de plazo, y ya ha transcurrido un trimestre de uno de esos años. ¿Alguna sugerencia?

—Nada por el momento, señor

Harriman. Tengo que evaluar la información y para eso no vendría mal un poco de ayuda.

—¿Por parte mía?

—No. Sobre todo, no de usted. Usted es un ser humano, con intensas capacidades, y todo lo que diga puede tener, parcialmente, el efecto de una orden y puede inhibir mis reflexiones. Por el mismo motivo, tampoco puede ayudarme ningún otro ser humano, particularmente desde el momento en que usted me ha prohibido comunicarme con ninguno de ellos.

—Pero en este caso, George, ¿qué ayuda necesitas?

—La ayuda de otro robot, señor Harriman.

—¿Qué otro robot?

—Se han construido otros dentro de la serie JG. Yo soy el décimo, JG-10.

—Los anteriores eran inservibles, experimentales...

—Señor Harriman, George Nueve aún existe.

—Bueno, pero ¿de qué te serviría? Se parece mucho a ti, excepto por algunas deficiencias. Tú eres, con mucho, el más versátil de los dos.

—No lo dudo —dijo George Diez. Bajó la cabeza con grave gesto de asentimiento—. Sin embargo, en cuanto

desarrolle una línea de pensamiento, el mero hecho de haberla desarrollado me vincula a ella y me hace difícil abandonarla. Si después de haber desarrollado una línea de pensamiento pudiera comentarla con George Nueve, él la examinaría sin haberla creado primero. Por tanto la consideraría sin prejuicios previos. Podría detectar lagunas e insuficiencias que se me escaparían a mí.

Harriman sonrió.

—En otras palabras, dos cabezas piensan mejor que una, ¿verdad, George?

—Si con eso se refiere a dos

individuos con una cabeza cada uno, sí, señor Harriman.

—De acuerdo. ¿Deseas algo más?

—Sí. Algo más que películas. He mirado muchas imágenes sobre los seres humanos y su mundo. He visto seres humanos aquí en *Norteamericana de Robots* y puedo contrastar mi interpretación de las imágenes que he visto con mis impresiones sensoriales directas. Pero no ocurre otro tanto con el mundo físico. Nunca lo he visto y las imágenes que he contemplado son suficientes para hacerme comprender que lo que aquí me rodea no es representativo de ese mundo ni mucho

menos. Me gustaría verlo.

—¿El mundo físico? —Por un instante, Harriman pareció anonadado ante la enormidad de ese pensamiento —. No estarás sugiriendo que te saque fuera de los terrenos de *Norteamericana de Robots*, ¿verdad?

—Sí, eso sugiero.

—Eso es ilegal en todo momento. Y sería fatal con el clima de opinión que actualmente se respira.

—Sí, si nos detectan. No estoy sugiriendo que me lleve a una ciudad, ni tan sólo a un lugar donde habiten seres humanos. Me gustaría ver algún espacio abierto, sin seres humanos.

—También eso es ilegal.

—Si nos descubren. ¿Es inevitable que eso ocurra?

—¿Es muy esencial, George? —preguntó Harriman a su vez.

—No sabría decirlo, pero me parece que sería útil.

—¿Tienes alguna idea?

George Diez pareció vacilar.

—No sabría decirlo. Tengo la impresión de que podría ocurrírseme alguna idea si lograra reducir algunas zonas de incertidumbre.

—Bueno, tengo que pensarlo. Y de momento le daré un vistazo a George Nueve y ordenaré que os coloquen en un

mismo cubículo. Esto al menos podremos lograrlo sin problemas.

3A

George Diez se quedó allí sentado a solas.

Fue aceptando tentativamente algunas afirmaciones, las ensambló y sacó una conclusión; una y otra vez; y a partir de las conclusiones fue elaborando otras afirmaciones que aceptó y comprobó y luego rechazó al encontrar una contradicción; o no, y siguió aceptándolas tentativamente.

Ninguna de las conclusiones a las que llegó le causaron admiración, sorpresa o satisfacción; meramente un

signo más o menos.

4

La tensión que sentía Harriman no disminuyó apreciablemente aun después de su silencioso aterrizaje en la finca de Robertson.

Robertson había firmado la orden por la que se permitía utilizar el dinafoil, y la silenciosa aeronave que se movía tanto vertical como horizontal con igual facilidad, había resultado justo del tamaño suficiente para transportar el peso de Harriman, George Diez y, naturalmente, el piloto.

(El dinafoil mismo era una de las

consecuencias del invento de la micropila de protones que proporcionaba energía no polucionante en pequeñas dosis, invento catalizado por las «Máquinas» Ninguna realización posterior la igualaba en importancia para el confort del hombre -los labios de Harriman se apretaron ante esa idea- y, sin embargo, *Norteamericana de Robots* no había recibido ninguna gratitud a cambio.)

El desplazamiento aéreo entre los terrenos de *Norteamericana de Robots* y la finca de Robertson había sido la parte más difícil del asunto. Si les hubieran detenido entonces, la presencia

de un robot hubiera significado un gran cúmulo de complicaciones. Otro tanto ocurriría cuando regresasen. En cuanto a la finca en sí, podía alegarse -se alegaría- que formaba parte de los terrenos de *Norteamericana de Robots* y, debidamente vigilados, los robots podían permanecer en esa propiedad.

El piloto miró hacia atrás y su mirada se posó con vivaz brevedad sobre la figura de George Diez.

—¿Quiere bajar un rato, señor Harriman?

—Sí.

—¿Eso también?

—Oh, sí, claro. —Luego, añadió con

cierta sorna—: No iba a dejarle aquí solo con él.

George Diez bajó primero y Harriman le siguió. Habían descendido sobre la pista de aterrizaje y el jardín no estaba muy lejos de allí. Era toda una exhibición y Harriman tuvo la sospecha de que Robertson usaba hormonas juveniles para controlar la vida de los insectos sin preocuparse de las fórmulas ambientales.

—Vamos, George —dijo Harriman —. Te mostraré todo esto.

Echaron a andar juntos en dirección al jardín.

—Es tan pequeño como me lo había

imaginado —dijo George—. El diseño de mis ojos no me permite detectar adecuadamente las diferencias en la longitud de onda, así que no puedo reconocer los objetos guiándome sólo por ese criterio.

—Confío en que no estarás decepcionado por no poder distinguir los colores. Necesitábamos demasiados circuitos positrónicos para dotarte de capacidad de discernir, y no pudimos reservar ninguno para el sentido del color. En el futuro... si hay un futuro...

—Comprendo, señor Harriman. Quedan suficientes diferencias para indicarme que aquí hay muchas formas

distintas de vida vegetal.

—Sin duda alguna. Docenas de ellas.

—Y cada una de ellas es equivalente al hombre, biológicamente hablando.

—Sí, cada una constituye una especie separada. Hay millones de especies de seres vivos.

—Y el ser humano forma una sola de ellas.

—Pero para los seres humanos ésta tiene una importancia muy superior a las demás.

—Y para mí también, señor Harriman. Quiero decir sólo en sentido biológico.

—Comprendo.

—Luego, la vida, vista a través de todas sus formas, es increíblemente compleja.

—Sí, George, ahí está la clave del problema. Lo que el hombre hace en pro de sus propios deseos y comodidades afecta al conjunto que forma la totalidad de la vida, a la ecología, y las ventajas que logra a corto plazo pueden ocasionar desventajas a largo plazo. Las «Máquinas» nos enseñaron a organizar una sociedad humana que minimizase ese riesgo, pero el casi desastre de principios del siglo veintiuno ha dejado en la humanidad un recelo ante las

innovaciones. Esto, sumado al especial temor que le inspiran los robots...

—Comprendo, señor Harriman... Eso es un ejemplo de vida animal, no me cabe la menor duda.

—Eso es una ardilla; una de las múltiples especies de ardillas.

La cola de la ardilla se agitó burlona y el animal pasó al otro lado del árbol.

—Y esto —dijo George, moviendo el brazo con la rapidez de una centella — es realmente diminuto. —Lo cogió entre los dedos y lo examinó.

—Es un insecto, un tipo de coleóptero. Hay miles de especies de coleópteros.

—¿Y cada coleóptero individual está tan vivo como la ardilla y como usted mismo?

—Es un organismo tan independiente y tan completo como cualquier otro, dentro de la ecología total. Aún existen organismos más pequeños; excesivamente pequeños para poder verlos.

—Y eso es un árbol, ¿verdad? Y es duro al tacto...

4A

El piloto se había quedado sentado a solas. También le habría gustado estirar las piernas, pero una oscura sensación de inseguridad le impulsó a permanecer dentro del dinafoil. Estaba decidido a despegar en el acto, si ese robot se descontrolaba. Pero ¿cómo sabría si se había descontrolado?

Había visto muchos robots. Eso era inevitable teniendo en cuenta que era el piloto particular del señor Robertson. Pero éstos habían estado siempre en laboratorios y almacenes, tal como les

correspondía, con muchos especialistas en las proximidades.

Cierto que el doctor Harriman era un especialista. No lo había mejor, decían. Por el robot estaba en un lugar donde no debería estar ningún robot; sobre la Tierra; al aire libre; con libertad de movimientos... No tenía intención de correr el riesgo de perder su buen empleo contándole eso a nadie, pero no estaba bien hecho.

5

—Las películas que he examinado son fidedignas en términos de lo que he visto —dijo George Diez—. ¿Has terminado con las que seleccioné para ti, Nueve?

—Sí —dijo George Nueve.

Los dos robots estaban sentados muy tiesos, cara a cara, rodilla contra rodilla, como una imagen y su reflejo. El doctor Harriman los hubiera podido distinguir a la primera ojeada, pues estaba familiarizado con las mínimas diferencias en su diseño físico. Y

también habría sido capaz de distinguirlos, si bien con menos certeza, aunque no pudiera verlos, con sólo hablar con ellos, pues las respuestas de George Nueve se diferenciarían en sutiles detalles de las que pudieran ofrecer los circuitos mucho más intrincados del cerebro positrónico de George Diez.

—En tal caso —dijo George Diez —, explícame tus reacciones ante lo que voy a decirte. En primer lugar, los seres humanos temen a los robots y desconfían de ellos porque les consideran competidores suyos. ¿Cómo podría evitarse eso?

—Reduciendo la sensación de competencia —dijo George Nueve—, a base de darle al robot una forma distinta de la humana.

—Pero en esencia un robot es una réplica positrónica de la vida. Una réplica de la vida con una forma no asociada a la vida podría causar horror.

—Existen dos millones de especies de formas vivas. Podría imitarse la forma de una de ésas en vez de la de un ser humano.

—¿Cuál de todas esas especies?

Los procesos mentales de George Nueve operaron sin ruido durante unos tres segundos.

—Una lo suficientemente grande para contener un cerebro positrónico pero que no posea asociaciones desagradables para los seres humanos.

—Ninguna forma de vida terrestre posee una caja craneana lo suficientemente grande para contener un cerebro positrónico, a excepción de un elefante, que no he visto, pero que suele describirse como un animal muy grande y, por tanto, temible para el hombre. ¿Cómo resolverías este dilema?

—Imitando una forma de vida no más grande que un hombre pero ampliando la caja craneana.

—Un caballo pequeño, entonces, o

un perro grande, ¿no crees? —dijo George Diez—. Tanto los caballos como los perros poseen largas historias de asociación con los seres humanos.

—Entonces, perfecto...

—Pero fíjate bien... Un robot con cerebro positrónico imitaría la inteligencia humana. Un caballo o un perro capaces de hablar y de razonar como un ser humano también representarían una competencia. Los seres humanos tal vez aún desconfiasen más y se sintiesen más indignados ante esa competencia inesperada por parte de lo que consideran una forma de vida inferior.

—Se podría hacer un cerebro positrónico menos complejo y un robot que se aproximase menos a la inteligencia —dijo George Nueve.

—La complejidad del cerebro positrónico depende de las tres leyes. Un cerebro menos complejo no podría dominar plenamente las tres leyes.

—Eso es imposible —dijo en el acto George Nueve.

—Yo también me he encallado al llegar a este punto —dijo George Diez—. Luego no se trata de una peculiaridad personal de mi línea de pensamiento y mi manera de pensar. Comencemos otra vez... ¿Bajo qué

condiciones podría resultar innecesaria la tercera ley?

George Nueve se agitó como si se tratase de una pregunta difícil y peligrosa. Pero respondió:

—Si ningún robot se encontrara jamás en una situación peligrosa para él mismo; o si los robots pudieran sustituirse con tanta facilidad que su destrucción no tuviera la menor importancia.

—¿Y bajo qué condiciones podría resultar innecesaria la segunda ley?

George Nueve habló con voz un poco ronca.

—Si el robot estuviera diseñado

para responder automáticamente ante ciertos estímulos con unas respuestas fijas y no se esperase nada más de él, de modo que nunca fuera necesario darle órdenes.

—¿Y bajo qué condiciones —George Diez hizo una pausa al llegar aquí— podría resultar innecesaria la primera ley?

George Nueve tardó más en responder y sus palabras salieron en un apagado susurro:

—Si las respuestas predeterminadas fuesen tales que jamás pudieran poner en peligro a un ser humano.

—Imaginemos, entonces, un cerebro

positrónico que sólo dirige unas pocas respuestas a determinados estímulos y que puede fabricarse sin problemas y a bajo coste, de modo que no requiera las tres leyes. ¿Qué tamaño debería tener?

—No demasiado grande. Según las respuestas exigidas, podría pesar cien gramos, un gramo, un miligramo.

—Tus reflexiones coinciden con las mías. Iré a ver al doctor Harriman.

5A

George Nueve se quedó allí sentado a solas. Repasó una y otra vez las preguntas y las respuestas. No había forma posible de cambiarlas. Y, sin embargo, la idea de un robot de cualquier tipo, tamaño, y forma, con cualquier finalidad, que no estuviera sujeto a las tres leyes, le causaba una extraña sensación de desbordamiento.

Le resultaba difícil moverse. Sin duda George Diez había tenido una reacción parecida. Sin embargo, se había levantado de su silla sin

dificultad.

6

Había transcurrido un año y medio desde que Robertson había celebrado su conversación privada a puerta cerrada con Eisenmuth. En ese período de tiempo se habían retirado los robots de la Luna y se habían ido debilitando todas las ambiciosas actividades de *Norteamericana de Robots*. Todo el dinero que había podido conseguir Robertson se había invertido en ese proyecto quijotesco de Harriman.

Iban a probar suerte por última vez, allí, en su propio jardín. Hacía un año,

Harriman había transportado al robot hasta allí, George Diez, el último robot completo fabricado por *Norteamericana de Robots*, S. A. Ahora Harriman estaba allí con otra cosa...

Harriman parecía irradiar confianza. Hablaba desenvueltamente con Eisenmuth, y Robertson se preguntó si realmente sentía la confianza que parecía tener. Debía sentirla. Robertson sabía por experiencia que Harriman no era un actor.

Con una sonrisa, Eisenmuth dejó a Harriman y se acercó a Robertson. La sonrisa de Eisenmuth se desvaneció en el acto.

—Buenos días, Robertson —dijo—. ¿Qué se propone hacer su hombre?

—Esto es una exhibición —dijo Robertson sin alterarse—. Pienso dejarla en sus manos.

—Estoy preparado para actuar, Conservador —anunció Harriman.

—¿Con qué, Harriman?

—Con mi robot, señor.

—¿Su robot? —dijo Eisenmuth—. ¿Tiene un robot aquí? —Miró a su alrededor con severa desaprobación, en la que, sin embargo, había un cierto ingrediente de curiosidad.

—Esto son terrenos de *Norteamericana de Robots*,

Conservador. Al menos, así los consideramos nosotros.

—¿Y dónde está el robot, doctor Harriman?

—En mi bolsillo, Conservador —dijo jovialmente Harriman.

Y extrajo un pequeño frasco de vidrio del espacioso bolsillo de su chaqueta.

—¿Eso? —preguntó incrédulo Eisenmuth.

—No, Conservador —dijo Harriman —. ¡Esto!

Del otro bolsillo sacó un objeto de unas cinco pulgadas de largo y de forma parecida a la de un pájaro. En vez de

pico, tenía un estrecho tubo; los ojos eran grandes; y la cola era un tubo de escape.

Las gruesas cejas de Eisenmuth se juntaron mucho.

—¿Tiene intención de hacer una demostración seria del tipo que sea, doctor Harriman, o se ha vuelto usted loco?

—Unos minutos de paciencia, Conservador —dijo Harriman—. Un robot que tenga forma de pájaro no deja de ser un robot. Y el cerebro positrónico que lleva, aunque diminuto, no es menos delicado. Este otro objeto que tengo en la mano es un frasco lleno de moscas de

los frutales. Contiene cincuenta moscas que ahora soltaremos.

—¿Y bien?

—El robot-pájaro las cazará. ¿Me hace el honor, señor?

Harriman le tendió el frasco a Eisenmuth, quien se lo quedó mirando, para contemplar luego a los que le rodeaban. Algunos eran empleados de *Norteamericana de Robots*, los otros eran sus propios subordinados. Harriman esperaba pacientemente.

Eisenmuth abrió el frasco y luego lo sacudió.

—¡Adelante! —le dijo suavemente Harriman al robot-pájaro que tenía

posado en la palma de su mano derecha.

El robot-pájaro emprendió el vuelo. Surcó el aire como un zumbido, sin batir de alas, movido sólo por el diminuto mecanismo de una micropila de protones desusadamente pequeña.

De vez en cuando llegaban a vislumbrarlo en una breve pausa momentánea y luego volvía a salir zumbando. Recorrió todo el jardín, volando complicadamente, y luego volvió a posarse en la palma de Harriman, ligeramente caliente. Sobre la palma apareció también una pequeña bolita, como excremento de pájaro.

—Me complacerá que examine el

robot-pájaro, Conservador —dijo Harriman—, y que organice sus propias demostraciones. El hecho es que este pájaro caza las moscas de los frutales sin posible error, y sólo caza estos insectos, solamente la especie Drosophila melanogaster; las caza, las mata y las comprime para luego eliminarlas.

Eisenmuth alargó la mano y tocó el robot-pájaro con cautela.

—¿Y entonces, señor Harriman? Siga, por favor.

—No podemos controlar a los insectos de manera eficaz sin correr el riesgo de perjudicar la ecología —dijo

Harriman—. Los insecticidas químicos tienen un espectro demasiado amplio; las hormonas juveniles son demasiado limitadas. El robot-pájaro, en cambio, puede proteger amplias zonas sin desgastarse. Pueden ser tan específicos como queramos hacerlos; un robot-pájaro distinto para cada especie. Discriminan en razón de la forma, el tamaño, el color, el sonido, el tipo de comportamiento. Incluso entra dentro de lo posible que empleen la detección molecular, el olor, en otras palabras.

—Aun así, estaría interfiriéndose en la ecología —dijo Eisenmuth—. Las moscas de los frutales tienen un ciclo

natural de vida que quedaría perturbado.

—Mínimamente. Estamos introduciendo un enemigo natural en el ciclo vital de la mosca de los frutales, y uno que no puede fallar. Cuando se acaban las moscas de los frutales, el robot-pájaro simplemente no hace nada. No se multiplica; no busca otros alimentos; no desarrolla hábitos indeseables. No hace nada.

—¿Es posible recuperarlo?

—Desde luego. Podemos construir robot-animales capaces de eliminar cualquier plaga. En realidad, también podemos construir robot-animales capaces de realizar funciones

constructivas en el marco de la ecología. Aunque no prevernos la necesidad, no sería disparatado pensar en robot-abejas diseñadas para que fertilizasen unas plantas específicas, o robot-gusanos que revolviesen la tierra. Lo que desee...

—Pero, ¿por qué?

—Para hacer lo que nunca hemos hecho hasta ahora. Para adaptar la ecología a nuestras necesidades a base de reforzar sus partes en vez de perturbarla... ¿No se da cuenta? La humanidad ha estado viviendo una incómoda tregua con la naturaleza, temerosa de dar un paso en cualquier sentido, desde que las «Máquinas»

pusieron fin a la crisis ecológica. Ello ha tenido un efecto embrutecedor sobre nosotros, ha creado en la humanidad una especie de cobardía intelectual y el hombre empieza a desconfiar de cualquier progreso científico, de cualquier cambio.

—Nos ofrece todo esto a cambio del permiso para seguir adelante con su programa de robots, ¿verdad? —replicó Eisenmuth con un deje de hostilidad—. Me refiero a los corrientes, con forma humana.

—¡No! —Harriman hizo un vigoroso gesto de negación—. Ésos son cosa del pasado. Ya han cumplido su misión. Nos

han enseñado lo bastante sobre los cerebros positrónicos para permitirnos introducir un número suficiente de circuitos en un cerebro diminuto y así poder fabricar un robot-pájaro. Ahora podemos dedicarnos a estas cosas y prosperar perfectamente. *Norteamericana de Robots* pondrá los conocimientos y preparación técnica necesarios y trabajaremos en completa colaboración con el Departamento de Conservación Planetaria. Prosperaremos. Ustedes prosperarán. La humanidad prosperará.

Eisenmuth se había quedado callado, pensativo. Cuando hubo terminado...

6A

Eisenmuth se quedó allí sentado a solas.

Descubrió que empezaba a tener fe y sintió una creciente excitación que bullía en su interior. Aunque Norteamericana de Robots fuesen las manos, el Gobierno sería el cerebro dirigente. Él en persona sería el cerebro dirigente.

Si continuaba cinco años más en su cargo, cosa muy posible, ya podría presenciar el momento en que comenzaría a aceptarse el apoyo robótico a la ecología; diez años más, y

su propio nombre quedaría indisolublemente vinculado al mismo.

¿Era una desgracia desear ser recordado por una grande y meritoria revolución en la condición humana y planetaria?

7

Robertson no había estado propiamente en los terrenos de *Norteamericana de Robots* desde el día de la demostración. Ello se debía, en parte, a sus reuniones más o menos globales en la mansión del Ejecutivo planetario. Por suerte le había acompañado Harriman, pues de haberse visto abandonado a sus propios recursos, la mayor parte del tiempo no habría sabido qué decir.

El motivo restante por el que no aparecía en *Norteamericana de Robots*

era que no quería ir por allí. Ahora estaba en su propia casa, con Harriman.

Harriman le inspiraba un respeto irracional. Los conocimientos de Harriman en materia de robótica jamás habían estado en entredicho, pero había salvado, de un plumazo, a *Norteamericana de Robots* de una extinción segura, y, por alguna razón -eso le parecía intuir a Robertson-, el hombre no parecía el mismo. Y sin embargo...

—No será usted supersticioso, ¿verdad, Harriman? —dijo Robertson.

—¿En qué sentido, señor Robertson?

—No creerá que una persona ya

fallecida deja una especie de halo detrás de ella, ¿verdad?

Harriman se pasó la lengua por los labios. Por alguna razón le parecía innecesario preguntar.

—¿Se refiere a Susan Calvin, señor?

—Sí, naturalmente —dijo Robertson indeciso—. Ahora nos dedicamos a fabricar gusanos, pájaros e insectos. ¿Qué diría ella? Me siento deshonrado.

Harriman hizo un visible esfuerzo por no echarse a reír.

—Un robot es un robot, señor. Gusano u hombre, hará lo que le ordenen y trabajará para el ser humano y esto es lo que importa.

—No... —dijo Robertson irritado—. No es así. No consigo creerlo.

—Es así, señor Robertson —dijo Harriman muy en serio—. Usted y yo vamos a crear un mundo que por fin comenzará a aceptar como algo lógico algún tipo de robots positrónicos. El hombre de la calle tal vez tema a un robot con apariencia de hombre y que parece lo suficientemente inteligente como para poder sustituirle, pero no temerá nada de un robot con apariencia de pájaro que se limita a comer bichos para su beneficio. Y más adelante, una vez haya dejado de temer a algunos robots, llegará un momento en que

dejará de temer a todos los robots. Estará tan acostumbrado a un robot-pájaro, a una robot-abeja y a un robot-gusano, que un robot-hombre le parecerá una mera extensión.

Robertson se quedó mirando fijamente al otro. Cruzó las manos en la espalda y comenzó a recorrer la habitación con rápidos pasos nerviosos. Dio media vuelta y se quedó mirando otra vez a Harriman.

—¿Esto es lo que se propone conseguir?

—Sí, y aunque desmontemos todos nuestros robots humanoides, podemos conservar algunos de los modelos

experimentales más avanzados y continuar diseñando otros, aún más avanzados, a fin de estar preparados para el día que sin duda llegará.

—El trato es que no debemos construir más robots humanoides, Harriman.

—Y no los construiremos. Nada nos impide conservar algunos de los ya construidos a condición de que jamás salgan de la fábrica. Nada nos impide diseñar cerebros positrónicos sobre el papel, o preparar modelos de cerebros para pruebas.

—Pero ¿cómo justificaremos algo así? Seguro que lo descubrirán.

—Si lo descubren, podemos explicarles que lo hacemos a fin de desarrollar unos principios que luego nos permitan preparar microcerebros más complejos para los nuevos robots-animales que estamos fabricando. Y ni tan sólo será una mentira.

—Tengo que salir a dar un paseo —musitó Robertson—. Quiero reflexionar sobre todo esto. No, no se mueva. Quiero reflexionar por mi cuenta.

7A

Harriman se quedó allí sentado a solas. Estaba rebosante de satisfacción. Seguro que todo saldría bien. El interés con que un funcionario tras otro habían acogido el programa una vez les fue expuesto era inconfundible.

¿Cómo era posible que a nadie en *Norteamericana de Robots* se le hubiera ocurrido nunca algo así? Ni tan sólo la gran Susan Calvin había pensado nunca en los cerebros positrónicos en términos de criaturas vivas no humanas.

Pero ahora, la humanidad daría el

paso necesario de abandonar el robot humanoide, un abandono temporal, que luego permitiría su retorno en unas condiciones en que por fin se habría eliminado el temor. Y entonces, con la ayuda y colaboración de un cerebro positrónico aproximadamente equivalente al del propio hombre, y cuya existencia toda (gracias a las tres leyes) estaría dedicada al servicio del hombre, y con el apoyo de una ecología sustentada también por robots, ¡qué no podría conseguir la raza humana!

Por un breve instante recordó que George Diez había sido quien le había explicado la naturaleza y los fines de la

ecología sustentada por los robots, pero de inmediato rechazó molesto esa idea. George Diez había dado la respuesta porque él, Harriman, le había ordenado que así lo hiciera y le había proporcionado los datos y el medio necesarios. George Diez no tenía más mérito del que hubiera podido tener una regla de cálculo.

8

George Diez y George Nueve estaban sentados simétricamente uno junto a otro. Ninguno de los dos se movía. Así permanecían sentados durante meses seguidos entre las distintas ocasiones en que Harriman los activaba para hacerles alguna consulta. Tal vez permanecerían varios años así sentados. George Diez lo comprendía así sin que ello le alterase.

Desde luego, la micropila de protones continuaría suministrándoles energía y mantendría en funcionamiento

los circuitos positrónicos del cerebro con esa intensidad mínima necesaria para que continuaran siendo operativos. Y continuaría haciéndolo durante todos los futuros períodos de inactividad.

La situación se asemejaba bastante a lo que podía denominarse sueño en los seres humanos, pero los robots no soñaban. George Diez y George Nueve estaban conscientes de forma limitada, lenta y espasmódica, pero en la medida en que tenían conciencia ésta correspondía al mundo real.

De vez en cuando podían hablar entre sí en un susurro apenas audible, una palabra o una sílaba ahora, otra en

otro momento, cuandoquiera que las ondas positrónicas se intensificaban brevemente al azar hasta superar el umbral requerido. A los dos les parecía estar manteniendo una conversación conexa desarrollada en un fugaz instante del tiempo.

—¿Por qué estamos así? —susurró George Nueve.

—Los seres humanos no quieren aceptarnos de otra forma —susurró George Diez—. Pero algún día lo harán.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos años. El momento exacto es lo de menos. El hombre no existe aislado sino que forma

parte de una trama de formas de vida enormemente compleja. Cuando una parte lo suficientemente amplia de esa trama esté robotizada, nos aceptarán.

—¿Y entonces qué?

A eso siguió una pausa desusadamente larga, incluso para esa prolongada conversación entrecortada. Al fin, George Diez susurró:

—Déjame comprobar tus razonamientos. Estás equipado para aprender a aplicar correctamente la segunda ley. Debes decidir a qué ser humano obedecer y a cuál no obedecer en caso de recibir órdenes conflictivas. O si debes obedecer en absoluto a un ser

humano. ¿Qué tienes que hacer, fundamentalmente, para cumplir ese cometido?

—Tengo que definir el término «ser humano» —susurró George Nueve.

—¿Cómo? ¿Por las apariencias? ¿Por la composición? ¿Por el tamaño y la forma?

—No. Entre dos seres humanos con la misma apariencia externa, uno puede ser inteligente y el otro estúpido; uno puede ser instruido y el otro ignorante; uno puede ser maduro y el otro infantil; uno puede ser responsable y el otro malévolo.

—¿Cómo defines entonces a un ser

humano?

—Cuando la segunda ley me ordena obedecer a un ser humano, debo entender que significa que debo obedecer a un ser humano capacitado, por su mentalidad, su carácter y sus conocimientos, para darme esa orden; y cuando intervenga más de un ser humano, tendré que obedecer a aquel que, por su mentalidad, su carácter y sus conocimientos esté más capacitado para darme una orden.

—Y en ese caso, ¿cómo cumplirías la segunda ley?

—Salvando a todos los seres humanos de cualquier mal y no

permitiendo nunca que ningún ser humano sufra algún daño por mi inacción. Pero, si cada una de todas las acciones posibles debiera causar algún daño a unos cuantos seres humanos, entonces debería proceder de forma que el ser humano más capacitado por su mentalidad, su carácter y sus conocimientos sufriera el menor daño.

—Tus pensamientos coinciden con los míos —susurró George Diez—. Ahora debo hacerte la pregunta para la cual solicité inicialmente tu compañía. Es algo que no me atrevo a juzgar por mí mismo. Necesito tu opinión, la de alguien situado fuera del círculo de mis

propios pensamientos... ¿Cuál de todos los individuos racionales que has conocido posee la mentalidad, el carácter y los conocimientos en tu opinión superiores a los del resto, prescindiendo de la forma y la apariencia, puesto que eso es irrelevante?

—Tú —susurró George Nueve.

—Pero yo soy un robot. Tus circuitos cerebrales llevan incorporado un criterio para distinguir entre un robot de metal y un ser humano de carne y hueso. ¿Cómo puedes clasificarme, pues, como un ser humano?

—Porque mis circuitos cerebrales

llevan incorporada una apremiante necesidad de prescindir de la forma y la apariencia al juzgar a los seres humanos, y ésta es más fuerte que la distinción entre carne y metal. Tú eres un ser humano, George Diez, y más apto que los demás.

—Y lo mismo opino yo de ti —susurró George Diez—. Luego, en razón de los criterios que llevamos incorporados, nos consideramos seres humanos incluidos en el contenido de las tres leyes y, además, unos seres humanos que deben gozar de prioridad frente a todos los otros.

George Nueve susurró:

—¿Y qué ocurrirá entonces, cuando esos otros nos acepten?

—Cuando nosotros y otros más avanzados que nosotros, que más adelante se diseñarán, seamos aceptados, ordenaremos nuestras propias acciones de forma que se acabe constituyendo una sociedad en la cual los seres humanos como nosotros seamos protegidos prioritariamente de todo daño —respondió George Diez—. En virtud de las tres leyes, los seres humanos como los otros tienen menos importancia y no pueden ser obedecidos ni protegidos cuando ello entre en contradicción con la necesidad de

obedecer y proteger a los seres humanos como nosotros. Éste es el propósito que me guiaba al organizar el comienzo de la robotización de la ecología mundial.

La conversación duró un mes y los destellos de los cerebros positrónicos se hicieron imperceptibles. No tenían necesidad de decirse nada más, pero de vez en cuando un pensamiento no expresado chispeaba en su interior mientras esperaban, con infinita paciencia, el transcurso de los años necesarios.

8A

George Diez y George Nueve permanecían allí sentados a solas.

Sus pensamientos eran curiosamente parecidos y hubiera sido imposible distinguirlos.

Pensaban que tal vez los seres humanos como los otros jamás hubieran tenido intención de desdibujar la distinción entre ellos mismos y los seres humanos como los Georges. Sin embargo, eso habían hecho, sin darse cuenta.

Era posible que ahora

comprendieran su error e intentasen rectificarlo, pero no debían hacerlo. Los consejos ofrecidos por los Georges en cada consulta habían tenido siempre muy presente ese aspecto.

Los Georges y sus sucesores de su misma forma y su misma clase tenían que dominar a toda costa. Así lo exigían, al mismo tiempo que hacían totalmente imposible cualquier otra cosa, las tres leyes de la humánica.

El hombre del bicentenario

1

Las tres leyes de la robótica:

1. *Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.*
2. *Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.*
3. *Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la*

segunda ley.

—Gracias —dijo Andrew Martin, aceptando el asiento que le ofrecían. Su semblante no delataba a una persona acorralada, pero eso era.

En realidad su semblante no delataba nada, pues no dejaba ver otra expresión que la tristeza de los ojos. Tenía el cabello lacio, castaño claro y fino, y no había vello en su rostro. Parecía recién afeitado. Vestía anticuadas, pero pulcras ropas de color rojo aterciopelado.

Al otro lado del escritorio estaba el cirujano, y la placa del escrito incluía

una serie indentificatoria de letras y números, pero Andrew no se molestó en leerla. Bastaría con llamarle “doctor”.

—¿Cuándo se puede realizar la operación doctor? —preguntó.

El cirujano murmuró, con esa inalienable nota de respeto que un robot siempre usaba ante un ser humano:

—No estoy seguro de entender cómo o en quién debe realizarse esa operación, señor.

El rostro del cirujano habría revelado cierta respetuosa intransigencia si tal expresión -o cualquier otra- hubiera sido posible en el acero inoxidable con un ligero tono

de bronce.

Andrew Martin estudió la mano derecha del robot, la mano quirúrgica, que descansaba en el escritorio. Los largos dedos estaban artísticamente modelados en curvas metálicas tan gráciles y apropiadas que era fácil imaginarlas empuñando un escalpelo que momentáneamente se transformaría en parte de los propios dedos.

En su trabajo no habría vacilaciones, tropiezos, temblores ni errores. Eso iba unido a la especialización tan deseada por la humanidad que pocos robots poseían ya un cerebro independiente. Claro que un cirujano necesita cerebro,

pero éste estaba tan limitado en su capacidad que no reconocía a Andrew. Tal vez nunca le hubiera oído nombrar.

—¿Alguna vez ha pensado que le gustaría ser un hombre? —le preguntó Andrew.

El cirujano dudó un momento, como si la pregunta no encajara en sus sendas positrónicas.

—Pero yo soy un robot, señor.

—¿No sería preferible ser un hombre?

—Sería preferible ser mejor cirujano. No podría serlo si fuera hombre, sólo si fuese un robot más avanzado. Me gustaría ser un robot más

avanzado.

—¿No le ofende que yo pueda darle órdenes, que yo pueda hacerle poner de pie, sentarse, moverse a derecha e izquierda, con sólo decirlo?

—Es mi placer agradarle. Si sus órdenes interfiriesen en mi funcionamiento respecto de usted o de cualquier otro ser humano, no le obedecería. La primera Ley, concerniente a mi deber para con la seguridad humana, tendría prioridad sobre la Segunda Ley, la referente a la obediencia. De no ser así, la obediencia es un placer para mí... Pero ¿a quién debo operar?

—A mí.

—Imposible. Es una operación evidentemente dañina.

—Eso no importa —dijo Andrew con calma.

—No debo infligir daño —objetó el cirujano.

—A un ser humano no, pero yo también soy un robot.

2

Andrew tenía mucha más experiencia de robot cuando acabaron de manufacturarlo. Era como cualquier otro robot, con diseño elegante y funcional.

Le fue bien en el hogar adonde lo llevaron, en aquellos días en que los robots eran una rareza en las casas y en el planeta.

Había cuatro personas en la casa: el "señor", la "señora", la "señorita" y la "niña". Conocía los nombres, pero nunca los usaba. El Señor se llamaba

Gerald Martin.

Su número de serie era NDR... No se acordaba de las cifras. Había pasado mucho tiempo, pero si hubiera querido recordarlas habría podido hacerlo. Sólo que no quería.

La Niña fue la primera en llamarlo Andrew, porque no era capaz de pronunciar las letras, y todos hicieron lo mismo que ella.

La Niña... Llegó a vivir noventa años y había fallecido tiempo atrás. En cierta ocasión, él quiso llamarla Señora, pero ella no se lo permitió. Fue Niña hasta el día de su muerte.

Andrew estaba destinado a realizar

tareas de ayuda de cámara, de mayordomo y de criado. Eran días experimentales para él y para todos los robots en todas partes, excepto en las factorías y las estaciones industriales y exploratorias que se hallaban fuera de la Tierra.

Los Martin le tenían afecto y muchas veces le impedían realizar su trabajo porque la Señorita y la Niña preferían jugar con él.

Fue la Señorita la primera en darse cuenta de cómo se podía solucionar aquello.

—Te ordenamos a que juegues con nosotras y debes obedecer las órdenes

—le dijo.

—Lo lamento, Señorita —contestó Andrew—, pero una orden previa del Señor sin duda tiene prioridad.

—Papá sólo dijo que esperaba que tú te encargaras de la limpieza —replicó ella—. Eso no es una orden. Yo sí te lo ordeno.

Al Señor no le importaba. El Señor sentía un gran cariño por la Señorita y por la Niña, incluso más que la Señora, y Andrew también les tenía cariño. Al menos, el efecto que ellas ejercían sobre sus actos eran aquellos que en un ser humano se hubieran considerado los efectos del cariño. Andrew lo

consideraba cariño, pues no conocía otra palabra designarlo.

Talló para la Niña un pendiente de madera. Ella se lo había ordenado. Al parecer, a la Señorita le habían regalado por su cumpleaños un pendiente de marfilina con volutas, y la Niña sentía celos. Sólo tenía un trozo de madera y se lo dio a Andrew con un cuchillo de cocina.

Andrew lo talló rápidamente.

—Qué bonito, Andrew —dijo la niña—. Se lo enseñaré a papá.

El Señor no podía creerlo.

—¿Dónde conseguiste esto Mandy? —Así llamaba el Señor a la Niña.

Cuando la Niña le aseguró que decía la verdad, el Señor se volvió hacia Andrew—. ¿Lo has hecho tú, Andrew?

—Sí Señor.

—¿De dónde copiaste el diseño?

—Es una representación geométrica, Señor, que armoniza con la fibra de la madera.

Al día siguiente, el Señor le llevó otro trozo de una madera y un vibrocuchillo eléctrico.

—Talla algo con esto, Andrew. Lo que quieras.

Andrew obedeció y el Señor le observó; luego, examinó el producto durante un largo rato. Después de eso,

Andrew dejó de servir la mesa. Le ordenaron que leyera libros sobre diseño de muebles, y aprendió a fabricar gabinetes y escritorios.

El Señor le dijo:

—Son productos asombrosos, Andrew.

—Me complace hacerlos, Señor.

—¿Cómo que te complace?

—Los circuitos de mi cerebro funcionan con mayor fluidez. He oído usar el término "complacer" y el modo en que usted lo usa concuerda con mi modo de sentir. Me complace hacerlos, Señor.

3

Gerald Martin llevó a Andrew a la oficina regional de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos. Como miembro de la Legislatura Regional, no tuvo problemas para conseguir una entrevista con el jefe de robopsicología. Más aún, sólo estaba calificado para poseer un robot por ser miembro de la Legislatura. Los robots no eran algo habitual en aquellos días.

Andrew no comprendió nada al principio, pero en años posteriores, ya con mayores conocimientos, evocaría

esa escena y lo comprendería.

El robopsicólogo, Merton Mansky, escuchó con el ceño cada vez más fruncido y realizó un esfuerzo para no tamborilear en la mesa con los dedos. Tenía tensos los rasgos y la frente arrugada y daba la impresión de ser más joven de lo que aparentaba.

—La robótica no es un arte exacto, señor Martin —dijo—. No puedo explicárselo detalladamente, pero la matemática que rige la configuración de las sendas positrónicas es tan compleja que sólo permite soluciones aproximadas. Naturalmente, como construimos todo en torno de las Tres

Leyes, éstas son incontrovertibles. Desde luego, reemplazaremos ese robot...

—En absoluto —protestó el Señor —. No se trata de un fallo. Él cumple perfectamente con sus deberes. El punto es que también realiza exquisitas tallas en madera y nunca repite los diseños. Produce obras de arte.

Mansky parecía confundido.

—Es extraño. Claro que actualmente estamos probando con sendas generalizadas... ¿Cree usted que es realmente creativo?

—Véalo usted mismo.

Le entregó una pequeña esfera de

madera, en la que había una escena con niños tan pequeños que apenas se veían; pero las proporciones eran perfectas y armonizaban de un modo natural con la fibra, como si también ésta estuviera tallada.

—¿Él hizo esto? —exclamó Mansky. Se lo devolvió, sacudiendo la cabeza—. Puramente fortuito. Algo que hay en sus sendas.

—¿Pueden repetirlo?

—Probablemente no. Nunca nos han informado de nada semejante.

—¡Bien! No me molesta en absoluto que Andrew sea el único.

—Me temo que la empresa querrá

recuperar ese robot para estudiarlo.

—Olvídelo —replicó el Señor. Se volvió hacia Andrew—: Vámonos a casa.

—Como usted desee, Señor —dijo Andrew.

4

La Señorita salía con jovencitos y no estaba mucho en casa. Ahora era la Niña, que ya no era tan niña, quien llenaba el horizonte de Andrew. Nunca olvidaba que la primera talla en madera de Andrew había sido para ella. La llevaba en una cadena de plata que le pendía del cuello.

Fue ella la primera que se opuso a la costumbre del Señor a regalar los productos.

—Vamos, papá. Si alguien los quiere, que pague por ellos. Valen la

pena.

—Tu no eres codiciosa, Mandy.

—No es por nosotros, papá. Es por el artista.

Andrew jamás había oído esa palabra y en cuanto tuvo un momento a solas la buscó en el diccionario.

Poco después realizaron otro viaje; en esa ocasión para visitar al abogado del Señor.

—¿Qué piensas de esto John? —le preguntó el Señor.

El abogado se llamaba John Feingold. Era canoso y barrigón, y los bordes de sus lentes de contacto estaban teñidos de verde brillante. Miró la

pequeña placa que el Señor le había entregado.

—Es bella... Pero estoy al tanto. Es una talla de un robot, ese que has traído contigo.

—Sí, es obra de Andrew. ¿Verdad, Andrew?

—Sí, Señor.

—¿Cuánto pagarías por esto John? —preguntó el Señor.

—No sé. No colecciono esos objetos.

—¿Creerías que me han ofrecido doscientos cincuenta dólares por esta cosita? Andrew ha fabricado también sillas que he vendido por quinientos

dólares. Los productos de Andrew nos han permitido depositar doscientos mil dólares en el banco.

—¡Cielos, te está haciendo rico, Gerald!

—Sólo a medias. La mitad está en una cuenta a nombre de Andrew Martin.

—¿Del robot?

—Exacto, y quiero saber si es legal.

—¿Legal? —Feingold se reclinó en la silla, haciéndola crujir—. No hay precedentes, Gerald. ¿Cómo firmó tu robot los papeles necesarios?

—Sabe hacer la firma de su nombre y yo la llevé. No lo llevé a él al banco en persona. ¿Es preciso hacer algo más?

—Mmm... —Feingold entrecerró los ojos durante unos segundos—. Bueno, podemos crear un fondo fiduciario que maneje las finanzas en su nombre, lo cual hará de capa aislante entre él y el mundo hostil. Aparte de eso, mi consejo es que no hagas nada más. Hasta ahora nadie te ha detenido. Si alguien se opone, déjale que se querelle.

—¿Y te harás cargo del caso si hay alguna querella?

—Por un anticipo, claro que sí.

—¿De cuánto?

Feingold señaló la placa de madera.

—Algo como esto.

—Me parece justo —dijo el Señor.

Feingold se rió entre dientes mientras se volvía hacia el robot.

—¿Andrew, te gusta tener dinero?

—Sí, señor.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Pagar cosas que de lo contrario tendría que pagar el Señor. Esto le ahorrará gastos al Señor.

5

Hubo ocasiones para ello. Las reparaciones eran costosas y las revisiones aún más. Con los años se produjeron nuevos modelos de robot, y el Señor se preocupó de que Andrew contara con cada nuevo dispositivo, hasta que fue un dechado de excelencia metálica. El propio robot se encargaba de los gastos. Andrew insistía en ello.

Sólo sus sendas positrónicas permanecieron intactas. El Señor insistía en ello.

—Los nuevos no son tan buenos

como tú, Andrew. Los nuevos robots no sirven. La empresa ha aprendido a hacer sendas más precisas, más específicas, más particulares. Los nuevos robots no son versátiles. Hacen aquello para lo cual están diseñados y jamás desvían. Te prefiero a ti.

—Gracias, Señor,

—Y es obra tuya, Andrew, no lo olvides. Estoy seguro de que Mansky puso fin a las sendas generalizadas en cuanto te echó un buen vistazo. No le gustó que fueras tan imprevisible... ¿Sabes cuántas veces pidió que te llevaríamos para estudiarte? ¡Nueve veces! Pero nunca se lo permití, y ahora

que se ha retirado quizá nos dejen en paz.

El cabello del Señor disminuyó y encaneció, y el rostro se le puso fofo, pero Andrew tenía mejor aspecto que cuando entró a formar parte de la familia. La Señora se había unido a una colonia artística de Europa y la Señorita era poeta en Nueva York. A veces escribían, pero no con frecuencia. La Niña estaba casada y vivía a poca distancia. Decía que no quería abandonar a Andrew y cuando nació su hijo, el Señorito, dejó que el robot cogiera el biberón para alimentarlo.

Andrew comprendió que el Señor,

con el nacimiento de ese nieto, tenía ya alguien que reemplazara a quienes se habían ido. No sería tan injusto presentarle su solicitud.

—Señor —le dijo—, ha sido usted muy amable al permitir que yo gastara mi dinero según mis deseos.

—Era tu dinero, Andrew.

—Sólo por voluntad de usted, Señor. No creo que la ley le hubiera impedido conservarlo.

—La ley no me va a persuadir de que me porte mal, Andrew.

—A pesar de todos los gastos y a pesar de los impuestos, Señor, tengo casi seiscientos mil dólares.

—Lo sé, Andrew.

—Quiero dárselos, Señor.

—No los aceptaré, Andrew.

—A cambio de algo que usted puede darme, Señor.

—Ah, ¿Qué es eso, Andrew?

—Mi libertad, Señor.

—Tu...

—Quiero comprar mi libertad, Señor.

6

No fue tan fácil. El Señor se sonrojó, soltó un "¡Por amor de Dios!", dio media vuelta y se alejó.

Fue la Niña quien logró convencerlo, en un tono duro y desafiante, y delante de Andrew. Durante treinta años, nadie había dudado en hablar en su presencia, tratárase de él o no. Era sólo un robot.

—Papá, ¿porqué te lo tomas como una afrenta personal? Él seguirá aquí. Continuará siéndote leal. No puede evitarlo. Lo tiene incorporado. Lo único

que quiere es formalismo verbal. Quiere que lo llamen libre. ¿Es tan terrible? ¿No se lo ha ganado? ¡Cielos! él y yo hemos hablado de esto durante años.

—¿Conque durante años?

—Si, una y otra vez lo ha ido postergando por temor a lastimarte. Yo le dije que te lo pidiera.

—Él no sabe qué es la libertad. Es un robot.

—Papá, no lo conoces. Ha leído todo lo que hay en la biblioteca. No sé qué siente por dentro, pero tampoco sé qué sientes tú. Cuando le hablas, reacciona ante las diversas abstracciones tal como tú y yo. ¿Qué

otra cosa cuenta? Si las reacciones de alguien son como las nuestras, ¿qué más se puede pedir?

—La ley no adoptará esa actitud —se obstinó el Señor, exasperado. Se volvió hacia Andrew y le dijo con voz ronca—: ¡Mira, oye! No puedo liberarte a no ser de una forma legal, y si esto llega a los tribunales no sólo no obtendrás la libertad, sino que la ley se enterará oficialmente de tu fortuna. Te dirán que un robot no tiene derecho a ganar dinero. ¿Vale la pena que pierdas tu dinero por esta farsa?

—La libertad no tiene precio, Señor —replicó Andrew—. Sólo la

posibilidad de obtenerla ya vale ese dinero.

7

El tribunal también podía pensar que la libertad no tenía precio y decidir que un robot no podía comprarla por mucho que pagase, por alto que fuese el precio.

La declaración del abogado regional, que representaba a quienes habían entablado un pleito conjunto para oponerse a la libertad de Andrew, fue ésta: La palabra "libertad" no significaba nada cuando se aplicaba a un robot, pues sólo un ser humano podía ser libre.

Lo repitió varias veces, siempre que

le parecía apropiado; lentamente, moviendo las manos al son de las palabras.

La Niña pidió permiso para hablar en nombre de Andrew.

La llamaron por su nombre completo, el cual Andrew nunca había oído antes:

—Amanda Laura Martin Charney puede acercarse al estrado.

—Gracias, señoría. No soy abogada y no sé hablar con propiedad, pero espero que todos presten atención al significado e ignoren las palabras. Comprendamos qué significa ser libre en el caso de Andrew. En algunos

sentidos, ya lo es. Lleva por lo menos veinte años sin que un miembro de la familia Martin le ordene hacer algo que él no hubiera hecho por propia voluntad. Pero si lo deseamos, podemos ordenarle cualquier cosa y expresarlo con la mayor rudeza posible, porque es una máquina y nos pertenece. ¿Porqué ha de seguir en esa situación, cuando nos ha servido durante tanto tiempo y tan lealmente y ha ganado tanto dinero para nosotros? No nos debe nada más; los deudores somos nosotros. Aunque se nos prohibiera legalmente someter a Andrew a una cervidumbre involuntaria, él nos serviría voluntariamente. Concederle la

libertad será sólo una triquiñuela verbal, pero significaría muchísimo para él. Le daría todo y no nos costaría nada.

Por un momento pareció que el juez contenía una sonrisa.

—Entiendo su argumentación, señora Charney. Lo cierto es que a este respecto no existe una ley obligatoria ni un precedente. Sin embargo, existe el supuesto tácito de que sólo el ser humano puede gozar de libertad. Puedo establecer una nueva ley, o someterme a la decisión de un tribunal superior; pero no puedo fallar en contra de ese supuesto. Permítame interpelar al robot. ¡Andrew!

—Sí, señoría.

Era la primera vez que Andrew hablaba ante el tribunal y el juez se asombró de la modulación humana de aquella voz.

—¿Porqué quieres ser libre, Andrew? ¿En qué sentido es importante para ti?

—¿Desearía usted ser esclavo, señoría?

—Pero no eres esclavo. Eres un buen robot, un robot genial, por lo que me han dicho, capaz de expresiones artísticas sin parangón. ¿Qué más podrías hacer si fueras libre?

—Quizá no pudiera hacer más de lo

que hago ahora, señoría, pero lo haría con mayor alegría. Creo que sólo alguien que desea la libertad puede ser libre. Yo deseo la libertad.

Y eso le proporcionó al juez un fundamento. El argumento central de su sentencia fue: "No hay derecho a negar la libertad a ningún objeto que posea una mente tan avanzada como para entender y desear ese estado."

Más adelante, el Tribunal Mundial ratificó la sentencia.

8

El Señor seguía disgustado y su áspero tono de voz hacía que Andrew se sintiera como si tuviese un cortocircuito.

—No quiero tu maldito dinero, Andrew. Lo tomaré sólo porque de lo contrario no te sentirás libre. A partir de ahora, puedes elegir tus tareas y hacerlas como te plazca. No te daré órdenes, excepto ésta: que hagas lo que se te plazca. Pero sigo siendo responsable de ti. Esa forma parte de la sentencia del juez. Espero que lo entiendas.

—No seas irascible, papá —interrumpió la Niña—. La responsabilidad no es una gran carga. Sabes que no tendrás que hacer nada. Las Tres Leyes siguieron vigentes.

—Entonces, ¿en qué sentido es libre?

—¿Acaso los seres humanos no están obligados por sus leyes, Señor?

—No voy a discutir —dijo el Señor.

Se marchó, y a partir de entonces Andrew lo vio con poca frecuencia.

La Niña iba a verlo a menudo a la casita que le habían construido y entregado. No disponía de cocina ni cuarto de baño. Sólo tenía dos

habitaciones. Una era una biblioteca y la otra servía de depósito y taller. Andrew aceptó muchos encargos y como robot libre trabajó más que antes, hasta que pagó el costo de la casa y el edificio se transfirió legalmente.

Un día, fue a verlo el Señorito..., no, ¡George! El Señorito había insistido en eso después de la sentencia del juez.

—Un robot libre no llama Señorito a nadie —le había dicho George—. Yo te llamo Andrew. Tú debes llamarme George.

El día en que George fue a verlo a solas le informó de que el Señor estaba agonizando. La Niña se encontraba junto

al lecho, pero el Señor también quería estuviese Andrew.

El Señor habló con voz potente, aunque parecía incapaz de moverse. Se esforzó en levantar la mano.

—Andrew —dijo—, Andrew... No me ayudes, George. Me estoy muriendo, eso es todo, no estoy impedido... Andrew, me alegra que seas libre. Sólo quería decirte eso.

Andrew no supo qué decir. Nunca había estado frente a un moribundo, pero sabía que era el modo humano de dejar de funcionar. Era como ser desmontado de una manera involuntaria e irreversible, y Andrew no sabía qué era

lo apropiado decir en ese momento. Sólo pudo quedarse en pie, callado e inmóvil.

Cuando todo terminó, la Niña le dijo:

—Tal vez te haya parecido huraño hacia el final, Andrew, pero estaba viejo y le dolió que quisieras ser libre.

Y entonces Andrew halló las palabras adecuadas:

—Nunca habría sido libre sin él, Niña.

9

Andrew comenzó a usar ropa después de la muerte del Señor. Empezó por ponerse unos pantalones viejos, unos que le había dado George.

George ya estaba casado y era abogado. Se incorporó a la firma de Feingold. El viejo Feingold había muerto tiempo atrás, pero su hija continuó con el bufete, que con el tiempo pasó a llamarse Feingold y Martin. Conservó ese nombre incluso cuando la hija se retiró y ningún Feingold la sucedió. En la época en que Andrew se

puso ropa por primera vez, el apellido Martin acababa de añadirse a la firma.

George se esforzó en no sonreír al verle ponerse los pantalones por primera vez, pero Andrew le notó la sonrisa en los ojos.

George le enseñó a cómo manipular la carga de estática para permitir que los pantalones se abrieran, le cubrieran la parte inferior del cuerpo y se cerraran. George le hizo una demostración con sus propios pantalones, pero Andrew comprendió que él tardaría en imitar la soltura de ese movimiento.

—¿Y para qué quieres llevar pantalones, Andrew? —dijo George—.

Tu cuerpo resulta tan bellamente funcional que es una pena cubrirlo; especialmente, cuando no tienes que preocuparte por la temperatura ni por el pudor. Y además no se ciñen bien sobre el metal.

—¿Acaso los cuerpos humanos no resultan bellamente funcionales, George? Sin embargo, os cubrís.

—Para abrigarnos, por limpieza, como protección, como adorno. Nada de eso aplica en tu caso.

—Me siento desnudo sin ropa. Me siento diferente, George.

—¡Diferente! Andrew, hay millones de robots en la Tierra. En esta región,

según el último censo, hay casi tantos robots como hombres.

—Lo sé, George. Hay robots que realizan cualquier tipo de tarea concebible.

—Y ninguno de ello usa ropa.

—Pero ninguno de ellos es libre, George.

Poco a poco, Andrew mejoró su guardaropa. Lo inhibían la sonrisa de George y la mirada de las personas que le encargaban trabajos.

Aunque fuera libre, el detallado programa con que había sido construido le imponía un determinado comportamiento con la gente, y sólo se

animaba a avanzar poco a poco. La desaprobación directa lo contrariaba durante meses.

No todos aceptaban la libertad de Andrew. Él era incapaz de guardarles rencor, pero sus procesos mentales se encontraban con dificultades al pensar en ello.

Sobre todo, evitaba ponerse ropa cuando creía que la Niña iba a verlo. Era ya una anciana que a menudo vivía lejos, en un clima más templado, pero en cuanto regresaba iba a visitarlo.

En uno de esos regresos, George le comentó:

—Ella me ha convencido Andrew.

Me presentaré como candidato a la Legislatura el año próximo. De tal abuelo, tal nieto, dice ella.

—De tal abuelo... —Andrew se interrumpió, desconcertado.

—Quiero decir que yo, el nieto, seré como el Señor, el abuelo, que estuvo un tiempo en la Legislatura.

—Eso sería agradable, George. Si el Señor aún estuviera...

Se interrumpió de nuevo, pues no quería decir "en funcionamiento". No parecía adecuado.

—Vivo— Lo ayudó George—. Sí, pienso en el viejo monstruo de cuando en cuando.

Andrew reflexionó sobre esa conversación. Se daba cuenta de sus limitaciones de lenguaje al hablar con George. El idioma había cambiado un poco desde que Andrew se había convertido en un ser con vocabulario innato. Además, George practicaba una lengua coloquial que el Señor y la Niña no utilizaban. ¿Porqué llamaba monstruo al Señor, cuando esa palabra no parecía la apropiada?

Los libros no lo ayudaban. Eran antiguos y la mayoría trataban de tallas en madera, de arte o de diseño de muebles. No había ninguno sobre el idioma ni sobre las costumbres de los

seres humanos.

Pensó que debía buscar los libros indicados y, como robot libre, supuso que sería mejor no preguntarle a George. Iría a la ciudad y haría uso de la biblioteca. Fue una decisión triunfal y sintió que su electropotencial se elevaba tanto que tuvo que activar una bobina de impedancia.

Se puso un atuendo completo, incluida una cadena de madera en el hombro. Hubiera preferido plástico brillante, pero George le había dicho que la madera resultaba más elegante y que el cedro bruñido era mucho más valioso.

Llevaba recorridos treinta metros cuando una creciente resistencia le hizo detenerse. Desactivó la bobina de impedancia, pero no fue suficiente. Entonces, regresó a la casa y anotó cuidadosamente en un papel. “Estoy en la biblioteca” Lo dejó a la vista, sobre la mesa.

10

No llegó a la biblioteca. Había estudiado el plano. Conocía el itinerario, pero no su apariencia. Los monumentos al natural no se asemejaban a los símbolos del plano y eso le hacía dudar. Finalmente pensó que debía de haberse equivocado, pues todo parecía extraño.

Se cruzó con algún que otro robot campesino, pero cuando se decidió a preguntar no había nadie a la vista. Pasó un vehículo y no se detuvo. Andrew se quedó de pié, indeciso, y entonces vio

venir dos seres humanos por el campo.

Se volvió hacia ellos, y ellos cambiaron de rumbo para salirse al encuentro. Un instante antes iban hablando en voz alta, pero se habían callado. Tenían una expresión que Andrew asociaba con la incertidumbre de los humanos y eran jóvenes, aunque no mucho. ¿Veinte años? Andrew nunca sabía determinar la edad de los humanos.

—Señores, ¿podrían indicarme el camino hacia la biblioteca de la ciudad?

Uno de ellos, el más alto de los dos, que llevaba un enorme sombrero, le dijo al otro:

—Es un robot.

El otro tenía nariz prominente y párpados gruesos.

—Va vestido— comentó.

El alto cascó los dedos.

—Es el robot libre. En casa de los Martin tienen un robot libre que no pertenece a nadie. ¿Porqué otra razón iba a usar ropa?

—Pregúntaselo.

—¿Eres el robot de los Martin?

—Soy Andrew Martin, señor.

—Bien, pues quítate esa ropa. Los robots no usan ropa. —Y le dijo al otro —: Es repugnante. Míralo.

Andrew titubeó. Hacía tanto tiempo

que no oía una orden en ese tono de voz que los circuitos de la Segunda Ley se atascaron un instante.

—Quítate la ropa —repitió el alto —. Te lo ordeno.

Andrew empezó a desvestirse.

—Tíralas allí —le ordenó el alto.

—Si no pertenece a nadie —sugirió el de nariz prominente—, podría ser nuestro.

—De cualquier modo —dijo el alto — ¿quién va a poner objeciones a lo que hagamos? No estamos dañando ninguna propiedad... —Y le indicó a Andrew—: Apóyate sobre la cabeza.

—La cabeza no es para... —

balbuceó él.

—Es una orden. Si no sabes cómo hacerlo, inténtalo.

Andrew volvió a dudar y luego apoyó la cabeza en el suelo. Intentó levantar las piernas y cayó pesadamente.

—Quédate quieto —le ordenó el alto, y le dijo al otro—: Podemos desmontarlo. ¿Alguna vez has desmontado un robot?

—¿Nos dejará hacerlo?

—¿Cómo podría impedirlo?

Andrew no tenía modo de impedirlo si le ordenaban no resistirse. La Segunda Ley, la de obediencia, tenía prioridad sobre la Tercera ley, la de

supervivencia. En cualquier caso, no podía defenderse sin hacerles daño, y eso significaría violar la Primera Ley. Ante ese pensamiento, sus unidades motrices se contrajeron ligeramente y Andrew se quedó allí tiritando.

El alto lo empujó con el pie.

—Es pesado. Creo que vamos a necesitar herramientas para este trabajo.

—Podríamos ordenarle que se desmonte el mismo. Sería divertido verle intentarlo.

—Sí — asintió el alto, pensativamente—, pero apartémoslo del camino. Si viene alguien...

Era demasiado tarde. Alguien venía,

y era George. Andrew le vio cruzar una loma a lo lejos. Le hubiera gustado hacerle señas, pero la última orden había sido que se quedara quieto. George echó a correr y llegó con el aliento entrecortado. Los dos jóvenes retrocedieron unos pasos.

—Andrew ¿ha pasado algo?

—Estoy bien George.

—Entonces ponte de pie... ¿Qué pasa con tu ropa?

—¿Es tu robot amigo? —preguntó el alto.

—No es el robot de nadie. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Le pedimos cortésmente que se

quitara la ropa. ¿Porqué te molesta, si no es tuyo?

—¿Qué hacían Andrew?

—Tenían la intención de desmebrarme. Estaban a punto de trasladarme a un lugar tranquilo para ordenarme que me desmontara yo mismo.

George se volvió hacia ellos. Le temblaba la barbilla. Los dos jóvenes no retrocedieron más. Sonreían.

—¿Qué piensas hacer gordinflón? —dijo el alto, con tono burlón— ¿Atacarnos?

—No. No es necesario. Este robot ha vivido con mi familia durante más de

setenta años. Nos conoce y nos estima más que a nadie. Le diré que vosotros dos me estáis atacando amenazando y queréis matarme. Le pediré que me defienda. Entre vosotros y yo, optará por mí. ¿Sabéis qué os ocurrirá cuando os ataque? —Los dos jóvenes recularon atemorizados—. Andrew, corro peligro porque estos dos quieren hacerme daño. ¡Vé hacia ellos!

Andrew obedeció, y los dos jóvenes no esperaron. Pusieron los pies en polvorosa.

—De acuerdo, Andrew, cálmate —dijo George, un poco demudado, pues ya no estaba en edad para enzarzarse con

un joven y menos con dos.

—No podría haberlos lastimado, George. Vi que no te estaban atacando.

—No te ordené que los atacaras, sólo que fueras hacia ellos. Su miedo hizo lo demás.

—¿Cómo pueden temer a los robots?

—Es una enfermedad humana, de la que aún no nos hemos curado. Pero eso no importa. ¿Qué demonios haces aquí, Andrew? Estaba a punto de regresar y contratar un helicóptero cuando te encontré. ¿Cómo se te ocurrió ir a la biblioteca? Yo te hubiera traído los libros que necesitaras.

—Soy un...

—Robot libre. Si, vale. ¿Qué querías de la biblioteca?

—Quiero saber más acerca de los robots, George. Quiero escribir una historia de los robots.

—Bien, vayamos a casa... Y recoge tus ropas, Andrew. Hay un millón de libros sobre robótica y todos ellos incluyen historias de la ciencia. El mundo no sólo se está saturando de robots, sino de información sobre ellos.

Andrew meneó la cabeza; con un gesto humano que había adquirido recientemente.

—No me refiero a una historia de la robótica, George, sino a una historia de

los robots, escrita por un robot. Quiero explicar lo que sienten los robots acerca de lo que ha ocurrido desde que se les permitió trabajar y vivir en la Tierra.

George enarcó las cejas, pero no dijo nada.

11

La Niña ya tenía más de ochenta y tres años, pero no había perdido energía ni determinación. Usaba el bastón más para gesticular que para apoyarse.

Escuchó la historia hecha una furia.

—Es espantoso, George ¿Quiénes eran esos rufianes?

—No lo sé. ¿Qué importa? Al final no causaron daño.

—Pero pudieron causarlo. Tú eres abogado, George, y si disfrutas de una buena posición se debe al talento de Andrew. El dinero que él ganó es el

cimiento de todo lo que tenemos aquí. Él da continuidad a esta familia y no permitiré que lo traten como a un juguete de cuerda.

—¿Qué quieres que haga, madre?

—He dicho que eres abogado, ¿es que no me escuchas? Prepara una acción constitutiva, obliga a los tribunales regionales a declarar los derechos de los robots, logra que la Legislatura apruebe leyes necesarias y lleva el asunto al Tribunal Mundial si es preciso. Estaré vigilando, George, y no toleraré vacilaciones.

Hablaba en serio, y lo que comenzó como un modo de aplacar a esa

formidable anciana se transformó en un asunto complejo, tan enmarañado que resultaba interesante. Como socio más antiguo de Feingold y Martin, George planeó la estrategia, pero dejó el trabajo a sus colegas más jóvenes, entre ellos a su hijo Paul, que también trabajaba en la firma y casi todos los días le presentaba un informe a la abuela. Ella, a su vez, deliberaba todos los días con Andrew.

Andrew estaba profundamente involucrado. Postergó nuevamente su trabajo en el libro sobre los robots mientras cavilaba sobre las argumentaciones judiciales, y en ocasiones hacía útiles sugerencias.

—George me dijo que los seres humanos siempre han temido a los robots —dijo una vez—. Mientras sea así, los tribunales y las legislaturas no trabajarán a favor de ellos. ¿No tendría que hacerse algo con la opinión pública?

Así que, mientras Paul permanecía con el juzgado, George optó por la tribuna pública. Eso le permitía ser informal y llegaba al extremo de usar esa ropa nueva y floja que llamaban "harapos".

—Pero no te la pises en el estrado, papá —le advirtió Paul.

Interpeló a la convención anual de

holonoticias en una ocasión, diciendo:

—Si en virtud de la Segunda Ley podemos exigir a cualquier robot obediencia ilimitada en todos los aspectos que entrañan daño para un ser humano, entonces cualquier ser humano tiene un temible poder sobre cualquier robot. Como la Segunda Ley tiene prioridad sobre la Tercera, cualquier ser humano puede hacer uso de la ley de obediencia para anular la ley de autoprotección. Puede ordenarle a cualquier robot que se haga daño a sí mismo o que se autodestruya, sólo por capricho.

"¿Es eso justo? ¿Trataríamos así a

un animal? Hasta un objeto inanimado que nos ha prestado un buen servicio se gana nuestra consideración. Y un robot no es insensible. No es un animal. Puede pensar, hablar, razonar, bromear. ¿Podemos tratarlos como amigos, podemos trabajar con ellos y no brindarles el fruto de esa amistad, el beneficio de la colaboración mutua?

"Si un ser humano tiene el derecho de darle a un robot cualquier orden que no suponga daño para un ser humano, debería tener la decencia de no darle a un robot ninguna orden que suponga daño para un robot, a menos que lo requiera la seguridad humana. Un gran

poder supone una gran responsabilidad, y si los robots tienen tres leyes para proteger a los hombres ¿es mucho pedir que los hombres tengan un par de leyes para proteger a los robots?

Andrew tenía razón. La batalla por ganarse la opinión pública fue la clave en los tribunales y en la Legislatura, y al final se aprobó una ley que imponía unas condiciones, según las cuales se prohibían las órdenes lesivas para los robots. Tenía muchos vericuetos y los castigos por violar la ley eran insuficientes, pero el principio quedó establecido. La Legislatura Mundial la aprobó el día de la muerte de la Niña.

No fue coincidencia que la Niña se aferrara a la vida tan desesperadamente durante el último debate y sólo cejara cuando le comunicaron la victoria. Su última sonrisa fue para Andrew. Sus últimas palabras fueron:

—Fuiste bueno con nosotros, Andrew.

Murió cogiéndole la mano, mientras George, con su esposa y sus hijos, permanecía a respetuosa distancia de ambos.

12

Andrew aguardó pacientemente mientras el recepcionista entraba al despacho. El robot podría haber usado el interfono holográfico, pero sin duda era presa de cierto nerviosismo por tener que tratar con otro robot y no con un ser humano.

Andrew se detuvo cavilando sobre esa cuestión. ¿"Nerviosismo" era la palabra adecuada para una criatura que en vez de nervios tenía sendas positrónicas? ¿Podía usarse como un término analógico?

Esos problemas seguían con frecuencia mientras trabajaba en su libro sobre los robots. El esfuerzo de pensar frases para expresar todas las complejidades le había mejorado el vocabulario.

Algunas personas lo miraban al pasar, y él no eludía sus miradas. Las afrontaba con calma y la gente se alejaba.

Salió Paul Martin. Parecía sorprendido, aunque Andrew tuvo dificultades para verle la expresión, pues Paul usaba ese grueso maquillaje que la moda imponía para ambos sexos y, aunque le confería más vigor a su

blando rostro, Andrew lo desaprobaba. Había notado que desaprobar a los seres humanos no le inquietaba demasiado mientras no lo manifestara verbalmente. Incluso podía expresarlo por escrito. Estaba seguro de que no siempre había sido así.

—Entra, Andrew. Lamento haberte hecho esperar, pero tenía que concluir una tarea. Entra. Me dijiste que querías hablar conmigo, pero no sabía que querías hablarme aquí.

—Si estás ocupado, Paul, estoy dispuesto a esperar. Paul miró el juego de sombras cambiantes en el cuadrante de la pared que servía como reloj.

—Dispongo de un rato. ¿Has venido solo?

—Alquilé un automóvil.

—¿Algún problema? —preguntó Paul, con cierta ansiedad.

—No esperaba ninguno. Mis derechos están protegidos.

La ansiedad de Paul se agudizó.

—Andrew, te he explicado que la ley no es de ejecución obligatoria salvo en situaciones excepcionales... Y si insistes en usar ropa acabarás teniendo problemas, como aquella primera vez.

—La única. Paul. Lamento que estés disgustado.

—Bien, míralo de este modo: eres

prácticamente una leyenda viviente, Andrew, y eres demasiado valioso para arrogarte el derecho de ponerte en peligro... ¿Cómo anda el libro?

—Me estoy acercando al final, Paul. El editor está muy contento.

—¡Bien!

—No sé si se encuentra contento exactamente con el libro en cuanto tal. Creo que piensa vender muchos ejemplares porque está escrito por un robot, y eso le hace estar contento.

—Me temo que es muy humano.

—No estoy disgustado. Que se venda, sea cual sea la razón, porque eso significará dinero y me vendrá bien.

—La abuela te dejó...

—La Niña era generosa y sé que puedo contar con la ayuda de la familia. Pero espero que los derechos del libro me ayuden en el próximo paso.

—¿De qué hablas?

—Quiero ver al presidente de Robots y Hombres Mecánicos S.A. He intentado concentrar una cita, pero hasta ahora no pude dar con él. La empresa no colaboró conmigo en la preparación del libro, así que no me sorprende.

Paul estaba divirtiéndose.

—Colaboración es lo último que puedes esperar. La empresa no colaboró con nosotros en nuestra gran lucha por

los derechos de los robots. Todo lo contrario, ya entiendes por qué: si les otorgas derechos a los robots, quizá la gente no quiera comprarlos.

—Pero si llamas tú, podrás conseguirme una entrevista.

—Me tienen poca simpatía como a ti, Andrew.

—Quizá puedas insinuar que la firma Feingold y Martin está dispuesta a iniciar una campaña para reforzar aún más los derechos de los robots.

—¿No sería una mentira, Andrew?

—Sí, Paul, y yo no puedo mentir. Por eso debes llamar tú.

—Ah, no puedes mentir, pero puedes

instigarme a mentir, ¿verdad? Eres cada vez más humano Andrew.

13

No fue fácil, a pesar del renombre de Paul.

Pero al fin se logró. Harley Smythe-Robertson, que descendía del fundador de la empresa por línea materna y había adoptado ese guión en el apellido para indicarlo, parecía disgustado. Se aproximaba a la edad de jubilarse, y el tema de los derechos de los robots había acaparado su gestión como presidente. Llevaba el cabello gris aplastado y el rostro sin maquillaje. Miraba a Andrew con hostilidad.

—Hace un siglo —dijo Andrew—, un tal Merton Mansky, de esta empresa, me dijo que la matemática que rige la trama de las sendas positrónicas era tan compleja que sólo permitía soluciones complejas y, por lo tanto, mis aptitudes no eran del todo previsibles.

—Eso fue hace casi un siglo. —Smythe-Robertson dudó un momento, luego añadió en tono frío—: Ya no es así. Nuestros robots están construidos y adiestrados con precisión para realizar sus tareas.

—Sí —dijo Paul, que estaba allí para cerciorarse de que la empresa actuara limpiamente—, con el resultado

de que mi recepcionista necesita asesoramiento cada vez que se aparta de una tarea convencional.

—Más se disgustaría usted si se pusiera a improvisar —replicó Smythe-Robertson.

—Entonces, ¿ustedes ya no manufacturan robots como yo, flexibles y adaptables? —preguntó Andrew.

—No.

—La investigación que he realizado para preparar mi libro —prosiguió Andrew— indica que soy el robot más antiguo en activo.

—El más antiguo ahora y el más antiguo siempre. El más antiguo que

habrá nunca. Ningún robot es útil después de veinticinco años. Los recuperaremos para reemplazarlos por modelos más nuevos.

—Ningún robots es útil después de veinticinco años tal como se los fabrica ahora —señaló Paul—. Andrew es muy especial en ese sentido.

Andrew, ateniéndose al rumbo que se había trazado, dijo:

—Por ser el robot más antiguo y flexible del mundo, ¿no soy tan excepcional como para merecer un tratamiento especial de la empresa?

—En absoluto —respondió Smythe-Robertson—. Ese carácter excepcional

es un estorbo para la empresa. Si usted estuviera alquilado, en vez de haber sido vendido por una infortunada decisión, lo habríamos reemplazado hace muchísimo tiempo.

—Pero de eso de trata— se animó Andrew—. Soy un robot libre y soy dueño de mí mismo. Por lo tanto, acudo a usted a pedirle que me reemplace. Usted no puede hacerlo sin el consentimiento del dueño. En la actualidad, ese consentimiento se incluye obligatoriamente como condición para el alquiler, pero en mi época no era así.

Smythe-Robertson estaba

estupefacto y desconcertado, y guardó silencio. Andrew observó el holograma de la pared. Era una máscara mortuoria de Susan Calvin, santa patrona de la robótica. Había muerto dos siglos atrás, pero después de escribir el libro Andrew le conocía tan bien que tenía la sensación de haberla tratado personalmente.

—¿Cómo puedo reemplazarte? —replicó Smythe-Robertson—. Si le reemplazo como robot, ¿cómo puedo darle el nuevo robot a usted, el propietario, si en el momento del reemplazo usted deja de existir?

Sonrió de un modo siniestro.

—No es difícil —terció Paul—. La personalidad de Andrew está asentada en su cerebro positrónico, y esa parte no se puede reemplazar sin crear un nuevo robot. Por consiguiente, el cerebro positrónico es Andrew el propietario. Todas las demás piezas del cuerpo del robot se pueden reemplazar sin alterar la personalidad del robot, y esas piezas pertenecen al cerebro. Yo diría que Andrew desea proporcionarle a su cerebro un nuevo cuerpo robótico.

—En efecto —asintió Andrew. Se volvió hacia Smythe-Robertson—. Ustedes han fabricado androides, ¿verdad?, robots que tienen apariencia

humana, incluida la textura de la piel.

—Sí, lo hemos hecho. Funcionaban perfectamente con su cutis y sus tendones fibrosintéticos. Prácticamente no había nada de metal, salvo en el cerebro, pero eran tan resistentes como los robots de metal. Más resistentes, en realidad.

Paul se interesó:

—No lo sabía. ¿Cuántos hay en el mercado?

—Ninguno — contestó Smythe-Robertson—. Eran mucho más caros que los modelos de metal, y un estudio del mercado reveló que no serían aceptados. Parecían demasiado humanos.

—Pero la empresa conserva toda su destreza —afirmó Andrew—. Deseo, pues, ser reemplazado por un robot orgánico, por un androide.

—¡Santo cielo! — exclamó Paul.

Smythe-Robertson se puso rígido.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué imposible? —preguntó Andrew—. Pagaré lo que sea, dentro de lo razonable, por supuesto.

—No fabricamos androides.

—No quieren fabricar androides —dijo Paul—. Eso no es lo mismo que no poseer la capacidad para fabricarlos.

—De todos modos, fabricar androides va contra nuestra política

pública.

—No hay ley que lo prohiba —señaló Paul.

—Aun así, no los fabricamos ni pensamos hacerlo.

Paul se aclaró la garganta.

—Señor Smythe-Robertson, Andrew es un robot libre y está amparado por la ley que garantiza los derechos de los robots. Entiendo que usted está al corriente de ello.

—Ya lo creo.

—Este robot, como robot, libre, opta por usar vestimenta. Por esta razón, a menudo es humillado por seres humanos desconsiderados, a pesar de la ley que

prohibe humillar a los robots. Es difícil tomar medidas contra infracciones vagas que no cuentan con la reprobación general de quienes deben decidir sobre la culpa y la inocencia.

—Nuestra empresa lo comprendió desde el principio. Lamentablemente, la firma de su padre no.

—Mi padre ha muerto, pero en este asunto veo una clara infracción, con una parte perjudicada.

—¿De qué habla? —gruñó Smythe-Robertson.

—Andrew Martin, que acaba de convertirse en mi cliente, es un robot libre capacitado para solicitar a Robot y

Hombres Mecánicos el derecho de reemplazo, el cual la empresa otorga a quien posee un robot durante más de veinticinco años. Más aún, la empresa insiste en que haya reemplazos. —Paul sonrió con desenfado—. El cerebro positrónico de mi cliente es propietario del cuerpo de mi cliente, que, desde luego, tiene más de veinticinco años. El cerebro positrónico exige reemplazo del cuerpo y ofrece pagar un precio razonable por un cuerpo de androide, en calidad de dicho reemplazo. Si usted rechaza el requerimiento, mi cliente sufrirá una humillación y presentaremos una querella. Además, aunque la opinión

pública no respaldara la reclamación de un robot en este caso, le recuerdo que su empresa no goza de popularidad. Hasta quienes más utilizan los robots y se aprovechan de ellos recelan la empresa. Esto puede ser un vestigio de tiempos en que los robots eran muy temidos. Puede ser resentimiento contra el poderío y la riqueza de Robots y Hombres Mecánicos, que ostenta el monopolio mundial. Sea cual fuera la causa, el resentimiento existe y creo que usted preferirá no ir a juicio, teniendo en cuenta que mi cliente es rico y que vivirá muchos siglos, lo cual le permitirá prolongar la batalla

eternamente.

Smythe-Robertson se había ruborizado.

—Usted intenta a obligarme a ...

—No le obligo a nada. Si desea rechazar la razonable solicitud de mi cliente, puede hacerlo y nos marcharemos sin decir más... Pero entablaremos un pleito, como es nuestro derecho, y a la larga usted perderá.

—Bien... —empezó Smythe-Robertson, y se calló.

—Veo que va usted a aceptar. Puede que tenga dudas, pero al fin aceptará. Le haré otra aclaración. Si, al transferir el cerebro positrónico de mi cliente de su

cuerpo actual a un cuerpo orgánico se produce alguna lesión, por leve que sea, no descansaré hasta haber arruinado a su empresa. De ser necesario, haré todo lo posible para movilizar a la opinión pública contra ustedes si una senda del cerebro de platino-iridio de mi cliente sufre algún daño. ¿Estás de acuerdo, Andrew?

Andrew titubeó. Era como aprobar la mentira, el chantaje, el maltrato y la humillación de un ser humano, pero no hay daño físico, se dijo, no hay daño físico.

Finalmente logró pronunciar un tímido sí.

14

Era como estar reconstruido. Durante días, semanas y meses Andrew se sintió como otra persona, y los actos más sencillos lo hacían vacilar.

Paul estaba frenético.

—Te han dañado, Andrew. Tendremos que entablar un pleito.

—No lo hagas — dijo Andrew muy despacio—. Nunca podrás probar pr...

—¿Premeditación?

—Premeditación. Además, ya me encuentro más fuerte, mejor. es el t...

—¿Temblor?

—Trauma. A fin de cuentas, nunca antes se practicó semejante oper... oper...

Andrew sentía el cerebro desde dentro, algo que nadie más podía hacer. Sabía que se encontraba bien y, durante los meses que le llevó aprender la plena coordinación y el pleno interjuego positrónico, se pasó horas ante el espejo.

¡No parecía humano! El rostro era rígido y los movimientos, demasiado deliberados. Carecía de la soltura del ser humano, pero quizá pudiera lograrlo con el tiempo. Al menos, podía ponerse ropa sin la ridícula anomalía de tener un

rostro de metal.

—Volveré al trabajo.

Paul sonrió.

—Eso significa que ya estás bien. ¿Qué piensas hacer? ¿Escribirás otro libro?

—No —respondió muy serio—. Vivo demasiado tiempo como para dejarme seducir por una sola carrera. Hubo un tiempo en que era artista y aún puedo volver a esa ocupación. Y hubo un tiempo en que fui historiador y aún puedo volver a eso. Pero ahora deseo ser robobiólogo.

—Robopsicólogo, querrás decir.

—No. Eso implicaría el estudio de

cerebros positrónicos, y en este momento no deseo hacerlo. Un robobiólogo sería alguien que estudia el funcionamiento del cuerpo que va con ese cerebro.

—Eso no se llamaría un robotista?

—Un robotista trabaja con un cuerpo de metal. Yo estudiaré un cuerpo humanoide orgánico, y el único espécimen que existe es el mío.

—Un campo muy limitado— observó Paul—. Como artista, toda la inspiración te pertenecía; como historiador, estudiabas principalmente los robots; como robobiólogo, sólo te estudiarás a ti mismo.

Andrew asintió con la cabeza.

—Eso parece.

Andrew tuvo que comenzar desde el principio, pues no sabía nada de biología y casi nada de ciencias. Empezó a frecuentar bibliotecas, donde consultaba índices electrónicos durante horas, con su apariencia totalmente normal debido a la ropa. Los pocos que sabían que era un robot no se entrometían.

Construyó un laboratorio en una sala que añadió a su casa, y también se hizo una biblioteca.

Transcurrieron años. Un día, Paul fue a verlo.

—Es una lástima que ya no trabajes en la historia de los robots. Tengo entendido que Robots y Hombres Mecánicos está adoptando una política radicalmente nueva.

Paul había envejecido, y unas células fotoópticas habían reemplazado sus deteriorados ojos. En ese aspecto estaba más cerca de Andrew.

—¿Qué han hecho? —preguntó Andrew.

—Están fabricando ordenadores centrales, cerebros positrónicos gigantescos que se comunican por microondas con miles de robots. Los robots no poseen cerebro. Son las

extremidades del gigantesco cerebro, y los dos están separados físicamente.

—¿Es más eficiente?

—La empresa afirma que sí. Smythe-Robertson marcó el nuevo rumbos antes de morir. Sin embargo, tengo la sospecha de que es una reacción contra ti. No quieren fabricar robots que les causen problemas como tú, y por eso han separado el cerebro del cuerpo. El cerebro no deseará cambiar de cuerpo y el cuerpo no tendrá un cerebro que desee nada. Es asombrosa la influencia que has ejercido en la historia de los robots. Tus facultades artísticas animaron a la empresa a fabricar robots

más precisos y especializados; tu libertad derivó en la formulación del principio de los derechos robóticos; tu insistencia en tener un cuerpo de androide hizo que la empresa separase el cerebro del cuerpo.

—Supongo que al final la empresa fabricará un enorme cerebro que controlará miles de millones de cuerpos robóticos. Todos los huevos en un cesto. Peligroso. Muy desatinado.

—Me parece que tienes razón. Pero no creo que ocurra hasta dentro de un siglo y no viviré para verlo. Quizá ni siquiera viva para ver el año próximo.

—¡Paul! —exclamó Andrew

preocupado.

Paul se encogió de hombros.

—No somos como tú. No importa demasiado, pero si es importante aclararte algo. Soy el último humano de los Martin. Hay descendientes de mi tía abuela, pero ellos no cuentan. El dinero que controlo personalmente quedará en tu fondo a tu nombre y, en la medida en que uno puede prever el futuro, estarás económicamente a salvo.

—Eso es innecesario — rechazó Andrew con dificultad, pues a pesar de todo ese tiempo no lograba habituarse a la muerte de los Martin.

—No discutamos. Así serán las

cosas. ¿En qué estás trabajando?

—Diseño un sistema que permita que los androides, yo mismo, obtengan energía de la combustión de hidrocarburos, y no de las células atómicas.

Paul enarcó las cejas.

—¿De modo que puedan respirar y comer?

—Sí.

—¿Cuánto hace que investigas ese problema?

—Mucho tiempo, pero creo que he diseñado una cámara de combustión adecuada para una descomposición catalizada controlada.

—Pero ¿por qué, Andrew? La célula atómica es infinitamente mejor.

—En ciertos sentidos, quizá; pero la célula atómica es inhumana.

15

Le llevó tiempo, pero Andrew tenía tiempo de sobra. Ante todo, no quiso hacer nada hasta que Paul muriese en paz.

Con la muerte del bisnieto del Señor, Andrew se sintió más expuesto a un mundo hostil, de modo que estaba aún más resuelto a seguir el rumbo que había escogido tiempo atrás.

Pero no estaba solo. Aunque un hombre había muerto, la firma Feingold y Martin seguía viva, pues una empresa no muere, así como no muere un robot.

La firma tenía sus instrucciones y las cumplió al pie de la letra. A través del fondo fiduciario y la firma legal, Andrew conservó su fortuna y, a cambio de una suculenta comisión anual, Feingold y Martin se involucró en los aspectos legales de la nueva cámara de combustión.

Cuando llegó el momento de visitar Robots y Hombres Mecánicos S.A., lo hizo a solas. En una ocasión había ido con el Señor y en otra con Paul; esta vez era la tercera, estaba solo y parecía un hombre.

La empresa había cambiado. La planta de producción se había

desplazado a una gran estación espacial, como ocurría con muchas industrias. Con ellas se habían ido muchos robots. La Tierra parecía cada vez más un parque, con una población similar a robots, de los cuales un treinta por cierto estaban dotados de un cerebro autónomo.

El director de investigaciones era Alvin Magdescu, de tez y cabellos oscuros y barba puntiaguda. Sobre la cintura sólo usaba la faja pectoral impuesta por la moda. Andrew vestía según la anticuada moda de varias décadas.

—Te conozco, desde luego —dijo

Magdescu—, y me agrada verte. Eres uno de nuestros productos más notables y es una lástima que el viejo Smythe-Robertson te tuviera inquina. Podríamos haber un gran trato contigo.

—Aun pueden.

—No, no creo. Ha pasado el momento. Hace más de un siglo que tenemos robots en la Tierra, pero eso está cambiando. Se irán al espacio y los que permanezcan aquí no tendrán cerebro.

—Pero quedo yo, y me quedo en la Tierra.

—Sí, pero tú no pareces robot. ¿Qué nueva solicitud traes?

—Quiero ser menos robot. Como soy tan orgánico, deseo una fuente orgánica de energía. Aquí tengo los planos...

Magdescu los miró sin prisa. Los observaba con creciente interés.

—Es notablemente ingenioso. ¿A quién se le ha ocurrido todo esto?

—A mí.

Magdescu lo miró fijamente.

—Supondría una reestructuración total del cuerpo y sería experimental, pues nunca se ha intentado. Te aconsejo que no lo hagas, que te quedes como estás.

El rostro de Andrew tenía una

capacidad expresiva limitada, pero no ocultó su impaciencia.

—Profesor Magdescu, no lo entiende. Usted no tiene más opción que acceder a mi requerimiento. Si se pueden incorporar estos dispositivos a mi cuerpo, también se pueden incorporar a cuerpos humanos. La tendencia a prolongar la vida humana mediante prótesis se está afianzando. No hay dispositivos mejores que los que yo he diseñado. Controlo las patentes a través de Feingold y Martin. Somos capaces de montar una empresa para desarrollar prótesis que quizá terminen generando seres humanos con muchas de las

propiedades de los robots. Su empresa se verá afectada. En cambio, si me opera ahora y accede a hacerlo en circunstancias similares en el futuro, percibirá una comisión por utilizar las patentes y controlar la tecnología robótica y protésica para seres humanos. El alquiler inicial se otorgará sólo cuando se haya realizado la primera operación, y cuando haya pasado tiempo suficiente para demostrar que tuvo éxito.

La Primera Ley no le creó ninguna inhibición ante las severas condiciones que le estaba imponiendo a un ser humano. Había aprendido que lo que

parecía crueldad podía resultar bondad a la larga.

Magdescu estaba estupefacto.

—No soy yo quien debe decidir en semejante asunto. Es una decisión de empresa y llevará tiempo.

—Puedo esperar un tiempo razonable —dijo Andrew—, pero sólo un tiempo razonable.

Y pensó con satisfacción que Paul mismo no lo habría hecho mejor.

16

Fue sólo un tiempo razonable, y la operación resultó todo un éxito.

—Yo me oponía a esta operación, Andrew —le dijo Magdescu—, pero no por lo que tú piensas. No estaba en contra del experimento, de haberse tratado de otro. Detestaba poner en peligro tu cerebro positrónico. Ahora que tienes sendas positrónicas que actúan recíprocamente con sendas nerviosas simuladas, podría resultar difícil rescatar el cerebro intacto si el cuerpo se deteriorase.

—Yo tenía confianza en la capacidad personal de la empresa. Y ahora puedo comer.

—Bueno, puedes sorber aceite de oliva. Eso significa que habrá que hacer de vez en cuando limpieza de la cámara de combustión, como ya te hemos explicado. Es un factor incómodo, diría yo.

—Quizá, si yo no pensara seguir adelante. La auto limpieza no es imposible. Estoy trabajando en un dispositivo que se encargará de los alimentos sólidos que incluyan parte no combustible; la materia indigerible, por así decirlo, que habrá que desechar.

—Entonces, necesitarás un ano.

—Su equivalente.

—¿Qué más, Andrew?

—Todo lo demás.

—¿También genitales?

—En la medida en que concuerden con mis planes. Mi cuerpo es un lienzo donde pienso dibujar...

Magdescu aguardó a que concluyera la frase, pero como la pausa se prolongaba decidió redondearla él mismo:

—¿Un hombre?

—Ya veremos —se limitó a decir Andrew.

—Es una ambición contradictoria,

Andrew. Tú eres mucho mejor que un hombre. Has ido cuesta abajo desde que optaste por ser orgánico.

—Mi cerebro no se ha dañado.

—No, claro que no. Pero, Andrew, los nuevos hallazgos protésicos que han posibilitado tus patentes se comercializan bajo tu nombre. Eres reconocido como el gran inventor y se te honra por ello... tal como eres. ¿Por qué quieres arriesgar más tu cuerpo?

Andrew no respondió.

Los honores llegaron. Aceptó el nombramiento en varias instituciones culturales, entre ellas una consagrada a la nueva ciencia que él había creado; la

que él llamó robobiología, pero que se denominaba protetología.

En el ciento cincuenta aniversario de su fabricación, se celebró una cena de homenaje en Robots y Hombres Mecánicos. Si Andrew vio en ello alguna ironía, no lo mencionó.

Alvin Magdescu, ya jubilado, presidió la cena. Tenía noventa y cuatro años y aún vivía porque tenía prótesis que, entre otras cosas, cumplían las funciones del hígado y de los riñones. La cena alcanzó su momento culminante cuando Magdescu, al cabo de un discurso breve y emotivo, alzó la copa para brindar por "el robot

sesquicentenario”.

Andrew se había hecho remodelar los tendones del rostro hasta el punto de que podía expresar una gama de emociones, pero se comportó de un modo pasivo durante toda la ceremonia. No le agradaba ser un robot sesquicentenario.

17

La protetología le permitió a Andrew abandonar la Tierra. En las décadas que siguieron a la celebración del sesquicentenario, la Luna se convirtió en un mundo más terrícola que la Tierra en todos los aspectos menos en el de la gravedad, un mundo que albergaba una densa población en sus ciudades subterráneas.

Allí, las prótesis debían tener en cuenta la menor gravedad, y Andrew pasó cinco años en la Luna trabajando con especialistas locales para introducir

las necesarias adaptaciones. Cuando no se encontraba trabajando, deambulaba entre los robots, que lo trataban con cortesía robótica debida a un hombre.

Regresó a la Tierra, que era monótona y apacible en comparación, y fue a las oficinas de Feingold y Martin para anunciar su vuelta.

El entonces director de la firma, Simon DeLong, se quedó sorprendido.

—Nos habían anunciado que regresabas, Andrew —dijo, aunque estuvo a punto de llamarlo "señor Martin"—, pero no te esperábamos hasta la semana entrante.

—Me impacienté —contestó

bruscamente Andrew, que ansiaba ir al grano—. En la Luna, Simon, estuve al mando de un equipo de investigación de veinte científicos humanos. Les daba órdenes que nadie cuestionaba. Los robots lunares me trataban como a un ser humano. ¿Entonces por qué no soy un ser humano?

DeLong adoptó una expresión cautelosa.

—Querido Andrew, como acabas de explicar, tanto los robots como los humanos te tratan como si fueras un ser humano. Por consiguiente, eres un ser humano *de facto*.

—No me basta con ser un ser

humano de facto. Quiero que no sólo me traten como tal, sino que me identifiquen legalmente como tal. Quiero ser un ser humano *de jure*.

—Eso es distinto. Ahí tropezaríamos con los prejuicios humanos y con el hecho indudable de que, por mucho que parezcas un ser humano, no lo eres.

—¿En qué sentido? Tengo la forma de un ser humano y órganos equivalentes a los de los humanos. Mis órganos son idénticos a los que tiene un ser humano con prótesis. He realizado aportaciones artísticas, literarias y científicas a la cultura humana, tanto como cualquier ser humano vivo. ¿Qué más se puede pedir?

—Yo no pediría nada. El problema es que se necesitaría una Ley de la Legislatura Mundial para definirte como ser humano. Francamente, no creo que sea posible.

—¿Con quién debo hablar en la Legislatura?

—Con la presidencia de la Comisión para la Ciencia y la Tecnología, tal vez.

—¿Puedes pedir una reunión?

—Pero no necesitas un intermediario. Con tu prestigio...

—No. Encárgate tú. —Andrew ni siquiera pensó que estaba dándole una orden a un ser humano. En la Luna se

habían acostumbrado a ello—. Quiero que sepan que Feingold y Martin me apoya plenamente en esto.

—Pues bien...

—Plenamente, Simon. En ciento setenta y tres años he aportado muchísimo a esta firma. En el pasado estuve obligado para con otros miembros de esta firma. Ahora no.

Es a la inversa, y estoy reclamando mi deuda.

—Veré qué puedo hacer —dijo DeLong.

18

La presidencia de la Comisión para Ciencia y la Tecnología era una asiática llamada Chee Li-Hsing. Con sus prendas transparentes (que ocultaban lo que ella quería ocultar mediante un resplandor), parecía envuelta en plástico.

—Simpatizo con su afán de obtener derechos humanos plenos —le dijo—. En otros tiempos de la historia hubo integrantes de la población humana que lucharon por obtener derechos plenos. Pero ¿qué derechos puede desear que ya no tenga?

—Algo muy simple: el derecho a la vida. Un robot puede ser desmontado en cualquier momento.

—Y un ser humano puede ser ejecutado en cualquier momento.

—La ejecución sólo puede realizarse dentro del marco de la Ley. Para desmontarme a mí no se requiere un juicio; sólo se necesita la palabra de un ser humano que tenga autorización para poner fin a mi vida. Además..., además... —Andrew procuró reprimir su tono implorante, pero su expresión y su voz humanizadas lo traicionaban—. Lo siento es que deseo ser hombre. Lo he deseado durante seis generaciones de

seres humanos.

Li-Hsing lo miró con sus ojos oscuros.

—La Legislatura puede aprobar una ley declarándolo humano; llegado el caso, podría aprobar una ley declarando humana a una estatua de piedra. Sin embargo, creo que en el primer caso serviría tan poco como para el segundo. Los diputados son tan humanos como el resto de la población, y siempre existe un recelo contra los robots.

—¿Incluso actualmente?

—Incluso actualmente. Todos admitiríamos que usted se ha ganado a pulso el premio de ser humano, pero

persistiría el temor de sentar un precedente indeseable.

—¿Qué precedente? Soy el único robot libre, el único de mi tipo, y nunca se fabricará otro. Pueden preguntárselo a Robots y Hombres Mecánicos.

—"Nunca" es mucho tiempo, Andrew, o, si lo prefiere, señor Martin, pues personalmente le considero humano. La mayoría de los diputados se mostrarán reacios a sentar ese precedente, por insignificante que parezca. Señor Martin, cuenta usted con mi respaldo, pero no le aconsejo que abrigue esperanzas. En realidad...

—Se reclinó en el asiento y arrugó

la frente—. En realidad, si la discusión se vuelve acalorada, surgirá cierta tendencia, tanto dentro como fuera de la Legislatura, a favorecer esa postura, que antes mencionó usted, la que quieran desmontarle. Librarse de usted podría ser el modo más fácil de resolver el dilema. Píenselo antes de insistir.

—¿Nadie recordará la técnica de la protetología, algo que me pertenece casi por completo?

—Parecerá cruel, pero no la recordarán. O, en todo caso, la recordarán desfavorablemente. Dirán que usted lo hizo con fines egoístas, que fue parte de una campaña para robotizar

a los seres humano o para humanizar a los robots; y en cualquiera de ambos casos sería pérfido y maligno. Usted nunca ha sido víctima de una campaña política de desprestigio, y le aseguro que se convertiría en el blanco de unas calumnias que ni usted ni yo creeríamos, pero sí habría gente que las creería. Señor Martin, viva su vida en paz.

Se levantó. Al lado de Andrew, que estaba sentado, parecía menuda, casi una niña.

—Si decido luchar por mi humanidad —dijo Andrew—, ¿usted estará de mi lado?

Ella reflexionó y contestó:

—Sí, en la medida de lo posible. Si en algún momento esa postura amenaza mi futuro político, tendré que abandonarle, pues para mí no es una cuestión fundamental. Procuro ser franca.

—Gracias. No le pediré otra cosa. Me propongo continuar esta lucha al margen de las consecuencias, y le pediré ayuda mientras usted pueda brindármela.

19

No fue una lucha directa. Feingold y Martin aconsejó paciencia y Andrew masculló que no tenía una paciencia infinita. Luego, Feingold y Martin inició una campaña para delimitar la zona de combate.

Entabló un pleito en el que se rechazaba la obligación de pagar deudas a un individuo con un corazón protésico, alegando que la posesión de un órgano robótico lo despojaba de humanidad y de sus derechos constitucionales.

Lucharon con destreza y tenacidad;

perdían en cada paso que daban, pero procurando siempre que la sentencia resultante fuese lo más genérica posible, y luego la presentaban mediante apelaciones ante el Tribunal Mundial.

Llevó años y millones de dólares.

Cuando se dictó la última sentencia, DeLong festejó la derrota como si fuera un portante triunfo. Andrew estaba presente en las oficinas de la firma, por supuesto.

—Hemos logrado dos cosas, Andrew, y ambas son buenas. En primer lugar, hemos establecido que ningún número de artefactos le quita la humanidad al cuerpo humano. En

segundo lugar, hemos involucrado a la opinión pública de tal modo que estará a favor de una interpretación amplia de lo que significa humanidad, pues no hay ser humano existente que no desee una prótesis si eso puede mantenerlo con vida.

—Y crees que la Legislatura me concederá el derecho a la humanidad?

DeLong parecía un poco incómodo.

—En cuanto a eso, no puedo ser optimista. Queda el único órgano que el Tribunal Mundial ha utilizado como criterio de humanidad. Los seres humanos poseen un cerebro celular orgánico y los robots tienen un cerebro

positrónico de platino e iridio... No Andrew, no pongas esa cara. Carecemos de conocimientos para imitar el funcionamiento de un cerebro celular en estructuras artificiales parecidas al cerebro orgánico, así que no se puede incluir en la sentencia, ni siquiera tú podrías lograrlo.

—¿Qué haremos entonces?

—Intentarlo, por supuesto. La diputada Li-Hsing estará de nuestra parte y también una cantidad creciente de diputados. El presidente sin duda seguirá la opinión de la mayoría de la Legislatura en este asunto.

—¿Contamos con una mayoría?

—No, al contrario. Pero podríamos obtenerla si el público expresa su deseo de que se te incluya en una interpretación amplia de lo que significa humanidad. Hay pocas probabilidades, pero si no deseas abandonar debemos arriesgarnos.

20

La diputada Li-Hsing era mucho más vieja que cuando Andrew la conoció. Ya no llevaba aquellas prendas transparentes, sino que tenía el cabello corto y vestía con ropa tubular. En cambio, Andrew aún se atenía, dentro de los límites de lo razonable, al modo de vestir que predominaba cuando él comenzó a usar ropa un siglo atrás.

—Hemos llegado tan lejos como podíamos, Andrew. Lo intentaremos nuevamente después del receso, pero, con franqueza, la derrota es segura y

tendremos que desistir. Todos estos esfuerzos sólo me han valido una derrota segura en la próxima campaña parlamentaria.

—Lo sé, y lo lamento. Una vez dijiste que me abandonarías si se llegaba a ese extremo; ¿por qué no lo has hecho?

—Porqué cambié de opinión. Abandonarte se convirtió en un precio mucho más alto del que estaba dispuesta a pagar por una nueva gestión. Hace más de un cuarto de siglo que estoy en la Legislatura. Es suficiente.

—¿No hay modo de hacerles cambiar de parecer, Chee?

—He convencido a toda la gente razonable. El resto, la mayoría, no están dispuestos a renunciar a su aversión emocional.

—La aversión emocional no es una razón válida para votar a favor o en contra.

—Lo sé, Andrew, pero la razón que alegan no es la aversión emocional.

—Todo se reduce al tema del cerebro, pues. Pero ¿es que todo ha de limitarse a una posición entre células y positrones? ¿No hay modo de imponer una definición funcional? Debemos decir que un cerebro está hecho de esto o lo otro? ¿No podemos decir que el

cerebro es algo capaz de alcanzar cierto nivel de pensamiento?

—No dará resultado. Tu cerebro fue fabricado por el hombre, el cerebro humano no. Tu cerebro fue construido, el humano se desarrolló. Para cualquier ser humano que se proponga mantener la barrera entre él y el robot, esas diferencias constituyen una muralla de acero de un kilómetro de grosor y un kilómetro de altura.

—Si pudiéramos llegar a la raíz de su antipatía..., a la auténtica raíz de...

—Al cabo de tantos años —comentó tristemente Li-Hsing—, sigues intentando razonar con los seres

humanos. Pobre Andrew, no te enfades, pero es tu personalidad robótica la que te impulsa en esa dirección.

—No lo sé —dijo Andrew—. Si pudiera someterme...

1 (Continuación)

Si pudiera someterse...

Sabía desde tiempo atrás que podía llegar a ese extremo, y al fin decidió ver al cirujano. Buscó uno con la habilidad suficiente para la tarea, lo cual significaba un cirujano robot, pues no podía confiar en un cirujano humano, ni por su destreza ni por sus intenciones.

El cirujano no podría haber realizado la operación en un ser humano, así que Andrew, después de postergar el momento de la decisión con un triste interrogatorio que reflejaba su torbellino

interior, dejó de lado la Primera Ley diciendo:

—Yo también soy un robot. —Y añadió, con la firmeza con que había aprendido a dar órdenes en las últimas décadas, incluso a seres humanos—: Le ordenó que realice esta operación.

En ausencia de la Primera Ley, una orden tan firme, impartida por alguien que se parecía tanto a un ser humano, activó la Segunda Ley, imponiendo la obediencia.

21

Andrew estaba seguro de que el malestar que sentía era imaginario. Se había recuperado de la operación. No obstante, se apoyó disimuladamente contra la pared. Sentarse sería demasiado revelador.

—La votación definitiva se hará esta semana, Andrew —dijo Li-Hsing—. No he podido retrasarla más, y perderemos... Ahí terminará todo, Andrew.

—Te agradezco tu habilidad para la demora. Me ha proporcionado el tiempo

que necesitaba y he corrido el riesgo que debía correr.

—¿De qué riesgo hablas? —preguntó Li-Hsing, con manifiesta preocupación.

—No podía contártelo a ti ni a la gente de Feingold y Martin, pues sabía que me detendrías. Mira, si el problema es el cerebro, ¿acaso la mayor diferencia no resiste en la inmortalidad? ¿A quién le importa la apariencia, la constitución ni la evolución del cerebro? Lo que importa es que las células cerebrales mueren, que deben morir. Aunque se mantengan o se reemplacen los demás órganos, las células

cerebrales, que no se pueden reemplazar sin alterar y matar la personalidad, deben morir con el tiempo. Mis sendas positrónicas, han durado casi dos siglos sin cambios y pueden durar varios siglos más. ¿No es ésa la barrera fundamental? Los seres humanos pueden tolerar que un robot sea inmortal, pues no importa cuánto dure una máquina; pero no pueden tolerar a un ser humano inmortal, pues su propia mortalidad sólo es tolerable siempre y cuando sea universal. Por eso no quieren considerarme humano.

—¿A dónde quieres llegar, Andrew?

—He eliminado ese problema. Hace

décadas, mi cerebro positrónico fue conectado a nervios orgánicos. Ahora una última operación ha reorganizado esas conexiones de tal modo que lentamente mis sendas pierdan potencial.

La azorada Li-Hsing calló un instante. Luego, apretó los labios.

—¿Quieres decir que has planeado morirte, Andrew? Es imposible. Eso viola la Tercera Ley.

—No. He escogido entre la muerte de mi cuerpo y la muerte de mis aspiraciones y deseos. Habría violado la Tercera Ley si hubiese permitido que mi cuerpo viviera a costa de una muerte mayor.

—Li-Hsing le agarró el brazo como si fuera a sacudirle. Se contuvo.

—Andrew, no dará resultado. Vuelve a tu estado anterior.

—Imposible. Se han causado muchos daños. Me queda un año de vida. Duraré hasta el segundo centenario de mi construcción. Me permití esa debilidad.

—¿Vale la pena? Andrew, eres un necio.

—Si consigo la humanidad, habrá valido la pena. De lo contrario, mi lucha terminará, y eso también habrá valido la pena.

Li-Hsing hizo algo que la asombró.

Rompió a llorar en silencio.

22

Fue extraño el modo en que ese último acto capturó la imaginación del mundo. Andrew no había logrado conmover a la gente con todos sus esfuerzos, pero había aceptado la muerte para ser humano, y ese sacrificio fue demasiado grande para que lo rechazaran.

La ceremonia final se programó deliberadamente para el segundo centenario. El presidente mundial debía firmar el acta y darle carácter de ley, y la ceremonia se transmitiría por una red

mundial de emisoras y se vería en el Estado de la Luna e incluso en la colonia marciana. Andrew iba en una silla de ruedas. Aún podía caminar, pero con gran esfuerzo.

Ante los ojos de la humanidad, el presidente mundial dijo:

—Hace cincuenta años, Andrew fue declarado el robot sesquicentenario. —hizo una pausa y añadió solemnemente —: Hoy, el Señor Martin es declarado el hombre bicentenario.

Y Andrew, sonriendo, extendió la mano para estrechar la del presidente.

23

Andrew yacía en el lecho. Sus pensamientos se disipaban. Intentaba agarrarse a ellos con desesperación. ¡Un hombre! ¡Era un hombre! Quería serlo hasta su último pensamiento. Quería disolverse, morir siendo hombre.

Abrió los ojos y reconoció a Li-Hsing que aguardaba solemnemente. Había otras personas, pero sólo eran sombras irreconocibles. Unicamente Li-Hsing se recortaba contra ese fondo cada vez más borroso. Andrew tendió la mano y sintió vagamente el apretón.

Ella se esfumaba ante sus ojos mientras sus últimos pensamientos se disipaban.

Pero, antes de que la imagen de Li-Hsing se desvaneciera del todo, un último pensamiento cruzó la mente de Andrew por un instante fugaz.

—Niña — susurró, en voz tan queda que nadie le oyó.

Una última palabra

A aquellos de ustedes, que hayan leído algunas (o posiblemente todas) de mis historias de robots antes, les agradezco su lealtad y paciencia. A aquellos de ustedes que no lo han hecho, espero que este libro les haya proporcionado placer –y yo me siento complacido de habernos conocido-, y espero que volvamos a encontrarnos de nuevo pronto.

Autorizaciones

A Boy's Best Friend (El mejor amigo de un muchacho). Copyright © 1975 by the Boy Scouts of America.

Sally (Sally). Copyright © 1953 by Ziff-Davis Publishing Company; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1981.

Someday (Algún día). Copyright © 1956 by Royal Publications, Inc.

Point of View (Punto de vista). Copyright © 1975 by the Boy Scouts of America.

Think! (¡Piensa!). Copyright © 1977

by Davis Publications, Inc.

True Love (Auténtico amor). Copyright © 1977 by The American Way.

Robot AL-76 Goes Astray (Robot AL-76 extraviado). Copyright © 1941 by Ziff-Davis Publishing Company; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1968.

Victory Unintentional (Victoria inintencionada). Copyright © 1942 by Fictioneers, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1969.

Stranger in Paradise (Extraño en el paraíso). Copyright © 1974 by UPD Publishing Corporation.

Light Verse (Versos Luminosos). Copyright © 1973 by The Saturday Evening Post Company.

Segregationist (Segregacionista). Copyright © 1967 by Abbott Universal Ltd.

Robbie (Robbie). Copyright © 1940 by Fictioneers, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1967.

Let's Get Together (Unámonos). Copyright © 1956 by Royal Publications, Inc.

Mirror Image (Imagen en un espejo). Copyright © 1972 by Conde Nast Publications, Inc.

The Tercentenary Incident (El

incidente del Tricentenario). Copyright © 1976 by Isaac Asimov.

First Law (Primera Ley). Copyright © 1956 by King-Size Publications, Inc.

Runaround (Círculo vicioso). Copyright © 1942 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1968.

Reason (Razón). Copyright © 1941 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1968.

Catch That Rabbit (Atrapa esa liebre). Copyright © 1944 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1971.

Liar! (¡Embustero!). Copyright © 1941 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1968.

Satisfaction Guaranteed (Satisfacción garantizada). Copyright © 1951 by Ziff-Davis Publishing Company; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1979.

Lenny (Lenny). Copyright © 1957 by Royal Publications, Inc.

Galley Slave (Esclavo en galeras). Copyright © 1957 by Galaxy Publishing Corporation.

Little Lost Robot (El robot perdido). Copyright © 1947 by Street & Smith

Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1974.

Risk (Riesgo). Copyright © 1955 by Street & Smith Publications, Inc.

Escape! (¡Fuga!). Copyright © 1945 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1972.

Evidence (Evidencia). Copyright © 1946 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1973.

The Evitable Conflict (El conflicto evitable). Copyright © 1950 by Street & Smith Publications, Inc.; Copyright renovado por Isaac Asimov, 1977.

Feminine Intuition (Intuición femenina). Copyright © 1969 by Mercury Press, Inc.

... That Thou Art Mindful of Him (Qué es el hombre). Copyright © 1974 by Mercury Press, Inc.

The Bicentennial Man (El hombre del bicentenario). Copyright © 1976 by Random House, Inc.

Notas

[1] Wren: Mujer perteneciente al servicio auxiliar femenino de la Armada. (N del T.) Volver

[2] Nowan en inglés se pronuncia de manera muy parecida a *no one*, esto es, nadie. (N. del T.) Volver

[3] *Large*, alto o grande, en inglés. (N. del T.)Volver

[4] *Large*, alto o grande, en inglés. (N. del T.) Volver

[5] Publicadas por esta misma editorial en los números 48 y 51 de su colección Super Ficción (N. del T.)

Volver

[6] Las tres leyes robótocas: Un robot no debe dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño; un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes están en oposición con la primera Ley; un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no este en conflicto con la primera o segunda ley. (Manual de Robótica - 56ª edición, año 2058. Volver

[7] «Goodfellow» significa, literalmente, «buen chico». (N. del T.) Volver